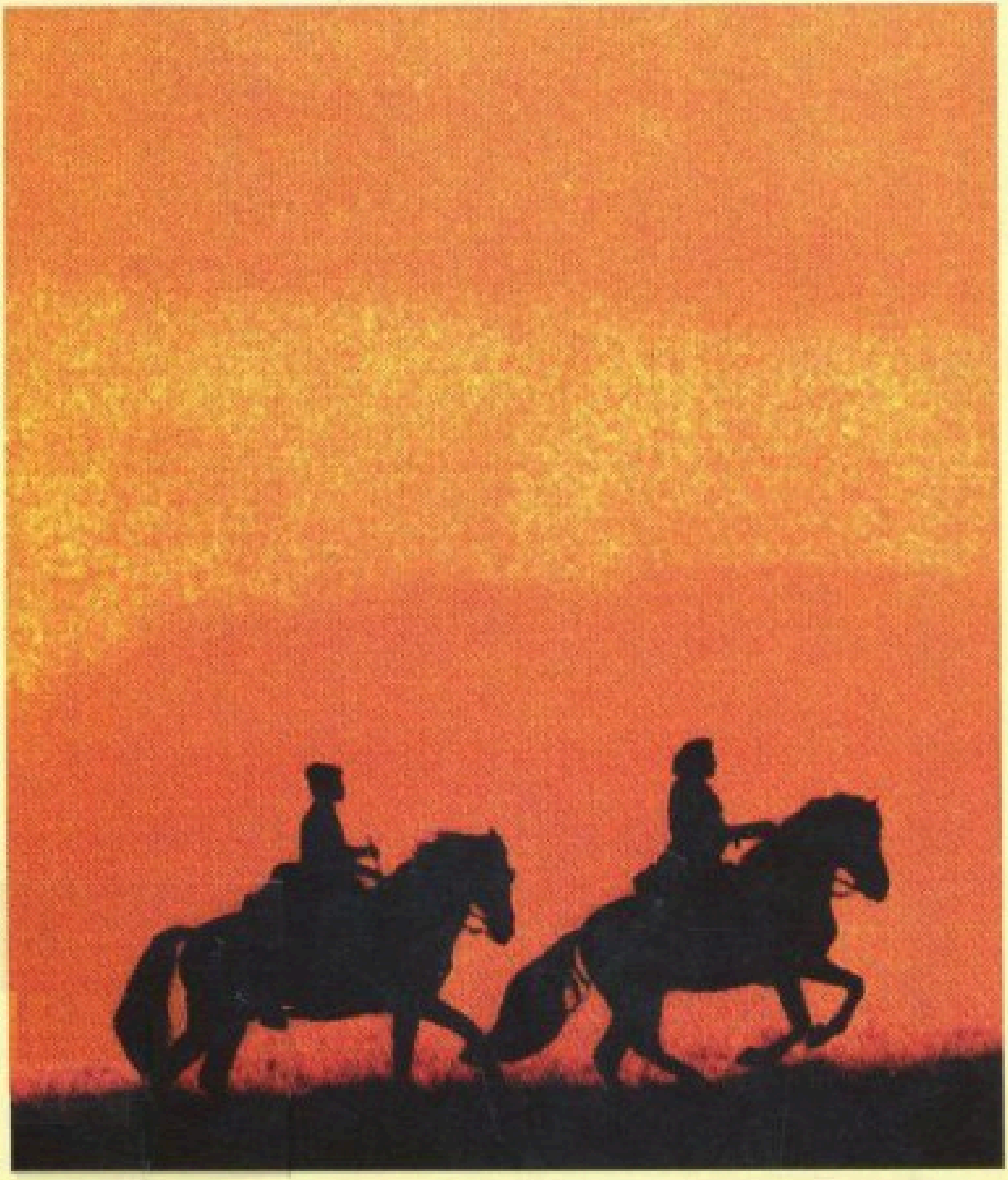
JEAN GIONO

El húsar en el tejado



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Jean Giono

El húsar en el tejado

Traducción de Francesc Roca
EDITORIAL ANAGRAMA BARCELONA
Título de la edición original:
Le hussard sur le toit
© Éditions Gallimard
Paris, 1951
Publicado con la ayuda del Ministerio francés de la Cultura y la Comunicación
Portada: Julio Vivas
Ilustración de Ángel Jové a partir de un fotograma de la película dirigida por Jean-Paul Rappeneau y distribuida por Cine Company S.A.
Primera edición: septiembre 1995
Segunda edición: enero 1998
© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1995
Pedro de la Creu, 58
08034 Barcelona
ISBN: 84-339-0686-0
Depósito Legal: B. 1893-1998
Printed in Spain
Liberduplex, S.L., Constitució, 19, 08014 Barcelona

A la memoria de mi amigo Charles Bistési y a Suzanne

CAPÍTULO PRIMERO

El alba sorprendió a Angelo tranquilo y silencioso, pero despierto. La altura de la colina lo había preservado del escaso rocío que cae sobre esas comarcas en verano. Le dio una friega a su caballo con un puñado de brezo y enrolló su portamantas.

Los pájaros despertaban en el pequeño valle por el que descendía. No hacía frío ni siquiera en sus profundidades, aún cubiertas por las tinieblas de la noche. El cielo estaba iluminado por resplandores de luz gris. Por fin surgió de los bosques el sol, cuya luz rojiza se filtraba entre largos jirones de oscuras nubes.

A pesar del calor, asfixiante ya, Angelo tenía sed de algo caliente. Al desembocar en el amplio valle que separaba las colinas en que había pasado la noche de un macizo más alto y más abrupto, que se extendía ante él dos o tres leguas y sobre el cual los primeros rayos del sol hacían brillar los altos encinares como si fueran de bronce, vio una pequeña granja al borde del camino junto a un prado en el que una mujer vestida con unas enaguas rojas recogía la ropa que había tendido al sereno.

Angelo se acercó. La mujer llevaba un cubrecorsé que dejaba al descubierto sus hombros y sus brazos y buena parte de sus grandes pechos, muy bronceados.

—Perdón, señora —dijo—, ¿podría darme un poco de café? Se lo pagaré.

Tardó en contestarle, y Angelo comprendió que la frase había sido demasiado cortés. «Decirle "Se lo pagaré" ha sido una metedura de pata», pensó.

—Puedo darle café —dijo ella—; venga. —La mujer, que era alta y robusta, giró sobre sí misma lentamente, como un barco—. Allá está la puerta —dijo mostrándole el extremo de la cerca.

En la cocina sólo había un viejecito y muchas moscas. Sin embargo, sobre una estufa baja, en la que ardía un gran fuego, al lado de una calderada de salvado para los cerdos, la cafetera despedía tan buen olor, que Angelo halló aquella estancia, a pesar de lo negra que estaba por el hollín, realmente encantadora. Hasta el salvado para los cerdos le hablaba de un modo harto elocuente a su estómago, poco satisfecho de su cena de pan seco.

Bebió un bol de café. La mujer, que se había plantado delante de él mostrándole los hombros carnosos llenos de hoyuelos y la enorme flor violeta entre sus senos, le preguntó si era funcionario público. «En guardia», pensó Angelo, «no sabe si lamentará haberte ofrecido su café.»

—¡Oh, no! —contestó (y evitó cuidadosamente llamarla señora)—. Soy un comerciante de Marsella; voy hacia el Drôme, donde tengo clientes, y aprovecho el viaje para airearme un poco.

La expresión de la mujer se hizo más amable, sobre todo cuando le preguntó por el camino de Banon.

—Le freiré un huevo —dijo la mujer. Antes de terminar de decirlo ya había hecho a un lado la calderada de salvado y puesto la sartén al fuego.

Angelo comió un huevo frito y un trozo de tocino con cuatro rebanadas de un enorme pan muy blanco, que le parecieron livianas como plumas. La mujer se agitaba ahora muy maternalmente a su alrededor, y Angelo se sorprendió de que no le repugnaran su olor a sudor ni la vista de los grandes mechones de pelos pelirrojos que aparecieron en sus axilas cuando levantó los brazos para ajustarse el rodete. No quiso que le pagara, y, como él insistió, se echó a reír y rechazó sin cumplidos su dinero.

Angelo sufría viéndose tan torpe y tan ridículo. Hubiera deseado poder pagar y tener el derecho a retirarse con aquel aire seco y displicente que era la defensa habitual de su timidez. Dijo rápidamente algunas frases amables y guardó la bolsa en su bolsillo. La mujer le señaló su camino, que, al otro lado del valle, subía entre los encinares.

Angelo marchó en medio del silencio un buen rato por la pequeña planicie a través de prados muy verdes. Guardaba aún la impresión de aquellos alimentos, que le habían dejado en la boca un sabor muy

agradable. Finalmente, suspiró y puso su caballo al trote.

El sol estaba alto; hacía mucho calor, pero la luz no era violenta. Era muy blanca y se pegaba de tal modo a la tierra que parecía untarla de mantequilla con un aire espeso. Desde hacía rato Angelo subía a través del bosque de encinas. Seguía un sendero cubierto de una espesa capa de polvo en el que cada paso del caballo levantaba una nubecilla que se mantenía en el aire. Desde el interior del bosque polvoriento y reseco podía ver a cada vuelta del camino que, en los meandros de éste que iban quedando a sus pies, las huellas de su paso no se borraban. Ninguna frescura venía de los árboles. Por el contrario, la dura hojita de las encinas reflejaba el calor y la luz. La sombra del bosque deslumbraba y asfixiaba.

En los taludes agostados algunos cardos blancos crepitaban al paso del caballo como si la tierra fuera metálica y se estremeciera a su alrededor bajo las pisadas del animal. Sólo se oía ese ruidito como de vértebras al entrechocar —un ruido que crujía mucho no obstante el golpe de los cascos del caballo atenuado por el polvo—; el silencio era tan completo que la presencia de los grandes árboles mudos era casi irreal. La silla de montar ardía. El movimiento de la cincha espumaba los ijares del animal, que tascaba el freno y de vez en cuando se aclaraba el gaznate moviendo la cabeza. El ascenso regular del calor zumbaba como si saliera de una fragua llena a rebosar de carbón. Los troncos de las encinas crujían. En el interior del bosque, seco y desnudo como el piso de una iglesia, inundado de aquella luz blanca que no tenía brillo pero que resultaba cegadora a causa del polvo que parecía llevar en suspensión, la marcha del caballo hacía girar lentamente largas líneas negras. El camino, que serpenteaba y se empinaba de modo cada vez más brusco para elevarse a través de viejas rocas cubiertas de líquenes blancos, salía a menudo de entre los árboles y discurría por trechos donde daba el sol. Entonces en el cielo yesoso se abría una especie de abismo, de una inaudita fosforescencia, de donde soplaba un viscoso aliento de horno y de fiebre en el que se veía temblar algo pegajoso y craso. Los enormes árboles desaparecían en aquella deslumbrante claridad; grandes sectores del bosque, sumergidos en aquella luz, no parecían sino vagas masas de follaje ceniciento, sin contornos, fantasmagóricas formas casi transparentes que el calor cubría bruscamente de una viscosidad reluciente en lento movimiento. Luego el camino dobló hacia el oeste y, estrechándose de nuevo hasta no ser más que un sendero, quedó comprimido entre árboles de aspecto insólito y vivos colores: troncos que parecían sostenidos por áureos pilares, ramas retorcidas semejantes a crepitantes tallos dorados, hojas inmóviles y brillantes como espejuelos dorados en los que se hubieran engarzado, siguiendo fielmente su contorno, delgados hilos de oro.

Al cabo, Angelo se asombró de no percibir más vida que la de la luz. Hubiera debido haber, al menos, lagartos, e incluso cuervos, que gustan de esa atmósfera como de yeso ardiente y, posados en la punta de las ramas, están al acecho igual que en tiempo de nieve. Angelo recordaba las maniobras de verano en las colinas de Garbia; no había visto nunca aquel paisaje cristalino, aquella *campana de reloj de sobremesa*, aquella fantasmagoría mineralógica (hasta los árboles estaban facetados y llenos de prismas como si fueran de cristal de roca). La proximidad de aquel caos inhumano le dejaba estupefacto.

«Apenas», se decía, «si acabo de dejar los hombros desnudos de la mujer que me ha dado café. Y he aquí todo un mundo más alejado de sus hombros desnudos que la duna o las cavernas fosforescentes de la China y, por lo demás, capaz de matarme. ¡Bien!», prosiguió, «¡es mi mundo! En Garbia tenía mi pequeño estado mayor y la maniobra a la que había que estar atento so pena de que te avergonzara delante de todos el general San Giorgio, de tan hermosos bigotes y lenguaje tan vulgar. Eso era lo que me separaba del mundo y no me permitía ver estos bosquecillos de tetraedros. He aquí, tal vez, la razón fundamental de aquellos principios sublimes de los que me envanecía: simplemente, me aferraba a un pequeño estado mayor y un general malhablado por temor a percatarme de que estaba encerrado en una campana de cristal en que un mínimo capricho de la luz podía matarme. Hay guerreros del Ariosto en el sol. Por eso, todo el que no quiere parecer vulgar procura revestirse de seriedad con principios sublimes.» Sin embargo, el movimiento de aquellos árboles, más liviano que el vuelo de una pluma, el menor de los cuales calculó que debía de pesar cien toneladas, que se ocultaban o deslizaban en la luz con más presteza que truchas en el agua, no dejó de inquietarle. Tenía prisa por alcanzar la cima de la gran colina, pues esperaba que al menos allí encontraría un poco de viento.

Pero no lo halló. Era una landa en la que la luz y el calor pesaban todavía más. Podía verse desde allí que en todas direcciones el cielo era yesoso, de una blancura absoluta. El horizonte era una lejana ondulación de colinas ligeramente azuladas. La parte hacia la que Angelo se dirigía estaba ocupada por el cuerpo gris de una larga montaña muy alta, aunque apezonada y redondeada. El terreno que le separaba de ella estaba erizado de altas rocas semejantes a velas latinas, apenas coloreadas de un poco de verde, sobre las cuales se asentaban algunas aldeas como nidos de avispas. Las laderas en que se apoyaban esas rocas y

de las que emergían casi desnudas estaban cubiertas de pardos bosques de encinas y castaños. Pequeños valles, en los que eran visibles salientes y entrantes semejantes a cabos y golfos, se extendían a sus pies, unos dorados, otros más blancos aún que el cielo. Todo estaba tembloroso y deformado por la luz intensa y el calor aceitoso. Nubecillas de polvo, de humo o de neblina, que la tierra exhalaba bajo el impacto del sol, comenzaban a elevarse aquí y allá de rastrojos ya resecos, de pequeños campos de heno del color de la llama y hasta de los bosques, en los que se sentía que el calor estaba agostando las últimas hierbas verdes.

El camino no se decidía a descender de nuevo y corría sobre la cresta de la colina, por lo demás muy ancha, casi una meseta ondulada, apoyada a la derecha e izquierda en las laderas suavemente inclinadas de colinas más altas. Entró, por fin, en un bosque de pequeños robles albares de apenas dos o tres metros de altura, bajo los cuales se espesaba una alfombra de ajedrea y tomillo. Los pasos del caballo levantaron un fuerte olor que el aire inmóvil y pesado hizo al cabo de un rato nauseabundo. Con todo, empezaban a advertirse allí señales de vida humana. De vez en cuando un viejo sendero cubierto de esa hierba de verano, blanca como el yeso, se cruzaba con el que seguía Angelo y, girando luego en el bosquecillo, disimulaba su rumbo, aunque con la intención, en todo caso, de ir a alguna parte. Por entre los arbolitos Angelo percibió por fin un aprisco. Sus muros eran del color del pan y estaba techado con grandes y pesadas lajas, denominadas *lauzes* en esa región. Angelo dejó el camino. Esperaba encontrar allí un poco de agua para el caballo. El aprisco, cuyos muros tenían arbotantes como los de las iglesias o los fortines, carecía de ventanas y, como daba la espalda al camino, tampoco se le veía puerta alguna. A pesar de su empleo de oficial, «comprado como se compran dos onzas de pimienta», según se decía amargamente en sus accesos de pureza, Angelo era soldado profesional y, en cuanto forrajeador, estaba dotado de buen instinto. Advirtió, mientras se aproximaba al aprisco, que éste retumbaba con los pasos del caballo. «Esto está vacío», se dijo, «y abandonado desde hace tiempo.» En efecto, los largos abrevaderos de madera pulida, colocados sobre piedras, estaban secos y blancos como huesos. Pero del portal abierto de par en par salía un poco de frescor y un exquisito olor a estiércol de oveja. Entretanto, mientras daba algunos pasos en esa dirección, oyó allá dentro un fuerte zumbido y vio agitarse en la sombra una especie de cortina pesada y amarilla. El caballo comprendió un segundo antes que él que el aprisco estaba habitado por enjambres de abejas silvestres; volvió grupas y huyó al galope hacia el bosque. Una vuelta del camino lo recondujo, desde lejos, frente a la fachada del aprisco, que, sobre una eminencia de algunos metros de alto, sobrepasaba las copas de los pequeños robles albares. Las abejas habían salido en espesas espirales flotantes. A la luz eran negras como partículas de hollín. Bufaban coléricas ante la gran puerta y los dos grandes ojos de buey que eran como la mandíbula y las órbitas de un viejo cráneo abandonado en los bosques.

Bastante tiempo después se hizo cada vez más necesario encontrar agua. El camino seguía siempre aquella larga cresta seca. En la exaltación de la mañana, Angelo había olvidado darle cuerda a su reloj. Trató de determinar la hora por el sol; pero no había sol, sólo una luz cegadora que llegaba a la vez de todos los puntos del cielo. El camino bajó por fin y, de repente en una de sus revueltas, Angelo recibió en los hombros una frescura que le hizo levantar los ojos: acababa de entrar debajo del follaje muy verde de un haya inmensa a cuyo lado se erguían cuatro enormes y brillantes álamos, en los que no quiso creer hasta después de oír el murmullo de las hojas, que, no obstante la ausencia de viento, temblaban con un rumor de agua. Detrás de esos árboles había también un rastrojo no sólo cosechado sino limpio de gavillas, en el que se veían algunos surcos abiertos aquella misma mañana. Contenía Angelo maquinalmente a su animal, que tascaba el freno y quería salir disparado, cuando advirtió que el campo continuaba tras unos sauces, de donde vio surgir a tres asnos atados a un arado. El caballo, por fin, lo llevó al trote hacia un bosquecillo de sicómoros, álamos y sauces, y apenas tuvo tiempo de entrever que el labrador vestía hábito.

La fuente estaba en el bosquecillo, a orillas del camino. Un chorro de agua color de berenjena caía sin ruido desde un grueso caño a un estanque enrojecido por un musgo espeso. Un riachuelo salía de allí a regar unos prados en medio de los cuales se alzaba, como si surgiera de la hierba, una larga construcción de un piso, austera y muy limpia, de paredes y persianas recientemente blanqueadas y pintadas, y más silenciosa aún que la fuente.

Una vez habituados sus ojos a la penumbra, Angelo percibió a algunos pasos de él, al otro lado del camino, a un monje sentado al pie de un árbol. Era flaco y de edad indefinida, con un rostro bermejo como su hábito y ojos ardientes. «¡Qué magnífico lugar!», dijo Angelo con falsa desenvoltura. El monje no contestó. Miraba con sus ojos brillantes el caballo, el portamantas y, particularmente, las botas de Angelo. Éste, molesto, consideró que hacía demasiado fresco debajo de los árboles; tirando de las riendas del caballo, caminó a su lado hacia el sol. «De quedarme allí», se dijo como excusa, «podría haber cogido una fluxión de pecho. Esta agua nos ha hecho bien y somos muy capaces de hacer aún una legua o dos antes de comer.» Había quedado impresionado por aquella cabeza, cuya delgadez le daba el aspecto de una bestia

salvaje, y, sobre todo, por los tendones del cuello, tan visibles que parecían cuerdas que ataran aquel rostro a aquel hábito. «Y quién sabe qué enjambres de abejas...», se dijo, pero vio a doscientos o trescientos pasos más adelante una casa que era manifiestamente una posada, pues tenía una señal, y, encima de su cabeza, una densa bandada de cuervos que se dirigía hacia el norte.

—Salud, mi cabo —dijo el posadero—, tengo todo lo necesario para su caballo, pero para usted será más difícil, a menos que se contente con mi comida. —Y, guiñando un ojo, levantó la tapa de una cacerola en que se cocía a fuego lento un guiso de codornices mechadas con tocino en una salsa de cebollas y tomates —. Sólo puedo ofrecerle lo que ve. Y diga usted: ¿le tiene mucho afecto a su dolmán? —dijo mirando el hermoso redingote de verano de Angelo—, Mis sillas han sido desgastadas por los frailotes y me temo que la paja muerda su fina tela como si fuera vinagre.

Aquel hombre iba sin camisa y llevaba directamente sobre la piel un chaleco rojo de postillón. La espesa pelambre de su pecho le servía de corbata. Pero se colocó un viejo gorro de policía para ir a tirar dos baldes de agua a las piernas del caballo. «Es un ex soldado», se dijo Angelo. Luego de los excesos del calor, nada podía ser más de su agrado. «Estos franceses», siguió diciéndose, «no olvidarán nunca a Napoleón. Como ahora sólo pueden luchar contra tejedores que reclaman el derecho de comer carne una vez por semana, y eso los deja fríos, prefieren irse a soñar con Austerlitz en los bosques antes que cantar "¡Viva Luis Felipe!" mientras les zurran la badana a los obreros. Este hombre sin camisa sólo espera la ocasión para ser rey de Nápoles. Ésa es la diferencia entre las dos vertientes de los Alpes. No tenemos antecedentes y eso nos hace tímidos.»

—¿Sabe usted lo que haría en su lugar? —dijo el hombre—. Bajaría mi portamantas del caballo y lo guardaría dentro sobre dos sillas.

—No hay ladrones —dijo Angelo.

—¿Y yo? —dijo el hombre—. La ocasión hace al ladrón.

—Yo le quitaré la ocasión y la tentación —dijo Angelo con tono seco.

—Era una broma —dijo el hombre—. Por lo demás, no me desagradan las personas decididas. Bebamos un trago de aguapié. —Y palmeó los hombros de Angelo con su fuerte mano.

Lo que había llamado aguapié era un vino clarete, bastante bueno.

—Los frailotes del convento recorren un cuarto de legua por el bosque para beberse un cuartillo —dijo el hombre.

—Creía —repuso ingenuamente Angelo— que sólo bebían agua de esa hermosa fuente que poseen a orillas del camino, bajo los plátanos. Y, por lo demás, ¿les está permitido venir aquí a beber vino?

—Si lo mira usted bien, nada está permitido. ¿Lo está, acaso, que un ex suboficial del regimiento 27 de infantería ligera haga de posadero en una carretera por la que sólo pasan zorros? ¿Está eso escrito en los derechos del hombre? Esos frailotes son buenos muchachos. De vez en cuando, desde luego, tocan algunos campanazos y organizan desfiles con estandartes y trompetas para las rogativas, pero su verdadero trabajo es el de cultivar la tierra. Le aseguro que no lo hacen mal. Y ¿dónde ha visto usted un campesino que escupa el aguapié? Por lo demás, el Maestro dijo: «Bebed, ésta es mi sangre.» Eso sí, tuve que desprenderme de mi sobrina. Les desazonaba. A causa, sin duda, de sus faldas. A los que las llevan por convicción les molesta ver que alguien tiene que llevarlas por necesidad. Ahora estoy solo en la posada. ¿Qué mal hay en que empinen el codo de vez en cuando? Las ventajas son para todos. ¿No es eso lo esencial? ¡Oh!, por lo demás, lo hacen como caballeros. No vienen por el camino. Dan un gran rodeo por el bosque, lo que es estimable cuando se tiene sed; claro que les sirve también de penitencia y para todas esas zarandajas en las cuales son mucho más duchos que yo. Y entran por atrás, pues les dejo siempre abierta la puerta de la caballeriza, lo que también es una mortificación para quien tenga su poco de orgullo. Pero eso no quita... ¿Quién me hubiera dicho que un día iba a verme de cantinero?

Angelo hacía algunas profundas reflexiones. Comprendía que viviendo solo en aquellos bosques silenciosos se tuviera necesidad de compañía y de hablar con el primero que llegara. «Al amar al pueblo», se dijo, «soy como este suboficial al borde de una carretera por la que sólo pasan zorros. El amor es ridículo. Me dirán: "¡Déjenos en paz! La verdad está en los hombros desnudos de esa mujer que le dio café. Eran hermosos, y sus hoyuelos se reían de un modo gracioso a pesar del bronceado. ¿Qué más quiere? ¿Acaso les hizo melindres hace un rato, a la fuente y a la sombra fresca del haya y de esos álamos, que brillaban también con mucha gracia?" Pero es que con el haya, el álamo y la fuente se puede ser egoísta. ¿Quién me enseñará a ser egoísta? Es incontestable que, con su chaleco rojo sobre la piel, este hombre vive muy tranquilo y puede hablar de lo que se le ocurra con el primero que llegue.» Angelo había quedado muy impresionado por el silencio de los bosques.

—No tengo comedor —dijo finalmente aquel hombre tranquilo—, y por lo general paladeo mi comida

en esa mesa de mármol que ve usted allí. Creo que sería idiota que comiéramos en dos mesas separadas. Tanto más cuando tendré que levantarme a cada rato para servirle. ¿Tiene usted inconveniente en que ponga nuestros cubiertos en la misma mesa? Si no le resulta agradable, me aguantaré, pero estoy solo y...

Esa palabra decidió a Angelo. En fin, que el posadero se las arregló para hacerse pagar hasta el vino que iba a beber.

Por lo demás se comportó con la mayor urbanidad; se había acostumbrado en los campamentos a comer sin ensuciar su corbata de pelo.

—Las posadas como la suya —dijo Angelo— son generalmente sangrientas. En lugares como éste siempre hay un horno para quemar los cadáveres y un pozo para arrojar los huesos.

—Tengo horno, pero no pozo —dijo el hombre—. Tenga en cuenta, sin embargo, que sería muy fácil enterrar los huesos en los bosques, donde ni el diablo daría con ellos.

—Dado mi estado de ánimo —dijo Angelo— nada me gustaría más que correr una aventura así. Los hombres somos muy extraños, aunque creo inútil decírselo a un suboficial que ha tenido el honor de pertenecer al regimiento 27 de infantería ligera. Pero el caso es que me enfrento a problemas realmente difíciles, lo que hace que dentro de mí pugnen ideas encontradas, y sentiría un gran alivio si tuviera que defenderme del ataque de unos hombres decididos y feroces dispuestos a arrebatarme la bolsa e incluso la vida si eso podía librarlos de la cárcel o quizá de la guillotina. Creo que aceptaría el combate con alegría, hasta en esa escalerilla que veo allá, donde, sin embargo, resultaría difícil hacer fintas. Incluso me gustaría estar en un desván cuya puerta no cerrara y oír subir descalzos a los asesinos, a sabiendas de que sólo tengo dos tiros de pistola y luego tendré que arreglármelas con el afilado estilete que siempre llevo encima...

Hizo esta declaración muy serio y en tono melancólico. «Ésta es la única manera», se dijo, «de que hable de amor sin que se rían de mí.»

—Eso dicen, pero para mí tales momentos no tienen nada de divertidos —dijo el hombre.

Sin embargo, como Angelo insistió con una especie de ardor sombrío, le sirvió un vaso de vino y le dijo filosóficamente, lleno de buen sentido, que la juventud es algo por lo que todo el mundo ha pasado, lo cual prueba que sus peligros no son mortales.

«Me haré ermitaño», se dijo Angelo. «¡Sí! ¿Por qué no? Una pequeña huerta, un poco de viña y quizá un hábito que, en suma, es una vestimenta cómoda. Y tendones bien delgados para atar mi cabeza a ese hábito. En todo caso, eso resulta muy impresionante y protege perfectamente a quien ante todo teme el ridículo. Tal vez sea un medio de ser libre.»

En el momento de pagar la cuenta el hombre perdió toda su filosofía y, literalmente, mendigó algunos céntimos. No volvió a hablarle del regimiento 27 de infantería ligera; en cambio, empleó mucho la palabra *solo*. Se había dado cuenta de que al oírla, a Angelo siempre se le ablandaba el corazón. Obtuvo muy fácilmente lo que quiso y se puso el gorro de policía para darse el placer de descubrirse y tenerlo en la mano mientras acompañaba a Angelo al montador.

Era más o menos la una de la tarde y hacía un calor acre como el fósforo.

—No vaya por el sol —le dijo el hombre (lo que en su opinión encerraba una profunda ironía, ya que no había sombra en ninguna parte).

Le pareció a Angelo que al paso de su caballo entraba en el horno de que había hablado hacía un rato. El valle por donde iba era muy estrecho, y el paso era obstaculizado por bosquecillos de robles enanos; las paredes que lo flanqueaban quemaban como si estuvieran al rojo blanco. La luz, que se disolvía en un polvillo fino e irritante, frotaba corno si fuera papel de lija a Angelo y su caballo, somnolientos ambos, así como a los pequeños árboles, que hacía desaparecer poco a poco en un aire turbio y tembloroso en el que se mezclaban los manchones de un rubio grasiento con los de un ocre apagado y grandes extensiones yesosas, y en el que era imposible reconocer nada habitual. De lo alto de las altas rocas anfractuosas llegaba el olor de los nidos podridos abandonados por los gavilanes. Por las pendientes bajaba al valle el hedor a rancio de todo lo que había muerto en una gran distancia a su alrededor en las agostadas colinas. Troncos y pieles, hormigueros, cajitas torácicas grandes como el puño, esqueletos de serpiente cuyos fragmentos parecían cadenas de plata, enjambres de moscas abatidas como puñados de pasas de Corinto, erizos muertos cuyos huesos semejaban leche de castaña en su zurrón espinoso, jirones de piel de jabalí esparcidos con rabia por el amplio territorio donde había tenido lugar su agonía, árboles devorados de los pies a la cabeza, llenos de serrín hasta la punta de sus ramas que el aire espeso mantenía erguidas, esqueletos de cernícalos caídos entre las ramas de los robles y que brillaban a la luz del sol, o el olor agrio de la savia que el calor hacía estallar formando largas hendiduras en el tronco de los alisos.

Este espectáculo brutal no formaba parte únicamente del sueño teñido de rojo de Angelo. No había

habido nunca un verano semejante en aquellas colinas. Por lo demás, ese mismo día aquel calor ominoso comenzó a derramarse en oleadas sobre todo el Mediodía: en las soledades del Var, donde los pequeños robles se pusieron a crepitar; en las granjas de las mesetas, donde las balsas fueron inmediatamente asaltadas por bandadas de palomas; en Marsella, donde las cloacas comenzaron a humear. En Aix, a mediodía, parecía que todos durmieran la siesta: el silencio era tan profundo, que se oían las fuentes de las avenidas como si fuera de noche. En Rians, a las nueve de la mañana, hubo ya dos enfermos: un carretero, que tuvo un ataque a la entrada misma de la población; llevado a una taberna, puesto a la sombra y sangrado, no había recobrado aún el uso de la palabra; el otro fue una joven de veinte años que, más o menos a la misma hora, tuvo un súbito despeño mientras permanecía de pie cerca de la fuente en que había estado bebiendo y, al intentar correr hacia su casa, que se hallaba tan sólo a dos pasos, cayó como un saco en el umbral de su puerta. A la hora en que Angelo dormía sobre su caballo, se decía que había muerto. En Draguignan las colinas reflejaban el calor hacia la hoya en que está la ciudad, donde fue imposible dormir la siesta. Tan fuerte era allí el calor, que la gente sentía deseos, para poder respirar, de agrandar a golpes de pico las pequeñísimas ventanas de las casas que, de ordinario, permiten que las piezas se mantengan frescas. Todo el mundo se fue al campo, donde no había ni fuentes ni manantiales, comió allí melones y albaricoques que estaban calientes, como si los hubieran cocido, y se tumbó en la hierba boca abajo.

Comieron igualmente melones en La Valette y, justo en el momento en que Angelo pasaba bajo las rocas que exhalaban el olor a huevos podridos, la joven señora de Théus bajaba corriendo a pleno sol las escaleras del castillo para ir a la aldea, donde, al parecer, una criada que había enviado allí hacía una hora (exactamente en el instante en que el marrullero posadero le decía con sorna a Angelo: «No vaya por el sol») acababa de caer súbitamente muy enferma. Y poco después (mientras Angelo continuaba su marcha con los ojos cerrados por aquel camino tórrido, atravesando colinas) la criada había muerto. Se supuso que se trataba de un ataque de apoplejía, porque tenía el rostro completamente negro. La joven señora se sintió asqueada por el calor, el olor de la muerta y su rostro negro. Se metió corriendo tras unas zarzas y vomitó.

Comieron melones a espuertas en el valle del Ródano. Este valle linda por el oeste con el territorio verde claro que atravesaba Angelo. Gracias al río se encuentran allí bosquecillos muy altos: sicómoros, plátanos de más de treinta metros, magníficas hayas con ramaje muy bello y muy fresco que forma frondosas copas. Ese año no había habido invierno. La procesionaria del pino se había comido las agujas de todas las pinedas; incluso había descarnado las tuyas y los cipreses y se las había arreglado para comerse las hojas de los sicómoros, los plátanos y las hayas. Desde las alturas de Carpentras, a través de centenares de leguas cuadradas de esqueletos de árboles y de hojas convertidas en verdaderos coladores e incluso en cenizas que el viento se llevaba, podían divisarse las murallas de Aviñón como un tórax de buey blanqueado por las hormigas. Ese mismo día llegó el calor, que pronto provocó el derrumbamiento de los árboles más enfermos.

En la estación de Orange los pasajeros de un tren procedente de Lyon golpearon con todas sus fuerzas las puertas de sus compartimientos para que las abrieran. Reventaban de sed; muchos habían vomitado y se retorcían presa de cólicos. El maquinista acudió con las llaves, pero después de abrir dos puertas no pudo con la tercera y se alejó para ir a apoyar su frente en una balaustrada contra la cual, finalmente, se derrumbó. Se lo llevaron, pero aún tuvo fuerzas para decir que era urgente desenganchar la máquina, pues corría peligro de incendiarse o de estallar. En todo caso, dijo que se hiciera girar en seguida hacia la izquierda y a fondo la segunda palanca. Entre tanto, los viajeros del tercer compartimiento seguían dando fuertes golpes contra su puerta cerrada.

Había cantidades enormes de melones en las ciudades y aldeas de todo el valle. El calor les había sido favorable. Era imposible pensar en comer algo sólido: la sola idea del pan y de la carne daba náuseas. Así que la gente comía melones. Eso hacía beber. Grandes lenguas de agua espumeante salían del caño de las fuentes. Todo el mundo sentía un deseo furioso de mojarse la boca. El polvo despedido por el ramaje caído de ciertos árboles y el que se levantaba en las praderas blancas como la nieve, donde el heno calcinado se aplastaba bajo el peso del aire, irritaba las gargantas y las narices como el polen de los plátanos. Las callejuelas alrededor de la sinagoga de Carpentras estaban sembradas de cortezas, pepitas y corazones de melón. También se comían tomates crudos. Todos estos restos se pudrían. Durante la tarde de ese primer día comenzaron a descomponerse, y la noche que siguió fue más calurosa aún que el día. Aquella mañana los campesinos habían introducido en Carpentras más de cincuenta carretadas de melones y sandías. A la una de la tarde una treintena de carretas vacías regresó a los melonares, situados justo al pie de los muros. En el momento en que a treinta leguas al oeste de Carpentras Angelo, medio dormido, se dejaba llevar al paso de su caballo por gargantas nauseabundas a causa del calor y del olor a huevos podridos, las cortezas de melón empezaban a cubrir la calle mayor y llegaban hasta las inmediaciones de la subprefectura, de la

biblioteca, de la gendarmería real y del Hotel del León, el más frecuentado. Nuevas carretadas de melones entraban en la ciudad. Un médico tomaba algunas gotas de elixir paregórico sobre un pedazo de azúcar, y la diligencia de Blovac, que debía salir a las dos, no ató sus caballos.

En ciudades y aldeas, al igual que en campo abierto, la luz de aquel bochorno era tan misteriosa como la niebla. De un lado a otro de las calles hacía desaparecer las paredes de las casas. La reverberación de las fachadas en las que daba el sol era tan intensa, que la sombra que tenían enfrente deslumbraba. Las formas se difuminaban en un aire viscoso como jarabe. La gente caminaba sumida en una especie de ebriedad, pero su borrachera no provenía del vientre, en el que hacían borborigmos la pulpa verde y el agua de los melones apresuradamente masticados, sino de aquella imprecisión de las formas que desplazaba las puertas, las ventanas, los picaportes, las cortinas de rafia, y que modificaba la altura de las aceras y el emplazamiento de las calzadas. Para acabarlo de arreglar, todo el mundo caminaba con los ojos entornados y, como le ocurría a Angelo, bajo sus párpados, teñidos por el sol de un rojo amapola, había un único deseo: se veían a sí mismos tropezando con un chorro de agua burbujeante.

Por esa razón durante los primeros días hubo muchos enfermos que pasaron inadvertidos. Nadie se ocupaba de ellos hasta que, faltos de fuerzas para llegar a sus casas, caían desfallecidos por las calles. Pero ni siquiera entonces era seguro que llamaran la atención. Si caían sobre el vientre, podía pensarse que dormían. Sólo si quedaban tendidos de espaldas se les veía la cara negra. Entonces la gente se inquietaba. Aunque no siempre, porque aquel calor y aquellas ansias de beber fomentaban el egoísmo. Por todo ello, la verdad es que el primer día (precisamente mientras que Angelo soñaba bajo sus rojos párpados con los esqueletos de cernícalos caídos entre las ramas de los robles) hubo en conjunto muy pocos enfermos. Un médico judío, prevenido por un rabino al que inquietaba sobre todo la posible impurificación ritual que aquello pudiera representar, acudió a examinar tres cadáveres tumbados en el umbral de la pequeña puerta de la sinagoga (supusieron que habían querido entrar en el templo para estar más frescos). Sólo hubo aquella tarde dos casos en Carpentras y en uno de ellos, el del cochero de la diligencia de Blovac, era difícil establecer si la culpa era del calor o del ajenjo (se trataba de un hombre muy grueso que tenía una sed y una hambre tan imperiosas que luego de una comida en la posada —había sido, sin duda, la única persona que comió en toda la ciudad— en la que se había zampado un platazo de tripicallos, se bebió siete ajenjos como postre).

En Orange, Aviñón, Apt, Manosque, Arles, Tarascón, Nimes, Montpellier, Aix, La Valette (donde sin embargo, la muerte de la criada había causado impresión y había provocado un silencio profundo, inquietante), Draguignan e incluso a orillas del mar, apenas si hubo (y ello desde el principio de la tarde, es decir, en el momento en que Angelo, mientras dormitaba sacudido por el paso del caballo, tuvo ganas de vomitar), apenas si hubo razón para inquietarse por una o dos muertes en cada lugar y por algunas indisposiciones más o menos graves, atribuidas a aquellos melones y tomates que todos comían sin moderación. Esos enfermos fueron tratados con elixir paregórico sobre pedacitos de azúcar.

En Tolón, un inspector médico de la armada insistió a eso de las dos de la tarde en ser recibido por el duque de T., almirante y comandante de la plaza. Se le rogó que volviera hacia las siete. Se comportó de una manera muy incorrecta, pues incluso llegó a elevar desconsideradamente la voz en la antecámara. Así que fue puesto de patitas en la calle por el guardamarina que estaba de servicio, que se fijó en su aspecto huraño y en una especie de deseo irreprimible de hablar que el médico contenía tapándose bruscamente la boca con la mano. El guardiamarina se excusó. El inspector médico exclamó: «¡Mala suerte!», y se fue.

En Marsella no ocurría nada, salvo aquel terrible olor a cloaca. En pocas horas el agua del Puerto Viejo se volvió espesa, negra con reflejos dorados, como el alquitrán. La ciudad estaba demasiado poblada para que pudiera advertirse que los médicos, desde primeras horas de la tarde, circulaban en sus cabriolés. Algunos parecían preocupados. Por lo demás, aquel terrible olor a excrementos hacía que todo el mundo tuviera un aire triste y pensativo.

El camino que seguía el caballo de Angelo llegó frente a una de aquellas rocas en forma de vela latina y se puso a rodearla en dirección a una aldea disimulada entre las piedras como un nido de avispas. Angelo sintió el cambio de ritmo en el andar del caballo; se despertó y se dio cuenta de que subía entre estrechas terrazas cultivadas, sostenidas por pequeños muros de piedra blanca, en las que crecían unos cipreses muy fúnebres. La aldea estaba desierta; las paredes de la calleja despedían un calor asfixiante, y las reverberaciones de la luz daban vértigo. Angelo echó pie a tierra y condujo su caballo de la brida al abrigo que ofrecía una bóveda semiderruida cerca de la iglesia. Impregnaba aquel lugar un violento olor a estiércol de pájaro, pues el techo de la bóveda estaba tapizado de nidos de golondrinas de los que rezumaban jugos oscuros, pero la sombra, aunque cenicienta, calmó la nuca ardiente de Angelo, que estaba como magullada y se acariciaba con la mano sin cesar. Hacía ya un buen cuarto de hora que estaba allí cuando frente a él, al

otro lado de la calleja, vio una puerta abierta y, en el fondo de una habitación oscura, una especie de corpiño o de camisa que se agitaba débilmente. Atravesó la calle para pedir agua. Era una mujer, sudorosa y de aspecto estúpido, que respiraba con gran esfuerzo. Dijo que no había agua, pues las palomas habían ensuciado las balsas; quizá pudiese intentar dar de beber al caballo. Pero el animal resopló en el cubo, hundió en él el hocico e inmediatamente levantó la cabeza y escupió el agua hacia el sol.

La mujer tenía melones. Angelo se comió tres y le dio las cortezas al caballo. También tenía tomates; pero le dijo que esas hortalizas daban fiebres y había que comerlas guisadas. Angelo mordió tan violentamente un tomate crudo, que el jugo salpicó su hermoso redingote, lo que no le importó demasiado. Su sed comenzaba a apaciguarse un poco. Le dio dos o tres tomates al caballo, que los comió con avidez. La mujer comentó que, gracias a acciones inconscientes como ésa, su marido había caído enfermo y desde el día anterior ardía de fiebre. Angelo percibió entonces en un rincón de la pieza una cama cubierta con una gruesa manta floreada y un edredón que apenas si dejaban ver la cabeza del paciente. La mujer dijo que no había nada que le hiciera entrar en calor. A Angelo eso le pareció muy extraño y, ciertamente, de muy mal augurio. Por otra parte, aquel hombre tenía la cara de color morado. La mujer dijo que ya no sufría, pero que aquella mañana todavía se había retorcido de dolor a causa de los cólicos y que todo eso era consecuencia de los tomates, porque, testarudo como Angelo, tampoco había querido hacerle caso.

Luego de descansar una hora en esa pieza, en la que, finalmente, se había hecho entrar al caballo, Angelo reanudó su marcha. La luz y el calor seguían esperándole a la puerta. Parecía imposible que pudiera caer la noche.

Era el momento en que el inspector médico de la armada decía: «¡Mala suerte!», y se volvía a Tolón. Era también exactamente el momento en que la esposa (una mujer gruesa con ojos de buey y nariz de águila) del médico judío (que había regresado precipitadamente a su casa para hablar con ella y hacerle preparar una maleta con su equipaje y el de su hija de doce años) se alejaba de Carpentras en la diligencia de Vaison con orden de continuar inmediatamente el viaje en coche de alquiler hasta Dieulefit y, si era necesario, hasta Bourdeaux. La mujer dio la espalda a la ciudad en que se quedaba su marido y con un dedo en los labios impuso silencio a su hijita, que abría unos ojos enormes y sudaba. En ese momento Angelo contemplaba el bárbaro resplandor del terrible verano en las altas colinas: robles enrojecidos, castaños calcinados, prados de ralas hierbas pardoamarillentas, cipreses cuyo follaje relucía como el aceite de fúnebres lámparas, una luz neblinosa que desplegaba alrededor de él, como un espejismo, su tapiz desgastado por el sol y en cuya trama transparente flotaban temblorosos, grises y desdibujados, los bosques, las aldeas, las colinas, las montañas, el horizonte, los campos, los bosquecillos, los pastizales casi enteramente borrados por el aire color de arpillera. En el preciso instante en que se preguntaba por enésima vez si vendría la noche —había mirado cientos de veces hacia el este, siempre de un imperturbable color ocre—, el tiempo se había detenido en La Valette, donde la criada se descomponía con extraordinaria rapidez ante las pocas personas de la aldea (y la joven dama) reunidas para velar a aquella difunta que parecía derretirse delante de sus ojos inundando la cama en la que la habían tendido vestida. Y mientras la contemplaban, fascinadas por el rápido avance de la descomposición, Angelo veía abrirse poco a poco a su alrededor la región de los castañares erizados de rocas y de las aldeas que, apenas iniciada la mañana, había contemplado desde lo alto de la primera colina. Pero mientras que de mañana y vista de lejos esa región tenía formas y colores que resultaban reconocibles, ahora, bajo aquella luz de una violencia inusitada, se descomponía en un aire tembloroso que parecía tener la consistencia de un jarabe. Los árboles eran como manchas de grasa que alargaran sus formas y sus colores en un aire formado por una trama de gruesos hilos y los bosques se fundían como trozos de tocino. A la hora misma en que, ante el cadáver, la joven señora pensaba: «Hace apenas unas horas que envié esta mujer a la aldea para que me comprara melones» y en que Angelo miraba hacia el este con la esperanza de hallar por fin las señales precursoras del final de aquel día, el inspector médico de la armada, incapaz de contenerse por más tiempo, se fue por la calle Lamalgue, tomó por la de Trois-Oliviers, atravesó la plaza Pavé-d'Amour, entró en la calle Montauban, dobló en la de Remparts, pasó por la de Miséricorde —donde algunos arroyuelos de orina fermentaban entre las piedras de la calzada calentadas al rojo blanco—, se internó en la calle del Oratoire, luego en la de Larmedieu —por la cual el puerto enviaba a vaharadas el olor de su verde estómago—, descendió por la calle Mûrier —en la que se vio obligado a saltar sobre el desagüe de un retrete— y desembocó en la calle Lafayette sombreada por plátanos, donde se sentó por fin en la terraza del Duc d'Aumale y pidió un ajenjo. Inmediatamente después de haber bebido el primer trago, se dijo que no valía la pena ser más papista que el papa. Era cuestión de un informe; no tenía más que escribirlo para salvar su responsabilidad. La gente dice todos los años: «No había hecho nunca tanto calor.» Tal vez se tratara de simple disentería. En un cuerpo gastado por los excesos. «Un síntoma premonitorio», dijo para sí, «un síntoma premonitorio, pero hay que determinar

con certeza de qué, y en un cuerpo arruinado por el alcohol, el tabaco, las mujeres, las vueltas al mundo, las salazones: ¿de qué quieres que sea síntoma premonitorio? Todo lo que hubiera podido decir era que me parecía un síntoma *prodrómico*. ¡La cara que hubiera puesto el almirante al ser arrancado de su siesta para exponerle un síntoma meramente prodrómico! Un colapso. Pero incluso el colapso. Cuerpos estragados en los que una simple disentería puede presentar formas... asiáticas. Lejos del Ganges. La India, donde el calor engendra elefantes y nubes de moscas. Delta del Indo. Barro, cincuenta grados, ni una sombra. El agua que se pudre como cualquier otro cuerpo orgánico. En el fondo, esta ciudad no huele tan mal como dicen; no huele tan mal como hace seis meses. A menos que me haya acostumbrado. Sin embargo, el olor del ajenjo siempre me parece el mismo. A menos que el olor de esta ciudad haya pasado de la raya. Y en este caso la disentería también podría haberse pasado de la raya. ¡Raspail!

[1] ¡Al servicio de la humanidad! Todo eso está muy bien, pero yo soy médico militar, y un médico militar tiene superiores jerárquicos. Debo comunicarme con el almirante mediante un informe que deje mi responsabilidad totalmente a salvo. Lo demás... Si yo fuera médico civil..., pero sólo soy una rueda de un engranaje. Sin embargo, esta noche trataré de que me reciba el almirante. Tanto más porque de aquí a la noche un médico civil puede muy bien...; no tiene que andarse con tantas contemplaciones frente a un colapso. Tormenta azul ballena en el callejón sin salida del golfo de Bengala. Miasmas deletéreos a bordo de la *Melpomène*.» Pidió un segundo ajenjo y preguntó si esta vez no se lo podrían servir con un poco de agua fresca. En el momento en que le sirvieron su segundo ajenjo al inspector médico, la joven señora, en La Valette, se decía: «¡Parece que haya pasado un siglo!» La muerte de la criada había abolido el tiempo; la joven señora estaba fascinada por el golpe que había abolido el tiempo para su sirvienta al tiempo que cortaba todos los caminos de fuga; en el mismo momento, y a más de cuarenta leguas hacia el norte, Angelo penetraba cada vez más profundamente en las altas colinas a través de un paisaje de castañares grises y landas grises cubiertas de centauras grises bajo un cielo gris. Tenía la impresión de estar rodeado de plomo hirviente. El caballo marchaba a su aire, medio dormido. Mientras tanto, en Carpentras, el médico judío, tras decidir sin pensárselo dos veces la inhumación inmediata de los tres cadáveres hallados en el umbral de la sinagoga, entraba en su casa. Había aterrorizado al síndico. Estaba seguro de que no hablaría por lo menos hasta dentro de un día o dos. ¿Y después? Después... Bien, después no estaba en su mano impedir que la gente hablara; sobre todo porque aquello hablaría por sí mismo y en voz muy alta. Lo principal era no alarmar a nadie antes de estar seguro. La razón era que no debía sembrarse nunca la alarma, por ningún motivo, entre la población. Había también otras mil razones. Se preguntó si Rachel encontraría un cabriolé de alquiler en Vaison. Tenía confianza en ella; era capaz de encontrar un cabriolé. Se felicitó por haber pensado en Bourdeaux, que está en una garganta aireada, ventilada, en la que el aire pasa sin detenerse. Estaba orgulloso de haber tenido tanta presencia de ánimo y de un modo casi inconsciente: «Una inteligencia la mía que tiene ideas propias y obra de acuerdo con planes absolutamente libres de cualquier cortapisa sentimental. Funcionaría igual probablemente hasta en mi cadáver. El problema de la inmortalidad del alma quizá sólo sea cuestión de una inteligencia de automatismo tan perfecto que funcione hasta en un cadáver. En tal caso, no sería universal, sino prerrogativa de ciertos individuos, quizá de ciertas razas, que así tendrían el privilegio de la inmortalidad del alma.» Preparó frasquitos de láudano puro en forma de extracto tebaico, de morfina, de acetato de amoníaco, de éter, cada uno con su propio cuentagotas, una jeringa hipodérmica para clorhidrato de morfina y un frasquito de esencia de trementina. En el momento en que lo tapaba con un firme y experto golpe del pulgar sobre el corcho, en la aldehuela en la que Angelo había comido melón el hombre que tiritaba bajo los edredones saltó de la cama como impulsado por un resorte de acero y rodó hasta los pies de la mujer que respiraba con dificultad. Quedó tendido en el piso; la piel negra de su cara, que se tensaba hacia atrás como si tirara de ella una mano de una fuerza terrible, hacía resaltar sus dientes y sus ojos. La mujer se inclinó sobre él, y se dijo que quizás se tratara de una enfermedad mala, de las que se pegan. Mordió rápidamente un diente de ajo. Corrió en busca de las vecinas. El sol seguía llenando la calle, hasta el borde, de una luz yesosa, sin una sombra. Nada temblaba en el este, hacia donde Angelo miraba de vez en cuando. Trepaba por morros cubiertos de castañares grises, bajaba a cañadas grises en las que el paso del caballo levantaba copos de cenizas, seguía el serpenteo de pequeños valles entre paredones de cal viva, escalaba ribazos al paso de su caballo adormilado, seguía por las crestas calentadas al rojo blanco, pasaba por la orilla de bosques de castaños que exhalaban un aliento de fuego. Cada vez que llegaba a la cima de una colina miraba hacia el este para ver si había ya algún signo del crepúsculo. El cielo estaba por oriente del mismo gris que en el cenit. Podía mirar todo el cielo sin que lo deslumbrara el sol, pues éste no era una bola cegadora, sino una masa de polvo

cegador esparcida por doquier. El cielo deslumbraba. El este deslumbraba. Miraba hacia el norte para tratar de ver en el flanco de la gran montaña las señales de la pequeña ciudad montañesa de Banon, hacia la cual se dirigía. La montaña era de un gris uniforme casi tan cegador como el gris del cielo y en el que era imposible distinguir el menor detalle. Angelo había recobrado su espíritu militar. Marchaba sobre Banon a través de aquel verano untuoso como si se tratara de un punto importante del escenario de una batalla al que tuviera que llegar sorteando el fuego enemigo. Sentía algunos dolores en el vientre. Dolores sordos, a veces fulgurantes, que le arrojaban a los ojos puñados de yeso más blanco que el cielo. Pensaba que la mujer que respiraba con dificultad había tenido razón cuando le dijo que desconfiara de los melones y los tomates. Pero si hubiera visto melones a la orilla del camino, habría desmontado sin vacilar para comerlos. Por lo demás, se decía: «Eso está en el aire. Este aire tan espeso no es natural. Hay dentro de él alguna cosa que no es el sol; quizá se trate de una infinidad de moscas minúsculas que uno traga al respirar y que dan cólicos.» Llegaba paso a paso a la cima de una eminencia más alta que todas las colinas que había escalado hasta entonces. Resultó ser, disimulado por el calor brumoso, uno de los primeros contrafuertes de la montaña. Ésta era visible desde muy lejos. Se veía desde Carpentras. El médico judío podía contemplarla desde la ventana de su laboratorio, a la que se había aproximado atraído por el hedor a cortezas de melón podrido que comenzaba a llenar la calle. En medio de aquella luz deslumbrante y más allá de los techos de la ciudad, divisaba, a diez o doce leguas hacia el este, los contrafuertes de la montaña y la eminencia un poco más alta que las otras, semejante desde donde él se encontraba a un bosquecillo de árboles que se destacaba como una giba en la larga pendiente gris. Se preguntó si la infección podía ganar esas alturas, si no hubiera valido más que Rachel se marchara en la diligencia de Blovac. Sin la cal viva, deslumbradora, que llenaba el cielo y el polvo gris que nublaba el horizonte, hubiera podido ver desde la ventana de su laboratorio, por encima del hedor a corteza de melones podridos que llenaba la calle y la ciudad, la pequeña altura, semejante, vista desde Carpentras, a un árbol en forma de bola, situada un poco a la derecha de la eminencia cuya cima Angelo había alcanzado, donde se hallaba la aldea en que el hombre que tiritaba bajo los edredones había finalmente saltado como impulsado por un resorte para caer rodando a los pies de su mujer y que, en ese preciso instante, era contemplado por cuatro o cinco vecinas que habían acudido masticando ajo y canturreaban: «¡Está muerto, está muerto!» a buena distancia de su mandíbula blanca, visible por completo, y de sus ojos desorbitados. El médico judío se dijo que quizá no debiera estar tan seguro de su inteligencia. Esas alturas le parecían mejores que Bourdeaux para proteger a Rachel y a la pequeña Judith. No estaba ya seguro, ni mucho menos, del privilegio de la inmortalidad del alma. Que Rachel fuera capaz de hallar un cabriolé en Vaison no era ya motivo suficiente para que se sintiera orgulloso de sí mismo. Su esposa no era capaz de imaginar que él hubiera podido equivocarse enviándolas a Bourdeaux. Ya no le era posible prevenirlas; estaba obligado a quedarse allí para cumplir su deber. Maldijo la inteligencia. Comprendió que, para ser lógico, debía maldecir la falsa inteligencia. Despotricó contra la falsa inteligencia. Estaba desesperado por no tener la verdadera inteligencia. Despotricó contra sí mismo. Despotricó contra Rachel y Judith, incapaces de proteger a su Rachel y su Judith. Despotricó contra esta raza martirizada por un dios de mil caras. Mientras despotricaba notó que el este se oscurecía y que iban a llegar por fin el crepúsculo y la noche. El fenómeno lo sorprendió como si fuera la primera vez que la noche se dispusiese a caer por el este. «Todos mis razonamientos son falsos», se dijo. «Ni siquiera contaba ya con una cosa tan simple. No le busquemos tres pies al gato. Rachel y Judith estarán muy bien en Bourdeaux; en todo caso, no peor que en cualquier otro lugar y, ciertamente, mejor que aquí. En cuanto a lo demás, atengámonos a los remedios de probada valía y dejémonos de lucubraciones sobre la inteligencia.» Volvió a sus frasquitos, colocó algunos en la mesa de su laboratorio y metió los otros en su maletín. Silbó una cancioncilla. Estaba al acecho del ruido de pasos en la calle y la escalera y esperaba a cada momento oír llamar a su puerta. En la aldea que se alzaba sobre la eminencia parecida a un árbol en forma de bola que el médico judío podía divisar desde su ventana en la vertiente lejana de los contrafuertes de la montaña, las mujeres habían ido a buscar al cura. Se presentó sin formalidades con la sotana desabrochada.

—Ya viene el crepúsculo —dijo—, esperemos que remita el calor... ¡Pobre Alcide!

—Ya está negro —dijo una mujer.

—Sí —dijo el cura—. Es realmente extraordinario.

Miró el cadáver, de aspecto horrible, pero tenía confianza en el crepúsculo que llegaba.

«Aunque sólo nos traiga un poco de reposo», pensó, «por lo menos que se pueda respirar.» La idea de poder respirar le permitía luchar victoriosamente contra la horrible mueca de aquella boca que mostraba hasta las encías sus raigones y sus dientes podridos.

El crepúsculo no era todavía sino un poco de azul muy pálido en el este. Lo bastante, sin embargo, para apagar las lúnulas y los racimos de pequeñas lunas que a través del follaje de los plátanos de la calle

Lafayette iluminaban la acera cerca del sillón de mimbre del inspector médico de la armada. Creyó que se trataba de una nube. Soltó un bufido que atrajo la atención de los clientes sentados a su alrededor en la terraza del Duc d'Aumale. «¿Llover? ¡Ca!», exclamó en voz alta. «¡Bueno, a la mierda, pues!» Pero debía respeto a su uniforme. Contó los vasos. «No serán», se dijo, «siete ajenjos, aunque bien colmados, los que me impidan ver que se trata simplemente de que llega la noche.» Y dijo con gran calma en voz alta: «Se acerca la hora, pero en otras me he visto.» Quería decir que estaba decidido a enfrentarse al almirante.

«Todo lo que necesito», se dijo, «es pronunciar correctamente: miasmas deletéreos a bordo de la *Melpomène*. El resto, se lo explicaré lisa y llanamente. No me liaré utilizando términos como "premonitorio" o "prodrómico". Le diré lo que pienso. Si me contradice, es muy simple: le diré: "Yo digo que sí y usted dice que no; tenemos un medio para saber quién tiene la razón: ¡La autopsia!"» Llamó al camarero y le preguntó la hora. Eran más de las seis y media. El inspector médico se levantó y afirmó bien los pies en el suelo para enfrentarse al ajenjo, al almirante y a todo lo que le había llevado a la terraza del Duc d'Aumale. Se fue por las callejuelas. Sólo pensaba en el crepúsculo —un poco más azul ahora— y en aquella estupenda idea de la autopsia, acaso sugerida por el crepúsculo y por toda la esperanza que traía consigo la simple disminución de la luz. Una prueba magnífica —«irrefutable», se dijo— que no se le había ocurrido bajo el calor embrutecedor del pleno día y, sobre todo, bajo aquella deslumbrante luz que cegaba, que asfixiaba, que hacía latir las sienes y ver fulgurantes y trágicos retazos de vida, igual que cuando se da la zambullida mortal en el agua verde. De momento seguía haciendo el mismo calor y era preciso seguir saltando por encima de los orines y los amarillentos desagües de las letrinas. «Como un acróbata», pensó. Pero aquella luz atenuada resultaba reconfortante. Se dijo: «Mi almirante, no cabe ninguna duda, pero conozco mi oficio. He abierto en canal a chinos, hindúes, javaneses y guatemaltecos.» (No era cierto: sólo había prestado servicio activo en los mares orientales. No había estado nunca en Guatemala, pero esa palabra era consecuencia de un pequeño exceso de ajenjo que eliminaba mediante expresiones grandilocuentes.) «Lo que me repugna» se dijo, «es verme obligado a discutir, a explicar el caso, cuando lo que le ha ocurrido a ese pobre hombre de la *Melpomène* está más claro que el agua de un modo positivo e indiscutible. Lo que hace falta en casos como el de hoy es dejarlos sin respuesta lo más rápidamente posible; que todo lo que se les ocurra decir sea: "¡Ah, ah! Bueno... Está bien; cumpla su deber." Llevárselo todo en una fuente, trinchado y anticipadamente listo para la demostración matemática de esas correspondencias tan desagradables para los galones y la sociedad entre la respiración remota de los grandes ríos y el golpe que apaga, es un decir, cien mil vidas. Resulta más fácil explicarlas con pruebas en la mano. Ahí tiene: ¿ve el aspecto viscoso de la pleura, lo ve? Y el ventrículo izquierdo contraído; y el ventrículo derecho lleno de un coágulo negruzco; y el esófago cianosado; y el epitelio desprendido; y el intestino lleno a rebosar de una materia que yo podría comparar, para facilitar su comprensión de las cosas científicas, señor almirante, con agua de arroz o suero. Penetremos, penetremos, señor almirante a quien no debe molestarse durante su siesta, penetremos en ese metro setenta por cuarenta del gaviero de la *Melpomène*—, muerto a mediodía, señor almirante, mientras usted paladeaba su moka y se le preparaba el diván; muerto a mediodía, apagado por el delta del Indo y el cañón neumático del alto valle del Ganges. Intestino coloreado de un rosa hortensia; glándulas aisladas del grosor de un grano de mijo y hasta del de un cañamón; placas de Ryer granulosas; tumefacción de los folículos que se conoce como psorentería; repleción vascular del bazo; puré verdoso en la válvula ileocecal; hígado marmóreo; todo eso en el metro setenta por cuarenta del gaviero de la *Melpomène*, repleto como un puchero. Sólo soy de segunda clase, señor almirante, pero puedo asegurarle que aquí hay una bomba capaz de hacer estallar instantáneamente el reino como una granada sanguinolenta.»

Oyó una campanilla: era la extremaunción que llevaban a un moribundo. Saludó militarmente a la cruz.

En el almirantazgo, el guardiamarina que estaba de servicio fue más amable. Además, aquel joven cadete parecía manifiestamente inquieto. Sus rasgos estaban estirados y cuando puso la mano en el picaporte de la puerta el inspector médico advirtió que tenía los dedos arrugados y ligeramente violáceos. Se dijo: «¡Vaya! ¡Uno más!» El guardiamarina abrió la puerta y anunció: «El inspector médico Reynaut.»

En el preciso momento en que el inspector médico entraba en el despacho del almirante, en el caserío de La Valette el cura tocó el brazo de la joven señora:

—De nada serviría quedarse más tiempo, señora marquesa —dijo—; esas mujeres van a ocuparse de todo; he encargado a Abdon que se ocupe del ataúd.

La joven señora roció el cadáver con agua bendita y salió con el cura. Había anochecido, pero seguía haciendo aquel calor asfixiante.

—Tengo la impresión —dijo ella— de que ha sido por mi culpa. He mandado a esa mujer a comprarme melones en lo más fuerte del calor. Debe de haber cogido una insolación en esas grandes escaleras de piedra, cuya reverberación es mortal. Bien que lo noté cuando las bajé corriendo. Soy responsable de su

muerte, señor cura.

—No lo creo —dijo el señor cura—. Puedo tranquilizar a la señora marquesa por ese lado, aunque me temo que voy a asustarla por otro, pero sé bien lo crueles que son los tormentos de la conciencia. Los otros tormentos serán seguramente más soportables para el alma intrépida que sé que tiene la señora marquesa. Otras tres personas han muerto esta tarde y de la misma manera: Barbe, la viuda de Génestan, Joseph Valli y Bruno Honnorat. Vinieron a avisarme casi al mismo tiempo y fui a verlas. Se lo digo por no ocultarle nada, y eso es lo que me ha hecho atreverme a pedirle a la señora marquesa que regrese al castillo.

La joven señora se estremeció de pies a cabeza.

—Corramos —dijo el cura medio enloquecido—, eso excitará su sangre.

Era el momento en que Angelo, llegado a la cima de la eminencia, veía al fin que el crepúsculo se manifestaba por el este. Desde el lugar en el que se hallaba dominaba más de quinientas leguas cuadradas que se extendían desde los Alpes hasta los macizos que bordean el mar. Aparte de los picos acerados que se elevaban mucho en el cielo y los muy lejanos y escarpados acantilados negruzcos del sur, toda la región estaba aún cubierta de las viscosidades y brumas del calor. Pero la luz era ya menos violenta y, a pesar de los cólicos que hacían retorcerse de vez en cuando su vientre y de una irritación que inflamaba sus riñones y su cintura, Angelo se detuvo un rato para asegurarse bien de que aquello era el crepúsculo. Y lo era: gris y ligeramente amarillento como la paja de los jergones.

Angelo aguijoneó a su caballo, que se puso al trote. Llegó a un pequeño valle que, tras algunos rodeos, lo condujo a la linde de una pequeña planicie al cabo de la cual, pegada al flanco de la montaña, vio una aldea cenicienta disimulada entre pedregales y bosquecillos de robles grises.

Llegó a Banon hacia las ocho, pidió dos litros de vino de Borgoña, una libra de azúcar moreno, un puñado de pimienta y un bol para ponche. El personal del hotel, que era cómodo y montañés, estaba habituado a las extravagancias de las personas solitarias. Miraron tranquilamente a Angelo mientras, en mangas de camisa, preparaba su brebaje, en el que ensopó media hogaza de pan cortado en dados. Al revolver el vino, el azúcar moreno, la pimienta y el pan en el bol para ponche, a Angelo, que refrenaba un furioso deseo de beber, se le llenaba la boca de saliva. Engulló su media hogaza de pan y el vino azucarado y pimentado a grandes cucharadas. Sus cólicos se calmaron. Comía y bebía al mismo tiempo, lo cual era excelente a pesar del calor, que seguía siendo descomunal y hacía crujir el alto artesonado del comedor. Estaba claro que la llegada de aquella noche tachonada de estrellas no traería ninguna frescura. Pero en todo caso había desaparecido aquella luz obsesionante tan viva que Angelo a menudo sentía aún en los ojos su blancura cegadora. Pidió otras dos botellas de vino de Borgoña y las bebió mientras fumaba un pequeño cigarro. Se sentía mejor. Sin embargo, tuvo que agarrarse con todas sus fuerzas a la barandilla de la escalera para subir a su cuarto. Pero era a causa de las cuatro botellas de vino. Se acostó atravesado en la cama con el pretexto de contemplar a sus anchas el puñado de enormes estrellas que llenaban el hueco de la ventana. Se quedó dormido sin quitarse siquiera las botas.

CAPÍTULO SEGUNDO

Angelo se despertó bien entrada ya la mañana.

Le admiró hallarse acostado atravesado en la cama. Sus piernas, a causa de la opresión de las botas durante la noche, estaban anquilosadas. Le dolían los hombros y los riñones, y al menor movimiento tenía la impresión de que sus huesos se descoyuntaban.

El caballo estaba aún peor que él. Angelo mandó que le pusieran dos *boisseaux*

[2] de avena en el comedero. Vigiló al mozo de cuadra, a quien recomendó el animal con unas pocas palabras llenas de afecto que impresionaron a aquel hombre sencillo.

—Veo que le gustan los caballos —le dijo aquel hombre, que tenía unos ojos magníficos—, y a mí también. Deme diez céntimos y le pondré en la avena un litro de vino. Le prometo que no me beberé ni un vaso. Aquí el aire es ácido a causa de la montaña en que nos hallamos. La gente no se da cuenta, porque la subida es suave. Pero los animales se sofocan, y no hay nada mejor que el vino para que recuperen el aliento. Si me permite que le dé un consejo, yo dejaría que este caballo negro reposara todo el día.

—Es lo que pensaba hacer —dijo Angelo—, Por lo demás, yo también estoy muy cansado, y no dudo de que tiene razón en eso que dice del aire ácido. Yo también sé muy bien que el vino en la avena hace maravillas. Ahí van no diez céntimos, sino veinte. Hace mucho calor y no quiero que se le haga la boca agua mientras da de beber a mi caballo. Yo voy a acostarme de nuevo.

—¿Acaso se siente enfermo? —preguntó el hombre.

—No —dijo Angelo—, ¿por qué?

Le impresionó el miedo que mostraba el mozo de cuadra, el cual no hacía el menor esfuerzo por disimularlo.

—Es que esta mañana —dijo el hombre— me han contado cosas poco agradables. Anoche murieron un hombre y una mujer, y nuestro médico ha enviado un correo al subprefecto. Acaso haya peligro de contagio.

—En todo caso, no procede de mí —dijo Angelo—, y se lo voy a demostrar. Vaya a decirle a su patrón que me haga asar enseguida un pollo. Quiero comerlo en mi cuarto en cuanto esté listo. Y que me lleven dos botellas del vino que bebí anoche. Y que vaya usted a buscarme veinte cigarrillos como éste, que no le doy porque es el único que tengo y no he fumado todavía esta mañana.

Angelo subió a su cuarto y cerró los postigos. Se desnudó por completo y se tendió en la cama. Llamaron a la puerta:

—Soy yo —dijo el mozo de cuadra—, le traigo los cigarros.

—Pase —dijo Angelo.

—¡Vaya! —dijo el hombre—. Esto prueba que no tiene usted frío. Parece que los dos de esta noche tiritaban. Hubo que frotarlos con trementina. En el estanco dicen que hay otro enfermo y que está entre la vida y la muerte.

—No se preocupe —dijo Angelo—; sólo mueren los que están muy graves. Tenga, fúmese este cigarro y vaya a beberse su litro de vino. Y no se olvide de echarle el suyo a mi caballo.

—Descuide —dijo el hombre—. Pero si quiere un consejo, tápese el vientre. Hay que tenerlo siempre caliente.

«No le falta razón», pensó Angelo. «Me caen bien estas gentes de la montaña. Tienen los ojos bonitos y se asustan de todo.»

Comió su pollo, bebió una botella de vino, fumó tres cigarros y se durmió. Se despertó a las cuatro y miró por la juntura de los postigos. Fuera seguía la misma luz intensa y triste. Bajó a la caballeriza. El caballo había recobrado el aliento.

—Ese de quien le hablaba ha muerto —dijo el mozo de cuadra.

—No deje que esas muertes le quiten el sueño —dijo Angelo.

—Tres muertos en un solo día son demasiados —dijo el hombre.

—No se preocupe mientras el muerto no sea usted —dijo Angelo.

—A ese paso, puede que no tarde mucho —dijo el hombre—. Aquí sólo vivimos seiscientas personas. ¿Cuándo piensa marcharse?

—Ahora no —dijo Angelo—, mañana. ¿Conoce el castillo de Ser?

—Sí —dijo el hombre—, está al otro lado de la montaña, cerca de Noyers.

—¿Muy lejos?

—Depende de los caminos. El bueno da un gran rodeo. El otro, y le aseguro que con un animal como el suyo yo no vacilaría, es menos bueno, pero mucho más corto. Sale precisamente de allí, enfrente de nosotros, ¿lo ve?, y, en lugar de rodear el collado del Megron, sube suavemente entre bosques de hayas y encinas y utiliza un paso, es decir una cañada por donde baja derecho a Les Omergues, un pueblecito de unas veinte casas al pie de la carretera, ya al otro lado. De Les Omergues al castillo de Ser hay cinco leguas tomando la carretera, a la derecha.

—¿Cuántas leguas hay en total? —dijo Angelo—. No tengo ganas de volver a pasar por lo de ayer. ¡Sigue haciendo un calor tremendo!

—Y eso que aquí se nota menos —dijo el hombre—. Se podrían freír huevos. Si quiere un consejo, póngase en camino a eso de las cuatro de la mañana. Es de esperar que mientras sube encuentre un poco de aire. A las diez ya habrá llegado a ese paso, que se llama de Redortiers y domina Les Omergues, como le dije. Desde allí, o por lo menos desde el momento en que se halle en la carretera, es un paseo para damas. Puede estar en el castillo a mediodía.

Angelo partió a las cuatro de la mañana. Los bosques de hayas de que le había hablado el mozo de cuadra eran muy bellos. Estaban distribuidos en bosquecillos entre magros pastizales cuya hierba tenía un color pardusco, más allá de los cuales el terreno se extendía ondulante hacia el horizonte, cubierto de matas de espliego y pedregales. El caminito de tierra blanda, que el caballo seguía sin el menor esfuerzo, subía suavemente por el flanco de la montaña y serpenteaba entre esos bosquecillos, en cuyos árboles la luz oblicua de la madrugada abría profundas avenidas doradas y la perspectiva de inmensas salas con bóvedas verdes sostenidas por multitud de pilares blancos. Alrededor de aquellos parajes elevados, que empezaban a teñirse de una pátina rojiza, el horizonte dormía bajo brumas negras y purpúreas.

El caballo marchaba alegremente. Angelo llegó al paso de Redortiers hacia las nueve. Desde allí pudo echar una ojeada sobre el valle al que iba a descender. Por ese lado la montaña bajaba en pendientes rápidas. Hacia el fondo podía distinguir unos cuantos campos resecos atravesados por un riachuelo, sin duda seco, porque el lecho estaba muy blanco, y una carretera bordeada de álamos. Estaba casi justamente encima, a más o menos quinientos metros de altura, de aquella aldea que el mozo de cuadra había llamado Les Omergues. Le sorprendió ver que los techos de las casas estaban cubiertos de pájaros. Incluso había numerosos cuervos en el suelo, alrededor de las puertas de las casas. En cierto momento esos pájaros remontaron el vuelo al unísono y se elevaron hasta la altura del paso en que se hallaba Angelo. Además de cuervos, había multitud de avecillas de brillante plumaje: rojo, amarillo y azul turquí; estos últimos, muy abundantes, le parecieron abejarucos a Angelo. La nube de aves revoloteó sobre la pequeña aldea y luego volvió a posarse suavemente en los techos de las casas.

A partir del paso el camino era bastante escabroso. Acababa en los campos que había visto abajo. A pesar de la hora relativamente temprana, la tierra estaba ya cubierta de una espesa capa de aire ardiente y untuoso. Angelo volvió a sentir las náuseas y la asfixia de la víspera. Se preguntó si el olor desagradable y ligeramente dulzón que se respiraba allí provendría de alguna planta cultivada en esos parajes. Sin embargo, no había más que centauras y cardos en los pequeños campos pedregosos. El silencio sólo era turbado por los chillidos de aquella nube de pájaros, pero, al aproximarse a las casas, Angelo comenzó a oír un discordante concierto de rebuznos de asnos, relinchos de caballos y balidos de ovejas. «Aquí pasa algo», se dijo. «Esto no es natural. Todos los animales gritan como si los estuvieran matando.» Tampoco era natural aquella muchedumbre de pájaros, que vista de cerca imponía respeto, sobre todo porque las aves no huían. La mayor parte de los grandes cuervos que ennegrecían el umbral de la casa a la que Angelo se aproximaba habían girado simplemente la cabeza hacia él y lo miraban llegar con expresión de asombro. El olor dulzón era cada vez más fuerte.

Angelo no había tenido nunca ocasión de hallarse en un campo de batalla. En las maniobras que hacía su división, los muertos eran soldados escogidos al azar y marcados con una cruz de tiza en el dolmán. Se había preguntado a menudo: «¿Qué papel haría en una guerra? Tengo valor para cargar, pero ¿tendré coraje para enterrar? No sólo hay que saber matar, sino también mirar a los muertos con frialdad, pues de lo contrario se caería en el mayor de los ridículos. Y si uno hace el ridículo en su profesión, ¿cómo conservará su dignidad?»

Así pues, se mantuvo derecho en la silla cuando su caballo se hizo bruscamente a un lado de un salto al tiempo que un grupo de cuervos remontaba el vuelo y dejaba al descubierto un cuerpo en medio del camino. Pero sus ojos se abrieron desmesuradamente en su frente y su cabeza captó de repente el desolado paisaje que se extendía ante él en medio de aquella luz ominosa: allí sólo había algunas casas desiertas, cuyas puertas bostezaban al sol y por las cuales los pájaros entraban y salían libremente. El caballo temblaba entre sus piernas. Era el cadáver de una mujer, según indicaban los largos cabellos desatados sobre la nuca.

«¡Pie a tierra!», se dijo Angelo, lleno de un sudor helado, pero apretaba el caballo bajo sus piernas con todas sus fuerzas. Por fin los pájaros volvieron a posarse sobre la espalda y la cabellera de la mujer. Angelo desmontó de un salto y corrió hacia ellos agitando los brazos. Los cuervos lo miraban con expresión de gran asombro. Cuando Angelo estaba ya muy cerca de ellos, remontaron el vuelo pesadamente y le golpearon con sus alas las piernas, el pecho y la cara. Hedían a aquella especie de jarabe dulzón. El caballo, espantado por el entrechocar de alas y porque uno de los cuervos chocó de cabeza contra sus ijares, dio un respingo y huyó al galope a campo traviesa haciendo volar los estribos. «¡Estoy fresco!», se dijo Angelo al tiempo que miraba el rostro destrozado de la mujer que yacía cerca de la punta de sus botas.

Naturalmente, le habían picoteado los ojos. «Los viejos sargentos tenían razón, pues», se dijo Angelo. «Al parecer ése es su bocado favorito.» Apretó los dientes para contener las ansias de vomitar. Y siguió hablando consigo: «¡Valiente soldado el que se queda sin montura!» Oía a su caballo, que había alcanzado la carretera y galopaba a rienda suelta; pero hubiera sentido desprecio hacia sí mismo de haber corrido detrás de su portamantas. Recordaba los guiños burlones de los viejos sargentos que habían hecho una campaña de quince días contra Augerau.

[3] Se inclinó sobre el cadáver. Era el de una mujer joven, a juzgar por los largos cabellos negros de su rodete deshecho por los cuervos. Por lo demás, aquel rostro, con sus órbitas vacías, su carne desgarrada y su mueca, la mueca de alguien que hubiera bebido vinagre, resultaba realmente horrible. Hedía de un modo espantoso. Tenía las faldas empapadas de un líquido oscuro que Angelo supuso que era sangre.

Corrió hacia la casa, pero en el umbral fue rechazado por un verdadero torrente de pájaros que salían de ella y lo rodearon aleteando desesperadamente; las plumas le golpearon la cara. El miedo y el hecho de que no comprendía lo que estaba ocurriendo le habían llenado de una cólera incontenible. Cogió por un mango un azadón que estaba apoyado en la puerta y entró. Casi inmediatamente estuvo a punto de ser derribado por la embestida de un perro que le saltó al vientre y le habría mordido sin contemplaciones si no lo hubiera rechazado de modo instintivo con un rodillazo. La bestia se aprestaba a un nuevo asalto, pero Angelo, mientras veía venir hacia él dos ojos extraños, a la vez tiernos e hipócritas, y un hocico que ensuciaban despojos en los que prefería no pensar, le asestó con todas sus fuerzas un golpe con el azadón. El perro cayó con la cabeza partida. La cólera zumbaba en los oídos de Angelo y al mismo tiempo ponía ante sus ojos unos velos turbios que sólo le permitían ver al perro que agonizaba apaciblemente en medio de un charco de su propia sangre. Al fin tuvo conciencia de que apretaba demasiado el mango del azadón y pudo ver lo que tenía a su alrededor, un espectáculo, por cierto, atroz.

Había tres cadáveres, en los cuales el perro y los pájaros habían hecho estragos. Sobre todo en un niño de meses, aplastado sobre la mesa como un gran queso blanco. Los otros dos, evidentemente el de una anciana y el de un hombre bastante joven, tenían un aspecto ridículo con sus cabezas azules que hacían que parecieran payasos pintarrajeados, sus miembros descoyuntados y sus vientres convertidos en un hervidero de tripas y de ropas desgarradas y hechas trizas. Estaban derrumbados sobre el suelo en medio de un gran desorden de cacerolas caídas, sillas tumbadas y cenizas esparcidas. Había una especie de grandilocuencia insoportable en el modo como aquellos dos cadáveres gesticulaban y procuraban estrechar la tierra con sus brazos, cuyos codos y puños formaban ángulos inverosímiles en un amasijo de carnes podridas.

Angelo estaba más asqueado que conmovido; su corazón latía bajo su lengua, pesada como el plomo. Al final advirtió que un gran cuervo, disimulado a medias bajo el delantal negro de la anciana, continuaba su comida; el espectáculo lo asqueó de tal modo, que vomitó y se fue.

Una vez fuera trató de correr, pero vaciló y tropezó. Los pájaros habían cubierto de nuevo el cadáver de la mujer joven y no se inmutaron por su presencia. Angelo caminó hacia otra casa de la aldehuela. Tenía frío. Temblaba. Se esforzaba por mantenerse firme. Caminaba como sonámbulo. Le zumbaban los oídos y bajo el ardiente sol las casas le parecían absolutamente irreales.

La vista de las moreras cargadas de hojas que seguían dando sombra apaciblemente a una callejuela le levantó un poco el ánimo. Se detuvo a la sombra y se apoyó en el tronco de uno de los árboles. Se limpió los bigotes con la manga. «Me voy a caer patas arriba», se dijo. Vaharadas de humo cada vez más frío llenaban su cabeza. Intentó destapar sus oídos con el extremo del meñique. En las intermitencias del zumbido que le ensordecía oía muy lejos, como si fuera el chirrido de aceite hirviendo en una sartén, el concierto de rebuznos, relinchos y balidos. Estaba tan avergonzado como si hubiera sido presa de un acceso irreprimible de miedo en plena batalla. Sin embargo, tenía tan arraigado el hábito de hablarse a sí mismo con severidad, que no perdió la conciencia, y cuando se arrodilló en el suelo para tenderse luego cuan largo era sobre el polvo, lo hizo con absoluta deliberación.

Le volvió en seguida la sangre a la cabeza, vio claro, se le destaparon los oídos y oyó perfectamente. Se puso de pie. «¡Cobardica de mierda», se dijo, «ya ves las malas pasadas que te juegan tu imaginación y tu tendencia a soñar! Cuando has de enfrentarte a la realidad, necesitas un cuarto de hora para reaccionar. En momentos así la sangre te convierte en un pelele. ¿Vas a desmayarte porque se les ocurrió matarse entre ellos como cerdos? A menos que esto sea obra de una partida de bribones, y en tal caso deberías intervenir. Y tendrás que hacerlo del lado de la justicia.» Lamentó que el caballo se hubiera llevado el portamantas, pues tenía allí sus pistoleras con dos armas cargadas, y tal vez se viera forzado a combatir. Pero volvió valientemente en busca del azadón y con él al hombro avanzó hacia el resto del caserío, cuyas pocas casas se agrupaban a un centenar de pasos.

«¡Vaya!», se dijo. «Aquí también hay pájaros.» Al aproximarse, en efecto, nubes de pájaros salieron por las puertas. «¿Qué diablos ha pasado en esta aldea miserable? Me da la impresión de que aquí todos han estirado la pata. ¿Habrá sido una especie de *vendetta*, o algo así?» Se hablaba en un lenguaje cuartelario para infundirse valor.

En la segunda casa dio con cadáveres un poco menos recientes. No estaban, sin embargo, podridos, sino secos como momias. Los dientes del perro y el pico de los pájaros les habían hecho desgarraduras dentadas, lo que les daba el aspecto de pedazos de tocino rancio y seco mordidos y picoteados. Despedían, sin embargo, el mismo olor a jarabe de los cadáveres más recientes. Estaban azules, tenían los ojos muy hundidos en las órbitas, y sus rostros, reducidos a piel y huesos, enarbolaban narices inmensas afiladas como cuchillos. Había tres mujeres y dos hombres tendidos, como los otros, en medio de cenizas, utensilios de cocina y escabeles caídos.

Angelo se hacía mil reflexiones furiosas y sombrías. Estaba despavorido y helado de pies a cabeza. A lo que se agregaba un permanente y violento deseo de vomitar a causa del olor dulzón y el rictus del rostro de los muertos. Pero aquella mortandad era misteriosa, y el misterio siempre resulta atractivo para un italiano; por eso Angelo, no obstante su repugnancia y su miedo, se inclinó sobre los cadáveres y vio que tenían la boca llena de una materia parecida al arroz con leche.

«¿Se habrán envenenado todos al mismo tiempo?», se dijo. Había también en esta idea un ingrediente tan familiar a Angelo y capaz de infundirle tanto valor, que se atrevió a pasar por encima de los muertos para ir a ver qué había en una alcoba cuyas cortinas estaban corridas.

Encontró allí un cuarto cadáver, desnudo, muy flaco, enteramente azul, acurrucado en su cama en medio de abundantes deyecciones de grumos lechosos. Algunas ratas que se le comían los hombros y los brazos saltaron sobresaltadas cuando Angelo abrió las cortinas. Tuvo ganas de matarlas a golpes de azadón, pero hubiera debido golpear el cadáver y, por otra parte, las ratas lo miraban con ojos inflamados, rechinando los dientes y recogiéndose sobre sus patas como para saltar. Angelo tenía demasiados deseos de participar en el drama y se sentía demasiado colérico contra aquellas bestezuelas que, como los pájaros y el perro, estaban del lado del mal. No podía hacerse ninguna reflexión razonable. Tiró de las sábanas y mató a golpes de azadón a las ratas que saltaban de la cama. Pero estuvo a punto de ser mordido por dos que se arrojaron contra sus botas. Pisó a una y la aplastó con todo su peso; la otra, enloquecida, se puso a correr por la pieza despidiendo un hedor tan horrible, que Angelo huyó de la casa a toda prisa.

Estaba ya demasiado excitado para no entrar en las otras tres casas que formaban el centro de la aldea, junto al camino; aquellas casas, al aproximarse Angelo, vomitaron espesas bandadas de pájaros y un tropel de bestias saltarinas que le parecieron zorros pero no eran más que gatos que huyeron por los campos. En cada casa halló el mismo espectáculo de cadáveres, de rictus, de carnes azules, de deyecciones lechosas, y aquel olor abominable, dulzón y pútrido, semejante al de los cálices del terebinto, la planta comedora de

moscas.

Había aún cinco o seis casas separadas de la pequeña aglomeración, pero bastaron algunos pasos hacia ellas para que se levantaran nubes de pájaros de puertas, ventanas y eras.

Debían de ser las doce, más o menos. El sol caía a plomo. El calor era pesado y aceitoso como el de la víspera; el cielo estaba blanco; neblinas que parecían de polvo o de humo se elevaban de los campos yesosos. No soplaba una brizna de aire y el silencio era impresionante, a pesar del ruido procedente de los establos; aquella mezcolanza de balidos, relinchos y coces en las puertas no resultaba más molesta que el chirriar de una sartén llena de aceite puesta al fuego en el fondo de la gran cámara mortuoria que era el valle.

«¡Vaya panorama!», se dijo Angelo. «Desde luego, habría que ir adonde sea lo antes posible para dar la noticia y hacer que vengan a enterrar a los muertos que pronto van a despedir un hedor de mil demonios. Sobre todo si este aire continúa cociéndolos. Pero me he quedado sin caballo y no conozco la comarca.»

Regresar a Banon significaba cruzar de nuevo toda la montaña. A pie tenía un día de marcha. La emoción, por lo demás, a pesar de la cólera y la apetencia italiana por el misterio, le había dejado exhausto. Sentía vacilar sus piernas a cada paso. Haciendo estas reflexiones avanzaba por el camino bordeado de álamos inmóviles que se extendía delante de él.

Había dado apenas un centenar de pasos cuando vio un jinete que venía al trote. Y que además traía de la brida un caballo que parecía el que se le había escapado. Así era, en efecto, pues al acercarse Angelo lo reconoció. El hombre montaba con muy poco garbo. «Atención», se dijo Angelo. «No vayas a perder la serenidad ante un campesino que sin duda se quedará boquiabierto al oír la hermosa historia que vas a contarle, pero que luego se burlará de tu cara de susto.» Eso devolvió el aplomo a sus piernas y esperó, firme como una estaca, buscando una frase desenvuelta para dirigirse al hombre que se aproximaba.

El jinete era un joven huesudo, de largos brazos y piernas que oscilaban al compás de las sacudidas del trote. Aunque llevaba un redingote de corte ciudadano, iba sin sombrero y sin corbata; por otra parte, su redingote estaba sucio de polvo de heno e incluso tenía manchas de sustancias menos nobles, como si acabara de salir de un gallinero. «Hubiera debido conservar mi azadón», se dijo Angelo. Se atravesó en el camino y dijo en tono muy seco:

—Veo que me trae de vuelta mi caballo.

—No esperaba hallar a su jinete sobre sus piernas —dijo el joven, que, cuando rechazó hacia atrás los largos cabellos que la carrera había echado sobre su frente, descubrió un rostro inteligente. Su corta barba rizada dejaba ver unos labios muy hermosos y sus ojos estaban lejos de ser los de un campesino.

—No me ha derribado —dijo Angelo con tonto orgullo—. Eché pie a tierra cuando vi el primer cadáver.

Se había dado cuenta de su tontería, pero contaba con la palabra cadáver para restablecer la situación. Aquellos labios y aquellos ojos manifiestamente habituados a la ironía le habían desconcertado.

—Así pues, ¿también hay cadáveres aquí? —dijo sin inmutarse el joven. Y mientras lo decía se apeó de su montura con grandes dificultades, a pesar de que se trataba de un pacífico y gordo caballo de tiro—. ¿Los ha tocado? —agregó mirando fijamente a Angelo—, ¿Tiene frío en las piernas? ¿Hace tiempo que está aquí? Tiene usted muy mala cara.

Hablaba mientras desataba una especie de alforjilla fijada con cuerdas a la correa que sostenía el simple cobertor plegado en cuatro que le servía de silla.

—Llegué hace un rato —dijo Angelo—. Puede que tenga mala cara, pero me muero de ganas de contemplar la suya cuando haya visto lo que acabo de ver.

—Bueno —dijo el joven—, lo más seguro es que vomite, igual que usted. Lo importante es que no haya tocado los cadáveres.

—He matado a golpes de azadón a un perro y varias ratas que se los comían —dijo Angelo—. Esas casas están llenas de muertos.

—Ya me temía que hubiera estado haciendo el valiente. Parece usted esa clase de hombre. ¿No tiene frío en las piernas?

—No creo —dijo Angelo, cada vez más desconcertado. No tenía frío en las piernas, pero las sentía de nuevo blandas, como de algodón.

—Uno no cree —dijo el joven— hasta que está seguro. Beba un trago de esto; beba sin miedo.

Le tendió un frasco que había sacado de la alforja. Era un aguardiente rudo, aromatizado con hierbas, fortísimo. Así que bebió el primer trago, que por cierto sorbió con verdadera avidez, a Angelo se le nubló la cabeza, y muy bien hubiera podido emprenderla a golpes con el joven de no ser porque el aguardiente le había dejado sin aliento. Se contentó con mirarlo furioso con los ojos llenos de lágrimas. Sin embargo, luego de haber estornudado violentamente varias veces, se sintió reconfortado y notó que las piernas volvían a

obedecerle.

—Pero, veamos —dijo, en cuanto pudo hablar—, ¿quiere explicarme qué pasa?

—¡Cómo! —dijo el joven—, ¿No lo sabe? Pero ¿de dónde viene? ¡Es el cólera morbo, amigo! ¡Es el más formidable desembarco de cólera asiático que se haya visto jamás! Eche otro trago —dijo tendiéndole el frasco—. Créame, soy médico, —Esperó a que Angelo hubiera estornudado y lagrimeado—. Yo también tomaré un poco, vea. —Bebió, pero era evidente que soportaba muy bien aquella pócima—. Estoy habituado —dijo—; hace tres días que si no fuera por esto, no me tendría en pie. El espectáculo de las aldeas que hay más abajo tampoco es agradable.

Angelo se dio cuenta entonces de que el joven no podía más y se tenía en pie haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad. La ironía de aquellos ojos era pura fachada. A Angelo le pareció muy simpática esta actitud. Había olvidado ya el soplo helado de los cadáveres. «¡Así es como hay que comportarse!», se dijo.

—¿Dice usted que esas casas están llenas de muertos? —preguntó el joven.

Angelo le explicó que había entrado en tres o cuatro y lo que había visto en cada una. Agregó que, en cuanto a las otras, estaban llenas de pájaros y no había esperanzas de hallar a nadie vivo en ellas.

—Entonces, todo ha terminado en Les Omergues —dijo el joven—. Era un bonito pueblo. Vine a atender unas fluxiones de pecho hace seis meses. Y, por cierto, las curé. Se bebía buen aguardiente en este apartado rincón, ¿sabe? De todos modos, me daré una vuelta por ahí. Nunca se puede estar seguro. Suponga que quede alguien que aún no se haya momificado... Es mi trabajo. Pero ¿qué demonios hacemos en medio del camino? —dijo—, ¿No cree que estaremos mejor bajo esos árboles?

Se pusieron al abrigo de las moreras. La sombra no era fresca, pero allí uno se sentía liberado del azote del sol sobre la nuca. Se sentaron en la crujiente hierba.

—Se ha metido en un buen lío —dijo el joven—. Hay que ver las cosas como son. Procure que le dé el sol en las piernas. ¿Qué diablos hacía en estos parajes?

—Iba al castillo de Ser —dijo Angelo.

—No queda nadie en el castillo de Ser —dijo el joven.

—¿Están muertos? —preguntó Angelo.

—Naturalmente —dijo el joven—. Y los otros, que no estaban mucho mejor, se apilaron en una silla de posta y tomaron las de Villadiego. No irán muy lejos. Me intriga qué piensa hacer usted.

—¿Yo? —dijo Angelo—. Bueno, yo no tengo ganas de tomar las de Villadiego.

Se dirigía a aquellos ojos irónicos.

—Contra esa porquería —dijo el joven— no hay más que dos remedios: el fuego y la huida. Un método antiguo, pero muy bueno. Supongo que usted también lo sabe, ¿no?

—Parece que usted tampoco lo ignora —dijo Angelo—, y sin embargo está aquí.

—El oficio —dijo el joven—, de no ser por eso, le aseguro que yo también volaría, y sin pensármelo dos veces. Parece que todavía no ha comenzado en el Drôme, que está detrás de aquellas montañas, a cinco horas de camino. Seamos realistas. ¿Cómo van esas piernas?

—Muy bien —dijo Angelo—, Son unas piernas cansadas, pero le garantizo que van a donde yo quiero.

—Eso es asunto suyo —dijo el joven—. Ahora tiene mejores colores. Y es evidente que con mejores colores usted es una de esas personas a las que es difícil hacerles comprender lo que más les conviene.

—Ahora es usted quien tiene mala cara —dijo Angelo sonriendo. Aquellos ojos irónicos parecieron comprender muy bien su sonrisa.

—¡Vaya! —dijo el joven—. Confieso que me siento un tanto derrengado. —Y se arrellanó contra el tronco de una morera—. ¿Quiere pasarme el matarratas, por favor?

Gracias al alcohol aromatizado del frasco y, sobre todo, a la presencia de aquellos ojos irónicos, la sangre volvió a correr normalmente por las venas de Angelo. De pronto sintió un gran deseo de fumar. Debían de quedarle algunos de los cigarros comprados la víspera en Banon por el mozo de cuadra; aún tenía seis, comprobó cuando abrió el estuche.

—Tiene ganas de fumar —dijo el joven—, es una buena señal. Bien mirado, déme uno, a ver qué pasa. Le advierto que desde hace tres días y tres noches no he pensado en fumar, así que no le garantizo que no vaya a darme un patatús.

Pero exhaló unas bocanadas de humo con evidente satisfacción.

—La naturaleza humana es muy extraña —dijo cuando notó que el tabaco le tranquilizaba—. Hace un rato, cuando nos encontramos, estaba la mar de nervioso.

Angelo también disfrutó mucho de su cigarro. «Tiene mejores ojos», se dijo, «que ahora están más en consonancia con esos hermosos labios de jovenzuelo casi imberbe que tiene. ¡Conozco bien esa ironía de *últimos cartuchos*! ¡Tiene que haber visto cosas horrorosas en las aldeas de donde viene!»

El joven médico le contó que se había declarado el cólera en Sisteron, la ciudad que estaba al final del valle, en la confluencia del arroyo que lo regaba y del Durance; que el ayuntamiento y el subprefecto habían intentado organizar las cosas en medio del caos general; que habían sido avisados por un gendarme montado de los hechos terribles que ocurrían en aquel valle, que era el del Jabron, y que, tras haber sido destinado a él con plenos poderes, se encontró al llegar con una mortandad indescriptible. Había enviado a un pastorcillo de Noyers con un mensaje para pedir diez soldados de la guarnición y cal viva a fin de enterrar a los muertos.

—¡Pero vaya usted a saber si ese crío llegará a Sisteron! Quizá haya muerto ya, bajo una retama, con mi papel en el bolsillo.

Con todo, la situación era peor en la aldea donde se encontraban que en Noyers, pues allí aún quedaban seis personas con vida.

—Les dije que se fueran a la montaña con sus hatillos y algunas medicinas. No llevaban una dirección concreta: algún aprisco, allá arriba, donde, si tienen suerte, se salvarán. En cuanto a los otros... Bueno, sólo queda cavar fosas lo suficientemente grandes. Había uno que estaba todavía entre la vida y la muerte, aunque en el período agónico, a decir verdad, en el caserío de Montfroc, a una legua, detrás de esos roquedales. Se me fue de las manos esta mañana. Poco después me senté ante su puerta... Bueno, es un decir, pues me dejé caer como un saco. Entonces vi llegar a su jamelgo, al paso. No se resistió cuando lo cogí por la brida. Si lo hubiera hecho, habría podido marcharse. Yo apenas me tenía en pie.

Le explicó que lo más difícil era encontrar comida. Estaba todo tan infestado, que era necesario guardarse de ingerir las vituallas y chacinas, panes o galletas que se encontraban en las casas. Valía más aguantar el hambre. Sólo que no era posible hacerlo indefinidamente.

—¡Escuche! —agregó—, ¿Son figuraciones mías, o se oye un ruido? —Era el que procedía de los establos —. Eso es harina de otro costal —comentó—. Esos animales no comen desde hace tres días. Voy a ponerlos en libertad, pues no es divertido reventar de hambre entre cuatro paredes. Pero ¿tiene usted pistolas? Préstemelas, pues deberé matar a los cerdos. Esos animales son muy voraces y se comen a los muertos.

Angelo le dio una buena calada a su cigarro y dijo:

—No me considero más valiente que nadie. Simplemente, tengo el carácter que la naturaleza me ha dado. Soy bastante propenso a asustarme cuando algún suceso inesperado excita mis nervios. Pero, tras un cuarto de hora de reflexión, siento una completa indiferencia ante el peligro. Así pues, y si no tiene inconveniente, me quedaré a su lado hasta la llegada de los diez soldados de que me hablaba hace un rato. Le echaré una mano. No quisiera ser descortés con usted, pero es evidente que está extenuado.

—Nada más verle —dijo el joven guiñándole un ojo—, hubiera apostado cuarenta contra uno a que era usted una de esas personas que se pasan la vida metiéndose en líos, y habría ganado. Yo, en su lugar, le daría dos cigarros al imbécil que tiene plenos poderes en este valle de Josafat y me largaría hacia el Drôme, donde, si es cierto lo que se dice, aún hay posibilidad de escapar a esta porquería. De todas maneras, lo intentaría. Sólo se vive una vez. Así pues, como dice usted, no le ocultaré que me da terror volver a pasar una noche solo en estos infortunados lugares. Es usted manifiestamente más fuerte que yo, de modo que no puedo usar la fuerza para hacer que se vaya. No puede imaginarse cuánto me gusta hablar y oír hablar. Me dormiría oyendo hablar...

El hecho es que Angelo también estaba muy contento de tener a alguien con quien conversar. Los ojos del joven habían perdido toda ironía.

—Descanse usted —dijo Angelo.

—¡Qué más quisiera! —le contestó el joven—. Un trago de matarratas, y manos a la obra. A veces buscan lugares inverosímiles para agonizar. Me gustaría salvar a uno o dos. Son cosas que se recordarán con placer dentro de cincuenta años. No pierda los cigarros. Nos vendrá bien fumarnos uno cuando hayamos acabado el trabajo.

Angelo comprobó su arsenal. Tenía dos pistolas y diez tiros para cada una.

—Cinco para los cerdos grandes —dijo el joven—, A los pequeños los mataremos a palos. Guarde el resto, puede que lo necesite. Gracias por quedarse conmigo, lo digo en serio. Me siento lleno de empuje. Se arriesga usted mucho, ¿sabe? Debo prevenirle. En fin, gracias. Sé que tratándose del cólera, y morbo por más señas, si te hinca el diente, habría que cortarle el hocico, como a una garrapata, para que te suelte. Estoy un poco borracho, no sé si lo nota, pero mi agradecimiento es sincero. ¡Vamos allá!

Evidentemente, hacía varios días que los animales no comían. En cuanto les abrieron las puertas, las ovejas se largaron a la carrera a campo traviesa hacia la montaña. Hubo que cortarles las correas a los caballos. Estaban tan excitados ante los pesebres vacíos, que coceaban sin cesar. Una vez libres se fueron hacia el arroyo, de donde partieron en grupos en la misma dirección que las ovejas. Angelo les saltó los

sesos a tres grandes cerdos que, locos de rabia, habían devorado la mitad de la puerta de su pocilga. Encaramado en una pared, el joven le partió la cabeza con una podadera a una cerda enloquecida que se arrojaba contra él como un toro. Se había comido a sus lechones.

—Bien, por fin reina aquí un silencio sepulcral —dijo el joven.

En efecto, sólo se oía el revoloteo sedoso de los pájaros, que no gritaban—. Voy a ver qué hay allá dentro —añadió—. Espéreme aquí.

—¿Por quién me toma? —dijo Angelo—. Además, ya he entrado; allí es donde maté a las ratas.

—Excúseme señor príncipe —dijo el joven.

«Te burlas de mi redingote limpio», se dijo Angelo, «pero te demostraré que sé ensuciármelo tan bien como tú.»

—Aquí no hay nada que hacer —dijo el joven ante el espectáculo de los cadáveres—. ¿Ha mirado en los rincones?

Abrió las alacenas y la puerta de un cuartito bajo que se puso a escudriñar con su encendedor de chispa.

—¿Qué busca? —le preguntó Angelo, que tenía necesidad de hablar.

—El último —dijo el joven—. El último ha debido de arrastrarse hasta un lugar insospechado. Como es el único que tiene alguna posibilidad de salvarse, es el que debemos buscar. No estoy aquí por el espectáculo. Si tienen fuerzas, les da por alejarse. Apostaría lo que quiera a que hay algunos tirados bajo las retamas. Pero en caso de colapso fulminante, no tiene usted idea de los lugares adonde van a meterse. Sé muy bien lo que me hago. Déjeme hablar y no se preocupe. Me distrae. Ayer hablé solo todo el día. Le aseguro que no tiene nada de divertido eso de encontrar pobres tipos azules en agujeros de ratas. En Montfroc, hace unas horas, descubrí a uno en un palomar. Si lo hubiera hallado un cuarto de hora antes, habría hecho algo por él. Se había ocultado demasiado bien. No podía salvarlo, pero le habría aplicado algunos remedios. Y su muerte habría sido más agradable. Bueno, amigo mío, aquí no hay nada, salvo esta botella, extremadamente preciosa para usted y para mí y por si encontramos a alguien a quien friccionar.

Salió del cuartito con una botella de un líquido claro como el agua.

—Aguardiente —dijo—, un nombre muy apropiado. Esto podemos llevárnoslo. Es un remedio; ya no me queda una gota de láudano ni de éter. Tengo un poco de morfina, pero la economizo. Si quiere que le diga la verdad, los trato con lo primero que se me ocurre. En todo caso, con esto podremos hacer muy buenas fricciones. Me hubiera gustado hallar alguna cosa a la que hincarle diente; pero, naturalmente, eso es tabú. Hable —prosiguió—, hable sin parar; desata los nervios.

Visitaron la casa de arriba abajo. El joven huroneaba en los rincones más oscuros.

En una de las casas separadas del resto de la aglomeración, en la que Angelo no había entrado, hallaron a un hombre que no estaba muerto. Se había escondido en una despensa, detrás de unos sacos de grano. Agonizaba hecho un ovillo; su boca vomitaba en sus rodillas aquella materia blancuzca parecida a arroz con leche que Angelo había notado ya en la boca de otros cadáveres.

—¡Qué mala pata! —dijo el joven—, Pero no estamos aquí para no hacer nada. Cójalo por los hombros.

Lo acostaron en el suelo de la despensa. Hubo que forzarle las piernas, que estaban crispadas.

—Córteme una astilla del palo de esa escoba de brezo —dijo el joven. Hizo un hisopo con unas hilas que sacó de la alforja y limpió con él la boca del hombre. Angelo no había tocado aún al enfermo salvo, con mucha repugnancia, para sacarlo de su escondite—, Desabróchele los pantalones —siguió diciendo el joven — y quíteselos. Fricciónele las piernas y las nalgas con alcohol, y frote con fuerza.

Había echado aguardiente en la boca del enfermo, que dejaba oír un estertor jadeante y un hipo muy seco. Angelo se apresuró a obedecer. Hinchaba las mejillas para contener las bascas que le subían desde el estómago. Por fin, luego de haberse afanado en frotar con todas sus fuerzas las piernas y los muslos, extremadamente delgados y que estaban azules y helados, Angelo oyó que el joven le decía que se detuviera, que no había ya nada que hacer.

—¡Ni uno que me dé el placer de salvarlo! —dijo el joven—, Pero ¿qué hace ahí parado? No debe hacer más de lo necesario. —Angelo no se daba cuenta de que seguía arrodillado junto al cadáver con las manos ampliamente apoyadas en sus muslos flacos y sucios de arroz con leche—. Basta con los que lo tienen —dijo el joven—, no hay por qué empeñarse en atraparlo. ¿Cree que no tengo bastantes clientes? Échese aguardiente en las manos y venga. —Con su encendedor de chispa encendió el alcohol que cubría las manos de Angelo—, En estos tiempos, créame usted, es mejor tener ampollas que porquerías. Por lo demás, sólo le quemará los pelos. No se seque, no pierda la calma y vayámonos a fumar un cigarro fuera, en plena naturaleza. Nos lo hemos ganado. —Y cuando estuvieron acostados en la hierba seca bajo la morera en que habían atado sus caballos, comentó—: ¡Diablos! Apenas me quedan fuerzas para chupar su cigarro de tres al cuarto.

—Duerma —dijo Angelo.

—¿Lo cree tan fácil? —dijo el joven—. Quizá no podré volver a dormir en lo que me quede de vida a menos que una nodriza me coja de la mano.

Con gran asombro, Angelo vio que los ojos del joven se llenaban de lágrimas. No se atrevió, desde luego, ni a coger su mano ni a continuar mirándolo. Caía la tarde. Grandes masas de bruma polvorienta cubrían la montaña y ocultaban el horizonte en que se hundía el camino. El silencio era total.

—Un instante de desaliento —dijo el joven—. Debe de ser a causa de mi estómago vacío... No haga caso.

Cuando cayó la noche, Angelo encendió una pequeña fogata por si llegaban los soldados.

Hasta cerca de la medianoche el joven no dijo una palabra, por más que tenía los ojos muy abiertos. De vez en cuando, Angelo echaba leña al fuego y aguzaba el oído hacia el camino. De repente se oyó un ruido extraño, como si un animal se hubiera enredado en los zarzales que estaban a cinco o seis pasos de ellos. Angelo pensó en un cerdo escapado y montó su pistola. Pero el intruso dio un pequeño gemido que no era el de un cerdo. Angelo, durante el instante que dura un escalofrío, sintió la desagradabilísima proximidad de las casas oscuras y llenas de muertos. Apretaba tontamente su pistola cuando, a la luz de la fogata, vio aproximarse a un niño.

Podía tener entre diez y doce años y parecía indiferente a todo. Llevaba las manos ostensiblemente metidas en sus bolsillos. El joven le hizo beber un trago de matarratas y el niño comenzó a hablar en provenzal. Estaba de pie, bien plantado sobre sus piernas separadas, y varias veces sacó las manos de los bolsillos para volver a meterlas levantándose el pantalón.

Tenía un aire plácido y seguro de sí mismo incluso cuando miró la espesa noche más allá del fuego.

—¿Comprende lo que dice? —preguntó el joven.

—No del todo —dijo Angelo—; creo que habla de sus padres.

—Dice que murieron anoche. Pero su hermana, cuando él salió, vivía aún. Son leñadores que tienen sus cabañas a una hora de aquí. Creo que debemos ir. El chico asegura que podemos llegar a caballo. Usted debería quedarse aquí para mantener el fuego y esperar los soldados.

Angelo refunfuñó que los soldados se las arreglarían solos si eran dignos de ese nombre. Y montó a caballo.

—Es usted endiabladamente orgulloso —dijo el joven—. Bueno, vamos allá —prosiguió dirigiéndose al niño—, sube al caballo, vas a conducirnos. ¡Eh! ¡Oiga! —le gritó de pronto a Angelo, que se alejaba ya—, eche pie a tierra y vuelva aquí. El tontuelo este está enfermo como un perro.

Al aproximarse al caballo, el niño se había puesto a temblar de pies a cabeza.

—Échele leña a ese fuego —dijo el joven—, y ponga a calentar piedras planas, las más grandes que encuentre.

Se quitó el redingote y lo extendió sobre el suelo.

—¿Quiere usted volvérselo a poner y no hacer tonterías? —dijo Angelo. Desató su equipaje y tendió en la hierba su gruesa capa para la lluvia y alguna ropa.

—Se le pondrá hecha un asco —dijo el joven.

—¡Merecería que le rompiera la crisma! —exclamó Angelo—. Utilice eso y guárdese sus reflexiones.

El niño había caído de costado sin sacar las manos de los bolsillos. Se agitaba mucho y se oían castañetear sus dientes. Hicieron una cama con las ropas de Angelo y acostaron al chaval.

—Chiquillo del diablo, con sus manos en los bolsillos —dijo el joven—. ¡Hay que ver! Para darle una lección a todo el mundo, ¿no? ¿Cómo se les ocurren esas cosas? Qué inteligente, ¿eh? ¿No hubiera usted dicho, cuando llegó...? Pero ¿qué fuerza lo mantenía en pie...? El orgullo, ¿eh? No querías demostrar cobardía... ¡Idiota! —Mientras iba diciendo esto lo desnudaba—. Déme piedras calientes. Tome la botella de aguardiente. Fricciónelo. Más fuerte. No tenga miedo de arrancarle la piel. Le volverá a salir.

Bajo las manos de Angelo aquel cuerpo estaba helado y duro. Iba cubriéndose de un jaspeado violeta. El niño se puso a vomitar y a evacuar una diarrea espumosa, igual que si Angelo apretara un odre.

—¡Pare! —dijo el joven—. Le he metido cincuenta centigramos de calomelanos en el gaznate. Vamos a ver.

Le pusieron a cada lado una docena de grandes piedras calientes envueltas en camisas de Angelo y lo cubrieron enteramente con los faldones de la capa que, con otras ropas, le servía de colchón. El niño hipó un momento y luego vomitó una gran bocanada de aquel arroz con leche.

—Le voy a dar veinticinco centigramos más, ¡qué remedio! —dijo el joven—. Si pudiera volver a frotarlo... pero sin destaparlo, pasando las manos bajo la ropa.

—No sé qué le ocurre —dijo Angelo al cabo de un momento—, está cada vez más mojado.

—Disentería —dijo el joven—. Ya le quemaré las manos, pero frote, frote, no perdamos tiempo.

—No lo digo por eso; daría diez años de mi vida...

—Dejemos los sentimentalismos —dijo el joven.

El rostro del niño que se había puesto ceroso y empequeñecido se perdía en los pliegues del grueso paño de la capa, que abrieron para renovar las piedras calientes. Hubo que cambiar la ropa, que estaba tremendamente sucia. Angelo se asombró de la súbita delgadez del niño. Su costillar parecía haberse pegado a la piel del pecho; sus fémures, sus tibias, la bola de sus rodillas, estaban fuertemente dibujadas en su carne azul.

—Tome la pólvora de su pistola —dijo el joven—, mójela en aguardiente y hágame cataplasmas con esos pañuelos o desgarrando esa camisa. Voy a intentar aplicarle vejigatorios en la nuca y sobre el corazón. No parece nada prometedor. Jadea mucho. Tengo la impresión de que esto va muy deprisa.

A fuerza de friccionar sin descanso aquel cuerpo que enflaquecía y se azulaba a ojos vistas, Angelo estaba cubierto de sudor. Los vejigatorios no dieron resultado. Las placas de cianosis eran cada vez más oscuras.

—¿Qué quiere usted? —dijo el joven—. Me mandan atrapar tigres con redes para cazar mariposas. ¡La pólvora no es una terapéutica! No quisieron darme remedios. Tenían un miedo de todos los diablos. Parecía que la tierra iba a faltarles bajo los pies. Aún hay posibilidades. Podría salvarse. Si tuviera belladona... Les dije: «¿Qué diantres quieren que haga con su éter? ¡No se trata de desinfectar, caramba! ¡No se trata de mí! ¡Se trata de atender lo más urgente!» No se dan cuenta de que uno quisiera salvar vidas. Pero ¡qué miedo el de esa gente! Tenían demasiado miedo para burlarse de mí, pero si yo hubiera intentado poner el dedo en la llaga, me habrían mordido. Y así estamos ahora: intentando hacer que le circule la sangre a golpes de pulgar.

Él también le friccionaba sin descanso la espalda, los brazos, los hombros, las nalgas, el pecho. A cada instante renovaba el cerco de piedras calientes y aplicaba al vientre del niño una especie de cataplasma consistente en un chaleco de franela que Angelo calentaba en las llamas cuando se enfriaba. Los vómitos y la disentería habían cesado, pero el jadeo era cada vez mayor y más espasmódico. Por último, el rostro del niño, que hasta entonces había permanecido apagado e indiferente, comenzó a ser agitado por convulsiones y muecas.

—¡Espera, muchacho, espera un poco! —exclamó el joven—, ¡Te la voy a dar, te voy a dar mi morfina! ¡Espera! —Buscaba en sus alforjas. Temblaba de tal modo, que Angelo se apresuró a ayudarle manteniendo abiertas las alforjas, que volvían a cerrarse sobre las manos del joven. Éste, al fin, sujetó firmemente la aguja a su jeringa y luego de bombear muy cuidadosamente hasta la última gota del contenido de un frasquito, aplicó la inyección en la nalga del niño—. No lo frote más —dijo—, tápelo.

Pasó su brazo bajo la cabeza del niño y la sostuvo. La indiferencia volvió poco a poco a su rostro. Angelo permanecía acostado sobre el cuerpo del niño sin atreverse a hacer ni un movimiento. Le parecía, instintivamente, que cubriéndolo de aquel modo podría devolverle el calor que se le escapaba.

—¡Bueno! —dijo el joven irguiéndose—. Está visto que no podré salvar ni uno.

—No es culpa suya —dijo Angelo.

—¡Oh! ¡Y que aún haya flores...! —exclamó el joven.

Había amanecido. Las pesadas masas de bruma yesosa volvían a ocupar su lugar en medio del silencio.

—Desinféctese —dijo el joven, que fue a acostarse en la hierba amarillenta en un lugar que el sol alcanzaría pronto. Pero Angelo se acostó cerca de él.

El sol apareció enfrente de ellos sobre la cresta de las montañas. Estaba blanco y pesado como los días anteriores. Angelo se dejó calentar, sin moverse, hasta que su camisa empapada de sudor estuvo seca.

Le pareció que su compañero dormía. Pero cuando se incorporó vio que el joven médico tenía los ojos abiertos.

—¿Cómo se siente? —le preguntó.

—¡Huya! —exclamó el joven con una voz ronca e irreconocible. Su cuello y su garganta se hincharon y vomitó una espesa bocanada de materias blancas y grumosas que le cubrió la parte inferior del rostro.

Angelo le quitó las botas y las medias, y al despojarlo de sus calzones vio que estaban sucios de diarrea, ya dura y seca. Los metió debajo de las piernas desnudas del joven, que estaban heladas y ya jaspeadas de violeta. Las regó con alcohol y se puso a friccionarlas con todas sus fuerzas. Parecía que retomaban un poco de calor. Angelo se quitó el redingote y le fajó con él las piernas estrechamente. Registró las alforjas en busca del frasquito de morfina, pero sólo había en ellas cinco o seis frascos vacíos y un cuchillo. Intentó hacerle beber alcohol al joven, pero éste desvió la cabeza y dijo:

—Deje, deje, váyase, váyase.

Angelo, sin embargo, logró meterle el gollete en la boca. Le descubrió las piernas. Estaban nuevamente

heladas, y una espesa cianosis había subido hasta más arriba de las rodillas y se manifestaba ya ampliamente en los muslos. No obstante, a Angelo le pareció que, gracias a sus fricciones cada vez más rápidas, aquella carne se ablandaba, se entibiaba y recuperaba su color natural. Activó el movimiento. Se sentía con una fuerza sobrehumana. Pero de las rodillas para abajo las piernas seguían heladas y del color de las heces de vino. Arrastró el cuerpo cerca del fuego. Calentó piedras. En cuanto dejaba de frotar, la cianosis salía de las rodillas, ramificándose como una oscura hoja de helecho, y subía por los muslos. Pero lograba hacerla retroceder friccionándola sin contemplaciones con sus manos y sus pulgares. El joven había cerrado los ojos. Tenía un terrible rictus irónico a causa de las arrugas en la comisura de los párpados, muy marcadas por la descomposición del rostro. Parecía indiferente a todo, pero cuando Angelo, sin darse cuenta, exhaló un suspiro de relativa satisfacción (acababa una vez más de expulsar la cianosis de los muslos), el joven, sin salir de su marasmo, tanteó con los dedos alrededor de la camisa, la levantó y le mostró su vientre. Estaba completamente azul; era espantoso.

Comenzó a hacer muecas y a ser sacudido por espasmos. Angelo no sabía qué hacer. Seguía frotando sin parar las piernas y los muslos helados, cuyo color violeta se había unido al azul del vientre. También él era sacudido por grandes escalofríos nerviosos cada vez que oía crujir los huesos en aquel cuerpo que se retorcía.

El médico movió los labios y trató de hablar con un soplo de voz. Angelo aproximó su oreja a la boca del joven:

—Desinféctese —decía.

Murió al anochecer.

—¡Pobre mediquillo! —exclamó Angelo.

Angelo pasó una noche terrible al lado de los dos cadáveres. No tenía miedo del contagio. Ni siquiera pensaba en él. Pero no se atrevía a mirar aquellas caras iluminadas por el fuego y cuyos labios encogidos descubrían unas mandíbulas perrunas que parecían prestas a morder. Ignoraba que los muertos de cólera son sacudidos por espasmos y que incluso agitan los brazos cuando sus nervios se desatan. Por eso, cuando vio que el joven se agitaba, se le erizaron los cabellos y corrió a friccionarle las piernas y siguió haciéndolo durante largo rato.

CAPÍTULO TERCERO

Los soldados llegaron por la mañana. Eran una docena. Formaron pabellones en un pequeño prado. Su capitán era un hombre grueso, sanguíneo, con un bigote pelirrojo muy espeso que le caía hasta el mentón.

Angelo, que había tenido miedo toda la noche y estaba acostumbrado a mandar a los capitanes, le habló en tono muy seco de los soldados, que nada más llegar se habían instalado a cierta distancia para preparar café mientras bromeaban en voz alta.

El capitán se puso rojo como un gallo y frunció su naricita de dogo.

—¡Se acabaron las contemplaciones! —exclamó—. Tienes demasiados humos. No es culpa mía si tu madre dio a luz a un cretino. ¡Ya te enseñaré yo! Toma esa azada y comienza a cavar la fosa si no quieres que te dé de patadas. Me cago en tus blancas manos, voy a decirte quién soy.

—Eso se ve enseguida —replicó Angelo—: un grosero, y estoy encantado de que se cague en mis manos, porque voy a restregárselas en la cara.

El capitán se echó a un lado y desenvainó su sable. Angelo corrió hasta los pabellones y cogió uno de los alfanjes de los soldados de caballería. El arma medía la mitad de la de su adversario, pero Angelo desarmó muy fácilmente al capitán. A pesar de su fatiga y de su ayuno, se sintió en seguida en su elemento y dio magníficos saltos de gato. El sable voló a veinte pasos hacia donde estaban los soldados, que seguían preparando su pitanza y se reían de ellos mirándolos por encima del hombro.

Angelo, sin decir palabra, se alejó hacia su vivac, dejó en libertad el caballo del pobre médico, ensilló el suyo, montó en él y se fue después de haber echado una breve mirada a los dos cadáveres, que apretaban los dientes de manera cada vez más feroz. Avanzó a campo traviesa en diagonal al trote corto. Apenas había dado su caballo algunos centenares de pasos cuando oyó zumbar cerca de él una especie de gruesas moscas, a lo que siguió inmediatamente el ruido de un magro fuego de pelotón. Giró la cabeza y vio elevarse una decena de pequeñas nubecillas blancas junto a los sauces en que los soldados tenían sus pabellones. El capitán hacía tirar sobre él. Aguijoneó a su caballo y se puso a salvo al galope.

Poco después volvió al camino y continuó galopando. No tenía redingote ni sombrero, su camisa estaba mojada aún del sudor de la noche y su pecho también estaba húmedo. Le pareció que hacía menos calor que los días anteriores. Sin embargo, el tiempo seguía siendo yesoso y neblinoso. No tenía portamantas ni ropa. Sus pistolas estaban cargadas con un solo tiro. «Con todo», se dijo pensando en su altercado con el capitán, «me dejaría cortar en rebanadas antes que matar a un hombre a tiros, por más que hubiera injuriado a mi madre. Me gusta saldar estas cuentas con armas que, sobre todo, permitan humillar. La muerte no venga. La muerte es verdaderamente insólita», siguió diciéndose, pensando en el pobre mediquillo. «De una gran simplicidad y muy práctica.»

Atravesó una aldea en la que mucha gente había experimentado sus efectos simples y prácticos. Los muertos, vestidos, en camisa, desnudos o con las ropas arremangadas por el hocico de las ratas que corrían en tropel, se amontonaban delante de las casas, a cada lado de la calle. Todos tenían aquella expresión de perro rabioso. Había nubes de moscas. El hedor era tan intenso, que el caballo fue presa de pánico y se desbocó, probablemente asustado también por la extraña postura de algunos cadáveres que habían permanecido de pie y abrían los brazos como si quisieran ponerlos en cruz. Angelo se dejó llevar.

Cuando la mañana tocaba a su fin había atravesado una comarca desierta donde nada hablaba de la epidemia, salvo los campos en que el centeno, aunque maduro, no estaba cortado y comenzaba a encamarse. Había dormido un poco en la silla a pesar de que el caballo llevaba un paso bastante vivo; tenía calor; no lamentaba la pérdida de su redingote; se había atado un pañuelo alrededor de la cabeza y, aparte de su vientre vacío, se sentía muy bien.

Vio el castillo de Ser entre los árboles, sobre un montecillo. Subió a la explanada. Era una casa solariega montañesa, desconchada y de aspecto ruinoso, en la que sólo cabía imaginar que pudiera vivir un solterón. Estaba absolutamente desierta. Los golpes que dio en la puerta retumbaron en la vacía mansión. Por lo demás, bajo una gran encina vio un rectángulo de tierra recientemente removida de tamaño más que regular. Sin embargo, no volvió al camino hasta después de dar un par de vueltas al edificio y llamar numerosas veces hacia una ventana del primer piso que, manifiestamente, había quedado abierta porque el postigo, podrido por las lluvias y desgonzado, no podía ya cerrarse. Pero llamó en vano; era evidente que la casa estaba vacía. Observó, no obstante, que aquí los muertos y la fuga parecían haber obedecido a reglas militares. Todo estaba en su sitio, la huesa estaba cubierta y, aparte de esa ventana bajo la cual se encontraba, habían levantado el campo según todas las reglas del arte del acantonamiento. En las inmediaciones de las caballerizas incluso habían apilado el heno.

Retomó el camino al paso. El día se acababa. Tenía ahora un hambre verdaderamente lobuna, y pensó en el café que los soldados calentaban mientras luchaba tontamente con su gordo capitán.

La escotadura del valle se ampliaba, y pudo ver que a lo lejos, quizá a una legua, desembocaba en otro valle perpendicular, mucho más ancho, donde el sol poniente iluminaba toda una perspectiva de bosquecillos y de largas alamedas.

Apresuró su caballo con la idea de que hallaría allí una región menos devastada. Se dijo que, en el fondo, no había demasiado riesgo en comerse, por ejemplo, un pollo asado. Su boca se llenó instantáneamente de una oleada de saliva que hubo de escupir. Se acordó de los cigarros. Tenía todavía cuatro. Encendió uno.

Cuando se aproximaba al gran valle, vio que delante de él el camino estaba obstruido por toneles con los que se había levantado una especie de barricada. Desde allí le gritaron que se detuviera. Como seguían dándole el alto sin que apareciera nadie a pesar de que se había quedado inmóvil en medio del camino, se acercó un poco más a los toneles. Vio un cañón de fusil que le apuntaba y, por fin, el busto de un hombre que vestía un chaquetón de presidiario.

—¡Alto he dicho! —le gritó el centinela—. ¡No te muevas, si no quieres que te llene de plomo las costillas!

El hombre tenía una cara pasmosamente embrutecida, en la que se diría que alguien se había complacido en coleccionar los estigmas más bajos y repugnantes. Chupaba una colilla de cigarrillo y la nicotina ensuciaba su mentón. Iba totalmente rasurado: barba, bigote y cabellos; debía de hacer bastante tiempo que no se dejaba crecer el cabello, pues su cráneo estaba tan bronceado como sus mejillas.

—¡Vamos, avanza! —dijo.

Angelo se aproximó hasta tocar los toneles. El fusil seguía apuntando. El hombre tenía unos ojillos diminutos y no le quitaba la vista de encima.

—¿Tienes un volante? —dijo.

Como Angelo no le entendía, le explicó que se trataba de una especie de salvoconducto que debía darle el alcalde de su pueblo y sin el cual no se le dejaría pasar.

—¿Para qué sirve? —dijo Angelo.

—Para certificar que no estás enfermo y que no traes el cólera en tus bolsillos.

«¡Demonios!», se dijo Angelo, «¡no es el momento de decir la verdad!»

—Mira si no lo traigo —dijo—, y si tengo pocas ganas de traerlo, que me di el bote en cuanto supe que había habido un caso. Por lo demás, estaba en la montaña y ni siquiera volví a la aldea; por eso no tengo volante, ni siquiera chaqueta.

El hombre miraba la cabeza del caballo y su arnés, que era muy elegante: la frontalera, la quijera y la muserola estaban incrustadas de plata, mientras que la escarapela, la barbada y los anillos de la muserola eran de plata maciza.

—¿Tienes con qué? —preguntó en voz baja.

Angelo se hizo el despistado.

—Sí —dijo el hombre—, ¿tienes parné? Se nota que eres de pueblo, porque hay que explicártelo todo. —E hizo deslizar su pulgar sobre su índice como si contara monedas.

Esa actitud ingenua salvó a Angelo de un peligro mucho más grave que el de ver comprometida su cena. Se sentía tan feliz, después de aquellos días heroicos, de haber hallado a un hombre cuya cautela le hablaba de la tranquilizadora paz del egoísmo, que estaba ligeramente fascinado. Tenía también mucha hambre y, a pesar de su displicencia, el cólera comenzaba a preocuparle.

—Algo tengo —respondió tontamente Angelo.

—¿Tienes al menos cien francos? —le preguntó el hombre.

—Sí —le contestó Angelo.

—Tendrás que darme doscientos —dijo el hombre— si quieres pasar. Ahora deja el camino y pasa por aquel arroyuelo que hay allá. Mira bien a través de los árboles por si ves a los guardias que han ido a patrullar hasta la barricada del camino de Saint-Vincent, y ven a este lado de la barricada. No intentes escaparte, te tengo encañonado; y oye esto, muchacho: no soy de los que vacilan en disparar contra nadie.

Se arremangó el chaquetón y le mostró en su brazo, que era enorme y peludo, el tatuaje administrativo de los condenados a trabajos forzados. Al mismo tiempo hacía girar los ojos con aire que quería ser amenazador, pero Angelo no pudo evitar encontrar divertidos sus tejemanejes e incluso aquel rostro rasurado que exhibía las marcas de tantos vicios.

Sin embargo, al atravesar el arroyo, y luego de haberse asegurado de que el interior del bosque, tan lejos como le era posible ver, estaba desierto, aprovechó el momento en que pasaba cerca de una espesura de alisos que lo ocultaba en parte para meter la mano en la bolsa y contar una decena de luises

[4] que colocó en su pañuelo.

«En cuanto al resto», se dijo, «te fastidiarás. Eres muy servicial, pero lo necesito. Te voy a demostrar que las gentes del campo también saben usar una pistola.» Era un placer enfrentarse con enemigos de carne y hueso.

—¡Mucho tardas! —le gritó el hombre—. No es momento de cazar moscas. Debes de haber robado ese caballo. Cuando no se sabe montar, se anda a pie, muchacho. Yo estoy por el reparto de las riquezas; ya verás... Acércate. Vamos, afloja la mosca —dijo cuando Angelo estuvo cerca de él.

«¡Imbécil!», decía para sí Angelo. «¿No ves que si levanto las riendas y lo aguijoneo, mi caballo te plantará los cascos delanteros en el pecho? ¡Y entonces, ya puedes decirles adiós a las amarillas!»

—Esto es todo lo que tengo —dijo—, espero que sea suficiente. —Y sacó seis luises de su pañuelo.

—No te faltan palabras —comentó el hombre—, pero soy yo quien lleva la voz cantante. Suelta todo lo que lleves encima. ¿Quién me impediría pegarte un tiro y decir que trataste de pasar a escondidas?

—Esos que bajan por la colina seguro que te lo impedirán —dijo Angelo fríamente, y sacó un pie del estribo. El hombre giró la cabeza para mirar hacia donde le había indicado, y recibió instantáneamente en el mentón un golpe dado con la punta de la bota. Cayó de espaldas y soltó su fusil. Angelo se plantó de un salto junto a él, se agachó y le puso la pistola en los riñones.

—¡Eh, eh, calma, nada de bromas! —dijo el hombre—. ¿Dónde aprendiste a dar esos saltos? Reconoce que he sido complaciente. No juegues con las armas de fuego. Hubiera podido despacharte mientras estabas al otro lado. Confieso que lo pensé, pero me pareciste tan tonto... ¿Sabes que has ocultado muy bien tu juego?

—Mejor de lo que crees —dijo Angelo—, y no te he mostrado aún todo lo que soy capaz de hacer. Pero soy generoso y te dejaré lo que te he dado si me traes algo de comida.

Angelo arrojó el fusil a veinte pasos al otro lado de los toneles y pasó rápidamente su mano por los flancos del hombre para asegurarse de que no ocultaba ningún cuchillo en la cintura; por lo demás, llevaba los pantalones del uniforme de presidiario, que no tenían bolsillos.

—¡Cómo lo enmohecen a uno las hosterías del gobierno! —dijo el hombre levantándose—. Hace cinco años tu ardid habría fallado, jovencito.

—Lo importante es que ha dado resultado —dijo Angelo son— riéndose. Le caía bien aquel hombre gordo y más feo que Picio.

—Si te tomas las cosas filosóficamente —dijo el hombre—, por mí, estupendo. Tengo salchichón y pan, ¿de acuerdo? Desde que nos han reclutado porque se cagaban de miedo, nos miman. Pero hubieras podido ser un poco más respetuoso con mi cara. Eso me enseñará a ser servicial.

A pesar de su hambre, Angelo esperó hasta que hubo montado para hincarle el diente al pan. Mientras el hombre rodeaba la barricada para ir en busca de su fusil, Angelo galopó hacia unos sauces muy tupidos, los dejó atrás y siguió galopando durante más de media hora.

Anochecía. Pero antes de que la oscuridad fuera total Angelo anduvo una buena hora al trote. Vio que llegaba a la confluencia de los valles y que su camino desembocaba en una ancha carretera que lo cortaba en ángulo recto. «Aquí hay que obrar como en país enemigo», se dijo, «y yo aprendo pronto. Puede haber más barricadas; hay que ir a campo traviesa.» Tenía a su derecha el curso inferior del arroyuelo que le había permitido contornear la barrera del forzado, y oyó que un poco más lejos, delante de él, se unía a un curso de agua más importante cuyo rumor resonaba en el silencio de la noche. «Crúzalo», se dijo, «y manténte a igual distancia del camino, del que siempre podrás distinguir los álamos, y de esa agua que

murmura lo suficiente para que no te olvides de ella.» Estaba encantado de haber hecho uso de su sentido militar. Le daban mucho miedo el retorno de la noche y el recuerdo del pobre mediquillo, que debía de estar enseñándoles los dientes en vano a los zorros o a la cal viva del capitán.

Se metió primero entre unas zarzas, de las que logró desembarazarse a trancas y barrancas y dejando en ellas jirones de su camisa. Luego halló un rastrojo raso en el que pudo marchar con facilidad. La noche era muy oscura y no se veía ni una estrella. En diversos momentos oyó pasar cerca de él el soplo sedoso de los bosquecillos que había visto al ponerse el sol.

El rastrojo se prolongaba indefinidamente. De vez en cuando el caballo tropezaba en el lecho de alguna acequia, pero se enderezaba en seguida mediante un hábil movimiento. Luego de un rato, Angelo se dijo: «Es asombroso que en todos estos campos, que tienen que depender de alguna aldea o por lo menos de alguna granja importante, no se vea ninguna casa. No es tarde y debería haber luz en las ventanas.» Fijándose bien, vio entre las sombras unas pálidas fachadas. Algunas parecían tener sus puertas y sus ventanas abiertas de par en par.

«Diría», se dijo más tarde, «que paso junto a grandes matas de jazmines cuyas flores, cortadas quizá por alguna tormenta, se pudren», pues notaba un intenso olor a estiércol, pero dulzón. Por fin comprendió que era el hedor de los cadáveres abandonados, y, a pesar de la imprudencia que representaba hacerlo, aguijoneó al caballo, que se estremeció, pero a pesar de las espuelas continuó avanzando con mucha circunspección.

En esas tierras altas los ruiseñores se recogían tarde. Angelo oyó a muchos que se llamaban de un bosquecillo a otro. En la noche silenciosa sus trinos eran de una armonía extraordinaria. Recordó que esos pájaros eran carniceros, lo que le hizo reflexionar sobre ellos, sobre los cadáveres de que sin duda se alimentaban y sobre aquellos armoniosos trinos que levantaban ecos en las paredes de las tinieblas.

El olor semejante al de jazmines putrefactos pronto fue sustituido por otro mucho más fuerte, tan intenso que, de no haber sido de noche, sin duda habría visto el humo que lo causaba. Angelo, cuya necesidad de comer estaba lejos de haber sido apaciguada por el pedazo de salchichón y el trozo de pan del forzado, lo halló muy apetitoso, aunque también muy repugnante. Parecía que estuvieran asando a la brasa un enorme tordo, una becada azul o un faisán digno de un viejo glotón. «No me gusta la caza», se dijo, «pero parece que para aquellos a quienes sólo les quedan *los placeres de la mesa*, es un gran recurso, y que permite prescindir del amor. En todo caso, en este momento no rechazaría, ciertamente, una de esas rebanadas de pan tostado en las que colocan un buen trozo de sabrosa carne asada.» Sin embargo, el olor era tan intenso, que pronto le resultó desagradable e incluso le dio náuseas, por lo que se vio obligado a inclinarse para vomitar una bocanada de saliva extremadamente salada.

En cierto punto el paso quedó obstruido por una masa oscura en la que reconoció un bosquecillo más ancho y más espeso que los otros. No quiso meterse debajo de los árboles en la oscuridad y, como no tenía ningún deseo de echar pie a tierra, contorneó el bosquecillo; entonces percibió ante él unos resplandores rojos como la sangre. Se percató de que se aproximaba a una especie de depresión en cuyo fondo estaba, sin duda, la fogata de donde provenía aquel olor, que ahora era francamente repugnante e incluso ominoso. Se distinguían en él, mezclados, aromas de bálsamos resinosos y el particular perfume del humo de leña de haya; todo aquello hacía pensar en cosas inauditas, desmesuradas, fuera de lo común. A pesar de su repugnante desmesura, el olor continuaba despertando su apetito.

A medida que Angelo avanzaba los resplandores eran cada vez más brillantes, aunque manteniendo siempre la tonalidad de la sangre. Advirtió que despedían un humo más negro que la noche, y tan pesado, que volvía a la tierra, donde giraba en espirales grasientas. Pronto pudo ver el corazón blanco de la fogata.

Oyó que le llamaba alguien que debía de estar allí de centinela:

—¿El señor Rigoard?

—No soy el señor Rigoard —dijo Angelo.

—¿El señor Mazouillier?

—Tampoco —dijo Angelo.

—¿Quién es usted, entonces? —dijo el hombre, que salió de la sombra y se aproximó.

—Soy alguien que no sale de su asombro —dijo Angelo—. ¿Qué pasa aquí?

—¿De dónde viene usted? —dijo el hombre. Era imposible ver sus rasgos, pero parecía muy ordinario; sin embargo, su voz mostraba esa amabilidad que empleamos para dirigirnos a alguien de quien esperamos que nos saque de una situación apurada.

—Trato de llegar a Marsella —dijo Angelo eludiendo la espinosa pregunta.

—No ha cogido el buen camino —dijo el hombre—, es el que tiene a sus espaldas.

—Así pues, ¿debería volverme por donde he venido?

—Sí, y felizmente para usted —dijo el hombre—, porque por aquí no le dejarán pasar.

—¿Por qué? —dijo Angelo.

—A causa del cólera —dijo el hombre—. No dejan entrar a nadie en Sisteron, y está usted a las puertas de la ciudad. Ahí la tiene.

Y señaló la noche por encima de los resplandores rojos. Iluminaban, en efecto, suspendida en el cielo, una ciudad y una ciudadela pegada a un roquedal, apenas visibles.

—Por ese lado nada se puede hacer, pues —dijo Angelo como hablando consigo—. Oiga, ¿para qué es esa gran fogata?

—Quemamos a los muertos —dijo el hombre—; se nos acabó la cal viva.

Angelo se preguntó de pronto si el universo entero no estaría siendo objeto de una broma pesada.

—¿No ha visto al señor Rigoard? —le preguntó ingenuamente el hombre.

—No le conozco —dijo Angelo—, y, por otra parte, no se ve a dos pasos.

—Me pregunto dónde se habrán metido. Debían estar aquí hace ya una hora. Empiezo a estar harto. —Tenía ganas de hablar.

Angelo estaba tan fascinado por la pira fúnebre, la lenta ceremonia de las llamas rojas y el humo grasiento como lo había estado por aquella vileza tan tranquilizadora que estaba marcada en el rostro del forzado.

El hombre dijo que se había creado una comisión para hacer frente a la crisis, integrada por hombres de buena voluntad; pero que había dudado siempre de la buena voluntad del señor Rigoard.

—Los ricos son siempre los primeros cuando se trata de poner el nombre en una lista; luego, a la hora de hacer las tareas desagradables, delegan la responsabilidad en las espaldas de los pobres. Ya suponía que me dejarían aquí toda la noche. Estaba seguro de que la primera vez que hubiera que venir aquí, en plena noche, con una carreta llena de muertos, nos tocaría hacerlo a unos cuantos pobres diablos como yo. En realidad, estoy solo, los otros son forzados. Sin embargo, son los señores Rigoard, Mazouillier, Terrasson y Barthélémy, los peces gordos, quienes han ideado el sistema de encender esta pira y hacer acarrear a los muertos por forzados. Y en plena noche, para no «alarmar a la población». ¡Cuánta consideración! La carreta ha hecho más ruido sobre el empedrado que todos los tambores del regimiento; y ahora este fuego, que se ve a una legua y se refleja en sus ventanas. Sin contar el olor. ¡A la gente no le debe de llegar la camisa al cuerpo!

La ciudad, en efecto, por encima de las rojas llamas, estaba muda y verdosa.

—¿Muchos muertos? —preguntó Angelo.

—Ochenta y tres esta noche —dijo el hombre.

Angelo hizo volver grupas a su caballo bastante bruscamente, pero el hombre, de un salto, puso su mano en la brida.

—Espéreme, señor —dijo—, ¿cree que tengo algo que hacer aquí con este fuego que quemaría doscientos o trescientos cadáveres sin necesidad de avivarlo? He cumplido mi deber, créame. Le aseguro que no estoy aquí por mi gusto.

—Sí, sí, venga —dijo Angelo con una voz que procuró que sonara lo más amable posible.

El hombre conocía un camino de tierra que entroncaba con la carretera. Era el que había seguido con la carreta. De pronto, el caballo esquivó una forma tumbada en medio del camino y que había estado a punto de pisar. El hombre golpeó el eslabón, aunque afirmó estar seguro de que no habían perdido ningún cadáver. Se inclinó con el encendedor en la mano.

—Es un forzado —dijo—. Hace poco estaba conmigo, y ahora está muerto. ¡Huyamos, señor, se lo ruego! —Apagó el encendedor y se afanó llevando el caballo de las riendas—. Por favor, señor, acompáñeme hasta el puesto de guardia. Está a dos pasos de aquí —dijo cuando alcanzaron la carretera. Anduvieron algunos minutos en la oscuridad hasta que vieron la luz del farol que habían colgado de la barricada.

—¿Quiere usted un cigarro? —dijo Angelo.

—Eso no se rehúsa —dijo el hombre. Encendieron ambos un pequeño cigarro—. Ya me he serenado —agregó—. Usted debe ir por allí, señor. Siga el camino sin vacilaciones, no atraviese más campos. Están llenos de hoyos en los que podría romperse la crisma.

—¿No habrá en ese camino ningún farol con el que vaya a darme de bruces? —le preguntó Angelo.

—No antes de dos leguas —respondió el hombre—, hasta la entrada de Château-Arnoux.

—Y si encontrara alguno, ¿qué debo hacer? —dijo Angelo.

—No lo sé —dijo el hombre—; pero en su lugar preferiría matar a cuatro o cinco, aunque fuera a mordiscos, antes que quedarme por aquí. En otros lugares quizá sea peor, pero no lo sabemos.

«Y, sin embargo, se queda», se dijo Angelo mientras le veía marcharse a la carrera hacia la barricada. «Hay que ir a ver al forzado que encontramos cruzado en el camino. Me parece que lo miró muy deprisa. Acaso no esté muerto. ¿Hay derecho a abandonar un ser humano? Y, aunque tenga que morirse, ¿no debe intentarse todo, si se puede, para que muera en las mejores condiciones? Acuérdate del pobre mediquillo y de cómo buscaba a *los últimos* por todos los rincones, "esos que tenían aún alguna posibilidad de salvarse", como decía.»

Buscó el entronque del camino de tierra por donde habían pasado. Supuso que lo había dejado atrás y volvió sobre sus pasos. Pero ese camino debía de desembocar en los campos y fue inútil que registrara sus taludes, encendedor en mano, en busca de las huellas de la carreta. Montó de nuevo en su caballo y se dirigió hacia el sur. Estaba muy descontento de sí mismo. Volvía a ver la mirada irónica del pobre mediquillo, así como la terrible ironía impresa en su rostro de agonizante.

CAPÍTULO CUARTO

Era imposible saber si se acercaba el alba. Las tinieblas eran espesas por todas partes. El camino corría entre bosques.

Angelo, que iba al paso, tuvo varias veces la impresión de pasar cerca de gentes ocultas. Se puso muy nervioso y se sintió cada vez más descontento de sí mismo. Lamentó no haberse quedado con el capitán para cavar las fosas. De haber podido hallar un camino de regreso, sin duda habría cometido esa locura. Angelo incluso pensaba que no sólo él era vulgar y ruin, sino que su propio rostro debía de haberse vuelto vulgar y ruin, que todas sus actitudes, su manera de montar a caballo, hasta su desenvoltura, eran vulgares y ruines.

«Sin duda, eres un desgraciado», se dijo. «Ya que no encontrabas el camino de tierra, debías haber rastreado los campos hasta dar con ese forzado que debe de estar en trance de morir y conducirlo al puesto de guardia, donde se hubieran ocupado de él. O por lo menos asegurarte de que estaba incontestablemente muerto. Entonces hubieras tenido el derecho de continuar tu camino, pero no antes.» Y hasta se dijo: «Pretendes que era difícil, pero no es así. Debías haber regresado a los resplandores rojos, al sitio en el que hallaste a ese hombre miedoso, pero que cumplía con su deber a pesar de su miedo y a quien por lo demás no debes juzgar porque no has permanecido nunca en plena noche al lado de una fogata en la que se asan ochenta y tres cadáveres y porque no sabes si, en su lugar, te habrías comportado mejor.»

Era absolutamente sincero; ya no se acordaba de la noche y el día que había pasado cuidando al niño y al pobre mediquillo, ni de su velada al lado de los dos cadáveres, en la que se había portado muy bien.

En cuanto oyó de nuevo ruidos furtivos en las zarzas, se detuvo y preguntó en voz alta:

—¿Hay alguien por aquí?

No obtuvo respuesta, pero la elástica alfombra de agujas de pino rechinó bajo el peso de algunos pasos.

—¿Necesitan ayuda? —dijo entonces Angelo con una voz tranquila que debió de sonar a gloria en oídos de gente angustiada. El ruido de los pasos se detuvo y al cabo de un instante una voz de mujer contestó:

—Sí, señor.

Angelo encendió su yesquero inmediatamente y una mujer salió del bosque. Llevaba dos niños de las manos. Parpadeó para ver mejor quién estaba en el resplandor de la llama que Angelo, sin pensar, tenía cerca de su rostro, y se aproximó. Era joven, e iba vestida de un modo tan elegante para el lugar en que se encontraba, que al principio pareció irreal entre aquellos troncos de pino que iluminaba el encendedor de Angelo. También los niños eran hermosos: un hombrecito de once o doce años en traje de Eton con gorra de borla y una mujercita de más o menos la misma edad cuyo largo pantalón de linón blanco salía por debajo de la falda y cubría de un espeso encaje sus zapatos de charol.

La joven le explicó que era la institutriz de los dos niños; habían llegado los tres de París hacía apenas seis días al castillo de Aubignosc con una semana de adelanto respecto de los padres de sus pupilos, los señores de Chambon, que viajaban en tren y pensaban detenerse en Aviñón, donde ahora estarían seguramente en casa de su tía, la baronesa de Montanari-Revest, sin ninguna posibilidad de llegar a Aubignosc, ya que todos los caminos estaban cortados. Sabía que el cólera era muy violento en el Condado Venesino,

[5] y que no se dejaba pasar a nadie. Al principio, había pensado que los niños no correrían ningún riesgo en Aubignosc, que era una aldea muy pequeña. Pero ésta había sido devastada con tal furia por la epidemia, que en dos días sólo quedaron diez personas con vida. Entonces decidió que se marcharan de allí con la

esperanza de llegar a Aviñón pasando por Aix-en-Provence, donde, según se decía, la infección no era aún muy fuerte. Dada la falta de medios de transporte («Vinimos en diligencia, pero ya no pasa»), su intención era dirigirse a Château-Arnoux, que sólo estaba a una legua cruzando bosques, y allí alquilar un cabriolé para bajar por el valle del Durance. Pero la víspera —ayer tarde, a las seis—, al llegar a Château-Arnoux, en la barrera les impidieron el paso y los conminaron a volverse a los bosques al igual que a una veintena de personas que se habían congregado allí como ellos con la intención de dirigirse a Aix. Uno de los miembros del grupo, un viajante de utensilios de cocina de Lyon que procedía de Sisteron, se había ganado su reconocimiento al regalarle dos tabletas de chocolate y una botellita de alcohol de menta. Era un hombrecillo ingenioso, al que le gustaba llevar la voz cantante y que parecía tener excelentes ideas. Con ese señor y otras dos damas habían intentado contornear Château-Arnoux, pero en las colinas el viajante había caído enfermo, las dos damas habían huido despavoridas y ellos (gracias al niño, que conocía muy bien los bosques) habían tenido la suerte de reencontrar el camino, a la orilla del cual se habían sentado en espera del alba. Al oír el paso del caballo pensaron que se trataba de una patrulla de esas gentes de Château-Arnoux que los habían amenazado con encerrarlos en cuarentena y, en el momento en que Angelo llegaba a su altura, se adentraban en el bosque de pinos para esconderse.

Angelo le hizo innumerables preguntas para informarse de la situación de las barreras y las carreteras que cortaban. Estaba indignado por la inhumanidad de esas gentes que rechazaban a mujeres y niños hacia los bosques. La mención de la cuarentena despertó su interés. «Esa historia no me gusta nada», se dijo, «no tengo ganas de que me encierren en algún establo lleno de estiércol. El miedo es capaz de todo y mata sin piedad. ¡Atención! Aquí no saldremos de apuros como con el forzado de la barricada de los toneles. Lástima que sólo tenga dos tiros de pistola o, por mejor decir, que no tenga mi sable. Les haría ver que la generosidad es más terrible que el cólera.» Estaba muy impresionado por los tres rostros de niños perdidos que su encendedor le había mostrado.

Interrogó al niño, que parecía muy seguro en cuanto al itinerario que debían seguir para evitar las barreras.

—Muy bien —dijo Angelo—, vamos a atravesar el bosque ya que, según dices, no es muy ancho. Al otro lado haremos subir a las dos señoritas en mi caballo, que es muy manso y yo conduciré de la brida. Seguiremos el camino que me indicas. Yo también voy hacia Aix, y os ayudaré hasta que estéis fuera de peligro. Tranquilícense —prosiguió dirigiéndose a todos—, soy coronel de húsares y no acabarán con nosotros fácilmente.

Sentía que era necesario infundirles confianza en sí mismos y disipar sus sospechas a causa del aire vulgar y ruin que creía tener; para lo cual imaginó, muy juiciosamente, que podría servir decirles su grado militar. Olvidaba que era de noche y sólo podían oír su voz, muy amable, por otra parte.

Dejaron el camino y atravesaron el bosque. Al salir de éste, Angelo instaló a la joven y a la niña sobre el caballo y comenzaron a andar por colinas pedregosas donde había algo más de luz que en el fondo del valle.

El niño caminaba muy animosamente al lado de Angelo y no vacilaba nunca en la dirección que debían tomar. Eran las tres de la mañana.

A las cuatro despuntó el día. Aclaró vastas soledades onduladas.

—Tanto mejor —dijo Angelo—; por aquí marcharemos tranquilos. El camino debe de estar a nuestra izquierda, en esa especie de gran surco lleno de brumas adormecidas. No nos inquietemos. Sigamos adelante. Ahora lo más importante es dar con alguna casa de campo donde nos proporcionen algo de comida.

Felicitó al niño con toda seriedad; sabía que son más valientes y audaces que los hombres cuando se los toma en serio. Deseaba animarle para que siguiera andando sin desfallecer. Por lo demás, Angelo lo encontraba muy simpático, y había buenas razones para felicitarlo, pues durante toda la noche había indicado sin equivocarse la buena dirección.

Sin embargo, Angelo, con su barba de tres días, el rostro surcado por churretones de sudor seco y la camisa desgarrada por los zarzales, no parecía inspirar gran confianza a sus compañeros. Se percató de ello al encontrarse con los ojos verdes de la joven. Por fortuna, calzaba unas hermosas botas de verano compradas en la casa Soupaut, de cuero flexible un poco charolado, y que le sentaban tan bien que era imposible pensar que las hubiera robado. «Justamente por eso pagué cinco luises por ellas», se dijo, «necesito un buen pasaporte. No quiero, sin embargo, metérselas por los ojos.» Así que trató de dirigir la conversación hacia ellas, pero todo lo que logró fue que la joven se imaginara que le disgustaba estropear sus hermosas botas en las piedras cortantes de las colinas, por lo que le propuso sin ambages devolverle su caballo.

—Soy un imbécil —dijo él—. Siga tranquilamente donde está. Sólo quería demostrarle que soy tan buena persona como su viajante. Pero siempre me excedo. Habría advertido muy pronto, sin necesidad de sacar a colación mis botas, que sólo deseo ayudarles, y habría sido la primera en reírse de la inquietud que vi en sus ojos hace un rato cuando descubrió mi lamentable atavío. Pero mi torpeza consiste en que siempre quiero agradar de una manera absoluta. Nueve veces de cada diez lo único que consigo con ello es que me tomen por lo que no soy. Soy verdaderamente coronel, eso no es cuento. Sólo que, como usted, hace tres días que procuro salir del atolladero de este país infernal lleno de miedosos y de valientes, tan terribles los unos como los otros. Y he pasado por momentos muy desagradables.

La joven, que le miraba con sus hermosos ojos verdes, sonrió y dijo que no tenía miedo. Era evidente, sin embargo, que no creía que fuera coronel. Su sonrisa, por lo demás amable, expresaba que tenía problemas más importantes que discutir con él acerca de si lo era o no, y estrechó contra sí, como una madona, el cuerpo dormido de la niña.

El sol había salido ya del todo cuando divisaron, anidada en los pliegues del valle, una granja próxima a tres terrazas de olivares y a un gran campo de alfalfa.

Angelo detuvo el grupo bajo una carrasca. La niña dormía tan a gusto, que apenas si abrió los ojos cuando la bajaron del caballo y la acostaron en el suelo.

—Ésta es la primera casa cuya chimenea humea —dijo Angelo—, tenemos suerte. Quédense aquí. Voy a bajar y pediré que nos vendan algo de comer pagando lo que sea. No se preocupen, tengo dinero.

La casa estaba cerrada a cal y canto. De no ser por el humo que salía de la chimenea, se hubiera dicho que estaba abandonada. Angelo llamó. Se abrió una ventana y asomó por ella un hombre que le apuntó con una escopeta de caza.

—Siga su camino —dijo.

—Evidentemente, no estoy enfermo —dijo Angelo—. Tengo allí arriba, bajo ese árbol, a una mujer y dos niños; puede verlos desde aquí. Hace dos días que no comen. Véndame un poco de pan y de queso, le pagaré lo que quiera.

—No tengo nada para venderle —dijo el hombre—, y no es usted el único que tiene mujer y dos niños. Siga su camino, y pronto.

«No tirará», se dijo Angelo, y avanzó fríamente. El hombre le apuntó. Angelo continuó avanzando. Estaba en el colmo de la dicha. Al cabo dio un salto y quedó a cubierto bajo el tejadillo de la puerta.

—Sea razonable —dijo—. Como puede ver, soy decidido. No me costaría nada hacer saltar su cerradura de un pistoletazo. Luego el asunto se arreglaría en el interior, donde tendría usted tantas posibilidades como yo, pero no más. Tíreme un pan y cuatro quesos de cabra. Se lo pagaré con un luis que haré pasar bajo la puerta. El oro no está nunca enfermo y, si tiene miedo, tome la moneda con unas pinzas y échela en un vaso con vinagre. No arriesga absolutamente nada. Pero dése prisa. Estoy decidido a todo.

—Salga de ahí —dijo el hombre.

Angelo hizo crujir el gatillo de su pistola.

—Espere —dijo el hombre. Un instante después tiró sobre la hierba un pan y cuatro quesos.

—Hay una hendidura cerca de la cerradura —dijo—; haga pasar por ella su moneda. Que suene al caer dentro.

Angelo obedeció y la pieza sonó sobre las losas.

—No he oído nada —dijo el hombre.

—No soy tacaño —dijo Angelo—; hago pasar otra moneda. Escuche bien.

Tiró una segunda moneda.

—No he oído nada —repitió el hombre.

—Pues esto lo oirá —dijo Angelo, y disparó un pistoletazo al aire, pero apuntando al ras de la ventana. El hombre cerró precipitadamente los postigos. Angelo cogió el pan y los quesos y volvió a subir hacia la carrasca esforzándose por no correr.

Luego de comer hallaron un camino de tierra que pronto los condujo al camino real.

—Comprendo muy bien —dijo la joven— que lo más juicioso sería continuar la marcha a través de las colinas, pero debemos de haber hecho ya por lo menos cinco leguas y estos niños se morirán de fatiga. Por otra parte, sería una locura creer que de este modo podamos llegar a Aviñón. No debemos estar muy lejos de Peyruis. Allí hay un puesto de gendarmería. Explicaré mi caso. El señor de Chambon es muy conocido, y no estamos enfermos. Seguro que nos darán un salvoconducto y me ayudarán a encontrar un cabriolé. No puedo continuar corriendo riesgos con estos niños que están a mi cargo.

Angelo encontró razonables estas palabras.

—Pero —agregó ella— esto no debe impedirle ocuparse de sus asuntos. La situación es muy diferente para un hombre solo, resuelto y bien montado. Déjenos aquí y nos iremos andando hasta Peyruis. Hay apenas media legua. —Estaba, evidentemente, muy contenta de hallarse en el camino real, y agregó, con cierta desconsideración—: Gracias a usted hemos salido mejor librados de lo que podíamos esperar. Si el señor de Chambon conociera su nombre, sin duda le daría las gracias de la manera más efusiva.

—No los dejaré antes de verlos en manos seguras —dijo Angelo secamente—. Tengo algo que decirles a los gendarmes.

«¿Crees que les tengo miedo?», se dijo. «¡Se nota que eres de París!»

Llegaron poco después ante una barrera guardada, en efecto, por gendarmes que olían a vino y fueron muy amables. El nombre del señor de Chambon hizo maravillas. Prometieron hasta un cabriolé requisado. Angelo declaró que venía de Banon. Los gendarmes, que eran gatos viejos y tenían buen ojo, no pasaron por alto sus botas. Lo trataron con diplomacia. Les contó una historia de salteadores de caminos para explicar la pérdida de su portamantas, su redingote y su sombrero.

—No se puede estar en todas partes —dijeron los agentes del orden, que, por otra parte, llevaban las guerreras desabrochadas—, y ha tenido usted suerte; hay quienes pierden mucho más. Algunos de los forzados que fueron liberados en Sisteron para enterrar a los muertos se las piraron, y está claro que no para ingresar en un convento. En cuanto a los salvoconductos, desde luego que les serán dados. Parecen todos la mar de sanos. Pero es necesario que hagan aquí una cuarentena de tres días. Es inevitable. Serán conducidos a una granja habilitada para ese fin, donde no estarán mal y tendrán compañía. Hay ya una treintena de personas que esperan. ¡Tres días no es una eternidad!

Los condujeron a la granja, que estaba llena de gente de toda edad y condición, tristemente sentada sobre baúles y al lado de canastas, de valijas y de hatos de ropa. Los gendarmes se llevaron el caballo. Eran amables, pero prudentes.

—Esto no me gusta nada —dijo Angelo.

—¿Qué podemos hacer? —dijo la joven—. Me han prometido un cabriolé; esperaré. Pero me disgusta lo de usted. Ya estaría lejos.

—Acaso valga más que esté cerca de usted —dijo Angelo—, En todo caso, venga, apartémonos un poco.

El centinela entró acompañando a un hombre grueso con delantal azul, el cual se afirmó sobre sus piernas y alzó la cabeza para mirar a todo el mundo.

—Los que quieran comer —dijo—, hagan su pedido.

—¿Qué hay para comer? —dijo Angelo acercándose.

—Lo que usted quiera, barón —dijo el gordo.

—¿Dos pollos asados? —dijo Angelo.

—¿Por qué no? —dijo el hombre.

—De acuerdo —dijo Angelo—, dos pollos asados, pan y dos botellas de vino. Y cómpreme veinte cigarros como éste.

—Venga la pasta —dijo el hombre.

—¿Cuánto? —dijo Angelo.

—Treinta francos por ser usted —dijo el hombre—, y eso porque me cae simpático.

—No pierde usted el sentido de los negocios —dijo Angelo.

—No corre peligro de perderse —dijo el hombre—, de modo que más vale que yo también lo conserve. Agregue tres francos para los cigarros. ¿Tiene algo donde poner su pitanza?

—No —dijo Angelo—, Envuélvalo todo en una servilleta, y ponga un cuchillo.

—Un escudo

[6] de tres francos por la servilleta y otro por el cuchillo.

Angelo fue el único que encargó comida. Todo el mundo lo miró con una curiosidad mezclada de espanto. Un caballero anciano, de aspecto frágil y que llevaba una perilla blanca muy hermosa, le dijo:

—Joven, va usted a poner en grave peligro a todos los aquí presentes. Piensa introducir en este lugar una servilleta que vendrá de la aldea, donde sin duda hay enfermos. Todo lo permitido, en tiempos como los que corren, es comer huevos pasados por agua.

—No tengo confianza en el agua hervida —dijo Angelo—, y el gran error de usted y de todos cuantos me miran con esos ojos de susto es no vivir como de costumbre. Hace tres días que me muero de hambre. Si caigo de inanición, creerán ustedes que tengo el cólera y la diñarán como moscas de puro miedo.

—No tengo miedo —dijo el de la perilla—, lo he demostrado.

—Siga haciéndolo —dijo Angelo—, nunca se demuestra demasiado.

Comió su pollo, y le puso muy contento ver que la joven y los niños se comían el otro sin la menor aprensión. Bebieron vino. Para tranquilizar a todo el mundo, Angelo arrojó la servilleta al exterior por un tragaluz. Fue a darle un cigarro al centinela y se quedó en el umbral fumando el suyo.

Llevaba allí un cuarto de hora, un poco deslumbrado por la luz del gran sol blanco, cuando oyó una especie de murmullo en la granja. Procedía de algunas personas que se separaban precipitadamente de una mujer tendida sobre la paja. Se aproximó a la desgraciada, cuyos dientes castañeteaban y que tenía una gran mancha azul en la mejilla.

—¿Alguien tiene alcohol? —dijo Angelo—, ¿o aguardiente? —añadió mirando a todo el mundo. Por fin una campesina sacó una botella de su canasta. Pero no la puso en su mano. La dejó en el suelo, se alejó y dijo:

—Cójala.

La enferma era joven y tenía una hermosa cabellera y la nuca blanca como la leche.

—¿Hay una mujer valiente dispuesta a desabrocharle la ropa, el corpiño y el corsé, cosas de las que nada entiendo? —preguntó Angelo.

—Corte los cordones —le dijeron. Una mujer se echó a reír nerviosamente. Angelo volvió junto al centinela.

—Aléjese de la puerta —le dijo—. Hay una mujer enferma. Debo sacarla y ponerla al sol para darle calor e impedir que ese hatajo de lebrones se muera de miedo. Yo me encargo de cuidarla. En fin, lo que pueda hacerse... a menos que haya un médico en la aldea.

—¿Qué quiere que haya en la aldea? —dijo el centinela.

—Bueno, haré todo lo que pueda —dijo Angelo—. Póngase usted ahí, enfrente, si teme que nos escapemos. Pero la camisa no les llega al cuerpo. —Volvió a entrar en la granja y dijo—: ¡Escúchenme! Necesito que alguien, mujer u hombre, me ayude a llevar a esta joven afuera. O un niño, si los demás se creen demasiado importantes —agregó con una risita seca.

—No mezcle a los niños en estas desgracias —dijo el hombre de la perilla blanca—. *Genus irritabile vatum...*-[7]

Yo le ayudaré.

Transportaron la joven a un lecho de paja. El anciano caballero la desnudó con gran habilidad y hasta logró desembarazarla de su corsé sin muchos tropiezos, lo que tenía su mérito, pues la mujer movía sin cesar la cabeza y los brazos. Durante esta operación la enferma vomitó un poco de aquel famoso arroz con leche, pero Angelo le limpió la boca y la forzó a beber. Los muslos de la joven, aunque helados y jaspeados por espesos surcos violetas, eran gruesos y satinados. Su diarrea era continua. El centinela se había vuelto de espaldas y miraba las tórridas colinas, en las que el calor se descomponía en un vaho formado por innumerables facetas como si pasara a través de un prisma. Se hablaba mucho en la granja, donde menudeaban los estallidos de risa nerviosa. La joven murió al cabo de dos horas. Angelo se sentó a su lado, al igual que el anciano caballero. De la aldea llegaban gritos solitarios y largos gemidos casi apacibles que el ardiente sol hacía parecer lúgubres.

—*Si Paris hubiera visto la piel de Helena tal como era* —dijo el anciano caballero—, *habría visto una red gris amarillenta, desigual, basta, compuesta de mallas sin orden, cada una de las cuales encerraba un pelo semejante al de la liebre. No se hubiera enamorado nunca de ella, ha naturaleza es una gran ópera cuyos decorados producen un efecto óptico*.

Angelo le ofreció un cigarro.

—No he fumado en mi vida —dijo el anciano caballero—, pero quizá sea el momento de empezar.

Antes del crepúsculo un hombre murió en la granja. Muy rápidamente. Se le escapó en seguida de entre las manos, sin dejarle concebir esperanzas ni un segundo. Luego una mujer. Luego otro hombre, que daba vueltas de un lado para otro sin parar y de pronto se detuvo, se acostó en la paja y se cubrió lentamente el rostro con sus manos. Los niños se pusieron a gritar.

—Hagan callar a esos niños y óiganme —dijo Angelo—, Acérquense. No tengan miedo. Han visto que precisamente yo, que atiendo a los enfermos y los toco, estoy perfectamente. Yo, que he comido un pollo entero, no he enfermado. Y ustedes, que tienen miedo y desconfían de todo, morirán. Acérquense. Lo que quiero decirles no puedo proclamarlo a los cuatro vientos. Sólo nos vigila un campesino. En cuanto comience a anochecer, lo desarmaré y nos iremos. Vale más arriesgar la vida sin salvoconducto que

quedarse aquí esperando un papel que de nada sirve si se está muerto.

El anciano caballero estaba decididamente de parte de Angelo. Hubo igualmente dos hombres fuertes con aspecto de campesinos y una docena de mujeres con sus niños que aceptaron su propuesta. Los otros dijeron que no querían abandonar sus equipajes y que no podían llevar sus baúles a hombros a campo traviesa.

—Se trata de saber —dijo Angelo— si prefieren permanecer aquí a la espera de que esos aldeanos y esos gendarmes muertos de miedo les den una posibilidad de vivir o si prefieren ocuparse libremente de eso ustedes mismos. En este caso, ¿qué importa un baúl?

Pero no los convenció; le dijeron que los baúles importaban mucho y que Angelo podía decir lo que quisiera.

—¡Muy bien, quédense! —dijo Angelo—. Todo el mundo es libre. —Pero trató de convencer a la joven institutriz.

—No —dijo ella—, yo también me quedo.

Tenía una confianza inquebrantable en el nombre del señor de Chambon. Estaba segura de conseguir un cabriolé y, sobre todo, aquel famoso salvoconducto, con el cual se veía atravesando el país como una flecha.

—No puedo permitirme correr riesgos —dijo.

—Corre usted un riesgo más grande quedándose aquí —dijo Angelo.

Entonces ella le contestó con firmeza que estaba resuelta a viajar con todas las de la ley. No había ninguna razón para que se pusiera a correr por los caminos como una gitana. Los gendarmes, que sabían muy bien quién era el señor de Chambon, le habían prometido un cabriolé y un salvoconducto como es debido. No había, pues, ningún motivo para que ella obrara de otro modo. Anoche estaba en pleno bosque, en la oscuridad, al borde del camino. Angelo le había prestado un servicio. Se lo agradecía. Pero ahora el caso era distinto. Le habían hecho una promesa.

—La ha oído tan bien como yo. Hasta han dicho que, si no había un cabriolé que transportara voluntariamente a Aviñón a los hijos del señor de Chambon, requisarían uno. Aún no le he dicho quién es el señor de Chambon: el presidente del Tribunal Supremo. Ni más, ni menos. ¿Lo comprende ahora?

Una vez oído esto, y como ya había caído la noche, Angelo le contestó:

—Voy a mostrarle qué es un gendarme, verdadero o falso.

Se acercó al centinela y lo desarmó con la mayor facilidad, pues el hombre creyó que le cogía el fusil para mirarlo.

—Hazte a un lado y déjanos pasar —dijo Angelo—. Unos cuantos hemos decidido largarnos de aquí.

—No necesitan mi fusil para eso —dijo el centinela—, puede devolvérmelo. No son los primeros que huyen, pero los otros no han armado tanto jaleo. Es más, le diré que a cien pasos de aquí, a la izquierda de ese ciprés que aún se ve, hay un sendero que, luego de una legüita de rodeos, los dejará en el camino real.

Esa placidez desconcertó a varias mujeres que habían decidido marcharse y al ver aquello resolvieron quedarse.

Angelo y quienes lo seguían se fueron, pues, bastante corridos, sobre todo porque el gendarme no cesaba de darles las más detalladas informaciones sobre la manera de evitar la aldea. Angelo, sin embargo, persistía en creer que era mejor irse: «Y ¿por qué quejarse cuando todo va bien?», se dijo. «Sin embargo, deja de imaginarte siempre lo peor y de hacer más de lo que debes. Esa joven institutriz debe de burlarse de ti.»

Se equivocaron de camino a causa de la multitud de informaciones dadas por el centinela y porque cada uno las interpretaba a su manera. La noche, el aire libre, las iniciativas que debían tomarse, y también el temor de haberse decidido por un partido que parecía menos razonable desde que estaba al alcance de todo el mundo, irritaron a las mujeres que llevaban niños quejicas. Por fin, al cabo de una hora, llegaron al camino real, donde se separaron. Los dos campesinos se marcharon a campo traviesa y las mujeres volvieron a sentarse, simplemente, en el talud. Angelo se fue con el caballero de la perilla.

Caminaron más de dos horas antes de encontrar a la orilla del camino una casa larga y baja de cuyas puertas cocheras salían mucha luz y bastante alboroto.

—¿Otra trampa para moscas? —dijo Angelo.

—No —dijo el anciano caballero—, se trata de una venta donde para la posta; la conozco.

CAPÍTULO QUINTO

Al aproximarse comprobaron que el alboroto era una mezcla de canciones subidas de tono y chillidos femeninos tan agudos como los maullidos de las gatas en celo. Angelo no pudo menos que sentirse impresionado por aquellos gritos directos e inequívocos de mujeres a las que les estaban haciendo cosquillas. Pensó en el amor. Lo perturbó en extremo verse asaltado así, brusca e inadvertidamente, por un sentimiento que de ordinario lo invadía poco a poco, luego de muchos rodeos y de no menos melancolía. Por otra parte, y a pesar de la facilidad con que había desarmado al campesino bonachón disfrazado de gendarme que vigilaba la cuarentena de Peyruis, su estado de ánimo seguía siendo proclive al heroísmo...

En el salón de la posada, largo y ancho, se encontraban una veintena de hombres y mujeres ebrios y retozones. Sentados alrededor de la gran mesa general, habían dado buena cuenta de los platos, las fuentes y las botellas, algunas de las cuales estaban tumbadas. Iluminaban el espectáculo dos enormes poncheras en las que ardía alguna sustancia inflamable, colocadas sobre baldes puestos del revés, y una profusión de lámparas de petróleo y de candeleros dispuestos de modo que no quedara un solo rincón a oscuras en aquella vasta pieza abovedada.

Angelo detuvo a un mozo que pasaba con los brazos cargados de botellas. Le preguntó en tono muy seco quiénes eran aquellas personas. Le indignaban las actitudes y los cloqueos de algunas mujeres que se dejaban manosear abiertamente.

—Gente corriente, como usted y como yo —le respondió ese hombre, que era de cierta edad y se perfumaba el aliento con ron, al parecer. Y se fue a distribuir sus botellas.

Al terminar volvió arrastrando los pies mientras se secaba las manos en su delantal de cuero. Tenía una mirada vaga y benévola.

—Bueno —dijo—, ¿qué le sirvo para matar el rato?

Como Angelo no le contestó y seguía frunciendo el ceño enojado, el hombre, que quizá fuera el propio posadero y estaba muy equivocado acerca de las razones de aquella irritación, le dijo:

—No vale la pena que se enoje. Por lo demás, ¿de qué sirve? Como ve, no es el único. Espere un poco. Mañana, en cuanto amanezca, nos las arreglaremos para esquivar las barreras de cuarentena. Mi hijo y yo conocemos las colinas como la palma de nuestra mano. Pero, si quiere beber, dése prisa. El vino sube. Está ya a quince céntimos.

—¿No hace mal el vino? —preguntó Angelo muy serio.

—En todo caso, el mío no le ha hecho nunca mal a nadie —contestó el hombre, a quien tanta seriedad desconcertaba.

Angelo pidió entonces una botella, pero dijo:

—No quiero beber con esa compañía. ¿No tiene un cuarto?

—Por cuartos no será, pero se verá obligado a beber en la oscuridad. Han hecho traer aquí todas las lámparas y candeleros de la casa. No podían soportar el más mínimo rincón de sombra a sus espaldas. Hay que convenir en que vivimos tiempos insólitos. Le aconsejo no beber solo. Hoy día lo más sensato es pasárselo bien. ¿Acaso se sabe lo que nos ocurrirá dentro de un rato? Todos éstos han llegado por separado. Esta mañana ni se conocían. Mírelos. Dentro de una hora será usted uno más.

Angelo estaba demasiado trastornado para poder contestar. Le daban un miedo cerval aquellas mujeres que con los pies posados en los travesaños de la silla y las finas enaguas arremangadas mostraban las piernas casi hasta las rodillas. No podía soportar aquellos corpiños abiertos que dejaban entrever chambras y cintas de corsé. Pensaba en el valle en el que había muerto el mediquillo como en un paraíso. Estaba persuadido de que no había nada de ridículo en ser de aquel modo.

Llevó su botella y su vaso al fondo del salón, a una mesita solitaria.

El anciano caballero de la hermosa perilla blanca se había aproximado al grupo. Aunque se mostraba todavía circunspecto, se había calado los anteojos y riéndose como un bobo miraba con aire atontado a una mujer joven, morena y lechosa, bastante despechugada, que estaba siendo vivamente asediada por dos hombres de lustroso bigote con pinta de viajantes de comercio de los que se defendía coquetamente sin demasiada energía.

Para calmar sus nerviosas manos, Angelo manipulaba el pestillo de una puertecilla contra la cual se apoyaba su banco. Al cabo, la puerta se abrió. Daba a una caballeriza. Había tres o cuatro caballos en los pesebres y varias de esas sillas volantes generalmente usadas por los viajantes.

«Tanto peor para esa gentuza», se dijo Angelo.

Llamó al hombre, que renovaba las botellas:

—¿Quieres ganarte tres luises? —le dijo.

—De ahora en adelante, los precios se multiplican por cinco —contestó el hombre, que estaba habituado a aprovecharse de las situaciones y necesitaba bastante más que un tuteo para achararse. Como Angelo trató de hablarle en términos grandilocuentes, le espetó—: Príncipe mío, no es posible engañar al tío Guillaume. No me mamo el dedo, y sé que no vas a darme cinco luises, o acaso seis, por mi cara bonita. Si te digo mi precio, es porque estoy dispuesto a hacer negocios. Dime lo que quieras y habla como todo el mundo.

A pesar de la insolencia con que fue dicho esto, Angelo le explicó que su joven esposa y sus dos hijos estaban detenidos en la aldea, en la granja que servía de cuarentena.

—¿No podría coger prestado uno de esos coches con su caballo? —dijo resueltamente.

—Se trata, pura y simplemente, de lo que esté dispuesto a pagar —dijo el hombre. Y agregó, después de rascarse la cabeza, acariciarse el mentón y mirar a Angelo de arriba abajo—: Dígame una cosa: ¿adónde quiere ir después?

—A Aviñón.

—Entre por aquí.

Llevó a Angelo dentro de la caballeriza y cerró la puerta detrás de ellos. El olor de los caballos hizo perder la cabeza a Angelo.

—He aquí cómo veo el asunto —dijo el hombre—. No se puede dejar a la damita y los niños en esa situación. La gente muere como moscas, bien lo sabe. Apoquine diez luises y le diré lo que voy a hacer. ¿Se ha fijado en esa rubia despechugada que está al lado? ¡Seguro que sí! La conozco muy bien. Y si yo le digo que la conozco muy bien, es porque la conozco muy bien. Me apuesto lo que quiera a que se entenderá con ese tío gordo que lleva botas Suvaroff. Es un chalán de por acá que tiene caballos y coches como otros tienen pulgas. Se arreglarán entre ellos, sin duda. Yo siento profundo respeto por la familia. Le vendo la silla volante de la dama en total propiedad. Es ésa, mírela, y también ese lindo caballito alazán tostado, para ir a Aviñón o a donde le plazca. No puedo hablarle más claramente. Yo me las arreglaré con la familia de la chica, como se suele decir.

Angelo intentó febrilmente que le rebajara tres luises, más que por economía, porque siempre quería tener la sensación de que era él el que ganaba. Pero el hombre le dijo suavemente y con tono paternal:

—No se regatea cuando está en juego la vida de la mujer y de los hijos.

«Tanto peor para la rubia», se dijo Angelo mientras el hombre enganchaba el caballo. «Esa señorita tan orgullosa y que tiene tanta confianza en los gendarmes aprenderá, de una vez, que el hábito no hace al monje.» Pensaba también en el hermoso niño, cuyo lindo cuello inglés tan bien almidonado no podía quitarse de la memoria, y en la niña, cuya mirada había sorprendido posada en él varias veces el día anterior.

En el momento de partir, cuando Angelo sacudía ya las riendas, el hombre le dijo:

—Me cae usted bien. Se ve que es buena persona. Temo que se pierda en los atajos, así que le diré a mi hijo que lo guíe. Después no tendrá usted más que dejarlo en el camino.

Volvió con un muchacho de unos quince años, al que aleccionaba en voz baja.

—Y sé cortés con el señor —dijo por fin con cierto retintín.

Después de una hora de rodeos y zigzagueos por caminos de tierra entre árboles de copa colgante que debían de ser sauces, cuyas ramas rozaban la capota de cuero, llegaron a la granja que servía de cuarentena. El rechinar de las ballestas en las duras roderas debía de haber despertado a todas las lechuzas de los alrededores, que se llamaban desesperadamente unas a otras llenando de ecos el profundísimo silencio. Angelo detuvo el coche en un bosquecillo. Le dio las riendas al muchacho.

—Espérame aquí —dijo—. Procura que este animal no haga ruido.

El calor seguía siendo intenso, y además flotaba en el aire un leve olor que parecía inquietar al caballo, pues sacudía obstinadamente la cabeza haciendo tintinear el freno.

El silencio sólo era interrumpido por los lúgubres gemidos de las lechuzas.

«Duermen todos», se dijo Angelo. «Debo moverme sin hacer ruido y poniendo cuidado en despertar sólo a la institutriz y a los dos niños, para que no haya alboroto. El centinela podría no ser tan complaciente como el de esta tarde. Soplaré sobre la brasa de mi mechero y espero que tendrán suficiente presencia de ánimo para reconocerme en seguida sin ponerse a gritar al ver de repente mi cara iluminada en la oscuridad. Despertaré primero al niño, que parece muy valiente.»

Se esforzaba al mismo tiempo por hallar, en medio de la oscuridad de la noche, el lugar donde estaba el centinela. Se había detenido a más o menos diez pasos de la masa oscura de las paredes, más negra que la noche, y acechaba el ruido, por ligero que sea, que hace siempre un hombre que vela. Al cabo de un momento, como sólo oía a las lechuzas que se llamaban, se dijo: «El centinela también debe de estar durmiendo», y se aproximó procurando ahogar cuidadosamente sus pasos en la hierba.

Pronto estuvo ante la puerta de la granja, abierta de par en par, según juzgó por una especie de eco que notaba frente a él. No había rastro de centinela. El silencio que reinaba en la granja también le sorprendió. Esperaba oír ruidos de respiración y el crujido de la paja bajo los cuerpos inquietos; pero entre aquellas paredes, que apagaban los gritos de las lechuzas, el silencio era aún más intenso que el de la noche que había a su alrededor.

«¿Nos habremos equivocado de lugar?», se dijo.

Avanzó de puntillas. Su pie encontró un obstáculo. Se agachó y tocó unas faldas. Se arrodilló y encendió el mechero. Sopló sobre las brasas de la mecha y, a la roja luz, reconoció, deformado por una mueca atroz, el rostro de una campesina que no había querido irse por conservar su baúl. Estaba muerta. Sopló con todas sus fuerzas sobre las brasas y miró a su alrededor, pero aquella luz rojiza sólo le permitía ver en un radio muy pequeño. Pasó sobre el cuerpo de la campesina y dio algunos pasos para ver más lejos. Halló el cadáver de un hombre y equipajes abandonados. Por fin creyó reconocer unos zapatos de charol cubiertos por los volantes de encaje de Irlanda en que terminaba un pantalón de linón. Era la niña. Tenía en los ojos, enormemente abiertos, una expresión de terrible asombro. Debía de haber muerto muy rápidamente y sin recibir ningún cuidado, pues sus ropas estaban en perfecto orden. El niño se hallaba un poco más lejos, aferrado a la institutriz, muy desfigurada, con los labios arremangados sobre unos dientes que parecían tan crueles como los de un perro rabioso dispuesto a morder.

Angelo soplaba incesantemente la mecha sin pensar en nada. Caminó luego a la ventura en la oscuridad y tropezó aún con dos o tres cuerpos; quizá fueran los mismos, pues, sin saber cómo, de pronto se encontró en medio de la noche, con las lechuzas.

Llamó. Buscó el bosquecillo en el que había dejado el coche. Cayó en una acequia llena de agua. Llamó de nuevo. Sintió bajo sus pies las duras roderas del camino. Halló el bosquecillo y llamó dando grandes voces mientras caminaba, los brazos extendidos hacia adelante mientras caminaba. La silla volante no estaba allí. Oyó muy lejos el galope de un caballo y el rodar de un coche sobre el camino.

Estaba tan colérico, que jadeaba sin cesar y no lograba ni siquiera maldecir. Se puso a correr, pero después de tropezar y caerse dos o tres veces dentro de acequias decidió, por fin, sentarse entre las cañas.

Estaba aterrado por la trapacería del muchacho, que seguramente lo había abandonado aleccionado por su padre. Eso le desazonaba mucho más que la muerte.

El leve olor que había hecho sacudir la cabeza al caballo era un poco más definido desde que un vientecillo ardiente soplaba a ráfagas procedente de la dirección en la que se encontraba la aldea. Por otra parte, la granja, a cincuenta pasos de allí, tenía su propia provisión de cadáveres. Angelo imaginó el sol lívido y pesado que se levantaría dentro de algunas horas. Su imperiosa necesidad de ser generoso, sobre todo en aquellos instantes en que se sentía perdido en lo que parecía ser un caos general, le hizo acariciar muy seriamente la idea de esperar donde estaba a que despertara el día para ir a la aldea y ofrecerse a fin de ayudar a enterrar a los muertos. Pero se acordó de la cobardía del centinela y se dijo: «Esos campesinos te detestarán porque tienes ideas muy diferentes de las suyas acerca del valor, o, simplemente, porque, en lo que respecta a enterrar a los muertos, sabes más que ellos. Sobre todo si les hablas de cal viva. Poco tardarían en echarte en la fosa de un golpe de azadón en la cabeza. Sería una tontería.» Esta reflexión le decidió a marcharse.

Volvió al camino de tierra. Por descontado, pensaba pasar cuentas con el posadero. Se le ensanchó el corazón al pensar que aquel hombre rechoncho seguramente contaría con la ayuda de su hijo, que debía de haber regresado ya con la silla volante. «Será una buena pelea, y les sacudiré el polvo para que se acuerden de mí.» Detestaba ser engañado.

Llegó a la posada cuando el día estaba a punto de despuntar. Aún se veía el resplandor de las lámparas en medio de la noche que tocaba a su fin. Pero también allí los acontecimientos se habían precipitado. El gran salón estaba vacío y frío. Un hombre estaba tendido boca abajo, en el centro. Era uno de aquellos viajantes de lustrosos bigotes. Una mujer parecía dormir apoyada en la mesa. Angelo la llamó suavemente. Apoyó una mano en su frente. Ardía. La llamó una vez más diciéndole señora con mucha dulzura. Le levantó el rostro. Estaba manifiestamente muerta, con los ojos muy abiertos y blancos como el mármol. Y entonces, a causa de la inercia, su mandíbula inferior cayó de repente y se le abrió la boca, de donde comenzó a salir lentamente una ola de materias blancas parecidas al arroz con leche pero extraordinariamente pútridas.

Angelo recorrió la sala. Había otro muerto acurrucado detrás de las sillas, en un rincón. Pasó de largo. Luego volvió sobre sus pasos. Acababa de pensar en el mediquillo. Separó las sillas, pero al poner la mano en los brazos cruzados que escondían su rostro sintió tal rigidez en aquellos miembros crispados, que comprendió que para aquél tampoco había ya esperanza.

Luego de visitar la cocina, en cuyos fogones seguía ardiendo el fuego bajo cacerolas que despedían un delicioso olor a estofado de buey, y las caballerizas, donde no quedaban ni caballos ni coches, subió por la escalera a los cuartos. Había una decena a cada lado de un largo corredor central. Los abrió todos, uno tras otro, y en algunos de ellos, que estaban a oscuras, sus escrúpulos le hicieron acercarse a las ventanas para abrir los postigos. Todos los cuartos estaban vacíos, con los lechos intactos, salvo el último, en el que halló una enorme rata de granero, gorda y reluciente, que debía de haber salido en ese momento de su escondrijo y lo miró con sus ojos rojos. Angelo volvió a cerrar la puerta. Bajó, atravesó el salón, en el que los tres personajes que parecían salidos del cuento de la Bella Durmiente del Bosque no se habían movido, y salió. Al salir se dio cuenta de que la mujer muerta era morena. Debía de ser la que se reía unas horas antes.

Tomó el camino del sur. Amanecía. El sol estaba todavía muy bajo detrás de las colinas. El cielo era aún nocturno. Apenas si una pálida línea se destacaba en las sombras del lado del este, pero el calor era ya asfixiante.

Angelo caminó más de una hora antes de darse cuenta de que el silencio era verdaderamente extraordinario. Atravesaba bosques de pinos y robles de poca altura. Los árboles estaban absolutamente inmóviles, sin el menor estremecimiento. No había pájaros. La carretera dominaba el lecho del Durance, que en ese lugar tenía casi media legua de ancho y estaba lleno de guijarros blancos como la sal. No había agua. A veces, al borde del camino, el bosque había sido talado y formaba pequeños claros alrededor de cuatro o cinco olivos estáticos, de una inmovilidad total. El día crecía, descolorido. El cielo se parecía al lecho del río, enteramente cubierto de guijarros blancos como la sal. Por encima de los bosques se veía, sobre la cresta de la colina, una aldea marfileña. No se alzaba sobre ella ni una voluta de humo.

«Hizo bien», se dijo al recordar a la mujer morena que se reía con el pie apoyado en el barrote de la silla y enseñaba las piernas en medio de los blancos pliegues de sus enaguas.

Poco a poco el sol se elevó sobre el oeste. No tenía ni forma ni color. Era una deslumbrante masa de yeso. Durante un breve instante hubo una especie de ligero roce, como si seres invisibles huyeran a toda prisa para ocultarse en lo más profundo del follaje y la hierba inmóviles.

Por fin, Angelo oyó el trote de un caballo que se acercaba. Echó mano a su bolsillo y sacó una de sus pistolas.

Pronto pudo ver al jinete que se aproximaba. Era un hombre corpulento el que iba a pagar el pato. Cuando estuvo a tres pasos, Angelo cogió las riendas de un salto, detuvo el caballo y apuntó al jinete con su arma.

—Baja —dijo.

El gordo mostró todos los signos del terror más abyecto. Sus labios temblaban y hacían el ruido de un hombre mal educado que sorbe la sopa al comer. Cuando descabalgó, cayó de rodillas.

Angelo desató el portamantas.

—Sólo el caballo —dijo.

Luego, sin prisas, ajustó la cincha bajo la barriga del animal y acortó los estribos. Había vuelto a meterse la pistola en el bolsillo. Le inspiraba una gran simpatía aquel hombre gordo que se sacudía el polvo de las rodillas y lo miraba de reojo con aire asustado.

—Póngase a la sombra —le dijo Angelo con mucha amabilidad al tiempo que saltaba sobre la silla.

Hizo volver grupas al caballo y lo puso al galope. El animal, que apreció en seguida las nuevas piernas, respondía perfectamente. A pesar del calor, que aun careciendo de brillo quemaba la piel y abrasaba el aire, Angelo se sintió invadido por una especie de placer. Recordó que no había fumado desde hacía tiempo. Encendió uno de sus cigarritos.

A ambos lados del camino los campos y las huertas estaban desiertos. En algunos trigales no cosechados las mieses se encamaban por el peso de las espigas. Los inmóviles olivares tenían reflejos de hojalata. No se veía el horizonte por ninguna parte. Las colinas estaban ahogadas en un jarabe de horchata. Enormes albaricoqueros exhalaban el olor de su fruta podrida al paso de Angelo.

Por fin, vio ante sí la entrada a una avenida de plátanos que anunciaba una aldea. Se adentró en ella, bajo los árboles. Esperaba encontrar las barreras habituales y había advertido ya un camino que cruzaba la avenida por el cual, a la menor amenaza de ser detenido, se largaría al galope. Pero no había barreras y, a pesar de la hora ya avanzada, la aldea, con sus puertas y postigos cerrados, parecía enteramente desierta. Continuó avanzando al paso.

Al entrar en la calle, Angelo fue desagradablemente impresionado por el hecho de que estaba bordeada de casas a derecha e izquierda. La soledad lo había tranquilizado. No había necesitado hacer ningún esfuerzo para afrontar el espantoso sol yesoso, pero lo inquietaban aquellas fachadas detrás de las cuales imaginaba piezas oscuras y escenas horrorosas que explicarían tanta soledad y tanto silencio.

En la encrucijada de una plazoleta a la cual daba la iglesia vio una pequeña forma negra y blanca acostada en un triángulo de sombra, en el rincón de una casa. Era un monaguillo con sotana y sobrepelliz. A su lado había una larga cruz de esas que se llevan en los entierros y el balde de agua bendita con el hisopo.

Angelo bajó del caballo y se aproximó. El niño dormía. Estaba perfectamente sano y dormía tan a gusto como en su cama.

Angelo lo cogió por debajo de los brazos y lo levantó para despertarlo. La cabeza del niño se bamboleó de derecha a izquierda. Luego estornudó y abrió los ojos. Pero al ver la cara de Angelo inclinada sobre él hizo el violento movimiento de un gato sorprendido, cogió la cruz y el balde y huyó a la carrera. Sus piececitos desnudos se levantaban muy altos bajo la sotana. Desapareció en el recodo de una callejuela. Había arrojado en la acera una moneda de cinco céntimos que tenía en la mano.

Angelo salió de la aldea sin encontrar a ningún otro ser viviente.

La carretera corría bastante cerca del lecho seco del Durance serpenteando a lo largo de una hilera de colinas. Se metía en pequeños valles, salía de ellos, atravesaba olivares y bosquecillos de sauces, orillaba avenidas de álamos de Italia, cruzaba arroyuelos. Todo estaba inmóvil en el yeso hirviente. El trote del caballo hacía girar muy lentamente a cada lado de la carretera, como los rayos rígidos de una rueda, ringleras de árboles tiesos con follaje de cartón. A veces aparecían entre dos moreras pequeñas y pálidas granjas que parecían tener los ojos cerrados, la nariz en el polvo y un poco de paja en la boca.

En medio de la inmovilidad general, Angelo vio sobre el flanco de las colinas una mancha roja que se desplazaba. Era una campesina en enaguas que bajaba corriendo. La vio saltar con decisión las terrazas sostenidas por paredes de piedra seca donde las gentes de aquellos lugares cultivaban alcachofas. Atravesaba en línea recta los setos de arbustos y las zarzas. Se dirigía hacia una zona donde había grandes bosques de pinos pero ninguna casa.

Mucho más tarde, gracias a los recodos de la carretera, Angelo volvió a ver la mancha roja a lo lejos, en las colinas. Se desplazaba siempre muy velozmente.

El caballo comenzaba a dar señales de fatiga. Angelo se apeó y, llevando al animal de la brida, se aproximó a un bosquecillo de sauces. Iba a entrar bajo la sombra gris de los árboles cuando fue detenido por la actitud amenazadora de un perrazo que se había erguido y lo miraba con ojos como brasas. Abría silenciosamente su bocaza sanguinolenta. De sus grandes colmillos colgaban jirones de ropa negra.

Angelo se retiró reculando y paso a paso. El caballo bailaba detrás de él. De los zarzales salía un hedor a carroña. El perro permaneció inmóvil, plantado en sus dominios. Angelo volvió a montar y se alejó al trote.

Estaba ya lejos cuando pensó en sus pistolas. «No soy digno del mediquillo», se dijo. Y se quedó dormido.

Lo despertó un respingo del caballo. Éste, al parecer, luego de haber andado cierto tiempo, se había dormido también a la sombra de un abedul. Y había sido despertado por un rayo del ardiente sol que, atravesando el follaje, se había posado en su hocico.

Debía de ser cerca de mediodía. Angelo tenía hambre y, sobre todo, sed. Había cometido el error de fumar tres de sus pequeños cigarros. Su boca estaba revestida de una espesa y acre capa de saliva. Era muy peligroso comer frutas o cualquier otra cosa en casas o en posadas. Por lo demás, no había a la vista ni casa ni posada. Tampoco era recomendable beber de fuentes o manantiales. Angelo se apeó de nuevo, se sentó apoyado en un abedul, luego de haber atado su caballo a un espeso zarzal, y encendió un cuarto cigarrito.

El calor llegaba en oleadas pesadas, largas, asfixiantes. Al rechazar hacia atrás sus cabellos, Angelo se tocó la frente y advirtió que estaba empapada de un sudor frío. Sentía en los oídos una crepitación

imperceptible, pero tan continua, que emborrachaba y daba vértigo. Bruscamente, Angelo tuvo una náusea y vomitó. Observó muy atentamente lo que acababa de vomitar. Era una bocanada de flema. Continuó fumando.

Se levantó sin saber por qué. Se sentía curiosamente dividido en dos: una parte de su ser estaba al acecho dentro de un sueño y otra actuaba fuera de él como un perro al extremo de una traílla. Desató el caballo, lo llevó hasta el camino, montó en él y le apretó las rodillas con un golpe seco. El animal tomó el trote.

Pasaba ante una casita cerrada cuando la puerta se abrió y oyó que lo llamaban:

—Señor, señor, venga pronto.

Era una mujer de cara hombruna, pero embellecida por el terror. Tendía las manos hacia él. Angelo saltó a tierra y, siguiéndola, entró en la casa.

Sorprendido por la oscuridad, distinguió solamente una especie de forma blancuzca que se agitaba con una violencia agresiva. Se lanzó hacia ella al mismo tiempo que la mujer y antes incluso de darse cuenta de que se trataba de un hombre que se debatía en un lecho cuyas sábanas y mantas habían volado por el cuarto. Trató de sujetar el cuerpo, pero fue rechazado como si se enfrentara a la fuerza irresistible de un resorte de acero. Claro que al mismo tiempo había resbalado en líquidos viscosos derramados cerca de la cama. Hizo pie en un lugar del piso algo más seco y comenzó a luchar seriamente, ayudado por la mujer, que había pasado al otro lado, entre la cama y la pared, y cogía por los hombros con todas sus fuerzas al enfermo, al que llamaba Joseph. Por fin, gracias a sus esfuerzos combinados, el cuerpo volvió a caer sobre la cama con un crujido de madera seca. Angelo, que hacía toda la fuerza que podía con las manos en los brazos del desgraciado, sintió en sus palmas los movimientos desordenados de los músculos y hasta de los huesos, agitados por un loco furor. Pero la cara, que era de una delgadez inusitada, poco más que un cráneo revestido de piel, comenzó a azularse mientras los gruesos labios cubiertos de duros pelos se retiraban alrededor de los dientes negruzcos y gastados que, sobre aquel fondo azul, parecían casi blancos. En lo más hondo de las órbitas, muy profundas, los ojos, rodeados de piel arrugada, brillaban como las escamas de la cabeza de las tortugas pequeñas. Maquinalmente, Angelo se puso a friccionar los muslos y caderas de aquel cuerpo, que tenía la piel muy áspera. Una convulsión más violenta aún que las anteriores arrancó al enfermo de las manos de la mujer y lo arrojó contra Angelo, el cual sintió que los dientes golpeaban su mejilla. Acababa de advertir que la piel que frotaba tenía una costra de vieja mugre. El hombre murió, es decir, el espejeo de sus ojos se apagó. Sus miembros continuaban siendo recorridos en todos los sentidos por el tumulto de los músculos y los huesos, que parecían revolucionados y querer salirse de la piel como ratas de una bolsa. Angelo se secó la cara con un sucio trozo de indiana que servía de cortina de la cama.

En la habitación, que tenía el piso al nivel de los campos que rodeaban la casa y servía también como cocina, había una gran mesa cubierta de legumbres, aún con su tierra, y otra mesa redonda y más pequeña que seguramente era la utilizada para comer. En el rincón hacia el cual se abría la hoja de la puerta, Angelo vio un viejecito recientemente rasurado y semejante a un viejo actor. Estaba sentado en un sillón y lo afectaba, al parecer, alguna parálisis de las piernas, pues tenía dos bastones con puño de cuero atravesados sobre los muslos. Sonreía. Sus labios, delgados como un hilo, estaban ligeramente brillantes de saliva. Su mirada iba de Angelo a cuatro o cinco pipas colocadas delante de él en el borde de la mesa redonda y cerca de una vejiga de cerdo llena de tabaco.

—Desde que Joseph está enfermo ha cogido su pipa y está la mar de contento —dijo la mujer mientras se secaba las manos en el delantal.

—Es ésta —dijo el viejo.

Acarició la pipa con evidentes muestras de la más viva alegría. Era de tierra y representaba la cabeza de un turco. Había sido montada en un tubo de caña bastante largo, decorado con colgantes de lana roja rematado en borlas.

—¿Le apetece un cigarro? —dijo Angelo.

—No —dijo el viejecito—, yo fumo en ésta.

Y se puso a llenar la pipa con golpecitos del pulgar y mucho movimiento de dedos. Se reía sin el menor recato, con la boca desdentada completamente abierta, y cuando dio las primeras caladas un hilillo de saliva cayó sobre su chaleco.

Angelo se sentó cerca de él. No pensaba en nada, ni siquiera en fumar. La pipa de tierra apestaba. De pronto, se acordó del caballo.

«Seguro que se ha largado», se dijo.

Salió. El caballo seguía tan tranquilo donde lo había dejado. Dormía de pie, y de vez en cuando, sin dejar de dormir, daba un lengüetazo en la hierba, tan blanca que parecía cubierta de harina.

Angelo estuvo más de dos horas sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra el tronco de una lila. Se sentía lleno de una paz absoluta y hasta de una especie de felicidad. Contemplaba a la mujer mientras iba y venía por el huerto. Debía de haber sentido la necesidad instintiva de volver en seguida a sus quehaceres domésticos habituales. La presencia de Angelo seguramente también contribuyó a ello, pues arrancaba con toda calma zanahorias, grandes nabos y algunas plantitas de apio. Cogió hasta un manojillo de perejil, cuyas hojas limpió con una punta de su delantal, pues estaban llenas de polvo. Por fin, fue en busca de un balde y sacó agua de un pozo que con toda probabilidad estaba inficionado.

Esas ocupaciones, y los ademanes de aquella mujer, tenían a Angelo verdaderamente hechizado. Sentía correr a lo largo de sus miembros una especie de cosquilleo como si los acariciaran con plumas, y su cerebro flotaba en una nube. Al cabo se dio cuenta de que una sonrisa bobalicona permanecía en sus labios desde hacía rato. Dejó de sonreír y, aprovechando que la mujer había entrado y trasteaba en los fogones, montó a caballo y volvió a la carretera.

Hacia el crepúsculo pasó cerca de una aldea que gritaba. Las casas estaban agrupadas a cuatrocientos o quinientos metros del camino, en un plano algo inferior. Desde lo alto del caballo a Angelo le parecieron semejantes a un zorro acurrucado contra los guijarros del lecho del Durance. Salía de ellas un gemido, una queja que debía de estar hecha de muchas voces para ser tan prolongada y tener una nota tan aguda.

Angelo llegó a Manosque a la caída de la noche.

CAPÍTULO SEXTO

En Manosque se habían tomado en serio lo de las barricadas.

Habían obstruido la calle con una carreta, barriles y una especie de faetón, provisto de bancos, tumbado de lado.

Un hombre gordo de aspecto bonachón, vestido con un redingote cruzado por la bandolera de una escopeta de caza, salió de la fortificación.

—¡Alto! —dijo—. Prohibido el paso. No queremos a nadie aquí, ¿lo oye? ¡A nadie! Toda resistencia es inútil.

Estas últimas palabras regocijaron profundamente a Angelo, que continuó avanzando. Había aún bastante luz para que pudiera seguir en aquel rostro pálido, encuadrado por unas pobladas patillas algodonosas, los progresos de un miedo cerval. El hombre se encerró a toda prisa en su plaza fuerte. Cuatro o cinco rostros admirados asomaron enseguida por encima de la barricada.

—¿Adónde va? ¡No se acerque! —gritaron algunas voces no muy seguras—. ¿Qué le trae por aquí?

—Me han alabado la belleza de las gentes de este lugar —dijo muy serio Angelo, que contenía a duras penas la risa—, y vengo a comprobarlo personalmente.

Esta respuesta pareció espantarlos aún más que la presencia real del jinete.

«Son tenderos», dijo para sí Angelo, «y ése del redingote es un lacayo.»

—Vamos..., seguro que es usted un buen muchacho —dijo una cara gorda y gris cuyas mejillas temblaban.

—Soy el muchacho más terrible de la tierra —dijo Angelo—, como han sabido muy pronto todos cuantos me han tratado. Hagan rodar esas barricas y salgan de ahí para que yo pase. De lo contrario, salto, y entonces, ¡ay de ustedes!

Y, al mismo tiempo, hacía caracolear a su caballo que, fatigado, ponía en ello muy poco ardor. Esta demostración y un breve relincho de dolor (ya que Angelo, entregado a su juego, seguía dando buenos tirones de riendas), llevaron al desconcierto a la fortaleza.

Desaparecieron las cabezas. Le apuntaron con un fusil.

«Están a punto de ensuciarse los pantalones», se dijo Angelo, «¡ayudémoslos!»

Y disparó un pistoletazo al aire que hizo mucho ruido. Luego tomó tranquilamente un camino transversal que corría sobre el flanco de una loma, bordeado de almendros.

Diez minutos después estaba en unos huertos, al pie de los muros de la ciudad.

—Amigo mío, estás libre —le dijo a su caballo.

Lo despojó de la silla y del freno y, ya en pelo, lo despidió con una amistosa palmada en los ijares. Disimuló el arnés entre unas zarzas. Luego se metió entre unas cañas y salió a un sembrado de repollos. Atravesó un arroyuelo que olía muy mal y, andando a lo largo del muro de una curtiduría, desembocó en una avenida plantada de tilos. Los faroles estaban encendidos.

Tenía la piel acartonada de sudor y de quemaduras del sol. Fue a lavarse en una fuente. Apenas había sumergido las manos en las aguas de la taza cuando lo cogieron firmemente por los hombros y tiraron de él hacia atrás mientras algunos brazos muy fuertes lo agarraban por la cintura sin miramientos.

—Uno más —gritó una voz cerca de su oído mientras se debatía tratando de dar algunos puntapiés al tiempo que recibía en la cara y el cuerpo una lluvia de puñetazos. Inmovilizaron sus piernas, lo tendieron en el suelo y lo sujetaron sólidamente. Oyó decir:

—Ha venido por detrás de la curtiduría.

—Registradlo.

—Lleva dos pistolas.

—Quitadle los paquetes de veneno.

—Ha debido de echarlos en la fuente.

—Vaciad la taza.

—Una de sus pistolas está descargada y huele a pólvora.

Al cabo alguien dijo:

—Aplastémosle la cabeza.

Entonces vio levantarse algunos pies; pero todos se pusieron a hablar a la vez atropellándose a su alrededor mientras sonaban golpes sordos en la tapa del sumidero de la taza para hacerla saltar.

El farol más próximo estaba aún muy lejos para que Angelo pudiera saber con quienes se las había. Le pareció que eran obreros. Veía delantales de cuero.

—¡Venga, levántate! —le dijeron mientras le daban puntapiés en los costados. Y casi al mismo tiempo fue levantado y puesto de pie con tanta violencia, que su cabeza golpeó en sus hombros.

Por fin pudo ver, y de muy cerca, las caras que lo rodeaban y lo injuriaban. No eran muy terribles, salvo por el hecho de que estaban llenas de miedo. Un hombre de unos treinta años, bien constituido, de cabellera rizada y gran nariz, había caído en una suerte de trance histérico. Daba continuas patadas en el suelo alrededor del grupo que sujetaba a Angelo, distribuía puñetazos en el vacío y gritaba con voz de falsete:

—¡Es él! ¡Colguémoslo! ¡Es él! ¡Colguémoslo! ¡Matémoslo! ¡Matémoslo!

Los ojos se le salían de las órbitas. Acabó por ahogarse y toser. Luego le escupió a Angelo en la cara.

Después de una controversia en la que triunfó una voz grave y sombría que hablaba muy calmosamente y de nuevos empujones provocados por el hombre de la gran nariz en su intento de alcanzar a Angelo con sus puños, se pusieron en marcha. Siguieron por la avenida, entraron en la ciudad y anduvieron por varias callejuelas en las que Angelo advirtió muy grandes y muy hermosas puertas, pero también persianas que se abrían precipitadamente. Quizá pasaban del centenar las personas que marchaban detrás de él. Por fortuna, las calles, muy estrechas, mantenían lejos de su víctima a aquella muchedumbre, en la que continuaban oyéndose los gritos en falsete del histérico.

—No es usted un cobarde, ni mucho menos, señor —dijo la voz grave y sombría al oído de Angelo—, pero démonos prisa si no quiere correr la suerte del otro.

Desde que se había puesto a contemplar la belleza de las grandes puertas, Angelo había recobrado el dominio sobre sí mismo.

—No tengo prisa —contestó.

Pero fue arrastrado y, por más que se resistió, lo introdujeron, a toda prisa y a empellones, en un cuerpo de guardia. Dos gendarmes se levantaron precipitadamente derribando su banco y bloquearon la entrada.

El hombre que habló al oído de Angelo había entrado con él.

—¡Uf! Ha escapado por los pelos —dijo la voz sombría—. Si yo no hubiera estado allí, lo habrían matado como al otro.

Era delgado y trigueño; se mantenía erguido, aparentemente impasible, en una actitud militar.

Tras una mesa iluminada por dos candelabros de tres bujías, había un segundo personaje, también de aspecto muy militar, no obstante su hermosa corbata de faya, pues encima de la corbata el rostro estaba marcado por una larga cicatriz que iba de una mejilla a otra y le mellaba la nariz.

«Es un antiguo sablazo», se dijo Angelo.

No había visto nunca nada más hermoso que esa cicatriz. Con la punta de su bota levantó el banco que los gendarmes habían volcado.

—Dadles en las narices a esos tunos —dijo el de la corbata de faya.

Fuera continuaba el tumulto. «¡Muera el envenenador!», gritaban.

La voz de, falsete se aproximaba a la puerta. Debían de estar empujando al histérico hacia adelante, o bien éste se abría camino. Se le oía decir en tono de arenga:

—Ha puesto veneno en la fuente de los Observantes. Es un complot para matar al pueblo. Es un extranjero. Lleva botas de inglés.

El hombre de la corbata de faya miró las botas de Angelo.

—Está pagado por el gobierno —agregó la voz de falsete.

El hombre de la corbata de faya se levantó y fue a la puerta. Hizo a un lado a los gendarmes y se plantó en el umbral.

—¿Y a ti? —dijo—. ¿Quién te paga para hacer el imbécil? Has recibido trescientos francos en oro con el último correo y una carta de París cuya copia tengo en mi escritorio. Dinos quién te paga, Michu.

—El cólera es un pretexto para envenenar a los pobres —gritó el histérico.

«Ese hombre está loco», se dijo Angelo, «pero lo encontraré y lo mataré.»

—No hacen falta pretextos —dijo el de la corbata de faya—. Hace ya tiempo que os creéis lo bastante mayorcitos para ensuciaros en vuestros pozos. Cerrad la puerta —les dijo a los gendarmes—, y disparad contra esa gentuza si se atreven a abrir y entrar.

—¡Nos veremos las caras, viejo revolucionario! —gritó alguien.

—Cuando quieras —dijo el de la corbata de faya.

Volvió a sentarse a la mesa. Angelo sentía admiración por él. Hubiera deseado estar en su lugar. No estaba habituado a ser protegido. Si en ese momento ese hombre le hubiera dirigido la palabra, le habría confesado con placer quién era y hasta lo que pensaba hacer. Habría adoptado un tono grandilocuente para decírselo todo.

Pero un gendarme golpeó un banco con la palma de la mano invitándole a sentarse.

—¿Dónde lo han cogido? —dijo el de la corbata de faya.

—En la fuente de los Observantes —dijo la voz sombría—. Tenía las manos en el agua.

—Lo más gracioso —dijo el de la corbata de faya— es que en la prefectura de policía parecen querer convencernos de que se creen esos rumores. A menos que pretendan hacerse el tonto...

—Si verdaderamente se tratara de un asunto de esa índole —dijo la voz sombría—, barrunto que las cosas irían mucho más deprisa.

—En lo que me concierne, van ya bastante rápidas —dijo el de la corbata de faya—. Gendarmes —agregó—, sacad un banco y sentaos fuera. Poned los fusiles entre las piernas y estad ojo avizor.

—Acérquese —le dijo a Angelo cuando los gendarmes hubieron salido—. ¿Lleva documentación?

—No —dijo Angelo.

—¿Es usted francés?

—No.

—¿Piamontés?

—Sí.

—¿Refugiado político?

Angelo no respondió.

—No tiene miedo —dijo el hombre de la voz sombría—. Se defendió a puntapiés sin decir una palabra.

—¡Oh!, entonces es alguien que tiene algo que ocultar —dijo el de la corbata de faya.

—Sí —dijo la voz sombría—, pero no creo que haya echado matarratas en ninguna fuente.

—¿Te niegas a creerlo?

—Desde luego.

El hombre de la corbata de faya miró de nuevo a Angelo de pies a cabeza.

—En efecto —dijo—, apuesto a que si colocaras a este tipo en el último cuadro de Waterloo, haría un papel decoroso.

—Me quitas las palabras de la boca —dijo la voz sombría.

—Sí, pero... ¿y la orden? —dijo el de la corbata—. ¿Qué hacemos con la orden? No debemos olvidar que por todas partes cunde el miedo, como después de Leipzig.

[8]

—Exactamente. Hay un canguelo general —dijo la voz sombría.

—Reflexiona un poco —dijo el de la corbata.

—¿Quieres que rebusque en mi mente? Pues veo imágenes muy interesantes —dijo la voz sombría.

—Dime de qué imágenes se trata —dijo el de la corbata.

—Abejas

[9] —dijo la voz sombría.

—No está mal... ¿Sabes que hay una circular firmada por Gisquet?

—¿Qué dice?

—Tonterías.

—¿Qué clase de tonterías?

—Tonterías como las que dicen esos tipos que están ahí fuera.

—Lo cual no me hace renunciar a la idea de que veo abejas. ¡Al contrario!

—Reconozco que eso explicaría la circular de Gisquet.

—Y el oro de Michu —dijo la voz sombría—. Los luises eran nuevos, y los luises nuevos proceden directamente de quien los fabrica. En mi opinión.

—Eres profundo.

—Como un pozo en que la Verdad toma su baño de asiento.

—Entonces, ¿qué haremos con él? —dijo el de la corbata.

—Dejaremos que se escape por la puerta de atrás —dijo la voz sombría.

Mientras se desarrollaba esta conversación, Angelo pensaba en los golpes que había recibido. Estaba literalmente enloquecido de rabia al pensar que lo habían golpeado y arrastrado por el suelo. Se decía sin cesar: «Me han escupido en la cara.» Pensaba en venganzas horribles. Estaba tan abstraído en ello, que tenía un aire como ausente e indiferente a todo que no carecía de nobleza.

—Siga a ese hombre —le dijo el de la corbata de faya.

Y como Angelo no se movió, se corrigió.

—Haga el favor de seguir a ese hombre, señor.

Angelo le saludó con una leve inclinación de cabeza. No había oído la primera indicación.

—Ha estado usted muy bien —le dijo el hombre de la voz sombría mientras recorrían un largo corredor.

El hombre subió a un escabel y apagó una lámpara de petróleo colocada en un nicho abierto en la pared. Abrió la puerta, que daba a los huertos. Salió, sin embargo, con grandes precauciones, y aguzó el oído atentamente a derecha e izquierda. Se oía el canto tranquilizador de numerosas ranas.

—Con estos cobardes uno nunca puede estar seguro —dijo—. Son muy astutos. Pero el camino está libre. Venga conmigo. Sólo hay que evitar clavarse algún rodrigón.

—No entiendo lo que ocurre —dijo Angelo—, No comprendo por qué debo esconderme. No he hecho mal a nadie.

—¡Silencio! —dijo el hombre—. No hay que hablar nunca de inocencia. Y si necesita asesinos, busque siempre a cobardes. Actúan con decisión porque eso los calma. Mientras matan, no piensan en su miedo. ¡Atención! ¡No pise los repollos!

Atravesaban un huerto.

—No tendré nunca, ciertamente, necesidad de asesinar —dijo Angelo—, La tuve una vez, pero arreglé el asunto yo mismo.

—Bueno —dijo calmosamente el hombre—, será mejor que no mencione la cuerda en casa del ahorcado. Y procure marchar exactamente sobre mis pasos. Aquí tengo plantadas mis judías.

Llegaron a una empalizada a través de la cual se veía una calle desierta iluminada por un farol rojo.

—Voy a abrirle la puerta —dijo el hombre. Entonces apoyó la mano en el brazo de Angelo—, No puede imaginarse —prosiguió con una franqueza militar— hasta qué punto soy partidario de la Revolución. Le aseguro que, no obstante mi edad, todavía sería capaz de hacerla como soldado raso. ¿Comprende? Por lo tanto, si yo le digo: «No alborote tanto», quiero decir: «No alborote tanto.» El cólera es una porquería, pero lo demás es una porquería aún peor. Procure obrar con sensatez.

—¿Qué es lo demás? —dijo Angelo.

—Hay gentes que han sido pagados para decir que el gobierno ha envenenado las fuentes. ¿No le sugiere eso nada?

—Es una cobardía —dijo Angelo.

—Pero, como va dirigida a cobardes, la idea es buena —dijo el hombre.

Y abrió la puerta.

—Por la derecha se va a la ciudad, por la izquierda se va al campo —dijo mostrando la calle—. Buenas noches, señor.

Angelo tomó hacia la derecha. Más allá del farol la calle torcía entre caballerizas con agradable olor a estiércol de caballo. Angelo aprovechó un rincón oscuro para hacer el inventario de sus bolsillos. Lo había metido todo en los tres bolsillos de su pantalón. Uno contenía la pistola que había descargado al aire delante de la barricada, el otro un pañuelo y tres pequeños cigarros. En el bolsillo de atrás tenía otra pistola cargada y treinta luises que contó. «Si hace un rato no me hubiera portado como un niño delante de esos burgueses que se escondían detrás de los barriles, tendría aún dos tiros, mientras que ahora sólo me queda uno», se dijo. «Tenía razón ese soldado que ahora está en la policía. No hay que hacer tonterías. Por darme el gusto, hace un rato, de enojarme y armar bronca, no podré matar más que a uno de esos perros. Y si no es el que me escupió en la cara, no habré lavado la afrenta.» Sentía un deseo obsesivo de vengarse.

La calle desembocaba en una avenida plantada de olmos gigantescos en los que trinaba un inverosímil gorjeo de ruiseñores, que se perseguían y revoloteaban arrancando al follaje un ruido como de granizo. Angelo contó siete faroles alineados bajo la espesa bóveda de los olmos. La avenida estaba desierta. No era

tarde, sin embargo. Una campana dio las nueve.

—Debo ir en seguida a casa de Giuseppe —se dijo Angelo—, Me parece que he de seguir por aquí hasta una especie de campanario coronado por un globo de hierro forjado, debajo del cual hay un paso abovedado.

Caminaba ciñéndose a la hilera de olmos para quedar en la sombra cuando oyó, provenientes de una calle transversal, el rodar y el chirriar de una carreta muy cargada. Se escondió detrás de un tronco y vio aparecer a dos hombres, cada uno de los cuales llevaba una antorcha. Precedían a una carreta de la que tiraban dos caballos. Cuatro o cinco personas más, vestidas con blusas blancas y que llevaban azadones, palas y antorchas, marchaban junto a las ruedas. Era un cargamento de ataúdes, y hasta de cadáveres simplemente envueltos en sábanas. Brazos, piernas y cabezas que bailoteaban en el extremo de largos pescuezos flacos y blandos sobrepasaban los adrales. El cortejo pasó cerca del árbol detrás del que se ocultaba Angelo, que pudo advertir el aire apacible de los sepultureros, algunos de los cuales incluso fumaban sus pipas mientras andaban. Una persiana se abrió en una de las casas que orillaban la avenida y una voz de mujer, semejante a un maullido, llamó y gritó. Uno de los hombres de blusa blanca contestó:

—Espere a la otra carreta; ésta ya va llena.

Los ruiseñores no habían dejado de cantar ni de revolotear entre el follaje. Angelo debía seguir el mismo camino que la carreta. La dejó adelantarse. Había dejado detrás de sí un olor almizclado.

Angelo llegó por fin al portal coronado por un globo de hierro del que se había acordado. Daba a una calleja oscura. Todas las casas estaban cerradas, salvo, a unos cincuenta pasos, una tienda cuyas puertas de vidrio daban un poco de luz. Angelo recordó una pequeña taberna a la que Giuseppe lo había llevado una vez a beber vino y que debía de estar por allí. «Si es una taberna», se dijo, «voy a pedir una botella de vino.» Desde el pollo de Peyruis no había comido nada, pero era sobre todo la sed lo que lo atormentaba, hasta el punto de no pensar en fumar. «Preguntaré además por la casa de Giuseppe; creo que no está lejos de allí.»

La luz, en efecto, procedía de una pequeña taberna. A través de los cristales pudo ver a cuatro o cinco hombres que bebían de pie. Angelo empujó la puerta. Le sirvieron vino, pero después de muchas ceremonias. El tabernero lo miraba con desconfianza. Los hombres que bebían debían de ser panaderos, a juzgar por sus gorros cubiertos de salvado. Ellos también abrieron mucho los ojos cuando Angelo se puso a beber su vino directamente de la botella.

Angelo no comprendió que esos hombres y el tabernero —que bebían silenciosamente juntos cuando él entró— se esforzaban por atenuar su miedo siguiendo su vida normal, de la que formaban parte aquella reunión, como las que tenían antes de la epidemia, y el vino, que, por lo común, preludiaba el olvido de las preocupaciones. La llegada de un desconocido había renovado bruscamente la atmósfera de inquietud. Hay que reconocer también que su manera de beber era sospechosa.

Lo miraron de arriba abajo y uno de los panaderos tuvo la suficiente sangre fría para reparar en las hermosas botas de Angelo. Dejó enseguida su vaso y salió. Se le oyó correr en la calle.

Angelo estaba en esos instantes en que una sed largo tiempo soportada acababa por fin de ser satisfecha y en que es mucho más importante recobrar el aliento y relamerse los labios que observar lo que ocurre en derredor. No vio salir al hombre. Notó, sin embargo, que los otros tenían miradas comprometedoramente hipócritas y sonreían con disimulo por debajo de los bigotes. Frunció las cejas, preguntó muy secamente cuánto debía y pagó con medio escudo que tuvo la habilidad de hacer rodar sobre el mostrador. En dos zancadas estuvo fuera mientras, instintivamente, los otros miraban la moneda.

Demasiado lo habían prevenido las miradas hipócritas y las sonrisas para no correr inmediatamente hasta una callejuela llena de sombras. Sin embargo, una mano lo agarró al pasar, se deslizó a lo largo de su brazo y desgarró su camisa mientras una voz sorda llena de odio decía: «Es el envenenador.»

Angelo echó a correr. «He de procurar no pasar por imbécil ante ese buen policía que se tomó la molestia de hacerme atravesar su huerto», se dijo, «y que tendría derecho a considerarme un zote si me dejara prender de nuevo. Si tuviera dos tiros de pistola en lugar de uno, me daría el lujo de enviar a uno de esos desgraciados a criar malvas.»

Los tenía a sus talones. Calzados con sandalias y más a sus anchas a pesar de la oscuridad, en lugares que conocían bien, corrían más que él. En varias ocasiones otras manos alcanzaron y desgarraron la camisa de Angelo, que, no obstante la oscuridad, dio un puntapié que alcanzó de lleno un vientre.

El hombre soltó un alarido y cayó. Angelo pudo ganar alguna ventaja y se metió en una calle a la derecha y luego en otra que descendía bajo una bóveda.

«Con tal de que no sea un callejón sin salida», se decía mientras corría que se las pelaba. «Ahora es cuestión de vida o muerte. ¡Si hay que matar, mataré!» Esta idea lo tranquilizó y hasta le dio un poco de alegría. Se detuvo. Con la mano derecha cogió por el centro la pistola descargada. «Golpeando de arriba

abajo con el cañón de acero con todas mis fuerzas, si tengo la suerte de darle a alguien en la cabeza, me lo cargo. ¿Y qué?», siguió diciéndose. «En lugar de correr como un conejo, incluso puedo volverme cazador. Todo depende de mi resolución. No tengo más que disimularme contra una puerta. Si descalabro a uno o dos, los otros lo pensarán dos veces. Y si no lo hacen, como último recurso quemaré mi pólvora. Después, que sea lo que Dios quiera. Pero lo habrán pagado caro.» Se sentía feliz como un rey.

Permaneció quieto. Pronto oyó las sandalias que paso a paso llegaban por la calle con precaución. Sus perseguidores pasaron por su lado, al alcance de su mano. Eran una decena. Uno de ellos decía en voz baja:

—¿Es el gobierno el que le ha pagado esas botas?

—¿Y quién quieres que sea, si no? —contestó otro.

«Y es el pueblo...», se dijo Angelo. Lo cual detuvo su brazo. «¡Qué desagradable era esa voz! A pesar de su tono bajo, no podía disimular la envidia que tiene de mis botas. Como son gentuza dispuesta a hacer cualquier cosa por un par de botas, creen que yo también. ¿Serán sinceros?», agregó al cabo de un instante.

[10]

No pensaba ya ni remotamente en el peligro que corría. Los hombres calzados con sandalias fueron hasta el extremo de la calle y, al no oír ningún ruido, hablaron entre sí. Luego llamaron y se les contestó desde las calles vecinas. Poco a poco fueron alzando la voz, y Angelo se dio cuenta de que se habían puesto de acuerdo para guardar todas las salidas del barrio.

—Tiene que haberse quedado en esta calle —dijo una voz que parecía mandar—. No os vais a dejar envenenar como perros por un gobierno que quiere la muerte de los obreros. Volved a recorrer la calle, buscando mejor. Debemos atraparlo.

«¡Mala suerte!», se dijo Angelo. «Tendré que matar a alguno. Alguien hay, sin duda, en alguna parte que debe de reírse a gusto.»

Empuñó la pistola cargada con la mano derecha y estrechó la descargada con la izquierda.

Se afirmó fuertemente en su rincón. Sintió entonces que sus espaldas se apoyaban contra maderos que cedían. Era una puerta mal cerrada, sólo con el picaporte.

Sin dejar de vigilar atentamente el ruido de las sandalias que recorrían la calle, Angelo puso la pistola bajo el brazo y trató de hacer girar el tirador de madera. La puerta se abrió. Angelo entró, volvió a cerrar y se quedó inmóvil, conteniendo el aliento en la oscuridad.

Escuchó largo tiempo los ruidos de la calle pero, después de haberlo registrado todo (Angelo oyó cómo repasaban a conciencia el quicio de la puerta para ver si había sido forzada), los hombres se apostaron bajo el paso abovedado, en lo alto de la calle, hablando fuerte.

Entonces Angelo prestó atención a los ruidos de la casa. Eran los de una casa vacía. Encendió el encendedor y sopló la mecha para tener un poco de luz. Por lo que pudo ver, estaba en el corredor de una casa bastante grande. Por fin percibió, no muy lejos de la puerta, una consola en la que había un candelabro con su vela y algunos fósforos. Encendió la vela.

Lo que había tomado por corredor era un vestíbulo. Una escalera muy amplia subía a los pisos. No había muebles ni cuadros, pero la barandilla de la escalera (sobre todo su acabado, que figuraba juncos trenzados) sugería que vivían allí gentes acomodadas.

Angelo hizo adrede un poco de ruido y hasta tosió. Estaba en medio del vestíbulo, con su candelero en la mano, mirando hacia lo alto de la escalera, donde la bella barandilla continuaba en el rellano del primer piso.

«No debo de estar muy elegante en mangas de camisa, y encima llena de sietes», se dijo, «pero en todo caso, tal como estoy aquí, con un candelero en la mano y sin tratar de ocultarme, es difícil que me tomen por un ladrón.» Se atrevió hasta a decir en alta voz, pero sin gritar y con el tono más educado del mundo:

—¿Hay alguien aquí?

De vez en cuando se oían lo que parecían carreras de ratas. Y también el suspirar de las paredes y el crujir de los suelos de madera.

«Bien, voy a subir», se dijo.

No se atrevió a abrir una puerta a su izquierda, cerca de la pequeña consola donde había hallado el candelero. Temía que lo sorprendieran mientras lo hacía, «pues entonces», decía, «sí que podrían tomarme por un ladrón».

Subió, bujía en alto, viendo alzarse grandes puertas por encima de la hermosa barandilla, en el rellano. Una de ellas estaba entreabierta. Dijo: «Señor, o señora, no tenga temor, soy un caballero.» Pero llegó hasta el rellano sin que nada se hubiera movido y sin recibir contestación. La puerta entreabierta continuaba igual de entreabierta. Sin embargo, ahora veía su parte inferior y se dio cuenta de que lo que la mantenía

así era una especie de bola de piel de largos pelos de los cuales el resplandor de su vela arrancaba reflejos de oro.

Su escalofrío de miedo fue muy corto cuando comprendió que era una cabellera de mujer. Oyó la voz del pobre mediquillo que le decía al oído: «¡Es el más formidable desembarco de cólera asiático que se haya visto jamás!»

«¿Qué otra cosa podías esperar?», se dijo. Pero no se atrevía a acercarse. Estaba trastornado por la belleza de aquellos cabellos y por el hecho de verlos desparramados en el suelo, así como por la opulencia de aquella cabellera desatada que ahora veía bien con sus admirables reflejos de oro, y a través de la cual se descubría un gracioso perfil azulado.

Era una mujer joven. Estaba aún hermosa, y mordía el vacío con todos sus dientes, muy blancos. La consunción y la cianosis habían tallado su rostro como si fuera de ónice. Descansaba en un charco de vómitos. Su cuerpo no estaba putrefacto. Debía de haber muerto muy rápidamente de cólera seco. Bajo su largo camisón se veía su vientre negro y sus muslos y piernas azules, replegados como los de una langosta a punto de saltar.

Angelo empujó la puerta que el cadáver mantenía entreabierta. Daba a una pieza. Pasó por encima del cadáver y entró. Reinaba en la habitación el desorden de la muerte, pero de una muerte apresurada. La mujer sólo había tenido tiempo de saltar de la cama; luego había ensuciado con sus deyecciones chorreantes las sábanas y el piso en línea recta hacia la puerta, donde había caído muerta. Lo demás estaba apacible: sobre una linda cómoda cubierta de mármol había un reloj de péndulo dentro de un globo de vidrio, dos candelabros de cobre, una caja incrustada de conchillas, algunos daguerrotipos muy hermosos, particularmente el de un anciano en uniforme militar con dolmán de alamares, que apoyaba un puño en la cintura y lucía unos bigotes como cuernos de toro, y el de una dama sentada al piano, en el que hundía unos dedos largos e imperiosos como lanzas. Era morena. Al lado de los daguerrotipos había una copa de vidrio con horquillas, una flor hecha de conchillas, lazos de corsé. Detrás del globo del péndulo había un frasco de agua de Colonia, otro de sales y una botellita de agua de toronjil. A cada lado de la cómoda se alzaba una alta ventana de cristales pequeños cubierta con un viejo cortinaje. Fuera había un jardín: se veía moverse la masa oscura del follaje sobre las estrellas. Tres poltronas: sobre el respaldo de una de ellas dos largas medias negras y unas ligas elásticas. Un velador, un vaso con flores de papel, luego los cortinajes de la alcoba, el lecho, un armario; cerca del armario una pequeña puerta cubierta con un tapiz. Cerca de la puerta una silla, y sobre la silla ropas: pantalones y enaguas bordados.

Angelo abrió la pequeña puerta. Daba a otra habitación. Pero aquí el desorden hablaba de un combate más violento. Ningún olor: desde el umbral se sentía muy bien el leve perfume de violeta de la ropa puesta sobre una silla. Una vez dentro, se notaba otro olor: el de ropa sucia regada con agua o, mejor dicho, con alcohol. El lecho estaba despedazado, mordido y pisoteado, las sábanas desgarradas y manchadas de excrementos y de materias grumosas y blancuzcas. En el suelo había palanganas llenas de agua y ropas mojadas y apelotonadas. El colchón había sido mojado abundantemente. Desde entonces se había secado, pero la tela había quedado maculada por enormes manchas como de herrumbre con anchas aureolas verduzcas. No había ningún cuerpo. «Hay que buscar el último, decía el pobre mediquillo, van a meterse en los lugares más insospechados.» Pero no encontró nada; ni detrás de la cama. Angelo empujó otra pequeña puerta entreabierta. Otra habitación, un fuerte olor a trementina y señales de uno de esos combates sobre ropas sucias y sábanas desgarradas, pero tampoco había nadie. Recorrió la pieza. Caminaba de puntillas. Levantó la vela. No vio nada. Estiró el pescuezo. Se sentía tenso y duro como un alambre.

Volvió a la primera habitación, pasó por encima del cadáver y salió al rellano. Bajó la escalera y apagó la vela. Abrió la puerta. Oyó que hablaban en la calle. Volvió a subir en la oscuridad, guiándose por la barandilla. No encendió la vela hasta que estuvo en el primer piso.

Además de la puerta junto a la cual estaba tendida la mujer de hermosos cabellos, había otras dos. Angelo abrió una de ellas. Daba a un salón. Allí estaba el piano. Un gran sillón con almohadones laterales y sobre él una muleta. Un canapé, un biombo, una mesa de centro en forma de trébol de cuatro hojas. Retratos que se veían mal en sus grandes marcos. Sí: uno que parecía de un juez o de una especie de juez y otro que tenía un sable entre las piernas. Allí no había nada. ¡Sí! Al mismo tiempo que un gélido dedo le recorría el espinazo, Angelo vio una cosa que saltaba de un sillón. ¡Era un cojín! Y se aproximaba a él... Pero no, era un gato, un gran gato que arqueaba la espalda y erguía una cola temblorosa que recordaba un báculo de obispo. Fue a frotarse contra las cañas de las botas de Angelo. Estaba gordo y no parecía asustado ni arisco. ¿Qué habría comido...? No, la ventana estaba entreabierta. Debía de salir a merodear.

En el segundo piso, nada. Se veía enseguida. Tres habitaciones que sólo contenían jarros, *boisseaux* para medir el trigo, un maniquí de mimbre, banastas, bolsas, una vieja caja de violín abierta y desgonzada, un

caballete para poner a secar la cosecha de aceitunas, calabazas, elásticos de cama, un pupitre de música, una ratonera, una garrafa de vinagre, duelas, un viejo sombrero de paja, un no menos viejo fusil. Pero la escalera subía más arriba. Y al mismo tiempo se volvía campesina. Olía a granos y a pájaros, y hasta estaba sembrada de paja aquí y allá. Terminaba en una verdadera puerta de granja que, al ser empujada, se abrió rechinando de un modo horripilante para mostrar un fosforescente manto de estrellas.

Era lo que en el Mediodía se llama una «galería», es decir, una especie de terraza cubierta en la parte más alta de las casas.

Se había levantado un viento cálido y muy suave que avivaba el brillo de las estrellas y hacía balancearse y rumorear el follaje de los árboles. Un tintineo, que Angelo situó en pleno cielo, le hizo levantar los ojos; en la noche, no muy lejos de allí, pudo distinguir la jaula de hierro de un campanario y luego el anguloso encaballamiento de los tejados, algunos de los cuales estaban tan pulidos, que el simple parpadeo de las estrellas los hacía brillar.

Angelo respiró con placer aquel aire que olía a tejas calientes y a nidos de golondrinas. Apagó la vela y se sentó en el parapeto de la terraza. La noche estaba tan cargada de estrellas, y éstas eran ascuas tan ardientes, que podía ver claramente cómo se unían los tejados unos con otros igual que las planchas de una armadura. La luz era negra como el acero, pero de vez en cuando se encendía una chispa en la cresta de un tejado, en la orilla barnizada de un palomar, en una veleta, en una jaula de hierro. Breves olas inmóviles extraordinariamente tensas cubrían de una resaca angulosa y gélida todo el emplazamiento de la ciudad. Pálidos frontones de color perla, en cuya superficie agonizaba una levísima luz semejante a la del fósforo, se enmarañaban con triángulos de sombras compactas, erguidos como pirámides o acostados horizontalmente igual que campos; explanadas en las cuales bailaba un resplandor verdoso abrían hacia todos los lados ringleras de tejas como varillas de abanico; afiligranadas cúpulas de plata se henchían de tinieblas en la cima de alguna gran iglesia; las torres y el encadenamiento negro y gris de reductos y caminos de ronda superpuestos se alzaban con los bordes dentados erizados de estrellas. A lo lejos, los faroles de las plazas y las avenidas exhalaban vapores ocráceos y herrumbrosos alrededor de los cuales festoneaban orlas y coronas de retama, y el desgarrón de tinta de las calles dividía los barrios.

Un viento exánime, que caía a plomo o rodaba lentamente como una bola de algodón, chapoteaba sobre toda la extensión de los tejados, echaba a andar los gruñidos dormidos en el vacío de las campanas y rozaba las cajas veladas de los graneros y los techos de los conventos. El ramaje de los olmos y los sicómoros gemía como arboladuras de navíos. En las colinas lejanas se oían el revoloteo y los aletazos de los grandes bosques. El balanceo de los faroles colgados producía una especie de relámpagos rojos, y aquel aire pesado que saltaba como un gato a través de la densa exhalación de las tejas amalgamaba los colores bajo la noche en una masa de alquitrán dorado.

«¡Qué desgraciados son los hombres!», se dijo Angelo. «Todo lo hermoso se hace sin su intervención. El cólera y las consignas son inventos suyos. Rugen de celos o se mueren de tedio, lo cual viene a ser lo mismo, si no les es posible intervenir. Y, cuando intervienen, triunfan la hipocresía y el delirio. Basta estar aquí, o en las soledades que atravesaba yo a caballo el otro día, para saber dónde se hallan los verdaderos combates y para volverse muy quisquilloso en materia de victorias. En definitiva, para *no contentarse nunca más con poco*. En cuanto estamos solos, las cosas nos conducen por sí mismas y nos fuerzan siempre a tomar los caminos que andan cuesta arriba. Pero entonces, y aunque *no se llegue*, ¡qué panoramas tan hermosos vemos y cómo nos llenan de paz!»

Acostumbrado a obedecer sin discutirlos sus juveniles impulsos, Angelo no se daba cuenta de que esos pensamientos carecían de originalidad y de que incluso eran falsos. Tenía, sí, veinticinco años, pero, a esa edad, ¡cuántos hay que se han vuelto ya fríos y calculadores! Él era de esos hombres que tienen veinticinco años durante cincuenta años. Su alma no comprendía la importancia de la posición social y de tener una buena situación, o por lo menos de pertenecer al partido que distribuye las buenas situaciones. Miraba a la libertad como los creyentes miran a la Virgen. Los más sinceros de los hombres con los cuales contaba Angelo la veían como *una cosa que estaba de moda* y que, por lo demás, debía confiarse a los filósofos para evitarse sorpresas. No se daba cuenta de que, entre los que siempre tenían la palabra libertad en la boca, algunos comenzaban a enarbolar cruces.

Su madre le había comprado la plaza de coronel. Angelo no había comprendido nunca que su posición de hijo natural de la duquesa Ezzia Pardi le confería el *derecho a despreciar*, al igual que a todos los que tienen la *obligación de ser*. ¿Acaso se había dado cuenta de todos los obstáculos que le obligaría a superar la palabra «natural», después de aquella infancia durante la cual había sido adorado? Por ello sorprendió a su mundo cuando se le vio ocuparse del servicio y hasta asistir regularmente a la instrucción de los reclutas. Se rieron de él, aunque a sus espaldas, pero en la primera revista se presentó como una espiga de oro sobre su

caballo negro. Y nadie pudo resistirse a la fascinación producida por los galones y los entorchados que subían por su dolman y el casco resplandeciente, empenachado con plumas de faisán, debajo del cual aparecía un rostro muy puro y muy grave. Ése fue el momento en que se ganó los puyazos de sus iguales y el amor de los sargentos.

«¿Acaso me equivoco», continuó, «si me creo más grande cuando actúo solo?»

Era en tales momentos una de esas innumerables *almas de caudillo*, que no son tan raras como se pretende, sino, por el contrario, relativamente comunes.

«Pero se me dirá, como ya ha ocurrido, que mis iniciativas tienen matices (no se atrevieron a decir tonterías) que llaman la atención. Y no tenemos necesidad de llamar la atención, sino de triunfar, lo cual es muy distinto. Y, puesto que se trata de la libertad, tienen razón.»

En cuanto pensaba en la libertad, a la que veía con los rasgos de una hermosa mujer joven y pura que avanzaba a través de los lirios de un jardín, perdía su sentido crítico. Es la manía de todos los buenos hijos de una patria subyugada y hasta tiranizada.

«Para quienes me han reprochado la libertad que me tomé al matar al barón Swartz en duelo, cuando las órdenes eran asesinarlo pura y simplemente, o hacerlo asesinar si me repugnaba cometer el crimen por mi propia mano (como me dijeron luego), para ésos, ¿no es acaso tiempo perdido el que pasé con el mediquillo? ¿No se burlarían, probablemente, de esa sentimentalidad que me hizo velarlo después de su muerte e incluso estar deseoso de asistir a su entierro, lo que habría hecho de no haber sido por aquel grosero capitán? No tienen, sin duda, las mismas razones de orgullo que yo. ¿Aprobarían los cuidados que le di a aquel hombre ayer tarde? Dirían que sólo debe tenerse una meta a la vista. ¿Me obligarían, quizá, a tener *miras bajas*?»

Esta última expresión lo regocijó. La repitió varias veces. Hallaba en ella una justificación de su conducta. Tenía debilidad por buscarlas.

«¿Debo acaso ser insensible como una piedra o como un cadáver que obedece?», agregó. «Entonces, ¿para qué la libertad? Una vez lograda, sería incapaz de gozar de ella. Parece evidente que una vez alcanzada la meta, que es precisamente la libertad, la obediencia cese. Y ¿cómo cesaría si la libertad sólo fuera dada a cadáveres obedientes? Si al final ya no hubiera nadie que pudiera gozar de la libertad, ¿no equivaldría eso, simplemente, a haber cambiado de tirano?»

Pero creía en la sinceridad de los hombres complicados en la conspiración en la que participaba, algunos de los cuales se ocultaban en los contrafuertes de los Abrazos mientras que otros habían sido fusilados (y a éstos incluso les habían aplastado los dedos, lo cual era considerado ingenuamente por Angelo como una certidumbre absoluta de sinceridad). Había ido muchas veces a visitarlos bajo la *verde tienda* para asistir a las ventas

[11] importantes, siempre con mucha audacia y algunas veces hasta negligentemente, en uniforme de gala. Se le había reprochado mucho esa audacia y ese uniforme y esa negligencia de que tanto gustaba. Esa negligencia, siempre instintivamente calculada, si así puede decirse, había impresionado a menudo a la policía y hasta impedido, por su inexplicable incongruencia, en la que los agentes del orden velan oscuras maquinaciones políticas, algunos arrestos que por otra parte parecían fáciles. Hasta aquellos de sus correligionarios que hablaban con grandilocuencia y soñaban visiblemente con ocupar los primeros lugares de la jerarquía se dirigían a él en tales ocasiones dando muestras de la diplomacia más jesuita. Los veía ponerse amarillos como si de repente sufrieran un ataque de hígado.

«¿Serán acaso víctimas del error de la sinceridad?», se preguntó, ingenuo como siempre, en aquel instante en que la paz, la noche y el viento femeninamente aterciopelado inspiraban cierta elocuencia en su corazón.

Había pasado, sin embargo, por ciertas experiencias que su amor propio no le permitía olvidar. Siempre había sido engañado en esos momentos en que se olvidaba de sí mismo. Ahora, en cuanto se percataba de su estado, se decía: «Desvarías...» Y para salir de él empleaba el lenguaje cuartelero con el mayor número posible de palabras enérgicas, como *cabrones* o *joder*. En tales casos había reconocido el alto valor terapéutico de ese vocabulario.

«Esos cabrones», se decía, «hasta serían capaces de joderme a causa de haber huido esta noche por las calles. "Se ha portado usted como un recluta", me dirían. "Era preciso darles con la pistola en la cabeza, por descontado, pero no como un paladín o como Rolando en Roncesvalles, sino como un dueño, como quien tiene sobre ellos derecho de vida y muerte y los considera, por lo demás, pura basura. Lo que importaba era meterlos en cintura. En la nuestra, desde luego. La primera virtud revolucionaria consiste en el arte de

obligar a los demás a bailar al son que nosotros les tocamos. Una vez atontados con uno o dos cadáveres, los habría tenido en el bolsillo y le hubieran dejado hablar. Entonces tenía que haberles dicho que todos somos hermanos. Necesitamos muchos acólitos para decir *amén*, hasta en Francia."

»¡Joder, qué labia tienen! ¡A la hora de hablar no hay quien les pase la mano por la cara! Lo hacen como un libro. Pero no se les ve muy a menudo poner personalmente la teoría en práctica. ¿Cuántos de esos pequeños abortos negros que, por lo demás, tienen cara de cura, serían capaces de ser soldados rasos en las filas que mandan? Pero no a todo el mundo le está dado mandar. Ése es su gran argumento. Si son de *miras bajas* y no son capaces de ver más allá de la punta de sus narices, esa punta la ven bien. Estoy seguro de que encontrarían estupenda la idea del veneno. El cólera es gratuito. Es una hermosa economía de medios dirigir terrores que obran por sí solos, embriagueces de las que Dios es el tabernero. Y, al fin y al cabo, ¿no tienen razón si, para dar la libertad a los pueblos, hay que comenzar por *convertirse* en su dueño? Todo engorda.»

Con la medianoche languideció el viento, que, a pesar de los olores muy sospechosos que despertaba tenuemente, o quizás precisamente a causa de esos olores, se había hecho especialista en suavidades. El silencio era tan completo, que Angelo oía el tictac del reloj en la caja del campanario, que estaba por lo menos a veinticinco o treinta metros de él. Sólo a intervalos muy largos llegaba el fatigado ruido de palmas de los grandes olmos, en los que los pájaros habían callado. Nuevas estrellas habían instalado ya en la resaca angulosa de los tejados una fosforescencia distinta. Algunos faroles se habían apagado.

«Convertirse en su dueño para darles la libertad», se dijo Angelo. «¿Es el único medio? ¿Quiere decir, pues, que sólo quedarla la realeza como meta final del hombre? En cuanto la pasión puede obrar con absoluta libertad, cada cual procura hacerse rey.»

Desde hacía un momento la punta de su bota jugaba con alguna cosa blanda que estaba a sus pies. Encendió el mechero y vio que se trataba de un montón de sacos vacíos. Tenía con qué hacerse una cama.

«Sería cosa del diablo», se dijo, «que en sacos que deben de estar al sol desde hace mucho tiempo hubiera riesgo de contagio. Por lo demás, no morirán sino los más enfermos.»

Pensó en la joven que debía de empezar a pudrirse en una puerta entornada diez o doce metros por debajo de él. Lástima que hubiera estado precisamente entre los más enfermos. La muerte había convertido en una diosa de piedra azul a aquella mujer hermosa y joven que al parecer había sido opulenta y blanquísima, a juzgar por su extraordinaria cabellera. Se preguntó qué habrían hecho los más furiosos santurrones de la libertad de haber estado en su lugar cuando él tuvo necesidad de todo su espíritu romántico para no gritar al ver agitarse los reflejos de la vela en aquella cabellera de oro.

«¿Y se trata realmente de la libertad?», se preguntó.

Una náusea ardiente despertó a Angelo. El sol blanco acababa de posarse en su rostro, y más exactamente en su boca. Se levantó y vomitó. Era sólo bilis. «Por lo menos, así creo: es verde.» Tenía mucha hambre y mucha sed.

La mañana era asfixiante, yesosa, blanca como el aceite hirviente.

La piel de tejas de la ciudad comenzaba ya a exhalar un vaho que parecía jarabe. Viscosidades de calor adheridas a todas las aristas inundaban las formas de irisados vellones de hilos de araña. El ruido incesante hecho por millares de golondrinas excitaba la inmovilidad tórrida como si la salpicara de pimienta. Espesas columnas de moscas subían de las hendiduras de las calles como polvo de carbón. Su continuo zumbar creaba una especie de desierto sonoro.

El día, sin embargo, situaba las cosas con mayor exactitud que la noche. Los detalles, al hacerse visibles, ordenaban una realidad diferente. La cúpula de la iglesia era octogonal y parecía una gran tienda de campaña plantada en arena roja. Estaba rodeada de arbotantes en los que viejas lluvias habían pintado largas huellas verdes. La resaca de los tejados se había aplastado bajo la uniforme luz blanca; apenas si un delgado hilo de sombra indicaba las diferencias de nivel de un techo a otro. Lo que, en la oscuridad de la noche, parecían ser torres eran simplemente casas más altas que las demás en las que cinco o seis metros de paredes sin tragaluces ni ventanas superaban el nivel de los otros tejados. Aparte del campanario con jaula de hierro que, un poco a la izquierda, erguía un cuerpo cuadrado de tres pisos perforado de arcos, había a lo lejos otro campanario más pequeño, de techo horizontal y rematado por una especie de lanza, y, en el otro extremo de la ciudad, una alta construcción coronada por una enorme bola de hierro. A pesar de su aplastamiento bajo la luz, los tejados jugaban alrededor de las cumbreras, de los canalones, de las cornisas, del borde de las calles, de los patios interiores, de jardines en los que el follaje lleno de polvo parecía espuma gris, y destacaban graderías, rellanos y saledizos contra pequeñas paredes de una blancura

deslumbrante o alrededor de ciertos hastiales. Pero la hinchazón y los desniveles de toda esa marquetería desencolada, en lugar de estar sólidamente indicados por sombras, lo estaban por infinitos matices de blancos y grises cegadores.

La galería en la que estaba Angelo se orientaba hacia el norte. Veía delante de él, en primer lugar, la confusión de millares de abanicos hechos de hileras de tejas y abiertos hacia todos los lados, luego la extensión de los tejados de formas imprecisas, diluidas en el calor, y por fin el círculo de colinas bruñidas por el sol en el que se hallaba la ciudad como en un bol de tierra gris.

Había un extraordinario olor a estiércol de pájaro, y a veces se notaba algo así como una explosión de hedor dulzón.

Angelo, medio dormido aún, intentaba instintivamente apaciguar su hambre tragando una saliva espesa cuando lo despertó del todo un grito muy agudo que pareció dejar una huella dorada ante sus ojos. El grito se repitió. Procedía de un lugar situado hacia la derecha, a diez metros más o menos del punto en que el borde del techo se detenía sobre lo que debía de ser una plaza.

Angelo saltó el parapeto de la galería y avanzó por los tejados. Era difícil y peligroso caminar por allí con botas, pero, abrazándose a una chimenea, pudo inclinarse sobre el vacío.

Al principio sólo vio gente amontonada que parecía inclinarse sobre algo a la manera de las gallinas cuando picotean el grano. Esa gente pataleaba y saltaba cuando el grito surgió de nuevo y aún más agudo de debajo de sus pies. Era un hombre a quien mataban reventándole la cabeza a taconazos. Había muchas mujeres entre la gente que golpeaba. Salmodiaban una especie de sordo rugido que les salía de la garganta y resultaba bastante voluptuoso. No se preocupaban ni de sus faldas que volaban ni de los cabellos caídos sobre el rostro.

Por fin la cosa pareció acabada y se alejaron de la víctima, que no se movía. Estaba tendida con los brazos en cruz, pero por el ángulo que éstos y sus muslos hacían con el cuerpo, podía inducirse que tenía los miembros rotos. Una mujer joven, bastante bien vestida, aunque despeinada, y que hasta parecía salir de misa, pues tenía un libro en la mano, volvió junto al cadáver y, al darle con el pie, hincó su agudo tacón en la cabeza del desgraciado. Como el tacón quedó clavado entre los huesos, la mujer perdió el equilibrio y cayó pidiendo socorro. La levantaron. Lloraba. El cadáver fue insultado y escarnecido.

Había allí una veintena de hombres y mujeres que se retiraban hacia la calle cuando el grupo que formaban se abrió de pronto como una bandada de pájaros al recibir una pedrada. Un hombre, del que los demás se habían separado, quedó solo. Primero puso cara de estupor, luego se apretó el vientre con las dos manos y por último cayó arqueado contra la tierra, en la que trazó surcos con la cabeza y los pies. Los demás corrían, pero, antes de perderse en la calle, una mujer se detuvo, se apoyó contra la pared y se puso a vomitar con extraordinaria abundancia; por fin se derrumbó, y al caer se arañó la cara con las piedras.

«¡Revienta!», se dijo Angelo apretando los dientes. Temblaba de la cabeza a los pies y sus piernas apenas lo sostenían, pero no perdía de vista a aquel hombre y aquella mujer que, a dos pasos del cadáver mutilado, se agitaban todavía convulsivamente. No quería perderse nada de aquella solitaria agonía que le proporcionaba un amargo placer.

Pero se vio bruscamente obligado a ocuparse de sí mismo. Sus piernas se negaban a sostenerlo y hasta sus brazos, que seguían aferrados a la chimenea, comenzaban a aflojarse. Sentía un frío terrible en la nuca y el borde del techo sólo estaba a tres pasos de él. Logró por fin acostarse entre dos hileras de tejas. Rápidamente la sangre volvió a subirle a la cabeza y recuperó el uso de sus miembros. Miró la galería.

«Estoy prisionero en estos tejados», se dijo. «Si bajo a la calle ya puedo ver la suerte que me espera.»

Permaneció mucho rato en una especie de ensoñación hipnótica. No podía pensar. El campanario dio la hora. Contó los toques. Eran las once.

«¿Y comer?», se dijo. Y volvió a tener hambre. «¿Y beber? ¿Harán aquí como en el Piamonte? Allí siempre hay una habitación destinada a despensa casi debajo del techo. Eso es lo que debo encontrar. Y beber. ¡Sobre todo aquí arriba y con este calor! En esta casa, desde luego, puedo bajar hasta el sótano, pero están todos muertos de cólera. Es una imprudencia que no cometeré. Necesito encontrar una casa en la que la gente esté aún con vida, por más que allí las cosas no sean tan fáciles. Sin embargo, es lo que debo hacer.»

El gato gris al que había sorprendido la noche anterior en el salón asomó la cabeza por una gatera, se deslizó por ella pasando sus patas una tras otra y fue a frotarse contra Angelo ronroneando.

—Estás gordito —le dijo rascándolo afectuosamente entre los ojos—. ¿Qué es lo que cazas? ¿Pájaros? ¿Palomas? ¿Ratas?

La luz y el calor eran ahora inaguantables. El cielo blanco reducía los techos a polvo. No había ya golondrinas. Sólo enjambres de moscas. El hedor dulzón se había acentuado. De las profundidades de

aquella casa subía un aliento agrio.

A cien metros del sitio en que se hallaba, ya en la dirección de la cúpula de la iglesia, Angelo distinguió a través de la niebla ardiente otra galería, un poco más alta, en la que había alambres con ropa tendida.

«Quienes se preocupan de lavar la ropa y de ponerla a secar están vivos», se dijo Angelo. «Allí hay que ir. Pero con cuidado, idiota, no vayas a romperte la crisma.»

Se quitó las botas. Debía decidir si iba a dejarlas donde estaba, estableciendo allí su cuartel general, ya que había sacos donde dormir, o si se iría a la buena de Dios a través de los tejados; en este último caso debía llevarse las botas. Halló un pedazo de bramante y eso lo decidió. Pasó el bramante por los tirantes de las botas y, una vez unidas, se las colgó del cuello. De esta manera tenía las manos libres.

Pero la arcilla de las tejas, borracha de sol, quemaba como una plancha de horno. Resultaba imposible caminar descalzo por allí, ni siquiera con medias. Luego de dar algunos pasos, Angelo tuvo que volver a toda prisa a la galería. Se hizo una especie de babuchas con unos trozos de arpillera con los que se envolvió los pies y que se ató alrededor de las piernas. Comenzó su periplo por los tejados. El gato lo seguía gentilmente como un perro.

Era relativamente fácil si podía evitar el mareo provocado por ciertas pendientes inclinadas hacia patios interiores negros y atrayentes como bocas de pozos. Esa especie de abismos aparecían bruscamente, sin dar tiempo a ponerse en guardia, en embudos formados por techos inclinados y disimulados detrás de las cumbreras. Sólo eran visibles al llegar a la cresta. Y, para acabarlo de arreglar, estaban, si no disimulados, al menos cubiertos hipócritamente por los vapores del sol.

Era muy desagradable. A veces, Angelo, al llegar al vértice de un hastial (uno de esos triángulos negros que había visto en la noche) y encontrarse de repente en presencia del solapado abismo que se abría ante él, vacilaba e incluso se veía obligado a apoyar las manos en las tejas y retroceder oblicuamente a gatas. Aquellas profundidades aspiraban.

Como el vértigo parecía acumularse en él, en los casos en que al otro lado de la cumbrera no había sino un tejado en pendiente que confluía con otro que subía, Angelo se deslizaba por él con una inconsciencia de sonámbulo. Su mente, sin embargo, estaba despierta, y sufría atrozmente cada vez que las fuerzas físicas le abandonaban de ese modo. El miedo le afectaba el vientre, y vomitaba entonces un poco de bilis.

Al acercarse a una torrecilla, Angelo se vio envuelto bruscamente por una espesa tela negra que se puso a revolotear crujiendo y rechinando. Era una bandada de cornejas que acababa de levantar el vuelo. Los pájaros no eran tímidos. Giraban pesadamente alrededor de él sin alejarse y golpeándolo con sus alas. Se sentía observado por millares de ojillos de oro que, si no eran aviesos, por lo menos resultaban extraordinariamente fríos. Se defendió haciendo molinete con los brazos, pero varios picos se le hincaron dolorosamente en las manos y hasta en la cabeza. Para desembarazarse de los pájaros tuvo que debatirse violentamente, e incluso mató a uno o dos con sus puños en movimiento. Al caer lanzaron un gemido que hizo retroceder a la bandada hasta colocarse detrás del hastial del tejado en cuyas tejas rechinaron sus garras.

Entretanto, otras bandadas de cornejas y de cuervos habían levantado el vuelo de los lugares en que se posaban y se aproximaban moviéndose como harapos. Pero al ver a Angelo de pie y desembarazado planearon con sus alas rígidas y se dejaron caer en los tejados.

Había inmensas colonias de esos pájaros, cuyo plumaje, gris de polvo, se confundía con el gris oscuro de las tejas y hasta con el rosa de la arcilla quemada por el sol. Sólo era posible verlos cuando alzaban vuelo, pero desde que Angelo vagaba por los tejados era la primera vez que lo hacían. Hasta ese momento habían permanecido inmóviles sobre ciertas casas en cuyas claraboyas, ventanas y grietas debían de encontrar comida abundante.

Angelo miró hacia la galería desde la que había emprendido la marcha. Era muy difícil reconocer dónde estaba. El sol que caía a plomo, la reverberación de los tejados y el brillo uniforme del cielo yesoso le llenaban los ojos de lúnulas rojas. Aquella extensión de tejados no era tan llana como daba a entender la luz que los inundaba. Por fin reconoció el lugar en el que había dormido. Era una especie de mirador. No se lo había imaginado. Por ese lado la retirada era siempre posible. Sus babuchas de arpillera cumplían bien su cometido. Le impedían resbalar y no sentía mucho el calor de las tejas. Se sentó a la sombra de una chimenea y resopló. Pero tuvo que cerrar los ojos: a su alrededor todo se había puesto a girar y a oscilar como una rueda que tuviera el eje gastado. El gato se restregó contra su brazo y luego se levantó y le dio con la cabeza en la mejilla. Sintió que los rígidos bigotitos le rascaban la comisura de los labios.

—No estoy habituado a las alturas, amiguito —le dijo.

Sentía los tormentos del hambre y, sobre todo, de la sed, que no le dejaba vivir. Pensaba sin cesar en el agua fresca. Si pensaba en alguna otra cosa, era como por añadidura y haciendo enormes esfuerzos.

Por fin llegó a su destino, y, detrás de alguna ropa tendida en alambres, vio jaulas enrejadas que contenían bolas amarillas. Eran gallinas.

Comprendió que acababa de encontrar un huevo mucho después de romperlo con la mano y comérselo a lametones. Tenía la boca llena de fragmentos de cáscara que escupió. La clara suavizó su garganta reseca y acartonada. Buscó con más calma en la paja. Las gallinas, adormecidas por el mediodía, estaban acostadas en un rincón y no cacarearon. Encontró otros dos huevos y los engulló con bastante más decoro.

La puerta que comunicaba esa galería con las restantes dependencias de la casa estaba cerrada con un simple gancho, que se abría con sólo levantarlo. Daba a un pequeño rellano al que se llegaba por una escala de mano. Debajo sólo había el vacío de una silenciosa caja de escalera.

«¿Volveré a estar entre los muertos?», se dijo Angelo. «En todo caso, los huevos no implican ningún riesgo.» Y, como advirtió que en las jaulas había granos de maíz recientes, añadió: «Aquí hay alguien que está vivo.»

La casa estaba, sin embargo, en el más profundo silencio.

Se arriesgó a bajar por la escala de mano. Apenas había llegado al rellano cuando un maullido discreto le hizo levantar la cabeza: era el gato, que, al no poder bajar, lo llamaba. Subió a buscarlo.

Sus babuchas no hacían ruido, pero le molestaban. Se las quitó, las escondió debajo de la escala de mano y caminó en medias.

«Quizá haya aquí gentes de esas que gustan de aplastar cabezas a taconazos», se dijo. «Habrá que estar ojo avizor.» No tenía miedo. Hasta agregó: «Es la teoría del forrajeador en campaña. ¿Cuántas veces has tratado de inculcárselo a los reclutas? ¡Pero nunca me hubiera creído que algún día forrajearía con un gato!»

Bajaba los escalones de uno en uno espiando el silencio cuando se inmovilizó. Una puerta acababa de abrirse abajo, en el primer piso. Unos pasos atravesaron el rellano y comenzaron a subir. El gato bajó a su encuentro.

—¿Qué hay? —preguntó bruscamente desde abajo una voz de hombre.

—Un gato —dijo una voz de niño.

—¿Un gato, dices?

—Sí, un gato.

—¿Cómo es?

—Gris.

—Échalo.

—¡No lo toques! —dijo una voz de mujer—. ¡Baja! ¡Ven, ven! ¡Baja! ¡No lo toques! ¡Ven!

Todas esas voces eran sordas y temerosas. Los pasos bajaron la escalera y cruzaron apresuradamente el rellano. Cerraron la puerta.

El gato volvió a subir.

—¡Bravo! —dijo Angelo.

Respiró hondo. Volvió a subir hasta el pie de la escala de mano, en cuyos primeros tramos se sentó.

«Los miedosos son los peores adversarios con los que puedo encontrarme», se dijo. «Aunque no me toquen, y seguro que no me tocarán, saldrán huyendo y amotinarán a todo el barrio.» Se veía ya perseguido por los tejados, y no le pareció una perspectiva agradable. Esperó largo rato. No se oía ningún ruido.

Por fin se dijo: «No puedo quedarme así eternamente. Tienen miedo de su sombra. Yo tengo sed. Vamos allá. Y si la cosa se complica, pues habrá que hacer frente a las complicaciones. Soy lo bastante mayorcito para tener en jaque a toda la ciudad. Pero debo procurar no quedar en ridículo ante ese policía que se la jugó haciéndome cruzar su huerto.»

Sin embargo, bajó con precaución. Llegado al segundo piso, hizo alto prudentemente antes de ir a escuchar en las tres puertas. Nada. Miró por el ojo de una cerradura. Nada; la oscuridad. Otro ojo de cerradura: una claridad, pero ¿qué? ¿Una pared blanca? Sí; acababa de ver un clavo clavado en la pared. ¿Qué podía haber allí? ¿Sería tal vez la despensa? Fue a escuchar por encima de la barandilla. Abajo, en el primer piso, silencio completo. Maniobró con decisión el picaporte. La puerta se abrió.

Era el trastero. Sólo había cosas viejas, como en la otra casa. En la tercera pieza lo mismo: duelas, mangos de escoba, canastas y, en el suelo, evidentemente pisoteado porque tenía desgarros producidos por botas claveteadas, el conmovedor retrato de una vieja dama. ¡Egoístas!

Había que volver a la habitación oscura. Debía de ser allí. No. Estaba vacía.

Aquellos egoístas debían de haber arramblado con todo y lo tenían en el cuarto en que vivían. Había estanterías desnudas y a la lumbre de su encendedor Angelo vio las huellas de los potes que estuvieron allí pero que habían volado. No le quedaba más remedio que bajar.

Antes tomó una cesta de esparto. Si encontraba algo, lo metería allí.

En el primer piso, había dos grandes puertas. No como en la otra casa: menos suntuosas. No era una mansión con piano ni con bigotes que parecían cuernos de toro. Allí vivían campesinos acomodados, como mucho. Todo estaba cerrado. Allí no corrían el riesgo de morir en el quicio de las puertas. Morirían amontonados como perros sobre una sopa envenenada. Si morían.

En lo alto del último escalón, con un pie en el aire, Angelo miraba y escuchaba. La gente debía de estar detrás de la puerta más alejada. Se advertía por las huellas de dedos en la puerta y lo gastado del umbral. A juzgar por el miedo al gato y los desgarrones de clavos en el retrato de la vieja dama, podía apostarse que era la cocina. Esas gentes no debían de sentirse seguras sino en la cocina.

Había que comprobarlo. Angelo miró por el ojo de la cerradura: vio oscuridad y una banda blanca que remataba esa oscuridad. Una banda blanca de tela, una banda blanca con potes encima. Era la parte superior de la chimenea. Lo oscuro era el fondo de ésta.

Angelo hizo un brusco movimiento hacia atrás; un rostro acababa de pasar. No. Era simplemente la cara de alguien sentado que se habla inclinado hacia delante y ahora permanecía en esa posición, con los brazos apoyados en los muslos y las manos juntas. Se las frotaba. Era un hombre. Llevaba barba. Bajaba la cabeza.

—¿Y la nube? —dijo una voz de mujer.

—¿Cuál? —dijo el hombre sin levantar la cabeza, pero dejó de frotarse las manos.

—La que tenía forma de caballo.

—No lo sé —dijo el hombre.

Y volvió a frotarse las manos.

—Se posó sobre la calle Chacundier, y ayer las carretas cargaron allí toda la tarde.

El hombre seguía frotándose las manos.

—Lo vi —dijo la mujer.

—¿Qué? —dijo el hombre.

—El cometa.

—¿Cuándo? —dijo el hombre. Y levantó la cabeza.

—Esta noche.

—¿Dónde?

—Allí.

El hombre levantó un poco más la cabeza y miró hacia el lado por donde entraba la luz.

Algo cayó de una mesa.

—¡Ten cuidado! —dijo la mujer. Había dado una especie de grito en voz baja.

Un olor de puerro, de ajo, de infusión, llegaba por el ojo de la cerradura.

«Bajemos más aún», se dijo Angelo. «Si hay una despensa, deben de haberla instalado lo más abajo posible. Debajo de tierra, quizá.»

No, estaba más abajo, pero sobre la tierra, en una cochera donde también había amontonados haces de leña y leños aserrados a lo largo. Llegaba un poco de luz de la calle por debajo de la puerta. Botellas, sobre las cuales Angelo se precipitó. Eran botellas de jugo de tomate. Cogió tres. Más botellas. De un líquido amarillo. Tenían un marbete que no podía leer. Metió una de esas botellas en la cesta. Arriba vería qué era. Y vino: botellas de corcho lacrado. Cogió un pote de manteca de cerdo y otros dos potes, sin duda de confitura. ¿Un jamón? No, pero sí dos salchichones y una docena de quesos de cabra, secos, duros y no más grandes que escudos. No había pan.

Volvió a subir a la galería a toda prisa. Al poner el pie en la escala de mano un pequeño maullido ahogado lo llamó. Metió en la cesta los trozos de arpillera que le habían servido de babuchas y cogió al gato bajo el brazo.

En los tejados, el calor era como una pared en la cual uno estuviera embutido dentro de cal viva. Era preciso salir de allí lo antes posible. Debían de subir de vez en cuando para dar de comer a las gallinas y retirar los huevos. Tenía que encontrar por allí un sitio donde vivir. Era imposible volver a la galería donde había estado primero. Se trataba manifiestamente de un lugar contaminado. Si es preciso coger las brasas con las manos, bueno, pero de ahí a jugar con las llamas...

Lo más sencillo era buscar abrigo en la cúpula de la iglesia. Allí no había riesgos. Los arbotantes daban sombra y parecían cubrir como un pabellón un pequeño rellano.

Era, en efecto, un verdadero pabellón, y cubría un rellano de piso de cinc. A pesar de su sed, Angelo esperó a llegar para beber. Tenía miedo de que lo vieran y del vértigo. Embarazado con sus botas, sus babuchas de arpillera y su cesta de esparto que ocupaba una de sus manos, se sentía muy torpe. Estaba

sudoroso y helado. Tuvo que romperle el gollete a una botella de vino golpeándolo con el cañón de su pistola. Pero el vino era bueno, con un fuerte sabor a uva. Luego de completar su comida con dos quesos y un buen puñado de grasa y de acabarse la botella de vino, Angelo comenzó a ver con un poco más de claridad. El sol caía con toda su terrible fuerza de primera hora de la tarde. El gato se acicalaba y se pasaba detenidamente una pata por las orejas. En el sitio en que los arbotantes se apoyaban en el muro había nidos de golondrinas con su contenido de pájaros negros, familiares, que hacían girar gentilmente sin parar sus cabezas de ojos amarillos. Cerca de Angelo, que estaba sentado sobre los trozos de arpillera, había un vitral blanco cuyas junturas de plomo olían a incienso.

Angelo veía el lado de la ciudad que no había podido contemplar desde la primera galería. No era tan extenso como el otro. El encaballamiento de techumbres concluía contra las almenas de una puerta y las copas rojizas de grandes olmos. En cambio, Angelo veía muy bien, debajo de él y en toda su extensión, la plaza de la iglesia y dos calles que desembocaban en ella. La plaza estaba desierta, aparte de cuatro o cinco manchas negruzcas que tomó al principio por grandes dogos dormidos, pues los distinguía a través del follaje, por lo demás escaso, de pequeños plátanos. Uno de esos dogos se desenrolló como si fuera a estirarse, y Angelo se percató de que era un hombre en las convulsiones de la agonía. Pronto el moribundo se estiró, boca abajo, y no volvió a moverse. Angelo buscó en vano en los otros el menor signo de vida. A medida que sus ojos se habituaban a la claridad matizada que había debajo de los arbolitos distinguió otros cadáveres. Algunos estaban tendidos en la acera y otros acurrucados contra las puertas. Algunos caídos contra el borde de la fuente parecían mojar sus manos en el agua de la taza y apoyaban en el brocal negros rostros que mordían la piedra. Había una veintena. Todas las casas de la plaza estaban cerradas a cal y canto, desde las puertas y contraventanas de los pisos bajos hasta los tejados. Se oía distintamente en el silencio el zumbido de las moscas y el rumor del agua al caer en la taza.

Un tambor fúnebre se puso a redoblar lenta pero violentamente en el fondo de una de esas calles que desembocaban en la plaza. Anunciaba a una carreta que rodaba pesadamente sobre los adoquines. Un hombre vestido con una larga camisa blanca conducía al caballo de la rienda. Otros dos hombres vestidos de blanco caminaban a la altura de las ruedas. Se detuvieron delante de una casa, de donde los hombres vestidos de blanco volvieron a salir casi inmediatamente con un cadáver que tiraron por encima del adral. Entraron tres veces más en esa casa. La tercera sacaron el cadáver de una mujer gruesa que les dio mucho trabajo; por fin pasó por encima del adral mostrando unos enormes muslos blancos.

Los hombres recogieron a los muertos de la plaza, y luego el tambor dejó oír sus redobles con intermitencias por algunas callejas durante largo rato. De repente, Angelo se dio cuenta de que había dejado de sonar y sólo se oía el zumbido exasperado de las moscas y el rumor de la fuente.

Más tarde, luego de largas y monótonas sesiones de zumbido de moscas, se oyó abajo un nutrido ruido de pasos. Era un grupo de gente que llegaba por una de las calles que Angelo tenía enfrente. Se trataba de una docena de mujeres, en grupos, precedidas por uno de aquellos hombres vestidos con camisas blancas. Las mujeres llevaban baldes, y se estrechaban tanto las unas contra las otras, que al marchar la hojalata entrechocaba haciendo un ruido como si pasara un caballero con su armadura. Angelo supuso que eran las mujeres de un barrio a quienes se conducía hacia alguna fuente cuya agua se consideraba buena. En todo caso, pasaron de largo junto a la de la plaza; pero, en el momento en que iban a tomar la calle por donde había aparecido la carreta, se pusieron a dar gritos y a arremolinarse furiosamente igual que una manada de ratas. Alzaban sus brazos al aire apuntando con el índice y aullando. Angelo las oyó gritar: «¡La nube! ¡La nube!» Otras gritaban: «¡El cometa! ¡El cometa!», o: «¡El caballo! ¡El caballo!» Angelo miró en la dirección que indicaban. Allí sólo había el cielo blanco y el brillo indefinido de aquel sol yesoso. Por fin, las mujeres, se dispersaron en todas direcciones sin dejar de gritar mientras el hombre corría detrás de ellas gritando: «¡Rose! ¡Rose! ¡Rose!»

De nuevo los únicos sonidos que se oyeron abajo fueron los de la fuente y las moscas; luego se les añadió el rechinar de un postigo. En la fachada de una casa de la plaza se entreabrió un postigo y apareció una cabeza que miró el cielo en todas direcciones. Al cabo la cabeza retrocedió rápidamente como la de una tortuga, y el postigo volvió a cerrarse.

La fuente. Las moscas. El cascabel de un perro de caza. Dio la vuelta a la plaza y brincó durante bastante rato por las callejas de los alrededores.

Angelo aguzaba tanto el oído para escuchar el menor ruido, que oyó unos pasos minúsculos. Era una niñita. Salió de una de las calles. Caminaba despacio, con toda tranquilidad, balanceando los brazos como una persona mayor ociosa. No turbó el rumor de la fuente ni el zumbido de las moscas. Pasó contoneándose con su vestidito de cuello de encaje.

Pasaron también perros. Husmeaban hacia las casas levantando el hocico. De repente se aplastaban

contra el suelo, como si temieran la amenaza de un golpe, y salían aullando disparados. Uno de ellos se sentó en un rincón de la plaza y, luego de haber estirado cuatro o cinco veces el pescuezo como oliendo el cielo, se puso a ulular largamente.

El calor chisporroteaba sobre las tejas. El sol ya no tenía cuerpo: se extendía por todo el cielo como una cegadora masa de yeso; las colinas eran tan blancas, que el horizonte había desaparecido.

Unos golpes retumbaron en la plaza procedentes de algún lugar situado debajo de Angelo. Incluso resonaban en el vitral que tenía a su lado. Los daban en la puerta de la iglesia, y duraron bastante rato. Por fin cesaron, y una voz gritó tres veces: «¡Virgen Santa! ¡Virgen Santa! ¡Virgen Santa!» Resultaba imposible saber si era de hombre o de mujer.

Angelo le rompió el gollete a otra botella de vino. Se decía que lo más sensato habría sido beber aquel jugo de tomates crudos, que lo refrescaría más, pero comprendía que la sensatez no servía ya de gran cosa. No valía la pena esforzarse por obrar con sensatez. Digan lo que digan, en los momentos críticos lo mejor es dejarse llevar un poco a la buena de Dios. La razón y la lógica son buenas para los tiempos ordinarios. En tiempos ordinarios no hay por qué cuestionarlas y hacen maravillas. Pero cuando el caballo está desbocado, es muy diferente. Le desazonaba profundamente aquella niñita con su vestidito de cuello de encaje y su largo pantalón bordado. Se paseaba contoneándose como una dama. Y eso le daba náuseas. Si hubiera corrido, o gritado, o llorado cerrando sus puños contra los ojos, nada le hubiera impedido digerirlo, como digería todo lo demás, pero no era posible conservar en un estómago ordinario aquellos pasitos apacibles y aquel contoneo un poquito distante. La niñita apenas si debía de tocar el suelo con la punta de los dedos de sus pies. Y si, a pesar de todo, hay que hacer uso de la razón (pues es una vieja herramienta que se adapta de una manera cómoda y natural a los callos de las manos que comúnmente la manejan), ¿no es, acaso, razonable dejarse llevar? Al obrar así todo es posible, sobre todo lo imposible, ya que en los momentos críticos de verdad lo que se necesita es precisamente lo imposible. Por descontado no considero que fuera un momento crítico, verdaderamente crítico, mi duelo con el barón Swartz. Allí, desde luego, hubo razón, lógica y sangre fría. Pero yo soy, por naturaleza, de una frialdad de hielo; no tengo ninguna necesidad de refrescarme. Es ridículo dudarlo. Tampoco considero que fuera un momento crítico la muerte del mediquillo. Fue un momento difícil. Los momentos difíciles son como la sopa demasiado caliente. No puedes atribuir a un vago dejarse llevar el hecho de que te hayas quemado el gaznate. Por otra parte, ¿de qué te sirven la razón y la lógica si oyes a alguien llamar con los puños y los pies a la puerta cerrada de una iglesia mientras grita: «¡Virgen Santa! ¡Virgen Santa! ¡Virgen Santa!», y el primer «¡Virgen Santa!» te produce una sensación indefinible en el estómago y el segundo te lo levanta como se levanta una bolsa por el fondo para vaciarla y el tercero añade a esas sensaciones ríos de acíbar, una amargura insoportable y razones suficientes para mandarlo todo a paseo...? Estoy constreñido a permanecer en los tejados como Bautista Cannesqui (aunque él se escondió en un silo de trigo antes de que lo arrastraran por las calles) o como Nicola Piccinino en los tejados de Florencia, o como Simonetta Malatesta o Neri de Gino Capponi. Ha habido muchas aventuras en los tejados de las ciudades meridionales. Sin hablar de los Romeo, las Francesca da Rimini y los tragaluces por donde se deslizaban con sus armaduras para caer sobre sus zapatos de hierro en los desvanes como una batería de cocina que se descolgara. «¿Dónde está el cuarto de la bienamada?», decían, o «¡Aún no canta la alondra!», mientras arañaban los estrechos pasadizos con sus armaduras de batalla cuando trataban de revolucionar el corazón de una mujer o la vida de una ciudad. Yo robo simplemente vino y queso de cabra. ¡Y gracias! Porque no paso por un momento difícil, ¡nada de eso! Nada hay difícil. Paso por un momento crítico, lo cual es otra cosa. No hay ninguna relación entre ellos. Todo lo que puede ocurrir en los tejados de una ciudad, lo que hacen los Capponi, los Malatesta, los Bentivoglio cuando se dedican a introducir por los tragaluces alabardas y piernas, pechos y brazos cubiertos de acero, o bien terciopelos y aguas de olor, según se trate de provocar la rebelión en el corazón de una ciudad o en el corazón de un lecho, es simplemente un asunto legal. Pero una niñita que se pasea allá abajo, por la plaza, como una persona mayor, o bien esos golpes dados a las cuatro de la tarde en la puerta de una iglesia y esos «¡Virgen Santa! ¡Virgen Santa! ¡Virgen Santa!», como si quisieran que se asomara a su ventana y respondiera: «Sí, ¿qué ocurre?, aquí estoy», qué quieren que les diga, eso no se arregla como un asunto cualquiera, para eso no hay ley que valga, eso dicta sus propias leyes. Y es en esos casos cuando verdaderamente ofrece muchos más recursos dejarse llevar a la buena de Dios que la razón. ¿De qué sirve el buen juicio, precisamente en esos casos, sino para perder lo poco que nos queda por vivir? ¿De qué les sirve a los cadáveres haber razonado bien previamente? Es un buen diploma, en los tiempos que corren, para colocárselo sobre el vientre: «Ha razonado bien.» «Lo que me resultó muy provechoso», responde el cadáver que se pudre en medio de la calle hasta que lo tiran a la carreta por encima de los adrales. Tienen ciertamente toda la pinta de decir, cuando los balancean para echarles en la carreta, «Hemos hecho un buen

negocio razonando bien, ¿no es verdad?» En ese momento, ¿cuántos seres hay, por la *fuerza de las cosas*, a caballo entre la vida y la muerte? Hablo de seres a quienes todos los afectos y todos los amores les han sido arrebatados al otro lado. Seres que se han quedado solos porque el río se les llevó todo: todo lo que amaban y todo lo que odiaban. A este lado sólo se tienen a sí mismos, nada más. Si aman o detestan, aman o detestan a muertos (por el momento, pero ese momento es precisamente el que cuenta). Si aman o detestan en este momento actual, están obligados a amar o detestar a gentes que han muerto. A nadie tienen, a este lado, para amar o detestar. Están constreñidos a mirar en las dos direcciones. Y, sobre todo, al otro lado, para tratar de ver a quienes se han llevado consigo sus amores y sus odios. Quizá sea eso lo que llaman el cometa. Acaso los vean hechos una bola que se desliza a gran velocidad y deja tras ellos una chisporroteante huella de amor y de odio que trata de absorberlos en el viento que provoca a su paso. O, si no, el caballo: el galope del amor en las gargantas. Y cuando digo amor digo también, y muy especialmente, odio, pues es un sentimiento mucho más fuerte en razón de su incontestable sinceridad. De modo que hay para todos. Y cualquiera puede ser aspirado por ese viento de tormenta o llevado al galope. Entonces se aferran a clavos ardiendo, como un paseíto contoneándose para lucir el vestidito de cuello de encaje. (El vestidito de los domingos, porque ¿quién puede aún contar con los domingos, ni siquiera con un domingo? Hay que apresurarse a hacerse la dama, ya que ¿sabe alguien qué ocurrirá mañana?) Angelo sentía unas ganas irresistibles de vomitar a causa de aquella insólita amargura. En tiempos normales, una niña de seis años está en el parvulario. Era aún muy pequeña para llamar a la puerta de una iglesia como si fuera la puerta de un molino. Era de suponer que aquellas ganas de vomitar también eran consecuencia de aquel aire ardiente y espeso como el jarabe que olía a arcilla, a agrio y a azúcar. Angelo hizo una pequeña almohada con los retazos de arpillera, se acostó sobre el cinc ardiente y cerró los ojos.

Tenía los ojos cerrados desde hacía un tiempo que no sabía precisar cuando sintió que le daban bofetadas plumosas y golpes muy dolorosos alrededor de las sienes mientras su cabellera era arañada como si la araran.

Estaba cubierto de golondrinas que lo picoteaban.

Se levantó con tanta violencia que estuvo a punto de caer rodando, más allá de los arbotantes, sobre techos fuertemente inclinados. Se golpeó las mejillas y se arregló los cabellos muy nervioso. «Me tomaron por un muerto», se dijo. «Estas bestezuelas tan familiares y que me miraban con sus bellos ojos amarillos querían devorarme.»

Mientras se serenaba sintió de pronto grandes deseos de fumar. Buscó en sus bolsillos y quedó muy confuso cuando se percató de que no tenía ya ni un cigarro. «Y no he fumado desde el momento en que disparé al aire ese ridículo pistoletazo delante de la barricada. Todo indica que, verdaderamente, paso por un momento crítico. Estoy seguro de que pensaré en fumar durante una carga, aunque no se me haya presentado aún la oportunidad de verificar mi sangre fría en una ocasión así. Pero ¿no fumé un cigarro mientras mataba al barón con esa lealtad que tanto se me ha reprochado? Así pues, si tengo ganas de fumar, es buena señal. ¡Mi reino por un cigarro!»

Continuó burlándose de sí mismo, pero la actitud tan naturalmente cruel de las golondrinas siguió agitando sus sentimientos.

Pasó una noche muy mala. Sólo soplaban leves ráfagas de un viento tórrido y pestilente. Soñó que estaba acostado con uno de aquellos sargentos que le echaba al rostro el aliento de una infecta digestión de puerros. Procuraba rechazarlo, pero el otro se agrandaba de tal modo que con su aliento inclinaba enormes castaños piamonteses.

Tuvo otro sueño en que aparecía un gallo: era, evidentemente, un gallo extraordinario. Tenía el plumaje de una blancura de yeso, aunque, mirándolo muy de cerca, podían verse sobre su penacho y su buche reflejos de azufre. En todo caso era inmenso, y detrás de él apenas podía percibirse un pedazo de cielo grande como una uña. Esa bestia se movía en la atmósfera esparciendo un olor pestilente. Abría desmesuradamente las plumas de su rabadilla y mostraba de un modo manifiesto la intención de incubar el rostro de Angelo. Felizmente, el gran comedero de canarios en cuyo techo de cinc Angelo estaba acostado se volcaba y la enorme rabadilla, con sus plumas blancas abiertas en abanico no podía aposentarse sobre su rostro. Por desgracia, Angelo se ahogaba a pesar de todo, llenas las narices de plumones. Por suerte, pegando la cara al suelo, de perfil, podía respirar un poco de aire que olía a estercolero. Entonces Angelo se puso a arañar la tierra para cavar una oquedad debajo de su nariz. Pero sus dedos se hundieron en excrementos modelados en forma de cara de niñita.

Se despertó.

Un espantoso olor de cocina inundaba la noche bajo un cielo en el que revoloteaban resplandores rosados. Angelo dio la vuelta a la cúpula. Habían encendido tres hogueras en las colinas del norte y oleadas

de humo grasiento caían sobre la ciudad impulsadas por el viento...

Angelo se frotó largamente los ojos con los puños. Volvió a sentarse en su lugar. Durante su sueño debió de haberse debatido violentamente; la cesta estaba volcada y no halló sus botas. Volvió a registrarse los bolsillos en busca de un cigarro. El olor del humo llenaba su boca de una viscosidad repugnante.

Tuvo aún muchos sueños, a pesar de que estaba medio despierto a causa de un constante deseo de vomitar. Vio un cometa; despedía brillantes chorros de veneno igual que una girándula. Oía el redoble aterciopelado de la lluvia mortal que arrojaba y su chorrear a través de los techos y los tragaluces, inundando las buhardillas, cayendo por las escaleras, deslizándose bajo las puertas, invadiendo las habitaciones donde gentes sentadas en sillas pegajosas con varetas de liga lanzaban alaridos y luego empezaban a pudrirse.

Cuando empezó a despuntar el día sintió un gran alivio. El alba era, una vez más, blanca y pesada, pero, a pesar de su color sin esperanzas, devolvía las cosas a su lugar dentro de un orden que resultaba familiar.

Mucho tiempo antes de que el sol se levantara una campanilla se puso a sonar en las colinas. Había allí, sobre una eminencia coronada de pinos, una ermita semejante a una taba. La luz todavía relativamente limpia permitía ver un camino que subía a ella serpenteando a través de un bosque de almendros grises.

Los vidrios emplomados del vitral comenzaron a temblar transmitiendo cierta agitación que se producía en las profundidades de la iglesia. Las grandes puertas, a las que en vano habían llamado el día anterior, se abrieron. Angelo vio alinearse en la plaza niños vestidos de blanco que llevaban pendones. Por las puertas de las casas salieron algunas mujeres negras como hormigas. Otras venían por las calles que tenía enfrente. Al cabo de un momento eran una cincuentena los reunidos, incluyendo a tres sacerdotes que esperaban revestidos de sus casullas doradas. La procesión se puso en marcha silenciosamente. La campana tocó largamente a muerto. Al cabo los blancos pendones aparecieron debajo de los almendros grises, seguidos de las casullas, que, no obstante la lejanía, seguían viéndose doradas, y, por fin, de las negras hormigas. Pero, mientras esos pequeños insectos subían gravemente la colina, el sol surgió de un salto. Se apoderó del cielo e hizo caer un alud de yeso espeso como harina que luego amasó con sus largos rayos sin iris. Y todo desapareció en aquella tempestad deslumbrante de blancura. Sólo la campana siguió dando señales de vida con sus tañidos, a modo de grandes hipos. Al fin se calló.

Ese día se caracterizó por un terrible recrudecimiento de la mortalidad.

Hacia el final de la mañana, en el sector de la ciudad que Angelo dominaba, hubo algunos rumores y luego gritos desgarradores que estallaron en diversos lugares al principio y luego se hicieron generales. En una de las casas de la plaza se abrieron con estrépito los postigos de una ventana y apareció el busto de un hombre que agitaba los brazos haciendo grandes ademanes. Ese hombre no gritaba; sólo parecía esforzarse en hundirse los puños alternativamente en la boca como si tuviera alguna espina de pescado en la garganta. Al mismo tiempo se contorsionaba en el marco de la ventana abierta como un títere en el escenario. Al cabo desapareció; seguramente se había desplomado en el interior de la habitación. La ventana quedó abierta. Las innumerables golondrinas, que habían reanudado su ir y venir y sus chirridos, comenzaron a aproximarse a ella. Los gritos eran, al principio, de mujeres; luego hubo algunos de hombres. Éstos eran extremadamente trágicos. Se diría que eran lanzados a través de cuernos de bisonte. Contrariamente a lo que hubiera podido pensarse, no eran los agonizantes los que gritaban así por todas partes, sino los vivientes. Muchos de esos enloquecidos atravesaron la plaza. Parecían buscar socorro, pues algunos corrían hacia los otros hasta abrazarse, luego se rechazaban y volvían a correr. Uno de ellos cayó y murió casi en seguida. Comenzó a oírse por todas partes el traqueteo de las carretas, que se hizo incesante. El reloj tocó las doce, luego la una, las dos, las tres... El traqueteo continuaba sin pausa mientras en todas las calles redoblaba el tambor. Un humo rojizo que llegaba de las colinas del norte ensuciaba el cielo.

Bajo los ojos de Angelo ocurrió un hecho insólito. Algunas de las carretas pasaron por la plaza. Al desembocar de una calle lateral a la iglesia llegaban en cierto momento a una esquina que se hallaba justamente debajo del sitio en que estaba Angelo, desde donde podía ver todo su cargamento de cadáveres. Al llegar a ese lugar una de las carretas, se detuvo, pues el hombre que llevaba el caballo de la rienda cayó bruscamente al suelo, donde se retorció enredándose en aquella especie de blusa blanca. Sus compañeros lo miraban sin acercársele cuando uno de ellos cayó también tras dar un solo grito, pero muy agudo. El tercero se aprestaba a huir y ya se arremangaba la larga blusa cuando pareció tropezar en un obstáculo que le segó las piernas y cayó cuan largo era, boca abajo, al lado de los otros dos. El caballo se espantaba las moscas con la cola.

Esa deliberada empresa de la muerte, su victoria fulminante y la proximidad, allí mismo, bajo sus ojos, del campo de batalla, impresionaron fuertemente a Angelo. No podía desviar sus miradas de los tres hombres de blanco. Esperaba que se levantaran, luego de un pequeño reposo, y continuaran su tarea. Pero

siguieron tumbados muy quietecitos y, excepto uno de ellos, que agitó convulsivamente las piernas como si coceara, no volvieron a moverse.

El traqueteo de las otras carretas continuaba en las calles y callejas de los alrededores. Los gritos de las mujeres, estridentes o gimientes, y la desgarradora llamada de auxilio de las voces masculinas sonaban constantemente por doquier, sin otra respuesta que el rodar de las carretas sobre la calzada.

Por fin, una de las carretas que recorrían las calles vecinas llegó a la plaza. Los hombres de blanco se aproximaron a sus camaradas y los volvieron con el pie. Tras cargarlos en la carreta, cogieron el caballo de las riendas y lo hicieron andar.

Una nube de moscas muy espesa zumbaba sobre el sitio en que el cargamento de cadáveres había estado detenido a pleno sol; se habían derramado allí unos jugos que las moscas no querían desaprovechar.

Angelo se dijo: «No hay que quedarse aquí; es un foco de infección. Las exhalaciones suben. Esta plaza es una encrucijada de calles. Y, por lo demás, ¿no has visto caer a la gente en ella como moscas? Hay que darse el bote. Debe de haber en la ciudad barrios menos infectados, o, de lo contrario, en cosa de tres o cuatro días no va a quedar nadie. Salvo yo, aquí arriba. Y no es demasiado seguro.»

Se puso a recorrer los tejados. No hacía ya ningún caso de los abismos que los patios interiores abrían súbitamente delante de él. No era el vértigo lo que le daba miedo. Incluso fue con toda decisión a recoger sus botas en la pendiente bastante pronunciada de un techo adonde las había hecho rodar durante la noche en las convulsiones de sus sueños.

Poco tiempo necesitó para dar la vuelta de los techos en que podía andar. Al oeste la plaza le impedía ir más lejos. Al este una calle bastante ancha le cortaba el camino. Al sur se lo cortaba otra calle no solamente ancha, sino bordeada de techos en pendiente muy pronunciada. Al norte, una calle estrecha. Se preguntó si no sería mejor bajar simplemente a la calle por alguna escalera interior. «¿Y luego?», se preguntó. «Aun suponiendo que los locos que me persiguieron tengan ahora otras preocupaciones, lo cual no es seguro, caeré de bruces en ese estercolero.» Tenía la impresión de que debajo de él toda la ciudad era podredumbre. «Debo buscar el medio más fácil para salir de este barrio.»

Deambulaba por los tejados igual que sobre el suelo. Se habría asombrado si le hubieran dicho que tenía el mismo aspecto inconsciente y desengañado de la niñita del vestidito con el cuello de encaje. El campanario, la cúpula, las pequeñas paredes, la ondulación de los techos que había a su alrededor, eran como los árboles, los bosquecillos, los setos y los montículos de una tierra nueva; los patios interiores con sus huecos sombríos no eran más que simples charcas en las que debía procurar no caerse; las calles, ríos en cuya orilla era preciso detenerse.

No se trataba de un sueño divertido, sino de un misterio muy amargo del que no se podía salir. No era cosa de tratar de pasarle la mano por la cara; lo único que cabía hacer era seguirle el juego, sin perjuicio de obrar con malicia más tarde, cuando ese nuevo mundo hubiera despertado nuevos instintos. Cuando se esfuman los límites entre lo real y lo irreal y se puede pasar libremente de lo uno a lo otro, el primer sentimiento que se experimenta, al contrario de lo que se suele creer, es el de que la prisión se ha empequeñecido.

Estaba mirando un encaballamiento de techos y muros amontonados de tal modo que recordaban bastante a un andamiaje derrumbado cuando vio, enmarcado en un tragaluz, un rostro humano ampliamente manchado de negro por una boca muy abierta. Antes de comprender su realidad, oyó un grito agudo. Se escondió a toda prisa detrás de una gran chimenea.

Estaba a dos o tres metros del tragaluz y bien escondido. Oyó varias voces angustiadas que exclamaban: «¡Ha visto al exterminador! ¡Ha visto al exterminador!» La voz que había gritado gimoteaba: «¡Está allí, viene por nosotros, lo tenemos encima!» Hubo firmes pasos sobre un piso de madera y luego una voz de hombre, un poco más serena, preguntó: «¿Dónde? ¿Dónde está? ¿Dónde lo has visto?»

Por la juntura de dos ladrillos, Angelo veía el tragaluz. De allí emergió un brazo tendido con el índice apuntando hacia las alturas del cielo: «¡Allí! ¡Allí arriba! ¡Señor! ¡Un hombre con una gran barba!» Luego los gritos recomenzaron y Angelo oyó ruido de carreras en las escaleras.

Esperó mucho rato antes de salir de detrás de la chimenea. Luego se deslizó disimulándose tras las cumbreras más altas y volvió a su escondite entre los arbotantes.

Cayó la noche. Estaba cada vez más resuelto a alcanzar otro barrio de techos.

La calle del norte era verdaderamente muy estrecha: tres metros de anchura todo lo más. Y en cierto punto en que las cornisas se avanzaban, su anchura era aún menor. Con un tablón o, mejor aún, con una escala de mano atravesada por allí sería fácil pasar. Se acordó de la escala que comunicaba la galería con el último rellano en la casa donde había tomado las vituallas. Aprovechó las últimas luces del día para ir a ver si podía sacarla sin hacer ruido. No estaba sujeta, y, cuando trató de tirar de ella para comprobar si era

demasiado pesada, advirtió que era tan liviana que pudo izarla hasta la galería sin hacer ningún ruido. Faltaba saber si era lo bastante larga. La llevó hasta la cúpula.

Durmió muy bien, sin pesadillas, después de beber zumo de tomate y comer un poco de manteca de cerdo. Se despertó en el momento mismo en que la noche, aún muy oscura, se desgarraba lentamente en el este. Se sentía fresco y dispuesto. Reunió su material.

La operación de deslizar la escala por encima del vacío resultó más fácil de lo que creía a causa de la estrechez del sitio que había elegido y de lo liviano de aquélla. Comprendió que el momento en que despuntaba el alba era el ideal para pasar. La calleja que había debajo estaba aún tan oscura, que no se veía el vacío. La única dificultad era cruzarla con la cesta de esparto, que contenía todavía dos botellas de zumo de tomate, el pote de manteca de cerdo, dos potes de confitura, la botella de líquido amarillo cuyo marbete no había podido leer, los salchichones y dos botellas de vino. En cuanto a las botas, se las había colgado de nuevo del cuello, lo cual solucionaba el problema; pero el transporte de sus restantes pertenencias era más delicado, pues quería absolutamente tener las dos manos libres. No se le ocurría el medio de lograrlo y el tiempo pasaba. Finalmente, se dijo: «Voy a dejar la cesta aquí. Si al otro lado no hallo qué comer, lo que sería extraordinario, todo se reducirá a que tendré que volver a cruzar la calle cuando tenga hambre. Pero no lo creo. Lo que más importa es que no me rompa la crisma.»

Se puso a cuatro patas y atravesó la calle sin temblar. Tiró de la escala y la ocultó detrás de la cumbrera. Se acostó a su lado y esperó que se hiciera de día. Advirtió con asombro que le resultaba muy agradable el calor de las tejas que le calentaban la espalda. Había realizado todos los movimientos necesarios con resolución, pero helado de pies a cabeza.

«¿Y el gato?», se dijo. Se dio cuenta entonces de que desde la mañana del día anterior no lo había visto. Se le ocurrió también que hubiera debido meterse un salchichón en el bolsillo. En realidad, comer no era lo esencial. Al gato, por el contrario, lo extrañó mucho hasta que se levantó el sol.

En el momento de calma que pasó tendido sobre las tejas tibias se dio cuenta de que, desde la víspera, el traqueteo de las carretas no había cesado. Había estado demasiado ocupado para notarlo. Ahora oía de nuevo el redoble del tambor.

Comprobó que la extensión de tejados a su disposición era mucho más vasta que la anterior. Las calles que la limitaban estaban muy alejadas entre sí. Era una manzana tan compacta, que había sido preciso airearla mediante algunos patios y hasta jardines interiores. Algunos de esos jardines incluso tenían árboles. Esos patios y esos jardines estaban cerrados por todos lados; podía, pues, rodearlos. Pertenecían a casas burguesas. Angelo se puso al acecho para sorprender alguna señal de vida en esas moradas por las grandes ventanas que daban a los jardines, pero, a pesar de los cristales claros, a través de los cuales podía ver sillones y alfombras, nada se movía en su interior. En cierto momento estuvo suficientemente cerca de la ventana de una cocina para ver claramente que la parte superior de la chimenea había sido limpiada de todos sus potes. Allí la gente no estaba muerta: se había ido.

«Esto es lo que justifica todas las revoluciones», se dijo, «y hasta que trataran de cargárseme la otra tarde. No seas tonto», agregó, «esa gente no ha muerto aquí, pero ¿quién te dice que no lo haya hecho en cualquier otra parte? Es la única diferencia. Acabo de hacer una reflexión de jefe.» Se sintió muy orgulloso de ella. «Si yo quisiera, iría a repantigarme en cualquiera de esos sillones, pero ¡a otro perro con ese hueso! No creo que el mal sea un hombre barbudo, pero estoy seguro de que es un animalejo, mucho más pequeño que una mosca, que puede perfectamente habitar en un tapiz o una alfombra. Los tejados no me han ido tan mal hasta ahora. Me quedaré en ellos. De todos modos, me parece que poca comida voy a encontrar por aquí.»

Las casas de ese barrio no tenían galerías, y, por más que Angelo buscó por todos lados, no halló tampoco en los tejados ningún sitio llano donde poder dormir. Ni siquiera un lugar donde ponerse a la sombra como bajo los arbotantes de la cúpula. El sol estaba aún más blanco que de costumbre, y la reverberación de las tejas pulimentadas quemaba tanto como los rayos directos.

Tuvo, sin embargo, la alegría de ver llegar al gato. Nunca supo cómo se las había arreglado para volver junto a él. ¿De un salto, quizá? En todo caso, a partir de ese momento se pegó a los talones de Angelo como un perro y cada vez que se detenía aprovechaba la ocasión para restregarse contra sus piernas. Recorrió con él sus dominios y, cuando Angelo se sentó al pie de un pequeño muro, en un poco de sombra, saltó sobre sus rodillas y le hizo a su manera grandes demostraciones de afecto.

Del lado de la plaza de la iglesia llegaba sin cesar el traqueteo de las carretas. De vez en cuando se oían gritos o súplicas cuyos ecos se perdían sin encontrar respuesta, y de las profundidades de las calles subían los gemidos.

En el pequeño muro contra el cual Angelo apoyaba su espalda se abría un tragaluz rectangular por el

que, finalmente, saltó el gato. Como no volvía, Angelo lo llamó, y luego metió la cabeza y los hombros por el tragaluz. Daba a un espacioso desván cuya visión llenaba el alma de un profundo sentimiento de paz. Inmediatamente, Angelo intentó pasar, pero la abertura era demasiado estrecha. Tras contemplar de nuevo el crudo chisporroteo de los tejados y las colinas donde acababan de alimentar las hogueras, que comenzaban a despedir enormes espirales de humo grasiento, Angelo tuvo un deseo irresistible de volver a ver aquel hermoso desván dorado, translúcido, depositario de viejos tejidos, de culatas de madera pulimentada, de herrajes en forma de flores de lis, de sombrillas, de vestidos colocados en maniquíes de mimbre, de viejas capotas de tafetán muaré, de libros, de muebles destripados, de guirnaldas de nácar, de ramos de azahar, de objetos de la vida elegante y fácil dormida en su luz dorada. Corpiños, vestidos, griñones, cofias, guantes, redingotes, carriques, sombreros de copa, fustas de tres generaciones, colgados de clavos, tapizaban las paredes. Minúsculos zapatos de tacones altos, de raso, de cuero, de terciopelo, chapines con borlas de seda, botas de caza, estaban colocados sobre muebles bajos, no en el alineamiento ridículo de una formación de calzado, sino como el pie los había dejado o, quizá más exactamente, como si la sombra del pie se calzara aún con ellos, como si la sombra de los cuerpos pesase en ellos todavía aunque fuera muy brevemente. Por fin, descansando sobre el mármol de una cómoda, un sable en su vaina. Un sable de caballería con su fiador de oro. Todo comunicaba al corazón ternezas tan dulces como las caricias del gato. Por lo demás, éste estaba allí acostado sobre un cubrepiés, y llamó a Angelo con un arrullo de paloma, suave y melancólico, como si fuera la propia voz de aquel mundo desaparecido.

Angelo estaba agarrado a aquel tragaluz como un preso al de su celda.

Un olor de largos descansos, de carnes tranquilamente envejecidas, de corazones tiernos, de juventud imputrescible, de pasiones de cuento de hadas y de tisanas de violeta subía desde el hermoso desván.

Las hogueras seguían dejando caer sobre la ciudad un humo pesado que olía a rancio y a grasa, como las velas baratas, pero que abría el apetito. Angelo pensó en la cesta de esparto que había dejado al otro lado de la calle. Con *víveres* (como se dice), y si pudiera deslizarse por la estrecha ventana, allí dentro podría vivir indefinidamente.

Vagó hasta mediodía por los tejados sin poderse quitar de la cabeza el pensamiento de que tenía necesidad de un poco de calma y de reposo.

Se decía: «Se trata de una necesidad insólita y que no podía llegar en peor momento. Las cosas están claras y no hay por qué andarse con rodeos. Lejos de creer que el peligro viene de un hombre barbudo o de nubes con forma de caballo, o del cometa, con el que, sin embargo, tú también soñaste, sabes que se trata simplemente de animalejos más pequeños que moscas y que transmiten el cólera. Sin hablar de los locos que aplastan la cabeza de quienes tocan las fuentes. Con eso ya tienes bastante. No veo de qué te servirían viejos corpiños y zapatos de raso. Sólo el sable, razonando fríamente, podría prestarte un buen servicio, pero algunas cargas de pólvora para tus pistolas aún te serían más útiles. Y si has pensado en el sable, es, simplemente, por la satisfacción de vanagloriarte de tus fiorituras, porque sabes utilizarlo a las mil maravillas y porque no puedes olvidar tu antiguo oficio; en una palabra, porque sigues preso de esa incurable afición a meterte en líos que tantas veces te ha hecho caer en el ridículo. Sin hablar de tu famoso duelo, del que muy bien hubieras podido prescindir dándole un luis a un asesino profesional. Nada es más idiota que la generosidad cuando ésta llega incluso a instalarse en la cortesía y en el sentimiento de lo que es justo. Por suerte, no amas el amor, como decía la pobre Ana Clèves, porque, de lo contrario, estarías apañado. Pero la revolución y el cólera pueden engañarte tanto como las mujeres si no obras con prudencia. Los hombres decididos son los dueños del mundo. ¿Acaso eres tímido? He de reconocer que adoro los vestidos colgados de esas paredes. Todos son de una factura exquisita. Han pertenecido a seres sensibles. Sí, podría vivir indefinidamente en el granero.»

Pero el humo de los cadáveres puestos a asar lo envolvía con su gusto a sebo, y mientras pronunciaba interiormente la palabra *vivir*, pensaba en la cesta de esparto.

Anduvo por el techo de una amplia casa que parecía un cuartel.

Los edificios se alzaban en cuadro alrededor de un jardín muy bien cuidado. Al otro lado del jardín, Angelo veía un lienzo de pared horadado por grandes ventanas regulares, enrejadas, hacia las cuales subían las ramas de laureles y de higueras. Entre los cuadros de boj que había abajo iba y venía lo que parecía una multitud de ratas. Angelo se deslizó hasta el tejado de una buhardilla y pudo ver que se trataba de monjas que se afanaban muy lentamente alrededor de cajas, fardos y baúles que ataban con cuerdas haciendo crujir todo un damero de vestidos negros y cofias blancas. La operación era vigilada por un personaje blanco como el mármol y de tamaño más pequeño que el natural que se mantenía inmóvil bajo una glorieta de laurel rosado. Por un momento, Angelo tuvo miedo de ser visto por ese comandante cuya inmovilidad y sangre fría le impresionaron. Pero comprendió que era la estatua de un santo.

Bastaba volver a lo más alto de los tejados para oír el incesante traqueteo de las carretas, susurros ahogados llenos de gemidos y aquel rumor semejante al de una fina lluvia que hacía el humo de las hogueras al frotar las tejas.

Angelo volvió a sentarse cerca del tragaluz del desván. Durante varias horas lo olió de vez en cuando como quien huele una flor. Pasaba su cabeza por la abertura, miraba los corpiños, los vestidos, los zapatitos, las botas, el sable. Husmeaba un olor de almas que imaginaba sublimes.

«No se me tiene por un espíritu frívolo», se decía. «¿Cuántas veces me han reprochado mi falta de afición por los placeres? Y es incontestable que, con mi frialdad, hice desgraciada a la pobre Ana Clèves, que en el fondo me pedía bien poco, a juzgar por la manera con que los jóvenes oficiales que frecuentaban la misma sala de esgrima que yo en Aix-en-Provence se comportaban con las damas. Ana se negaría a creer que soy capaz de crear con mi imaginación a una mujer que calce esos zapatos, se ponga esos vestidos, tome esa sombrilla en sus manos, se toque con esa capota de faya malva y camine por este desván (que es, por lo demás, un parque, un castillo, una heredad, un país con su Parlamento) dándome el placer más grande que yo pueda tener (mejor dicho, el único) sólo con verla caminar.»

Volvía a sentarse cerca del pequeño muro. Volvía a ver el humo negro cabalgando en el cielo yesoso. Oía rodar las carretas en las calles, detenerse, volver a rodar, detenerse, volver a rodar, dar vueltas infatigablemente por la ciudad. Escuchaba el gran silencio que constantemente volvía a cerrarse alrededor del ruido de las carretas, alrededor de los gemidos y de las súplicas.

Por fin trató de deslizarse por el tragaluz. Todo lo que consiguió fue magullarse los hombros y desollarse los brazos. Pero pensó de pronto en la postura que se adopta para tirarse a fondo y dar una estocada según las reglas: el brazo derecho extendido, la cabeza pegada al hombro derecho, el brazo izquierdo pegado a la línea del muslo, el hombro izquierdo hundido. «Es una estocada según las reglas lo que me hace falta», se dijo. «Si logro mantener esa postura, apuesto a que entro.»

Ensayó, y lo hubiera hecho con éxito de no ser por las pistolas, que le abultaban en los bolsillos. Las metió en las botas e introdujo éstas en el desván. El tragaluz se abría hacia dentro, más o menos a un metro y medio del piso. Metió su brazo lo más hondo que le fue posible, pero, a pesar de ello, tuvo que dejar caer sus botas sin esperanzas de recuperarlas si no lograba pasar.

«Los puentes están cortados», se dijo; «ahora hay que seguir. En caso contrario, sin botas y sin pistolas, poco podrás hacer.»

A pesar de su delgadez y de la perfecta postura adoptada, quedó apresado, felizmente por las nalgas, y sólo meneándose como una lombriz y ayudándose con la mano derecha logró liberarse y rodar al interior, donde, al caer sobre el piso de madera, hizo mucho ruido.

«¡Virgen Santa!», se dijo al levantarse. «¡Ojalá estén todos muertos aquí!»

Escuchó expectante un buen rato, pero no oyó nada.

El desván era aún más hermoso de lo que parecía. Los rincones que no podían verse desde el tragaluz, iluminados por algunas pequeñas claraboyas diseminadas en el techo y en las cuales a esa hora daba el sol poniente, estaban bañados de una luz opaca que parecía jarabe dorado, de donde los objetos emergían en jirones de formas sin relación alguna con su significación real. Esa garbosa cómoda no era más que un mueble roto cubierto con un chaleco de seda color ciruela; una descabezada porcelanita de Sajonia que en su origen debió de ser un ángel músico, se había transformado, por agrandamiento de sus sombras y por el brillo que la luz comunicaba a las roturas de la degollación, en una especie de pájaro antillano: la cacatúa de una criolla o de un pirata. Los vestidos y las levitas estaban verdaderamente reunidos en asamblea. Los zapatos, sobre los que caían redondos rayos de luz, parecían estar debajo de un cortinaje, y los personajes ocultos en la sombra cuya presencia traicionaban así no estaban de pie sobre un piso, sino como si estuvieran situados sobre las perchas en escalera de una vasta jaula de canarios. Los rayos del sol, proyectados en chispeantes constelaciones rectilíneas de polvo, hacían vivir a aquellos extraños seres en mundos triangulares, y el movimiento de la luz solar hacia el ocaso, al desplazar lentamente los redondeles de luz, los animaba con movimientos que se estiraban indefinidamente igual que si estuvieran en el agua tibia de un acuario. El gato vino a saludar a Angelo, se estiró también, abrió ampliamente la boca y emitió un maullido imperceptible.

«¡Magnífico lugar para acampar!», se dijo Angelo. «Sólo la subsistencia no parece asegurada; pero después de anochecido iré a explorar las profundidades. En todo caso, aquí estoy como pez en el agua.»

Y se acostó en un viejo diván.

Cuando se despertó, era de noche.

«En marcha», se dijo. «Ahora necesito de veras algo donde hincar el diente.»

Las profundidades, vistas desde el pequeño rellano situado ante la puerta del desván, estaban

terriblemente oscuras. Angelo encendió su mechero. Sopló la brasa, vio el principio de la barandilla en el resplandor rosado y comenzó a bajar lentamente mientras habituaba poco a poco sus pies al ritmo de los escalones.

Llegó a otro rellano. Parecía ser el de un tercer piso, a juzgar por el eco que despertaba en la caja de la escalera el más leve roce. Sopló la brasa. Tal como suponía, el espacio a su alrededor era muy vasto. Había tres puertas, cerradas con llave. Habría perdido mucho tiempo forzando las cerraduras. Mañana ya vería. Era necesario bajar más. Sus pies reconocieron escalones de mármol.

Segundo piso: tres puertas, igualmente cerradas. Pero eran incontestablemente puertas de habitaciones. Los paneles estaban decorados con óvalos y motivos esculturales que representaban aljabas y cintas. La gente, sin duda, se había ido. Aljabas y cintas no eran atributos de gente que deja apilar sus cadáveres en carretas. Era de suponer que habrían barrido, o, mejor, hecho barrer, la cocina de todo cuanto hubiera hasta en el último rincón de las alacenas. Había que ver más abajo. Quizá hasta en el sótano.

A partir de aquí había una alfombra en la escalera. Algo pasó entre las piernas de Angelo. Debió de ser el gato. Había veintitrés escalones entre el desván y el tercer piso, y otros tantos entre éste y el segundo. Angelo estaba en el vigésimo primer escalón entre el segundo piso y el primero cuando, enfrente de él, un brusco rayo de oro enmarcó una puerta que se abrió. Era una mujer muy joven. Sostenía un candelabro de tres brazos a la altura de una carita triangular que encuadraba una abundante cabellera negra.

—Soy un caballero —dijo tontamente Angelo.

Hubo un momento de silencio hasta que ella dijo:

—Creo que es exactamente lo que debía decir.

Temblaba tan poco, que las tres llamas de su candelabro estaban rígidas como puntas de horquilla.

—Es cierto —dijo Angelo.

—Lo más curioso es que, en efecto, parece cierto —dijo ella.

—Los bandidos no tienen gatos —dijo Angelo, que había visto al minino deslizarse delante de él.

—Pero ¿quién tiene gatos? —dijo ella.

—Éste no es mío —dijo Angelo—, pero me sigue porque ha reconocido en mí a un hombre de paz.

—¿Y qué hace un hombre de paz a estas horas y en esta casa?

—Llegué a la ciudad hace tres o cuatro días —dijo Angelo—, y estuve a punto de ser despedazado por envenenador de fuentes. Gentes de ideas fijas me persiguieron luego por las calles. Me oculté en el umbral de una puerta, que por suerte cedió, y me escondí en la casa. Pero había cadáveres, o, más exactamente, un cadáver. Así que subí al tejado. Desde entonces, he vivido en las alturas.

La joven señora lo había escuchado sin inmutarse. Esta vez el silencio fue un poquitín más largo. Luego dijo:

—Debe de tener hambre, supongo...

—Por eso bajé —dijo Angelo—; creí que la casa estaba vacía.

—Felicítese de que no lo esté —dijo la joven señora con una sonrisa—. Cuando mis tías se van, dejan la tierra arrasada.

Se hizo a un lado sin dejar de iluminar el rellano.

—Entre usted —dijo.

—No quisiera ser inoportuno —dijo Angelo—; voy a interrumpir su reunión.

—No es usted inoportuno —dijo ella—, yo lo invito. Y no interrumpe ninguna reunión. Estoy sola. Mis tías se fueron hace cinco días. Después de su marcha yo también he tenido muchas dificultades para alimentarme. Pero, no obstante, soy más rica que usted.

—¿No tiene miedo? —dijo Angelo aproximándose.

—No.

—Si no de mí, y le doy las gracias, del contagio...

—No me dé las gracias, señor —dijo ella—. Entre. Estas cortesías en la puerta son ridículas.

Angelo entró en un hermoso salón. De pronto, se vio reflejado en un gran espejo. Llevaba barba de ocho días y tenía el rostro lleno de largos churretes de sudor negruzco. Su camisa hecha jirones, sus brazos desnudos, su pecho al aire cubierto de negros pelos, sus pantalones llenos de polvo y de las huellas de yeso de su paso por el tragaluz y sus medias desgarradas, que dejaban ver unas uñas larguísimas, le daban un aspecto lamentable. Sólo tenía a su favor sus ojos, que, a pesar de todo, brillaban siempre amablemente.

—Estoy desolado —expresó.

—¿De qué está desolado? —dijo la joven señora mientras encendía la mecha de un pequeño infiernillo de alcohol.

—Reconozco —dijo Angelo— que tiene usted motivos de sobras para desconfiar de mí.

—¿Por qué se le ocurre que desconfío? Le estoy preparando té.

La mujer andaba sin ruido sobre la alfombra.

—Supongo que no ha comido nada caliente desde hace tiempo.

—¡Ya no sé desde cuándo!

—Desgraciadamente, no tengo café. Por lo demás, tampoco sé dónde está la cafetera. Fuera de su casa una está perdida. Llegué aquí hace ocho días. Mis tías han dejado el vacío detrás de ellas. Lo contrario me hubiera sorprendido. Esto es té que, por fortuna, tuve la precaución de traer.

—Discúlpeme —dijo Angelo con voz ronca.

—Los tiempos no están para disculpas —dijo ella—. ¿Qué hace de pie? Si quiere realmente tranquilizarme, compórtese de manera tranquilizadora. Siéntese.

Angelo, dócilmente, asentó la punta de sus nalgas en el borde de un suntuoso sillón.

—Un queso que huele a chivo y por eso, sin duda, lo han dejado, el resto de un pote de miel y, naturalmente, pan. ¿Le gusta?

—No recuerdo ya qué gusto tiene el pan.

—Éste es duro. Exige buenos dientes. ¿Cuántos años tiene?

—Veinticinco —dijo Angelo.

—¿Tantos? —dijo ella.

Había desocupado un rincón del velador y puso en él un gran bol sopero sobre un plato.

—Es usted muy buena —dijo Angelo—. Le agradezco de todo corazón lo que se sirva darme, porque me muero de hambre. Pero voy a llevármelo, no podría comer delante de usted.

—¿Por qué? —dijo ella—, ¿Le desagrada mi presencia? ¿Y en qué se llevaría su té? No puedo darle ningún bol o cacerola. No cuente con ello. Eche abundante azúcar y desmigaje su pan como en la sopa. He hecho un té muy fuerte y está hirviendo. Nada puede serle más saludable. Si le molesto, puedo salir.

—Es mi suciedad la que me molesta —dijo Angelo. Había hablado bruscamente, pero agregó—: Soy tímido. —Y sonrió.

La joven señora tenía los ojos verdes, y podía abrirlos tanto, que le llenaran el rostro.

—No me atrevo a darle nada con que lavarse —dijo ella suavemente—. Todas las aguas de esta ciudad son malsanas. Hoy es mucho más juicioso estar sucio pero sano. Coma tranquilamente. Lo único que le aconsejaría —agregó también con una sonrisa—, es que en adelante se calzara, si es posible.

—¡Oh! —dijo Angelo—, arriba tengo unas botas muy hermosas. Pero tuve que quitármelas para poder caminar sobre las tejas, que son resbaladizas, y también para bajar a las casas sin hacer ruido.

«Soy un tonto de capirote», se dijo, pero una especie de espíritu crítico le hizo añadir: «¿Lo eres al menos de una manera natural?»

El té estaba excelente. A la tercera cucharada de pan ensopado no pensó ya sino en comer con voracidad y en beber aquel líquido hirviente. Por primera vez desde hacía mucho tiempo apagaba su sed. Se había olvidado por completo de la joven señora. Ésta caminaba sobre las alfombras, disponiéndose a preparar una segunda cacerola de té. Como Angelo estaba a punto de terminar su bol, volvió a llenárselo hasta el borde.

Hubiera querido hablar, pero su deglución se había puesto a funcionar de una manera loca. Tragaba saliva sin poder detenerse. Tenía la impresión de hacer un ruido terrible. La joven señora lo miraba con los ojos muy abiertos, pero no parecía asombrada.

—No abusaré más de su hospitalidad —dijo Angelo, con tono firme, cuando se acabó su segundo bol de té.

«He logrado hablar con amabilidad pero con firmeza», se dijo.

—No ha abusado usted de nadie —dijo ella—. Simplemente, ha saciado su hambre, que era aun más grande de lo que yo creía y, sobre todo, su sed. Ese té es verdaderamente una bendición.

—¿No se verá privada de él por mi culpa?

—Todavía me queda bastante —dijo ella—, esté tranquilo.

—Aceptaré uno de sus quesos y un pedazo de pan que me llevaré, si usted no se opone, y, con su permiso, me retiraré.

—¿Adónde? —dijo ella.

—Hasta hace un rato he estado en su desván —dijo Angelo—; ni que decir tiene que pienso abandonarlo inmediatamente.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero me parece lo correcto.

—Pues, si no lo sabe, sería mejor que se quedara en él esta noche. Mañana, de día, ya buscará otro acomodo.

Angelo se inclinó.

—¿Puedo hacerle una proposición? —dijo.

—Usted dirá.

—Tengo dos pistolas, una de ellas descargada. ¿Quiere usted aceptar la que está cargada? Estos tiempos excepcionales han liberado muchas pasiones excepcionales.

—Estoy bastante bien provista —dijo ella—. Vea usted.

Levantó un chal que estaba al lado del infiernillo de alcohol. Ocultaba dos grandes pistolas de arzón.

—Está usted mejor provista que yo —dijo fríamente Angelo—, pero son armas pesadas.

—Estoy habituada a ellas —dijo la mujer.

—Hubiera querido mostrarle mi agradecimiento.

—Lo ha hecho.

—Buenas noches, señora. Mañana a primera hora dejaré el desván.

—Yo soy, entonces, quien le está agradecida.

Angelo estaba ya en la puerta cuando la joven señora lo detuvo.

—¿Le sería útil una vela?

—Mucho, señora, pero sólo tengo mi mechero y no puedo hacer llama.

—¿Quiere usted unos cuantos fósforos?

Al entrar en el desván Angelo se asombró de volver a hallar al gato a sus talones. Había olvidado a aquel animal que tanto placer le daba con su compañía.

«Tendré que volver a pasar por ese tragaluz tan estrecho», se dijo. «Pero, decentemente, un caballero no puede quedarse solo con una mujer tan joven y tan linda. Ni siquiera el cólera sería excusa. Ella se ha mostrado muy amable, pero es evidente que, por poco que sea, mi presencia en el desván la molestaría. ¡Bien, pasaré de nuevo por ese estrecho tragaluz!»

El té le había dado fuerzas y, sobre todo, un gran bienestar. Admiraba todo lo que la joven señora había hecho abajo. «Si hubiera estado en su lugar», se dijo, «¿me habría mostrado tan tranquilo y frío ante el peligro? ¿Hubiera jugado tan bien una partida en la que podía perderlo todo? Hay que convenir en que tengo un aspecto espantoso y hasta, lo que es más grave, repugnante.» Olvidaba el fuego de sus ojos.

«Ha sabido estar siempre en su sitio y, sin embargo, apenas si tiene veinte años, veintiuno o veintidós a lo sumo. Yo, que siempre encuentro viejas a las mujeres, reconozco que ésta es joven.»

La respuesta que había dado a su oferta mostrándole las pistolas de arzón le inspiraba cierta preocupación. Angelo siempre se mostraba interesado cuando se trataba de armas. Pero, incluso en esos casos, siempre se le ocurrían las cosas con retraso. El hombre solitario toma de una vez por todas el hábito de ocuparse de sus propios sueños y ya no puede reaccionar con rapidez cuando se enfrenta a opiniones distintas de las suyas. Es como un monje enfrascado en su breviario en medio de un partido de pelota o como un patinador que se ha propuesto describir una amplia curva y cuando lo llaman no acude adonde lo esperan hasta terminar su recorrido.

«He estado seco e indiferente», se dijo Angelo. «Hubiera debido mostrarme más dúctil. Era una ocasión magnífica para jugar mis propias cartas. Las pistolas de arzón me daban pie para ello. Hubiera debido explicarle que un arma pequeña, bien manejada, es más peligrosa e inspira más respeto que una grande y pesada, sobre todo cuando hay una desproporción tan grande como la de su mano y la ancha culata, los gruesos cañones y los pesados herrajes de esas pistolas. Bien es verdad que corre otros peligros y que no se puede disparar contra las mosquitas que transportan el cólera.»

Lo invadió entonces una idea tan espantosa, que se levantó bruscamente del diván en el que se había acostado.

«¿Y si yo mismo le hubiera llevado el contagio?» Ese *yo mismo* lo heló de terror. Retribuía siempre las más minúsculas generosidades con derroches de generosidad. La idea de haber llevado la muerte a aquella joven señora, tan valiente y bella y que le había hecho té, le era insoportable. «He tratado, y no solamente he tratado, he tocado, he cuidado, a enfermos de cólera. Estoy seguramente cubierto de miasmas que no me atacan, o quizá que no me atacan aún, pero que pueden hacer morir a esa mujer que se protegía, con muy buen juicio, encerrada en su casa. Y yo he forzado su puerta, y me ha recibido noblemente, y quizá morirá a causa de esa nobleza, de esa abnegación de la que he sido el único beneficiario.»

Estaba aterrado.

«He revisado de arriba abajo la casa en que el cólera seco dejó tendida en el quicio de una puerta a aquella mujer de la hermosa cabellera dorada. Ésta es más morena que la noche, pero el cólera seco es terriblemente fulminante y no da siquiera tiempo a llamar. Pero ¿estoy loco, o qué tiene que ver el color de una cabellera en un caso de cólera seco?»

Escuchó con feroz atención. Toda la casa estaba en silencio.

«En todo caso», se dijo para tranquilizarse, «ese famoso cólera seco me ha dejado muy tranquilo hasta ahora. Para contagiarlo hay que tenerlo. No, para contagiarlo basta con llevarlo, y has hecho todo lo posible para llevarlo. Pero en aquella casa no tocaste nada. No hiciste como el pobre mediquillo, que lo hubiera hecho mucho mejor y que llevado de sus escrúpulos incluso habría mirado debajo de las camas. Vamos, ¿qué te imaginas? Los miasmas no están erizados de tentáculos ganchudos como las semillas de cadillo, y porque hayas pasado por encima de ese cadáver no han tenido que adherirse forzosamente a ti.»

Estaba medio dormido. Volvía a verse pasando por encima del cadáver de la mujer, y su duermevela estaba también lleno de cometas y de nubes con forma de caballo. Se agitaba de tal modo sobre su diván, que inquietó al gato, acostado a su lado.

Esta vez el terror le dejó helado. «El gato estuvo mucho tiempo en la casa donde no solamente la mujer rubia había muerto, sino también otras dos personas, por lo menos. El gato puede llevar el cólera en su piel.»

No recordaba ya si el gato había entrado en el salón del primer piso o si se había quedado en el rellano. Se torturó con esa idea durante buena parte de la noche.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Era todavía de noche cuando Angelo pasó a través del tragaluz. Estaba orientado hacia el este, donde las estrellas ya se habían apagado, y dejaba ver un pequeño rectángulo gris claro. Angelo esperó, acurrucado contra la pequeña pared, la salida del sol.

Siempre la misma aurora blanca.

Más allá de los largos tejados del convento se elevaba una torre cuadrada coronada de un mástil que debía de ser una especie de pararrayo o una vieja asta de bandera. Angelo no había llegado aún hasta allí. Lo hizo con los primeros rayos del sol.

Era un pequeño campanario. Los tornavoces de madera, roídos por vientos y lluvias, permitían deslizarse fácilmente en el habitáculo de las campanas. Desde allí bajaba una escala de mano hasta una escalera de caracol que finalmente daba a una puerta, que no estaba cerrada. Angelo se halló en la nave lateral de una iglesia.

El sol naciente que daba en los vitrales de lo alto de la nave iluminaba las señales de una mudanza precipitada. El altar mayor había sido despojado de sus candelabros y sus manteles. En la nave, los bancos estaban amontonados contra un pilar. Paja, trapos que debieron de servir para embalajes, tablas erizadas de clavos, y hasta un martillo y un rollo de alambre, estaban tirados en el suelo.

No había nadie en la sacristía, desde la que se pasaba a un claustro por una puertecilla. Ese claustro encuadraba el jardín de bojes y laureles donde Angelo, el día anterior, había visto agitarse a la comunidad. Todo allí era apacible. La altura de las paredes conservaba una frescura propicia al perfume de las plantas.

Al llegar a uno de los ángulos de la galería que contorneaba el jardín, Angelo vio en el otro extremo un cuerpo tendido en las baldosas. Estaba tan habituado a los cadáveres, que se aproximó a él sin la menor vacilación. Pero el cuerpo se enderezó, se sentó, se puso de pie. Era una vieja monja, oronda como un tonel. Dos garfios de bigotitos negros abrochaban su boca a ambos lados.

—¿Qué quieres? —dijo.

—Nada —contestó Angelo.

—¿Qué haces aquí?

—Nada.

—¿Tienes miedo?

—Depende de qué.

—¡Ah! ¡Eres de los que hacen depender su miedo de alguna cosa! Y del infierno, ¿tienes miedo?

—Sí, madre.

—Bueno, ¿no basta eso? ¿Quieres ayudarme, pequeño?

—Sí, madre.

—¡Bendita sea en su altar la gloria del Señor! No podía abandonarme. ¿Eres fuerte?

—No tanto como solía, porque desde hace algunos días no como tanto como quisiera, pero tengo buena voluntad.

—No te envanezcas. ¿Por qué no comes tanto como quisieras?

—Estoy perdido en esta ciudad.

—Todo el mundo está perdido en esta ciudad. Todo el mundo está perdido en todas partes. Así pues, ¿crees que si comieras estarías fuerte?

—Diría que sí.

—Dirías que sí. Es justo. Bueno, ven a comer.

Le dio queso de cabra.

«Esa gente vive de queso de cabra», se dijo Angelo.

La monja daba muestras de estar muy fatigada. Profundas reflexiones sembraban de surcos lo alto de su nariz.

—¿Eres el enviado? —dijo.

—No.

—¿Qué sabes tú de eso?

—No soy nada, madre. No cavile usted más.

—¿Nada? ¡Qué orgullo! —dijo.

A pesar de estar sentada en una silla, en una celdilla blanca, más blanca aún por la estantería cargada de quesos de cabra sobre la que caía un rayo de sol, resoplaba como si estuviera subiendo una colina y sus labios despedían bolitas de saliva igual que los de ciertos ancianos dormidos.

—Te voy a meter en cintura —dijo—. Toma esto y póntelo.

Era una de aquellas largas camisas blancas que llevaban los sepultureros.

—Espere que me ponga las botas —dijo Angelo.

—Date prisa y coge esta campanilla.

La monja estaba de pie, esperándolo. Se apoyaba en un fuerte bastón de encina.

—¡Venga, ven!

Precedió a Angelo a lo largo del claustro. Abrió una puerta.

—Pasa —dijo.

Estaban en la calle.

—Agita la campanilla y anda —le dijo. Y agregó, casi con ternura—: ¡Pequeñín mío!

«Estoy en la calle», se dijo Angelo. «Dejé los tejados. ¡Lo conseguí!»

El sonido de la campanilla levantaba nubes de moscas. El calor tenía un fuerte olor dulzón. El aire engrasaba los labios y las narices como si fuera aceite. Recorrieron diversas calles. Todo estaba desierto. En ciertos lugares las paredes y las callejuelas sin salida devolvían el eco. En otros el tintineo de la campanilla era ahogado como si sonara en el fondo del agua.

—¡Muévela! —decía la monja—. ¡Dale al codo! ¡Que suene! ¡Que suene!

Se desplazaba bastante rápidamente, como si fuera de una pieza, igual que una roca. Su papada caída temblaba en su griñón.

Una ventana se abrió. Una voz de mujer llamó:

—¡Señora!

—¡Sígueme! —dijo la monja—. Para de tocar la campanilla. —En el umbral le preguntó—: ¿Tienes un pañuelo?

—Sí —dijo Angelo.

—Mételo en la campanilla. Que no suene más, o te hago saltar los dientes. —Y agregó tiernamente—: ¡Pequeñín mío!

Se dirigió volando como un pájaro hacia la escalera, en cuyo primer escalón Angelo vio posarse un enorme pie.

Arriba había una cocina y una alcoba. Cerca de la ventana abierta desde donde habían llamado estaban una mujer y dos niños. De la alcoba llegaba un ruido como de molinillo de café. La mujer señaló la alcoba. La monja descorrió las cortinas. Los dientes de un hombre tendido en la cama castañeteaban en un incesante masticar que le arremangaba los labios. Temblaba tanto, que hacía crujir su jergón de chala.

—¡Vamos, vamos! —dijo la monja. Y abrazó al hombre—. ¡Vamos, vamos! —siguió diciendo—, un poco de paciencia. A todo el mundo le llega su hora y la tuya se acerca. ¡Ya está aquí! ¡Ya está aquí! No te esfuerces, vendrá por sí sola. Despacio, despacio. Cada cosa a su tiempo.

Y le pasó la mano por los cabellos.

—¡Tienes prisa, tienes prisa! —dijo, y apoyó una gruesa mano en sus rodillas para impedirle que pataleara en la cama de madera—. ¡Hay que ver qué prisa! Tienes tu turno. No te inquietes. Quédate tranquilo. Cada uno tiene su turno. Ya llegará. Ya llega, ya llega, ya llegó. Ya te toca. ¡Venga, venga, venga!

El hombre hizo un brusco movimiento y quedó inmóvil.

—Hubiéramos debido friccionarlo —dijo Angelo con una voz que no reconoció.

La monja se irguió y le miró:

—Así que querías darle friegas, ¿eh? —dijo—. Eres un tipo duro, ¿eh? ¿Querías olvidar el Evangelio, quizá? Pídele jabón a esa señora, y una palangana, y toallas.

Se arremangó, dejando ver unos brazos gruesos y rosados.

—Pídeselo, háblale, haz que se mueva y que se aparte de una vez de la ventana. Que encienda fuego y

caliente agua. ¡Vamos! ¡Manos a la obra!

Era redonda, tosca y hacendosa. Se aproximó al hogar y partió leña sobre sus rodillas. Había dejado la alcoba abierta. El hombre estaba rígido en su cama.

La mujer no se movía.

—¡Vamos! —dijo la monja.

La mujer dio un paso hacia el hogar, junto al cual la monja estaba de rodillas. La mujer separó lentamente a los dos niños de su delantal. Les acarició furtivamente las mejillas con un ademán que parecía no caber en el tiempo. Se arrodilló enfrente del hogar. La monja le dio un manojo de papel y fósforos.

—Enciende —dijo, y se levantó.

La presencia de ánimo de aquella monja resultaba asombrosa. Donde ella estaba todo volvía al orden. Entraba y las paredes ya no contenían dramas. Los cadáveres eran naturales y todo, hasta la cosa más minúscula, volvía inmediatamente al lugar que le correspondía. No necesitaba hablar; le bastaba con estar presente.

Infinidad de veces la monja dejó tan sorprendido a Angelo como si lo hubiera partido un rayo. No se acostumbró nunca. Entraba detrás de ella (exigía siempre ser la primera) en casas que parecían depósitos de cadáveres y donde lo doméstico, ya de por sí suficientemente estrambótico, estaba mezclado con los aspectos más terroríficos de la maldición anterior a las edades. Las últimas muecas de moribundos en gorro de dormir y con calzones de trabilla alargaban, en labios distendidos, denticiones y bocas de profetas; los gemidos de plañideras y plañideros habían vuelto a hallar las cadencias jadeantes de Moisés. Los cadáveres continuaban haciendo sus necesidades dentro de sudarios que, ahora, estaban hechos de lo primero que venía a mano: viejos cortinajes de ventana, fundas de canapé, tapetes y hasta, en las casas de los ricos, cortinas de bañera. Orinales llenos hasta el borde habían sido colocados sobre la mesa del comedor, y se había seguido llenando cacerolas, palanganas y hasta macetas vaciadas a toda prisa de sus verdes plantas (helechos o palmeras enanas) con aquella deyección espumosa, verde y purpúrea que olía terriblemente a la cólera de Dios. Los supervivientes se aferraban a sus propias vidas con ademanes de angelotes. El íntimo relincho que algunos ni siquiera podían acallar, con que apartaban los ojos del ser que les era más querido en el mundo para mirar hacia el cielo libre de la ventana (un cielo yesoso, tórrido, asqueante, sin embargo), tenía una grandeza magnífica al ser lanzado en aquellos dormitorios o umbrales de alcobas en los que se había sido siempre, hasta ese momento, buen padre, buen esposo, mujer virtuosa, hijo obediente o hija de María. El ojo de Caín, en el rostro apacible de un mercero cuyas patillas le bajaban por la papada hasta el cuello de la chaqueta; los senos azules de alguna bella joven aún tibia, toda pataleo y temblor incluso una hora después de su muerte y a la que se debía empaquetar como una anguila; los músculos que se rompían haciendo sonar los muslos como cajas de violín; los chorros de disentería en el papel floreado de las paredes o en las cenizas del hogar, o en las baterías de cocina, o en los cubrecamas, o en el piso, y hasta arrojados en pleno rostro de la bienamada o del bienamado; la desnudez a la que nadie podía sustraerse con tanto pataleo, con escalofrío, temblor, convulsión, gemido, grito y mano crispada en las sábanas, instalada en casa de los burgueses o de los campesinos, que son todavía más gazmoños, ante la mirada de los niños (los niños se interesaban mucho por todas esas manifestaciones y paseaban por todas partes su silencio, sus grandes ojos deslumbrados, su rigidez de hierro); un nuevo orden (que por ahora se llamaba desorden) organizaba bruscamente la vida dentro de nuevos horizontes. Bien pocos eran aún capaces de creer en las virtudes de los viejos puntos cardinales. No se besaba ya a los niños. No para preservarlos, sino para preservarse. Por lo demás, los niños tenían una actitud rígida, parecían de una pieza, con los ojos muy abiertos, y cuando morían lo hacían sin una palabra, sin un gemido y siempre lejos de sus casas, metidos en la casilla del perro o en el conejar o, hechos un ovillo, en los grandes cestos donde incuban las pavas.

A menudo la monja les daba caza. Abría los gallineros y buscaba. Golpeaba con el pie las paredes de la casilla del perro. Este asomaba una cabeza huraña. La monja lo cogía fríamente por el collar. El niño solía estar en el fondo. Tiraba de él sin mucha ceremonia, pero luego lo llevaba exactamente como una madre debe llevar un hijo. Los pequeños cadáveres eran semejantes a los cadáveres de las personas mayores, es decir, de una indecencia ridícula, *escandalosos de la verdad*, y también se habían desgarrado con las uñas el vientre, su capital de inmundicias. En los brazos de la monja volvían a ser pobres niños muertos de fuertes cólicos.

Si la monja llegaba en uno de esos momentos en que la gente se preguntaba si debía aún creer en alguna cosa, las paredes volvían a ser paredes y las habitaciones, con todas sus estalactitas de recuerdos intactos, con todo su poder de abrigo intacto. La muerte seguía allí, sin duda, pero sin su lado diabólico, instantáneamente perdido. La muerte, así, ya no empujaba a liberarse de todo, ya no obligaba a franquear fronteras de locura. La gente, entonces, no podía ya permitirse aquellas convulsiones de egoísmo con las

que los vivientes, casi siempre, como por una especie de acto reflejo luciferino, reproducían las convulsiones agónicas de las que habían sido espectadores.

Bastaban algunos ademanes muy simples. Se hubiera sorprendido mucho la monja si le hubiera dicho que los dos tercios de su virtud procedían de su aspecto físico, de su gran vientre, de su garganta, de la mueca de sus labios gruesos, de su gran cabeza, de sus grandes manos, de su placidez de mujer gorda, de sus enormes pies bajo los cuales el piso temblaba siempre un poco. Esa masa era la que autorizaba los milagros. Más vivaz, hubiera tenido la facilidad de hacer veinte ademanes entre los cuales el bueno hubiera pasado inadvertido; la grasa, la tosquedad, el peso, no le permitían hacer sino uno. El bueno. Y el bueno era el que contaba, porque resultaba tan evidente como la nariz en la cara. La gente estaba obligada a creer en su virtud porque era un viejo ademán ordinario hecho cien mil veces y cuyas consecuencias eran bien sabidas.

Llegaba y había a veces uno o dos cadáveres tendidos en aquellas atroces posturas ridículas, con los muslos separados, las manos hundidas en el vientre, la cabeza echada hacia atrás con la gran risa blanca y purpúrea de los coléricos. Algunas veces esos cadáveres parecían haber dado un brinco a través de la habitación para ir a caer de bruces sobre algún mueble. Ocultos en rincones o, más a menudo, en quicios de ventanas (por el deseo de huir) había un hombre o una mujer transformados en perros y que parecían a punto de gemir, de toser, de ladrar, dispuestos a halagar al primero que llegara, y uno o dos niños rígidos como la justicia, con los ojos como huevos. Y entraba la monja. A veces, cuando el espectáculo que aparecía ante ella era capaz de provocar salpullidos en la piel de puro horrible, hacía lo siguiente: se sentaba, colocaba el molinillo de café entre sus piernas y comenzaba a moler el grano. Instantáneamente, el hombre o la mujer dejaba de ser perro. Por lo que respecta a los niños, la cosa era a la vez más delicada y más fácil: eran atraídos en seguida por el enorme pecho de la monja, que entonces hacía un movimiento muy simple para echar a un lado la cruz pectoral.

Otras veces (pero siempre con acierto de ciencia exacta y sin equivocarse jamás) no utilizaba el molinillo de café. Entraba en una de esas casas burguesas en las que la cocina está oculta y todos los muebles se hallan enfundados. En estos lugares los cadáveres eran siempre extraordinariamente conmovedores. Allí, por lo común, los enfermos no habían sido rodeados de muchos cuidados. Generalmente, no se había tenido el valor suficiente para retenerlos en la cama. Les habían dejado levantarse y deambular; mejor dicho, habían huido de ellos. Los sillones estaban tumbados como después de una pelea, las mesas no se descansaban ya a plomo sobre sus cuatro patas y el atril del piano estaba roto. Parecía como si se hubieran tirado a la cabeza las partituras de los valses. El muerto, antes de abatirse sobre el piano, había depositado sus deyecciones por todas partes.

En el momento en que Angelo trasponía la puerta, se decía: «Y aquí ¿qué vamos a hacer?» Por encima del hombro de la monja veía aquel interior burgués arado para terribles siembras y a los supervivientes apiñados en un rincón de la sala como monitos ateridos por el frío.

Inmediatamente la monja enderezaba la mesa, levantaba las sillas, volvía a su sitio los sillones, ordenaba las partituras de música. Abría una puerta que daba al dormitorio. Preguntaba: «¿Dónde están las sábanas limpias?» Esas palabras eran mágicas. Le daban la más fulgurante de las victorias. Apenas pronunciadas, se oía en el montón de monitos el ruido de un manojo de llaves. Ese ruido tenía una virtud tan poderosa, que se veía salir del montón a una mujer que enseguida volvía a ser mujer y ama de casa. Algunas, las que tenían mayores señales de desconsuelo en el rostro, titubeaban todavía un poco y, en su embriaguez, incluso llegaban a ofrecerle el manojo de llaves. Pero la monja no lo tomaba nunca. «Venga y abra usted misma el ropero», decía. Luego se hacía la cama muy bien hecha. Hasta que la cama estaba perfectamente hecha no se ocupaban del cadáver. Pero el engranaje de la casa estaba ya nuevamente en marcha y la Muerte podía volver a descargar un golpe diabólico sobre esa familia sin destruir nada esencial.

La monja no era instruida. Casada joven, enviudó también joven, y se enclaustró en aquel convento para los trabajos rudos. Raspaba las zanahorias, pelaba las patatas, leía siguiendo las líneas con un dedo. No era de las principales en la congregación. La verdad era que formaba parte de ella porque habían hecho una excepción gracias a la intercesión de una benefactora. Cuando el convento se mudó huyendo del contagio, la dejaron atrás para que guardara algunas provisiones que no se habían podido llevar de momento.

Le decía a Angelo cuán delicioso le parecía el claustro desierto. Regresaban allí a la caída de la tarde. Hacían aún otra ronda de la ciudad hacia las dos o tres de la mañana, las horas malas. Antes de volver a salir tenían un buen rato de reposo. Comían queso de cabra, dulce de grosella, miel. Bebían vino blanco. Se sentaban en los bancos de piedra del claustro. Dormían allí, a veces de golpe, sin haber tenido tiempo de acostarse, sobre todo la monja, que tenía gran facilidad para conciliar el sueño. Se adormecía en medio de una sonrisa. Sonreía a menudo: a los ángeles primero, luego a los corredores silenciosos del claustro, a

Angelo por último. Cuando tenía tiempo, decía: «Señor, bendíceme.» Pero, las más veces, la frase era bruscamente cortada en dos como por un guadañazo y la monja se ponía a roncar. Tomó en adelante la costumbre de pedir las bendiciones del Señor en cuanto se sentaba en el banco de piedra mientras Angelo traía el pan, el queso y el vino. «Y ahora, Señor, bendíceme», decía.

Angelo fumaba uno de sus pequeños cigarros. Patrullando con su campanilla precedido por la monja, pasó un día delante del puesto de policía al que lo habían llevado el día de su llegada. Estaba desierto, con las puertas abiertas. Pudo ver al fondo el escritorio detrás del cual había estado el hombre de la corbata de faya. Nadie se sentaba ahora allí. «De uno de estos faroles estuve a punto de ser colgado», se dijo. En otra calle vio un estanco. Las ganas de fumar le dieron la suficiente audacia para dejar de tocar la campanilla y decirle a la monja: «Espéreme.» Pidió un escudo de tres francos de sus pequeños cigarros habituales. Le tendieron la caja y le dijeron: «Sírvase.» Pero no quisieron cobrarle. Comprendió que era a causa de la camisa de sepulturero que llevaba. Tan privado había estado de fumar, y tantas ganas tenía de hacerlo, que se sirvió sin ninguna discreción y se llenó los bolsillos. «El oficio tiene sus ventajas», se dijo. Se extrañó también de la tranquilidad con que la monja lo esperaba en la calle. Quería siempre ir al galope y que sonara febrilmente la campanilla. Dijo, simplemente: «¿Qué has hecho?» Angelo le mostró los cigarros. Continuaron la ronda.

Cuando se dio cuenta de que la monja podía sonreír, Angelo lo consideró algo milagroso. Se sentía un poco como un hombre que ve cómo el primer día sucede a la primera noche. Cuando advirtió que sonreía a menudo, primero para sí y luego para él, se arrellanó en la dulzura de aquella sonrisa, que era muy infantil.

La monja no curaba nunca. «Yo me hago cargo de ellos», decía. «Son mis clientes y están bajo mi responsabilidad. El día de la resurrección estarán limpios.»

—Y el Señor le dirá: «Muy bien, mi sargento» —contestaba Angelo.

Ella replicaba:

—Si Dios dice «muy bien», pobre idiota, ¿qué tienes que decir, tú, criatura?

—Pero algunos podrían salvarse —dijo Angelo—; al menos, así lo creo.

—¿Y qué hago yo? —dijo ella—. Salvarlos, ni más, ni menos.

—Quiero decir... devolverles la vida.

—Hace mucho tiempo que están muertos —dijo ella—, todo esto es pura formalidad.

—Pero, madre —dijo Angelo—, yo también estoy lleno de pecados.

—Escóndete, escóndete —dijo ella.

Y se cubrió el rostro con sus gruesas manos. Por último, lo miró entre los dedos y, bajando las manos, dijo:

—Dame un cigarro.

Le había cogido gusto al tabaco muy rápidamente. Parecía predispuesta a gozar de él. Cuando el primer cigarro, no lo hizo como una mujer inexperta y un poco asustada, sino como un hombre que sabe lo que busca y tiene necesidad de ello. La mismísima primera calada pareció llenarla de satisfacción. Angelo le había dado de buena gana el primer cigarro, pero sabía que eran muy fuertes, y miró de reojo la cara que ponía la monja. Ésta ni se inmutó, y sus gruesos labios se abrieron lentamente para dejar pasar una bocanada de humo igual que si ya fuera una experta. Como la parte superior de su toca mantenía el humo delante de su rostro, achicó los ojos. Con su nariz de león y su boca golosa, semejaba, a través de la niebla azul, la personificación de alguna sabiduría muy antigua.

Sabía más de lo que parecía. Su vocabulario no era muy extenso. Sólo el del libro que había leído siguiendo las líneas con su dedo. Por lo demás, nunca hablaba mucho. Estaba tan cansada, que hasta le faltaban fuerzas para lavarse las manos. «Basta con lavar a los muertos», decía. En efecto, sus manos, grandes y muy gruesas, tenían la piel desleída y blancuzca de las lavanderas. Una especie de mugre blanca formaba una aureola alrededor de sus uñas y manchaba el pliegue inferior de sus falanges. En cambio, el cansancio excitaba a Angelo y lo inducía a hablar. Siempre estaba rascándose alguna mancha de los pantalones. Una vez, hasta lavó su camisa en el balde del pozo. La monja no tocaba las costras que endurecían su hábito. Sus mangas, muy amplias, que se habían ensuciado de mil deyecciones, estaban rígidas como el cuero. Colocaba sus manos abiertas sobre las rodillas. En esta actitud parecía una enorme roca rectangular y rechoncha, una de esas enormes piedras que los arquitectos destinan a los cimientos de los edificios. Fumaba sin tocar el cigarro con las manos, sosteniéndolo entre los labios hasta que se terminaba. Decía apaciblemente para sí misma: «¡Aleluya! ¡Gloria a Ti, Dios mío! ¡Alabadas sean las milicias celestiales! ¡Santísima Trinidad! ¡Dios creador del universo, ayúdame! ¡Dios eterno y verdadero!» E inmediatamente después hacía una larga pausa durante la cual, a menudo, se dormía. Angelo, que la vigilaba, le retiraba entonces de la boca lo que quedaba del cigarro.

Una vez dijo también: «¡Virgen Inmaculada!» Y luego, enseguida: «¡En marcha!»

Siempre se ponía en marcha como movida por una súbita inspiración. Era preciso obedecerla sin dilación. No esperaba. Rabiaba, y la rabia la hacía atragantarse como un pavo real. En esas ocasiones soltaba una retahíla de palabras sin ninguna relación entre sí, las primeras que se le ocurrían, de lenguaje hecho de palabras sin ninguna relación entre ellas, enfiladas las unas detrás de las otras, casi gritando; terminaba conminándolo a apresurarse con frases en las que se mezclaban los lamentos y los rugidos. Angelo estaba literalmente seducido. Sólo pensaba en ella.

Algunos días después de haber bajado de los tejados, y ya adaptado a la nueva situación, Angelo le preguntó a la monja si conocía a un tal Giuseppe. Cabía en lo posible. Cuando salía a pedir limosna. Pero no salía a pedir limosna. Su orden no salía a pedir limosna. Era un convento de damas ricas. Ella, la monja, se ocupaba de la cocina. Y tanto conocía al tal Giuseppe como a Perico de los Palotes. ¿Quién era ese Giuseppe? Un refugiado italiano. Más exactamente, un piamontés. ¿Qué era en la ciudad? ¡Oh!, nada. Más bien todo lo contrario, pues trataba de pasar inadvertido. Era zapatero. Vivía muy sencillamente, solo, sin hablar con nadie. Bastantes cosas tenía para hablar consigo mismo. La última vez que Angelo lo había visto, hacía ya un año, era de noche. Todo lo que podía decir era que vivía en una habitación en una gran casa en la que se alojaban también, como en un cuartel, algunos curtidores y sus familias. ¿Así que era zapatero? Todo lo que la monja pudo decirle fue que la congregación hacía remendar sus zapatos por un tal Jean, que también era italiano. No, no era ése. ¿Y por qué buscaba al tal Giuseppe? Era muy largo de contar. Entre otras razones, porque Giuseppe estaba en contacto con la madre de Angelo. ¿Qué contactos? Bueno, ella era del Piamonte, aunque no tenía ningún parentesco con un zapatero. Mi madre es joven y muy bella. ¿Es una duquesa? ¡Ah, bueno! Está en contacto con Giuseppe porque yo voy siempre de la Ceca a La Meca por caminos, montes y valles. Le escribe y le envía dinero para mí a Giuseppe, que, en cierto modo, es mi tesorero. ¡Ah, ya! No, no sabía quién era Giuseppe. Era la primera vez que oía hablar de él.

Angelo se decía que quizá al recorrer las calles se encontrara con Giuseppe. Pero ahora las calles estaban desiertas. Sólo de vez en cuando encontraba a algún hombre con blusa blanca mientras precedía a la monja con su campanilla.

Sólo muy raramente pensaba en Giuseppe. Ya no tenía necesidad de lo que pudiera darle. Se decía: «Todo va bien.» Andando por las calles, por las habitaciones, entre cadáveres, se decía: «Todo va bien.» No podía reflexionar acerca de nada y sus pensamientos se resistían a multiplicarse por sí mismos. Ayudaba a lavar a los muertos y metía su cepillo de grama en los baldes de agua caliente. Hacía mucho tiempo que el ruido de la grama al frotar las pieles apergaminadas ya no le asombraba. No tenía siquiera la preocupación de salvar a nadie. Sabía que, en definitiva, se consigue fácilmente lavar un cadáver de manera perfecta. Experimentaba una alegría interior que había buscado siempre sin hallarla jamás. Ni siquiera el barón le había dado esa satisfacción espiritual. Al darle la estocada, al sentir que le hería en el punto justo, había tenido un breve instante de satisfacción intensísima, pero estaba muy lejos de aquella dicha.

Estaba del lado bueno del cólera.

—¡Qué orgullo! —dijo de repente una noche.

—¡Ah, raza de papa! —dijo dulcemente la monja—. ¿Es eso lo que has sacado en claro? —Y se cubrió el rostro con sus gruesas manos. Luego le pidió un cigarro.

Aquellos recorridos nocturnos, a las tres de la madrugada, a través de una ciudad asolada por la epidemia, eran de lo más lúgubre. La mayor parte de los faroles estaban apagados. Apenas si continuaban alimentando unos pocos. Angelo llevaba una linterna. Sólo agitaba su campanilla durante períodos muy espaciados, entre los cuales se extendía un silencio que el gorjeo de los ruiseñores y el paso pesado de la monja frotando sus gruesos zapatos contra el pavimento hacía más profundo aún. La noche facilitaba el egoísmo de todos. La gente bajaba sus muertos a la calle y los dejaba en la acera. Tenía prisa por deshacerse de ellos. Incluso los dejaban delante de otras puertas. Se libraba de ellos de la manera que fuera. Lo importante para la gente era desembarazar de cadáveres, lo más pronto y lo más completamente posible, su casa, en la que volvía a encerrarse a toda prisa. A veces, más allá del halo de la linterna, en la semioscuridad, Angelo veía huir algunas formas pálidas, ágiles como los animales que saltan en las espesuras de los bosques. Algunas puertas se cerraban lentamente y rechinando. Se echaban los cerrojos. Nadie los llamaba. La campanilla que Angelo agitaba de vez en cuando sonaba en un vacío puro. Nadie necesitaba ayuda. La noche permitía a cada cual arreglárselas por sí solo. Todos lo hacían de la misma manera. Nadie parecía capaz de hallar una mejor.

—¿Es que no se querían? —dijo Angelo.

—¡Dios mío, no digas eso! —dijo la monja.

—En una ciudad como ésta, por fuerza tenía que haber muchas personas que quisieran a otras, ¿no?

—¡No, no! —dijo la monja.

A menudo, cuando Angelo hacía sonar su campanilla, los hilos de luz que encuadraban algunos postigos se apagaban. Los gemidos y las quejas cesaban bruscamente. Imaginaba manos que de repente tapaban bocas.

Lavaban los cadáveres abandonados. No podían lavar todos los que encontraban cada noche; los había en todos los rincones. Unos estaban sentados (los habían puesto expresamente en la actitud de alguien que descansa); otros, tirados de cualquier manera, estaban disimulados debajo de basuras e incluso en estercoleros. Algunos estaban hechos un ovillo en quicios de puertas, otros tendidos boca abajo en medio de la calle, o de espaldas, con los brazos en cruz. Era inútil llamar a las puertas delante de las cuales se encontraban. Nadie los conocía. Los barrios intercambiaban subrepticiamente sus cadáveres. En el curso de sus recorridos, Angelo y la monja oían los leves sonidos indicadores de ese transporte solapado. Un cadáver era llevado entre dos personas: mientras una le sostenía la cabeza, la otra le cogía las piernas como si fueran las vacas de una carretilla; una mujer arrastraba a su marido por el pavimento; un hombre llevaba a su mujer como un saco de trigo sobre la espalda. Todos se deslizaban en la sombra. Mandaban a los niños a que rompieran los faroles a pedradas.

Angelo agitaba su campanilla. «Vamos», se decía, «salid, salid, poned pies en polvorosa; haced vuestro juego.» Caminaba a pasos lentos, sin prisa, delante de la monja, que avanzaba pesadamente como sobre dos pilares de iglesia. Tenía el derecho de despreciar.

Sólo lavaban a los más sucios. Los iban colocando junto a una fuente a medida que los encontraban. Los desnudaban. Los frotaban con mucha agua. Y los dejaban a punto para que de día los recogieran.

Era perfectamente inútil. Friccionar a los moribundos también era perfectamente inútil. El pobre mediquillo no había salvado a nadie. No había remedio. Al principio de la epidemia se había visto morir como moscas a enfermos en torno de los cuales todo el mundo se abnegaba; otros, que se habían escondido para ocultar sus cólicos, salían de sus escondites tan campantes. La selección se hacía en otra parte.

«Si me toca morir», se decía Angelo, «tiempo tendré de asustarme cuando vea que me voy al otro barrio. Ahora el miedo no es conveniente.»

Cuando estaba en una plaza desierta, en plena noche, en aquella ciudad tan completamente aterrorizada en la que la más innoble cobardía parecía natural, solo con la monja y frente a cuatro o cinco cadáveres desnudos, alineados dentro del halo de su linterna, que lavaban con agua que él iba a buscar a la fuente, se decía: «No puede acusárseme de vanidad. Nadie me ve y lo que hago es perfectamente inútil. Sucios o limpios, se pudrirán igual. No puede acusárseme de tratar de ponerme medallas. Pero lo que hago me da jerarquía moral. Sé que valgo más que esa gente de buena posición social, a la que todo el mundo llama "señor", que ahora arroja a sus seres queridos al estercolero. Lo importante no consiste en que los demás sepan y hasta reconozcan que valgo más. Lo importante es que yo lo sepa. Pero soy más exigente que ellos. Exijo de mí pruebas incontestables. Ésta es, por lo menos, una.»

Gozaba sintiéndose superior, y tenía horror por la vanidad. Se sentía dichoso.

Evidentemente, el ruido del estropajo de cáñamo frotando aquellas pieles que el cólera había vuelto acartonadas y sonoras, unas pieles en tensión sobre cuerpos de carnes calcinadas, era bastante difícil de soportar por quien tuviera un poco de imaginación. También es evidente que la temblorosa llama de la linterna no cesaba de dar vida a las sombras. Un alma romántica no podía dejar de sentir cierta exaltación al enfrentarse con estas cosas, que por lo demás eran completamente naturales.

Su orgullo tenía muy poco de innoble. Apenas lo necesario para que fuera humano. Se decía: «He dejado que ese capitán tan grosero se ocupara del cuerpo del pobre mediquillo. Sin duda, lo ha hecho arrojar, como un perro, en la cal viva. Los soldados deben de haberlo arrastrado sin miramientos, tirando de sus piernas. Los veo como si estuviera allí. Y, sin embargo, sentía por ese hombre más que amor: sentía admiración. Lo cierto es que estaba absolutamente dispuesto en cuerpo y alma a enterrarlo con mis propias manos, decentemente. Y hasta a abrazarlo. No, nada me hubiera costado hacerlo. Al contrario, lo hubiera hecho gustosamente. Pero me echaron a tiros.»

Entonces añadía: «Pues hubieras debido responder a esos tiros.» Incluso llegaba a decirse: «Hubieras debido comportarte con humildad, para que no dispararan contra ti. Preferiste ser arrogante con el capitán. ¿No hubiera sido la mejor demostración de que tienes un alma verdaderamente superior no contestar a sus insolencias, no ceder? No cedes a los demás. ¿Pero es que acaso basta eso? Es a ti a quien no debes ceder. Cediste al placer inmediato de contestar a un insolente con una insolencia. En eso no hay ninguna fuerza. Hay debilidad, puesto que ahora sientes remordimientos de no haber cumplido un deber que te habías impuesto o, seamos francos, un acto que te haría merecedor de tu propia estima. En realidad, al pobre mediquillo le importáis un bledo tú y esas manos con las que lo querías enterrar. Con cal viva o sin ella, las

manos de los soldados hicieron lo que debían hacer. Lo que a él, al mediquillo, le importaba de verdad, era curar al menos a un enfermo. ¡Con qué conciencia buscaba a los últimos! ¿Pero acaso digo lo que realmente debe decirse? Para él, que ha muerto, y para mí, que aún vivo, ¿se trata realmente de un caso de conciencia? ¿Se trataba de un caso de conciencia cuando cabalgaba en su jamelgo por ese valle de Josafat? Era ciertamente la imagen misma de la conciencia, el único ser viviente en medio de los cadáveres que buscaba salvar a alguien. Pero ¿estaba allí para cumplir con su deber o por darse una satisfacción? ¿Se forzaba a esforzarse o sentía placer haciéndolo? Su manera de buscar a los que llamaba *los últimos* detrás de las camas, ¿no era acaso la manera de los perros de caza? Y, si hubiera logrado salvar a alguno, ¿habría nacido su satisfacción de ver simplemente la vida recreada, o de sentirse capaz de recrear la vida? ¿No estaba, quizá, entregado tan sólo a la tarea de ganarse sus títulos de nobleza? Todos los bastardos tratan de hacerlo. ¿No sería por eso por lo que yo lo admiraba, es decir, lo envidiaba? ¿No me quedé a su lado por tratar de conseguir los mismos timbres de gloria que él? Todos los hombres valerosos tienen siempre un pie en cada orilla. ¿Habría abnegación sin el ansia de conseguir una satisfacción personal? ¿Un ansia quizá irresistible? He aquí un santo. Un héroe cobarde, he aquí el ángel. Pero un héroe valiente, ¿qué mérito tiene? Obtiene una satisfacción. Se siente feliz. Son los hombres macho y hembra de que hablan los sacerdotes, que saben de eso: son los que hallan satisfacción en sí mismos. ¿Acaso hay nunca abnegación desinteresada? E incluso», agregaba, «un desinterés total, ¿no es acaso el signo del más puro orgullo?

»Seamos francos hasta el fin», se decía. «Esa lucha por la libertad, incluso por la libertad del pueblo, que he emprendido, por la cual he matado (con mi elegancia habitual, es cierto), por la cual he sacrificado una situación honorable (comprada con buen oro por mi madre, es cierto), ¿la he emprendido verdaderamente porque la creía justa? Sí y no. Sí, porque es muy difícil ser franco consigo mismo. No, porque es necesario hacer un esfuerzo por sincerarse y porque es inútil engañarse a sí mismo (inútil, pero cómodo y habitual). Bueno. Admitamos que la creo justa. Soterremos lo más profundamente posible todo el placer cotidiano de la lucha, todas las ventajas de orgullo y de jerarquía que esa lucha me procura. No pensemos más en ello. Esa lucha es justa y la he emprendido por su justicia. Su justicia... ¿Su justicia pura y simple, o la mayor estima que siento por mí desde el momento en que me entrego a luchar por la justicia? Es incontestable que una causa justa, si me entrego a ella, aumenta mi orgullo. Pero sirvo a los demás. Aunque eso sólo por añadidura. Así pues, la palabra pueblo podría ser eliminada del debate sin inconveniente. Hasta podría poner no importa qué palabra en lugar de libertad, con la única condición de que la reemplace por una equivalente. Quiero decir una palabra que tenga el mismo valor general, que sea tan noble y *tan vaga* como la palabra libertad. ¿La lucha, quizá? Sí, esa palabra puede servir. La lucha. Es decir, una prueba de fuerza. En la que espero ser el más fuerte. En el fondo, todo se resuelve en un "¡Viva yo!"».

Lavaba a los muertos y se decía: «¿No tenemos la monja y yo el mérito de la sinceridad más grande al realizar este acto perfectamente inútil y que, sin embargo, exige tanto valor? Inútil, entendámonos, para el resto del mundo, pero muy útil para nuestro orgullo. Aquí estamos, solos en la noche, haciendo este trabajo repugnante, pero que aumenta nuestra propia estima. No engañamos a nadie. Necesitamos hacer alguna cosa que nos dé jerarquía moral. Nada podríamos hacer que lo manifestara de un modo más evidente. No es posible promover la propia estimación con menos vanidad.»

Estaban realmente muy solos alrededor de las fuentes. La ciudad se movía como un moribundo. Se debatía en el propio egoísmo de su agonía. Detrás de las paredes había rumores sordos como de músculos que se distienden, de pulmones que se vacían, de vientres que se desahogan, de maxilares que crujen. Nada podía pedirse ya a aquel cuerpo social. Se moría. Bastante tenía que hacer y que pensar con su muerte.

La linterna sólo iluminaba un pequeño espacio, justo los cuatro o cinco cuerpos tendidos y desnudos con los que Angelo y la monja se afanaban por su propia cuenta. Más allá sólo había rumores sordos agitados y el roce de las hojas de los olmos y los sicómoros agitados por el viento y los pájaros.

La gran preocupación de la monja era preparar los cuerpos para la resurrección. Para esa ocasión los quería limpios y decentes. «Si se levantan con las nalgas llenas de porquería», decía, «¿cómo quedaría yo delante del Señor? Me diría: "Estabas allí y sabías lo que había que hacer; ¿por qué no los limpiaste?" Soy una criada. Cumplo con mi oficio.»

Se quedó muy cortada una noche en que luego de haber arrojado un balde de agua sobre un cadáver, éste abrió los ojos, se sentó y preguntó a qué venía aquello.

Era un hombre todavía vigoroso. Había tenido un síncope colérico y lo habían dado por muerto. Sus parientes lo habían dejado en la calle. El agua fría lo había hecho volver en sí. Preguntaba por qué estaba desnudo, por qué estaba allí. Se hubiera muerto de miedo delante de aquella monja gorda que no sabía ya qué hacer con él si Angelo no se hubiera puesto inmediatamente a hablarle con mucho afecto mientras le secaba y lo envolvía en una sábana.

—¿Dónde queda su casa? —le preguntó Angelo.

—No lo sé —dijo—. ¿Dónde estoy? ¿Y usted? ¿Quién es usted?

—Alguien que sólo desea ayudarlo. Estamos en la plaza de los Observantes. ¿Vive por aquí?

—No... No sé por qué estoy aquí. ¿Quién me ha traído? Vivo en la calle Aubette.

—Hay que llevarlo a su casa —dijo Angelo.

—Nos ha engañado —dijo la monja.

—La culpa no es suya, hable en voz baja. Lo creyeron muerto, se lo quitaron de encima. Pero está vivo y hasta diría que fuera de peligro.

—Es un cochino —refunfuñó la monja—. Está vivo y le he lavado el culo.

—No, madre —dijo Angelo—, está vivo, lo cual es estupendo. Cójalo de un brazo y yo lo cogeré del otro. Creo que puede andar. Llevémoslo a su casa.

Vivía en la parte baja de la calle Aubette y se las vieron y se las desearon para llevarlo allí. Comenzaba a darse cuenta de que lo habían dado por muerto y de que había estado mezclado con los cadáveres. Temblaba como una hoja y sus dientes castañeteaban no obstante el calor asfixiante. A cada paso se pisaba la sábana. A cada instante daba saltos como una cabra que Angelo y la monja reprimían abrazándolo. Sus nervios se rebelaban tratando de desembarazarse del miedo. Echaba hacia atrás la cabeza y relinchaba como un caballo.

—¡Cómo me has engañado! —decía la monja, y lo sacudía sin ceremonias, igual que un gendarme.

El hombre, por fin, reconoció su casa y trató de correr hacia ella, pero Angelo lo contuvo.

—Espere —le dijo—, quédese aquí. Voy a subir para prevenirles. No puede presentarse así, de sopetón; ya sabe que las emociones son malas. ¿Quién está arriba? ¿Su mujer?

—Mi mujer ha muerto. Está mi hija.

Angelo subió y llamó a la puerta, debajo de la cual se veía luz. Nadie contestó. Abrió y entró. Era una cocina. A pesar del calor asfixiante, la estufa estaba encendida. Una mujer de unos treinta años, envuelta en chales, se mantenía cerca del fuego. Temblaba de pies a cabeza. Sólo sus ojos, muy abiertos, estaban inmóviles.

—Su padre —dijo Angelo.

—No —dijo ella.

—¿Lo dejó en la calle?

—No —dijo ella.

—Lo hemos encontrado.

—No —dijo ella.

—Está abajo. Lo hemos traído. Está vivo.

—No —dijo ella.

—¡Cuántas tonterías! —dijo la monja desde el umbral—, ¡Con lo sencillo que es! ¡Ahora veréis!

Había soltado el brazo del hombre. Éste entró tras ella, dejó caer su sudario y se sentó, desnudo, en una silla. Su hija se arrebujó en sus chales y se cubrió con ellos el rostro dejando libres tan sólo los ojos. La monja retiró uno a uno los alfileres de su toca. Los sostenía entre los labios mientras se destocaba. Tenía una cabeza redonda y afeitada. Luego cerró la puerta y se dirigió hacia el molinillo de café, arremangándose.

Al dejar la casa volvieron a su tarea. Había otros tres cadáveres cerca de la fuente. Éstos sí que estaban en su punto. Los lavaron y los dispusieron tal como Dios manda.

Una mañana Angelo y la monja estaban como de costumbre en una galería del claustro, tendidos sobre las losas, más abrumados de fatiga que dormidos, cuando el taconeo de unos pasitos decididos resonó en las bóvedas. Era otra monja, delgada y joven. Su hábito estaba limpísimo y era muy elegante. Su toca estaba deslumbrantemente almidonada y era de oro su gran cruz pectoral. No se veía de su rostro sino una nariz afilada y un mentón en punta. La monja gorda se sometió sin rechistar. Juntó las manos y con la cabeza gacha oyó un largo sermoneo dicho en voz baja. Luego siguió a la monja delgada, que había dado media vuelta ágilmente sobre sus taconcitos y se dirigía hacia la puerta.

Angelo observó el incidente con los ojos entornados y atontado por la fatiga. Inmediatamente después se durmió. Cuando lo despertó la quemadura del blanco sol al posarse en su rostro, ya era tarde. Hubiera podido creer que había sido un sueño, pero la monja gorda ya no estaba allí. La buscó. Cansado de hacerlo, salió.

No tenía su campanilla y no sabía qué hacer. Su cabeza y su corazón estaban absolutamente vacíos. Por fin, lo asombró el silencio de las calles. Todas las tiendas estaban cerradas, y todas las casas tenían el cerrojo echado. Algunas puertas y algunos postigos incluso estaban asegurados con maderos cruzados y

clavados. Recorrió una buena parte de la ciudad sin hallar ni un gato ni oír otro ruido que el de un vientecillo que jugaba levantando ecos en los callejones sin salida.

Por fin, en una callejuela cerca del centro, Angelo halló una pañería abierta. Y hasta vio a través de los cristales a un señor bien vestido, sentado tras el mostrador. Entró. La tienda olía a buen terciopelo y a otros olores reconfortantes.

—¿Qué desea? —dijo el señor.

Era muy bajito. Jugaba con los dijes de la cadena de su reloj.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Angelo.

El señor bajito se asombró mucho por la pregunta, pero le respondió sin inmutarse:

—Parece que haya caído de la luna.

Y al mismo tiempo lo miraba de arriba abajo.

CAPÍTULO OCTAVO

Angelo le contó un vaga historia. ¡Por descontado, no ignoraba que había cólera!

«Si quiero que me tenga un poco de consideración», se dijo, «y eso es precisamente lo que quiero, no debo decirle por ningún concepto a este hombre presumido como un gallo que he lavado muertos.»

Se dio cuenta también de que al señor bajito, que por otra parte estaba siempre muy erguido y hasta se inclinaba levemente hacia atrás en su esfuerzo por parecer más alto de lo que era, le daba un tic cada vez que oía la palabra «cólera».

—¿Por qué habla usted siempre de cólera? —dijo por fin el señor bajito—. No es más que un simple contagio. Basta con llamarlo por su nombre sin buscarle tres pies al gato. Esta comarca podría ser salubre, pero aquí todos dependemos en mayor o menor grado de la tierra. Una carretada de estiércol se vende a cuarenta céntimos. Es un precio caro. Nadie tiene ganas de gastarse esos cuarenta céntimos. Durante la noche la gente pone barreras a través de las acequias, les agrega paja de modo que se acumulen en ellas toda clase de basuras y obtiene así estiércol barato. Hasta hay quienes pagan diez céntimos por el derecho de poner cajones enrejados en los desagües de los retretes.

»Esta ciudad está bien aireada. Está regada por ochenta fuentes. Soplan sobre ella vientos del noroeste. Pero el estiércol se vende muy caro, y sin estiércol no hay vida. Háble me usted de contagio y le daré la razón —siguió diciendo el señor bajito, que miraba con admiración las hermosas botas de Angelo—. Pero hablar de cólera exige reflexión. Y hasta —agregó irguiéndose sobre la punta de sus pies para dejarse caer luego lentamente sobre los tacones— diría que prudencia. Porque el caso es que siempre habrá necesidad de estiércol. Tenga en cuenta ese hecho. Y que el contagio pasará. Cólera... es mucho decir, y con palabras como ésa se asusta a la gente. Si se deja que cunda el pánico, nada se podrá hacer.

Angelo balbuceó algo a propósito de los muertos.

—Mil setecientos —dijo el hombre— de una población de siete mil. Pero tiene usted el aspecto de un jinete en apuros. ¿Puedo ayudarlo en algo?

Angelo estaba literalmente encantado con el señor bajito. «Se agita, hace crujir sus botines, pero exteriormente conserva una calma imperturbable», se dijo. «Sigue llevando un cuello limpio y un chaleco cepillado, y en su tienda tiene en perfecto orden hasta los estantes más oscuros. No le falta razón: la mentira es una virtud. El hombre es también un microbio testarudo. Su hipocresía es mucho más útil que mi exceso de franqueza. Hacen falta muchos más tipos como él que como yo para hacer un mundo donde, como dice, siempre se necesitará estiércol. Esta expresión es la prueba misma de su simplicidad, de su solidez de hombre de una sola pieza que nada es capaz de destruir, ni cólera, ni guerra, ni siquiera nuestra revolución. Puede morir, pero no desesperará. Y menos todavía *por adelantado*. En definitiva, que eso es conducirse como hombre de calidad. Saberlo todo o no saber nada conducen al mismo sitio.»

Entretanto le había explicado muchas cosas; por ejemplo, que por fin se habían adoptado medidas radicales.

—Se habrá dado cuenta de que ya no hay nadie en la ciudad. Sólo quedo yo. Todos los demás han ido a instalarse en el campo, al aire libre, en las colinas vecinas. Yo me he quedado porque hacía falta alguien para guardar las provisiones. Tengo bajo mi techo —siguió diciendo con gran prosopopeya— almacenes para mis paños. Desde hace tiempo están llenos de alcanfor. Contra la polilla. Lo cual es perfecto para protegerse de la mosca del contagio. Es una mosquita insignificante.

—Tóqueme usted la mano —dijo Angelo.

—Con mucho gusto —dijo el hombrecito sonriendo—, pero antes métala en ese bote lleno de vinagre.

Angelo se sintió muy ridículo.

Salió de la ciudad balanceando los brazos deliberadamente, como si paseara. La monja estaba olvidada. Masticaba una brizna de menta mientras caminaba.

Las colinas formaban una especie de circo. En sus terrazas estaba reunida toda la población de la ciudad como para asistir a un gran espectáculo. Acampaba debajo de los olivares y de los bosquecillos de encina y entre las matas de terebintos. Por todas partes humeaban fogatas.

Angelo estaba, naturalmente, habituado a los campamentos de soldados. Instalaban pabellones y marmitas y luego... ¡Viva la Virgen! Cantaban, hacían su comida... El campamento era para ellos su sala de estar. Eran unos pobres diablos, pero sabían que no pensar en nada es la mejor protección.

Lo primero que vio Angelo junto al camino fue un biombo plantado bajo unos olivos. Estaba pintado con colores muy vivos, quizá sobre seda. Había estado destinado, seguramente, a alegrar algún rincón oscuro al lado de un hogar. Aquí estaba en pleno sol (el follaje raído de los olivos apenas si daba sombra), un sol furioso. El biombo era de colores brillantes: dorados, púrpuras vivaces y duros azules. En la escena aparecían los guerreros empenachados y los pechos que sobresalían de las corazas de un canto del Ariosto que Angelo recordó en seguida. Estaba instalado al aire libre, al lado de una butaca tapizada, también historiada, en la que estaban amontonados: una caja incrustada de conchillas, una sombrilla, un bastón con mango de plata y algunos chales que el viento había arrojado al suelo y arrastraba sobre la hierba. Al pie del olivo más próximo habían colocado (bien asegurado mediante pedazos de ramas colocados bajo sus patas) un pequeño escritorio muy bien encerado con su reloj de péndulo dentro de un globo, sus candeleros y su elegante cafetera de porcelana cubierta por una funda protectora de faya con trencilla de cintas. En derredor, y en un espacio de siete u ocho metros cuadrados, estaban dispuestos del modo más armonioso: un paragüero, una alta lámpara de pie, un puf, un folgo y una maceta con su planta: una cauchera con un rodrigón de caña. No lejos de allí, y alzando al cielo sus dos varas, de las que colgaban algunas cadenas, estaba la carreta que había traído aquellos muebles, y a su lado el mulo, con su paja y su bosta.

El espectáculo era tan incongruente, que Angelo se detuvo. Alguien golpeó un calientapiés con un bastón. Una muchacha gruesa que debía de haber estado sentada en la hierba se levantó y se aproximó al biombo.

—¿Quién es? —preguntó una voz de mujer vieja.

—Un hombre, señora.

—¿Qué hace?

—Mira.

—¿Qué mira?

—Nos mira a nosotros.

—Buenos días, señora —dijo Angelo—, ¿Todo anda bien?

—Muy bien señor —dijo la voz—, Pero ¿qué le importa a usted? —Y añadió, dirigiéndose a la muchacha —: Vuelve a sentarte.

Luego el bastón se puso a golpear la tierra como una inquieta cola de león.

Había también, por todas partes, familias de artesanos sentadas a la sombra de una pared de piedra o de un talud o de una zarza, o debajo de una encina, con sus niños, sus fardos de ropa y sus cajas de herramientas. Las mujeres parecían un poco sorprendidas, pero ya habían instalado algunos utensilios, tendido cuerdas entre dos ramas y colocado trípodes con sus ollas y, a veces, hasta una hilera de envases dispuestos en orden decreciente de tamaño: harina, sal, pimienta, especias. Los hombres estaban mucho más cariacontecidos. Sus manos permanecían aún anudadas alrededor de sus rodillas. Daban con gusto los buenos días a los transeúntes.

Los niños no jugaban. Había muy poco ruido, aparte del crujido de las hojas abrasadas por el sol al ser agitadas por un viento suave y del que hacía de vez en cuando el propio sol, que era como el rápido crepitar de una llama. Sólo los caballos y los mulos sacudían sus bridones, daban con sus cascos contra el suelo para espantarse las moscas y a veces relinchaban, pero no para llamarse, sino para quejarse de un modo furtivo. Algunos asnos intentaron comenzar un concierto, pero unos cuantos bastonazos dados sobre sus vientres los convencieron de que era preferible rumiar sus rebuznos. Inmensas bandadas de cornejas y de cuervos giraban silenciosamente encima de los árboles. El sol era tan violento, que hacía parecer blancas sus plumas.

Los campesinos se habían instalado mejor. Era evidente que se adaptaban más deprisa. Todos, por lo demás, habían elegido lugares adecuados para acampar: encinas, pliegues del terreno con hierba seca pero larga, bosquecillos de pinos. La mayor parte ya había limpiado de piedras el lugar escogido. Muchos de ellos se dedicaban a cortar ramas de retama que luego llevaban en haces a su sombra. Las mujeres descortezaban los tallos gruesos y trenzaban con ellos zarzos. Los niños, con aire grave y las cejas fruncidas,

sacaban punta a estacas.

Algunas ancianas, que no trenzaban la retama y parecían revestidas de autoridad diplomática, iban, con la sonrisa en los labios, a rondar alrededor de las otras familias so capa de recoger hojas de lechuga silvestre. Los campesinos se organizaban. Hasta habían comenzado a hacer muy cuidadosamente pequeños estercoleros con la pajaza de sus animales.

Tan sólo resultaban un poco incongruentes sus cajones llenos de gallinas, a las que todavía no dejaban en libertad. Los cerdos que, atados de una pata a un tronco, se magullaban tirando de la cuerda que les habían puesto en el jarrete, no gritaban, sólo emitían leves gruñidos, pero aspiraban ruidosamente, moviendo sin cesar los hocicos, los olores que emanaban de aquella insólita actividad. Habían aprendido ya a esconderse debajo de las zarzas cuando pasaba por encima de ellos el ruido de alas de las grandes bandadas de cuervos.

Los carboneros, cuyo canto chirría como el hierro, se llamaban sin cesar y creaban un vacío en el que resonaban sus gritos, un vacío que parecía extenderse a medida que se multiplicaban las respuestas procedentes de árboles cada vez más lejanos. Se oían también algunas voces de niños, que parecían contentos, de mujeres que pronunciaban nombres, de hombres que hablaban a sus animales, y los cascabeles de los perros de caza que habían olido un rastro.

La gente había transportado aparadores, canapés, estufas cuyos tubos procuraban enchufar para atarlos luego a los árboles, cajones llenos de cacerolas, canastas con vajilla y ropa, guarniciones de chimeneas, morrillos y trípodes. Los muebles habían sido instalados en los huertos, bajo árboles aislados y hasta a la intemperie. Era evidente que los habían dispuesto tal como estaban en la habitación de la que los sacaron. A veces hasta los colocaban alrededor de una mesa cubierta con su hule o su tapete y rodeada por cinco o seis sillas o por sillones enfundados. Había entonces una mujer desocupada sentada en una de esas sillas, y no en la hierba, con las manos en las rodillas, y siempre, a su lado o en las cercanías inmediatamente, el hombre, de pie y absorto como un héroe en apuros. No se movían. Semejaban personajes de cuadros vivos con la mirada fija en lejanos problemas personales y el aspecto de ser muy sabios y muy vulnerables.

Otros habían amontonado mercancías, apilado piezas de sacos, tela, cajas; y, apoyados en esos montones, e incluso acostados encima de ellos, hombres, mujeres y niños estaban al acecho.

«¿Encontraré a Giuseppe por aquí, o estará muerto?», se preguntó Angelo.

Reconoció que si Giuseppe había muerto, las cosas se pondrían feas para él.

«¡Sólo me faltaría eso!»

En lugar de quedarse con la monja, debiera haberlo buscado. Pero ¿dónde? ¿Y a quién preguntar? (Volvió a ver la plaza cubierta de muertos, la gente agonizando como moscas en el suelo y el terror de los que había visto correr por las calles como perros; oyó el eco del tambor que precedía a las carretas resonando en todos los barrios). Aquí, en los huertos, al aire libre, se razonaba de otra manera, no obstante las bandadas de cornejas y el sol enloquecido. De todos modos, era cierto que había perdido su tiempo con la monja. Así lo creía. No siempre se hace lo razonable.

Al borde del camino vio una de esas pequeñas balanzas con platillos de cuerno en las que se pesa el tabaco. Estaba tirada en la hierba. Miró a lo alto del talud. Una mujer vieja colocaba algunas cajas contra el tronco de un olivo.

—Señora —preguntó Angelo—, ¿vende tabaco?

—Vendía —dijo ella.

—¿No le queda un poco, aunque esté reseco?

—¿Qué quieres hacer con tabaco seco? —dijo la mujer—. Lo tengo fresco.

Angelo subió por el talud.

Era una vieja avispada. Tenía ojillos de urraca y movía sin cesar las mandíbulas como un insecto burlón.

—Entonces, ¿tiene usted cigarros? —dijo Angelo.

—¡Ah! ¡Eres de los que fuman cigarros! Tengo cigarros para todas las edades, guapo. Si me los pagan.

—Nos arreglaremos para pagárselos.

—Bueno, ¿qué es lo que fumas? —Y se quedó mirándolo—, ¿Anís?

—Eso revuelve las tripas —dijo Angelo secamente.

—Perdona —dijo la vieja—, ¿Tendrás suficiente con medio cigarro, guapo?

—No hable tanto, abuela —dijo Angelo—, y déme una caja.

Una caja era, quizá, un poco exagerado. Sólo que le quedaban cuatro luises. Era indispensable que Giuseppe no hubiera muerto, porque de lo contrario los tiempos iban a ser difíciles. Pero quería demostrarle quién era a aquella burlona mujer.

Ésta buscó en las bolsas que estaba desempaquetando y halló una caja de cigarros que Angelo pagó con

aire de gran señor.

—Usted debe de conocer todo el mundo —dijo.

—Conozco a mucha gente, es verdad.

—¿Conoce a un tal Giuseppe?

—¡Ay, guapo, no conozco a la gente por su nombre! ¿Qué aspecto tiene el tal Giuseppe y cómo lo llaman familiarmente? ¿Tiene un sobrenombre?

—No sé si le dan algún sobrenombre. Quizá el Piamontés. Es alto, delgado, moreno y con los cabellos rizados.

—¿Piamontés? No, no conozco a ningún piamontés. ¿Moreno, dices? No. ¿Sabes si ha muerto?

—Lo que más me alegraría es saber que está vivo.

—Eso mismo les pasa a muchos. Pero hay bastantes posibilidades de que el tal Giuseppe esté criando malvas. Todo el mundo se muere en estos tiempos, ¿has visto?

—No exactamente todo el mundo —dijo Angelo—; aún quedamos unos cuantos.

—¡Ah, sí, porque somos buenos! —dijo ella.

Mientras hablaban llegó una mujer a comprar rapé. Era una criada. Daba muestras de no estar en su elemento en aquellos campos.

—¡Vaya...! —dijo la vieja—. Aquí tienes a alguien que acaso pueda informarte sobre el tal Giuseppe.

—Señora María —dijo la criada—, déme un poco del fino. No muy seco, si puede.

—Se puede siempre, palomita mía. Pásame la bolsa, ahí, a tu izquierda, a tus pies. ¿Cómo te van las cosas?

—Procuro ir tirando, lo cual no es fácil.

—¿Dónde paras ahora?

—Estoy con los Magnan, allí, bajo los robles.

—¿Les haces la comida?

—No se trata sólo de eso —dijo la mujer, que miró a Angelo con ojos arrogantes—. Es que el aire libre me asusta. Necesito compañía. Ésa u otra, ¿comprende?

—¡Hombre, a lo mejor os entendéis! Este mozo necesita compañía. Busca a un tal Giuseppe.

La mujer, con las manos en las caderas, se ajustó el corsé a la cintura.

—¿Quién es Giuseppe? —dijo.

—Un hombre, palomita mía —dijo la vieja.

—Es un amigo al que estoy buscando.

—Todo el mundo busca a un amigo —dijo la mujer.

Vaciló entre recoger los cabellos que le caían sobre la frente y aspirar un poco de rapé. Miró a Angelo de arriba abajo y se decidió por el rapé.

Entonces llegó un hombre. Levantó las ramas bajas del olivo.

—¡Vaya!, ¿qué haces aquí? —dijo la criada.

—Ya lo ves... Señora Marie —agregó dirigiéndose a la vieja—, necesito tabaco. ¿Ha podido poner un poco de orden en este desbarajuste?

—¡Hombre, Cléristin! —dijo la vieja—, ¿Ya has encontrado un rincón para tu mulo? Aún no tengo tu tabaco a mano. Me lo has puesto todo patas arriba. Tu tabaco está allí, en esas cajas. ¿Quieres buscarlo, o prefieres probar otro? Es el momento de probar, guapo.

No tenía nada de guapo. Era un tipo grueso y macizo, patituerto y con los brazos largos como los de un mono. Pero su mirada era inteligente.

—Este joven busca a un tal Giuseppe —dijo la mujer.

—¿Giuseppe qué? —preguntó.

—Giuseppe, eso es todo —dijo Angelo.

—¿Qué hace?

—Es zapatero.

—No lo conozco —dijo el hombre—. Tendrías que ver a Féraud.

—¡Pues es verdad! —dijo la mujer.

—Es zapatero, todos se conocen.

—¿Dónde está Féraud?

—Sube hasta los pinos. Está un poco más arriba, en los enebros.

Un camino ascendía de terraza en terraza. En esos rellanos sostenidos por pequeños muros de piedra los troncos retorcidos de los olivos crepitaban silenciosamente como enormes chispas negras. Tenían un follaje más ligero que la espuma del agua y que conservaba en el dorso de las hojas un resto del color de ópalo que

el sol acababa por borrar. Bajo ese abrigo transparente como un velo de seda la gente acampaba en pequeños grupos. Estaban comiendo. Era más o menos mediodía.

Los pinos que le habían sido señalados por el hombre rechoncho que no tenía nada de guapo estaban en lo alto de la colina, muy por encima de los rellanos. Angelo preguntó dónde podría comprar pan. Le dijeron que se desviara un poco a la izquierda, hacia los cipreses. Al parecer, había allí un panadero que había montado un horno de campaña.

Mucho antes de llegar a los cipreses notó un agradable olor a masa de pan. Un humo azul muy perezoso, y al que la deslumbrante blancura del sol daba un insólito brillo, indicaba también el lugar.

El panadero, con el torso desnudo, estaba sentado al pie de los cipreses, en el lugar donde la sombra era mayor. Dos manos enharinadas se apoyaban en sus rodillas. Era un hombre de unos cincuenta años, muy flaco. Su pecho, en el que se formaban profundos surcos entre las prominentes costillas, estaba cubierto de pelos grises.

—Llega en el momento oportuno —dijo—, voy a deshornar. Aunque no sé qué va a salir; tanto puede ser pan como galleta.

Claro que también podría ser una porquería. Es la primera vez en mi vida que trabajo en estas condiciones.

Había hecho una especie de horno parecido a los que se utilizan para hacer carbón vegetal. Cubierto de matas de hierba, el horno dejaba rezumar un humo azul, de un azul puro, y muy espeso, que subía lenta y rectamente, se reunía en haces a algunos metros por encima del follaje de los olivos y continuaba subiendo, siempre lentamente, como una columna, reverberando al recibir los rayos del sol, hasta muy arriba en el cielo, donde, antes de diluirse en el temblor del calor blanco, estallaba en una miríada de espejuelos como los que se usan para cazar alondras.

—Que sea lo que Dios quiera —dijo Angelo.

—Es lo que debemos decirnos —dijo el hombre.

Angelo miró una bandada de cornejas que, a mayor altura aún que la cumbre de la colina, se dejaba mecer por leves ráfagas de viento. Los pájaros de alas inmóviles danzaban emparejados, se deslizaban, se aproximaban, se superponían, se separaban como granos de avena arrastrados por las aguas aterciopeladas de un arroyo.

—Esos sí que son felices —dijo el panadero.

—Así es —dijo Angelo—, En fin, quizá el mal empiece a remitir.

—No parece que vayan por ahí los tiros.

—¿Cómo van las cosas?

—Todo sigue igual.

—¿Aún hay casos?

—Si hay que dar crédito a lo que uno ve... Y no hay razón para no darlo.

—La gente parece un poco embrutecida, pero vive.

—En la ciudad estaba tan embrutecida como aquí, pero allí se escondía. Sólo se veían los muertos. Reconozco que aquí no se ven muertos, lo cual es una suerte. Pero mire allá abajo, hacia ese lado, en el fondo de ese pequeño valle que se pierde en el interior de las colinas, y verá un prado entre plátanos. ¿Ve esas tiendas amarillas? Es una enfermería. Y allá, en el barrio de Saint-Pierre, entre los cerezos, más tiendas todavía, es decir, otra enfermería. Y allá, hacia el norte, más tiendas aún: otra enfermería. Si hubiera estado descansando al pie del ciprés como yo desde que el horno está encendido, habría visto que allá abajo no paran de acarrear gente. He contado más de cincuenta desde esta mañana. Y bien, dígame, cincuenta no es moco de pavo, ¿verdad?

—No puede cortarse de repente.

—No sé si puede cortarse o no, pero sé lo que es capaz de hacer. ¿Y allá arriba? —Señaló las espesas bandadas de cornejas, que se habían puesto a girar en el carrusel del viento encima de la colina. De ahí llegaba un sonoro rumor, como si se agitaran muchos abanicos—. Son más inteligentes de lo que se cree esos avechuchos. Saben lo que les conviene, no lo dude. No están ahí porque sí. Es inútil que dispare contra ellas. Se quedarán hasta que coman.

«Hay algo de verdad en lo que dice», pensó Angelo. Pero tenía hambre y el olor de la hornada era exquisito.

—He amasado en una artesa que había servido para dar de comer a los cerdos —dijo el panadero—. La he limpiado bien, desde luego. La encontré en aquella pequeña cabaña. Le dije a mi mujer: «Es la cabaña de Antonin. Me juego lo que quieras a que hay una artesa.» Vamos, que me aburría... «Voy a hacer pan», me dije. Por lo demás, resultó una buena idea; la gente viene por pan. «Lo primero que hay que hacer es lavar

esto con mucha agua», me dije. Pero precisamente ahí está el problema. ¿Ha ido ya a la fuente?

—No.

«Debe de ser, en efecto, un problema», se dijo Angelo. «Pocas fuentes habrá en estas colinas.»

—Si no ha ido aún, le indicaré el camino. Así se dará cuenta del trabajo. ¿Ve usted aquella encina, allá? Bueno. Todo recto hacia arriba, ¿ve ese bosquecillo de sauces? Allí es. Terreno arcilloso. El agua es buena, nada hay que decir, clara, no muy fresca. Hay bastante. ¡Pero está allá! Para ir y volver con los baldes llenos se necesita más de media hora. Mi mujer, nuestra hija y yo fuimos más de veinte veces. Y no estábamos solos, como puede ver.

En efecto, a la sombra de los sauces se veía el rojo, el azul, el verde, el blanco, de chambras, sayas y delantales; aquellos colores desaparecían en cuanto la gente salía de la sombra al pleno sol, donde sólo se distinguía el brillo de los baldes de agua al lado de pequeñas siluetas calcinadas.

Los panes que finalmente sacó del horno el panadero eran aplanados como galletas y estaban muy irregularmente cocidos.

—Nunca se puede estar seguro de las hornadas con este sistema —dijo—. La anterior era pasable; ésta no vale un comino. Déme usted un buen horno de mampostería. Pero tuvo que meterse la tiña en nuestras casas. ¡Estamos aviados! ¿Qué puedo pedirle por eso? Déme lo que quiera. Digamos diez céntimos y llévese tres o cuatro.

Mientras hablaba no dejaba de colocar cuidadosamente las hogazas calientes sobre un lecho de tomillo, al que el calor arrancaba un olor exquisito, ni de observar a su alrededor para ver si llegaba aquel aroma a los acampados.

Angelo cogió una galleta y echó a andar mientras se enfriaba.

Un poco más arriba, en la orilla del bosque de pinos, halló una pequeña familia muy decorosa, que almorzaba silenciosamente; miraban el vasto paisaje y masticaban despacio sus bocados. Había un hombre muy rubio entrado en carnes, y una mujer fornida pero maternal de los pies a la cabeza, como suele ocurrir con las que tienen ese tipo. La mujer tenía sobre sus rodillas a una niñita delgada, pálida y de ojos soñadores. Las pecas que rodeaban su naricita agrandaban sus pómulos igual que un antifaz veneciano y les daban la morbidez de la alegoría de la Primavera de Botticelli.

«¡Atención!», se dijo. «Esa criatura es para sus padres la niña de sus ojos. Si supieran que voy a sentarme cerca de ellos para gozar de la vista de ese hermoso rostro mientras como mi pan seco, imaginarían no sé qué, quizá que les chupo su propia vida.»

Y se sentó displicente al pie de un pino. Se apoyó en el tronco. Se puso también a masticar despacio sus bocados ante el vasto paisaje. Sólo miraba el rostro de la niña de reojo y de vez en cuando. A pesar de sus precauciones, sus ojos se cruzaron varias veces con los de la madre y hasta con los del padre. Habían adivinado su juego de un modo instintivo y, sin saber exactamente por qué, no veían en él nada bueno. Por el contrario, desconfiaban. La mujer sostenía a la criatura como un cirio y, según las miradas, la pasaba de una rodilla a otra.

Al pie de la colina estaba la ciudad: una concha de tortuga sobre la hierba. El sol, un poco oblicuo ahora, cuadriculaba con líneas de sombra el escamado de los tejados. El viento entraba por una calle y salía por otra arrastrando columnas de polvo. Algunos postigos rechinaban en sus goznes y luego crujían despertando ecos que ponían en evidencia el ominoso vacío de las casas.

Más allá de la ciudad se alzaba una meseta cubierta de hierba amarilla, tachonada de grandes manchas de herrumbre. Eran campos de trigo en los que no se había recogido la cosecha; ya no se recogería, porque sus propietarios habían muerto. Más lejos, un Durance que parecía de piedra y de huesos se arrastraba sobre el vientre serpenteando, sin una gota de agua. El horizonte estaba obstruido por un encaballamiento de montañas. Por los caminos no circulaba un alma.

También estaban desiertos los caminos de la esperanza. El cielo parecía de yeso, y el calor era como de goma. El viento seco, que no soplaba, pero aplastaba, olía a macho cabrío y a otras cosas terribles.

Angelo atravesó el bosque de pinos. Algunas familias se habían instalado al amparo de los árboles. Estaban agrupadas, separadas las unas de las otras y silenciosas. Allí también pudo ver algunas miradas encantadoras y algunos rostros bellos que sin razón aparente, a causa de la arquitectura de la carne, resultaban tranquilizadores. Las familias estaban celosas de esos rostros y se apretujaban rodeándolos como perros hambrientos. A vecinos y transeúntes apenas si les dedicaban sonrisas forzadas que, sobre todo, mostraban los dientes.

Así pues, la gente estaba agrupada en esta actitud y en silencio. A veces alrededor de un hombre que, sin ser hermoso, por su buena planta daba una impresión de solidez, una especie de garantía de duración. Otras veces se trataba de mujeres. Algunas, de mucha edad, tenían rostros que llenaban de paz. Uno no se

cansaba de contemplar sus bocas y sus ojos, que nada parecía capaz de perturbar y sobre los cuales pasaba y repasaba la sombra verde-gris de las ramas de los pinos. Otras eran mujeres jóvenes cuyos cabellos, ojos, tez y ademanes parecían hechos de materias preciosas y, por lo tanto, imputrescibles. También había niños que, porque no se reían, tenían un aire profundo, abrumado de ciencia.

Más arriba del bosque de pinos, Angelo oyó gemidos y sollozos. En medio del profundo silencio que los rodeaba, le recordaron el murmullo de una fuente solitaria. Procedían de dos hombres que cuidaban de un tercero tendido al pie de una carrasca. Los tres lloraban.

Angelo se ofreció a ayudarlos, pero lo rechazaron fríamente. Era evidente que se trataba de los primeros síntomas de un ataque de cólera, y los dos hombres se las arreglaban bastante bien. Angelo comprendió que sobre todo temían ser denunciados y que el enfermo fuera llevado a la enfermería.

«Aprende, pues, a tener un poco de egoísmo», se dijo; «es muy útil y te evitará pasar por imbécil. Esos dos te han mandado al cuerno con toda la razón. Se ocupan de un asunto que sólo les importa a ellos y lo manejan como quieren. No tienen ningún deseo de que les compliques la vida. El enfermo la diñará más pronto o más tarde, y entonces dejarán de llorar y sólo pensarán en desembarazarse de él. ¿Crees que la generosidad es siempre buena? Nueve veces de cada diez es una descortesía. Y nunca es viril.»

Esas reflexiones le tranquilizaron mucho, y continuó subiendo la colina hacia el bosquecillo de pinos donde debía de encontrarse el hombre que quizá supiera el paradero de Giuseppe.

Se oyeron unas exclamaciones. Esta vez no se trataba de gemidos, sino de gritos de cazadores. Dos o tres hombres se habían levantado y miraban hacia el fondo de un barranco. Angelo se aproximó y vio a un grupo de gente que corría entre las zarzas.

—Apuesto a que es una liebre —dijo Angelo.

—Perdería la apuesta —le dijeron—. Además, con este calor las liebres no son tan idiotas. Se quedan quietas.

Los hombres miraron a Angelo con una conmiseración, que aunque evidentemente no tenía mayor trascendencia, lo mortificó mucho. Pretendió que en su país las liebres corrían a pesar del calor.

—Entonces tienen la suerte de tener liebres especiales —le dijeron con ironía—. Las nuestras son corrientes y molientes. Se trata, simplemente, de que un viejo chocho se ha escapado y sus familiares corren tras él. Lo extraordinario es que estaba paralítico y lo trajeron aquí en un sillón, y ahora les hace correr de lo lindo.

En efecto, allá abajo se veía a un anciano que corría cojeando entre los matorrales. Sus perseguidores lo alcanzaron. Hubo una lucha confusa de la que surgían unos chillidos de mujer. Se pusieron a parlamentar haciendo muchos ademanes. Por fin, dos hombres hicieron silla juntando sus manos, instalaron en ella al viejo y volvieron a subir.

Pasaron al lado de Angelo. Era un viejo campesino con cabeza de águila. Sus ojos vivaces no se apartaban de la ciudad. Fumaba un cigarrillo que le habían dado para calmarlo.

Su hija corrió a su encuentro. Le dio las gracias a todo el mundo. No cesaba de manifestar su agradecimiento y de decir: «Pero ¿por qué, padre? ¿Qué tiene usted?» Vio el cigarrillo.

—¿Ya les ha dado las gracias, padre? —preguntó.

—Los he mandado a paseo —le respondió.

Y se atragantó con sus babas y con el cigarrillo, que se puso a masticar furiosamente como si fuera una brizna de hierba.

El bosquecillo donde se habla instalado el tal Féraud estaba, en primer lugar, bien situado, cerca de la cima de la colina y ventilado por el aire que subía por la ladera. En segundo lugar, era el único campamento verdadero que había visto hasta entonces. Habían limpiado cuidadosamente de maleza el espacio existente entre los árboles y colocado, de un tronco al otro, zarzos de ramas entretejidas de un palmo de altura. En el recinto así formado habían amontonado agujas de pino, y cuando llegó Angelo, tres mujeres extendían sobre ese colchón una hermosa sábana blanca. Otras dos sábanas dobladas manifestaban que pensaban hacer allí una cama como es debido. Dos de las mujeres tenían poco más de veinte años y eran sin duda las hijas. La otra era la madre, y las tres estaban vigorosamente entregadas a su labor.

En cuanto al tal Féraud, había instalado su taller en la orilla del bosquecillo, mitad a la sombra y mitad al sol. Estaba sentado tranquilamente dando forma a una suela de zapato con la chaira. Canturreaba.

Era un hombre de mirada juvenil no obstante su barba blanca.

Sabía dónde estaba Giuseppe.

—¿Ve esa colina plantada de almendros?

—¿La otra colina, pues, aquélla?

—Sí. Ahí está. Probablemente un poco más arriba, hacia las carrascas.

—¿Está seguro?

—Absolutamente. Vaya usted allá y lo encontrará. En cuanto llegue a la colina de los almendros, pregunte a cualquiera. Le indicarán el camino.

—¿Usted conoce bien a Giuseppe?

—Muy bien.

—¿Cómo se llega a ese sitio?

—Es fácil. Baje hasta el ciprés.

—¿Donde está el panadero?

—Exactamente. Una vez allí, ande cien metros hacia la derecha y se cruzará con un camino. Tómelo y sígalo. ¿Le dan miedo las enfermerías?

—No.

—Pasará junto a ellas. Debe seguir siempre ese camino. Es aquél. ¿Lo ve? Suba. Desembocará justo en los almendros. Pregunte por Giuseppe al primero que vea y le dirá dónde está.

Por último, dejó su zapato en la hierba y dijo:

—¿Para qué busca a Giuseppe?

—Somos parientes —dijo Angelo.

—¿Su parentesco tiene algo que ver con Italia?

—Sí —dijo Angelo—, algo tiene que ver.

Féraud llamó a su mujer.

—Es el señor que Giuseppe espera desde hace tanto tiempo —dijo.

—¿Tiene sed? —le preguntó a Angelo la mujer de Féraud, que se había acercado con los brazos en jarras.

—No he bebido desde hace dos días —contestó Angelo—. Tengo la boca como si fuera de hojalata.

—Tanto mejor —dijo la mujer—. Hoy día tener la boca de hojalata quiere decir tener el estómago acorazado. Era la preocupación de Giuseppe. Todo el día estaba diciendo: «Seguro que beberá lo que no debe. No podrá contenerse. Y eso lo matará.»

—El beber no me ha matado —dijo Angelo—. Bebía vino si podía. Si no, pasaba sed.

—No le daré vino, pues no tenemos, pero le daré agua hervida y vuelta a hervir. Y sólo media taza. ¿Sabe lo que hay que hacer? Se lo repito a cada instante a éstos —dijo señalando a su marido y a sus hijas —. Se burlan de mí. Hay que habituarse a hacer saliva y no beber sino la propia saliva. Actualmente, quien bebe su saliva no se muere.

—No se muere, pero revienta de sed —dijo Féraud.

—Te digo que voy a darle media taza. Ahora que ha llegado el señor que esperaba Giuseppe, no es el momento de que se nos escape de las manos, ¿verdad?

Aquella familia estaba muy unida, y pronto las hijas, que acababan de hacer la cama sobre las agujas de pino, se aproximaron para acariciar la barba de su padre. Éste ronroneaba entre las dos, que se le hablan colgado de los hombros. La madre parecía llevar con mucha energía las cosas del hogar, pero en realidad se la metían en el bolsillo con cuatro arrumacos que, visiblemente, le daban gran gusto. Sin embargo, no se olvidó de darle a Angelo la media taza de agua hervida que le había prometido.

Por último, le invitaron a cenar. No era gran cosa pero le supo a gloria aquel estofado de patatas con carne de cordero. A un centenar de metros a su izquierda se había instalado un carnicero que mataba los animales que podía. Angelo se enteró de muchísimas cosas.

Parecían sentir mucho aprecio por Giuseppe. Aprecio quizá fuera poco. Y el caso era que Giuseppe tenía, con unos meses de diferencia, la misma edad que Angelo. Eran hermanos de leche. Y Féraud era un hombre reposado, de barba blanca, aunque, es cierto, de mirada soñadora. Angelo indagó varias veces si era verdaderamente de su Giuseppe de quien se hablaba.

—Un hombre delgado, que cruje como un haz de madera seca.

—Exactamente.

—Un labio delgado.

—El de arriba. Fino como una navaja.

—El otro carnoso.

—El de abajo. Un labio de muchacha.

—En fin..., carnoso más bien.

Angelo no estaba muy convencido de que el labio inferior de Giuseppe pudiera considerarse de muchacha. Giuseppe había sido su ordenanza. El ejército del rey de Cerdeña podía no ser más que el ejército del rey de Cerdeña, pero, a pesar de todo, lo constituían algunos miles de hombres que vivían

juntos. Bastaban quince días para que un labio no fuera ya juzgado por su apariencia.

Las hijas insistieron en lo de los cabellos negros y rizados.

—Recuerdan una escarola —dijeron.

El día en que el general de brigada había hecho cortar al rape aquellos famosos cabellos parecidos a una escarola, Giuseppe sirvió la sopa llevando muy erguida su cabeza de galeote.

—Pareces un adefesio con esa cabeza como un huevo —le dijo Angelo.

—Tu madre es muy importante —replicó a Angelo—, y por eso eres coronel y yo tengo que aguantarme.

Angelo le hizo saltar la sopera de las manos de un puntapié. Se batieron y despedazaron el comedor a sablazos. Pero en cuanto se hicieron un poco de sangre, se abrazaron. En la revista del día siguiente Giuseppe lucia gravemente una cabeza en la que todos los cabellos de su coronel habían sido pegados con engrudo. Angelo, sin casco y afeitado como un forzado, caracoleaba al frente de las tropas sonriendo de felicidad.

Había sido una buena humorada. Giuseppe era especialista en protagonizar toda clase de humoradas, incluso algunas muy pesadas. El aprecio —y hasta algo más— que Féraud y su blanca barba (y sus ojos soñadores, sin duda) le profesaban, ¿sería quizá consecuencia de alguna de aquellas humoradas? Y probablemente no de una humorada cualquiera, puesto que Féraud, hacía un rato, había preguntado muy claramente *si su relación tenía que ver con Italia*.

Angelo fue tratado a cuerpo de rey. Las muchachas parecían hasta molestas por no poder darle su parte de caricias familiares. Y al hacer circular la marmita del estofado posaron dos o tres veces su mano sobre su hombro.

—Pronto será de noche —dijo Féraud—, ¿está decidido a reunirse hoy mismo con Giuseppe?

—Lo antes posible —dijo Angelo.

—Lo comprendo. En ese caso, deberá tomar un camino un poco más largo que el que le indiqué hace un rato, pero más seguro. Sé muy bien que no le da miedo pasar cerca de las enfermerías; de noche, sin embargo, es preciso tener cuidado y alejarse de ellas. No se trata de fantasmas. Se trata de que la gente deposita a los enfermos en los alrededores de las enfermerías a escondidas, a causa de las cuarentenas que imponen a los parientes que los han cuidado. Suponga que al pasar por allí se encuentre con una ronda que lo ilumine de repente con sus linternas, ya que tienen una prima cada vez que atrapan a alguien, y lo retendrán cuarenta días. ¡Y en estos momentos pueden pasar muchas cosas en cuarenta días! ¿Quiere un consejo? Pues pase la noche debajo de esa encina, a diez metros de aquí. No se inquiete. Le dejaré una manta para que la tienda sobre las hojas secas. Y mañana será otro día.

—Quizá sea lo más sensato —contestó Angelo—, pero no lo haré. Me voy. Ya me las arreglaré. Por muchas linternas que tengan, no me atraparán. De todas maneras —agregó, para ver qué le había contado Giuseppe acerca de sus relaciones con él—, tengo nostalgia de mi país. —Y habló de Italia durante diez minutos largos.

Pero Féraud conservó sus ojos soñadores. Su barba blanca parecía revestirlo de inocencia de pies a cabeza.

A pesar de la oscuridad, Angelo encontró fácilmente los cipreses. El panadero que se había instalado al pie de aquellos árboles preparaba otra hornada. Desde allí, siguiendo las nuevas instrucciones de Féraud, tomó el camino que subía por el flanco de la colina a lo largo de terrazas que se constituían como avenidas dispuestas en gradería. La consigna era clara: no bajar nunca, recorrer así todo el flanco de la colina hasta un profundo barranco por el que debía bajar para volver a subir al otro lado y continuar sin descender por ningún motivo a la hondonada en que se hallaban las enfermerías. De esta manera (Angelo, con las últimas luces del crepúsculo, había seguido al pie de la letra todo el itinerario de Féraud) se llegaba a la colina de los almendros por un cantil de roca a lo largo del cual debía andar hasta encontrarse con un camino bastante amplio, casi carretero, que lo cortaba y subía a la meseta en que estaba Giuseppe.

Por todas partes se encendieron fogatas. Al principio eran altas hogueras, muy próximas, en las que se veía retorcerse las llamas. Éstas resonaban como campesinas que danzaran con chapines sobre un piso de madera. Más lejos, a través del follaje de los olivos, de las encinas y de los pinos, rojos resplandores daban violentos aletazos. Al mismo tiempo que el crepitar de las hogueras se dejó oír por doquier un murmullo de voces y llamadas. Hasta en las más lejanas crestas, que un rato antes parecían desiertas, se encendían fogatas contra las que se recortaban las siluetas de los árboles y las rocas. En los lugares donde funcionaban enfermerías habían colgado linternas de los árboles para facilitar el trabajo de las patrullas. En todos los bosquecillos, debajo de todas las zarzas, detrás de todos los follajes lucían parrillas rojas, placas incandescentes, pájaros fosforescentes semejantes a grandes gallinas purpúreas, a gallos bermejos. El balanceo, los aletazos, el abaniqueo furioso de todas esas llamas, los brincos de todos esos machos cabríos

de oro, los lanzazos de todas esas agudas pavesas, horadaba la noche hasta donde alcanzaba la vista. Un silencioso alud de pavesas violetas, o purpúreas, o relucientes como carbones, hervía en el cielo cubriéndolo de un polvo rosado y desgarrándolo con grietas de añil. Los reflejos iluminaban la ciudad vacía, poniendo en evidencia la punta de un campanario, una bocacalle, el hueco y las almenas de una puerta de las murallas, el damero de un tejado, un lienzo de muro, el vano de una ventana, el frontis de un convento, y en la extensión de los tejados las chimeneas parecían troncos de árboles en medio de los campos de labor. A dos leguas de la ciudad, pero al otro lado, las fogatas escondidas bajo los bosques entre los que serpenteaba Durance centelleaban a ras de tierra, en medio de los troncos y a lo largo del río, como brasas bajo una parrilla. En las tinieblas del valle, por los caminos, las carreteras y los senderos, se desplazaban pequeños puntos luminosos: eran las linternas de las patrullas, los faroles de los camilleros, las antorchas de los sepultureros. El tomillo, la ajedrea, la salvia, el hisopo, la propia tierra y los pedregales en los que ardían aquellos fuegos, la savia de los árboles calentada por las llamas, el sudor de las hojas ahumadas, exhalaban espesos olores en los que se confundían el bálsamo y la resina. La tierra entera parecía un horno para cocer pan.

El barranco que Féraud había señalado era abrupto y parecía muy profundo. Angelo vaciló al llegar al borde, pero una forma pequeña y negra lo rozó y una voz de mujer vieja le dijo:

—Es por ese lado. El sendero está allí; sígame.

«¡Cáspita!», se dijo Angelo. «¿Habrán reclutado a fantasmas como guías?»

Oyó unos pasos menudos y rápidos sobre los guijarros y los siguió. La voz volvió a decir:

—Cuidado.

Una mano huesuda tomó la suya.

—Gracias, señora —dijo.

Pero estaba helado de la cabeza a los pies.

Mientras seguía dando cortos pasos la mano que lo conducía por una pendiente muy resbaladiza, se tranquilizó recordando sus experiencias de carbonario. Por senderos tan abruptos como aquél se llegaba a las ventas de los Apeninos.

—Ya estamos en lo más hondo —dijo la voz. Y la mano lo dejó.

Estaba, en efecto, en tierra llana, pero rodeado de impenetrables tinieblas. No se atrevía a moverse. Oyó pasos, el susurro de ropas al ser arañadas por las zarzas, cuchicheos. Se sentía incapaz de pensar en nada que fuera razonable. Empuñó la pistola y preguntó con voz muy severa:

—¿Quién vive? ¿Quiénes sois? —Tenía que hacer esfuerzos para no gritar—, ¡Avanzad para que os vea!

Se mantenía en guardia y buscaba detrás de él, con la mano, algo en que apoyarse para hacer frente a lo que fuera con honor.

—Somos unas mujeres, y vamos a las preces —le contestaron.

«¿Qué he visto en esas llamas y en esos humos?», se dijo. «Un canto del Ariosto. Y son, simplemente, mujeres que van a rogar para no morir.»

Halló fácilmente un camino bajo sus pies y siguió a las sombras, entre las cuales distinguió ahora a hombres que inclinaban pipas, bocas y barbas rojas sobre la brasa de sus mecheros.

«Mis ojos ven a través de lupas», se decía Angelo. «Todo lo que veo está agrandado por lo menos diez veces, y, naturalmente, hago siempre diez veces más de lo necesario. Con estos colores infernales de que está pintada la noche no sería raro que viera a la loba capitolina, a Virgilio y hasta el infierno del Dante. Pero no son más que los reflejos de las fogatas que esa gente ha encendido porque tiene miedo de la oscuridad. Cualquier persona sencilla se habría dado cuenta sin dificultad, pero mi problema es que soy demasiado complicado.

»No es la primera vez que intento matar moscas con un cañón. Lo he hecho miles de veces. Me ocurre todos los días y todo el día. Preveo siempre lo peor y me comporto siempre como si hubiera ocurrido lo peor. ¡En fin! Debes acostumbrarte a pensar que las cosas que te pasan no tienen nada de extraordinario. No estés siempre en guardia. En cuanto entras en relación con algo o con alguien, exageras. A cada paso ves gigantes que sólo son molinos. Si te peleas con cualquier desgraciado, haces de él un héroe mitológico. Eso es orgullo. Tenían razón quienes te reprocharon tu duelo con el barón. Una simple puñaladita hubiera arreglado el asunto y, admítelo, lo hubiera arreglado mucho mejor. Era un espía insignificante. Se trataba, pura y simplemente, de desembarazarse de él. De una operación de limpieza. De librar de él al mundo. ¿Por qué adornarla con tantas fiorituras?

»Eres incurable: tienes el ojo pegado a la lupa y la boca al megáfono. ¿Cómo se te ha podido ocurrir decir que habría que desembarazar al mundo del barón? ¡El mundo! ¡Qué gran palabra! Había que desembarazar de él a Turín. Y Turín no es el mundo. El barón no molestaba a los chinos. Ni siquiera a los

turineses. Molestaba sólo a nuestro pequeño grupo de patriotas.

»No podrás nunca, ya no digamos comportarte, sino ni siquiera hablar, como todo el mundo», prosiguió con sincera tristeza. «Ya vuelves a las palabras grandilocuentes, los pensamientos elevados, las empresas majestuosas. ¿No emplearás jamás expresiones como "café con leche" y "en zapatillas"? Ahora te ha dado por la palabra "patriota". ¡Así pues, somos patriotas! ¿Eres más patriota aquí, en este barranco, que el peón de albañil que prepara la argamasa en un arrabal de Turín o de Génova, aunque no construya más que un pabellón de caza o la tienda de un barbero? ¿O más patriota que el pastor lombardo que se distrae plantando bellotas con el extremo de su cayado mientras guarda sus ovejas en la meseta desierta? Los guarnicioneros de la Vía del Perseo cosen cueros que quizá contribuyan más a la gloria de la patria que toda tu agitación... ¿Y con qué derecho te atribuyes el monopolio del patriotismo olvidando que cualquier labrador, panadero o persona de la condición que sea puede contribuir con su trabajo diario a construir más sólidamente la patria que todos los carbonarios con sus febriles andanzas y sus bosques donde se sienten como Cristóbal Colón?

»Nunca te pones en tu lugar. Siempre ocupas un lugar que te inventas. ¡Y bien sabe Dios que el lugar que te inventas está muy alto! Los hombres no valen gran cosa. ¿Estás de acuerdo? Y eres hombre. ¿Sigues estando de acuerdo? En eso estriba todo.

»Desde luego, no eres un gallina. Más bien lo contrario. Para decir lo que eres, debería inventarse una palabra que estuviera con valiente en la misma relación que gallina está con miedoso. Si echaste mano de la pistola hace un rato, no fue por miedo de la noche, ni siquiera a causa de esa mano seca que te condujo por la pendiente, ya que aunque te hubiera puesto la carne de gallina la mano era palmariamente la de una anciana, sino porque no admitirás jamás que puedas habértelas simplemente con un barranco normal y corriente, en una noche como cualquier otra, y con gentes sencillas a quienes les importa un bledo y que van a hacer algo tan prosaico como es rezar para librarse de la muerte.»

Tras haberse hablado así, Angelo se sintió justificado, lúcido y listo para todas las locuras. Desde hacía rato oía unos gruñidos que parecían provenir de alguna porqueriza o de una gran bandada de cuervos. Pero se dio cuenta de que se trataba únicamente de las notas de un armonio. La música no carecía de belleza y tenía un extraordinario carácter caballeresco. No tardó en oír también el murmullo cadencioso de una multitud de voces que pronunciaban, al unísono, las mismas palabras.

El camino estaba ahora iluminado por la luz roja y temblorosa de algunas hogueras todavía disimuladas por una hilera de rocas sobre las cuales, a veces, se alzaban las llamas como langostas purpúreas.

Después de un rodeo, Angelo se halló a la entrada de una especie de circo rodeado de grandes encinas en el que se realizaba una ceremonia religiosa. Un centenar de hombres y mujeres arrodillados en la hierba contestaban las letanías. El sacerdote que las cantaba estaba unos pasos delante de los árboles del fondo entre dos fogatas, tan fuertemente alimentadas que sus llamas se levantaban erectas como columnas.

Una mujer que a primera vista parecía vieja, aunque vestía de blanco, tocaba el armonio. No ejecutaba ningún tema definido; simplemente acompañaba la voz del sacerdote y los responsos con una especie de continua melopea o, más exactamente, de una música semejante al correr sin fin de una cadena de noria entre cielo y tierra.

Angelo pensó enseguida en los ángeles que suben y bajan por la escala de Jacob.

El resplandor de las fogatas, que iluminaba las bóvedas, los arbotantes, las nervaduras de las ramas, los verdes frescos del follaje de las encinas, alzaba por encima de los fieles un templo natural.

«Ya ves lo que se les ocurre a las gentes sencillas», se dijo Angelo. «La monja y yo quizá lavamos con nuestras manos y preparamos para la resurrección al padre, la madre, el hermano, la hermana, el marido o la mujer de alguna de estas personas que han venido a pedir simplemente a todos los santos que intercedan por ellos. Tienen razón. Este procedimiento es mucho más fácil. Y ha de crear, sin duda, adeptos. En política tendría que haber un recurso semejante. Si aún no existe, habría que inventarlo.»

Pero, luego de una bendición y una señal de la cruz, el sacerdote se apartó de las hogueras y fue a sentarse bajo una encina, en el límite de la sombra, mientras los fieles se sentaban también en la hierba. La organista levantó los brazos y se arregló el rodete. Seguía accionando los pedales.

Era una mujer joven. Un poco cegata, al parecer. Miró a los reunidos, manifiestamente sin verlos. Seguramente le impresionó el silencio, sólo interrumpido por el chisporroteo de las hogueras, porque se pasó la mano por la frente y volvió a tocar.

La música, liberada del aparato religioso, conmovió profundamente a Angelo. El sacerdote, sentado en un lugar donde las sombras se mezclaban con los resplandores de la llama, no era ya más que un insecto dorado. Todos los rostros miraban a la organista. Angelo percibía algunos hermosos perfiles. El de ciertos hombres graves en quienes la luz enrojecía aun más la piel atezada y el de ciertas mujeres parecidas a Junos

y Minervas. La combinación de esos rostros, las grandes fogatas, la profundidad de los bosques y la música creaba un mundo sin política en el que el cólera no era más que una cuestión secundaria. Al fin, sin que nada permitiera prever que uno se acercaba a los límites de ese mundo, la joven levantó las manos y, luego de dejar suspirar al instrumento, bajó la tapa sobre el teclado.

Angelo se percató de que no había seguido las instrucciones de Féraud. Una vez en el fondo del barranco hubiera debido volver a subir por el lado opuesto, justo enfrente del lugar por donde había bajado. En cambio, había seguido a las sombras a lo largo del barranco. No podía confiar en encontrar el camino que debía tomar allá arriba, en las tinieblas; lo más sencillo era continuar hacia abajo. Patrullas, cuarentenas, linternas... ya vería. Esas famosas patrullas no rastrillarían la tierra con un rastro demasiado fino. Y algo se le ocurriría para escurrirse de entre sus dientes.

No había caminado aún media hora cuando se aproximó a un lugar donde todos los árboles tenían, por lo menos, una linterna. Algunos tenían dos o tres, sobre todo a orillas del camino. Allí habían instalado una enfermería. En medio del bosque, bajo los árboles, se veía la mancha blanca de las tiendas, algunas de las cuales, iluminadas interiormente, parecían monstruosas orugas fosforescentes. Oyó gemidos continuados, conversaciones y, bruscamente, gritos muy agudos, mientras la linterna de la tienda de donde procedían se bamboleaba como la de un barco sorprendido por un vendaval nocturno.

Había observado un seto muy espeso e hirsuto que corría entre los sauces. Se dirigió hacia él. Felizmente, caminaba por una pradera en la que sus pasos no hacían ruido, y tomó la precaución de disimularse detrás del tronco de un sauce antes de acercarse al abrigo del seto. Entonces una voz procedente de detrás del seto llamó quedamente a alguien cuyo nombre no pudo comprender. Otra voz respondió desde más arriba de un sauce que estaba junto al seto.

—Todavía no —dijo la voz—, es temprano aún; pero allá arriba veo preparativos.

Angelo miró hacia la colina. Las fogatas ya no despedían llamas, pero las brasas aún ardían y a su resplandor podía verse en ciertos sitios las siluetas de gente atareada y, a veces, inclinada hacia tierra.

—¿Estamos bien situados? —volvió a decir la voz del seto.

—Seguramente tienen la intención de venir a arrojarlos en este rincón esta noche —contestó el del sauce.

Los que así hablaban eran paisanos. Entre tanto, a lo largo del seto se vieron brillar dos o tres cañones de fusil.

Durante bastante rato no hubo más ruidos.

«Tratándose de paisanos, es extraordinario», se dijo Angelo. «¿Serán verdaderamente capaces de montar una guardia correcta? Porque si es así, serían muy capaces de atraparnos.»

Fue inútil que escuchara poniendo toda su atención. No se oía ya ni una palabra, ni un carraspeo. Habían ocultado los fusiles.

«Si no supiera que están allí, yo mismo caería en la trampa», se dijo.

Estaba lleno de admiración profesional ante una maniobra bien hecha.

«Esto es algo que Giuseppe debe saber.»

De pronto se oyó a la izquierda un ruido de hojas estrujadas, como si un animal intentara cruzar el seto. Algunas sombras se agitaban en el borde de la zona iluminada por las linternas.

Angelo se vio obligado a reconocer que aquellos paisanos sabían también reptar y saltar perfectamente. Sólo oyó un ligerísimo ruido de armas y vio pasar muy rápidamente algunas formas negras delante de una linterna. La patrulla acababa de sorprender a dos hombres mientras balanceaban un cadáver para arrojarlo encima del seto.

Con todo, aún no podían cantar victoria. Los dos hombres sorprendidos en flagrante delito parecían muy exaltados y gesticulaban con vehemencia.

—Quédense donde están o dispararemos —gritó alguien—. Los conocemos, y si se escapan, iremos a buscarlos allá arriba, en los bosques. La ley está hecha para todos.

—Déjenlos ir, señores —imploró una compungida voz de muchacha—, Son mis hermanos. Es nuestro padre el que hemos traído. Allá arriba no lo podíamos enterrar.

Seguían agitándose y discutiendo.

—¡Sólo faltaría eso! ¿Para envenenar a todo el mundo...? Tienen que declarar a sus muertos y hacer cuarentena. No tenemos ganas de morir como moscas.

—Es en las cuarentenas donde la gente se muere como moscas.

—Quédense donde están. Y usted venga acá. Me da igual disparar contra un hombre que contra una mujer. Está avisada.

La muchacha soltó algunos gritos.

«¿No sabe que los paisanos no son capaces de reaccionar ante lo imprevisto?», se dijo Angelo. «Si da un buen salto hacia atrás, se escapará. O, simplemente, si les grito desde aquí, un poco fuerte: "¡Alto ahí!" Pero», siguió diciéndose, «¿vas a dejar que te persigan unos paisanos? No digas ni pío.»

Acababa de pensar en el centinela que estaba en el sauce. ¿Seguiría en su puesto o habría corrido al igual que los demás?

«¿Quién me iba a decir que unos tenderos me obligarían a esconderme?»

Tuvo el buen juicio de quedarse acurrucado y sin decir palabra.

Dos hombres de la patrulla condujeron a los prisioneros, que ahora estaban corridos y confusos. Los otros volvieron a montar la guardia.

—¿Quiénes eran? —preguntó la voz del sauce.

«He hecho bien de no fiarme», se dijo Angelo, sonriendo.

—Los hijos y la hija de Thomé.

—¿Es el tío Thomé a quien tiraron?

—Sí. Y parece una momia de tan seco. Debe de haber muerto hace dos días, por lo menos. Son testarudos como mulas. No acabaremos nunca con esto.

—No hay más remedio que tratarlos sin contemplaciones.

—Marguerite trató de engatusarme con su labia. Pero ya me oíste. Le dije que era tan capaz de disparar contra ella como contra un hombre. Y la traté de usted.

—¿Han cogido a alguien allá abajo, los que están a nuestra derecha?

—No se han movido.

«Gracias por la información», se dijo Angelo. «Hay, pues, otros abajo y a la derecha, y quizá abajo y enfrente y abajo y a la izquierda. Lo que no ha caído en saco roto. ¡Ah!, ¿quieren ustedes jugar a la guerra? Muy bien, la guerra no es la caza, amigos míos. Cuando se cobra una pieza, es preciso ser tan prudente después como antes. Siempre serán aficionados. Si no se los puede derrotar en batalla campal, habrá que hacer la guerra de guerrillas.»

Aprovechaba que la conversación continuaba para escurrirse suavemente hacia atrás. Halló pronto, tanteando con el pie, una de esas acequias que dividen los prados en dos. Estaba completamente seca y era lo bastante profunda para disimular a un hombre que anduviera a cuatro patas. Corría al pie de un pequeño talud y no la iluminaban las linternas.

Angelo pasó al lado de otra patrulla, pegada al tronco de un enorme sauce, y halló una tercera, que se paseaba con las armas colgando del hombro. Al aproximarse ésta le bastó con tenderse boca abajo en la acequia, que lo disimuló completamente. Uno de los patrulleros le pasó por encima sin sospechar nada. Angelo no hubiera cambiado su situación ni por una bala de cañón.

Se sentía tan feliz de jugar bien el juego al que estaba entregado, que inmediatamente después del paso de la patrulla se puso de pie. Por suerte, estaba a unos metros de una sombra opaca en la que se metió de un salto. Tropezó con alguien que estaba allí arrodillado y cayó tendido cuan largo era sobre un hombre que le dijo:

—No diga nada y déjeme ir; le daré un pan de azúcar.

—¿A qué viene eso del pan de azúcar? —dijo Angelo.

—¡Ah! ¿No es usted uno de esos señores?

—¿De qué señores hablas?

—Cállese; ahí vienen.

Angelo oyó que la patrulla volvía. Se quedó tendido, sin moverse, sobre aquel hombre... que no era más que un muchacho.

Los patrulleros dieron algunos culatazos en las zarzas, en el límite de la sombra, pero no avanzaron.

—Si se apartara un poco, podría levantarme —dijo el muchacho cuando la patrulla se alejó.

—Dejaré que te levantes cuando me hayas explicado qué es eso del pan de azúcar —dijo Angelo, que continuaba en el colmo de la felicidad. Hasta había hablado en voz alta, muy amablemente.

—He ayudado a un camarada —dijo el muchacho—. Su hermana murió esta tarde y vinimos a arrojarla en este rincón, pues los de las enfermerías entierran todos los cadáveres que encuentran. Por eso me escondí cuando pasaban, y entonces usted se me echó encima.

—Y ¿qué tiene que ver tu pan de azúcar con esa historia?

—Algunas veces, si se les da propina, hacen la vista gorda...

—No es gran cosa un pan de azúcar. Se compra por cincuenta céntimos.

—¿Usted cree? Desde que comenzó la epidemia no son muchos los que beben su café dulce. Tenemos un colmado. Y hay quien ha venido con luises y ha debido volverse con las manos vacías. Si me deja

levantarme, le daré el pan de azúcar.

—Sí —dijo Angelo—, pero no quiero tu pan de azúcar.

Se levantaron, e instintivamente se alejaron algunos pasos hacia lo más profundo de las sombras.

—Me ha dado un susto tan grande —dijo el muchacho—, las piernas no me llevan.

—¿Y qué se ha hecho de tu amigo?

—¡Oh! No se inquiete usted por él, corre como un gamo.

—¿Te dejó?

—¡Claro! ¿De qué hubiera servido que nos prendieran a los dos?

—No cabe duda de que eres un buen muchacho.

—Y usted, ¿quién es? ¿También trajo a uno?

—No. Estoy de paso. Busco mi camino.

—Es peligroso buscarlo por ahí, ¿sabe?

—No soy tonto, y, por lo demás, ¿qué arriesgo?

—Ellos son menos tontos todavía... No se fíe. Si lo agarran, lo meterán en la cuarentena.

—¿Y qué? Algún día tendrán que soltarme.

—No lo soltarán. Todo el mundo muere en la cuarentena. No ha salido nadie de los que han metido allí.

—Porque su cuarentena no ha terminado.

—Pues seguro que se les ha acabado algo... No somos ciegos, ¿sabe? Los hemos visto cavar una gran fosa. Y fue inútil que la hicieran en el fondo del barranco. Vimos brillar las palas.

—Es para enterrar a los otros muertos.

—¿Por qué, entonces, hicieron la fosa justo delante de lo que llaman la cuarentena? ¿Y por qué esperaron hasta las tres de la madrugada, cuando todo el mundo duerme, para echar los cuerpos dentro? ¿Y por qué había todo ese ir y venir de linternas de la cuarentena a la fosa? Si usted cree que dormíamos... Queríamos ver. ¡Y lo hemos visto todo! ¿Y por qué, desde anteayer, no hay centinelas en la cuarentena?

—Sin duda, porque tienes razón —dijo Angelo.

—¿Adónde va usted? —preguntó el muchacho.

—Trato de llegar a una colina plantada de almendros que debe de hallarse de este lado, creo. Ya no sé muy bien de qué lado está.

—Más o menos, donde dice. Pero desde aquí es difícil llegar. Se verá obligado a pasar por donde están las enfermerías. Si escapa de unos, lo atraparán los otros.

—Tengo mi pistola —dijo Angelo.

—Tienen fusiles y dispararán contra usted. Y le darán, porque tiran con perdigones o sal gruesa. No quieren matar, sólo prender.

«Ésta sí es una idea de paisanos», se dijo Angelo. No hubiera querido caer en el ridículo de ser herido con sal gruesa o perdigones o por todo el oro del mundo.

—Si usted quiere —dijo el muchacho—, puedo guiarlo.

—¿Conoces el camino?

—Conozco un camino que todos ignoran. Y que va directamente.

—Pues vamos —dijo Angelo—, De todas maneras, si nos sorprenden, armaré un buen alboroto para que puedas escapar.

—De acuerdo —dijo el muchacho—; no se inquiete usted.

Caminaron durante más de una hora por un dédalo de caminos hondos y muy oscuros. Luego de haberse convencido poco a poco de que no había ningún peligro, Angelo dejó su actitud vigilante y se puso a charlar con el muchacho, quien le dijo que allí podían considerarse felices, ya que en Marsella, en ciertas calles, los cadáveres apilados sobrepasaban la altura de las puertas de las tiendas. Aix también estaba devastada. Padecían allí una variedad de la epidemia realmente atroz. Al principio, los enfermos eran atacados de una especie de embriaguez que los hacía correr de un lado a otro vacilantes dando espantosos alaridos. Tenían los ojos brillantes y la voz ronca, y parecían rabiosos. Los amigos huían de los amigos. Se había visto a una madre perseguida por su hijo, a una hija perseguida por su madre, a jóvenes esposos que se daban caza. La ciudad semejaba un coto de caza lleno de jaurías. Al parecer, al fin habían decidido matar a los enfermos y, en lugar de enfermeros, quienes recorrían las calles eran ahora una especie de perreros armados de lazos y garrotes. Aviñón estaba igualmente en pleno delirio: los enfermos se arrojaban al Ródano, o se colgaban, o se degollaban con navajas, o se desgarraban las venas de las muñecas a mordiscos. En ciertos lugares los enfermos estaban tan quemados por la fiebre, que los cadáveres se volvían inmediatamente como yesca y se inflamaban de repente, por sí solos, así que soplaba un poco de aquel viento ardiente, y hasta nada más que por el exceso de sequedad. Por esta razón se había incendiado la ciudad de Die. Los enfermeros se veían

obligados a llevar manoplas de cuero como los herreros. «Hay lugares del departamento del Drôme», siguió diciendo el muchacho, «en los que los pájaros han enloquecido. En todo caso, no muy lejos de aquí, al otro lado de las colinas, los caballos lo rechazan todo. Rechazan la avena, el agua, la caballeriza, los cuidados de la persona que los atiende habitualmente, aunque goce de buena salud. Se ha observado, por lo demás, que ese rechazo por parte del caballo constituye siempre una pésima señal para la persona o la casa rechazadas. La enfermedad no tardará en manifestarse, por más que aún no haya sido advertida. Y los perros; naturalmente, están los perros de los que han muerto, que vagan por todas partes, comen cadáveres y, en vez de diñarla, engordan y se vuelven arrogantes. No tienen ya ganas de ser perros e incluso cambian de fisonomía. ¡Lo que hay que ver! A algunos les ha crecido bigote, lo cual parece ridículo. Cuando se encuentran con la gente, no le ceden la acera, y si los amenazan, se encolerizan; se hacen respetar; su cabeza aumenta de tamaño. ¡Lo digo en serio! En todo caso, una cosa es cierta: no mueren. Hay una pequeña comarca no muy lejos de aquí, en las colinas, donde la gente comenzó a sudar sangre y luego sudó de todo: flemas verdes, aguas amarillas y una especie de crema azul. Murieron todos, claro. Parece que después los cadáveres lloraban.

Una mujer de aquí, que fue a casa de su cuñada, dice que vio muchos fenómenos inauditos. Vio muy bien, en pleno día, algunas estrellas al lado del sol, y no inmóviles como están de noche, sino andando despacio y de derecha a izquierda igual que linternas de gentes que buscaran algo. Donde parece que la plaga ha sido terrible es en los valles, allá, detrás de aquellas montañas. Por allí la cosa fue muy rápida. En una granja había siete sentados a la mesa, comiendo. De repente, todos se derrumbaron y hundieron la nariz en su plato de sopa. La habían palmado. Un hombre hablaba con su mujer y no pudo acabar una palabra... No se está seguro de nada. Si estamos sentados, ¿sabemos si podremos levantarnos? Nadie se toma ya el trabajo de decir: "Voy a hacer esto, voy a hacer aquello." ¿Acaso se sabe lo que va a ocurrir? Ya no se manda a los criados. ¿Mandar qué, por qué y a quién? ¿Por cuánto tiempo seguirán sirviendo los criados? La gente está sentada y se mira. Espera. Pero esto no es nada al lado de lo que ocurre por la parte de Grenoble. La gente se pudre de pie. A veces es el vientre; de repente está tan podrido, que no aguanta más y se parte en dos. Pero tardan en morir y padecen mucho. O bien es una pierna: van caminando y se les escapa hacia delante o se les queda atrás. Ya no se puede dar la mano a nadie. Llevarse la cuchara a la boca es todo un problema. Nadie está seguro de que seguirá conservando los dedos y el brazo. Claro que un poquito antes uno es prevenido por el olor. ¡Pero hay ya tanto hedor a podredumbre a causa de la multitud de muertos y del calor! Además, no se sabe nunca si ese olor que se siente es el propio o el de los demás. Parece que si entrara usted en Grenoble, no oiría ni un ruido. No hay nada que hacer, ¿no es cierto? ¿No ha oído hablar de ese pastor de ovejas que ha hecho un remedio con plantas de la montaña? Se dice que es muy difícil ir a buscarlas. Están en lugares inaccesibles. Pero él fue. Cura radicalmente. Cuando lo encontraron, era el único que había quedado vivo. "¡De buena ha escapado!", le dijeron. Y él contestó: "Yo conozco el remedio." Lo bebieron algunas personas, todas se curaron. Dicen que un gran señor quería comprarle una botella por cien mil francos, pero él le dijo: "Ya que es usted tan rico, mande a sus sirvientes a que le busquen el remedio." ¡Buena respuesta! Parece que le hizo mucho efecto. El señor dijo: "Tiene razón. Voy a mandar a mis sirvientes, pero será para todo el mundo. Indique el lugar, yo pago." Eso también está bien. El pastor tiene ahora un coche de dos caballos. Ha montado toda una instalación. Creo que vamos a tener aquí ese remedio; hay quien se ocupa de ello. Y piense que, si se quiere, hay todavía otra cosa. Esto ha ocurrido en Pertuis. Es un cura que dice misas, pero no las habituales. Parece que ha hallado algo que las complica ligeramente, pero que da buen resultado. Ha curado a muchísimas personas y, lo que es mejor, protege por adelantado. No se corre ya ningún riesgo. No hay por qué temer. Se da el nombre, y no sé si se paga algo. No lo creo. Es un cura viejo con barba. Y eso es todo. Quizá también se rece alguna cosa. En todo caso, el asunto marcha. En Pertuis quizá no hayan tenido ni cien muertos en total. Creo que eso es una prueba. Parece que alrededor de la casa de ese cura la gente acampa, duerme, hace su comida, espera. En cuanto el cura sale, ¡hay que ver cómo se pone la gente! Se suben los unos encima de los otros para decir: "¡Yo, yo, yo!" Y gritan sus nombres. Finalmente, el cura los escribe en un pedazo de papel y les dice: "¡Calma, calma, todo se andará! Ahora vayamos a la iglesia." Entonces todo el mundo lo sigue. Parece que es muy hermoso. Cien muertos en total desde el principio, no es nada. Y ahora que ha trabajado bien su asunto, tiene imágenes, que puede mandar por carta, que impiden coger el mal y hasta lo curan.»

Llegaron al pie de un cantil. La colina de los almendros estaba arriba. Mirando hacia el cielo se veía la negrura del follaje recortándose sobre el fondo de estrellas. Un sendero subía entre las rocas.

—Sólo le queda subir por allí —dijo el muchacho—. Ya no me necesita. Me vuelvo. Conocía bien el camino, ¿eh?

Un centinela que estaba apostado bajo una gran encina dejó subir a Angelo; luego le dijo:

—¡Eh, tú!, ¿adónde vas?

Volvió a empezar a explicar que buscaba a un tal Giuseppe, pero esta vez le contestaron:

—Si no es más que eso, es fácil. Ven por aquí. Voy a guiarte.

Al pasar cerca de una hoguera Angelo miró a quien lo conducía. Era un joven obrero que se había puesto un cinturón sobre su blusa. El guardamonte de su fusil resplandeció.

«El arma está bien cuidada», se dijo Angelo.

Giuseppe vivía en una choza de cañas bien construida ante cuya puerta ardía una fogata. No debía de estar durmiendo, pues en cuanto Angelo fue iluminado por el resplandor de las llamas gritó desde dentro:

—¡Ah, por fin está aquí el hijo de su madre!

Se restregaron los morros como perros jóvenes. Giuseppe había salido a medias de un lecho bajo en el que dormía una mujer joven con los pechos, muy opulentos por cierto, al descubierto. Giuseppe le frotó el vientre, que era amplio y blando, mientras la llamaba: «¡Lavinia! ¡Ha llegado el señor!» Y estalló en una carcajada porque Lavinia se persignó rápidamente antes de abrir los ojos mientras hacía un mohín adorable con sus labios sombreados por un ligero vello.

—Ya ves —dijo Giuseppe—, no está muerto y me ha encontrado.

Lavinia tenía la cabeza redonda y abría unos ojos inmensos a causa del asombro, pero los entornó con coquetería en cuanto estuvo despierta del todo.

—No —le dijo Giuseppe a Angelo—, ante todo has de dormir. No pienso hablar contigo ni una palabra esta noche. Sólo te diré una cosa: has tenido suerte. Si no me he muerto, no es porque tenga siete vidas como los gatos; el buen juicio me tiene de pie. Llevo una vida regular y te la voy a hacer llevar. Ven acá. Hay lugar para tres en esta cama. Estaremos un poco estrechos, pero no importa cuando la gente se quiere bien.

Angelo se quitó las botas y, con especial placer, los pantalones, que llevaba puestos desde hacía más de mes.

—¿Has sido sensato? —preguntó al fin Giuseppe con un tono muy grave.

—¿Qué quiere decir sensato? —dijo Angelo.

—¿Has tomado las debidas precauciones para no caer enfermo?

—Sí —dijo Angelo—, En todo caso, no bebo cualquier cosa.

—Eso está bien —dijo Giuseppe—, pero yo te haría beber cualquier cosa si quisiera.

—¿Cómo?

—Diría que tienes miedo. Y entonces, ¡te lo beberías!

—Por descontado —dijo Angelo.

CAPÍTULO NOVENO

Todo iba bien en la colina de los almendros. A nadie parecía faltarle nada.

No era necesario fortalecerse el ánimo buscando en derredor rostros semejantes al de la alegoría de la Primavera. Por lo demás, no los había. Las mujeres eran fuertes, los hombres robustos y muy decididos. Aquéllas eran todas opulentas, hechas para el trabajo: brazos macizos, gargantas redondas; a veces eran muy pesadas, y estaban tan morenas que a menudo tenían el color de la corteza de encina que se usa para curtir; de caderas rotundas y piernas sólidas, andaban sin prisas y llevaban en cada mano un puñado de hijos.

«Y, a propósito», se dijo Angelo. «¿A santo de qué estaba apostado ese centinela que me acompañó? ¿Qué vigilaba?»

Por más que buscó, no halló enfermería en lo alto de aquel cantil. Tampoco era un lugar para armonios. Había allí, sin embargo, una atmósfera muy caballeresca. Numerosos obreros con cinturón sobre la blusa y el fusil colgado del hombro circulaban por todas partes. Los había tanto viejos como jóvenes; unos tenían rostros aniñados muy afilados bajo gorras con orejeras; otros lucían largas y anchas barbas anilladas, pelirrojas o negras, y hasta blancas como la nieve, y se tocaban con sombreros de fieltro o con amplias boinas que les daban cierto aire revolucionario. Se paseaban como si fueran los guardabosques de un coto de caza o incluso sus propietarios, y daban órdenes apaciblemente a un lado y a otro, aquí para que se retiraran unas basuras que debían ser arrojadas a un hoyo, allá para organizar a quienes debían ir a buscar el agua o la leña destinada al consumo de la comunidad.

Hasta tenían un cuarto de banderas, un lugar de reunión en un bosquecillo de robles donde uno de ellos, que no llevaba fusil, pero sí un sable desnudo colgado del cinturón, les daba órdenes. El sable, un arma hermosa y muy noble, impresionó profundamente a Angelo.

Un día, esa especie de milicia hizo cambiar de refugio a varias familias. Estaban instaladas al amparo de una hendidura del terreno bastante profunda, llena de rocas y de malezas, que era el lecho seco de un torrente. Amenazaba tormenta. Se oían truenos más allá de las colinas. El cielo no había cambiado de color. Conservaba su blancura yesosa y apenas si había perdido aquel brillante satinado que le daba el sol hecho polvo. No se ennegrecía del lado del trueno por la irrupción de nubes, sino que se sombreaba uniformemente por todas partes, y, de no haber sido por la hora y por el vuelo de perdiz de algunos relámpagos, hubiera podido creerse simplemente en la llegada de la noche. Los guardias de blusa hicieron que la gente abandonara el lecho del torrente. Eran extremadamente serviciales, ayudaban: llevaban cacerolas, calderos, niños, sin dejar los fusiles.

Giuseppe había entregado a Angelo, con mucha ceremonia, una carta de Italia.

—Hace por lo menos dos meses que la tengo en el bolsillo de mi blusa. Es de tu madre. Mira bien el sobre y disponte a asegurar por lo más sagrado que la he guardado con el mayor cuidado. No es a tu madre a quien temo, sino a la mía. Estoy seguro de que me preguntará, con sus ojos de fuego, si no la he llevado junto al pañuelo en el que escupo mis gargajos. Júrame que se lo dirás. Me da un miedo horrible que mi madre me clave las uñas en el brazo. Y, cuando se trata de la duquesa o de ti, me clava siempre las uñas en el brazo.

La carta estaba fechada en junio y decía:

«Hijo de mi vida, ¿has encontrado alguna quimera? El marinero que me mandaste me ha dicho que eras imprudente. Eso me ha tranquilizado. Sé siempre muy imprudente, pequeño mío, es la única manera de disfrutar un poco de la vida en esta época prosaica. He hablado largamente de la imprudencia con tu marinero. Me cae muy bien. Tal como le recomendaste, puso a Teresa al acecho detrás de la mirilla, y como

desconfiaba de un muchacho de unos quince años que, desde que estás en Francia, viene cada día a la plaza a jugar a la rayuela de las siete de la mañana a las ocho de la noche, le embadurnó el hocico a un pobre perro con espuma de jabón y el jugador de rayuela tomó el portante gritando que el perro estaba rabioso. La misma noche, el general Bonetto, que no es un lince, me habló de la escandalera que se había armado a causa de mi perro de aguas. Ahora ya sabía exactamente de dónde venía el jugador de rayuela, y puse la cara que había que poner para que el general supiese que lo sabía. Nada es más agradable que ver al enemigo cambiar de lugar sus baterías. Hay mucha ira en Turín. Todos los jóvenes que son poco agraciados y tienen una estatura inferior a cuatro palmos y medio están airados. La misma epidemia hace estragos entre los envidiosos y entre quienes no han sabido nunca ser generosos con sus sastres. Los demás gozan de buena salud y hacen proyectos. A algunos les ha dado por imitar esa moda inglesa de ir a comer al campo, tan perjudicial para el organdí y los pantalones ceñidos. Y dicen que hasta lo hacen cerca de las tumbas romanas. Lo que me parece exagerado, al menos como esperanza. Pero todos los caminos llevan a Roma. Dejemos hacer. Los buenos andarines siempre están dispuestos a caminar un poco más para ver el paisaje que hay después de cada vuelta del sendero, y es así como de un simple paseo hacen a veces una marcha militar. Todo eso estaría muy bien si no fuera cada vez menor el número de personas capaces de confiar en su propio corazón. Es un músculo que ya no se hace trabajar, salvo tu marinero, que en eso es, diría yo, un gimnasta bastante curioso. Se entusiasmó por un favor insignificante que le hice a su madre y se fue a hacer sus ejercicios gimnásticos un poco demasiado cerca de las orejas de los dos hombres galoneados que organizaron tu precipitado viaje. De resultas de lo cual cayeron, el mismo día, enfermos de bastante gravedad. Es una lástima. Creo que tu marinero tiene arranques un poco bruscos. Le di, pues, muy oscuras razones para que emprenda un nuevo viaje por mar. Estuve tan misteriosa, que la dicha lo obnubiló. Me gusta preparar las cosas a conciencia.

»Y ahora hablemos de asuntos serios. Tengo miedo de que no cometas locuras. Eso no te privará de la gravedad, ni de la melancolía, ni de la soledad: las tres golosinas de tu carácter. Puedes ser grave y loco, ¿qué lo impide? Puedes ser todo lo que quieras y loco por añadidura, pero hay que ser loco, hijo mío. Observa a tu alrededor un mundo en el que crecen sin cesar las gentes que se toman a sí mismas en serio. Además de cubrirse de un ridículo irremediable ante espíritus como el mío, hacen que su vida adolezca de un peligroso restriñimiento. Son exactamente como si, a la vez, se hartaran de mondongo, que laxa, y de nísperos del Japón, que restriñen. No he encontrado imagen mejor que ésa. Por lo demás, me gusta mucho. Hasta debería sazonar la frase con tres o cuatro palabras barriobajeras para hacerla más indecente y eficaz. Tú, que conoces mi natural rechazo de cualquier expresión que huela a grosería, podrás juzgar por este rebuscamiento todo el peligro que corren las gentes que se toman en serio al ser juzgadas por los espíritus originales. No seas nunca un mal olor para todo un reino, niño mío. Paséate en medio de todos como un jazmín.

»Y, a propósito, ¿Dios es amigo tuyo? ¿Cortejas a alguna joven? Lo pido cada noche en mis plegarias. En todo caso, hay aquí, además de mí, una mujer que está loca por ti. Es Teresa. Seducir a la propia nodriza no es tan común como se pretende. Se lo pago, por lo demás, con la misma moneda. Siento verdadera pasión por su hijo. Díselo cuando te entregue esta carta. Me dan un gran placer esas proezas de pastor de leones en las que se complace. No estoy segura de si es un domador que se pavonea en una jaula de carneros o un pastor que apacienta rebaños de leones en el campo. Sea lo que sea, en cualquiera de los dos casos tiene los ojos de Cristóbal Colón. Estoy encantada de que vayáis siempre juntos. Lo estoy desde que os vi por primera vez en brazos de Teresa. En esa época no erais más que un par de cachorrillos. Todo el mundo me decía que, con sus flacas tetas, Teresa no podría dar abasto. Erais tragones y le dabais cabezazos en los pechos como hacen los cabritillos con las cabras. Nadie sabía que Teresa era una loba. Yo sí. Cuando os tenía colgados de su seno y yo me aproximaba, gruñía. Yo tenía confianza. Estaba segura de que, si le faltaba la leche, os daría a beber su sangre antes que permitiros soltar la presa. ¡Ah, erais realmente Rómulo y Remo!

»Teresa comienza a hacerse a la idea de que Lavinia se acuesta con su hijo. Como debe ser entre marido y mujer, le dije, y poco faltó para que me hincara las uñas en los ojos. Ella quisiera serlo todo. No puede hablarse de esas cosas sino con medias palabras. Creo que en este aspecto Giuseppe ha salido a su madre y de ahí le vienen los ojos de Cristóbal Colón. ¿Seguís peleándoos como el perro y el gato? Si os batís con sable, trátalo con miramiento. Sabes que eres el más diestro. El intendente de policía me lo ha confirmado, lo que me ha llenado de orgullo, al comentarme la estocada que acabó con la vida de Swartz, la cual atravesó limpiamente el corazón de ese miserable. Lo enojoso es que firmas tus estocadas, dijo: todas muestran diez años de práctica y trescientos más de experiencia heredada. Cuando alguien es capaz de firmar así sus estocadas, no tendría excusa si matara a su hermano de leche. Si conservas tu guardia *en ocho*, esa que yo llamaba la calabaza, a lo sumo corres el riesgo, y eso dándole ventaja a Giuseppe, de que

te agujeree el hombro derecho. Cosa que le debes, pues en definitiva, no lo olvides, es el hijo de la loba, y le es tan necesario alimentar su cólera como a ti tomar tu desayuno. Me entran ganas de reír, por lo demás, sólo de pensar lo que ocurriría si Giuseppe te agujereara el hombro. Desde aquí oigo sus lamentaciones. Le dolería más que a ti.

»Me voy para La Brenta. Dile a Lavinia que la echo de menos. Es la única que ha sabido arreglar mi camisa bajo mis faldas de amazona. Las demás criadas se pasan horas enteras trajinando debajo de mis ropas hasta salir medio asfixiadas y yo me siento en la silla de montar como sobre un puñado de clavos. Si os hubierais quedado aquí los tres, no tendría ahora el trasero escaldado. Los asesinatos políticos y los amores tienen, como puedes ver, repercusiones imprevisibles. Me temo que lo mismo ocurre con las revoluciones. En resumidas cuentas, todo se reduce a unas cuantas arrugas en la camisa que alguien tiene bajo las nalgas.

»Por lo demás, si no hubieras matado al barón Swartz, yo no tendría necesidad de ir a La Brenta. Voy allá porque un perro nunca es tan fuerte como cuando está en su caseta. Llevo conmigo al curita. Está como un cencerro, y cada día más. Ahora siente pasión por los perfumes. Lo cual me sirve de mucho sin que lo sospeche nadie. Todos creen que es mi galanteador, y ya puedes imaginarte el cuidado que pongo en robustecer esa creencia en quienes la tienen. Así pues, estoy armada de los pies a la cabeza. Bonetto llegará el domingo, invitado en toda regla. Se imagina que estás detrás de todas las pantallas de chimenea. Cada vez que estalla un sarmiento se sobresalta y se lleva la mano al cinto. Es para morirse de risa. Pienso divertirme mucho. Monseñor Grollo llegará el lunes. El ministro que lleva el cabello tan sucio vendrá el martes. Una ocurrencia de Carlotta: lo llama el *ministrone*. Si piensas que comió rancho toda su vida antes de que lo trataran de Excelencia, la cosa no carece de gracia. Biondo y Fracassetti irán el miércoles. Me siento capaz incluso dormida de enredar a esos dos el mismo día. Y el jueves estaremos todos en la terraza para recibir al egregio jurista Giovan-Maria Stratigopolo, *il Cavalier Greco*. Es un complot, como ves. Y contra tu querida cabeza. Admira mi estrategia. Comenzaré por el más poltrón. Conoces la tristeza de esos largos domingos de verano en los bosques de castaños. Bonetto deberá pasar uno en compañía del curita y de mí entre esos viejos muros tan gimientes y melancólicos. Tendré jaqueca desde las dos de la tarde. De modo que se quedará a solas con el curita. Tomarán el café en el famoso cuarto redondo de la torre norte. Ojalá sople un poco de tramontana. Nuestros antepasados colocaron muy sensatamente en ese lado los postigos rechinantes y las veletas herrumbrosas (¿quién sospecharía el papel que ha tenido la irritación nerviosa auditiva en la política sarda?). Tengo confianza en mi curita. Nadie como él para destilar el infierno gota a gota por poco que lo ayude la decoración. Volveré a reunirme con ellos a la caída de la noche y, por la Madona, dejo de ser quien soy si el general no va a acostarse temblando de miedo. Al día siguiente habrá que vérselas con Grollo, pero Bonetto estará en tal estado que nos dejará el campo libre. Y yo sé muy bien cómo hay que manejar a Grollo cuando está solo. Lo asediaré. El *ministrone* llegará cuando el sitio de los otros dos esté establecido en toda regla e incluso haya una brecha abierta. Ya veo tu risa al pensar que se verá obligado a sufrir solo el fuego de mis baterías. En efecto, no es adversario para mí. No más que los dos con los que deberé enfrentarme al día siguiente; es tan sólo *el despacho de los asuntos corrientes*, como dicen ellos. El único es *il Cavalier*. Pero llegará a un campo de batalla ya devastado y Dios me inspirará. Por lo demás, olvidaba que estará Carlotta. Llegará dos horas antes que él.

»¿Piensas alguna vez en Carlotta? A menudo se arroja furiosamente en mis brazos. ¿Sabes que está muy bien formada? Yo misma, que soy mujer y tu madre, siento que no me es del todo indiferente estrechar contra mí esos senos tan firmes y ese talle tan lleno y tan flexible. Es una de esas personas imprudentes que tanto me gustan. Necesité recurrir a todos mis medios para hacerle admitir mi manera de luchar. Quería envenenarlos, sin más. Le dije: "No nos quedaría más remedio que expatriarnos a Francia." "¿Por qué no?", me contestó. Si no conseguimos triunfar en La Brenta, quizá sea una solución. Es una broma.

»Tu marinero partirá esta noche para Génova. Esta carta y él estarán allí pasado mañana; en doce días llegarán los dos a Marsella. Mejor dicho, los tres: lleva también la bolsa. Pensé primero en enviarte dos letras de cambio de mil francos emitidas por Regacci Hermanos, de Nápoles, contra la casa Charbonnel de Marsella, que es más sólida que el coloso de Rodas. Pero he preferido enviarte efectivo. Te envío asimismo cien escudos pontificios de oro para que sientas el placer de su tacto en los dedos. La acuñación es infinitamente más hermosa que la de los escudos franceses. Cámbialos poco a poco; te darán muchas satisfacciones. Hallarás también, envueltos en papel de filtro, cincuenta bayocos. Es tu Teresa quien te los envía. Los ha economizado uno a uno, no sé cómo. Vi en sus ojos que, si los hubiera rechazado, me habría apuñalado durante la noche. Y, bien mirado, tiene razón. Hay que pagar a quienes se ama. Cuanto más grande es el amor, más hay que pagar. Pero hay personas que, aun queriendo dar los tesoros de Golconda, no tienen a su disposición sino cincuenta bayocos. Como eres mi hijo, sé que no te burlarás nunca de ellos.

»El marinero no se quedará en Marsella, sino que irá enseguida a Venecia por lo que sabes. Entregará carta y bolsa al mercader de pieles de conejo. Es decir, dentro de veinte días, a lo sumo, todo estará en manos de Giuseppe. Y si estás allí, podrás recoger inmediatamente el besito que acabo de darle a esta cruz. Lo destino al hoyuelo que está a la izquierda de tu labio superior.

Aún tenías los ojos cerrados y ya te reías cuando te besaba allí.»

Angelo aplicó con toda seriedad la cruz del papel al rincón izquierdo de su boca. Después contó sus aventuras con el mediquillo.

—Merecerías que te diera un soplamocos —dijo Giuseppe—. ¿Qué dirían la duquesa y mi madre si te dejara morir y, sobre todo, si murieras de una manera tan ridícula? Me harían responsable. Ese mediquillo tenía una pasión. Murió por ella. No tenías por qué mezclarte ni por qué mirarme ahora con la boca abierta. Hay en el cuerpo de los coléricos unos polvos que se esparcen por doquier. Y si respiras esos polvos, lo más normal es que la diñes. Eres demasiado tonto. Tu madre hizo muy bien comprándote un empleo de coronel. Ella ve las cosas claras. En tiempos normales hubieras hecho carrera. Si quieres acabar siendo a los sesenta años como Bonetto, que tiene miedo de todo, es preciso, en efecto, comenzar por no tener miedo de nada. Porque hay un dios de los imbéciles y es en él en quien acaban por creer; y entonces, ¡cuidado con los últimos momentos!, no hay nunca un escapulario lo bastante grande. Se tiembla pensando en ellos con veinte años de anticipación. En la tarea que hemos iniciado tendrás mil ocasiones de mostrar tu valentía. Pero hacerlo gratuitamente es un capricho. Si lo hubieras hecho en Turín, y más aún a bombo y platillo, quizá lo comprendiera. Hubiera podido ser útil. Hubiera podido servir como tema de un soneto o de un sermón. Sólo habría que organizarlo bien. Y habrías salido beneficiado, o, más exactamente, habría salido beneficiada nuestra causa. Créeme: la fe lo justifica todo y las buenas obras son ineficaces.

Angelo le dijo que al llegar a Manosque estuvo a punto de ser colgado. Giuseppe se echó a reír.

—¡Vaya por dónde! ¡Ésos no se andaban por las ramas!

Angelo enrojeció de ira. Recordaba la voz chillona de Michu, el odio que brillaba en sus ojos y el ardor con que lo comunicaba a aquellos hombres, bastante cobardes y muy miedosos, pero que finalmente le habrían aplastado la cabeza como habían hecho con el desgraciado cuyo suplicio presenció desde los tejados.

—Sí —dijo Giuseppe—, Michu es un buen muchacho. Desde luego que, si te hubiera hecho colgar, se habría excedido de las órdenes, pero ¿quién hubiera podido imaginar que te presentarías allí y que se fijaría precisamente en ti? Si fuéramos a pesar todos los pros y los contras, no acabaríamos nunca. Siempre se corren ciertos riesgos. Confieso que ése me da escalofríos. Pero me habría sido imposible desautorizar a Michu. Le habría despanzurrado detrás de la primera zarza, pero no porque hubiera contravenido las órdenes recibidas al hacer que te colgaran de un farol. Por lo demás, ya nada habría podido resucitarte, de modo que mi cuchillada, bien mirado, habría sido más que discutible. Reconozco, sin embargo, que me hubiera sido imposible no darla. Y hasta con cierta rabia. Por el afecto que te tengo; pero el afecto no tiene nada que ver con la revolución. ¡Bah! De todos modos, vengarte se hubiera merecido una pequeña violación de la ley, y Michu no es más que un peón que puede ser reemplazado.

El tono frío con que Giuseppe hablaba de ese episodio le echó aceite al fuego. Angelo se inflamó y hasta se dejó llevar de cierto lirismo. Veía los clavos de los zapatos que se esforzaban por aplastarle la cara. Se estremecía, sobre todo, ante la idea de haber estado a punto de ser la presa de un hatajo de cobardes y miedosos que de uno en uno y cara a cara con él habrían corrido como conejos.

—Nada nos obliga a obrar por nuestra propia cuenta, sino al contrario —dijo Giuseppe—, Ahí está tu error. No mataste al barón Swartz como es debido, puesto que le permitiste que se defendiera. Los duelos no son para nosotros. No podemos permitirnos el lujo de dar ninguna oportunidad, cualquiera que sea, a los partidarios de la opresión. Nuestro deber es ganar, y para ello debemos aprovechar todas las oportunidades. Y hasta jugar con cartas falsas.

—Yo no sé asesinar —dijo Angelo.

—Pues podría hacerte falta —dijo Giuseppe—. Y, lo que es mucho más grave, podría hacernos falta.

—Estaba seguro de mi golpe —dijo Angelo—, y lo probé. Debía morir, y murió. Le di un sable, y se defendió. Yo necesitaba que se defendiera.

—Lo importante no es lo que tú necesites, sino lo que necesite la causa de la libertad —dijo Giuseppe—, En el asesinato hay más virtudes revolucionarias. Hay que arrebatarles hasta sus derechos.

Se tendió sobre la hierba y puso las manos debajo de la nuca.

—Si defiendo la cobardía —dijo—, es solamente porque nos es útil. En mi opinión, es mejor que la valentía. Su acción deja el campo más libre. ¿Pretendes que quien les metió en la cabeza que los enemigos del pueblo envenenaban las fuentes es un cobarde que se dirigía a cobardes? Es una opinión de agente de

policía. ¿Quieres saber la verdad? Yo soy quien difundió ese rumor. Y lo hice a conciencia, te lo aseguro. Que me quede seco aquí mismo si no he multiplicado los estragos del cólera por diez. Me dirigía a cobardes, de acuerdo. Pero me felicité cuando vi que todo aquello me era provechoso. Y si osas decir que soy un cobarde, estoy dispuesto a hacerte tragar esa opinión. Ya puedes ir por tu famoso sable. Aquí también tenemos. No me das miedo. Incluso puedo ajustarte las cuentas con los puños si esa arma conviene a la nobleza de tu condición. Has estado a punto de ser colgado. Si lo hubieras sido, habría degollado a Michu y quizá me hubiera cortado el cuello. Pero quienes fueron colgados como consecuencia del odio que supe sembrar en aquellos cobardes eran los enemigos más encarnizados de nuestras ideas de libertad. Yo me ocupé de que fuera así, y sus nombres estaban cuidadosamente escritos en una lista que Michu me ha devuelto con una cruz al lado de cada nombre. No me fío de la casualidad. Y encuentro que la idea de Michu de colgar a uno más no era mala. ¡Un extranjero, sobre todo! Muy efectista. No le falta iniciativa.

Angelo se decía: «Debo corregirlo, y precisamente con mis puños, puesto que con los suyos se cree el más fuerte. Está muy orgulloso de sus ojos aterciopelados. Se los voy a dejar a la funerala para que se avergüence.»

Le irritaba el tono didáctico de aquella conversación, como si Giuseppe quisiera enseñarle a vivir.

—Un exiliado no debe llamar la atención —continuó Giuseppe—. Además, soy zapatero. No es una profesión liberal. Y no olvides que hace apenas seis meses que estoy aquí. Gracias a mi talento para soltar en el momento oportuno las cosas que impresionan a los cobardes, he hecho colgar de los faroles seis o siete señores muy encopetados y que tenían al prefecto en sus bolsillos. Con el sistema del duelo, tú apenas si hubieras podido matar a uno. Y quién sabe... El interesado hubiera podido prevenir a la policía. ¡Y entonces, nada! Y encima a mi coronel le habrían hecho cruzar los Alpes esposado. Estamos en un país en el que los burgueses son capaces de cualquier cosa cuando temen que les sieguen la hierba por debajo de los pies. Ahora hay seis o siete menos. Nos hemos desembarazado de ellos sin peligro porque comprendí que en ese momento había cosas más importantes que preocuparse por la vileza de una veintena de miserables. Y, lo que nos es muy ventajoso, esos encopetados señores no han muerto con los honores de la guerra. No serán exaltados a la condición de mártires. Sus propias familias procurarán que no se hable más de ellos. Al fin y al cabo, ¿quién sabe si eso del veneno es cierto o no?

Angelo estiró las piernas.

—Las puntadas que les di a tus botas no han aguantado —continuó Giuseppe, que retiró sus manos de la nuca y se incorporó— Quítatelas y dámelas. Enceré el sedal para barnizarlo y la cera caliente ha debido de comerse el hilo. No quiero verte con esas botas descosidas. Las hice yo, y estoy orgulloso de ellas. Tus piernas son hermosas, pero nadie más hubiera podido calzarlas de una manera tan ajustada y tan elegante.

Habló de las botas con pasión. Se extendió en detalles sobre el cuero, el hilo, la pez, el barniz. No acababa nunca. Se levantó. Hasta guiñó un ojo y sonrió cuando habló de la crema de barnizar.

La indumentaria de Angelo siempre había preocupado mucho a Giuseppe. A este respecto tenía ideas propias.

—Quiero que causes buena impresión —le había dicho poco después de su reencuentro—. Tengo esa manía, ya lo sabes, y nada añoro más que ese espléndido uniforme de húsar que llevabas tan bien, sobre todo el que la duquesa te encargó en Milán. Tu cara es más atrayente bajo el casco y sobre el alzacuello. Los galones también te sientan bien. En cuanto llevas dorados encima hielas la sangre. Es lo que hace falta. Se siente que eres un león.

Y dijo varias frases cariñosas.

—Habría que zurrarte —agregó— por haber envuelto a ese pequeño montañés en tu hermoso redingote. Tu madre y yo tardamos más de una semana en escoger el género. ¡Y cuántas veces me clavó mi madre las uñas en el brazo mientras lo elegíamos en casa de ese famoso Gonzagueschi, que es tan entendido en materia de colores! ¡Valió la pena el cuidado que pusimos en buscar un azulnegro semejante a la noche y de tan buena calidad que se adaptaba a tu cuerpo sin formar arrugas igual que un tapiz! ¿Crees que tu pequeño colérico no hubiera muerto igual envuelto en sus propias ropas? Pero el señor siempre quiere hacer méritos. Y sobre todo de los que no sirven para nada. ¡Vaya facha tienes! Esa barba de no sé cuántos días te envejece diez años y, lo que es peor, hace que no inspires confianza.

Le hizo un encargo a uno de aquellos guardias que llevaban blusa, tan severos y serviciales, y algunos días después condujo a Angelo al otro lado de la colina de los almendros, a una ladera que miraba hacia una aldea dorada semejante a una barca mecida por un oleaje de rocas.

Por aquel lado el terreno —regado por varios manantiales que había hecho surgir de lo más profundo de las entrañas de la tierra el desmoronamiento de la colina a causa de la erosión— se extendía formando praderas que el ardiente y blanco sol no había logrado agostar. Había también espesos y altos bosquecillos

de abedules.

En esos bosquecillos, como pudo ver Angelo, los guardias vestidos con blusa tenían una especie de cuartel o de campamento general. Se veían centinelas un poco por todas partes y hasta guardias sin armas con el cinturón desabrochado. Fumaban tranquilamente en pipa. Parecían tener gran consideración por Giuseppe, a quien todos saludaban. Un joven obrero, que guardaba una especie de tienda, incluso le presentó armas con bastante torpeza pero con mucha seriedad.

Giuseppe condujo a Angelo a un bosquecillo de verdes robles donde estaban depositados numerosos bultos cubiertos con lonas.

—Muchos comerciantes —dijo— han muerto sin dejar herederos, o bien sus herederos han muerto también. No son pocas las familias que el cólera ha borrado de la faz de la tierra. Todas esas mercancías se habrían perdido si no las hubiéramos recogido. Y fíjate en lo honrado que es el pueblo. Las vigila rigurosamente sin tocar nada. Aquí no hay aprovechados.

Ayudados por un obrero cuyo cinturón estaba reglamentariamente ajustado y que llevaba el fusil en bandolera, buscaron entre las telas hasta que encontraron una pieza de sayal y otra de terciopelo.

—He tenido una idea —dijo Giuseppe—, Estoy seguro de que es buena y de que a ti no se te habría ocurrido. Tengo a mano la persona adecuada. Ha sido sastre en París y te cortará un traje mejor que Gonzagueschi, que, en definitiva, sólo dicta la ley en Turín. ¿Has pensado en lo que has de hacer a partir de ahora? No sabemos cómo evolucionará el cólera. Puede que dentro de un mes estemos todos bajo tierra. Pero no hay por qué llamar al mal tiempo. Si nos salvamos los dos, o aunque sólo tú te salves, pronto será preciso que te escurras por los Alpes y vayas a donde ya sabes para cumplir tu misión. Sobre todo si tu madre ha ganado la batalla de La Brenta. Lo que es casi seguro, como te dice en su carta. Te he dicho que ese sastre que conozco te haría un traje mejor que Gonzagueschi, y es así. Podría igualmente hacerte un redingote de paño jaspeado mejor que nadie. Pero aquí sólo hay géneros para burgueses, y tratándose de un traje o un redingote para ti necesitaríamos la tela más lujosa. Por eso se me ocurrió una idea.

Los ojos de Giuseppe, muy hermosos y aterciopelados por largas pestañas negras, se animaron llenos de un fuego apasionado.

—Los campesinos de esta comarca llevan a veces unas hermosas chaquetas de terciopelo —prosiguió—, Y están adornadas con grandes botones de cobre que representan escenas de caza, cabezas de ciervo o de jabalí y hasta lances amorosos. Si se frota cuidadosamente esos botones con piel de gamuza brillan como si fueran de oro. Lo que necesitas es una de esas chaquetas. Has de saber que quienes las llevan pasan por tener bien forrado el riñón, y es eso lo que los hace hermosos. Los campesinos sólo tienen rostros inteligentes en nuestro país. Aquí los tienen de tan poco relieve como los de sus escudos. Tú, dentro de esa chaqueta, seguirás pareciendo un león. Lo que han inventado con toda su malicia para mostrar su riqueza te servirá para manifestar tu virtud; ¡ya puedes imaginarte el efecto! Los republicanos sienten un amor no correspondido por los príncipes. No creas que los matan por otra razón. Los necesitan y los buscan por todas partes. Si encuentran alguno que sea como ellos, se sienten infinitamente felices de morir por él.

—No olvides que soy hombre de acción —le contestó Angelo— y que nunca me quedaré quieto posando para un retrato. Por lo demás, tengo mis principios.

—Me comprendes aun cuando te hablo con medias palabras —dijo Giuseppe—, ¡Así me gusta! ¡Y qué bien dijiste tu frasecita sobre los principios! Conserva ese tono; es inimitable. Me has hecho estremecer. Por otra parte, no vas a dar muestras de tu virtud en medio de un pueblo cuyos rostros tienen tan poco relieve como los de plata, sino de uno en el que hasta el más insignificante limpiabotas tiene los rasgos de César. Si logras hablarles de principios con el tono con que acabas de hacerlo, cualquier empresa estará medio ganada. Pero son necesarios ese tono exacto y la convicción que pusiste al decírmelo. La ingenuidad, en este negocio que llevamos entre manos, reemplaza a menudo al genio, pero ¿seguirás siendo ingenuo? Por eso también necesitas pantalones de sayal, un poco ceñidos, ya que eres bien plantado. Y una capa, porque quizá te veas obligado a cruzar los Alpes en invierno.

Aquella gruesa capa, que era una maravilla, pero que daba repeluznos sólo de verla por el tremendo calor que hacía, fue cuidadosamente plegada y perfumada con tomillo y lavanda por Lavinia, que hasta la envolvió en una de sus camisas y la guardó en el fondo de una caja que colocó en el ángulo norte de la choza, donde no daba nunca el sol. La chaqueta de terciopelo y los pantalones también fueron guardados en la caja.

A pesar de lo avanzado de la estación, apenas podía aguantarse la ropa sobre la piel. Lavinia sólo llevaba su chambra y sus enaguas. Era una hermosa muchacha, célebre en Turín por su belleza. Cada año le pedían a la duquesa que le permitiera participar en la rúa de carnaval personificando a Diana, la Sabiduría y hasta al arcángel San Miguel. Se había acostumbrado a esas alegorías y no las olvidaba nunca. Ni siquiera

cuando se agachaba para soplar el fuego bajo la olla.

Las otras mujeres que vivían en la colina conservaron durante mucho tiempo sus medias de algodón, pero el calor se hizo tan insoportable que al cabo se resignaron a quitárselas, aunque haciendo muchos aspavientos. No llegaron nunca, sin embargo, a quedarse en chambra y enaguas. Algunas hasta se obstinaron en conservar sus cuellos con ballenas. Eran mujeres de obreros. Todas vestían como burguesas decentes y humildes. Llevaban los cabellos muy estirados hacia atrás y fuertemente anudados en apretados rodetes. A veces se topaba con alguna de ellas medio oculta detrás de unas zarzas, donde se peinaba los largos cabellos torciéndolos y trenzándolos, con la boca llena de horquillas que luego ponía uno a uno en el rodete. Acabado su tocado se enderezaba, se sacudía la tierra, limpiaba el peine, lo envolvía en un pedazo de papel y se lo metía en el corpiño. Después se daba unos golpes en las caderas, se alisaba la basquiña y, con dos o tres movimientos de las nalgas, muy enérgicos, se acomodaba el bullarengue para volver a su tarea, que no era nunca ni fácil ni sencilla, pues consistía en ir muy lejos a buscar agua, con un balde en cada mano, o en partir leña, o friccionar al marido o al hermano, al hijo o a la hija presas de un ataque. Las mujeres también los sufrían, y a causa de la mucha ropa que llevaban morían a veces antes de que hubiera tiempo de cortar los lazos de sus corsés que agarraban con fuerza con las manos incluso cuando más terribles eran sus dolores.

Lavinia cantaba a menudo en voz muy baja vivaces canciones que subrayaba con pequeños movimientos de cabeza, sonrisas y parpadeos. La canción apenas si salía de sus labios, pero la mímica y aquella gruesa arruga en forma de trípode que se le marcaba entonces en lo alto de la nariz y le comunicaba, moviéndose, un aire fanfarrón o picaresco, sus grandes ojos, que abría de manera desmesurada y muy patética, sus mohines, y, en fin, todos sus gestos, algunos de los cuales iban de lo muy sutil a lo muy insinuante, hacían de aquel lugar una suerte de pequeña Italia.

«Hemos de salvar a este pueblo», se decía Angelo mientras la miraba y se aproximaba para escucharla. «Tiene todas las virtudes. Esta muchacha es hija de leñadores, de leñadores en los bosques de mi familia, y le fue llevada a mi madre siendo muy pequeña para que le sirviera de juguete. Ha sido criada durante más de diez años, pues cuando tenía ocho mi madre ya la hacía meterse debajo de sus pesadas faldas de amazona para que le colocara bien la camisa. Se dejaría matar por mí más a gusto aun que por Giuseppe, quien, sin embargo, la ha raptado, le ha enseñado el amor y, así lo espero, se ha casado con ella. ¡Qué fidelidad! ¡Qué hermosa es y cuán puro es su corazón!» Al parecer, no reparaba en que a veces sus labios hacían mohines un tanto voluptuosos e incluso insinuantes. «Lavinia se merece la república. Ningún sacrificio es demasiado para dársela. Ése es el deber de mi vida. Será mi dicha. ¡Y cómo me llena de entusiasmo!»

En esos momentos, y en esa misma pequeña Italia, Giuseppe se divertía mucho. Estaba muy ocupado en colocar su boca muy cerca de la de Lavinia y en acompañar su canto haciendo la tercera o el bajo (apenas un murmullo, evidentemente, pues no muy lejos de allí la gente se moría o por lo menos pasaba una gran angustia; aquello era algo muy íntimo). Tenía entonces la expresión del rostro relajada y apacible, muy distinta de la que era habitual en él. En tales momentos Angelo encontraba muy noble aquella expresión, a pesar de su impresionante parecido con Teresa.

El tiempo cambió. El cielo blanco descendió hasta tocar la cima de los árboles. Los cipreses hundían en él su copa puntiaguda de modo que parecía haber sido cortada con una tijera. A pesar de todo, durante el verano el cielo blanco había extendido sus toldos a bastante altura. Bajo la cúpula yesosa se habían podido ver circular algunos vientos grises. Pero de repente el dosel del cielo descendió y formó una especie de techo, a cuatro o cinco metros del suelo. Los pájaros eran invisibles la mayor parte del tiempo, hasta los cuervos, que tuvieron desde ese momento una vida muy misteriosa por encima de ese techo de donde dejaban caer, a veces, gruesas gotas negras.

Inmediatamente el calor subió como en un horno al que se le hubiera cerrado la puerta. El sol interrumpió su marcha y las sombras dejaron de girar. El día era una reverberación cuya intensidad iba en aumento hasta resultar cegadora a mediodía; luego bajaba poco a poco hasta apagarse con la noche sin haberse movido de sitio.

Un fenómeno que inquietó mucho a todo el mundo fue que la voz se hizo inaudible. Era inútil tratar de hablar con los demás; sólo se conseguía oír la propia voz como en una confidencia. Los interlocutores se miraban en silencio, y cuando trataban de decir algo sólo se veía el movimiento de su boca, de modo que nada interrumpía aquella quietud un tanto hosca. Si alguien gritaba, el grito estallaba cerca de sus oídos, pero sólo él los oía. Eso duró varios días.

Naturalmente, en medio de aquel aire yesoso, la visibilidad era muy limitada. Si se quería ver a lo lejos, era preciso echarse en tierra como para mirar por debajo de una puerta.

Sin que soplara el viento llegaron dos o tres olores, todos extraordinarios. El primero fue un violento olor a pescado, como si hubieran estado cerca de una red que acabara de ser vaciada sobre la hierba. Se transformó luego en un olor a pantano lleno de juncos podridos y barros calientes. Ese olor, como los otros, creó algunas ilusiones. El aire yesoso pareció tornarse verde. Hubo luego (o quizá al mismo tiempo) un olor que parecía proceder de palomares mal cuidados (aunque de intensidad mucho mayor), impregnado de la acre acidez de la palomina. Este olor (dado que en derredor sólo se podía ver una blancura cegadora) también creó ilusiones muy desagradables, entre las cuales destacó la de que monstruosas palomas incubaban y ensuciaban la tierra bajo asfixiantes espesores de plumón. Por último, se extendió un olor a sudor, muy salado y violento, que hacía arder los ojos como el vaho de la orina de oveja en los apriscos cerrados.

A pesar de todas las ideas fantásticas que ayudaron a propalar, esos olores no provocaron pánico, o al menos la gente no pareció asustarse de ellos. El techo de yeso se cuarteó rápidamente y algunos desconchones se desprendieron descubriendo en lo alto una especie de granero oscuro. El día se encapotó poco a poco. Por fin algunos relámpagos se pusieron a revolotear, pero abortaron. No eran relámpagos francos y nítidos. Eran fulguraciones: llamas amarillentas y biliosas que rebotaban indefinidamente haciendo el mismo ruido que una carraca antes de apagarse sin estallar. Difundían un fuerte olor a fósforo.

Un día, por el contrario, y sin que se percibiera el más mínimo resplandor, se oyó bruscamente un trueno, seco como un martillazo. A partir de ese momento esos martillazos, que parecían desfondar alguna cosa, se oyeron incesantemente. La lluvia comenzó siendo una fina y tibia muselina que cayó durante varios días. Luego pudo verse su listado. Durante dos o tres días ese listado fue cerrándose cada vez más hasta quitarle todo colorido a los árboles. Por fin la lluvia se convirtió en una cortina de agua tan espesa y pesada que la tierra retumbaba sordamente.

Todos los campamentos estaban devastados y como arados por los torrentes de agua. Las chozas se venían abajo. A cada momento era preciso ir en ayuda de familias que chapaleaban tratando de salvar sus ropas. No había donde abrigarse. Las peñas más altas de la colina chorreaban agua negra. Los miembros de la milicia obrera, con blusa y correa, se ocupaban de salvar lo que podían. Se los veía por todas partes. Se afanaban por doquier con una generosidad inútil. Angelo comenzó a incomodarse ante el espectáculo de aquellos hombres constantemente embarazados con sus fusiles, sus niños empapados y su virtuosa gravedad.

«Y, sin embargo», se dijo, «¿qué tienes que reprocharles? En la otra colina, donde no han organizado una milicia, ¿quién se ocupa de salvar a personas y enseres? Y el que está solo en un rincón salvaje, ¿cómo salva a su familia?»

La cortina de agua cayó sin cesar durante unas cuarenta horas; lo hizo sin rabia, con una especie de paz tranquila. Por último retumbó un trueno tremendo que fue acompañado de una enorme desgarradura roja, tan sonoro, que todos los oídos se destaparon. El cielo se abrió. A cada lado de la hendidura se escalonaron vertiginosos castillos de nubes y apareció el cielo, tan azul como pudiera desearse. A medida que los castillos de nubes se alejaban unos de otros descubriendo cada vez más cielo, el azul puro evolucionó hacia el azul de genciana y una corona de rayos de sol se puso a rodar en el ápice de las nubes.

Las mujeres se quitaron los bullarengues. Al ser de algodón y no de crin, como los de las damas, estaban empapados de agua. También tuvieron que quitarse aquellas faldas demasiado amplias, pesadas y embarradas. En ropa interior tenían un aire muy republicano, salvo sus rostros, que seguían conservando una gravedad burguesa bajo aquellos peinados en los que no se había movido ni una trenza. Les daba vergüenza mover las piernas con libertad.

Casi en seguida murieron cuatro o cinco viejos a quienes la lluvia había empapado hasta los huesos. No se les pudo devolver el calor perdido a pesar de que encendieron grandes fogatas, que daban más humo que llamas.

El valle que tenían a sus pies estaba irreconocible. Los prados habían desaparecido bajo varios metros de agua que corría espumeante. Nada quedaba en los sitios en que se alzaban las tiendas de las enfermerías. En el flanco de la otra colina, en el mismo borde del gran torrente que había inundado el valle, unos hombres negros se afanaban como un grupito de hormigas, alrededor de unos restos blancuzcos. Encima de ellos los olivares estaban desiertos. Algunos hombrecillos negros hormigueaban también más arriba en la linde de los bosques de pinos.

Toda el agua del valle se reunía en las inmediaciones de la ciudad y se introducía en ella por una de sus puertas. Las nubes se mantuvieron grises durante algunos días y luego se volvieron azules.

Dos niños murieron de una enfermedad de garganta. Las mujeres comenzaron a murmurar que iba a producirse una epidemia de difteria, lo cual las preocupó mucho. Sus rostros se embellecieron con miradas

feroces mientras estrechaban a sus hijos contra el pecho. Pero sólo hubo algunas afecciones benignas de garganta. Los milicianos habían logrado secar leña. No habían reposado ni un momento y seguían llevando la blusa y los pantalones mojados y todo el equipo. Se pudo encender un poco de fuego, ante el cual fueron llevados los que tiritaban.

Los milicianos también se sentaron delante de las fogatas. Desmontaron los fusiles, secaron las piezas, las engrasaron, y los volvieron a montar ajustando los tornillos con la punta de un cuchillo. Hubo una especie de revista de armas.

—¿Tienes algo que ver con esto? —le preguntó Angelo a Giuseppe.

—Tengo algo que ver con todo —le respondió lleno de orgullo.

Las nubes se colorearon de un azul oscuro. Estaban amontonadas en la orilla del horizonte. Luego se tornaron violetas y más tarde de un color de heces de vino que atrajo todas las miradas. Las nubes se fueron deshaciendo lentamente más allá de las colinas y por el cielo cada vez más despejado se extendió un azul de una pureza inimaginable. Por último, en pleno mediodía, y sin que se tratara de un resplandor del sol poniente, se instaló en el cielo una nube roja, exactamente como una amapola.

Brillaba el sol. Los charcos humeaban. Los días eran tórridos y las noches frías.

Hubo un caso de cólera fulminante. El enfermo se fue en menos de dos horas. Era un miliciano que montaba guardia. Al principio tuvo una especie de brusca falta de confianza en su fusil. Lo recostó contra un árbol. Inmediatamente después las etapas de la enfermedad se sucedieron rápidamente y de una manera terrible. Las convulsiones y la agonía, anticipadas por la cianosis y un frío espantoso que se extendía por su carne, hicieron el vacío alrededor de él. Hasta que los que iban en su ayuda recularon.

Su facies era eminentemente colérica. Era un cuadro vivo que expresaba la muerte y sus meandros. El ataque fue tan rápido, que durante un instante subsistieron las señales de un estupor asombrado, muy infantil, pero la muerte debió de proponerle juegos tan pavorosos que sus mejillas se descarnaron a ojos vista y sus labios se arremangaron sobre sus dientes en una risa infinita. Al fin dio un grito que hizo huir a todo el mundo.

Hasta ese momento los enfermos no habían gritado nunca. Habían sido descarnados hasta los huesos antes de la muerte, que llegaba a cuerpos dispuestos a todo. En adelante los hirió como una bala de fusil. Su sangre se descomponía en sus arterias tan velozmente como la luz en el cielo cuando el sol ha caído bajo el horizonte. Veían, pues, llegar la noche y se ponían a gritar.

A partir de ese momento los gritos resonaron noche y día. Toda actividad cesó. Nadie hacía ya nada, como no fuera esperar. Porque la bala hería a derecha e izquierda como si la enviara un tirador apostado y su fusil estuviera apoyado en un caballete. Tanto podía herir a un hombre que caminaba por un sendero y rodaba igual que una liebre como a una mujer que al inclinarse para soplar un fuego caía de bruces sobre las brasas. Tres o cuatro miembros de una familia estaban sentados al pie de un árbol, el padre gritaba, y todos se levantaban y huían. Lo abandonaban, pues estaba muerto a pesar de todo lo que intentaran hacer por él. La mujer y los hijos huían como una bandada de perdices y se posaban, jadeantes, detrás de una zarza. Y a veces el tirador se encarnizaba con aquella familia. Apenas habían recuperado un poco el aliento, cuando la madre o alguno de los hijos gritaba; y todos emprendían de nuevo la huida abandonando al difunto, que se agitaba a causa del movimiento reflejo de sus músculos.

Se veían cada vez más milicianos sin fusil y cada vez más fusiles abandonados en la hierba o contra un árbol.

El rostro de esos muertos tenía los ojos a medio cerrar bajo párpados pesados, agobiantes; un poco de color, pero inmóvil como una piedra, brillaba entre las pestañas. La enfermedad, que devoraba las carnes como un rayo, dejaba intacto el iris, que se percibía por la rendija. En los cadáveres de algunas mujeres jóvenes, de las que sólo quedaba una piel pálida manchada interiormente por derrames de sangre corrompida, lo único que recordaba su antigua belleza eran unas largas pestañas curvas inclinadas sobre un aguamarina, una esmeralda o un topacio extraordinariamente límpidos. Las mejillas estaban violetas y los labios negros, apretados, pero dejando siempre asomar la punta de una lengua color de amapola, insólita y repugnante hasta dar náuseas, que contrastaba con el color de los ojos entreabiertos, unos ojos de los que no se podía apartar la vista cuando se miraba uno de esos rostros, a pesar de lo que había de despreciativo, de altanero y de orgulloso en aquella mirada inmóvil, como si buscara algo a lo lejos, fuera de aquel cuerpo acostado en el barro y a veces ya agusanado y podrido. Pues durante el día volvía a hacer mucho calor.

Angelo intentó cuidar a algunos de esos fulminados. Los obreros hablaban del método Raspail y tenían gran confianza en el alcanfor. Pero lo consideraban más bien como un preservativo y lo llevaban en saquitos que colgaban sobre su pecho a modo de escapularios. Cuatro o cinco hombres firmes y valientes se unieron a Angelo. Durante el escaso tiempo de que disponían entre el momento del ataque y el de la muerte

se esforzaban por que el enfermo bebiera infusiones de salvia. Pero, en cuanto eran heridos por la bala, los moribundos entraban en un delirio tal que las convulsiones los retorcían como si fueran de mimbre. Fue preciso hacer una especie de camisas de fuerza para mantenerlos quietos. Angelo cogía la cabeza del colérico para levantársela mientras se intentaba introducir entre los dientes apretados el gollete de la botella que contenía la infusión. También estaba indicado sangrarlos. Pero sangrías hechas en cuerpos llenos de angustia con navajas de bolsillo manejadas con torpeza no eran más que horribles carnicerías. Por lo demás, la salvia, las navajas y el alcanfor de nada servían.

Angelo, sin embargo, seguía echando a correr cada vez que oía un grito (una vez que corrió como un desesperado, se encontró con cuatro o cinco niños que trataban de hacer volar una cometa). Se había acostumbrado también a observar si las personas se llevaban bruscamente la mano a los ojos, pues el ataque se iniciaba a menudo con un deslumbramiento, o tropezaban al caminar, pues a veces era un vértigo, una especie de embriaguez, lo que anunciaba la muerte.

—Esto no me gusta nada —dijo Giuseppe—; con su manía de no quedarse quieta, la gente puede venir a morir a nuestro lado. Verdaderamente, no tienen vergüenza. Ya que les sobreviene de repente, deberían permanecer donde están. Pueden caer sobre Lavinia, o sobre ti, o sobre mí. Y contagiar la hierba sobre la que nos hemos instalado. No hay que jugar con esta enfermedad.

Giuseppe cruzaba los brazos sobre el pecho. De vez en cuando, entrelazaba el índice y el corazón de su mano izquierda y, con los dedos de esta guisa, se tocaba la sien, así como la de Lavinia y la de Angelo.

—Tampoco me gusta lo que haces —prosiguió—. Déjalos morir en paz y no te metas donde no te llaman. ¿Son algo tuyo, acaso? Yo soy tu hermano de leche y Lavinia es mi mujer, sin contar con que ha jugado con nosotros desde niña. Y al ocuparte de quienes no son nada tuyo te expones a traernos el mal y a hacernos morir a todos.

Al final le resultó difícil contener el miedo. No hacía, por lo demás, ningún esfuerzo para ocultarlo, y decía que era perfectamente natural. Hasta le habló con un tono tan amenazador y acercando tanto su cara a la suya, que Angelo, cansado de sentir su aliento en su rostro, lo rechazó con bastante violencia.

Se pelearon. Lavinia los miraba con mucho interés. Algunos de los golpes dados por Giuseppe, de no haber sido detenidos a tiempo, hubieran podido resultar casi mortales. Pero Angelo le hizo sangrar la nariz y Giuseppe se derrumbó, arañó la hierba y la tierra, lanzó espumarajos por la boca y lloró con pequeños sollozos de niño. Lavinia parecía muy satisfecha, pero lo llenó de mimos; él le besó las manos. Ella le ayudó a sentarse. Angelo miraba con horror sus puños llenos de sangre. Se abrazaron estrechamente los tres.

Eran tantos los que morían, que la gente comenzó a preguntarse si no valdría más volver a la ciudad. Algunos obreros de las curtidurías, por otra parte, aseguraban que la corteza de encina que maceraban en sus cubas era mejor preservativo que el aire del campo, y se marcharon con sus familias. Pero al día siguiente uno de los muchachos regresó y dijo que los demás habían muerto nada más llegar. Una mujer que también escapó de la muerte volvió a la colina por la tarde. Les explicó que las calles estaban llenas de grava y barro como consecuencia de las recientes lluvias que habían inundado la ciudad, y cuando los hombres se pusieron a retirar con palas aquel lodo habían caído como moscas, al igual que sus mujeres e hijos, en pocas horas; ni siquiera habían podido entrar en sus casas. Ella había perdido a sus dos hijos, su marido y su hermana, y el niño llegado antes que ella también se había quedado absolutamente solo.

Las cosas no iban mejor en la colina de enfrente. Sólo se veían allí pequeños grupos inmóviles, alejados los unos de los otros. Estaban separados de esa colina por el pequeño valle en el que habían estado las enfermerías, arrastradas, al igual que la tierra de los prados, por las aguas torrenciales. Se había depositado una buena capa de aquel famoso limo envenenado, a juzgar por los vapores que humeaban. Por otra parte, allí ocurría también una cosa espantosa. Desde el principio de la epidemia habían sido enterrados allí, en grandes fosas comunes, buena parte de los muertos de la ciudad. Tras cubrir bien los cuerpos con cal viva, se habían tapado las fosas, que bullían por la descomposición de los cadáveres; pero ahora, regadas y bañadas por la lluvia, hervían a todo hervir como infames calderos de sopas. Se las oía chirriar, se veía el humo, se sentía el olor.

—Marchémonos —dijo Giuseppe—, debemos irnos. Vámonos más lejos, al interior de los bosques.

Pero algunos hombres de la milicia fueron a verlo y mantuvieron con él una larga conversación. Eran viejos de sesenta a setenta años. Habían conservado sus fusiles. Casi todos habían perdido a su familia y desde hacía poco habían adquirido la costumbre de mirar a la gente de hito en hito, sin pestañear. Los acompañaba un joven de unos veinte años que también se había quedado solo tras la muerte de su esposa, con la que apenas llevaba tres meses casado.

Giuseppe les hizo todos los signos conspiratorios posibles e imaginables y habló la mayor parte del tiempo con la mano izquierda delante de la boca. Se dirigió sobre todo al joven, que parecía tener mucho

ascendiente sobre los otros. Éste miraba a Lavinia y hablaba con acritud. Pronunció varias veces la palabra *deber*. Los viejos sin familia aprobaban sus palabras.

—Están locos —dijo Giuseppe—, y me obligan a quedarme. Pero descuida... Les he dicho dos o tres cosas que les darán que pensar.

De hecho, sólo pasó una noche. Volvieron al día siguiente. El joven evitó mirar a Lavinia. Dijo que habían sopesado sus razones y quizá fuera mejor, en efecto, alejarse de allí y adentrarse en los bosques. Agregó que él y los cinco o seis individuos que le acompañaban se ofrecían voluntarios para quedarse allí y hacer lo que pudieran: mantener el orden, limpiar un poco. Giuseppe los felicitó con mucha efusión y habló del pueblo, de sus cualidades, del ejemplo que daba y de que no había nadie más capaz a la hora de «servir a la idea». En esta conversación, Giuseppe no hizo tantos signos conspiratorios como en la anterior.

Fueron unos doscientos los que se marcharon encabezados por Giuseppe, que, muy animado, se encargaba de todo, daba consejos muy paternales y apresuraba el movimiento. Lavinia seguía. Le había preguntado a Angelo qué pensaba hacer.

—Ve con él —dijo Angelo—, Yo también iré.

Después de haber cuidado a centenares de enfermos, se veía obligado a reconocer que no servía para nada. Los cuatro o cinco hombres que al principio colaboraban con él se habían cansado hacía tiempo. No solamente no había logrado salvar ni una sola vida, sino que ahora, cuando se les aproximaban, los moribundos asociaban de tal modo su presencia con la de la muerte que caían súbitamente en una convulsión final. Lo llamaban *el cuervo*, el nombre que daban a los hombres sucios y borrachos que sepultaban a los muertos con una brutalidad indecente y muy repugnante. Debía reconocer que no era popular.

Halló a Giuseppe y su tropa instalados en un lugar encantador. Era un valle alto, tapizado por una hierba tupida y sombreado por inmensas encinas. Las aguas de un fresco manantial caían en una artesa hundida en la tierra. El lugar, muy abrigado por los árboles, estaba, sin embargo, aireado por los vientos del norte. En otros tiempos había habido allí un aprisco, del que aún se veían algunos restos de paredes. El murmullo del follaje era extremadamente sedante. La arquitectura de las enormes encinas y el entrecruzamiento de sus ramas infundían un sentimiento de solidez y de vigor.

Cuando Angelo llegó, Giuseppe acababa de apostar un centinela armado cerca de la fuente. Había indicado también a cada uno un sitio para acampar en grupos constituidos por varias familias. Se hablaba mucho de leyes. Y con orgullo. Los milicianos estaban armados. Angelo se preguntó de dónde habían salido aquellos hombres pletóricos de salud, coloradotes y robustos. No los había visto abajo. Uno de esos hombres robustos murió súbitamente con todo el aparato habitual. Mientras comía un gran pedazo de pan se derrumbó frente a un pabellón de fusiles.

—Estaban más abajo —dijo Giuseppe—, vigilando los víveres. Por eso no los has visto. ¿Imaginaste acaso que las patatas, el arroz, la harina de maíz que Lavinia cocinaba eran dones del cielo? ¿No se te ocurrió que debía de haber un sistema gracias al cual todo el mundo podía comer? Teníamos depósitos; todos recibían su ración. Esos hombres robustos guardaban los víveres. ¿No era sensato? ¿Qué hubieras hecho en mi lugar? Dímelo. ¿Sabes qué es nadar y guardar la ropa?

El moribundo no permaneció sobre la hierba ni un minuto más de lo necesario. Se lo llevaron en seguida. Cuatro hombres que llevaban la camisa fuera del pantalón, lo que constituía el uniforme habitual de los *cuervos*, llegaron con unas parihuelas. Angelo se fijó en que la habían hecho con ramas descortezadas recientemente. Los cuatro *cuervos* tenían un campamento especial, a más de cien pasos del lugar donde acampaba el resto de la comunidad. Giuseppe los había llamado con un silbido.

Durante dos o tres días todo el mundo estuvo ocupado en tareas precisas y concertadas. Grupos de hombres jóvenes y fuertes, escoltados por milicianos armados, trasladaron los víveres del depósito que tenían más abajo. Otros grupos dispusieron las sentinas y los hoyos para las basuras. Las órdenes que organizaban este trabajo eran anónimas. Cualquier miliciano podía llegar con su fusil en bandolera y decir: «Me hacen falta tantos hombres para hacer tal cosa.» Giuseppe sólo intervino personalmente para dar un consejo: el de cavar las sentinas lejos, a sotavento. Habló con tanta gracia de los malos olores, que logró hacer reír a las mujeres y aun a los hombres. Casi todas las noches una decena de milicianos muy gordos y coloradotes se reunía en la ladera del valle por donde llegaba la noche. Cuando hacía ya bastante rato que estaban juntos y todo el mundo miraba hacia el oeste, donde brillaban aún los resplandores del crepúsculo, Giuseppe se les unía.

Tres o cuatro personas sufrieron ataques, pero se las llevaron antes incluso de que estuvieran muertas. Empezaron a llamar seriamente *cuervos* a los cuatro hombres que llevaban la camisa por encima del pantalón. Angelo se fijó en sus caras y advirtió que adquirían una expresión cada vez más aterrada.

Hubo después, una tras de otra, una decena de muertes; seis de ellas el mismo día. Una mujer que acababa de perder al mismo tiempo a su marido y a su hijo aulló y forcejeó con los *cuervos*. Se la llevaron en volandas mientras continuaba aullando y dando fuertes golpes con brazos y piernas, como un nadador. La dejaron de pie más allá de los árboles, en una ladera selvática desde la que se dominaban valles tenebrosos. Todos vieron cómo los milicianos le hacían señas de que se marchara, de que echara a andar. Se fue. El viento hacía flotar sus cabellos despeinados.

Esta escena produjo una gran agitación. El ruido de las conversaciones era casi tan fuerte como el del ramaje agitado por el viento. Giuseppe subió a una de las paredes en ruinas del aprisco. Se dirigió familiarmente a los presentes para hablarles de aquella mujer que se iba por los valles salvajes. Dijo cosas muy conmovedoras. La desgracia debía ser respetada y aliviada. Más allá de los bosques, como todos sabían, había una aldea a la que seguramente llegaría esa mujer. Su hospitalidad era bien conocida; hasta era proverbial. No cabía duda de que, cuando hubiera traspuesto los bosques, la expulsada sería acogida, alimentada y cuidada. Quería llamarles la atención sobre una cosa muy importante. Lo decía una vez más: la desgracia era respetable. No había por qué insistir en ello. Pero un hecho era evidente, sin embargo: los muertos hacían correr grandes peligros a los vivos. Desembarazarse de ellos lo antes posible era, pues, cuestión de simple buen sentido. Dos o tres minutos más no tenían importancia en lo tocante al sentimiento; por el contrario la tenían, y muy grande, en lo tocante al contagio. En el momento de la muerte de un ser querido uno se precipita sobre él, lo besa, lo estrecha contra su pecho, intenta retenerlo por todos los medios. Él estaba absolutamente seguro de que ninguno de esos recursos servía para retener a nadie a este lado cuando, ¡ay!, la muerte había decidido llevárselo al otro. Esos abrazos servían de mucho a la transmisión del mal. En su opinión, podían atribuírseles las muertes repetidas que ocurrían en una misma familia. Eso también era cuestión de simple buen sentido. Bueno, eso era todo lo que tenía que decirles.

Lavinia miró a Angelo de reojo.

En el curso de la noche hubo cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve muertes. Los *cuervos* y los milicianos circularon con sus linternas. Giuseppe suspiró en su cama y le habló a Lavinia en italiano. Llamó a Angelo, que dormía a dos pasos de ellos, y le dijo: «Háblame.»

A la mañana siguiente el valle estaba tranquilo; no había agitación ni huellas de muertes. Sólo algunos redondeles de hierba pisoteada indicaban el emplazamiento de hogares ahora desiertos.

Otro hombre murió durante la mañana. Se lo llevaron antes del grito final. Su mujer y su hijo recogieron sus cosas y, sin decir palabra, siguieron a los milicianos, que los condujeron fuera del valle.

Fue el único muerto de ese día. Hacia el anochecer Angelo fumaba un cigarrito cuando oyó un ruido semejante al de un vientecillo que agitara el follaje. Era el rumor de las conversaciones que recomenzaban.

La noche fue apacible. En diversos momentos, sin embargo, Giuseppe se dirigió en italiano a Lavinia. Ella no le contestó. Entonces Giuseppe llamó a Angelo y le dijo: «Háblame.» Angelo le habló largamente del Piamonte y de los castañares, y finalmente se puso a imaginar todas las burlas con que podría ser ridiculizado el egregio jurista Giovan-Maria Stratigopolo. Cada vez que se detenía para cobrar aliento, Giuseppe le decía: «Y luego, ¿qué más se le podría hacer?»

Al día siguiente no hubo ninguna muerte. Soplaba un vientecillo del norte, alegre y vivaz. Era maravilloso oír el ligero crujido de las robustas ramas. Los milicianos que mantenían el orden alrededor de la fuente eran obedecidos al instante. En sus rostros coloradotes y muy prosaicos había ahora una seguridad grave, casi espiritual. Ese fenómeno asombró a Angelo. Giuseppe dio algunos paseos por el campamento. Lo saludaron con mucho respeto. También saludaron a Lavinia, que, sin embargo, parecía cada vez más alegórica.

—Te saludo, diosa Razón —le dijo Angelo.

Ella le dirigió una sonrisa enigmática.

Angelo arrastró a Giuseppe hacia la orilla del bosque, del lado oeste.

—Conviene —dijo— que se vea claramente que me proteges.

Y mostró sus dientes bajo sus bigotes.

—No te rías —contestó Giuseppe—, sé muy bien que anoche me hablaste de Stratigopolo sólo para distraerme. No lo oculto, esta enfermedad me repugna. ¿Quieres que te diga que tengo miedo? ¡Pues bien, sí! La camisa no me llega al cuerpo. ¿Quieres que te diga francamente lo que pienso? No se está obligado a ser valiente en casos semejantes. Se expone demasiado. La apariencia basta; se llega a los mismos resultados y, además, se llega vivo; lo que, no obstante tu risita, que no me gusta, es lo más importante. Dale las vueltas que quieras: la muerte es el fracaso total. Hay que saber servirse de los demás. Es natural y todo el mundo lo comprende, hasta aquellos de quienes te sirves como colchón para tapar tus ventanas. Los hombres detienen mucho mejor las balas que la lana. Todo el mundo tiene ese buen sentido en la sangre.

Por eso estoy más cerca del pueblo que tú. Pareces loco. No le inspiras confianza. No puede creer en las virtudes que es incapaz de imaginar. Haz una prueba. Cuéntales que has tenido que cogerme de la mano toda la noche como a un niño o muéstrales que te burlas de mí, y verás si no te rompen la crisma.

Debajo de ellos se extendía el valle selvático por donde, dos días antes, habían expulsado a la primera mujer. Lo llenaban enormes hayas azules. No se veía ninguna aldea, sólo, por todas partes, bosques azules.

Angelo permaneció callado.

—Regresemos a Italia —dijo por fin—, y hagámonos matar.

—Muy bien —dijo Giuseppe—. ¿Cómo?

—Vuelvo a ponerme mi uniforme de coronel, tú, tu uniforme de húsar y entramos de bracete en el cuartel.

—¿Y si no nos matan? Todos los sargentos de caballería son carbonarios. Hay veinte suboficiales que son jefes de venta. Media hora después los oficiales estarán muertos y habría que comenzar el trabajo en las calles de Turín con mil reclutas que gritarían «¡Viva el coronel Pardi!», pero que al día siguiente, cuando ya sólo fueran quinientos, gritarían mucho menos. ¿Y cómo alistar a los obreros de las fábricas, sin los cuales nada es posible y que echarán miradas desconfiadas sobre los galones y sobre el castillo de La Brenta? Sin contar las explicaciones que habrá que dar a cuantos han preparado ya, sobre el papel o en sus cabezas, las leyes acerca de la libertad italiana. No olvides que hay abogados y profesores.

—Me hago detener sin uniforme.

—Pero Bonetto, que quiere ser ministro de la Guerra o quizá de Justicia, proclamará tu detención a los cuatro vientos. Reconozco que eso enfriará a mis sargentos de caballería y a mis suboficiales, que te creen un lince e imaginarán que has sido traicionado o, incluso, que el traidor eres tú y todo es un montaje. Pero eso no impedirá que te conviertas en mártir de la causa. Los agentes provocadores son los mejores. Incluso aunque todos los nuestros crean que eres un traidor, quienes están encargados de agitar la opinión pública harán toda una novela de tu prisión. Eso representa por lo menos doscientos alborotos callejeros si sólo invierten ocho días en juzgarte. A dos muertos por alboroto, por lo menos, tendrás cuatrocientas muertes sobre tu conciencia, y la tiranía acaso se prolongue diez años más. Si te fusilan, habrá además unos encantadores juegos de artificio. Sin contar las intrigas de tu madre, de la mía, que saldrá a la calle a apuñalar al primero que encuentre, y de Carlotta, que arañará a derecha e izquierda. Lo que representa doscientos o trescientos muertos más, y me quedo corto. Si te condenan a cadena perpetua la calumnia entonces se ejercerá contra nosotros, porque dirán que te dejamos pudrir en la cárcel, incluso cuando Italia sea libre. Pero ¿qué digo? ¡Sobre todo cuando Italia sea libre! ¿Has perdido confianza? Reconozco que nuestra situación actual no es para animar a nadie.

—El cólera no me inquieta —dijo Angelo—. Incluso es una forma de morir que lo arregla todo. Lo único que me hace feliz es el cumplimiento del deber.

—Te prohíbo morir —dijo Giuseppe—, sobre todo de esa manera. En cuanto al deber, ¿por qué te inquietas por el deber de todo el mundo? Te creía más orgulloso. Créate un deber personal.

CAPÍTULO DÉCIMO

Mientras tanto, el cólera avanzaba como un león por ciudades y bosques. Después de algunos días de tregua los habitantes del valle fueron de nuevo atacados por la epidemia. Los muertos eran retirados inmediatamente, incluso un poco antes de la verdadera muerte. Los supervivientes de toda familia afectada por la enfermedad, así como los que habían cuidado a los enfermos, eran expulsados.

—¿Adónde los mandas? —preguntó Angelo.

—Abajo, al lugar de donde vinimos, donde los almendros.

Angelo bajó a dar un vistazo. Volvió asqueado. Dijo que aquello era un muladar en el que aún quedaban algunos supervivientes reducidos a esqueletos que vagaban entre cadáveres insepultos y pájaros carroñeros. Habló de ello con dureza.

Giuseppe le replicó vivamente que estaban del lado de donde soplaba el viento y aquellos cadáveres no eran peligrosos. Pero en seguida cambió de tono y dijo:

—Debes irte de aquí.

—Tú también —dijo Angelo.

Contrariamente a lo que éste esperaba, Giuseppe puso muy pocas objeciones.

—En el combate por la libertad —le dijo Angelo—, cuentas demasiado. Debes salvarte. Tu muerte de nada serviría. Me he creado un deber personal, como me aconsejaste. Y es, en primer lugar, el de conservar intactas las tropas para el combate.

Luego agregó razones aun más especiosas y muy bien aderezadas.

—Aquí tienes miedo —le dijo—, y sin embargo me consta tu valor. Hasta lo he sentido en carne propia algunas veces. Así pues, tu miedo ha de obedecer a alguna razón muy poderosa, y, en mi opinión, se trata de que temes una muerte inútil.

Habló sobre esto largamente.

—Es la pura verdad —dijo al cabo Giuseppe—. Eso es justamente lo que me pasa. Pero esos obreros a quienes he armado están habituados a que yo mande; podrían obligarme a que siga haciéndolo.

—En todo caso —dijo Angelo—, yo no cuento para nada. Ni siquiera me lo han ocultado: me consideran un *cuervo*. Sin tu protección, hace ya tiempo que me habrían enviado abajo. Si desaparezco, no se darán cuenta, o creerán que la he diñado en algún rincón. Me iré el primero y compraré caballos. ¿Hay verdaderamente una aldea al otro lado del valle?

—Creo que sí, pero me informaré.

—Mejor que sea así —dijo Angelo—, Yo me iré primero. Te dejo veinte luises para que compres caballos para Lavinia y para ti. No hay que llamar la atención, y si yo comprara tres caballos lo proclamarían hasta los pájaros.

—Sería necesario un caballo más —dijo Giuseppe—, Así podríamos llevar provisiones.

—Os esperaré un poco más allá de la aldea.

—Nos marcharemos tres o cuatro días después que tú —dijo Giuseppe—, lo cual me dará tiempo para contestar las preguntas que me hagan respecto a ti, si me las hacen, y para aprovisionarme de arroz, judías, harina y tocino. Pero ¿adónde iremos?

—Acerquémonos a Italia —dijo Angelo—, No sabemos si la epidemia ha llegado hasta allí. De todas maneras, subamos a las montañas.

—Oye —dijo entonces Giuseppe—, hace tiempo que rumio todas estas cuestiones. Te darás cuenta en cuanto escuches lo que voy a decirte. El camino más corto es el que remonta el valle del Durance, pero seguramente está vigilado y cortado en todas las aldeas por barreras en las que habrá que mostrar

salvoconductos. Las aventuras que has pasado para llegar hasta aquí son una buena prueba. Desde luego, te haré y me haré cuantos salvoconductos sean necesarios. He traído el sello municipal. Pero en el mejor de los casos nos meterán cincuenta veces en prisión si logramos salir de las cuarenta y nueve primeras. Y cuando digo prisión digo cuarentena. Tus descripciones me ponen los pelos de punta. Pero hay otro camino, y tiene muchas ventajas. Hay que irse al fondo del Vaucluse, es decir, saliendo de aquí por el oeste. Y desde allí ganar el Drôme. Es la comarca más salvaje que puedas imaginar. Y dentro de ella hay un valle mucho más salvaje aún que sube a las montañas. Te lo enseñaré.

Trazó un mapa en un pedazo de papel. Conocía las carreteras principales y hasta los caminos secundarios.

—Guarda esto en el bolsillo —dijo—, Y espéranos en este lugar que marco con una cruz. Conozco cómo andas a caballo... Aun en el caso de que te vendan un jamelgo está a tres días de aquí. No es ni una ciudad, ni una aldea, ni siquiera un cruce de senderos. Es una capilla situada al borde del camino y en un lugar que da miedo. Se llama Sainte-Colombe de Abajo. Sainte-Colombe de Arriba es una montaña de rocas verdes que parece despeñarse y pone la carne de gallina.

Angelo encontró un caballo en una granja a una legua de allí. No estaban de humor para negocios. Sólo quedaban allí una anciana y una mujer de unos cincuenta años, sin duda su nuera. Pero las brillantes monedas de oro que Angelo les mostró les gustaron mucho.

—Ni siquiera cuentas lo que tienes —dijo Giuseppe cuando Angelo le dio dinero—, ¿Sabes cuánto hay en la bolsa que te mandó tu madre?

—No.

—No la trates con tanta ligereza. Hay lo suficiente para que viva una familia durante tres años. Menos diez monedas de oro muy hermosas. Son las que escamoteé en favor de la buena causa y que el correo entregó ostensiblemente hace tres meses a ese tal Michu que tan bien quiso tratarte cuando llegaste. Habías pagado para que te colgaran.

—Comprendo ahora por qué la policía había visto los luises.

—No lo comprenderás del todo hasta que sepas que había sido muy oportunamente avisada de ese envío por una carta anónima, caligrafiada a la perfección, sin una falta de ortografía y en cuya redacción había dos o tres de esos adverbios que acuden espontáneamente a la punta de la pluma de un viejo diputado departamental incluso cuando sus jefes le hacen escribir anónimos.

—¿Aprendiste a ser traidor?

—Ésa es una expresión burguesa —dijo Giuseppe—. Amo la libertad. Amo la idea. Por ella me arrojaría al fuego y hasta me dejaría matar. En cuestiones de amor, ¿quién tiene en cuenta la amistad? Y, por lo demás, son franceses.

Angelo se fue a pasar la noche en la granja para estar cerca de su caballo. Desconfiaba de la afición de la granjera por las brillantes monedas de oro. Giuseppe le llevó el portamantas en el que iban envueltos el traje de terciopelo y la capa de invierno.

—Estamos a últimos de septiembre —dijo—; pronto la necesitarás. Cogeré un poco de tela y Lavinia me coserá alguna cosa a ratos perdidos. No tengo necesidad como tú de chaquetas bien cortadas. Pero fíjate en lo que he puesto en el portamantas.

Era un hermoso sable de guardia nacional colocado de tal manera que, deslizando la mano bajo los pliegues de la capa, se daba con la empuñadura. Sólo había que tirar de ella para tener en la mano el arma desnuda.

—Naturalmente, he cargado las pistolas, pero sé que prefieres las armas blancas, y sobre todo las que permiten hacer molinetes. Estás servido. Nunca se sabe lo que le espera a uno en los caminos, sobre todo en esos tiempos.

Angelo le agradeció mucho el sable, más que la buena media hora que pasó arrodillado inspeccionando sus botas a la luz del mechero.

—Están perfectamente, como para una revista del rey. Pero era necesario asegurarse. En fin, dentro de diez días a lo sumo nos volveremos a ver y estaremos de nuevo juntos.

Consultaron una vez más el mapa en que estaba trazado el itinerario y marcado el lugar de la cita. Giuseppe volvió a explicarlo todo, dio detalles suplementarios, hizo prometer y lloró.

—Sobre todo, no te acerques a estas dos pequeñas ciudades que están marcadas aquí. Ve a campo traviesa. Si ahora te pierdo, me salto la tapa de los sesos.

—No prometo nada —dijo Angelo—; es más, creo que me dirigiré directamente a la primera y entraré en ella por poca gente que quede. Necesito comprar tabaco; sólo me quedan tres cigarros. Pero en cuanto me haya aprovisionado, te juro que cabalgaré a campo traviesa.

Se abrazaron verdaderamente emocionados. Angelo temblaba de alegría al estrechar contra su pecho a su amigo, su hermano, y sintió que él también iba a llorar.

—Vamos —dijo—, aún tienes algunos días para pasarlos en tu reino, y ya que, como dices, se trata de franceses, diles que deben amarse. ¿Qué te importa, al fin y al cabo?

Por medio luis Angelo se hizo con un silla campesina, que a lo sumo valía tres francos, a la que sujetó su equipaje. Las pistolas estaban en sus bolsillos. El sable salía con facilidad de la capa.

Era una hermosa mañana y soplaba viento del norte. Angelo entró en el bosque azul. Vagabundeó cosa de media legua lleno de un angélico arrobo escuchando el rumor del viento en las hayas y regocijándose con la muchedumbre de lanzas de oro con que el sol atravesaba el bosque. Su caballo no era demasiado campesino y participaba también con mucho placer de los olores y las luces.

Llegaron a un viejo camino cubierto de centáureas y de enormes lampazos. Delante de ellos el valle se cobijaba bajo la bóveda de los árboles. Caminaban por él hacía ya una media hora, un poco envarados por la sombra y el silencio, cuando Angelo vio atravesado en el camino un refajo rayado de rojo que reconoció como perteneciente a la primera mujer que fue expulsada del campamento. Estaba allí, en efecto, ya comida por los animales y cubierta de gruesas babosas que daban cuenta de lo que quedaba.

Al salir de los bosques, las tierras se desplegaron como alas de gavilán a cada lado de un arroyo que las recientes lluvias habían hecho desbordar en los prados. Allí, como en tantos otros lugares, ni el heno ni el trigo habían sido segados. La cosecha dejada en pie, aplastada por las tormentas, invadida de azulejos, cardos y escaramujos, era saqueada por torbellinos de pájaros. Todo el horizonte estaba cerrado por colinas, encima de las cuales aparecían los contrafuertes violetas y hasta purpúreos de montañas sin duda cubiertas de bojes.

A pesar del sol, el viento era frío. Angelo decidió ponerse la famosa chaqueta de terciopelo y acicalarse un poco; le convenía afeitarse. A pesar del aire vivo se habría bañado con gusto en el arroyo, cuyo desbordamiento hacía rodar, sobre un espeso lecho de hierbas, una agua clara con reflejos argentados. Pero era preciso ser prudente. ¿Quién podía decir de qué estaban infestadas las aguas que bajaban de más arriba? Las aldeas arrojaban despreocupadamente vendajes, deyecciones, carroñas y hasta cadáveres a los cursos de agua. A bastante distancia del arroyo encontró un charco de agua de lluvia que parecía sana.

Lavinia había pensado en todo, incluso en un frasquito de brillantina perfumada con violeta con la que Angelo se atusó los bigotes. En el paquete había, además, una camisa y tres pañuelos muy bien zurcidos. En cuanto a Giuseppe, había colocado una treintena de cargas para la pistola. El sable, aunque de aspecto burgués y un poco romo de punta, tenía buen equilibrio y buen peso. Era un sable de padre de familia, pero bien manejado podía ser muy peligroso.

La chaqueta estaba estupendamente hecha. Angelo empezó a hablarse en un lenguaje cada vez más pulido a medida que el terciopelo le entibiaba el cuerpo. Volvió a ver al obrero con cinturón que le había tomado las medidas. Era, ciertamente, un buen ejemplo de obrero revolucionario con sus grandes bigotes y su mirada que no parecía ver lo que pasaba a más de cuatro pasos de él; vigilaba en posición de firmes con la culata del fusil apoyada en el suelo algo seguramente muy sagrado que debía de haber en la colina. Cuando Giuseppe le dijo qué querían de él, arrimó inmediatamente su fusil al tronco de un almendro, se arremangó la blusa y sacó de la faltriquera una cinta métrica enrollada: «¡Con mucho gusto! Si el señor quisiera anotar él mismo sus medidas con lápiz... El señor tiene magníficos hombros. Cuarenta y ocho. Si el señor quisiera doblar el brazo... Muchas gracias. A su disposición.» Recogió su fusil, volvió a ponerse firmes y siguió echando aquella mirada que no parecía ver más allá de cuatro pasos.

—¡Pueblo, te amo! —dijo Angelo en voz alta. Pero luego le acometieron ciertos escrúpulos y se preguntó si no le gustaría el pueblo de la misma manera que le gustaba el pollo.

El día inclinaba a la alegría. El viento arrastraba nubes.

Angelo estaba como el cielo: persecuciones de sombras por el sol, persecuciones del sol por las sombras.

Al llegar a la aldea, de la que aún le separaba un buen trecho, no tuvo dificultades para comprar tabaco. Allí no había habido muchos muertos.

—Según creo —dijo la vendedora, que era muy vieja; había montado su cama en el estanco y cocinaba con un hornillo de carbón colocado sobre el mármol del mostrador. La calle, sin embargo, estaba desierta. No se oían ni cacareos de gallinas ni ruidos de pesebre. Por el contrario, se percibía muy bien el rechinar de la veleta del campanario y el pataleo del viento en las tejas. Angelo compró cinco cajas de cigarros, tres metros de mecha y un cucurucho de pedernales. La viejecita quería venderle toda su tienda.

—Ahora se fuma poco por aquí —dijo.

La verdad era que sólo se oía el ruido del viento. En una puerta entornada pudo ver un zapato y la mitad de una pierna de hombre, que parecía dormido. Angelo se plantó un cigarro en la comisura de los labios y

se dio el gusto de ir un rato al galope. Hizo más de dos leguas sin pensar en otra cosa que en el tabaco, en el frío delicioso del viento, en aquella libertad tan personal de que gozaba.

Acababa de salir de un estrecho valle donde lo había acariciado el perfumado aroma de la menta cuando vio frente a él una carretera llena de toda clase de vehículos detenidos y en los campos, a uno y otro lado de la carretera, otros coches y carretas, así como caballos ensillados atados a los árboles. Algo más lejos, un grupo bastante numeroso de gente a pie se amontonaba ante una barricada y varios quepis de los que se veía muy bien el pompón rojo.

«La fiesta va a empezar», se dijo.

Se metió en un bosque de pinos y avanzó a campo traviesa hacia la izquierda. Llegó así a un altozano desde el que pudo otear una extensión bastante grande de la comarca. Parecía que hubieran establecido en ella una frontera. En todas las carreteras y hasta en los caminos habla quepis y barricadas ante los que se amontonaban negros grupos de carretas, coches y gente.

«El juego consiste en hacerse el despistado», se dijo. «He de ir bajando como si no me hubiera dado cuenta de nada. Sólo necesito un espacio de seis palmos de ancho para pasar. Sería cosa del Diablo que no lo encuentre.»

Pero mientras se acercaba al paso, a un pasaje que le pareció libre, un soldado de infantería que estaba sentado entre las altas hierbas se levantó y le gritó:

—¡Pie a tierra, paisano! Se te ha dicho y repetido que no debes aproximarte con intención de pasar. Si quieres discutir, vete a la carretera, donde hay un oficial. Yo estoy aquí para dar plomo.

Y se encaró su fusil. A diez metros de él otro soldado se levantó y se encaró también el arma.

Angelo los saludó con la mano, y tranquilamente, volvió grupas.

«Si el miedo les hace empuñar las armas tan resueltamente», se dijo, «las cosas se van a poner feas. Éstos no son los centinelas que me encontré en Peyruis. Me ha llamado campesino. Lo más sensato consiste en hacerle creer que lo soy, en efecto. ¿Qué haría un campesino en mi lugar? Iría a discutir con los otros. Vamos allá.»

De modo que se acercó al grupo reunido en la carretera.

Había allí una veintena de personas; algunas damas y caballeros, que por su aspecto parecían de la buena sociedad, ponían cara de no entender lo que ocurría. Todos tenían papeles en las manos.

—Me importan un pepino sus salvoconductos —decía un oficial—. Ya sé cómo se hacen esos papeluchos. A otro perro con ese hueso. Mi consigna es: «¡Alto!» Y aquí se quedarán hasta el día del juicio final. Tanto si son barones como si no; yo soy igual que el cólera: no elijo. Todos en el mismo saco. Si en los lugares de donde vienen las cosas van tan bien, ¿por qué se marcharon? Y si no es así... Bueno, precisamente es eso lo que queremos evitar. ¡Media vuelta!

Era un individuo flaco y descolorido como un nabo, pero de ojos brillantes. Lanzó sobre Angelo una mirada bastante inquisitiva.

Los campesinos y las campesinas aguantaban bien el sermón. Intercambiaban guiños de complicidad. Pero los barones y las baronesas estaban verdaderamente despechados. No hacían más que levantar las manos mostrando sus salvoconductos.

«¡Muy mal han de ir las cosas en los lugares de donde vienen», se dijo Angelo. «Ahí los tienes, tragando quina en plena carretera sin armar una escandalera. En definitiva: ¡Viva el cólera!»

Entre esas mujeres encopetadas que no se habían empolvado desde la víspera y que empezaban a parecer abatidas, Angelo reparó en una falda verde, corta y redonda, que caía sobre unas botas azotadas por una fusta. La mano que sostenía esa fusta no era precisamente la de alguien que se siente abatido. Pertenecía, con todo lo demás, a una dama que llevaba un sombrerito de fieltro Luis XI, de un amarillo azufrado, y que tenía la nuca muy blanca. Era una mujer joven que le dio resueltamente la espalda al coloquio y se dirigió hacia un caballo que estaba atado a un árbol. Angelo vio un pequeño rostro triangular enmarcado por una espesa cabellera negra.

«La conozco», se dijo nada más verlo. «Pero ¿de dónde?»

Con toda seguridad, si había conocido a una mujer como aquélla, no la habría olvidado. La joven arregló la cincha de una silla de hombre que tenía los estribos muy cortos, y mientras trasteaba en ella brilló por un instante el nácar de unas grandes pistolas de arzón.

«¡Que me aspen», se dijo, «si no es la dama que tan valientemente me hizo té en esa casa que tenía un desván tan extraordinario!»

Se aproximó y dijo:

—¿Puedo ayudarla, señora?

Ella lo miró con frialdad.

—Para agradecerle un favor que me hizo —dijo él secamente.

—¿Qué favor?

—Dos boles de té.

—¿Boles? —dijo ella.

—Sí —dijo él—, dos boles muy grandes, de café con leche. Y creo que si hubiera tenido usted a mano una sopera, me habría servido el té en ella.

En ese momento Angelo odiaba su chaqueta campesina, pero estaba muy contento de su aire frío, que se le antojaba muy inglés. Sin saber por qué, Angelo tenía una confianza muy grande en el aire inglés. La joven dama parecía más bien impresionada por algo cómico.

—¡Ah! —dijo—. Ya caigo. ¡El caballero!

La palabra asombró a Angelo. No recordaba ya su estado de ánimo en la escalera aquella noche y que su mayor temor había sido precisamente asustar.

A pesar del pequeño sombrero Luis XI muy arrogantemente inclinado sobre la oreja, la joven dama tenía una evidente necesidad de hablar. Felicitó a Angelo por haber escapado a la enfermedad durante el paroxismo que había precedido un día o dos a la evacuación de la ciudad por sus habitantes. Él le contó con la mayor sencillez sus aventuras con la monja y cómo había llegado a la colina de los almendros y lo que en ella había ocurrido. No le habló de Giuseppe, sino de aquella variedad de cólera fulminante que había sembrado la tierra de cadáveres abandonados.

—No iban mejor las cosas en la colina donde me refugié —dijo ella.

Y le contó a su vez toda una serie de horrores.

—Pero ¿qué hace aquí? —dijo Angelo.

—Hace tres días que nos impiden pasar al departamento vecino. En cuanto a mí, ya estoy harta de ser insultada por un desgraciado que se imagina que la muerte lo hace superior a mí. En eso se equivoca. Prefiero el cólera seco, así que me vuelvo.

—Es fácil cortar el paso en este pequeño valle en que estamos —dijo Angelo—, pero debe de haber un medio de salir de él por aquellas colinas... Los soldados cuentan con que somos malos jinetes y no nos atreveremos a internarnos en terreno abrupto.

—Ya lo he intentado —dijo ella—, pero lo tienen todo previsto. Es tal su miedo, que tienden a sobrestimar a todo el mundo.

—A todo el mundo, tal vez —dijo Angelo—, pero no a los que deberían. Hace un rato rondaba por allí un campesino con un gran sombrero negro. ¿Dónde se ha metido? Ha desaparecido, y con él el caballo que estaba atado a ese coche que han dejado abandonado bajo los sauces, fíjese. Antes, mientras ese oficial sacaba el pecho y peroraba, sorprendí a esos campesinos guiñándose el ojo. Deben de conocer un lugar en el que es difícil apostar centinelas; pasarán por él de uno en uno. Y, en mi opinión, ese buen hombre que se escurre con disimulo hacia allí con las dos mujeres de las sayas coloradas es uno de esos tipos. ¡Fíjese! Las dos mujeres tienen un aspecto demasiado inocente. Observe que una de ellas está cortando una brizna de menta. No he visto nunca a una campesina cortar una brizna de menta sólo por pasar el tiempo. Créame, tanta inocencia no es más que un subterfugio para llevar a cabo su plan. Mero camuflaje.

—Tiene usted buena vista —dijo la joven dama—. En efecto, algo se cuece.

—¿Sigue queriendo irse de aquí? —dijo Angelo—, Le diré lo que hay que hacer. ¡Oh! Seguirlos no. Hay que ir sobre seguro. Dejémosles correr los riesgos. Veamos el camino que toman. Siempre estaremos a tiempo de tomarlo nosotros también, si no los traen de vuelta a puntapiés dentro de un rato. La cosa es fácil. Alejémonos un poco de esta gente y no la perdamos de vista. Con un rojo semejante soy capaz de ver a dos leguas las sayas de las mujeres. Aunque se metan en aquellos bosques que siguen la línea de la cresta.

Angelo y la joven dama fueron a sentarse en la hierba cerca del coche abandonado.

—No se deja junto a un camino un coche casi nuevo sin buenos motivos —dijo él—, Y se han llevado todo lo que han podido, hasta las cuerdas de los adrales.

—De momento, nuestra gente ha desaparecido. No veo ya las sayas rojas.

—El camino debe de meterse en alguna hondonada —dijo él.

En efecto, diez minutos después vieron una mancha roja bajo los castañares que cubrían la parte inferior de las laderas de las colinas.

El sol bajaba. Sus rayos oblicuos penetraban profundamente bajo los bosques dispuestos en anfiteatro alrededor de la pequeña planicie. Pudieron seguir fácilmente la marcha de los tres evadidos. Al principio describieron un gran semicírculo desde el punto en que la carretera estaba cortada. Ahora se dirigían hacia unas altas escarpaduras que parecían infranqueables.

—Por ahí me parece que sólo se puede pasar a pie —dijo la joven dama—. Amo a mi vida, desde luego,

pero no pienso abandonar mi caballo por salvarla.

Angelo nunca se había sentido tan feliz. Ese sentimiento, que conocía tan bien, expresado por una voz que tenía tan lindas inflexiones y por unos ojos que parecían tan sinceros, lo impresionaban como el más bello sentimiento del mundo. Se olvidó de su frialdad inglesa y dijo con pasión:

—Me dejarla matar por mi caballo. Y sólo es mío desde anoche. Me he fijado en los estribos cortos del suyo y deduzco que sabe usted montar. Por lo demás, mire usted atentamente esa pequeña mancha pelada justo encima del bosque, debajo de la escarpadura, y que debe de ser un pequeño prado. Veo moverse en ella una mancha oscura y azul. Creo que son el caballo colorado y el campesino vestido con blusa que hace apenas media hora estaban aquí, al pie de ese abedul. El oficial habla mucho. Tiene unos ojos negros que dan miedo y deben de aterrorizar a su compañía; pero no me fiaría de él ni para guardar las cocinas. No se ha dado cuenta de que a nuestro alrededor hay ahora cinco carretas desuncidas y abandonadas.

Sin gesticular, para no llamar la atención de los soldados, y evitando utilizar términos militares, le hizo notar a su compañera otras cuatro o cinco manchas pardas que se desplazaban lentamente por el prado en dirección a la arista izquierda de la escarpa, tras de la cual desaparecieron.

—¡Cómo me gustaría dejar con un palmo de narices a ese oficial tan engreído! —dijo la joven dama.

—Pues manos a la obra —dijo Angelo—, No somos más tontos que los campesinos.

Estaba en su elemento. La ayudó a montar sin darse cuenta siquiera de que llevaba faldas y lo hacía a horcajadas.

Dieron un gran rodeo cruzando praderas y no tomaron la buena dirección hasta que un bosquecillo de robles los ocultó.

—Su caballo es animoso, pero el mío, aunque es más pesado, tiene buen sentido —le dijo a la joven dama cuando llegaron al bosque de castaños—. Déjeme ir delante y mi caballo elegirá el mejor camino. Todo consiste en dirigirse hacia la reverberación de las rocas, que no pierdo de vista a través del follaje.

Por otra parte, encontraban a cada paso huellas evidentes de que acababa de pasar gente. Estaban ya muy arriba en la montaña cuando alcanzaron al hombre que viajaba en compañía de las dos mujeres de sayas coloradas. Descansaban al borde de un calvero bermejo.

—Sabe usted bien lo que se lleva entre manos —dijo la joven dama cuando los dejaron atrás.

Angelo estaba embriagado por los olores del bosque otoñal. Ingenuamente, le dijo a la joven dama que no entendía qué quería decir.

—Quiero decir —le explicó ella— que hay dos maneras de escapar de esos muladares de los que me hablaba hace un rato y de los que yo también trato de huir. Una de ellas es preguntarle el camino a todo el mundo. No me gusta.

—No había necesidad de preguntar —dijo Angelo con mayor ingenuidad aún—. Tengo dos ojos, igual que el hombre al que acabamos de adelantar. No necesito, pues, de los suyos para llegar a esa escarpa que está ahora delante de nosotros, visible como el cielo sobre el mar.

—Lo decía —dijo secamente la joven dama—, sólo para justificarme ante mí misma.

Como esperaban, encontraron al pie de las rocas un paso muy estrecho en el que Angelo descubrió bosta fresca de caballo. No pudo contener su alegría, y habló de esa bosta como si fueran pepitas de oro. Estaba muy serio y su exaltación era sincera; resultaba agradable encontrar un motivo de alegría en aquellas alturas, por encima de las copas de los castaños, y era evidente que se sentía cada vez más contento y feliz. Incluso utilizó algunas palabras y algunos ademanes muy italianos para hablar del extraordinario paisaje que se descubría desde aquel lugar. El sol, un poco más bajo aún sobre el horizonte, destacaba con sus reflejos el vivo esmalte de todas las crestas y acribillaba con flechas inflamadas los negros bosques mientras abajo, ya en la sombra, la pequeña planicie centelleaba como si todas sus hierbas hubieran sido cortadas al bisel.

La joven dama salvó con gran atrevimiento dos o tres lugares escabrosos donde había peligro de desprendimientos. Por fin doblaron la esquina de la escarpa y, más allá de contrafuertes como oleajes cubiertos de espesos bosques, percibieron en la lejanía un amplio valle verdeante por el que no corría ningún río y en cuyo centro se alzaba una pequeña ciudad redonda rodeada de prados.

—La tierra prometida —dijo Angelo.

Pero desde las alturas en que se hallaban el camino era muy largo aún. Durante más de una legua se esforzaron hasta quedar rendidos por retener a los caballos en un sendero que descendía serpenteando en pronunciadas cuestas bajo enormes hayas. La luz bajaba ahora rápidamente. Llegaron a un pequeño valle cuando empezaba a inundarlo la luz gris del crepúsculo.

—Durante los días que me pasé ante la barricada —dijo la joven dama—, oí decir muchas cosas, pero, sobre todo, que por toda la comarca patrullan los dragones de Valence, y que detienen sin contemplaciones

a cuantos no están domiciliados en el departamento.

—Eso me afecta vaya donde vaya —dijo Angelo—. Carezco de domicilio.

—Seamos prudentes —dijo ella.

—¿Tampoco vive usted por aquí?

—Tampoco.

—Conozco los lugares en que meten a la gente en esos casos —dijo Angelo—. Los llaman cuarentenas. Dejé que me llevaran a una. Siento mucho respeto por la felicidad de la humanidad y por el bien común, pero no tengo la menor gana de volver a caer en una ratonera semejante.

Bajaron por el valle que se ensanchaba poco a poco y por fin se abrió en una especie de lago de hierba verde, ancho como de media legua, en cuyo centro, bajo unos altísimos sicómoros, se veían las paredes blancas y los campanarios de lo que parecía un monasterio. En el crepúsculo gris perla, y en medio del rumor de dos o tres grandes fuentes que retumbaban como tambores lejanos, el lugar era tan apacible que dejaron el abrigo de los árboles y se aventuraron en los prados. Estaban ya muy lejos de la orilla de los bosques cuando fueron interpelados por voces vigorosas y vieron salir de un bosquecillo de sauces y galopar hacia ellos en un bonito movimiento envolvente a tres jinetes con uniforme rojo.

—Déjeme hacer —dijo Angelo.

—Un par de cerdos más —dijo un jinete que llevaba galones de cabo.

Angelo replicó con una injuria muy larga y, antes de que la hubiera acabado, el cabo gritó desdeñosamente:

—¡Dadle fuerte en las narices a ése!

Angelo hundió la mano en su portamantas, tuvo la suerte de encontrar en seguida la empuñadura del pequeño sable y lo sacó.

—¡Tira eso, desgraciado, que te puedes lastimar! —dijo uno de los soldados en tono burlón.

Angelo se ocupaba de su caballo mientras se decía: «Lo más difícil será darle ánimos a este rocín.»

En realidad, blandía su sable como un mango de escoba. Los dragones habían desenvainado los suyos, que eran de reglamento, y se aprestaban a darle algunos golpes de plano a Angelo cuando éste sintió que su caballo era más inteligente de lo que había creído y hasta estaba dispuesto a hacer por su propia iniciativa algunos movimientos bastante elegantes. Lo lanzó con tanta violencia sobre la yegua del cabo, que éste, profundamente asombrado, soltó los estribos, cayó como un saco de patatas y quedó tendido en tierra. Los soldados trataron de herirle con el filo de los sables gritando como ratas, pero Angelo paró los golpes con destreza y mediante hábiles quites en medio círculo tuvo a ambos a su merced. Mientras se batía de un modo deslumbrante, se tomó voluptuosamente el tiempo necesario para decir con voz engolada:

—Hágame el favor, señora, de adelantarse al galope. Voy a darles una lección de cortesía a esos zopencos.

Advirtió que sus adversarios tenían el rostro colorado como el pellejo de cerdos escaldados.

«Malos soldados», se dijo, «no saben reprimir la ira.»

Combinó en un segundo un magnífico revés que hizo volar el arma de las manos de uno de ellos de manera tan fulgurante, que el jinete oyó su propio sable silbarle en las orejas y se quedó patitieso de asombro. Angelo, de pie en los estribos, dio con todas sus fuerzas un golpe de plano sobre el casco del otro. Los dos hombres volvieron grupas. El que estaba desarmado espoleó a su montura; el otro inconsciente, pero aún montado, se alejó bamboleándose como si estuviera borracho. El cabo seguía sobre la hierba.

«Muy bien por Giuseppe», se dijo Angelo.

Se sorprendió al ver que la joven dama seguía allí. No se había movido. Tenía en la mano, con bastante gallardía, una de sus pistolas de arzón apuntada hacia el hombre caído.

—¿Está muerto? —preguntó.

—No creo —dijo Angelo.

Desmontó y se le acercó.

—No morirá de ésta —dijo—. No es más que un recluta que ha tenido su primera emoción. Pero puede estar segura de que cuando vuelva en sí contará cosas horribles. Metámonos en el bosque y así nos evitaremos problemas.

Recorrieron lo más deprisa que pudieron un largo trecho; se desviaron por varios caminos secundarios e incluso chapotearon en el agua de un arroyo durante más de media legua.

—Me parece que volvemos sobre nuestros pasos —dijo la joven dama.

—Estoy seguro de que no —dijo Angelo—. En primer lugar, he procurado conservar siempre el oeste a nuestra espalda, y, en segundo lugar, cada vez que hemos dado un rodeo he dirigido el rumbo hacia esa gran estrella. Apareció cuando les zurraba la badana, y vi que era todo lo que nos hacía falta para alejarnos

con seguridad de aquellos edificios que se veían entre los árboles, donde, estoy seguro, había un pelotón de reserva. Yendo directamente hacia delante tenemos que salir del bosque por el lado opuesto al que entramos.

Media hora después desembocaban en pleno campo. La noche había caído. Allí tampoco habían segado el trigo. La cosecha encamada cubría la tierra de un resplandor fosforescente.

Pasaron junto a casas de labor silenciosas y oscuras.

—No me gustan nada esas casas sin luz —dijo Angelo—, Y menos aún el olor que viene de ellas. ¿Qué quiere usted que hagamos ahora?

—Se ha servido muy hábilmente de su sable.

—Es demasiado pequeño para que nos abramos paso en la ciudad que hemos visto hace un rato y que se halla en algún punto delante de nosotros, en la sombra. Allí debe de haber una guarnición de esos soldados que patrullan y levantan barricadas. Seguro que ya corren rumores acerca de una mujer que maneja grandes pistolas de arzón.

—Quedémonos en la linde de los bosques —dijo la joven dama—. Por lo menos hasta la madrugada. Y ganemos todo el terreno posible si está seguro de la dirección que señala esa estrella.

—Ahora que no estamos ya bajo los árboles tengo una dirección mejor —dijo Angelo—. Allí está la Osa. Antes de encontrarme con usted había visto, desde lo alto de una colina, toda la línea de soldados que vigila los caminos. Iba del este al oeste. Marchemos hacia la Osa, que está al norte. Así nos alejaremos forzosamente de los soldados. A menos que hayan llenado con ellos toda la región. Pero no lo creo. ¿Tiene comida?

—Naturalmente. ¿Acaso estoy destinada a ser su despensa?

—De ninguna manera. No me embarco nunca sin vituallas, cuando puedo. Por lo demás, lo más difícil será encontrar bebida.

—¿Ha olvidado que una de mis virtudes es ir bien provista de té?

—Pero no podremos encender fuego hasta el alba. Esta comarca está oscura como boca de lobo, y antes de la medianoche habrá una cincuentena de forrajeadores con los ojos bien abiertos y mirando a todos lados con la esperanza, precisamente, de pescarnos junto a nuestra tetera. Doy lecciones que no se olvidan, pero a usted no le perdonarán nunca haberse mantenido firme y haberles hecho frente con una pistola más grande que su cabeza. A los soldados de caballería les encanta que las mujeres griten. Si a caballo no aterrorizan ni a una mujer, ¿qué harán a pie? Créame, no han parado de rumiar, y están seguros de que nos veremos obligados a beber agua hervida en esta comarca llena de carroña. Cuentan con ello para darnos una lección.

—Parece conocer muy bien a los soldados de caballería —dijo la joven dama.

—Los soldados de caballería —dijo Angelo— generalmente van a caballo. Y no les gusta que los desmonten.

Y le contó una anécdota de cuartel.

Habían llegado a un altozano.

—¿Es usted capaz de pasar la noche sin beber ni comer? —dijo Angelo.

—Sí, si es necesario.

—Eso nos permitiría salir de apuros sin dar la impresión de que somos unos desgraciados que ponen los pies en polvorosa después de hacer sonar la flauta por casualidad.

—¿A quién piensa usted dar esa impresión? La noche está negra como la tinta. Y estamos a cien leguas de todo.

—No estamos a cien leguas y no sabemos nada de nada. Escuche lo que me propongo. En este lugar el olor es bueno. Estamos, sin duda, en un bosque de pinos. Quedémonos aquí hasta la madrugada. Me gustaría ver claro el juego de los soldados.

—¿Cree que tienen tiempo y deseos de jugar a algo? No les falta trabajo; sobre todo, montar guardia.

—Sé cómo se monta guardia —dijo Angelo—. También sé cómo funciona el pequeño cerebro de un cabo que ha sido desmontado por un campesino. Podría decirle, palabra por palabra, lo que está contando ahora. Los dos dragones se han dado cuenta de que no soy un campesino por la manera como me he batido; no les hacen saltar el sable de las manos cada día con un cuchillo de cocina. Tienen unas ganas locas de volver a encontrarnos para reír los últimos. Les interesamos ciertamente mucho más que el cólera.

—Hemos sido, pues, poco prudentes —dijo ella.

—Nunca soy prudente cuando se me insulta. Y, en definitiva, estamos mejor aquí que en la cuarentena, adonde sin duda nos habrían llevado entre muchas burlas.

El olor de los pinos era exquisito. Debían de haber sudado abundantemente todo el verano y ahora, en la

frescura de aquella noche de otoño, su savia exhalaba su más tierno perfume. Incluso los caballos gozaban de él; seguían instintivamente un camino blando bajo los árboles y lanzaban de vez en cuando leves gemidos de placer.

—En eso estamos de acuerdo —dijo la joven dama—. Tampoco me gusta que se rían de mí.

—Son campesinos a los que les han dado un sable, y los tratan a patadas las veinticuatro horas del día. Cuando tienen la sartén por el mango, se creen los amos.

—Quedémonos aquí pues.

Desmontaron. Angelo reconoció una carrasca por el ruido que hacía el aire de la noche al agitar su duro follaje. Se pusieron al abrigo de las ramas. El ambiente era tibio. El suelo estaba seco y era blando y crujiente.

—No desensillemos nuestros caballos —dijo él—. ¿Está segura del suyo?

—Se ha pasado tres días descansando delante de la barricada.

Aunque estaba indecisa, lo he alimentado bien. En el fondo sabía que acabaría cometiendo alguna tontería.

—No es así como llamo yo a lo que hemos hecho.

—A lo mejor es como llamarán a lo que hagamos.

—Haremos lo que más convenga.

—Cualquier cosa antes que esperar tontamente esa muerte tan absurda. No puede imaginarse cómo me ha tranquilizado ese encuentro con los soldados. La vista de los sables me ha llenado de alegría. El acero desnudo es reconfortante. No tengo miedo.

—Ya lo he visto.

—Sólo les tengo miedo a las vomiteras.

—Aquí no corre peligro —dijo Angelo—. No piense en ello. Los soldados también fueron un bálsamo para mí, y nosotros para ellos. Estamos en la misma situación. Todo el mundo tiene miedo de algo.

No había casi estrellas, ni soplaba el viento. Reinaba un gran silencio. Por primera vez en su vida, Angelo hacía la guerra contra enemigos de verdad, y ponía en ello los cinco sentidos. Pensaba en la joven dama como hubiera pensado en las carretas de la impedimenta, que había que proteger a toda costa.

—¿No está usted todavía suficientemente seguro? —dijo ella.

—Me dan pavor los tenderos cuando tienen fusiles —dijo él—. El miedo ha despertado el gusto por las aventuras en gentes que tenían el hábito de dormir junto al fuego. Son como gatos a los cuales se les ha pisado la cola: arañan sin mirar.

—No vendrán hasta aquí...

—Estaría más tranquilo si supiera qué hay al pie de la colina. Si se trata de una ciudad o de una aldea grande, las gentes juiciosas del lugar seguramente saldrán a patrullar.

—¿No ha pensado que, por el contrario, podrían estar encerrados bajo siete llaves y con la nariz bajo las sábanas?

—Hace tres meses que no les llega la camisa al cuerpo por miedo a morir, y por ese lado han agotado todos los recursos. Ahora necesitan tener algo entre manos, lo que sea.

—Los comprendo. Si quiere que le diga la verdad, yo misma eché a andar a la buena de Dios con mis pistolas como escapularios.

—Pero debe de querer llegar a algún sitio.

—En principio, sí. Voy a casa de mi cuñada, que vive en las montañas, más arriba de Gap. Pero no es más que una idea como cualquier otra.

—Es mi camino —dijo Angelo—. Regreso a Italia.

—¿Es usted italiano?

—¿No se me nota?

—Habla el francés sin acento extranjero —dijo ella—. Confieso, sin embargo, que cuando lo sorprendí en mi casa, con no menor sorpresa por mi parte, me habló en una lengua bastante extraña.

—No lo creo. Con mi madre hablo francés incluso en Italia. Pienso en francés, y en esa lengua me expresé, creo, así que la vi con su candelabro.

—¿No se desconcertó?

—Estaba inquieto por usted.

—Por eso me pareció que hablaba una lengua extraña. Pero tuvo la virtud de tranquilizarme enseguida.

—¿Quién hubiera podido desear lo contrario?

—Por favor, no me haga hacer una lista... Ya había tenido que vérmelas dos o tres veces con hombres flacos, mal afeitados, con miradas de loco y que hablaban lo que se llama francés.

—Los conozco. Los mejores de entre ellos son los que hacen las famosas patrullas. No quieren ni pensar que la muerte obra con absoluta independencia. Tienen una necesidad imperiosa de encontrar un responsable y de tratarlo en consecuencia.

—Digamos, pues, que sus preocupaciones y su habilidad con el sable vienen de un país que yo llamo extraño y que usted llama Italia.

Angelo nunca había sido tan italiano. Seguía obsesionado por aquella idea fija que acariciaba con ardor. Inventariaba los ruidos, los ecos y hasta los suspiros más inocentes de la noche. Nada tenía para él más sentido que descubrir de ese modo la configuración del terreno que los rodeaba sumido en la oscuridad. En su imaginación veía un valle lleno de álamos ruidosos. Había reconocido el emplazamiento de un arroyuelo a lo largo del cual se rozaban las cañas agitadas por el viento. Había situado a cien metros más o menos a su izquierda un valle, sin duda estrecho, poblado de árboles y, quizá, con algunas casas. Había identificado una especie de profundo resoplido, bastante alto en el cielo, como el rumor del viento sobre una cadena de montañas que debía de alzarse a algunas leguas de allí. Ponía centinelas a diestro y siniestro. Vigilaba por todas partes.

Oyó un ruido insólito. Era como un revoloteo de sábanas tendidas a secar. Se desplazaba en el aire, bajaba y volvía a subir. Se aproximó procedente del valle y pasó por encima de sus cabezas a poca altura, se alejó, volvió, luego se deslizó de nuevo hacia el fondo del valle. Al pasar algo cayó sobre las ramas de la carrasca, de donde llegó, al cabo de un momento, un arrullo, una tierna llamada, triste como la de una paloma, pero bastante más imperativa.

—Eran pájaros —dijo Angelo—; en todo caso, el que canta es un pájaro.

—Es un canto realmente insólito; parece un gato en primavera.

—Se posó sobre nuestro árbol cuando la bandada pasó rozándolo. Ahora vienen más.

En efecto, se aproximaba, lento y apacible, el batir de muchas alas. Angelo se acordó de sus batallas con pájaros, particularmente en la aldea donde se había encontrado por primera vez con el cólera y luego en los tejados de Manosque.

—No temen al hombre desde que es su comida habitual —dijo.

Y le contó cómo había tenido que defenderse de golondrinas, vencejos y bandadas de ruiseñores.

—Éstos parecen haber cambiado de táctica —dijo la joven dama—. Óigalos. ¿No diría que nos arrullan?

Había en aquellos gorjeos que bajaban de la carrasca y de los pinos una especie de ternura persuasiva, de fuerza amorosa, que tendía a adormecer con amabilidad pero con firmeza.

—Y es un arrullo apremiante —dijo ella—, Y que, además, parece lleno de esperanza.

Angelo les tiró unas piedras sin lograr que se callaran ni se fueran. Eran pacientes. Soltaban su perorata con aplicación y mucha alma. Lo que decían parecía tener para ellos una lógica incontestable. Después de haberse expresado sin rodeos y de manera muy autoritaria, se callaban esperando que se les rindieran. Iniciaban de nuevo su petición y volvían a dar las buenas razones que a su juicio tenían para hacerla extendiéndose en algunos gorjeos aterciopelados muy dulces, muy hechiceros y muy tristes. Por fin, quizá al cabo de una hora de ese juego, comenzaron a manifestar sus exigencias con cierta acritud. Los dos caballos, que tenían miedo, se pusieron a resoplar y a sacudir las riendas.

Angelo fue a calmarlos.

—Tiemblan como azogados —dijo.

—Yo también —dijo la joven dama—. ¿Sabe qué quieren?

—Claro que sí. No comprendo por qué los soldados han levantado tantas barricadas. Esta comarca no es más salubre que la que dejamos. Pero diría que oigo otra cosa.

Se trataba de unos roces en los cañaverales al pie de la colina, seguidos luego del rechinar de ruedas sobre piedras y de cuchicheos ahogados.

—Por ahí anda gente —dijo Angelo.

—No oigo nada.

—No son soldados. Hay mujeres y niños. Es gente que viaja en carretas. Fugitivos como nosotros. Han sido atraídos por el olor de la resina.

—Sólo oigo el viento en los pinos.

—No hace viento. Oiga ese rechinar de ejes y esa voz que habla, sin duda, a un caballo.

—Si hubiera caballos, los nuestros los habrían sentido ya. Oigo algo que rechina, pero es una rama.

—No crea que veo visiones porque me impresionan los pájaros —dijo Angelo—. Le aseguro que se trata de gente que acaba de refugiarse al pie de la colina.

—Pues a mí sí que me impresionan —dijo la joven dama.

—¿Quiere usted que nos vayamos?

—De nada serviría. Es una idea que llevamos con nosotros. No. Tengo la carne de gallina, pero es cosa mía.

Pasaron una noche muy desagradable. Por la mañana Angelo quiso comprobar la existencia del campamento de fugitivos. Por más que buscó no halló ninguna huella.

La claridad era ya suficiente para encender fuego sin mucho riesgo. Lo primero era encontrar una fuente para llenar la tetera.

La comarca no tenía la menor semejanza con lo que Angelo había imaginado. Era un pequeño valle de aspecto severo embellecido por el otoño. Dos o tres granjas bastante pobres se alzaban en medio de una minúscula extensión de campos entre bosques de encinas y grises pedregales. Se levantó viento. El alba estaba roja y anunciaba lluvia.

—Voy a buscar agua —dijo Angelo—, espéreme.

—Lo acompaño.

—No; descanse ahora que se ve un poco. Y vigile los caballos. Voy a aproximarme a esas granjas. Allí debe de haber un pozo, pero esos bosquecillos pueden tener ojos y no sé qué se oculta bajo esas encinas. Vale más seguir tomando precauciones. Voy a deslizarme sin ser visto.

«Me ha faltado iniciativa», se dijo Angelo. «¡Ah, Giuseppe, tienes demasiada confianza en mí! Creo que te has equivocado conmigo. En lo que concierne a los combates por la libertad, no soy digno de limpiarte las botas. ¿Cómo podré contribuir al triunfo de la más pequeña de las revoluciones si no puedo evitar acomodar mi paso al de los demás? Los viejos sargentos son más listos que yo. Cuando se está bajo el fuego enemigo, hay que ser ordinario como un pan de cebada; de lo contrario, nadie aguantaría. Con dos palabrotas bien dichas esa mujer no hubiera tenido miedo. Ni yo.»

Se reprochaba haberse pasado la noche espiando ruidos y dándoles una importancia que no tenían.

«Si quieres ser alguien», se dijo, «esfuérzate por no comprender nada. Entonces el valor es fácil y produce impresión. Tú reflexionas en voz alta y se sabe siempre qué piensas. No se puede tener confianza en ti. La estupidez hace maravillas. En todo caso, aquí nada hubiera podido sernos más útil. Unos campesinos, en nuestro lugar, habrían dormido.»

Estaba, por otra parte, muy desazonado por ver las cosas tan claras ahora que andaba ocultándose a lo largo de los setos.

Al aproximarse a las casas se dio cuenta de que zumbaban como colmenas. Por puertas y ventanas salieron nubes de moscas. Sabía lo que eso quería decir.

Sin embargo, no había mal olor. Fue a echar una ojeada; era el espectáculo esperado, pero los cadáveres tenían ya más de un mes. De una mujer no quedaban sino los enormes huesos de las piernas sobresaliendo de una saya pisoteada, un corpiño desgarrado sobre el esqueleto y una cabellera sin cabeza. El cráneo, desprendido, había rodado bajo la mesa. Un hombre, hecho un ovillo, estaba en un rincón. Debían de haber sido comidos por las gallinas, que, a la llegada de Angelo, se habían agrupado con una pata levantada, mudas, pero muy arrogantes. Enjambres de abejas y grandes avispas habían abandonado sus colmenas para instalar panales y nidos entre el tubo de la estufa y la chimenea.

Angelo oyó un tiro. Había sonado fuerte y no muy lejos. Miró primero hacia el camino, pero al punto comprendió que venía de la pequeña colina donde acampaban. Volvió a ella a la carrera.

La joven dama estaba de pie, pálida como una muerta, con una pistola en la mano.

—¿Contra quién disparó?

Ella se rió con una mueca horrible mientras las lágrimas inundaban sus mejillas. Le casteñeteaban los dientes y temblaba sin poder apartar la vista de Angelo. Él había visto a muchos caballos en aquel estado. La acarició cariñosamente con la mano. Por fin, aquellos ojos llenos de lágrimas y ahora inundados de ternura se apartaron de él y la joven dama suspiró.

—Soy una estúpida —dijo apartando nerviosamente la mano de Angelo—, pero no volverá a ocurrir. He sido sorprendida, y por un hecho de lo más inusual. Disparé contra el pájaro. Cuando usted se fue se puso extraordinariamente apremiante y, por qué no reconocerlo extraordinariamente amable. No he oído jamás nada más horrible que esa canción adormecedora con que me arrullaba sin pausa. Temblaba de los pies a la cabeza y tenía ganas de dormir. Debí de cerrar los ojos un par de segundos. Y se me echó encima. Hedía. Me dio con el pico aquí.

Tenía muy cerca del ojo una pequeña desolladura. Angelo se dijo: «Este comedor de carroña sin duda llevaba el pico lleno de cólera. ¿Podrá transmitirse la enfermedad de esa manera?» Estaba aterrado.

Le hizo beber aguardiente a la joven dama. Él se zampó también un buen trago. Desinfectó cuidadosamente el puntito rojo, poca cosa, apenas un arañazo.

—Salgamos de aquí —dijo—. En esas casas de campo que hay más abajo sólo he encontrado muertos.

Este lugar es malsano. Ni siquiera busqué agua cuando vi la situación. Vámonos.

Tomaron el camino de las crestas a través de los bosques de pinos.

—¿Sabe qué pájaro era? —dijo la joven dama.

—No.

—Un cuervo. Era cuervos los que nos arrullaban anoche; es un cuervo el que esta mañana decidió pasar a la acción y al que tontamente le disparé un tiro.

—No fue una tontería —dijo Angelo—. Recordemos que hay que volver a cargar su pistola en cuanto estemos un poco tranquilos. Pero nunca había oído cantar a los cuervos de esa manera.

—Yo tampoco. Cuando me dejó usted hace un rato, estaba fatigada a causa de la noche pasada sin dormir y acaso soñé con los ojos abiertos. Pero nunca he oído a un animal dirigírseme de esa manera. Era repugnante, pero también seductor, hasta un punto que no puede usted imaginar. Era horrible. Yo lo comprendía todo y me daba cuenta de que lo aceptaba, de que estaba de acuerdo. Hasta que recibí el picotazo no se me ocurrió gritar ni saltar sobre mis pistolas. A decir verdad, ni su hediondez me repugnaba.

—No piense más en ello —dijo Angelo con bastante brusquedad.

El bosque estaba tibio y muy claro a pesar del tiempo gris, que amenazaba lluvia. Soplaban algunas ráfagas de viento cargadas de humedad. Los pinos, muy altos y muy espaciados, dejaban libre un vasto sotobosque.

Llegaron al borde del bosque, desde donde se dominaba un valle lleno de una tierra roja en que se alineaban las cepas de un viñedo bastante grande. Una granja importante, con una casa señorial de verdes postigos, cobertizos, aprisco y otros anejos, estaba muy bien situada entre grandes balsas y bajo plátanos muy altos, ya cobrizos. Dos hilos de humo subían, respectivamente, de la chimenea de la casa principal y de una casita seguramente destinada a los jornaleros. Allí vivía gente. Bajaron por un camino escabroso, pero la joven dama era una excelente amazona y, por lo demás, deseaba hacerse perdonar el pistoletazo. Abajo hallaron un amplio paseo que a través de las viñas conducía directamente hacia los altos plátanos. Todo estaba muy cuidado y mostraba ser objeto de una atención constante.

Se aproximaban al trote a la fuente cuando alguien que estaba sentado cerca de una balsa se levantó a cincuenta metros delante de ellos y les ordenó que se detuvieran. Y al mismo tiempo se echó una escopeta a la cara.

Los acontecimientos de la mañana habían despertado en Angelo su alma de italiano, y, a pesar del arma que lo apuntaba siguió avanzando, aunque al paso.

—No avance más, o lo lleno de plomo —gritó el hombre.

Era un joven y, a pesar de su barba de varias semanas y de sus manos negras de roña, vestía con soltura un chaquetón de caza bien cortado y calzaba unas botas muy elegantes.

Angelo avanzó hacia él sin contestar. No perdía de vista el negro redondel del cañón del arma que lo amenazaba ni el dedo extremadamente sucio puesto en el gatillo.

Cuando llegó junto al joven, éste reculó precipitadamente sin dejar de gritar la orden de detenerse.

—No se haga el terrible —dijo Angelo—, no hemos venido para hacerle daño. Sólo queremos agua.

—No permitimos que nadie se acerque a nuestra agua —dijo el joven—. No pedimos nada a nadie, y no queremos que nadie nos pida nada.

—Esto me parece muy difícil —dijo Angelo—, pero no tengo interés en asustar aún más a usted y a los suyos. ¿Hay por aquí alguna otra fuente donde podamos llenar nuestra cacerola?

—Vaya a la aldea.

—Entonces, permítame —dijo fríamente Angelo—; nunca me voy a paseo cuando me mandan.

Desmontó sin mirar la escopeta y se acercó al estribo de la joven dama.

—Déme, por favor, la cacerola que lleva atada a su equipaje.

Ella, mientras deshacía el nudo, le susurró:

—Aún tengo una pistola cargada.

Él contestó en voz baja:

—No hará falta. Aquí está mi cacerola —dijo poniéndola en el suelo a seis pasos del joven—. No tengo ningún interés en aproximarme a su agua, pero la señora quiere beber, y yo también. Si tiene un ápice de buen sentido, he aquí lo que va a hacer. Llene un cántaro de agua en la fuente, de la que mana del caño, por favor, no de la que hay en la taza, y échela usted mismo en la cacerola.

Por el chaquetón de caza y las botas, Angelo juzgó que se trataba del propietario de la finca; por otra parte, además de la barba y la roña, tenía la escopeta. «Estaba yo aún más sucio que él en los tejados de Manosque, pero no tenía nada. Por lo demás, hace un rato, hubiera podido disparar contra mí si hubiera querido. He avanzado a pecho descubierto», se dijo.

Entonces añadió en voz alta, con insolencia:

—Ya que prefiere servirme de criado.

—Sepa usted que los aires de gran señor nos dejan fríos —dijo el joven.

—¿A quiénes? —contestó Angelo, cada vez más insolente.

El de la barba farfulló algo, pero hizo lo que se le pedía.

—Ahora deje la escopeta en el suelo —dijo Angelo— y retroceda diez pasos mientras nosotros damos media vuelta.

—No dispararé —dijo el otro—, váyanse.

Angelo dio muestras de creerlo adoptando su aire más inglés y su mohín más conciliador. Pasó el agua de la cacerola a su cantimplora de piel de macho cabrío, volvió a montar y, haciendo pasar adelante a la joven dama, se alejó protegiendo la retaguardia.

En medio de los viñedos hallaron un camino carretero que comunicaba con unos pequeños valles estrechos y arbolados. Cabalgaron en esa dirección hasta el momento en que calcularon que habían salido de la finca. Estaban entonces a la entrada de uno de los valles a los que bajaba el camino. Encendieron fuego al pie de un talud. Al fin pudieron beber y comer.

Llevaban durmiendo allí una hora y media, después del refrigerio de pan y té, cuando se oyó un trote de caballo. Se acercaba un jinete, y por más señas un dragón. Llevaba un dolmán rojo.

—No nos movamos —dijo Angelo—, está solo y puedo con él.

Era un capitán. Montaba en pleno campo como en una revista, con mucho aparato y prosopopeya. Procuraba hacer flotar como es debido su corto capote de gala. Pasó sin saludar.

El día seguía siendo muy oscuro bajo el cielo encapotado. Una calma total se había enseñoreado de la naturaleza, como suele ocurrir cuando la lluvia es inminente. Todo estaba inmóvil, desde la más pequeña brizna de hierba hasta la hoja más alta de los árboles.

Angelo pidió permiso para fumar un cigarrito.

—Tienen buena pinta —dijo ella.

—Son muy buenos —dijo él—, y me gustan también porque son delgados y largos. Si tiene sueño, puede dormir. Yo montaré la guardia. Pero si no, quizá deberíamos tener un pequeño consejo de guerra. ¿Estamos en el buen camino?

—Ante todo, ¿sabe dónde estamos?

—No. Tendremos que preguntarlo en la próxima aldea. ¿Qué plan tenía usted?

—En primer lugar, largarme de allí, lo cual ya he conseguido. Luego, como le dije, se me ocurrió ir a refugiarme en casa de mi cuñada, en Théus, cerca de Gap. Comprendí que no debía tomar la carretera a causa de las barreras. Una vez, con mi marido, atravesé estas montañas. Vine hacia aquí instintivamente.

—Que usted conozca la región nos servirá de mucho.

—No la conozco. Viajamos en coches de alquiler e hicimos parte del trayecto de noche. Vi paisajes, no itinerarios. Sé que se pasa por Roussieux y luego por Chauvac porque pernoctamos en esas dos aldeas, pero con esto no adelantamos mucho. La región es pobre y está poco habitada, y eso fue lo que me decidió a venir. Hay por aquí una ciudad relativamente importante que se llama, creo, Sallerans, o algo por el estilo. Eso es todo.

—Más vale eso que nada —dijo Angelo—, Son puntos de referencia. Puedo acompañarla hasta Théus, pues está en mi camino. Y creo que más vale así. Sin embargo, deberíamos encontrar un lugar que se llama Sainte-Colombe.

Sacó del bolsillo el pedazo de papel en el que Giuseppe había dibujado el mapa.

—Con el nombre y este mapita —prosiguió—, creo que podremos llegar hasta allí preguntando a los campesinos. Parece que se trata de una ermita situada en una garganta, y precisamente uno de esos lugares desiertos de que hablaba usted. Estoy citado allí con mi hermano de leche y su mujer, que se han quedado en Manosque y deben reunirse conmigo después de arreglar algunos asuntillos. Seremos cuatro, y, desde ese momento, se habrán acabado los contratiempos.

—Me juzga usted mal a causa del pistoletazo —dijo la joven dama—, pero no creo que hayamos tenido muchos contratiempos hasta ahora. No digo que hubiera previsto lo del cuervo, pero sí que esperaba más de un incidente. Y sólo contaba conmigo. Iremos a Sainte-Colombe, ya que eso está en sus planes, y con mucho gusto.

—Tan lejos estoy de juzgarla mal —dijo Angelo—, que ruego que me dé su pistola para cargarla de nuevo.

—Voy a hacerlo yo misma —dijo ella—. Me gusta estar segura de mis tiros.

Sacó los pertrechos de sus alforjas y realizó la operación con mucha maña. Puso una carga completa de

pólvora y un pequeño suplemento, y colocó perdigones además de la bala.

«Dios me libre de empujarla al heroísmo», se dijo Angelo, que veía muy claramente en los demás. «Con eso hay para hacer saltar tres cabezas.»

También lo admiró la manera como desgarró la estopa del taco: con los dientes, igual que un soldado, y sin fanfarronería.

—Con un taco así esa carga va a dar un formidable retroceso —dijo Angelo.

—Pero también dará una formidable descarga —dijo ella—. Cuando me duela el puño, la bala ya habrá llegado a su destino.

Levantaron el campo y entraron en el valle. El camino bajaba en suave pendiente y serpenteaba entre espesos bosquecillos. Desembocaron en una landa cubierta de pálidos enebros. Habían hecho cosa de media legua por aquel vasto espacio desierto, cubierto de nubes, cuando vieron venir hacia ellos al trote largo un caballo sin jinete. Se colocaron en medio del camino para pararlo, pero el animal, casi en sus narices, se apartó bruscamente y huyó al galope a través de la landa. Era inútil pensar en alcanzarlo.

—Es el caballo del dragón que nos adelantó hace un rato —dijo Angelo—, Los estribos le golpean el vientre. Va a desbocarse. Para un oficial no es agradable tener que ir a pie.

Se burló de aquel hombre arrogante que tenía la suerte de ir de uniforme. Pero un cuarto de hora después hallaron al capitán tendido en medio del camino, con la cara negra y las mejillas cubiertas de vómitos. Era evidente que nada se podía hacer ya por él.

Pusieron los caballos al galope y avanzaron luego, durante un buen rato, al trote largo. La landa debía de tener tres o cuatro leguas en el sentido en que la atravesaban. Desde lo alto de los caballos dominaban la vegetación baja; podían ver hasta muy lejos sin advertir otra cosa que esa desolación gris y, delante de ellos, una masa de nubes muy oscuras a través de las cuales era a veces posible distinguir el negro cuerpo de una montaña. Pasaron junto a una casa en ruinas deshabitada desde hacía mucho tiempo. El techo y las vigas se habían hundido. Sin embargo, en lo que aún quedaba de un pequeño sótano se veían las huellas de un fuego reciente hecho entre dos piedras. Oyeron aullar a un zorro. Luego encontraron algunos campos pobres, algunos rastrojos de cebada cuidadosamente segada, algunos almendrales y una encrucijada donde había un pequeño abrevadero y tres casas. Las tres vacías.

—No lo comprendo —dijo Angelo—, Aquí estaban al abrigo del contagio.

Luego pensó en el capitán.

Los caballos, que la víspera habían andado mucho y no habían sido desensillados en toda la noche, comenzaron a resoplar. Angelo sintió un gran placer al darles de beber, lavarlos, frotarlos y mimarlos. El cuero de las sillas y de las alforjas y el pelo húmedo de sudor salado tenían, en aquel desierto y en un día tan desapacible, un reconfortante olor de cuartel, de cofradía de hombres. Estaba muy contento de su caballo de labranza. Recordaba la pequeña escaramuza en el prado y el buen talante que de pronto había descubierto en el animal. El caballo de la joven dama era también muy robusto, aunque más fino. Tenía también mejor estilo. Se pavoneó un poco bajo la almohaza y tuvo algunas gentilezas con la mano que lo cuidaba. Tenía tendencia a interesarse por las cosas lejanas. Irguió las orejas y puso los ojos tiernos cuando Angelo lo ató a una estaca, en un pequeño prado, junto al caballo campesino.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé —dijo ella—. Lo robé. Quise comprarlo, pero me pidieron un ojo de la cara.

—¿Lo robó a punta de pistola, como hice yo este verano en la carretera?

—No. Hice saltar un candado. Fui a robarlo una noche a la caballeriza donde me lo habían mostrado.

—Eligió bien. Es sin duda un media sangre. Se ve enseguida que tiene una gran seguridad en sus patas. Bien adiestrado a saltar obstáculos, podría llegar a ser un excelente caballo de caza.

—Es lo que me dije así que lo vi. Luego no pude resistir el deseo de tenerlo. No puse mis pistolas en las narices de nadie porque no había nadie que lo vigilara; pero lo hubiera hecho. Tenía una necesidad loca de irme. No simplemente de salir de aquel atolladero, sino de escapar, de saltar por encima de los obstáculos, de las barricadas, de los asqueantes cadáveres, de meterme en los Alpes de salto en salto. El cólera me da miedo. No me gustaría morir de esa manera.

—Yo tampoco, es demasiado estúpido.

«¿De qué vale ser capitán», se dijo, «si se muere de un vómito color de arroz cocido?» Encontraba aquella muerte muy distinta de los cadáveres que deja tras de sí una carga en el campo de batalla.

—Cuando hay razones para morir, me importa un bledo la muerte —dijo—, pero en este caso opino como usted. Algo que ni siquiera se conoce lo coge a uno de las orejas como a un conejo en una madriguera, le da un buen golpe en la nuca, y ya está listo. No puede haber cosa más repugnante.

—Y si añade a ello que es el pan nuestro de cada día —dijo la joven dama—, no es extraño que estemos

dispuestos a lo que sea.

A pesar de la luz gris que aplanaba los colores y las formas, gozaban de la suculenta inseguridad que les ofrecían aquellas casas abandonadas.

«Lo único desagradable que hay aquí», se dijo Angelo, «es ese cadáver tendido en mitad del camino a dos leguas de nosotros.»

Oyeron el ruido de unos zapatos claveteados que resonaban en el camino y vieron desembocar en la encrucijada a un hombre que llevaba sobre sus espaldas una bolsa bastante grande. El desconocido les hizo señales manifiestamente amables y se les aproximó. Era un personaje tan mostachudo y barbudo, que no tenía ya figura humana. Los saludó de lejos quitándose el sombrero. Luego, guardando siempre las distancias, se detuvo a cuatro o cinco metros, puso su bolsa en el suelo y los saludó de nuevo. En medio de sus pelos, sólo se veían sus ojos sonrientes.

—Buenos días, señores —dijo—. ¿Permiten ustedes que haga una pausa en mi camino junto a dos cristianos con vida?

Era un campesino obeso, de aspecto bonachón y con unas manos enormes.

—Parece que por aquí la sacudida ha sido fuerte —dijo Angelo.

—Hay que agarrarse de las ramas, señor —dijo el otro—. Es el único medio.

—¿Cómo se llama este lugar?

—Villete, señora.

—¿Qué les ha ocurrido que se han ido todos?

—Han tomado dos direcciones diferentes, señor. Los postigos verdes eran de Julio. Murió hace más de un mes. Los otros no quisieron quedarse. Es comprensible. Si me hubieran escuchado, les habría dado el medio.

—¿El medio de qué?

—¡El medio de salvar el pellejo! ¿Cuál, si no?

—Si conoce usted ese medio, hará fortuna.

—No es que haga fortuna precisamente, pero me gano la vida.

—¿Y vende usted eso?

—¡Desde luego! ¿No querrá que lo regale? Por lo demás, no lo vendo caro. Un pequeño escudo de tres francos. ¿Qué importa eso cuando se tiene fuego en el ojete? A veces lo doy. Más de una vez lo he hecho. Pero ocurre entonces una cosa muy notable: en esos casos no produce efecto. Hay que pagar. Entonces sí que es efectivo. ¡Y cómo! He salvado ya a cientos, a miles.

—¿Con qué?

—Con lo que llevo en mi bolsa, señora. Son plantas. Voy a buscarlas lejos y gasto mis zapatos. Son escasas y hay que tener buen ojo. Si quisiera usted encontrarlas, se las vería y se las desearía. Pero yo sé un montón de cosas. Y hago que mis contemporáneos se aprovechen de ellas. Tienen ustedes unos hermosos caballos. ¿No querrían venderme uno? Tengo para pagarlo.

—No, amigo —dijo Angelo—, son nuestras piernas.

—Confieso que son necesarias —dijo el hombre—. ¿Y adónde van?

—¿Es usted de aquí? ¿Conoce bien la comarca?

—Como la palma de mi mano, señora. No hay una zarza a la que no haya dado la vuelta tres veces. Vivo allá arriba y he hecho ya más de veinte viajes a buscar plantas.

—¿Adónde va este camino?

—Por aquí, señor, se va a Saint-Cyrice. Y no es muy divertido que digamos.

—¿Y por el otro lado?

—Por el otro lado quizá haya menos riesgos. Están Sorbiers, Flachères y luego Montferrant antes de dar con la carretera.

—¿Qué carretera?

—La carretera general. Por ella se va adonde se quiera.

—¿Pasa por Chauvac, o por Roussieux? ¿Conoce usted un lugar que se llama Sallerans?

—Sallerans, no. Pero Chauvac sí, y queda lejos. Si hiciera buen tiempo, verían una montaña, allá. La llamamos Charouilles. Chauvac está detrás.

—¿Y conoce usted Sainte-Colombe?

—Sí, señor. Cae por la parte de Chauvac. Pero no es un lugar importante. Allí no hay nada.

—Quizá pueda hablarse francamente con usted —dijo Angelo.

—Depende —dijo el hombre—; en principio, eso no mata.

—Le compro cinco paquetes de tisana —dijo Angelo—, y agrego un escudo, lo cual hace un luis, que

arrojaré a sus pies si no tiene miedo al contagio.

—Tengo mi remedio —dijo el hombre—, Y un luis no ha contagiado nunca el cólera a nadie. Tíremelo, pero no me pida el Perú.

—¿Qué hacen los soldados por aquí?

—Ha dado usted en el clavo: fastidian a todo el mundo.

—Parece que están por todas partes.

—Le voy a demostrar que ha gastado bien su dinero. Por el lado de Chauvac, hacia donde va usted, está repleto de dragones y hasta hay trincheras, porque pasa la carretera. Hay uniformes por todos lados. Por allí no dejan pasar a nadie. Y meten a la gente en cuarentena durante quince días en la escuela de los hermanos, que ha sido transformada en hospital. Ahora bien, si tiene usted dinero contante y sonante corre dos riesgos: el primero es que le peguen una paliza acusándole de haber intentado sobornarlos y encima se lo quiten; el segundo es que se lo quiten sin pegarle, a lo que llaman incautación. Dado que deben devolvérselo al salir de la cuarentena, les interesa que la deje con los pies por delante. Y es lo que suele ocurrir.

—No hay más que evitar la ciudad.

—No hay más que evitar la ciudad, como usted dice; pero aquí es donde deberá usted agregar un escudo de cinco francos.

—Si vale la pena...

—Yo diría que sí. Verá. Si espera a estar en las montañas que hay encima de Chauvac para desviarse, será tarde. Son muy vivos y tienen caballos de seis patas que trepan a cualquier parte como si fuesen gatos. No intente aventajarlos en las peñas, lo cazarían en menos que canta un gallo. Han tomado todos los caminos, hasta los más insignificantes. Y aquí es donde debe conocerse el paño. Y gracias a su escudo, lo conocerá.

—¡Habla, pues! Pero te prevengo, por si me metes en una trampa, que soy italiano y sé echar maleficios.

—No es para tanto —dijo el hombre—. No tengo interés en meterlo en ninguna trampa. No arriesga usted nada. En cuanto a los maleficios, los veo de todos los colores en estos últimos tiempos, y sin necesidad de italianos. Es más sencillo que el andar a pie: basta con conocer el país. No han cogido a nadie de esta comarca. He aquí lo que tienen que hacer: cuando levanten el campo, tomen la carretera de Saint-Cyrice. Al principio será llana, pero luego bajará. Bajen mientras no vean el campanario. Pero en cuanto lo vean, ¡alto! Seguir adelante es peligroso: aquello es un matadero. Allí muere la gente como moscas. Seis anoche, sin ir más lejos. Pero a su derecha hay un camino de tierra que lleva a Bayons. Cójanlo. En Bayons, atención de nuevo. Llegarán por los lavaderos. No entren en la aldea. Sigan por su izquierda y caminen recto. Camino franco, sin un obstáculo hasta Montjay. Marque usted eso, señora, tiene razón. El tío Antoine no es tan bobo como se cree. Si estoy aquí hablándoles, es porque he sabido pasar a través de sus mallas. A Montjay llegarán esta noche. Esperen a que amanezca para comprobar que se hallan directamente al pie de Charouilles. En lugar de tomar la carretera departamental, que sube con muchas curvas, remonten el torrente por el sendero hasta la cima. Una vez allí, un niño de cuatro años comprende lo que hay que hacer para evitar la ciudad, que ya ha quedado lejos, a la izquierda. Eso es todo.

Siguieron las indicaciones al pie de la letra. El bigotudo campesino había tomado un atajo deseándoles buen viaje. Su itinerario les fue a las mil maravillas. A la vista del campanario de Saint-Cyrice encontraron sin dificultad el camino de tierra. Comenzaba en un pastizal seco bajo un pequeño piñonero. Gracias a él rodearon a buena distancia la aldea de Saint-Cyrice, donde reinaba un silencio significativo.

—Sin las indicaciones de ese herbolario nos hubiéramos perdido, sin duda, en este encantador centro de reposo.

En efecto, desde que, dejando la meseta, tomaron la carretera descendente, el paisaje había cambiado por completo. Amables árboles, y particularmente tilos dorados y arces purpúreos, formaban setos a la orilla del camino o se recogían en redondos bosquecillos entre los campos, los pequeños viñedos, los prados y los barbechos de una región montañosa. Bosques de pinos silvestres coronaban las colinas.

Un pueblecito a cuyos pies pasaron estaba como pegado al flanco de la meseta y lo amenizaban balaustradas, tuberías de cerámica rosada, emparrados, murallas, torrecillas, escaleras de un blanco de alabastro. El otoño bronceaba los olmos de sus plazuelas. El bello remate en hierro forjado del campanario se alzaba a la altura de las ventanas renacentistas de un pequeño castillo de aire campesino que coronaba la cima de una loma con sus ingenuas troneras y los delgados cipreses de sus terrazas.

—Tantos pájaros me dan mala espina —dijo la joven dama—. Han tomado posesión del lugar. Hay miles y miles descansando en los tejados. Mire esos balcones. Están cargados de pájaros. No es ropa negra lavada

lo que cuelga de esos hilos, sino cuervos, y, sin duda, semejantes al que se me echó encima cuando creyó que me había decidido a morirme.

Felizmente, hasta Bayons atravesaron una comarca desierta. Contorneaban una sucesión de pequeñas colinas a cual más amable. Cada revuelta del camino les ofrecía nuevos panoramas donde sólo había pinos espaciados alrededor de bosquecillos rutilantes en medio de un decorado que hasta la persona más prosaica hubiera considerado regio. Literalmente, levantaba el ánimo. Se detuvieron un momento para que descansaran los caballos cerca de un campo de avena. No prepararon té y comieron simplemente pan seco con un par de puñados de azúcar, no obstante el peligro de que se les cariaran los dientes.

Llegaron a Montjay al anochecer. Comenzaban a caer gruesas gotas de lluvia. Estaban fatigados. La aldea, que se hallaba en un nudo bastante importante de caminos secundarios, parecía sana y bien cuidada. Justo a su entrada una posada recibía huéspedes a pie y a caballo.

El posadero no pareció encontrar nada de extraordinario en su llegada. Dijo que el contagio era un cuento. Allí nadie moría, salvo los viejos, como de costumbre. Evidentemente, siempre hay gente que tiene miedo, y eso había hecho decaer un poco el comercio, pero, de ese lado de la montaña, no había nada que temer. Agregó que tenía piezas muy limpias.

—Lo creo —dijo Angelo—, pero hablaremos de ello más tarde. Muéstreme la caballeriza.

Se había puesto a llover. Hicieron entrar los caballos en una amplia nave destinada a guardar las recuas y las mercancías. Por el momento estaba vacía y llena de ecos y sombras. La linterna sólo iluminaba una parte de ella.

—Le diré lo que quiero —dijo Angelo aproximándose al rincón de los comederos—. Eche ahí dentro dos *boisseaux* de avena seca y tráigame ocho gavillas de paja: cinco para los caballos y tres para mí.

—Es usted desconfiado —dijo el posadero con voz meliflua—. Parece temer que alguien pueda interesarse por sus caballos. Y quizá duda incluso de mí. Valdría más decirlo claramente.

Y se aproximó. Era un campesino rechoncho.

—Cuando tengo dudas, no las disimulo, y acabo de hablarte con bastante claridad —dijo Angelo—, Haz lo que te digo, puesto que te lo pagaré. Creo en lo que quiero. Hago lo que quiero. Y si quisiera cambiar de opinión, no te pediría permiso. Ahora retrocede un poco y escúchame si quieres ganarte el pan como todo el mundo.

—¿Es usted quizá un subprefecto, señor? —dijo el hombre.

—Cabe dentro de lo posible —dijo Angelo—. Pon, pues, dos pollos a asar. Y para hacer boca prepara una docena de huevos pasados por agua.

—No pide usted poco —dijo el hombre—. Todo eso le va a costar muy caro.

—Me lo imagino —dijo Angelo—. Pero el sueldo de un subprefecto da para eso y más. Si tienes un mozo, mándamelo para los portamantas.

Fue una jovencita, pero robusta y muy capaz de hacer el trabajo de un hombre, quien acudió a ocuparse de los caballos.

—¿Qué hace la joven dama que me acompaña? —le preguntó Angelo—. ¿La atienden?

—¿Es su mujer?

—Sí.

—¿Es usted quien le compró ese anillo tan grueso?

—Sí, fui yo.

—Es usted generoso.

—Soy extremadamente generoso —dijo Angelo—, sobre todo cuando se me sirve bien. ¿Hay cólera por aquí?

Y le dio una moneda de medio franco.

—No mucho —dijo ella.

—¿Cuánto es no mucho?

—Dos.

—¿Cuándo?

—Hace ocho días.

—Hazme un encargo —dijo Angelo—, Aquí tienes seis francos. Ve a la tienda y cómprame cinco kilos de harina de maíz, diez céntimos de sal y un franco de azúcar moreno. Ponlo todo debajo de mi silla, allí, en la paja. Yo me encargaré del equipaje.

Antes de volver a la posada se aseguró de que la caballeriza no tenía otra salida que la puerta cochera y que ésta estaba debidamente atrancada por un cerrojo de hierro que era imposible abrir sin ruido.

La joven dama estaba sentada cerca de la chimenea, en la que hacía hervir ella misma su cacerola de

agua para el té.

—¿No tiene frío? —preguntó Angelo.

Y miró sus piernas, que eran hermosas. Se había quitado las botas y podía ver sus medias de hilo caladas.

—En absoluto.

—Aquí está el equipaje —dijo él—, y, si me lo permite, voy a ser indiscreto. ¿Lleva medias de lana en sus alforjas?

—No. Nunca he llevado medias de lana.

—Nunca es tarde para empezar. Seguro que las venden en la tienda de esta aldea, donde debe de hacer mucho frío en invierno. Las compraremos. Entretanto, póngase éstas, que son mías y diez veces más grandes que su talla. Pero lo importante es tener los pies calientes.

—No es posible negarse a una galantería tan bien intencionada —dijo ella—. Aguánteme las ligas mientras me pongo sus medias. Tiene usted razón. En una situación como la nuestra hay que hacer todo lo que sea preciso. Pero ¿y usted? ¿Ha tomado precauciones?

—Pronto hará cinco meses que me paseo entre esta podredumbre —dijo él—. Me he ganado ya todos los galones. El contagio me teme como a la peste, pero he tomado precauciones para los días que vendrán.

Le habló de las compras que había encargado en la tienda. Dijo que de ahora en adelante no cometerían la imprudencia de comprar pan. En cambio, harían simplemente polenta en la cacerola con harina de maíz, como en el Piamonte.

Era preciso alimentarse sólidamente. Podían preverse, en la montaña, etapas penosas. La de aquel día no era de las que aguantara cualquiera. E inmediatamente se ruborizó.

—Perdone mi atrevimiento —dijo poniéndose cada vez más rojo, pero sin dejar de mirarla de hito en hito—. Es absolutamente indispensable que le hable como a un caballero de segunda clase. Monta a horcajadas. ¿No está desollada o herida?

—Estoy asombrada de esa preocupación tan segura de sí misma que muestra usted por todo el mundo, incluso por mí. Tranquilícese; puedo hacer etapas como la de hoy, una tras otra, sin sentir más que cansancio. Y hoy estoy cansada, no lo niego. Pero tengo gran práctica en montar a caballo desde mi infancia. Mi padre, con el que me quedé sola, era médico rural, y lo acompañaba en sus visitas en mi yegua sin importar el tiempo que hiciera. Por razones que sería largo de explicar he montado mucho más aún después de mi matrimonio. Por lo demás, voy muy bien equipada.

Y le habló con naturalidad de los calzones de cuero que llevaba debajo de las faldas.

—Me alegra mucho saberlo —dijo Angelo—, No veo razón para que, por el hecho de ser usted mujer y yo hombre, no seamos camaradas. Le confieso que hoy, varias veces, me sentí molesto. Verá: esta mañana, cuando la vi con la pistola en la mano, estuve tentado de echarle una buena bronca, como lo hago con Giuseppe y a veces con Lavinia cuando lo estimo necesario. Me contuve, y lo lamento, porque a veces cuatro gritos son más eficaces que todas las palabras de consuelo en los momentos críticos.

Estuvo a punto de hablarle con pasión de los combates por la libertad.

—¿Quién es Lavinia? —dijo ella.

—La mujer de Giuseppe, mi hermano de leche. Servía a mi madre en Italia. Acompañó a Giuseppe cuando tuvo que exiliarse, poco después que yo me viera obligado a hacer lo mismo. Luego se casaron. Pero la veo aún, cuando tenía diez o doce años, ablandar con talco los calzones de cuero que mi madre, como usted, usaba debajo de las faldas para ir a nuestras tierras de Granta.

Y le habló de los bosques de Granta.

La joven señora recibió con alegría el pollo que le sirvieron, y dio buena cuenta de él, al igual que Angelo. Comieron luego los huevos y terminaron su cena con un buen plato de sopa.

—Descanse usted en la cama —dijo Angelo—, Yo vigilaré los caballos y el equipaje. Pronto nos quitarían las alas. Ya vio el interés que mostró por ellos el herbolario. En el fondo, paso por tonto porque quiero. Cuando se trata de lo esencial, sé contar como todo el mundo.

Le recomendó que no cediera a la tentación de lavarse con agua simplemente caliente; era preciso que hubiera hervido mucho rato.

—Debe —añadió— cubrirse de tal manera que tenga mucho calor y conservar mis medias en los pies durante toda la noche. La fatiga predispone a los escalofríos y, por lo demás, el calor activa el descanso. Eche el cerrojo y tenga sus pistolas debajo de la almohada. A la menor sospecha, y hasta el más mínimo escalofrío, como no hay campanilla aquí, dispare sin reparo. Estamos en terreno enemigo; no hay por qué economizar pólvora. En fin, lo esencial es que no corra usted ningún riesgo y se salve. El hecho de conmocionar a toda la posada no tiene ninguna importancia y es perfectamente legítimo. Estoy aquí para

hacérselo comprender a quien sea.

Luego se fue a fumar un cigarrito delante de la puerta.

Seguía lloviendo suavemente. La montaña suspiraba por encima de la aldea.

Angelo se hizo la cama en la paja, junto a los caballos. Estaba a punto de conciliar el sueño cuando oyó el rodar de un coche, y un momento después se abrió la pequeña puerta que comunicaba con la posada y entró el posadero, que, con paso rápido atravesó la vasta y sonora caballeriza y abrió el portón tirando del cerrojo para franquear el paso a un cabriolé del que descendió un hombre a quien el posadero propinaba unos «señor» gordos como su brazo.

Poco tiempo después de aquel trajín el hombre volvió con la moza de cuadra y unas gavillas de paja. También él se disponía a dormir al lado de su caballo.

Era un hombre de unos cincuenta años, sobriamente vestido de fino paño. Su fular era de cachemira y de muy buen gusto. Extendió sobre la paja una amplia manta de viaje escocesa.

—Perdone las molestias —dijo al ver que Angelo tenía los ojos abiertos—. Si lo hubiera imitado antes, me habría ahorrado muchos sinsabores.

Le contó que, hacía tres días, le habían robado un magnífico corcel ensillado. Lo había comprado a precio de oro. Venía de Chauvac. Intentaba llegar al valle del Ródano y allí, con un poco de suerte, cruzar el río en barca y ganar el departamento del Ardèche, donde, según se decía, el aire luchaba victoriosamente contra el contagio. Venía de Saboya, donde el cólera causaba estragos inimaginables.

Angelo le preguntó si en Chauvac los soldados causaban muchas dificultades a los viajeros.

—A decir verdad —contestó el hombre—, ahora me inclino a creer que los soldados no hacen lo bastante. Hubieran ciertamente podido encontrar a mis ladrones y devolverme un caballo hermosísimo que esos campesinos van a echar a perder sin provecho para nadie. Debo reconocer que, si uno tiene sangre, y no horchata en las venas, le dan cien ocasiones cada día para montar en cólera contra esos oficiales arrogantes que parecen creer que el cólera se combate con desplantes de militar en campaña y que, en realidad, y excúseme la expresión, se cagan en sus pantalones, en sentido figurado, antes de verse obligados a cagarse en ellos de verdad por la fuerza de las circunstancias. Como su consigna los obliga a quedarse donde están, y como tienen miedo, han inventado otras consignas para hacerse acompañar por la mayor cantidad posible de gente, y particularmente por personas como usted y como yo. Si sube a los Alpes, señor, lo que le espera no tiene nada de agradable.

Le explicó que las ciudades estaban sumidas en la mayor abyección.

—¿Sabe usted a qué han recurrido en las más grandes, donde, ya que tienen quince mil o veinte mil habitantes, deberíamos suponer que hay bastantes personas sensatas? Pues han recurrido a la patochada, señor. Como puede ver, no se han roto la cabeza. Han echado mano de las mascaradas y de las rúas de carnaval. La gente se disfraza de pierrot, de arlequín, de colombina o de cualquier otra cosa grotesca para escapar a la muerte. Se pone caretas, narices de cartón, bigotes y barbas postizas. Se pintarrajea la cara de un modo ridículo. Dice «Después de mí el diluvio» y trata de conjurar el peligro por medio de la magia. Volvemos a estar en plena Edad Media, señor. En todas las esquinas se queman espantajos llenos de paja a los que se llama el «Tío Cólera». Los insultan, los escarnecen, bailan a su alrededor y luego vuelven a casa, donde se mueren de miedo o los mata el cólera.

—Señor —dijo Angelo—, desprecio a quienes no tienen sentido del honor.

—Es un método excelente —dijo el hombre—, Perfecto si se muere a su edad. Si se llega a la mía, se le hacen las modificaciones que convenga. No molesta, pues, en ningún caso. Se ha repetido en todos los tonos que el mejor remedio contra el cólera son los caballos de posta. Y es verdad. Y el resultado es que aquí estamos los dos, dispuestos a dormir en la paja junto a nuestros caballos por miedo a que nos los roben. Usted por prudencia, sin duda, por lo que lo felicito, y yo por experiencia. No se puede pretender que amemos mucho a nuestro prójimo. Me contestará usted: «No hago mal a nadie.» ¡Cuidado! El odio no es lo contrario del amor. Es el egoísmo el que se opone al amor, o, más exactamente, señor, un sentimiento del que de ahora en adelante oirá usted hablar mucho a favor y en contra: el instinto de conservación.

»Pero le estoy impidiendo descansar, y sin duda tiene usted que recorrer aún un largo camino, lleno de emboscadas, como yo. A ese propósito, debo decirle que en esta región parece que se ha puesto de moda desvalijar a la gente a mano armada, y detenerla en las carreteras, y que se roba hasta a los muertos. Anteayer vi fusilar con mucha ceremonia a dos ladrones que, la verdad sea dicha, parecían de muy poca monta. No eran peores que quienes les habían condenado.

»De todos modos, no le busquemos tres pies al gato y contentémonos con lo que tenemos esta noche (que es todo lo que hemos podido encontrar): una tabla en el mar, lo suficientemente ancha para dormir en ella.

»Buenas noches, señor.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

La joven dama se levantó temprano y, al parecer, en perfecto estado. Angelo había vigilado cuidadosamente la ebullición del agua para el té. Estaba muy contento por la bolsa de harina de maíz, el azúcar moreno y los doce huevos duros que habían tenido la ocurrencia de hacer que les prepararan.

—Las noticias que tengo de Chauvac no son buenas —dijo.

Le habló del hombre que había dormido junto a él y que, al alba, había reanudado su camino.

—Creo que deberemos enfrentarnos a muchas dificultades. En todo caso, escuche lo que he pensado. Dígame si es de mi opinión. Aprovechemos de la parte más desierta y más salvaje de la región. Rehuyamos las carreteras y las ciudades, así como todos los lugares donde haya gente. Parece que no solamente tienen el cólera sino que, además, se han vuelto locos. En las montañas sólo debemos temer una cosa: a los bandidos. Dicen que hay muchos. Ya lo veremos. Por lo demás, de acuerdo con lo que me dijo Giuseppe y según su mapa, Sainte-Colombe es un lugar tremendamente solitario. En cuanto nos hayamos reunido con mi hermano de leche y su mujer, podremos pasar por encima de los cadáveres de todos los bandidos del mundo. Giuseppe es un león y Lavinia se dejaría matar por su marido y por mí.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo la joven dama—, Pero tengo que decirle una cosa.

Y se inclinó hacia Angelo para hablarle al oído.

—Pague mi gasto, pues parece lo más natural. Le devolveré el dinero en cuanto nos hallemos solos. No, no se retire. Escúcheme: sé que eso no tiene importancia, pero no he terminado; tengo que hacerle una recomendación que importa mucho a nuestra seguridad, pues de lo contrario no le pediría lo que voy a pedirle, ya que sé que le costará un tremendo esfuerzo. Se trata de esto: pague, pero hágase el avaro. No dé un céntimo más de lo que le pidan. Esfuércese, al contrario, por dar un céntimo menos. Nos respetarán igual que al Santísimo Sacramento. Por lo demás, tengo tanta confianza en usted como usted mismo, o quizá más, y sé que pasaremos por encima de los cadáveres de todos los bandidos del mundo sin la ayuda ni de su Giuseppe ni de su Lavinia.

—Habla usted como el agente de policía de Turín que no se atrevió a arrestarme. «¡Ah!, señor», me dijo, «¿por qué un duelo a sable cuando es tan fácil asesinar con un cuchillo? Además, en estos casos nadie nos reprocha que no encontremos al asesino.»

—Ya lo ve —dijo ella—, pone en un compromiso a personas excelentes. Las coge por sorpresa y les pide valor, generosidad, entusiasmo y no sé cuántas cosas más, cosas de las que no son capaces sino después de madura reflexión y hacerse mucha violencia. La mayor parte de ellos son padres de familia. Sea generoso: dé menos. Por seguirlo se arruinan. Aquí la cosa es más sencilla. Es peligroso demostrar que tenemos oro. Pueden dispararle con una escopeta desde una ventana o echar matarratas en su sopa.

—Tiene razón —dijo Angelo—. Eso lo echaría todo a rodar.

Sin llegar a pedir una rebaja, rezongó al pagar la cuenta y se quejó de lo caro que estaba todo. Contó cuidadosamente la vuelta y examinó por las dos caras la moneda de diez céntimos que le dio a la moza.

—Nos dijimos algunas palabras un poco vivas anoche —le dijo al posadero—, pero en estos tiempos debe de estar acostumbrado a tratar con personas excitables. ¿Conoce un lugar que se llama Sainte-Colombe? Quisiéramos ir allí sin pasar por Chauvac.

—Todos quieren lo mismo —dijo el hombre—. ¿Qué tiene de malo Chauvac? Sólo se mueren los más enfermos.

—Ésa es también mi opinión —dijo Angelo—, Pero se trata de los soldados. No los busco.

—Yo tampoco —dijo el hombre—. Me quitan el pan de la boca desde que detienen el tránsito. Estaba en situación de hacer algunos ahorrillos. Oiga lo que le aconsejo. Olvídese del torrente. Desde anteayer hay un

puesto de guardia en la cima de Charouilles. Diríjase a la izquierda a través del bosque. Al salir de los árboles siga el valle. Cuando llegue al otro lado, tome como punto de dirección el molino de viento de Villebois, que se ve como la nariz en medio de la cara. Llegará a un arroyo. Remóntelo. Se mete en una garganta. Sainte-Colombe está ahí dentro.

Subieron unos taludes, luego anduvieron a través de un bosque ralo. El día estaba de un azul sombrío. Los árboles brillaban por la lluvia reciente. Las ramas dejaban caer el agua entre suspiros. Miles de pequeños arroyuelos corrían entre la hierba ronroneando como gatos. Más allá de los espaciados pinos, por las laderas de las montañas, se extendían prados que empezaban a amarillear. Se percibía también la línea de crestas y los enormes árboles, hayas sin duda, que se enseñoreaban de las alturas. El camino indicado por el posadero era fácil de seguir y disimulaba completamente a los viajeros bajo los bosques, en las hondonadas del valle y en el flanco de las colinas. Hasta les hizo pasar la cresta, al final, por una especie de trinchera natural bajo hayas gigantescas. En ese sitio el aire más liviano permitía oír una especie de griterío, como si cayera granizo muy menudo, que hubiera podido atribuirse a los pájaros. Pero Angelo, irguiéndose sobre sus estribos, vio e hizo ver a su acompañante algunas manchas rojas que se agitaban bajo las ramas a varios centenares de metros hacia la izquierda.

Sin ninguna duda, eran soldados. Un momento después, en efecto, una pequeña caravana salió por debajo de los árboles y comenzó a descender la cuesta. Se trataba, evidentemente, de algunas personas que acababan de ser detenidas y eran conducidas a la ciudad. Angelo contó cinco o seis figuras vestidas de negro y dos dolmanes rojos que cerraban la marcha.

Al contrario de lo que hubiera podido creerse, al otro lado de Charouilles no había valles profundos, sino, simplemente, una amplia depresión de tierras arenosas, muy lúgubres. Chauvac era muy visible, dos leguas hacia la izquierda.

Angelo y la joven dama creyeron prudente darle la espalda a la ciudad y alejarse de ella todo lo que pudieran. Hicieron por lo menos dos leguas más hacia la derecha, bien disimulados bajo las hayas, por terreno fácil y en medio de un paisaje encantador. Marmóreas ramas sostenían el peso de tupidos vellones de oro. El follaje, de un amarillo reluciente, parecía crearse su propio sol bajo el cielo gris. Paseos de mullida tierra se abrían apaciblemente hacia todos los lados, entre columnas, por debajo de arcos blancos como la nieve.

En la linde del bosque descubrieron una comarca triste. El terreno, descarnado, mostraba sus huesos. No se veía el molino por ninguna parte. Escalaron un montículo de esquistos negros erosionado por las torrenteras. Desde la cima sólo se veía una especie de cubeta de una media legua de ancho y en su interior algunos campos abandonados llenos de guijarros y tres tocones desgastados por el viento, la lluvia y las heladas. Al avanzar descubrieron una casita escondida en un repliegue. Pero estaba vacía. Sin huellas de vida ni de muerte reciente.

Por un momento pensaron acampar en aquel lugar. A pesar de todas las garantías de la soledad, se contentaron con comer dos huevos, sin bajar del caballo y sin dejar de echar furtivas miradas a derecha e izquierda. Ni la hierba resultaba atrayente; dura, seca y gris, repugnó hasta a los caballos. Espliegos que habían perdido las flores espolvoreaban de fúnebres cenizas los flancos huesosos de la depresión.

Subieron por el otro lado y descubrieron toda una sucesión de hondonadas semejantes y de montículos erosionados. La avena silvestre, pobre y muy rubia, que crecía en míseras matas entre las piedras acentuaba la tristeza del lugar al destacar con su vivo color la lividez de las peñas.

Durante varias horas siguieron las crestas, buscando el molino por todas partes.

—Nos hemos perdido —dijo Angelo—. Deberíamos tratar de encontrar a un campesino que nos informe. Si no, vamos a andar sin rumbo fijo toda la noche. Bajemos al fondo.

Se metieron en un valle muy estrecho y muy siniestro en el que retumbaba un salto de agua. Los caballos chapoteaban en una arcilla oscura. Un torrente lento y sucio dificultaba el paso y se estremecía entre cantos rodados, limo, troncos de árboles y zarzas semianegadas. Desoladas pendientes, sin ojos ni voz, rodeaban por todas partes a Angelo y la joven dama. El negro, como de carbón, de la tierra margosa y poco firme que los encerraba era subrayado por el fúnebre tono plateado de los chorros de agua. De revuelta en revuelta la torrentera fue ensanchándose un poco, pero sin manifestar más vida que la del agua barrosa que los acompañaba y que se adhería a las patas de los animales. Por fin llegaron a una especie de remanso donde, en una pequeña pradera, redonda y rojiza, había varios nogales deshojados y algunas matas de boj. Una especie de sendero parecía correr por el flanco de los pedregales. Luego de haberlo seguido durante algún tiempo descubrieron, anidada en un bosquecillo de viejos sauces carcomidos, una cabaña de troncos cuya puerta estaba desgonzada. Pero había allí bosta fresca y, bajo una anilla de hierro clavada en una de las paredes, una cama de paja que parecía reciente. Dos tablas colocadas sobre piedras cruzaban el

arroyuelo. Más allá comenzaba una espesura de bojes en la que serpenteaba una sombra que podía ser un camino. Era una pista en la que estaban marcadas las huellas de una narria. Algo más lejos aún hallaron bosta todavía más fresca que la de la cabaña y las huellas del paso de un mulo con herraduras hechizas y que debía de tirar de una carga bastante pesada, pues las puntas de sus cascos se hundían en la tierra.

De lo alto de sus caballos, sin embargo, por más que oteaban a todos lados, no pudieron descubrir alma viviente. Había algo de desabrido y repugnante en aquella monotonía de grisalla y de desierto. La savia amarga de los bojes saturaba el aire. Las espinas de los escaramujos, las agujas de los enebros, las hierbas leñosas que se asían como arañas a minúsculas costras de tierra pulverulenta y verde, irritaban los ojos. La tristeza venía a ser como una especie de lámpara que iluminaba aquella comarca. Sin ella no hubiera habido más que soledad y terror. Volvía más sensibles algunas potencias, quizá horribles, del alma.

«Debe de ser posible habituarse a estos lugares», se decía Angelo, «y hasta no desear salir de ellos. Existen la dicha del soldado, que es la que pongo por encima de todas, y la dicha del miserable. ¿Acaso no me sentí, a veces, absolutamente feliz con la monja, incluso cuando manoseábamos a los cadáveres por todos sus entresijos? No hay grados en la felicidad. Cambiando todas mis costumbres e invirtiendo todas mis nociones morales, puedo ser perfectamente feliz en medio de esta vegetación torturada y de esta aridez casi celeste. Así pues, podría gozar de la dicha más grande en el seno de la cobardía, el deshonor e incluso la crueldad. El hombre también está hecho de esos sentimientos, que me parecen de otro mundo, así como para este lugar, que también me parece de otro mundo y donde, sin embargo, hallo las huellas de una narria y de los cascos de un mulo. Giuseppe no es capaz de hacerse esta reflexión. Si estuviera aquí, llamaría a gritos hacia todos los lados, haciendo bocina con las manos, o bien, cuando se cansara de hacerlo, cantaría una marcha para apresurar el paso. Y, sin embargo, acaso se vean aquí las razones para no hacer ninguna revolución. Cuando el pueblo no habla, no grita o no canta, cierra los ojos. Comete el error de cerrar los ojos. Desde hace dos horas esta joven dama y yo no cambiamos una palabra, pero no dormimos.»

Siguieron las huellas de la narria por el flanco áspero de una montaña pálida y sin forma, semejante a un gran saco. De revuelta en revuelta se elevaron un poco y hallaron por fin un suelo más seco. Aquí comenzaba un camino que los hizo subir aún más, pasar una pequeña garganta y, al cabo, bajar al otro lado de la montaña por una vertiente un poco más arbolada pero llena también de tristeza.

—Excúseme —le dijo tontamente Angelo a su compañera—, quisiera hablarle, pero no sé qué decirle.

—No se excuse; tampoco se me ocurre nada, como no sea, hace dos minutos, la idea con que he intentado confortarme: la de que Chauvac y los soldados ahora están lejos.

El camino discurría a través de un bosque de abetos tremendamente afectado por una invasión de orugas, que habían colgado sus harapos grises de todas las ramas. No se veía huella de habitación en ninguna parte. Ni siquiera podía saberse si la narria había pasado por allí. El suelo, de rocalla descolorida, no tenía marcas.

Alcanzaron el fondo de una torrentera, donde atravesaron otro arroyo y volvieron a subir por la vertiente opuesta. Entraron en un bosque de pequeños robles, más espeso y más robusto que el de abetos y que a su paso se llenó de un rumor de hojas.

Aunque desierta, aquella comarca parecía utilizada por alguna cosa, quizá por alguien. A través de las grandes ramas separadas y de la rejilla que formaban las más pequeñas y desnudas descubrían siempre los espacios inhóspitos y las formas abúlicas de aquella montaña deslomada y lúgubre bajo el cielo blanco. Entonces hallaron al borde del camino cuatro estacas escamondadas y plantadas en rectángulo marcando un emplazamiento donde debió de haberse amontonado leña. Había también en ese sitio huellas profundas de ruedas de carretas, marcadas en los bordes del terreno y en las zarzas aplastadas. Un tiro de animales había dado la vuelta allí, y se había cargado de leña.

Las revueltas los hicieron subir lentamente, como de piso en piso, a lo largo de aquella ladera hasta su desnuda cresta, desde donde descubrieron un conjunto de torrenteras llenas de broza, un entremezclamiento de cuestas cubiertas de bosques herrumbrosos, un oleaje de pálidas crestas. El camino discurría por todas partes sin que pareciera ir a ninguna. Se le veía desaparecer aquí, resurgir allá en un bosque, salir a un claro, atravesar una landa, plegarse a una cresta, aparecer en otra, volver sobre sus pasos, bajar, subir, serpentear, quedarse allí.

—¡Estamos listos! —dijo Angelo.

—No me quejo —dijo la joven dama—. En definitiva, todos los peligros parecen lejanos. Le apuesto lo que quiera a que los soldados no vienen nunca por aquí, y en cuanto al cólera, ¿a quién podría contagiar, si no hay nadie? Mírenos aquí, de pie sobre nuestro pedestal. Nunca hemos estado más seguros. Estamos libres del alcance de todo mal. Tenemos harina de maíz, y dice usted que lo que se hace con ella es mejor que el

pan. Hay leña suficiente para quemar a Roma. Los arroyos están manifiestamente limpios.

Bajaron por la pendiente y entraron en un bosque que miraba al norte. La mitad de sus árboles, de pequeña talla, estaban cubiertos de líquenes. Por todas partes había esqueletos de abetos derrumbados. Roídos por la humedad, se deshacían en polvo y en tocones rojizos. Angelo hizo notar que ninguno de esos esqueletos interrumpía el caminito. Con toda seguridad que en ciertos momentos debía de haber por allí cierto tránsito. Era evidente que la narria y el mulo tenían que llegar de alguna parte a la cabaña de la primera torrentera y que tenían que volver a alguna parte. No quedaban huellas, pero no podían haber pasado por otro lado. Siguiendo aquella dirección era seguro que los alcanzarían o que llegarían a un lugar habitado. No podían llevarles más de dos o tres horas de adelanto.

El barranco a cuyo fondo tenían que bajar antes de volver a subir por el otro lado estaba muy encajonado. Ahora, en cada revuelta, entraban en una sombra cada vez más espesa y húmeda. Musgos viscosos y líquenes desenrollados en largas barbas colgaban de todas las ramas. El profundo pliegue del pequeño valle estaba cubierto de un cementerio de árboles. Los esqueletos de grandes abetos y hasta de algunas hayas, musculosas en vida, se abrazaban estrechamente y obstruían el angosto lecho de un torrente que el camino vadeaba. Enormes clemátides deshojadas encordaban con blancas enredaderas esos amontonamientos de ramas muertas y de troncos descarnados. Vigorosos escaramujos de hojas azules, con espinas semejantes a puntas de cuchillo, devoraban apaciblemente ese cementerio. Retenida por aquella especie de represa, un agua negra se pudría entre asperillas y juncos.

Por el otro lado treparon hasta una landa rasa sembrada de enormes cardos. El camino, que hasta allí habla estado bien marcado y en algunos sitios era carretero, se había reducido ahora a dos profundas huellas. Se las veía serpentear temblando, hasta muy lejos, por aquella vasta y desnuda ladera y llegar finalmente a un extraño peñasco de vivas aristas. Luego de media hora de marcha reconocieron que se trataba de unas paredes hacia las cuales se dirigieron, y se encontraron con un aprisco desierto y a medias derruido. Había allí, sin embargo, un olor a lana y a estiércol de ovinos. Delante de las ruinas, en la era, algunas losas estaban aún espolvoreadas de rojiza sal gruesa.

«Anoche llovió», se dijo Angelo. «La sal se habría fundido. Esta mañana, pues, había todavía ovejas en este lugar.»

La pequeña fuente que alimentaba el abrevadero estaba bien cuidada. Su caño de madera, hundido en el flanco de una escarpa, había sido rodeado recientemente por un anillo de hierro que estaba aún brillante.

Desde la cresta, ya muy próxima, iban, sin duda, a descubrir novedades. Y allá subieron.

Dominaron desde allí un laberinto de barrancos arbolados, una vasta extensión de cimas de montaña. Aquella comarca parecía un poco más boscosa que la que acababan de atravesar, pero tampoco se veían en ella huellas de vida. Landas desnudas, particularmente grises, en las que debía criarse el espliego salvaje, y grandes manchas de hayas rojizas alternaban sin fin hasta el horizonte, donde los últimos hayales, azules y apenas más gruesos que un trazo de pluma, se recortaban directamente contra el cielo blanco. El camino continuaba haciendo flotar sus dos huellas a través de toda esa región.

—Me parece oír el ladrido de un perro —dijo la joven dama.

Angelo escuchó.

—Es un zorro —dijo—. Y está lejos.

Una larga pendiente oblicua que partía de la cresta en la vertiente norte los condujo al primero de aquellos bosques de hayas. Su follaje rojo oscuro crujía en el aire inmóvil. El suelo del sotobosque estaba desnudo y sembrado de gruesas peñas. Las espesas ramas ahogaban cualquier ruido. Los caballos parecían moverse en la profundidad de un agua sombría.

Desembocaron en un pastizal pobre. Inmediatamente después comenzaba el rastrojo de un cebadal muy ralo. Había sido cuidadosamente segado con hoz a ras de los guijarros. El camino continuaba entre terrenos baldíos tachonados de bojes y de espliegos.

«¿Qué recibirá de nosotros el hombre que viene a sembrar y a segar este campo?», se dijo Angelo.

Ya no pensaba en el cólera.

«Si debemos batirnos en las calles», siguió diciéndose, «y matar a soldados que acaso sean los hijos de este campesino pobre, pero a los que habrán dado consignas, deberíamos por lo menos tener como excusa la posibilidad de cambiar la faz del globo. Lo cual no está en nuestras manos. Es un reino vacío. Hay aquí males y bienes que no podremos reformar y que probablemente valga más no reformar.»

Sintió deseos de hablar con su compañera. Ambos estuvieron de acuerdo en que aquel campo hacía concebir la esperanza de encontrar pronto una casa de labranza. Pero anduvieron todavía más de una hora sin ver ninguna señal, ni siquiera desde lo alto de una nueva cresta que puso al descubierto una vez más una extensión de tierras desiertas.

—Supongo que debemos seguir adelante —dijo la joven dama—. En todo caso, acamparemos de nuevo en los bosques.

—Estas alturas son menos acogedoras que la pineda en que acampamos anteanoche —dijo Angelo—, Debe de hacer frío aquí arriba. Me gustaría encontrar una aldea de donde parta una verdadera carretera e irnos a buen paso a cualquier sitio.

—¿Necesita de la sociedad, aun cuando tenga el cólera?

—No me interesa de una manera especial, pero, a decir verdad, con el cólera no hago demasiado malas migas.

Le contó su aventura con la monja después de haber bajado de los tejados de la ciudad.

—Confieso que aquí —dijo— respiro a pleno pulmón y que no tengo que dar ninguna batalla. Pero ¿qué puedo hacer con un haya después de cinco minutos de su compañía? Me digo que es hermosa, me lo repito dos o tres veces, y me complace su belleza, pero muy pronto tengo necesidad de lugares donde se note la presencia del hombre. Puedo quedarme indefinidamente en estas soledades, que no me asustan, ya lo ve, pero si hallo un campo segado hasta el hueso como el de hace un rato, tengo la impresión de que debo interesarme por él. Aunque no sea más que para darle los buenos días al hombre que ha llegado hasta aquí para cavar entre las piedras.

—Y, sin embargo —dijo ella—, ¿podemos desear algo mejor? Ir hasta donde queremos ir, en su caso hasta Italia, a resolver sus asuntos, por caminos desiertos. Me parece que sería perfecto. Por aquí no hay malos vecinos: ni grandes campanarios, ni gran río, ni gran señor.

El camino los llevaba como en un paseo a través de bosques negros y de landas pálidas, y los aproximaba lentamente a grandes hayas solitarias cuya bárbara arquitectura tenían tiempo de ver subir y desarrollarse. Su armazón blanca como la sal elevaba hacia el cielo el pesado vellón de su follaje rojizo, sanguinolento a veces.

Angelo advirtió que todos esos bosques tenían formas geométricas y que semejaban batallones de infantería en posición de descanso, de cuatro o de dieciséis en fondo, preparados como reserva en un campo de batalla. Completaban la ilusión, a veces, un abeto aislado, erguido sobre un altozano y envuelto en su pesado capote de caballería, o un bosquecillo de donde salía el murmullo de una tropa que ha esperado órdenes durante mucho tiempo.

Estaba, a su pesar, impresionado por los árboles reunidos desde hacía siglos en aquellas soledades.

«La libertad de la patria», se decía, «¿cuenta acaso menos que el honor, por ejemplo, o que todo lo que he tenido que hacer para seguir adelante?»

Veía a su alrededor una región sin cólera ni revolución, pero la encontraba triste.

Por fin, al cabo de una hora de marcha silenciosa y pensativa por un paisaje de largas extensiones de terreno ondulante como alas, descubrieron, sobre un terreno pelado, una especie de pilar erguido y solitario.

Era un rústico oratorio coronado por una pequeña cruz de hierro.

«¡Vaya!», se dijo Angelo, «he soñado. Aquí vive gente. Has de bajar de las nubes. Eso te lo indica.»

—Reconozca usted —dijo— que, si hay gentes en estas alturas, dejan sentir su presencia desde lejos. Apenas era mediodía cuando hallamos la cabaña, y ahora la noche está por caer.

Apresuraron el paso, pero debieron atravesar aún una ladera desierta y muy larga y pasar dos barrancos arbolados antes de descubrir una casa baja con sus techos grises a ras de tierra. Con todo, su presencia les fue revelada por un hilo de humo que salía de su chimenea y por la luz de una lámpara amarilla en los cristales de su ventana.

Por lo demás, estaba aislada. No había aldea.

Se dirigieron hacia ella al trote, y cuando llegaban a la era se abrió la puerta. Un hombre salió con un balde.

—¡Deténganse! —gritó.

Dejó el balde en el suelo y se precipitó sobre un gran perro que acababa de levantarse de un montón de paja y que se aprestaba a saltar disimuladamente a las patas de los caballos.

—¡De buena nos libramos! —dijo Angelo riéndose.

—De bastante más de lo que usted cree —dijo el hombre—. Es un león. Y cuando no me obedece, cosa que ocurre a veces, bueno, hay que encomendarse a Dios. No se imagina usted cómo le gusta morder. Cuando lo hace, señor, es siempre demasiado tarde.

Era un hombrecito redondo como una pelota que rebosaba salud. Hacía cuanto podía para retener por el collar al perro, que abría una bocaza enorme y desbordante de colmillos blancos.

—¿Dónde estamos? —dijo Angelo, que maniobraba con su caballo para colocarse entre la joven dama y

el perro.

—Espere —dijo el hombre—, voy a encerrar a este animal.

Y tiró del perro hacia un cobertizo.

—¡Mire! —dijo la joven dama en voz baja.

El balde estaba lleno hasta el borde de sangre recubierta de una espuma rosada.

El hombre volvió después de encerrar al perro y de asegurar cuidadosamente la puerta, contra la que el animal se arrojaba con violencia y gruñendo.

—¿Cómo se llama este lugar? —preguntó Angelo.

—Esto no tiene nombre —dijo el hombre—, o si lo tiene, no lo sé. Esto es nuestra casa.

Mostró los anchos espacios.

—Aquello es Charouilles.

Tenía unos bracitos muy cortos.

—¿Hay alguna aldea por aquí cerca?

—¿Aquí? No. Abajo, en el valle, sí, pero está lejos y hay que conocer el camino. ¿De dónde vienen?

—De Montjay.

—Eso no es una dirección —dijo el hombre—. De Montjay no viene nunca nadie.

Tenía las manos sucias de sangre y se veían restos de carne entre sus dedos.

—Hemos matado el cerdo —dijo—. Al caballo de la dama no le gusta mi balde de sangre, ¿verdad? Voy a esconderlo, esperen. Pero ¿han venido aquí con un propósito determinado? No tardará en ser de noche.

—No pensábamos en nada hace diez minutos —dijo Angelo—, Ahora quizá pensaríamos que podríamos esperar el día por aquí, si usted no se opone.

—Nada tengo que oponer —dijo el hombre—, entren en casa. Confieso que hasta el valle hay un buen trecho, y por los bosques. ¡En fin, a quién se le ocurre venir aquí desde Montjay!

La casa, que desde el exterior parecía enorme, no contenía más que una gran habitación con alcoba. Lo demás eran apriscos y establos. Se oía el balido de los corderos, el gruñido de los cerdos y el tintineo de los frenos de los caballos.

El cerdo, abierto como una sandía, estaba puesto sobre la tapa del saladero. Su cabeza se reía en un cesto a su lado. Cerca del hogar, en el que ardía un buen fuego bajo un caldero, una mujer muy gorda y más blanca que el tocino que troceaba con un largo cuchillo hacía derretir la manteca del cerdo. La mesa estaba llena de montones de carne para hacer embutidos y de trapos enrojecidos. El olor de la sangre y de las tajadas de carne y el calor intenso del fuego en que hervía el caldero de grasa se hicieron insoportables para quien había respirado todo el día en las altas montañas.

—Creo que voy a vomitar —dijo la joven dama.

Angelo la hizo salir, le dio de beber un poco de aguardiente, se inquietó al verla pálida y sacudida por escalofríos, la cubrió con su manta y decidió no ocuparse de los caballos como era su intención.

Sacó paja de un almiar y con las sillas, las alforjas y los portamantas hizo un lecho bien abrigado y blando.

—Acuéstese aquí y descanse —dijo.

La tapó de tal modo, que se ahogaba. Le levantó la cabeza con una almohada de paja, lo cual le obligó a tocar sus cabellos, aquel rodete que era a la vez duro y sedoso, y a sostenerle la nuca. «¡Cuán pequeñas son sus orejas!», se dijo. Encendió fuego, hizo té, se lo sirvió. Al cabo, ella se incorporó. Le habían vuelto los colores.

—Casi me desmayo —dijo—, ¿Cómo ha podido soportar la vista de tanta carne roja y de esa mujer pálida que parecía trocearse a sí misma y hervir su propia grasa en el caldero de hierro?

Angelo fue lo bastante inteligente para no contestarle que en aquel preciso instante pensaba en los caballos, que tenía intención de almohazar.

—Me ha asustado —dijo—. Cuando la vi más blanca que una sábana, recordé inmediatamente ese contagio en el que no había pensado durante todo el día.

Le habló durante cinco minutos con toda naturalidad del miedo que había tenido y de las precauciones que ella debía tomar. Por lo demás era sincero.

La noche se había echado encima. La casa los miraba con el gran ojo rojo que era su puerta abierta. Allá dentro se veía al hombre, que, con un grande y puntiagudo cuchillo, daba vueltas alrededor del cerdo desprendiéndole los jamones.

Habían establecido su campamento en la era, frente a las profundidades en que debía de hallarse el valle. Protegidos por el ángulo de los apriscos y del edificio principal, no sentían el viento, que murmuraba de un modo que hacía que la montaña pareciera un mar. Vieron desgarrarse el cielo y mostrar algunas

estrellas; luego una especie de lámpara se encendió encima de las nubes y aclaró las franjas espumosas de la desgarradura. La luna se había levantado.

Habían conservado entre dos piedras el fuego hecho para el té, y sobre sus brasas ronroneaba la cacerola llena de agua.

Tras otro trago de aguardiente, la joven dama se decidió a comer dos huevos duros sin pan. Angelo hizo hervir largamente harina de maíz.

—Con esto haremos —dijo—, una polenta con azúcar moreno, muy espesa, que se enfriará durante la noche y con la que nos daremos un banquete mañana.

Volvió a hacer té y encendió un cigarrito.

Lejos, al pie de la montaña, en lo que debía de ser el valle, vieron brillar algunas luces y luego encenderse un fuego que debía de ser muy grande. Desde donde estaban parecía un guisante, pero que palpitaba. El hombre fue a sentarse cerca de ellos. Había encendido su pipa.

—No deben inquietarse por mi mujer —dijo—. Hace diez años que no pronuncia una palabra. No sé por qué. Pero no le ha hecho nunca mal a nadie. Le sería fácil: dormimos el uno al lado del otro. Y yo duermo. No se ha movido nunca. ¿Qué es lo que beben?

—Té.

—¿Qué es eso?

—Una especie de café.

—Parece que las cosas andan mal abajo, en los valles.

—¿Por qué?

—Usted debe de saberlo mejor que yo.

—Si se refiere al cólera, sí, hace daño.

—Algo he visto —dijo el hombre—; bajé hace un mes. La gente andaba revolucionada. Hacían muchos aspavientos. Le había vendido algunas ovejas a uno del valle que murió. Dar con los herederos ha sido un trabajo de todos los diablos. Se los habían llevado a Vaumeilh para darles el alcanfor.

—¿Quién se los había llevado?

—¡Los soldados! ¿Quién, si no?

—¿Hay soldados abajo?

—No, pero vienen cuando hace falta. Ya son cuatro que han dejado tiesos. Desde entonces se han vuelto rencorosos.

—¿De qué valle se trata?

—Del que hay abajo. Un lugar muy hermoso. Ya lo verá si va por allí.

—¿Han dejado tiesos a cuatro soldados? ¿Quiere decir que los han matado?

—¡Desde luego! No hay que meter nunca la nariz donde no te llaman. Tanto más cuanto que son unos mentirosos. Tienen cólicos como todo el mundo. Entonces, ¿por qué hay que ir con ellos a Vaumeilh? En eso estoy de acuerdo. Yo no soy del valle, soy de aquí. Pero ¿qué tienen los de Vaumeilh que no tengan los del valle? También revientan ellos con su alcanfor, y los soldados, si a eso vamos. Hay que hacer cumplir las leyes, en eso estamos de acuerdo, pero que haya cólera no les da carta blanca.

Angelo le hizo muchas preguntas sobre los soldados. El hombre hablaba de ellos como de una enfermedad aún más terrible que el contagio, cuya injusticia era evidente y contra la cual estaban dispuestos a usar las armas. El nombre de Chauvac no se pronunció en la conversación. Se trataba de los soldados de Vaumeilh. Angelo sacó en conclusión que estaban por todas partes.

Intentó informarse sobre el servicio que esas tropas tenían a su cargo y sobre cómo lo cumplían. Hacía sus preguntas en términos militares.

—¿No será usted uno de ellos, señor? —dijo el hombre, que de pronto se había puesto en guardia.

—¡Ni mucho menos! —dijo Angelo—, La señora y yo nos escapamos del cerco de los soldados y hasta hemos cascado a tres. Ahora hacemos todo lo posible por escurrirnos entre ellos sin que nos vean. Por eso hemos ido todo el día por la montaña siguiendo caminos solitarios. Y así hemos llegado aquí. ¿Iría con esta joven señora si fuera soldado?

—¿Quién podría impedirlo? —dijo el hombre— Se ve que no entiende de eso. ¿No tienen acaso cantineras? La lujuria toma lo que encuentra.

La joven dama protestó riéndose y aseguró, por su parte, que eran simples viajeros con un solo afán: atravesar la región lo más rápidamente posible y llegar a casa.

—La creo —dijo el hombre—. No tiene la voz de las mujeres que beben vino, y con los soldados no basta fingirlo, hay que hacerlo. Habla usted como alguien que efectivamente tiene deseos de llegar a su casa. Éste me había puesto la mosca detrás de la oreja, tiene palabras de oficial.

—Así es —dijo Angelo—, Soy piamontés y he sido oficial en mi país. Vuelvo a él, pero para servir la causa de la libertad.

No quería renegar de su condición. «Si es tan burro que no comprende la diferencia que hay entre esos dragones, que aplican sin la menor conmiseración las consignas que han recibido, aunque tales consignas, en principio, no sean censurables, y yo, que soy todo amor, ensillo los caballos y nos vamos. Si perdemos otra noche, habrá que fastidiarse», se dijo.

Estaba muy satisfecho de haber utilizado el término amor para calificar el sentimiento que lo inundaba cada vez que pensaba en la miseria humana y en la libertad. Habló con pasión del pobre campo de cebada.

—Aquí todo es muy hermoso —dijo el hombre—. Así que han pasado por allí. En efecto, el campo es mío. Lo he sembrado porque se me disputó la propiedad. Tiene usted razón: todo andaría mucho mejor si no hubiese leyes.

Había quedado impresionado por el discursito de Angelo, lleno de calor. Le pareció que era entendido en negocios.

—¿Qué piensa usted —le dijo— de esa gente que no me paga los treinta corderos que me ha comprado y ahora le echa la culpa al cólera?

Angelo le contó lo que la joven dama y él habían visto. Le habló de las calles llenas de muertos, de las ciudades desiertas, de la gente acampada en los campos, de los cadáveres de seres queridos arrojados de noche por encima de los setos para evitar las cuarentenas.

—He tenido colerinas, como todo el mundo —dijo el hombre—. Te bajas los pantalones dos o tres veces en lugar de una, y se acabó. De la de ahora parece que hay quien se muere. Es este tiempo tan raro, que destempla a la gente. No hay por qué hacer tantas alharacas.

Sin embargo, debía reconocer que pasaban cosas muy raras, cosas que no se podían atribuir a mosquitas que se tragaban al respirar. Su compadre le había dicho que en La Motte, que estaba a sólo cinco leguas de allí, un perro se había puesto a hablar. Incluso había respondido correctamente a las preguntas del catecismo acerca de la extremaunción. Era del dominio público que en el término de Gautières, el 22 de julio pasado, había caído una lluvia de sapos. Eran hechos incontrovertibles. Conocía a una mujer que siempre había sido muy recta, madre de familia, que juraba por la salud de sus hijos haber sacado ella misma de la oreja de su hija segunda, que se llamaba Julie, una pequeña serpiente, gruesa como el dedo y de palmo y medio de larga. Un animal amarillo, rebelde como un asno, al que mató con la tajadera y que antes de morir pronunció con toda claridad las palabras «¡Ave María!». Él mismo, hacía apenas cinco días, estaba solo en las landas que acababan de atravesar una mañana, vigilando a sus ovejas, cuando vio subir del lado de Vaumeilh una nube que al principio creyó que era de humo, luego de hollín, y que resultó ser, ni más ni menos, una bandada de más de quinientos mil cuervos. Se situaron encima de donde estaban ellos ahora. Utilizando términos militares, como Angelo, dijo que los cuervos maniobraron igual que si estuvieran pasando revista, en perfecta formación. Y había una voz que salía de la tierra y daba las órdenes. Pero eso no fue todo. El hombre subió por una ladera con el rebaño y se escondieron detrás de la cresta. «¡Alto y a dar novedades!», dijo la voz. Y bajaron. Y se posaron en tierra.

«¿Quién ha comido cristiano?», dijo la voz. «¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!», contestaron. «Por la derecha y de cuatro en fondo», dijo la voz, «venid a buscar las medallas.» E iban de cuatro en fondo hasta la gran haya solitaria, y allí, en la sombra, había alguien que hablaba, que no se veía y que decía: «Estoy contento de vosotros. El mundo va a saber cómo las gasto.» Se habían cometido grandes injusticias, al parecer, con todos aquellos reyes con cuyas cabezas se jugaba como si fueran pelotas. En fin, que volvió a mandar a sus ejércitos al combate. Tú a Vaumeilh. Y se veía a uno de los cuervos ponerse a la cabeza de sus escuadrones y a clarín sonante tomar su camino en vuelo rapidísimo. Tú a Montauban, tú a Beaumont, y los batallones dejaban su formación a tambor batiente. Había exploradores que se dieron cuenta de la presencia del hombre y su rebaño ocultos tras la cresta. Pero al de la voz pareció no importarle un bledo. Trazó su plan de batalla como de costumbre. Y cuando se marcharon los cuervos, el hombre volvió sobre sus pasos y fue a mirar bajo el haya, primero de lejos, luego tan de cerca que tocaba el mismo tronco, y el caso es que no había nadie, como era de esperar. ¡Moscas!, exclamó por fin el hombre. ¡Dicen que son moscas! ¡Y un rábano! ¡Que me lo digan a mí!

Con cierta gravedad italiana Angelo contestó que, en efecto, ellos también habían encontrado cuervos muy raros.

—Por Navidad hará diez o doce años, señor —dijo el hombre—, que mi mujer no pronuncia una palabra. No me quejo de ello; el trabajo se hace, pero eso y todo lo demás significan que el cólera no es una novedad. Desde que el mundo es mundo pagamos platos rotos. No pienso dejar que ahora se aprovechen de eso para no pagarme lo que me deben. Porque, de ser así, habría que recurrir a esa libertad de la que habla

usted con tanto entusiasmo.

A la mañana siguiente el cielo estaba claro. El día se anunciaba radiante. Había ya una rubicundez de albaricoque en todas las montañas.

—La noto todavía paliducha —dijo Angelo—, El trayecto que recorrimos ayer la fatigó física y espiritualmente. ¿Quiere que nos tomemos un día de reposo? Es evidente que ese hombre no tiene el cólera.

—Me siento fuerte como un turco —dijo ella—. Esta noche he dormido bastante. Si los cuervos de Napoleón no nos han robado nuestro maíz con azúcar moreno, comámoslo y bebamos té, y estoy lista.

Tras reiterarles el hombre que no había soldados en el valle, tomaron el camino de la aldea. Cabalgaron unas dos horas por paisajes semejantes a los de la víspera antes de descubrir un valle encajonado lleno de sauces y los techos de una veintena de casas que se apretaban unas contra otras en medio de los prados.

El camino desembocaba a cien pasos de la entrada de la aldea en un caminito muy cuidado por el que Angelo y la joven dama, alegres por aquella hermosa mañana, se lanzaron al trote largo.

Avanzaban el uno detrás del otro a ese paso por un estrecho corredor entre dos casas cuando oyeron delante de ellos algunos ruidos de mal agüero; pero iban lanzados y allí no podían volver grupas, de modo que desembocaron en una plazoleta llena de soldados y transformada en una ratonera mediante carretas atravesadas en todas las salidas.

La joven dama estaba ya rodeada por cinco o seis dragones que le impedían cualquier movimiento. Angelo sólo pensaba en aproximarse a ella, de la que no veía sino el sombrerito.

—Reconozca que la trampa está bien montada, señor —dijo un cabo que agarraba uno de los estribos de la silla de Angelo—, Ponga a mal tiempo buena cara. No les va a pasar nada malo. Sólo queremos su bien.

—Ordene que se alejen de esa dama —contestó Angelo con su tono más autoritario de coronel—. No tenemos intención de huir.

—Difícil lo veo, excelencia —dijo el cabo—, A la pequeña no vamos a comerla; no tenemos hambre.

Un teniente alto, delgado y pálido, que parecía tiritar a pesar de su capote, se acercó a interrogarlos. Los soldados se alejaron y Angelo pudo colocarse bota con bota al lado de su amiga. Ella, que no había perdido su sangre fría, hizo recular a su caballo paso a paso hasta que lo colocó de grupas contra la pared. Angelo la imitó. Podían por fin hacer frente a los soldados.

Había una veintena de dragones, seis de ellos a caballo y con los sables desenvainados. Los otros habían corrido a los pabellones y los apuntaban con sus fusiles.

—Será mejor no sacar las pistolas —murmuró Angelo.

—Esperaremos la ocasión —dijo ella.

El teniente estaba manifiestamente enfermo. Alrededor de su boca y de sus bigotes, muy negros, su palidez era verde. Tenía las mejillas hundidas y en los ojos brillantes, muy abiertos, aquella mirada asombrada que Angelo conocía tan bien. Se aproximó tambaleándose como si tropezara con sus propias botas y con los pliegues de su capote.

—No hagan ninguna tontería —dijo.

—No comprendemos lo que ocurre, señor —dijo cortésmente Angelo.

—¿De dónde son y adónde van?

—Somos de Gap —dijo la joven dama—, y volvemos a casa.

El teniente la miró durante bastante rato. Parecía que la examinaba de pies a cabeza, pero era evidente que lo que le preocupaba eran las cosas que ocurrían dentro de él. Resoplaba como un caballo sobre agua sucia.

«No tiene ni para una hora», se dijo Angelo.

—Nadie puede volver a casa, señora —dijo el teniente—. Está prohibido viajar. Las personas detenidas en los caminos deben someterse a cuarentena.

—Valdría más dejarnos ir a casa —dijo la joven dama con mucha amabilidad y sin alzar la voz.

—No tengo por qué saber lo que valdría más —dijo el teniente—. No discuto las órdenes.

Quiso dar media vuelta con el más impecable estilo militar, pero de pronto se llevó una mano a un costado.

—Ocho hombres —le dijo al cabo sin volver la cabeza—, bajo el mando de Dupuis. Dos grupos de cuatro: uno para la mujer y otro para el hombre, a cinco pasos. Llevadlos a Vaumeilh. No tengo por qué saber lo que valdría más —repitió mirando a Angelo. Y volvió a un lecho de paja que los soldados le habían preparado bajo el soportal de una casa.

—Calma, señores —dijo Dupuis, que era un enorme sargento de caballería más colorado que su dolmán —. No me compliquen la existencia. He admirado su maniobra hace un rato. Felicitaciones, señora, sabe usted cómo se coloca un jamelgo para hacerlo cargar. No son ustedes reclutas y yo tampoco. Razón de más

para que nos entendamos. De aquí a una hora el teniente habrá hecho mucho camino y este lugar estará lleno de moscas. Voy a conducirlos al Hotel del Rey de Inglaterra.

Ordenó a sus soldados que formaran.

—No intente nada a menos de estar segura —dijo Angelo en voz baja—. Si tiene la menor oportunidad de escapar, aunque sea sola, aprovéchela. Yo les daré buen trabajo. Oculte sus pistolas.

—Sólo pude ocultar una, son muy grandes. Pero ahora ya está.

Se hizo girar una carreta para dejar paso y Angelo y la joven dama salieron del rústico reducto con su escolta. Angelo iba a la cabeza entre cuatro dragones. Cuando la pequeña tropa se puso al trote experimentó un gran placer viendo danzar los uniformes a su lado. Corrían a través de una llanura de campos pobres en los que la cosecha sin recoger se estaba secando. Pero la mañana era alegre, llena de un sol dorado, y nubes de alondras lograban hacerse oír a pesar del martilleo de los cascos sobre el camino. El murmullo de pájaros apacibles, los soldados, las largas extensiones en las cuales rebotaba la luz, el redoble del trote, cuyo ritmo había oído tantas veces antes de dar una orden, todo contribuía a entusiasmar a Angelo.

Dupuis gritó que los de delante corrían demasiado.

—No se pase de listo, señor mío —dijo por debajo de sus blancos mostachos—, que a mí no me la pega. Y vosotros ¿no habéis visto que este tío es capaz de dejaros con un palmo de narices cuando quiera? ¿No habéis visto cómo monta? En cinco minutos, si continúa así, se os va a escapar pitando. ¿Por qué tendré que mandar a reclutas y encima tontos?

El camino llegó al pie de una loma. Se pusieron al paso. Subieron a través de una landa amarilla, enteramente desnuda, sólo cubierta de trecho en trecho de álamos altos y sin hojas, tan bancos, que la luz los borraba y ponía en su lugar un haz de centelleos. Las montañas que cerraban el horizonte por todas partes levantaban sus crestas irisadas por el sol contra el suave azul del cielo.

Angelo se asombró al ver que por allí revoloteaban miríadas de mariposas. El camino estaba orillado de centáureas y de esas flores amarillas que huelen a miel y hacen cuajar la leche. Enjambres de maripositas azules, que de ordinario vuelan cerca de charcos de agua, se arremolinaban sobre las flores mezcladas con mariposas amarillas, rojas, y negras, blancas tachonadas de rojo y otras inmensas, grandes casi como gorriones y cuyas alas eran semejantes a hojas de fresno. Vio que, sobre la landa, lo que había creído hasta ese momento el temblor del aire matinal era el revoloteo a ras de tierra de una capa espesa de mariposas.

Se volvió para señalárselo a la joven dama y ver de paso cómo se las arreglaba. Iba cinco o seis pasos detrás de él. Estaba seguro de que no intentaría la fuga en un lugar tan descubierto, donde cualquiera podía perseguirla o tirar sobre ella como sobre un conejo. Comprobó que parecía muy tranquila y había entablado conversación con sus guardianes, que se deshacían en arrumacos.

—Le sorprende ver a tantos bichos —dijo Dupuis—; pues aún le falta mucho por ver. Son tan numerosas como las moscas. Y a pesar de su belleza, comen carne humana. No le aconsejaría acostarse en la hierba, si fuera posible. Pronto se le meterían hasta en la boca. Y lo que esas alimañas prefieren son los ojos, como todo el mundo. ¿Qué coño tendrán los ojos para que les gusten tanto a los animales?

Por fin, al doblar un recodo, vieron las cinco o seis revueltas de camino que aún los separaban de Vaumeilh. La ciudad ocupaba la cima de una alta colina amarilla. Del lado por el que se aproximaban sólo había murallas de piedra gris sin ventanas. Ni en la ciudad ni en la eminencia sobre la que se levantaba se veía la menor huella de follaje o de árboles. Coronaba el conjunto una enorme torre cuadrada flanqueada por otras dos, más estrechas y más altas, las tres almenadas.

A medida que la pequeña tropa avanzaba eran más numerosas las mariposas. Habían invadido hasta cubrirlo el camino. Flotaban entre las patas de los caballos. Sus colores, al agitarse sin cesar, cansaban la vista y provocaban una especie de vértigo. Algo más adelante se mezclaban con enjambres de moscas azules y de avispas cuyo monótono zumbido invitaba al sueño no obstante la hora temprana de la mañana.

Las murallas de Vaumeilh estaban rodeadas por anchos fosos que la pequeña tropa atravesó por una calzada de tierra. A cada lado, en las hondonadas calentadas por el sol, el número de moscas y de mariposas era tal, que su vuelo se alzaba y volvía a caer como las llamas de un inmenso brasero. Angelo advirtió que esos remolinos salían de montones de chaquetas, vestidos, sábanas, edredones, cobertores, colchas, almohadas, camastros y colchones arrojados al pie de los muros.

Entraron en la ciudad por una puerta que exhalaba un aliento hediondo. La cabalgata hizo mucho ruido al pisar los adoquines de la calle, pero ésta permaneció desierta. Todas las casas estaban herméticamente cerradas. Algunas tenían las ventanas condenadas con tablas clavadas.

Luego de una calle estrecha, de una plaza de la que partía una amplia escalinata, de callejuelas en que el olor era infecto, de una fuente solitaria que fue preciso contornear, situada en una encrucijada de viejas

casas muy nobles, la tropa tomó una rampa que subía bajo bóvedas.

Por los tragaluces abiertos de trecho en trecho para iluminar aquel paso cubierto, Angelo vio que iban elevándose por encima de los techos de aquella ciudad sin árboles, toda de piedra (hasta los tejados de las casas eran de lajas), en la que no había humo y no se oía más ruido que el de los cascos de los caballos.

El pelotón desembocó en una vasta explanada, de una blancura deslumbrante, ante el portal de un castillo. Era la torre cuadrada que habían visto desde el camino. En derredor sólo se veían montañas y más montañas.

—Aquí tendrán muy buenos aires —dijo Dupuis.

Todo el mundo descabalgó en un patio interior de una extraordinaria desnudez. Angelo pudo aproximarse a la joven dama y decirle:

—Paciencia, no me duermo. No estaremos mucho tiempo aquí.

La puerta se cerró detrás de ellos. Los cuatro muros se elevaban a más de treinta metros y sólo tenían ventanas a ras del tejado.

—Se han portado muy bien —dijo Dupuis—. Los hay que hacen melindres, otros que lloran, otros que ofrecen algunos céntimos para beber, cosa que siempre acepto. Por cierto, quedarían ustedes muy bien si les pagaran unos litros de vino a esos buenos soldados, que tienen que hacer tareas muy desagradables.

—No pretendo quedar bien con nadie —dijo Angelo—. Los hemos seguido sin armar escándalo. Ahora deben ustedes justificar su proceder. Eso espero.

—Pues por mí puede esperar sentado, señor. Le faltan exactamente cuarenta días, si todo anda bien. Es la tarifa. Por aquí está la salida.

Los hizo pasar por una puerta baja. Recorrieron un largo y sombrío corredor. El sargento llamó a una ventanilla.

—Dos, mi capitán —dijo.

—Entrégalos a las hermanas para que los pongan con los otros —dijo una voz.

—¡Por la derecha, en fila de a uno!

Entraron en un corredor tan largo como el primero, pero aclarado por ventanas enrejadas que daban a un patio, en realidad una terraza, pues más allá, y por encima de un parapeto de apenas un metro de altura, se veían los tejados de lajas de la pequeña ciudad desierta.

—Supongo —dijo Angelo con displicencia— que no han saqueado aún nuestro equipaje.

—Cabe dentro de lo posible.

—Pues estoy dispuesto a dar un escudo de cinco francos a quien me devuelva el portamantas de la señora y el mío.

—¿Con las alforjas?

—Digamos que con las alforjas, que sólo contienen utensilios de cocina, añadiría un escudo de tres francos.

—Ya sabía que era usted sensato —dijo Dupuis—. Tengo un vicio: no puedo decidirme a robar. Es más fuerte que yo. Me quedo con las herencias, de acuerdo, pero robar..., eso no va conmigo. Lo cual no me impedirá ser su heredero universal si las cosas siguen el rumbo acostumbrado. Apoquine diez francos y espéreme dos minutos, porque creo que hay que apresurarse.

—Sólo tengo ocho francos —dijo Angelo—, Ya se hará rico cuando me herede, así que dése prisa.

—Los he contado —le dijo a la joven dama en cuanto estuvieron solos—. Son veinticuatro. El teniente de la aldea tiene el cólera seco y no pasará de hoy. ¡Ojalá se lleve consigo a dos o tres soldados! Esa forma de enfermedad cunde rápidamente en los cuerpos poco dados a la higiene. Este pelotón es el más sucio que he visto jamás. No hace otra cosa que cazar a campesinos y huele a badana podrida como si estuviera en campaña. Lo cual quiere decir que esta noche me las habré con no más de siete u ocho, pues descuento los que estarán helados de miedo, no de mí, sino de la muerte súbita. Por lo demás, mire usted estos corredores: puedo maniobrar aquí de manera que nunca tenga enfrente a más de dos soldados.

—Le prohíbo que se enzarce en una pelea —dijo gravemente la joven dama.

En los pómulos de su rostro triangular brillaba el rubor de una cierta turbación. Sus labios temblaban. Iba a proseguir cuando una voz muy suave dijo al lado de ambos:

—¿Por qué tendría que pelearse?

Era una religiosa que había llegado con pasos quedos. Baja y rechoncha, parecía una bonachona ama de casa con sus largas mangas negras arremangadas sobre sus brazos regordetes, rojos hasta ser sanguinolentos.

—No es más que un niño, madre —dijo la joven dama haciendo una leve reverencia.

Angelo saboreaba aún aquel rostro repentinamente trastornado y aquellos labios temblorosos.

«Es muy hermosa», se dijo.

El lugar donde aquel rostro había tenido su morada y lo había visto por primera vez se había convertido en una mancha blanca en su memoria.

Dupuis llegó con los equipajes. No parecían haber sido tocados. Angelo atrajo al sargento hacia el vano de una ventana.

—Aquí tienes diez francos —le dijo—, y ahora voy a darte algo más precioso que el dinero. El oficial que nos arrestó allá abajo, en el valle, estará muerto a estas horas. Y yo sé de qué. Eres bastante vivo para comprender que los paisanos tienen también, a veces, un poco de cacumen. Ha muerto de una clase de cólera muy maligna que se llama cólera seco y que causa los mismos efectos que la bola en el juego de bolos. Ahora bien: yo tengo un remedio. Quiero darte una prueba de lo que te digo. Espera que vuelva la patrulla. Si no me equivoco, el teniente no ha de ser el único en irse al otro barrio. Entonces, ven a verme. Te daré con qué salvarte.

«Es imposible que un jinete a quien se ha dado un embrión de poder y que hace un rato, en el camino, mandaba con tanto gusto, no tenga miedo de morirse entre cuatro muros, y sobre todo si son tan altos como éstos. Y lo he tuteado. Es el verdadero modo de hacerle reflexionar», se dijo.

Tuvo el placer de comprobar que había llenado de inquietud a aquel hombre apoplético apremiado por sus humores, a aquel funcionario del caballo, y que hasta había logrado quitarle las ganas de reírse.

Angelo comenzaba a pensar que aquella prisión no sólo parecía muy llevadera, sino que se podía vivir regiamente en ella, cuando advirtió que la religiosa estaba entregada con la más sórdida alegría a palpar el paño de un pequeño chal de cachemira que la joven dama había anudado alrededor de su cuello. Molesto por aquel desparpajo y aquella avidez no disfrazada, bajó sin violencia pero con firmeza su mano de fregona.

—Parece usted muy decidido —dijo aquella campesina que se había consagrado a Dios—, pero en otras nos hemos visto y vale más que hablemos claro desde ahora. Lo he visto meter la mano en la bolsa; hay que hacerlo de nuevo. Somos una pequeña comunidad que ha aceptado el martirio. Pero no por amor al arte. Aquí el alojamiento y la comida se pagan al contado y por adelantado. Los caminos que elige el Señor son impenetrables. Todo el mundo es mortal, y en estos tiempos se muere mucho. Nuestros medios no nos permiten dispensar la comida y la bebida a manos llenas. *Tenemos nuestros pobres*. Su manutención es por el momento de seis francos, que se servirá pagarme sin dilación si quieren comer sopa a mediodía. Ambos van a firmarme igualmente un papel aceptando que, en caso de muerte, podremos disponer de sus enseres como más nos plazca. Sus herederos naturales podrían venirnos con monsergas y nos veríamos obligadas a quemar todas sus pertenencias.

Felizmente, Angelo halló ese discurso de lo más gracioso. Tuvo incluso la suficiente presencia de ánimo para fingir una confusión y hasta un poco de cobardía. Pagó con cierta estudiada generosidad.

La religiosa los condujo al final del corredor, abrió una reja, los hizo atravesar una sala amplia y sonora, pero oscura, y luego otras dependencias iluminadas por ventanas colocadas tan altas que era imposible mirar por ellas. Todo allí parecía destinado a mortificaciones y plegarias. De los desnudos muros colgaban crucifijos de madera. En los rincones, llenos de sombras, se veían también reclinatorios y sillas de altos respaldos rectos. Reinaba en fin, por todas partes, ese frío glacial y ese olor a madera carcomida característicos de los conventos de montaña.

Mientras las cuarentenas fueron de la incumbencia municipal, bajo la dirección de gentes del lugar que necesitaban dedicarse a algo para no perder la cabeza, se habían utilizado granjas y establos. A veces hasta se habían establecido campamentos bajo los árboles o en las praderas. Todo el mundo escapaba, ya por la violencia, ya por las buenas. Los guardianes no tenían empacho en tender la mano y hacer la vista gorda mientras se paseaban con sus viejas escopetas.

Se creía que el cólera debía ser encarcelado. Las patrullas de burgueses, de artesanos y de campesinos no bastaban para vigilar los caminos. Los viajeros tenían cada vez más tendencia a imponer sus puntos de vista pistola en mano. Cuando el gobierno tomó cartas en el asunto, recurrió a la autoridad de los prefectos y a las guarniciones de los departamentos. Los soldados llevaban uniforme y tenían una evidente necesidad, dado el desorden general, de disparar sus fusiles o de hacer molinetes con el sable. Se les había dicho que debían sacrificarse, lo que no hubiera bastado para interesarlos realmente; pero era más entretenido correr caminos que permanecer en el cuartel, donde, por lo demás, se moría tan frecuentemente como en cualquier otro lugar y de la misma manera. El aire libre ha sido siempre tenido como panacea universal; el movimiento evitaba pensar en cosas desagradables. Por lo demás, era extremadamente reconfortante eso de detener a la gente siendo veinte contra uno y descubrir que se inspiraba miedo cuando a uno no le llegaba la camisa al cuerpo.

Las pequeñas ciudades que tenían hospitales o lazaretos hacinaron en ellos a las gentes de paso. En otros lugares se aprovecharon los colegios de los hermanos de las escuelas cristianas, los conventos, los seminarios, y, algunas veces, hasta las iglesias. La cuarentena de Vaumeilh estaba instalada en el castillo, una antigua encomienda del Temple que el barón Charles-Albert Bon de Vaumeilh había legado a principios de siglo a una pequeña comunidad de presentacionistas. Eran once modestas mujeres, venidas de las aldeas circundantes, que habían trocado la marmita y el parto anual por la ley de un amo que no llevaba calzones de terciopelo y las dejaba tranquilas los siete días de la semana.

Después de haber cruzado más de veinte puertecillas abovedadas que horadaban el espesor de los muros y luego bajo altas bóvedas que se perdían en la sombra y junto a escaleras casi verticales, sin barandillas, recortadas como dientes de sierra en la gastada piedra, escaleras que conducían a caminos de ronda, a galerías, a celdas pegadas al tejado como nidos, a balaustradas detrás de las cuales brillaban los rayos polvorientos de una luz amarilla, Angelo y la joven dama llegaron a una reja que la religiosa les hizo franquear y que cerró detrás de ellos.

Estaban en una caja de escalera que hubiera podido contener una goleta con todas sus velas desplegadas.

—Están en su casa —dijo la gorda monjita del otro lado de la reja antes de alejarse.

—Bastaría —dijo Angelo— arrancarle su toca y algunos cabellos, darle unos buenos bofetones y, sobre todo, cogerle el manojo de llaves, para convertirla inmediatamente en una sirvienta campesina muy sumisa que contestaría: «Sí, señora; sí, señor» a todo cuanto le dijéramos, y que quizá incluso nos sería la mar de fiel. Pero entonces tendría miedo de todo, mientras que ahora sólo teme al cólera. Le castañetearían los dientes. No quisiera tampoco que convierta usted a esos soldados en gigantes. No son nada, lo que se dice nada, para quien sepa agarrar el garrote como es debido.

—Estése tranquilo —dijo ella—. Ya lo he visto examinar la anchura de las puertas, contar pasos y tomar puntos de referencia. No se le podría ofrecer una cuarentena más excitante. Siente la necesidad de escaparse.

—¡Desde luego! —dijo Angelo—, De ahora en adelante tenemos las manos libres. No pienso perder tiempo. Ya sé lo que nos espera aquí y que en el infierno están de más los buenos modales. No voy a tratar de salvar a nadie.

Mientras escondía sus equipajes en un rincón oscuro, dijo algunas palabras amargas acerca del mediquillo y sus desesperados esfuerzos con los moribundos.

—Lo único importante es que salgamos de apuros. ¿Tiene bolsillos donde llevar sus pistolas?

—Lo mejor es llevarlas en la mano.

—Se cansará y, por lo demás, también es necesario llevar munición para recargarlas. Llevo las mías en los bolsillos, pero nos haría falta una bolsa para la pólvora, las balas, las cápsulas, su té, una cacerola y un poco de azúcar. No sabemos si podremos recuperar los caballos. En todo caso, cuando parezca factible que podemos evadirnos, arrojaré el resto de nuestro equipaje por una ventana y, si tenemos tiempo, iremos a recogerlo. Pero aquí, dentro de este edificio que parece inmenso, no nos separemos de nuestras armas. Son nuestro viático.

Con las alforjas de arzón se hizo una especie de mochila que se echó bastante fácilmente a la espalda. Empuñó el sable y comenzaron a subir por la escalera, que parecía dirigirse hacia una intensa luz.

A juzgar por las dimensiones y la forma del edificio en el que se hallaban, debía de tratarse del cuerpo de aquella gran torre cuadrada que habían visto desde el camino.

Los escalones inferiores se elevaban lentamente formando grandes tramos que giraban en ángulo recto. Al ir subiendo llegaron a un rellano que, sin formar propiamente un piso, tenía una puerta baja en cada extremo. Ambas estaban cerradas con cerrojo. Más arriba, los rayos del sol entraban por las troneras, se entrecruzaban y al dar contra los muros producían una luz muy viva. En lo alto de la torre anidaban palomas salvajes que, de pronto, echaron a volar al unísono haciendo el mismo ruido que un torrente.

Enseguida, encima de ellos, se abrió una puerta y tres cabezas se inclinaron a mirar por encima de la baranda. Una de ellas, la de un hombre que parecía negro sin duda a causa de su barba, se retiró prestamente.

Todas las presentacionistas de Vaumeilh eran campesinas, hijas de labradores. Sabían cuidar de las gallinas en los gallineros y de los conejos en las conejeras, así como cerrar puertas. Habían instalado la cuarentena en la parte de la encomienda originariamente destinada a servir de último bastión.

Bajo el tejado de la gran torre había una vasta sala que ocupaba todo el piso. Su techo era el armazón de gruesas vigas sobre el que se asentaban las losas de la terraza de defensa. La luz entraba por todas partes a través de más de cincuenta aberturas dispuestas en los cuatro muros, antiguas troneras cubiertas a la

italiana y transformadas de cualquier manera en ventanas con cristales de todas clases.

Era, en suma, el sitio ideal para dejar morir a los sospechosos al aire libre y saludable y en pleno sol. Por lo demás, desde allí se disfrutaba de una hermosa vista. Podía admirarse en derredor un horizonte de severas montañas cubiertas de un manto verdoso por las que subían serpenteando innumerables caminos. El viento, bastante desapacible (incluso cuando hace buen tiempo), de ese país desabrido y que transforma todo, hasta la primavera, en un árido deber, producía un continuo estremecimiento de vidrios, levantaba la paja de los camastros de que estaba sembrado el piso y retumbaba como un fuerte oleaje que diera contra los muros.

Había que cubrir con capas los cuatro cubos de madera en que tenían el agua potable para protegerla del polvo. Se había intentado aislar de la misma manera, con cobertores de caballo y, sobre todo, chales, viejas enaguas y faldas puestas como cortinas, el rincón en que estaban instalados los baldes que servían de retrete. En el piso aspillerado de un matacán encendían fuego para hacerse té, café o chocolate quienes disponían aún de esos productos. Naturalmente, si no se tomaba la precaución de mojar las cenizas (lo que por lo general se hacía con orina, pues sólo había un servicio de agua potable al día), las corrientes de aire las elevaban y las esparcían por todas partes.

Los casos de cólera eran frecuentes.

—Ya ven qué bien hemos hecho impidiéndoles andar por esos caminos —decían las religiosas—. En los alrededores hay aldeas que aún no han tenido un solo muerto. Les habrían llevado el contagio.

Lo que era una mentira piadosa, ya que las aldeas circundantes estaban tan devastadas como las otras. Por lo demás, la gente moría en ellas con mayor comodidad que en la cuarentena y, a veces, con auxilio de un médico o de medicamentos, y, en todo caso, en alcobas oscuras que ahorraban los padecimientos suplementarios de la plena luz, tan dolorosa para la retina de los coléricos.

En la cuarentena habían muerto ya más de veinte personas. Había sido preciso tomar precauciones a veces brutales contra los supervivientes, sobre todo con los deudos de los muertos. Al contrario de lo que ocurría en libertad, los muertos provocaban un gran pesar, sin duda sincero, pero siempre muy bullicioso. La muerte no llegaba en la intimidad de la familia, donde es posible y está permitido ser uno mismo, donde, después de cumplir con el deber, hay que pensar en los vivos. Allí la muerte golpeaba a plena luz, delante de todo el mundo, que reculaba y se amontonaba en el otro extremo de la sala como un rebaño en un aprisco en el que ve entrar al lobo. A causa de las cuatro paredes, muy sólidas, y de la reja de abajo, que se sabía bien cerrada (y de los soldados de caballería de rojos dolmanes, que todos tenían muy presentes), no había ninguna esperanza de recurrir a ardides como los que se practican en libertad, como los utilizados en todas partes en épocas como aquélla en que la muerte se detiene largo tiempo en un mismo lugar. No sólo se perdían seres queridos. Se leía Mane, Tecel, Fares, en todas las paredes. ¿No se podía huir? Pues se gritaba. Por lo demás, eso daba una sensación de decoro; parecer consuela de perecer: en fin, que nadie acababa nunca de compadecerse de sí mismo. Al cabo de cinco minutos, los extraños gritaban tanto como los deudos; al cabo de cinco minutos, ya no había extraños.

—¿Qué diablos ocurre ahí arriba? —gritaban los soldados.

—¡Qué alboroto! —decían las religiosas, muy orgullosas porque ellas no se morían.

La muerte había respetado hasta entonces a la pequeña comunidad. Sin embargo, las religiosas se ocupaban de los muertos con desenvoltura y despreocupación. Los soldados subían con una camilla. Eran muy considerados, consolaban con algunas palabras, palmoteaban gentilmente a las mujeres en el hombro, contaban chistes. Tenían los labios blancos como la tiza debajo de sus bigotes. Se ocupaban de los cadáveres con mucha torpeza. Les repugnaba tocarlos y procuraban cogerlos por los pies antes que por la cabeza, y no escatimaban las maldiciones y los reniegos cuando el cuerpo (lo que ocurría casi siempre), al relajarse sus músculos anudados por el dolor y la agonía, saltaba en sus manos y arrojaba por última vez, por arriba y por abajo, aquellos jugos fétidos, blancos como el arroz y semejantes a leche cuajada.

Al principio, después de cada muerte, se intentó quemar la paja sucia. Pero esa paja húmeda por las deyecciones, quemada en el matacán, producía un humo espeso, de un olor terrible, que hacía irrespirable el ambiente en la cuarentena, a pesar de sus dimensiones y de su ventilación; un olor que llenaba toda la torre y las escaleras y que incluso se iba por los corredores hasta donde estaban las presentacionistas y los soldados. Acabaron, pues, contentándose con amontonar esa paja en un rincón, donde se secaba. Por lo demás, las necesidades de la vida hacinada y en común habían creado leyendas capaces de hacer posible aquella vida y hasta de hacerla soportable, ya que no había otro remedio. Esas leyendas no eran más tontas que otras. Era evidente, por lo que se veía allí, que el cólera no se transmitía por contagio. Si fuera contagioso se decían reflexivamente, estarían ya todos muertos. Y no todos estaban muertos (algunos agregaban: «¡Ni mucho menos!»). En consecuencia, también, no era necesario quemar la paja, que producía

un humo tan nauseabundo y sofocante. Y, sobre todo, no era necesario poner en cuarentena dentro de la cuarentena a las personas que habían cuidado a los enfermos o convivían con ellos. Durante la enfermedad y los estertores de la agonía la gente se alejaba al otro extremo de la sala. El espectáculo no resultaba por ello menos desagradable, pero era mejor alejarse, no ya por razones de poltronería o de cobardía, tan difíciles de confesar cuando no se está solo, sino, al contrario, por razones de discreción, de buena crianza (esa buena crianza tan indispensable y cara a los mediocres), es decir, las razones que conforman los sentimientos en que se fundan las actitudes burguesas.

Verse obligado a sufrir la cuarentena (de lo que todo el mundo se culpaba a sí mismo, por haber sido incauto o torpe; nadie le reprochaba al gobierno que hubiera movilizado a la tropa) y al camastro de paja no impedía seguir siendo lo que se era. Se seguía siendo propietario rural, rentista, rico, notario, alguacil, pañero, padre de familia, hija casadera y hasta mentiroso, hipócrita o celoso, o célebre en la capital de la comarca, o tonto del pueblo. En libertad, uno hubiera podido refugiarse en los bosques, en los pabellones de caza, en casas de labranza, en las residencias campestres (exactamente lo que trataban de hacer cuando aparecieron los soldados). Uno hubiera podido guardar las apariencias. Aquí había que continuar guardándolas, pues no era cuestión de ponerse en evidencia. Y para eso servían aquellas leyendas y, en primer término, el dogma de la inexistencia del contagio, que, una vez aceptado, permitía vivir tranquilo. Llegaba hasta infundir valor; o, por lo menos, a permitir adoptar una actitud que imitaba perfectamente la del valor. Hasta el momento en que, de pronto, uno tenía esa mirada atónita que Angelo había visto en el oficial de la patrulla, hasta el momento en que sólo se estaba al acecho de las cosas que ocurrían dentro de uno mismo. Pero entonces uno no tardaba en perder la conciencia y apenas si oía el ruido que hacía el resto de la sociedad al alejarse de él cortésmente.

Los recién llegados a la cuarentena del último piso de la torre solían permanecer todo un día, a veces dos, cerca de la puerta. Nunca se mezclaban en seguida con los que llevaban ya diez o quince días allí. Nadie se extrañaba (se comprendía que era difícil aceptar aquel cambio de existencia: uno mismo había sentido aquel disgusto y aquel rechazo; empezar una nueva vida no es algo que se improvise). Nadie se enojaba por ello. Dejaban que se las arreglasen por sí mismos. Se fanfarroneaba un poco ante ellos para darles confianza, para hacer más cómoda su integración, para hacerles perder la convicción de que la huida era la única salvación. Se sentía un gran placer en conquistar así a dos, cuatro o diez más. Se felicitaba a los soldados. «Cuantos más seamos, más reiremos», se decían. A todos les resultaba agradable aquella demostración de que su mala suerte era moneda corriente (lo cual siempre es un consuelo), de que no eran los únicos imprudentes, los únicos torpes, de que había otros, de que los soldados eran muy hábiles, de que todo el mundo era finalmente metido en cuarentena, de que no les había ocurrido nada excepcional. Lo más importante de todo era no considerarse una excepción. Era lo que se procuraba inculcar en los recién llegados que se habían quedado cerca de la puerta, indecisos, convencidos aún de que el hecho de estar encerrados en aquella vasta sala llena de viento, de luz y de miedo en lo alto de la torre de Vaumeilh era un hecho excepcional.

Angelo y la joven dama también se quedaron desconcertados en el umbral de la gran sala. El ruido del viento resultaba de lo más patético. La deslumbrante luz que inundaba la cuarentena de un extremo a otro, sin dejar nada en la sombra, exaltaba el amarillo terroso de la paja, el paño fino de los redingotes y la suciedad que los invadía, el muaré y el raso de algunos vestidos (había hasta una jovencita pálida y rubia que llevaba faldas de organdí) y la suciedad que los invadía. Esas ropas ajadas con las que dormían, con las que se revolcaban en la paja en largas siestas llenas de desesperación personal, con las que se hacían los servicios de agua y de retrete, vestían a los miembros de una sociedad que conservaba sus sombreros de copa, sus coletas, sus tirabuzones, sus gorras de viaje y sus gestos pretendidamente elegantes.

Cerca de la puerta estaban ya otras cuatro o cinco personas desconcertadas; una robusta dama de cabellos grises de unos cincuenta años, vestida de paseo con un miriñaque de faya violeta; un campesino gordinflón, bajito, que metía su cabeza en los hombros y se encogía dentro de un traje de terciopelo rojo recién estrenado (sin duda, para emprender el viaje que tan inopinadamente había terminado allí); un jovencito vestido a la moda de los petimetres ciudadanos, con casaca entallada, sombrero de copa y bastón con pomo; un grupo de tres burgueses, sin duda solteros, ricamente vestidos con redingotes mostaza ribeteados de negro; tenían aire de calaveras, pero en aquel momento estaban con los brazos caídos y la boca abierta. («¿Acaban de llegar?», le preguntaron tontamente a Angelo. «Como pueden ver», les respondió.)

Eran los pasajeros de un carricoche que había pretendido pasar de extranjis, y habían sido detenidos la víspera, al anochecer. Gente forzosamente rica, ya que había que pagar muy caros los servicios de un cochero. Éste no se encontraba allí; debía de haberse escapado o haber sobornado a los soldados; a lo

mejor, simplemente, había traicionado a sus clientes para evitarse el viaje y cobrar sin hacer nada, y no era imposible que hubiera cobrado de ambos lados.

«*Continua la commedia*», se dijo Angelo. «Y nadie piensa en abrirse paso como sea y escapar. Si me quedo por aquí algún tiempo, quizá pueda armar la marimorena.»

—No se inquiete —dijo en voz baja a la joven dama—, y sobre todo procure no dejarse llevar de negras reflexiones, como hace todo esta gente, cada uno a su manera. Eso sólo provoca abatimiento, como usted misma puede ver, y uno está perdido. Tiene usted más inteligencia y más valentía que todos ellos juntos pero también tiene más sensibilidad, y se afectaría mucho.

—Pienso exactamente como usted —contestó la joven dama—, pero se trata de buenas palabras. A pesar de todas las buenas palabras del mundo, uno no puede dejar de tiritar cuando hace frío.

—Saldremos de aquí aun cuando debamos hacerlo bajando por las paredes, como las moscas. Es el único pensamiento que le permito —dijo secamente Angelo.

—Perdón, señor —le dijo el jovencito de la casaca entallada—, ¿qué hay que hacer para que a uno le devuelvan su equipaje?

—Lo mismo que en todas partes, señor.

—Estamos aquí desde anoche y nadie se preocupa de nosotros.

—Haga usted que se preocupen.

Uno de los burgueses le preguntó qué arma era la que llevaba en la mano.

—Es mi paraguas —dijo Angelo.

Entonces se metió el sable bajo el brazo, como si fuera un paraguas, y condujo a la joven dama a través de la cuarentena hacia una gran ventana por la que el viento entraba libremente y de la que todo el mundo se mantenía apartado.

—Tengo en las alforjas —dijo— el té, el azúcar, la harina de maíz, el chocolate, sus pistolas, su pólvora y la mía, sus balas y las mías; mis pistolas están cargadas y en mis bolsillos. Nuestras capas y su maletita están escondidas abajo, en la escalera. Está decidido, nos iremos esta noche. Aquí solo hay gente sucia y muerta de miedo, para quien la rebelión es de mal gusto. Para mí, no.

Y habló durante cinco minutos de revolución social y de libertad, pero tuvo el buen sentido de expresarse mediante frases cortas, sin énfasis, que en el fondo resultaban muy razonables y estaban a cien leguas del cólera. Su espesa barba de tres días de viaje por montes y valles le daba un aspecto decidido. La ventana estaba llena de aquel paisaje de montañas, más excitante aún que el mar cuando se lo ve desde cierta altura. Entraba por ella un viento apacible y tibio, pues era ya cerca del mediodía.

Un hombre apuesto, con aspecto de chalán de caballos, se acercó a Angelo mientras se peinaba las patillas con un pequeño peine.

—Lo veo preocupado —le dijo sin rodeos aquel hombre, alrededor de cuyos ojos se formaban unas simpáticas arrugas maliciosas—. Son ustedes nuevos y se preguntan cómo es la vida aquí. Pues muy fácil. Todos los nuevos prefieren cocinar ellos mismos en pequeños fuegos que encienden allá, en aquel rincón. Si necesitan un hacecillo de leña, que he cortado yo mismo de una tabla, estoy dispuesto a vendérselo por treinta céntimos. Si fuma, vendo tabaco. Tengo igualmente a su disposición un frasquito de aguardiente, muy útil para las indisposiciones de la señora. En fin, pida usted por esa boca y, si tiene con qué pagarlo, será servido. Por quince céntimos me encargo igualmente de buscar a un hombre que lo remplace cuando le llegue el turno de hacer el servicio de agua o de materias malolientes. Y otros quince céntimos por la señora, que, de acuerdo con nuestras leyes, está obligada como todo el mundo.

—Es usted —dijo Angelo— exactamente el hombre que buscaba. Si no se hubiera presentado me habría sentido muy decepcionado. He hecho ya algunos negocios con su amigo Dupuis...

—¿Conoce a Dupuis? Es un viejo canalla. Se queda con todo mi beneficio, pero soy filántropo y...

—Por lo que hace al dinero —dijo Angelo bajando la voz—, nos entenderemos bien. Tienda la mano entre la señora y yo para que no se vea lo que pongo en ella. Ahí tiene, para empezar, un franco por la leña, los servicios y el placer de conocerlo.

—¿Lo ve, señor? —dijo el hombre—, la gente educada siempre encuentra quien le sirva. Tienda usted ahora la mano, que no quiero quedar en deuda. Le voy a dar un poco de tabaco. Excúseme si no es muy bueno. Me veo forzado a llevarlo encima, en el bolsillo de mi pantalón, porque aquí lo roban todo, y el calor del muslo no es bueno para el tabaco. Sin embargo, como verá cuando lleve aquí algún tiempo, tampoco hay que despreciarlo.

El hombre los puso al corriente de las noticias de aquel lugar particular, es decir, de las noticias del mundo. Vaumeilh había sido diezmada. De dos mil personas, más de seiscientas habían muerto en medio del más espantoso caos que cabía imaginar. En esa población montañesa, austera por negligencia y donde

los *buenos aires* eran la suprema razón de ser, aislada en una comarca considerada hasta entonces saludable, la presencia de la muerte determinó lo que era forzoso llamar fallecimientos por persuasión. Pero eso ocurría en la primera época de la epidemia. Después volvió a imponerse la sensatez. Antes del establecimiento de las cuarentenas, los supervivientes, en su casi totalidad, habían ido a acampar en los bosques que se veían desde allí, en el flanco de una montaña negruzca, donde habían hecho una especie de aldea india. Allí seguían. Sólo confiaban en el invierno, que en esa comarca lo hiela todo. Si era cuestión de moscas, como se decía, no resistirían. Sólo quedaban en la ciudad un centenar de hombres y mujeres, muy decididos, que comerciaban con la cuarentena, se hacían la competencia y no se aburrían, como podrían ver aquella noche al escuchar sus gritos y sus cantos.

En la torre propiamente dicha la mortandad no era muy elevada. Pero había habido momentos muy malos. Aquel hombre llevaba allí quince días.

—Soy representante de máquinas de coser —dijo—. Estaba haciendo lo posible por regresar a Valence a escondidas cuando me cogieron tontamente mientras dormía bajo un árbol al pie del camino. Me encerraron aquí con otras seis personas que ya están criando malvas; murieron una tras otra durante los tres días siguientes a nuestra entrada. Me han nombrado jefe de la cuarentena porque soy el más antiguo, porque sigo vivo y porque hace falta orden. Tengo listas. Los soldados han traído aquí a ciento doce personas. Hoy somos treinta y cuatro, contando los llegados anoche y ustedes dos. En fin, por el momento, aumentamos en lugar de disminuir. Y con gente como ustedes, que es la que más necesitamos.

Al parecer, estaba en la gloria.

Seis hombres que estaban de servicio hablan ido a buscar abajo, a la reja, los tres calderos de sopa de pan con col que las religiosas habían preparado.

—Espere un poco —dijo Angelo—, debo decirle algo importante a un hombre que tiene la cabeza sobre sus hombros. Mire por la ventana. ¿No es la patrulla que vuelve aquello que se ve allá abajo, en el camino? Observe usted los caballos sin jinete; son cuatro. Y, si no me engaño, es Dupuis quien ha tomado el mando de la columna. Cuando nos detuvieron esta mañana, el teniente tenía los primeros síntomas de un buen ataque de cólera seco. Tengo la impresión de que no se ha ido solo. Me temo que el número de residentes en esta cuarentena va a disminuir. ¡Buen provecho! Nosotros nos contentaremos con té por hoy, por más que hayamos pagado nuestra manutención.

—Oiga usted —dijo el hombre—, no lo molestaré. Sé que marido y mujer deben decirse cosas que a nadie interesan, sobre todo en esta situación. Déme un bol de su té y un poco de azúcar, iré a tomarlo en mi rincón y los dejaré en paz. Pero yo tampoco tomaré sopa. Guárdese mucho de hablar aquí dentro de cólera seco. Si no, prepárese y tome su sable. He visto ya escenas poco edificantes. Desconfíe de esos sombreros de copa, señor. Debajo de ellos hay algo cuyo nombre no diré delante de la señora, pero que no huele bien.

El representante de máquinas de coser regresó a su rincón con su bol de té. Le habían dado también una tableta de chocolate, un pan de azúcar moreno y un puñado de harina de maíz. Angelo le enseñó cómo debía mezclar el azúcar y la harina cruda para formar un polvo bastante desagradable de masticar, pero muy nutritivo y, en todo caso, preferible a aquella sopa más que dudosa. La sopa tenía gran éxito, sin embargo. Hasta fue necesario apostar un vigilante que defendiera los calderos de los avances de señoras y damas muy encopetadas. Incluso la jovencita de la falda de organdí (¿la habrían detenido a la salida de uno de esos bailes de gala que se había puesto de moda organizar por todas partes?, ¿habría errado por el campo, después del baile, presa del miedo?, ¿habría huido al azar hasta ser encontrada por los soldados?) reclamaba un poco menos de caldo y un poco más de pan. Era, sin embargo, bastante linda, casi distinguida, con sólo una pizca de sangre plebeya en el arranque de la nariz, un poco gruesa. Procuraba hacerse sitio empujando a hombres sólidos y madres de familia que, seguros de sus derechos, sitiaban estrechamente los calderos. Al no tener los brazos muy robustos, se servía de su cuerpo como si bailara, pero reclamaba su pitanza con voz aguda. Eso duró hasta que un hombre que se retiraba y se irguió bruscamente le hizo saltar el bol de las manos.

Era la hora en que el viento se calma. Había en el exterior esa luz del color de los albaricoques tempranos característica de los últimos días cálidos del otoño. Las montañas habían desaparecido en el sol. En su lugar, se veían olas de seda malva chispeante y transparente, sin peso y casi sin forma, que las ocultaban hasta la ondulante línea de sus cuestas, apenas marcada en el cielo. El encaballamiento de landas amarillas que se alzaban formando una colina para elevar en su cima la ciudad y el castillo desaparecía bajo un mariposeo irisado, parecido al temblor del aire sobrecalentado, pero aquí lo producían verdaderas mariposas que revoloteaban a ras del suelo. Angelo tuvo que hacer un esfuerzo de imaginación para representarse aquel monstruoso enjambre. «No hay en esta comarca», se dijo, «una sola flor, un solo árbol de savia dulce. ¿Adónde van a buscar el azúcar que necesitan?» Se atragantó, y tuvo que tragar saliva

precipitadamente. Algunos cuervos cruzaron el cielo seguidos por pichones, que volaban más despacio, pero batían las alas con violencia para no rezagarse. Cuando los pájaros pasaron por encima de las landas irisadas, se levantó un torbellino de insectos que al ponerse delante del sol provocó un resplandor extraño, como el de una hoguera cuya llama se estirara y se ennegreciera; luego los insectos se quedaron quietos, como una masa de hollín en suspensión, y a continuación se situaron detrás de los pájaros y empezaron a desplazarse por el cielo siguiendo su vuelo, desplegados como una bandera negra y brillante que flotara en el aire. Los cuervos se dirigían hacia las nubecillas de humo azul que subían de la ladera inmaterial de una montaña.

La patrulla entró en el patio. No eran cuatro, sino cinco, los jinetes que se habían caído de sus monturas. Cinco caballos eran conducidos de la brida, cinco sables estaban en sus vainas, cinco fusiles colgaban del arzón de la silla vacía. Uno de los soldados se cayó al desmontar. Se levantó por su propio pie.

—Ya no tengo miedo de la muerte —dijo la joven dama.

—¿De qué tiene miedo ahora? —dijo Angelo después de un instante de silencio.

—Del caldero.

Angelo esbozó una sonrisa.

—Tenemos nuestras pistolas.

—No tendré valor.

—Confieso que tampoco me sobra, pero uno siempre puede agarrarse a un clavo ardiendo en lugar de hacer tonterías. Usted recobraría toda su sangre fría si matara con su propia mano a uno de esos mugrientos glotones, pues al morir de modo violento bañado en sangre, en lugar de hacerlo envuelto en sus heces, recuperaría su figura humana a sus ojos. Al fin y al cabo, no tendríamos que disparar contra nosotros, sino contra ellos. El representante de máquinas de coser se salva gracias a sus artes. Saca comisión incluso aquí. Nosotros debemos salvarnos con las nuestras.

—¿Lo haría usted?

—No sé qué haría. Tenemos té, azúcar y maíz para cinco días. En cinco días estaremos lejos, pero si no fuera así, habría llegado el momento de elegir entre ser como esa gente o seguir siendo como somos. ¿Le parece una razón suficiente?

—No tiene usted por qué darme razones. Pensaba hace un rato que si el antepecho de esa ventana no fuera tan alto, bastaría con inclinarse imprudentemente, lo cual no cuesta el menor esfuerzo. Uno se cae por su propio peso. Y una vez abajo, todo se habría acabado. Me extraña que no hayan pensado en eso.

—Acaso lo hayan pensado y prefieran el caldero. Acaso haya habido gente que saltó, pero no nos lo han dicho porque para ellos es un rasgo de locura cuyo contagio no los amenaza y por lo tanto, no los preocupa. Lo que les inspira terror, y por eso no paran de hablar de ello, son las personas que han muerto como es debido (así lo piensan en su fuero íntimo), es decir, revolcándose en la paja emporcada. Lo que, por lo demás, hacen sin el menor escrúpulo los que aún gozan de buena salud.

—Sé que dentro de cinco días no me tiraré por la ventana. Sé que esta noche me acostaré en la paja sin pensar en la ventana ni en mis pistolas, y que mis pistolas son ya herramientas inútiles, pues para salvarme pueden tanto como los escapularios. Sé que vendrá la noche, como es natural; que me acostaré, como es natural, en esa paja, emporcada o no; que mañana seré como ellos; que viviré mi vida aquí dentro con lo que me den, como es natural y resulta más fácil, hasta que me muera de cólera. Ya ve que he perdido el miedo a esa muerte que hace vomitar...

—¿Y si no muere? Puede que se salve. ¿Está segura de que se olvidará de lo que ha sido durante tanto tiempo y de seguir creyendo en sí misma? Estas personas no tienen esa preocupación. ¿Qué eran antes? La veo aún con su candelabro, en esa casa desierta, en esa ciudad podrida, delante de un hombre que debía de ser muy poco tranquilizador y que surgía de la sombra. Y pienso en la vida que había llevado en los tejados. Sin duda que mi mirada no tenía nada de tierna. Recuerdo que las llamas de su candelabro estaban inmóviles y rígidas como puntas de horquilla, que la mano que me hizo té esa noche supo ser caritativa sin temblar y que su grueso pistolón estaba escondido debajo de un chal, cerca del infiernillo en el que me preparaba aquella bebida que tanto necesitaba. Era preciso tener confianza en sí misma para comportarse de esa manera. La dueña de la mano que no temblaba no había sido nunca cobarde; de lo contrario, hubiera inventado inmediatamente una cobardía (ésa era la ocasión, o nunca), y las llamas habrían temblado. Hay alguien a quien nunca se puede engañar: a uno mismo, porque uno tiene que estar siempre de acuerdo con sus propios actos. No es moco de pavo comer del caldero o, simplemente, hacerse la cama en esa paja. No podrá nunca convencerse a sí misma diciéndose que se vio obligada a hacerlo. En todo caso, jamás podrán hacerlo seres como usted. Y le será preciso vivir recordando que aceptó comer de ese caldero.

«Ignoro quién es usted. Sólo sé una cosa: en las situaciones excepcionales sabe mantenerse firme. Por eso

le hablé delante de la barricada. Con los otros estaba yo solo contra los soldados; con usted ya no estaba solo. Cuando tuvimos nuestra primera algarada, yo hubiera podido recibir muy fácilmente una estocada por la espalda. Los dragones no bromeaban. Si lo hubiera temido, me habría visto en la necesidad, para prevenirlo, de obligar a mi caballo a realizar movimientos muy poco elegantes. Pero no me preocupé porque sabía que usted estaba allí (aunque le grité que huyera y que escurriera el bulto); eso me dio el brío que comunica tanta alegría. Y, *naturalmente*, usted estaba allí; sostenía el pistolón con su manita y apuntaba al cabo.

—Pero al día siguiente disparé contra un cuervo porque cantaba como una paloma.

—¡Diantre! ¡Ahí es nada un cuervo que canta como una paloma! Está más que justificado disparar contra cosas así. Yo hubiera hecho lo mismo, y hubiera abierto los ojos tanto como usted. La verdadera muerte es insignificante. ¿Sabe qué es lo que le ha hecho perder el ánimo aquí? Este olor a heces y a orina, esas enaguas que hieden como barriles de bacalao. No son los grilletes ni los muros el castigo más horrendo que deben soportar los condenados en la prisión: es el olor de sus letrinas, que están obligados a respirar durante meses y años. Con sus sentidos envilecidos, ¿qué ánimo puede quedar en ellos? Los más resistentes, los más *nostálgicos*, acaban por hacer lo que le dije hace un rato: le abren el vientre a uno de sus camaradas para volver a respirar el olor de la sangre y ver de nuevo algo que tenga color rojo, del mismo modo que se comen a los grumetes los náufragos en las balsas para tener un poco de carne a la que hincarle el diente. Venga, inclinémonos en esa ventana, no para perder el equilibrio, sino para volverlo a encontrar.

Los rayos del sol caían ya oblicuos. Las montañas volvían a tomar cuerpo. Angelo y la joven dama dominaban una parte de los tejados del caserío y todo un costado del castillo. Permanecieron allí más de dos horas mirando el cielo, que se despojaba de sus velos yesosos al tiempo que se vestía de un hermoso gris perla. El sol estaba en una estación en que se acuesta pronto; todas las escamas de los techos de piedras chatas, orladas de una sombra, pasaban del gris al verde tierno. Algunos techos más bajos estaban cubiertos de grandes manchas de líquenes dorados. El viento, que volvía a soplar, daba a la comarca un aspecto marino, un olor de alta mar. Las mariposas centelleaban como granos de arena. Cuervos y pichones mezclados surgían como espuma de las casas altas, las torres y el campanario.

Angelo pasó aquellas dos horas sumergido en la más absoluta serenidad. No había querido fumar antes por no dar envidia a los de la cuarentena que carecían de tabaco. Antes de decidirse a hacerlo, echó un vistazo por encima del hombro para ver si había fumadores: ninguno. Luego de tomar la sopa la gente se había acostado sobre la paja. El representante de máquinas de coser no debía de ser generoso todos los días. Angelo no sufrió esa privación más de cinco minutos. Contó las columnas de humo que salían de chimeneas: siete. Siete hogares encendidos en aquella ciudad que antes del contagio debía de haber tenido más de ochocientos hacia las cuatro de la tarde. Observó el movimiento de los soldados en el patio. Vio que uno de ellos limpiaba los cristales de una linterna de arzón. Supuso que se preparaba una patrulla nocturna. Poco tiempo después, eso le fue confirmado por una orden de la que entendió algunas palabras. Se preguntó de qué manera operaría él si se hallara en el lugar del capitán. De vez en cuando dejaba de descansar sobre la pierna derecha para hacerlo sobre la izquierda. Buscó el emplazamiento de los caminos en la región. Vio dos, desiertos, que se dirigían hacia las montañas. La parte del castillo que tenía a la vista no permitía concebir ninguna esperanza. La torre bajaba a pico sin un saliente en el que agarrarse hasta el patio donde estaban los soldados. Al otro lado del patio había un muro de unos quince metros de alto por encima del cual se descubría un camino de ronda que, a juzgar por el alejamiento de los tejados, debía de dominar la ciudad desde por lo menos veinte metros de altura. Se puso a pensar en infinidad de cosas diversas. Se sentía lleno de una paz perfecta. Pensó en las religiosas. Se dijo que, con toda seguridad, tenían miedo del ruido y la sangre. Sabía cómo reacciona una persona a la que le disparan bruscamente una pistola en las narices y en plena noche. Con los soldados la cosa era diferente. Pero aquéllos no eran de temer. Detener a paisanos acaba por enmohecer. Incluso cuando se entra en campaña siempre hacen falta cinco o seis días para adaptarse al fuego del pelotón y a las balas perdidas. Las balas sólo son confundidas con avispas en las novelas. Sabía que una vez iniciada la batalla había que hacer el mayor daño posible sin dilación. Los cuatro primeros muertos son los que cuentan si inmediatamente después se pone uno a repartir sablazos. «Le daré todo el tiempo que necesite para volver a cargar», se dijo pensando en su sable y en la joven dama. La miró. No parecía sentirse bien. Le preguntó con inquietud qué le ocurría.

—Nada que no sea completamente natural —dijo ella—; tengo una imperiosa necesidad de utilizar esas repugnantes letrinas.

—De ningún modo —dijo él—, venga.

Cargó con las alforjas y se puso el sable bajo el brazo. Bajaron por la gran escalera que se hundía en la sombra hacia la reja. Angelo se detuvo en el pequeño rellano.

—¿Quiere ir por las mantas? —dijo—. Están allí, en el rincón, bajo los primeros escalones. La espero aquí.

Y se puso a tantear las puertas que daban al rellano. Una de ellas era inconmovible, encajaba perfectamente con sus jambas. La otra tenía cierto juego. Su armazón de madera, menos ajustado, dejaba un intersticio. Angelo pasó por allí la hoja de su sable. La puerta no estaba cerrada con llave. En el sitio donde tenía que estar el cerradero la hoja del sable pasaba libremente, pero más arriba y más abajo la detenía la barra de un cerrojo. Intentó hacer deslizar esa barra sin lograrlo. «Se trata sin duda», se dijo, «de un par de esos cerrojos con manija que se introducen en una muesca, la cual debe ser levantada para hacerlos correr y abrir la puerta.»

Calculó el largo del cerrojo y el emplazamiento aproximado de la manija. Intentó hacer una incisión en la puerta con la punta de sable. La madera no era dura.

—¿Qué está haciendo? —dijo la joven dama.

—Trato de hacer un agujero en la madera. Más que nada, por pasar el rato.

Hizo, en efecto, uno que tenía su buen centímetro de profundidad. La madera era maciza y se partía en astillas. Era una tabla de fresno espesa de siete u ocho centímetros, pero se había agrietado al envejecer.

—Déme el frasco de pólvora. Extienda las mantas y acuéstese. Si sube o baja alguien diré que está enferma. Hablaré sin rodeos de cólera seco para que nos dejen en paz. Vigile la escalera y prevéngame.

Puso un poco de pólvora en el agujero que había hecho y le prendió fuego. La roja llama se extinguió en seguida, pero una llamita azul quedó como enganchada en el fondo del agujero y se puso a circular entre las astillas, royéndolas y dejando al final unas brasas sobre las que Angelo sopló varias veces.

Por fin, al cabo de largos esfuerzos y sin tomarse ni un segundo de respiro, logró abrir los dos cerrojos y entraron en una gran sala casi a oscuras.

Volvieron a cerrar la puerta, colocaron de nuevo los cerrojos y taparon los dos agujeros, que tenían unos cinco centímetros de diámetro, con pedazos de un chal negro.

—Esto mantendrá el engaño hasta mañana, por lo menos —dijo Angelo—, Digo por lo menos porque los conozco: buscarán primero en los rincones donde van a morir los tontos. No se les ocurrirá pensar que tenemos el corazón en su sitio.

Una vez cerrada la puerta les fue difícil darse cuenta exactamente del lugar en que se hallaban. La luz entraba a pequeñas dosis entre las piedras que obstruían una alta ventana ojival.

Cuando sus ojos se habituaron a la oscuridad, descubrieron que se hallaban en una amplia sala enteramente vacía. El piso era blando, como si fuera de tierra apisonada que el tiempo y la soledad hubieran reducido a polvo. En la pared del fondo había una mancha negra que parecía una abertura. Era, en efecto, una salida sin puerta ni goznes, simplemente abierta como un túnel a través de un muro de más de dos metros de espesor que daba a una estrecha escalera de caracol en el fondo de la cual se diría que dormitaba una especie de resplandor gris...

Bajaron hacia ese resplandor paso a paso. Angelo se sentía feliz y cada vez más lejos del cólera. De escalón en escalón iban aproximándose a una luz roja más y más intensa. Al fin desembocaron en una galería que rodeaba, casi a ras de la bóveda, una sala inmensa y profunda, iluminada por altos ventanales ojivales y un rosetón de cristales amarillos. Allí, al igual que en las dependencias que habían atravesado hasta entonces, sólo había piedra: no había muebles ni vigas, y el piso también era de tierra, como si estuvieran en pleno campo. A pesar de los ventanales y del rosetón, aquella sala no había nunca servido de iglesia, pues no se veían huellas del emplazamiento de un altar.

Dieron la vuelta a la galería. Pasaron junto a un ventanal, algunos de cuyos cristales se habían desprendido. Pudieron ver debajo de ellos, fuera, un jardín grande y pobre plantado de tomillo gris, atravesado por dos paseos que se cruzaban.

Angelo miró a la joven dama. Ella también sonreía. Se le ocurrió preguntarle si se sentía mejor. ¿No tenía aquí, por ejemplo, un dolor difuso? Y con el extremo del índice le tocó la boca del estómago.

Ella se sentía bien, y se excusó.

—No hay por qué excusarse —dijo él—. Uno no es responsable si a algo le da por pudrirse dentro de él y destruirlo. No creo en las moscas. Aunque fueran tan pequeñas como dicen, me parece que las notaríamos al respirarlas. Creo que hay un lugar del vientre o del intestino que, de pronto, comienza a pudrirse.

Le explicó que había friccionado al mediquillo durante toda una noche, aunque inútilmente, pues había comenzado tarde. No hay que esperar a sentirse *asombrado de sí mismo* como el teniente de la patrulla. En cuanto se siente una punzadita aguda que atraviesa el costado, hay que pedir auxilio. Vale la pena vivir.

—Si siente el más leve dolor en el sitio que acabo de indicarle, deberá mostrarme su vientre inmediatamente. Cuando se actúa a tiempo y se fricciona, hay noventa y nueve posibilidades contra una de

sanar.

En el extremo de la galería descubrieron un pequeño corredor estrecho y muy oscuro que parecía discurrir por el espesor de los muros y donde se les hizo dificultoso llevar sus equipajes. Ese corredor estaba tibio y olía a piedra muerta. Luego de doblar en ángulo recto, vieron delante de ellos un pálido rayo de luz. Pasaba por una estrecha rendija. Podía verse por ella, enfrente, el cuerpo de la gran torre y las ventanas de la cuarentena, contra las que tronaba el viento.

—Debemos de estar al otro lado del patio de los soldados, a menos que esas ventanas no sean las mismas en que nos inclinábamos hace un rato.

Por la rendija no era posible mirar hacia abajo; apenas si podía descubrirse la hilera de ventanas de la cuarentena, las almenas y el cielo, muy azul, tachonado de nubecillas semejantes a margaritas iluminadas por un sol muy oblicuo.

Más allá el corredor continuaba estrechándose hasta el punto que Angelo hubo de quitarse las alforjas que llevaba a la espalda. Tuvieron que pasar por encima de montones de escombros e incluso inclinarse en algunos lugares en los que el techo del estrecho corredor era más bajo de lo normal.

De nuevo una franja de luz perforó la oscuridad delante de ellos. Esta rendija, que, como la anterior, parecía una tronera, daba al aire libre. Volvieron a ver el cielo, muy azul, que empezaba a teñirse de rosa, y descubrieron las montañas iluminadas por el sol poniente.

A medida que avanzaban aumentaba el deterioro del corredor. Anduvieron a cuatro patas, embarazados por las capas, la maletita y las alforjas. Marchaban lentamente en medio de una oscuridad total por encima de montones de escombros. Por fin Angelo sintió bajo su mano, delante de él, una piedra tallada, de vivas aristas, y notó un soplo frío que venía de abajo. Habían hallado el principio de alguna cosa. A la luz de las chispas de su encendedor, y luego a la de la mecha, sobre la que sopló, Angelo vio que estaban en el nacimiento de una escalera de caracol tan estrecha como el corredor, pero en buen estado. Algunas vueltas más abajo vieron la luz del día, y por fin se acercaron con precaución hasta una puerta que daba sobre el jardín plantado de tomillo que habían visto desde el ventanal roto de la galería.

El crepúsculo otoñal comenzaba a caer. Se mantuvieron ocultos. El jardín parecía ser visitado a menudo. Debía de llegarse a él por otras puertas. El lugar en el que se encontraban Angelo y su acompañante era utilizado, por lo demás, como depósito, pues había dos palas, un rastrillo y un gran sombrero de paja groseramente tejida como los que usan los segadores.

En el jardín sólo había tomillo y piedras. Era evidente que ocupaba una terraza, y debía de caer a plomo sobre un camino de ronda, una calle o un talud. Angelo se preguntaba sobre qué daba y desde qué altura. Pero habría sido imprudente ir a verlo. Era preciso esperar que fuera totalmente de noche. Debía de ser un sitio frecuentado por las religiosas, a juzgar por aquellas conmovedoras herramientas de jardinería destinadas a una terraza de tierra blanca, árida como la sal.

Vencejos y golondrinas comenzaron a pasar como relámpagos delante de la abertura de la puerta. De acuerdo con la nueva costumbre de los pájaros, en cuanto descubrieron las formas inmóviles de Angelo y la joven dama se aproximaron y hasta cruzaron el umbral para revolotear a su alrededor gritando y dando violentos aletazos.

—Esto podría traicionarnos —dijo Angelo—. Volvamos a subir algunos escalones y escondámonos.

Apenas vueltos a las sombras, oyeron pasos en el jardín. Era una religiosa; no la monja coloradota de los gruesos brazos desnudos, sino una alta y delgada, una especie de tendera a la que el amplio hábito negro confería cierta dignidad. Se quitó la toca y dejó al descubierto una cabeza minúscula y un rostro extraordinariamente poco agraciado con unos pequeñísimos ojos negros muy móviles. Cogió el rastrillo y se puso a limpiar los paseos que se cruzaban. Luego buscó bajo las faldas y sacó del bolsillo un cuchillo de asta con el que, acuclillada, escardó muy atentamente el pie de las matas de tomillo. Se entregó con un ardor digno de mejor causa a aquella tarea inútil.

Comenzó por fin a oscurecer. La religiosa se marchó, y al cabo de un rato Angelo corrió hasta el borde de la terraza, se inclinó y volvió.

—No hay más de tres o cuatro metros de altura —dijo—, además hay una mata de laurel silvestre que ha crecido en el muro.

Hicieron un paquete con la impedimenta.

—Yo lo llevaré —dijo Angelo—. Debemos despedirnos de nuestros caballos. A menos que me permita enfrentarme a los soldados. Eso, lo confieso, me aliviaría el alma, y creo que a usted también le reportaría una buena bocanada de aire puro. Pero no sería juicioso. Sin embargo, daría mucho, y sobre todo una lección de esgrima, por volverla a oír hablar como lo hacía esta mañana con los soldados cuando nos traían presos. Tenía a cada momento la impresión de que en medio de una frase ingeniosa se iba a dar el bote

dejándolos con un palmo de narices. Si no está del todo convencida de que esta mañana, en realidad, no fuimos vencidos por nadie ni por nada, le ofrezco una batallita con los soldados en el patio en la que les diremos claramente todo lo que tenemos que decirles. En caso contrario, no hay más que arrojar el equipaje por la borda y dar un salto de cuatro metros ayudándonos con el tronco del laurel. Abajo hay un talud cubierto de hierba que da directamente al campo. Caminaremos cuanto podamos bajo las estrellas y mañana estaremos lejos. Tengo más de trescientos francos. Compraremos un par de jamelgos en cuanto podamos. ¿Aún quiere ir a esa aldea cerca de Gap donde está su cuñada, como me dijo?

—Es precisamente lo que debo hacer. ¿Ha pensado, por otra parte, que aun en el caso de que les diera una paliza a los soldados, tal paliza no significaría gran cosa, puesto que ellos con toda seguridad tienen el cólera y usted no? Imagino que eso dificulta el manejo del sable.

—¿Quiere decir que me lo dificultaría a mí? —dijo inocentemente Angelo—. En efecto, es posible. Aún tenemos los nervios agarrotados a causa de esa huida tan poco agradable a cuatro patas a través de los muros. Pero, en definitiva, saltar cuatro metros es poca cosa. Y no debemos olvidar el tronco del laurel. Hubiera querido darles algo en que pensar a esos corderos encerrados ahí arriba, pero para ello es indispensable hacer unos cuantos molinetes con el sable.

A pesar de todo, antes de salir de su refugio, Angelo fue a asegurarse de que la otra puerta que daba al jardín estaba cerrada.

«¡Qué diferente sería todo si estuviera solo!», se dijo. «Entonces no reflexionaría. ¡Y qué placer sentiría!»

Cinco minutos después estaban al pie del castillo. La joven dama saltó sin hacer ningún aspaviento e incluso se sirvió muy hábilmente del tronco del laurel. Todo se desarrolló con la mayor facilidad. Angelo, decepcionado, acechaba las sombras que creaba la luna naciente. Todas eran pacíficas. Hubiera deseado no sabía qué combates. Había esperado hallar por lo menos a un soldado al pie del muro, un centinela a quien desarmar. Se había visto a sí mismo luchando y venciendo a su adversario.

Algunas ranas cantaban en las balsas, sin duda medio vacías, pues retumbaban mucho.

—Todo esto es muy divertido —dijo la joven dama—. Me recuerda una noche en que salté por la ventana para ir a bailar a la plaza de Rians. Mi padre no me prohibía salir, pero hacer las cosas a hurtadillas me causaba un placer imposible de describir. Y, en fin, saltar por la ventana...

«Las mujeres», se dijo Angelo, «son seres incompletos.» Se preguntaba por qué se mostraba ahora tan vivaz después de haber estado tan abatida durante toda la tarde. «Yo también he disfrutado arrastrándome a cuatro patas a través de los muros, pero no se me escapa todo lo que hay de serio en este asunto. Y no era tan absurdo imaginar a un centinela al pie de este muro, pues debería haber uno si el capitán cuya voz oí conociera su oficio.»

Angelo volvió a echarse a la espalda la especie de mochila que había hecho con el equipaje y bajaron por la ladera de la colina, de pendiente muy suave y alfombrada de hierbas, que terminaba en campos de lavanda abiertos hacia la libertad por todas partes y hasta ligeramente perfumados.

Caminaron alrededor de una hora cruzando campos y luego hallaron un camino que iba en la dirección que Angelo había decidido tomar, el cual no tardó en empinarse. La luna, que poco a poco se había desplazado hasta lo más alto del cielo y daba una viva luz, iluminó la musculosa espalda de una montaña sin árboles constelada de pequeñas rocas relucientes como plata.

La noche era realmente muy suave. Los grillos y los cortones, que el calor de aquel día falsamente veraniego había revigorizado, hacían oír ese rechinamiento metálico que parece la embriaguez del propio aire. El viento, ahora remolón, soplaba dando tibias bocanadas.

Angelo y la joven dama marcharon a buen paso por aquel camino que se dirigía vagamente hacia el norte. Al otro lado de la montaña, hacia la medianoche, cruzaron una carretera bastante importante bordeada de grandes álamos en cuyas largas ramas la claridad lunar jugueteaba de un modo muy agradable. Todo era bonancible y tranquilizador. Oyeron, a cierta distancia, el rodar de un coche y el trotecito de un caballo que parecía caminar a su aire en la dulzura de la noche.

Se ocultaron detrás de unas altas matas de retama y vieron pasar finalmente muy cerca de ellos un cabriolé con la capota bajada en el que viajaban un hombre y una mujer que conversaban tranquilamente.

La carretera por donde avanzaba el cabriolé se dirigía hacia el este por el fondo de un valle. La compañía de los álamos, desnudos de hojas pero barnizados por una luz blanca, era muy agradable. A juzgar por los dos personajes que acababan de pasar, la comarca de la que procedían debía de ser muy amable.

—Lo que nos haría falta —dijo Angelo, que hallaba ridícula su mochila después de haber visto rodar al cabriolé, con una perfecta suspensión, detrás de su trotón— es un coche así. Reemplazaría con creces a nuestros caballos. En todo caso, nos daría ese aspecto de opulencia que intimida a los soldados. El hombre y

la mujer que han pasado conversando hace un instante no tenían aspecto de gente acosada. Mientras los miraba olvidé por completo que hay una cuarentena en Vaumeilh; una cuarentena que, sin embargo, está a sólo veinte kilómetros de este camino. Vamos a ver qué hay de ese lado. Por otra parte, al hacerlo nos acercaremos más a la dirección que debemos tomar. De ahora en adelante no volveremos a pensar en mi cita con Giuseppe. Es bastante mayorcito para encontrar su camino sin ayuda de nadie. Lo que importa es llegar lo antes posible a esa aldea cerca de Gap en la que está su cuñada.

—¿Cómo se llama usted? —dijo la joven dama—. Ayer, en la cuarentena, varias veces tuve necesidad de llamarlo aun cuando estaba cerca de usted. No puedo seguir llamándolo señor. Por lo demás, esa palabra no presta los mismos servicios que un nombre en las situaciones difíciles. Me llamo Pauline.

—Yo me llamo Angelo —contestó él—. Y mi apellido es Pardi. No es el apellido de mi madre ni mucho menos el de mi padre. Pero me llena de orgullo que sea simplemente el nombre de un bosque muy grande que mi madre posee cerca de Turín.

—Su nombre es muy lindo. ¿No le parece que debería llevar mi equipaje ahora que marchamos por un camino cómodo?

—De ninguna manera. Camino sin dificultad y no siento el peso del equipaje, que es cómodo de llevar. Su maletita y nuestras alforjas están envueltas como es debido. Bastante tiene ya con verse obligada a caminar con botas. Resulta incómodo. Los jinetes desmontados siempre son un poco ridículos, pero el cabriolé que pasó hace un rato no me tranquiliza, y eso que era, lo confieso, la imagen misma de la despreocupación y la paz. Lo único que me tranquiliza es la distancia que desde hace ya horas estamos poniendo sin cesar entre nosotros y esa cuarentena en la que durante cinco minutos su ánimo se vino abajo. ¿No está cansada?

—Mis botas son finas y me las ponía siempre para pasear en los bosques. Eran paseos muy largos. Mi marido es experto en botas y en pistolas. Él fue quien me enseñó a cargar con bala doble. Se preocupó también de encargarme botas flexibles como guantes. Vivimos en una comarca de bosques espesos y colinas en la que se pueden hacer leguas y leguas disfrutando con el espectáculo de la naturaleza.

—Así vivíamos también en Granta antes de que sentara plaza de cadete. Y cada vez que volvía a casa, antes de que tuviera que exiliarme a Francia, hacíamos todos los días cabalgatas sin fin y hasta marchas militares que exigían andar con el caballo de la brida para llegar a algún lugar del bosque desde el que se divisaba una hermosa puesta de sol, una bella aurora o, simplemente, un trozo de cielo limpio, cosas que a mi madre le gustan con locura.

El camino había ganado altura poco a poco y ahora discurría entre bosques de hayas. La luna, medio hundida en el oeste, daba esa extraña luz matizada de amarillo con que compone realidades dramáticas. El horizonte sobre el cual se inclinaba parecía haber estallado en polvos de plata en los que flotaba el fantasma vaporoso de las montañas. La noche estaba a la vez oscura y brillante, y los árboles, dibujados en negro sobre la claridad lunar, lo estaban en blanco brillante sobre las sombras de la noche. El viento no sabía ya de qué lado soplar y se mecía como una tibia palmera.

Angelo y la joven dama caminaban desde hacía cerca de seis horas. Ya no los espoleaba el temor de ser perseguidos y alcanzados. Aquellos bosques eran muy diferentes de Vaumeilh, aquella luz estaba muy lejos de ser la luz en que son imaginables patrullas ordinarias.

A veinte pasos del camino hallaron bajo una carrasca una mata de altas retamas que rodeaba como hecha a propósito una pequeña extensión de tierra blanda y tibia. Angelo depositó en ella su mochila. Por más que dijera, estaba molido de fatiga y, a pesar de la claridad de la luna, había estado interiormente del peor humor durante la última hora de marcha.

«No me gusta llevar paquetes», se decía.

Desenrolló las capas e hizo con ellas un lecho confortable.

—Acuéstese —le dijo a la joven dama—, y, si quiere un consejo, quítese los calzones de cuero. Descansará mejor. No sabemos lo que nos aguarda, pero por lo ya visto será sin duda escabroso. Procuremos estar a la altura de las circunstancias. Si hallamos una ciudad, hay un noventa por ciento de posibilidades de que esté podrida y llena de soldados. No tenemos caballos. Habrá que sacar fuerzas de flaqueza. Se me ocurre ahora que esas dos personas que iban tan tranquilas en su cabriolé debían de estar locas. Andar a pie no es, ni mucho menos, lo mismo que ir a caballo. Si se desuella usted, sus heridas no cicatrizarán y no podrá caminar. Sería ridículo morirse aquí por no haber cuidado sus muslos.

Le habló como a un soldado. Ella estaba demasiado fatigada para contestar otra cosa que: «Tiene usted razón.» Se apresuró a hacer lo que se le decía, pues, realmente, tenía razón. Durmió como un tronco durante veinte minutos, pero entonces se despertó y dijo:

—¡Usted no se ha tapado! ¡Debajo me ha puesto su capa y encima la mía!

—Estoy muy bien —dijo Angelo—, He dormido en el suelo con un frío que pelaba sin más abrigo que mi dolmán. Y no es muy grueso. Aquí tengo una buena chaqueta de terciopelo. No corro ningún riesgo. Pero, ya que está despierta, espere.

Le hizo comer un poco de azúcar moreno y le dio a beber un buen trago de aguardiente.

—Tenemos el estómago vacío. El té y el puñadito de harina de maíz que tomamos junto a la ventana de la cuarentena sólo Dios sabe adónde han ido a parar. Quien duerme no siempre recupera energías, sobre todo después de una marcha como la que acabamos de hacer. Hubiéramos debido encender fuego y cocer un poco de polenta, pero la verdad es que estoy cansado. Esto nos llenará la tripa durante un par de horas, por lo menos.

Angelo no se durmió en seguida. Le dolían los hombros. No había llevado nunca mochila, y estaba extenuado.

Se preguntaba si aquella carretera conduciría a una ciudad y, en caso afirmativo, si eso sería bueno o malo. ¿Habría guarniciones y cuarentenas por todas partes? Los dos viajeros del cabriolé no parecían inquietos. Quizá eran hijos de arzobispo con pasaportes que hacían que los soldados les presentaran armas. Se acordó del cólera seco que había saltado sobre el capitán en pleno campo y lo había desarzonado. No dejaba de haber, pues, cierta igualdad. Lo veía todo negro.

Calculó que desde hacía seis días caminaban a la ventura. No tenía ninguna razón para suponer que esa aldea cerca de Gap estuviera al noroeste del lugar en que ahora se hallaban. Se dijo que la causa de la libertad no tenía nada que ver con esa aldea cerca de Gap. Comprendía muy bien que dadas las circunstancias le era imposible acudir a su cita con Giuseppe, pero lo que más sentía era no tener un caballo. La marcha a pie, y sobre todo la mochila, lo habían llenado de tristeza. No estaba tampoco muy seguro de haberse escapado realmente de la cuarentena de Vaumeilh. Quemar un poco de pólvora en la madera de una puerta no era suficiente para estar seguro de que lo había hecho ni de sí mismo. Pensaba también en Dupuis, que había omitido retirar las pistolas del equipaje y hasta había dejado el sable. Todo eso por seis francos; quizá por nada, por pura indiferencia. Los soldados ni siquiera lo habían cacheado.

«Todo el mundo va a convertirse en funcionario», se dijo, «y yo no veo qué papel puedo representar en una sociedad así.»

Mientras tanto, la luna, casi al término de su caída y a medio sepultar entre las tinieblas del horizonte, deslizaba largos rayos rosados bajo las ramas de las hayas. La joven dama dormía a pierna suelta y daba ligeros suspiros muy simpáticos.

Angelo se acordó de sus cigarritos. Fumó con tanto placer, que encendió un segundo con la colilla del primero.

Si Giuseppe hubiera estado allí, le habría hecho comprender inmediatamente lleno de satisfacción que no era tan tonto como decían. Nadie vigilaba la cuarentena de Vaumeilh. Recogían a la gente y la metían entre cuatro paredes. Se quedaban allí como si los hubieran pegado con cola. No había por qué ocuparse de los detenidos. Se vigilaban a sí mismos. Los más avispados incluso sacaban tajada.

«Me equivoqué», se dijo Angelo; «sencillamente, hubiera debido bajar hasta la reja y decir: "Abran, que me voy." Me habrían contestado: "Nos coge desprevenidos, pero, en efecto, usted no parece ser de aquí." La gente se muere por no tener un poco de iniciativa. Yo no me muero, desde luego, pero hago tres veces más proezas de lo que hace falta. Si Giuseppe estuviera aquí, le diría: "Conozco muy bien lo que me ocurrirá. Con ayuda de la ley me robaréis mi caballo y me haréis llevar mochila." Él montaría en cólera y me contestaría: "No eres tonto, pero, entonces, ¿qué podemos hacer por el pueblo?" Porque él cree no pertenecer al pueblo. Y está orgulloso de ello. Hacen revoluciones para ser duques. Yo también, pero me robarán mi caballo. Lo único cierto es el cólera.»

Desde que caminaban por atajos no habían visto muchos muertos, salvo el arrogante capitán que encontraron en el camino hecho un ovillo con sus galones y sus espuelas, como un niño en el seno de su madre. Pero Angelo se acordaba de Manosque y de sus angustias en los tejados cuando no podía cerrar los ojos sin encontrarse inmediatamente cubierto de pájaros que sabían lo que querían. Recordaba también el calor infernal, las hogueras en que ardían cadáveres y el zumbido de las moscas. A pesar de la frescura de la mañana en aquellos momentos en que estaba a punto de amanecer y del profundo silencio que se extendía por los vastos espacios del bosque dormido, veía mentalmente las agonías y las muertes que debían de continuar asolando los lugares habitados.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

El té estaba hecho y la polenta se cocía sobre un buen fuego cuando la joven dama despertó.

—No se mueva —dijo Angelo—, todavía está muerta de fatiga.

Le dio té, hirviente y muy azucarado.

—He salido a patrullar, a ver qué encontraba —dijo él—, A cincuenta metros de aquí hay una encrucijada de caminos con un indicador según el cual estamos a cinco leguas al este de Saint-Dizier. ¿Recuerda haber pasado por ese sitio en el viaje de que me habló? Parece estar en el camino que hemos de seguir.

—No, de Saint-Dizier no me acuerdo. Pero espere a que me levante, voy a ayudarlo.

—Me ayuda estando acostada. Levántese y dentro de cinco minutos se verá en el ridículo de verse obligada a acostarse de nuevo. Eso no es todo. Inmediatamente después de la encrucijada el camino desciende a un valle y justo en la pendiente, a no más de cien metros del sitio en que nos encontramos, he visto el más hermoso lugarejo que pueda imaginarse, sólo cuatro casas. Y ocurre una cosa extraordinaria; allí la gente hace vida normal. Mientras miraba, una mujer dio de comer a las gallinas. Un hombre se puso a rastrillar un campo, en el que aún se halla. De no ser por el reborde del valle y los árboles, le oiría hablar a su caballo. No me extrañaría que dentro de un rato algunos niños jugaran en la era. Por si acaso, no me he dejado ver, pero una vieja ha puesto una silla al sol, delante de la puerta, se ha sentado y allí está haciendo calceta. Aún hay más: tres hombres por lo menos, bastante viejos, fuman sus pipas y conversan de pie y con las manos en los bolsillos.

—¡Parece increíble!

—Me he fijado sobre todo en las gallinas —dijo Angelo—, Ya verá el panorama dentro de un rato, cuando le permita ensayar qué tal van sus rodillas. Pero créame, quédese acostada y al amor del fuego. Tendremos necesidad de nuestras piernas. Estamos sobre una eminencia desde la que se disfruta el más hermoso paisaje del mundo. Le voy a decir por qué me fijé sobre todo en las gallinas. Ahora que ha bebido su té, quédese tranquila. Le explicaré lo que voy a hacer. Coja sus pistolas y téngalas al alcance de la mano aunque no haya nada inquietante en leguas a la redonda. Voy a comprar una gallina y legumbres. Les pediré que me presten una olla. Vamos a hacer un cocido de gallina. Eso nos pondrá como nuevos. Estamos hambrientos; en todo caso, yo lo estoy.

Las gentes del lugarejo eran muy hospitalarias. Le ofrecieron café a Angelo, pero éste sintió escrúpulos y les habló francamente del cólera y de que era una imprudencia por su parte dejar que entraran extraños en su casa.

—No sería usted el primero que entrara y bebiera en mis boles —dijo la mujer a la que Angelo se había dirigido—. Viaja menos gente por los caminos últimamente a causa de los soldados, pero hasta hace poco había mucho movimiento. Hemos hecho siempre lo que debíamos y nadie se ha muerto por ello. No deje a esa dama en medio del bosque, tráigala aquí. Si se empeñan en quedarse fuera, instálense en la era. Vigilaré mejor la olla que les presto. Vale más que la gallina que me compran.

Angelo regresó al campamento bajo la carrasca para comunicar las buenas noticias a la joven dama. La encontró de pie y ya lista. Tras asearse un poco, se había deshecho el rodete para hacerse trenzas. Ese tocado le daba un aspecto de jovencita. Su rostro, encuadrado de negro, parecía ahora más triangular que nunca.

Angelo y su compañera permanecieron dos días en aquel lugarejo; dormían en la era y comían gallina y patatas asadas al rescoldo. Después de los hartazgos de polenta de los últimos días, nada les sabía mejor que un plato bien sazonado. Sin embargo, Angelo rehusó el pan casero que les ofrecían por poco dinero y el

vino, que sacaban de un tonel y del que, en consecuencia, no se podía estar seguro.

—Debemos hervirlo todo —le dijo a la joven dama—, y comer sólo lo que haya hervido delante de nosotros. Hay que elegir entre conservar la salud, que con tantas penalidades hemos preservado siguiendo caminos excusados, o arriesgarla comiéndonos un pedazo de pan, ante el cual, lo reconozco, también se me hace la boca agua. Como usted, he oído repetir mil veces que ni el cólera ni ninguna otra epidemia se transmite por el pan. Pero cuando se ha pasado por todo lo que hemos pasado nosotros y, sobre todo, se ha hecho una marcha a pie de seis horas, sería una tontería dejarse atrapar por la boca.

Aquella comarca tenía una grandeza majestuosa. Era una meseta suavemente ondulada. Lo que Angelo había llamado valle, donde se hallaban las cuatro casas que constituían el lugarejo, era una depresión del terreno tan poco marcada como el hueco de una mano. La tierra, de un verde amarillento pálido, se extendía hacia el infinito formando ondulaciones como las del oleaje marino entre las cuales, igual que si las arrastrara la marea, se destacaban livianas zarzas, transparentes como la espuma, y las siluetas de los árboles. Estaban de lleno en medio de esos calores otoñales que a veces se resisten a desaparecer. El viento languidecía, pero en esos espacios libres su voz recordaba la del mar incluso en sus más leves suspiros. Una luz ligera doraba el gran circo de montañas que se extendía en derredor siguiendo la línea del horizonte.

Angelo le hizo observar a su compañera que no se oía absolutamente ningún pájaro, cuando de ordinario durante esos veranos de San Martín, los tordos cantan y los alionines enloquecen y salpican de azul el sol. Allí no ocurría nada de eso; el viento frotaba murmurando apaciblemente las tejas de las casas y las ramas desnudas de los árboles. El polvo se levantaba a veces de la landa reseca y animaba la vasta llanura con sus columnas flotantes.

El hombre que vivía en la casa más próxima al camino se les acercó y se sentó junto a ellos en la era. Les explicó que vivía solo.

—¿Cree usted en eso del cólera? —le preguntó a Angelo.

Viejas papadas pendían como fulares alrededor de su cuello desecado. Su rostro estaba endurecido y arrugado como una nuez. No paraba de mover los labios.

Miró las capas con interés.

—Buen género ése, ¿eh, señor? ¿Es de tela escocesa, quizá? ¿Se trata de paño marinero? Conozco Tolón. Fui carpintero de ribera en el arsenal. ¿Dónde diablos fabrican semejante paño? Se acerca el invierno. La gente dice que ahora se muere mucho. ¿De dónde habrán sacado esa idea? Es algo que siempre se ha dicho. Pero lo cierto es que tienen miedo. ¿También usted pone tierra por medio? ¿Qué lleva en las alforjas? Pocas veces se ve un cuero tan fino. ¡Ha pasado más gente por este camino! Era un desfile. ¿Adónde habrán ido? Hace lo menos veinte años que no he puesto los pies en Saint-Dizier. ¿Conoce Saint-Dizier?

—No —dijo Angelo—, y justamente nos gustaría saber si es una población importante y si está en el camino de Gap.

—¿Qué es Gap?

—La comarca a la que nos dirigimos.

—Pues no creo. Saint-Dizier no está en un cruce de caminos. Sólo hay dos: el que entra y el que sale. Nada más. No es el camino de Tolón. Yo me fui por allí, por donde está ese almendro torcido. Era entonces grueso como mi dedo. Salía de un viejo tocón. Me fui por allí un día de verano, a las cuatro de la mañana. Al verlo, me dije: «¿De dónde habrá salido un árbol tan canijo?» Y ya ve cómo ha crecido... Yo era joven. Un buen chiquichaque, carpintero de ribera. He corrido mundo. ¿No tiene usted quince céntimos?

Había arrastrado su trasero por la hierba para aproximarse a las capas y palpar el paño con sus dedos que parecían de hierro.

—Más que nada, para comprar un poco de tabaco. Se ha puesto por las nubes. ¡Cómo cuestan los vicios! Pero, al fin y al cabo, ¿qué? Todos acabaremos cascando. ¿Quién lo duda? Al gordo que venía cada año, en marzo, a comprar los cabritillos, le hubiera usted dado cien años de vida, con aquellas mejillas. La diñó tontamente, como los otros. Hay que ver esta comarca en marzo; verdaderamente, es digna de verse. Tenemos a veces veinte cabritillos. Regateaba hasta por cinco céntimos. Pero cascó. Es ley de vida. ¿Hay alguien que pueda evitarlo? ¡Arreglados estaríamos!

Angelo le dio un cigarrito. Lo partió en dos y se metió en seguida una mitad en la boca.

—Por lo que fuma se ve que es usted rico —dijo—. Es de los de a cinco céntimos la pieza.

Insistió en saber qué había en las alforjas. Miraba codiciosamente el maletín y no cesaba de manosear las capas. Finalmente, se puso tan impertinente que Angelo se disponía a decirle que lo dejara en paz y se largara cuando un hombre salió de la casa que estaba detrás del castaño y llamó al viejo, que se apresuró a obedecer. Angelo y la joven dama comentaron que aquel hombre debía de llevar bastante rato al acecho, vigilando la escena. Hasta era posible que la hubiera organizado...

—Este lugar me parece extraño —dijo la joven dama; no era la primera vez que hacía ese comentario—. Créame, aquí no estamos seguros.

—Aseguran que los soldados no vienen nunca por aquí, y no nos faltan razones para creerlo.

—No me refiero a eso —dijo ella—. Nos observan. Cuando doy la espalda a las casas noto una sensación rara en los hombros, como si me espiaran. Hace un rato me he fijado en un crío que se entretenía azotando las plantas con un palo; pues bien, no lo hacía de manera natural. Yo también me he entretenido azotando las plantas, como todo el mundo. Sé cómo se comporta la gente en esos casos. No mira de reojo, como hacía él. Nos vigilaba.

—Se trata, sencillamente, de que somos forasteros y, por añadidura, tenemos un aspecto muy diferente del de las gentes de Saint-Dizier. Después de las aventuras de estos últimos días, nuestra facha debe de ser impresionante. No había visto nunca unos ojos tan grandes como los suyos.

—Pues voy a contarle lo que me ocurrió esta mañana. Había tenido que meterme detrás de unos matorrales. Al volver me encontré con esa mujer que le vendió la gallina. Aunque se hizo la encontradiza, era evidente que me estaba esperando. «Enséñeme ese anillo», me dijo. Se lo mostré. Y entonces me dijo: «¿Me lo da?» Le contesté que no sin vacilar. No suelo llevar las pistolas cuando tengo que meterme detrás de un matorral, pero no me daba miedo. Y ahora el viejo, y el otro, que lo llamó en el momento oportuno. Y el crío. Y un rostro que acabo de ver en este mismo momento y nos acecha desde detrás del pilar de aquella casa, no mire, a la derecha, y que se ha retirado a toda prisa.

—No me había fijado en ese anillo. ¿Lo ha llevado siempre?

—No, me lo puse ayer por la mañana, cuando usted se fue a explorar el terreno.

—He visto perfectamente al que se oculta detrás del pilar de la casa, que, en efecto, parece estar siguiendo todos nuestros movimientos. Es el joven que sacaba agua del pozo esta mañana. ¿Cuántos son, en total?

—He contado nueve personas: cuatro mujeres y cinco hombres, incluyendo el viejo y el crío. Las mujeres parecen fuertes.

—Si llegamos a las manos, deberán demostrar que también tienen firme el corazón. Me propongo disparar a los cuerpos, no a las piernas. No atacaremos, pero tomaremos precauciones. Recojamos nuestras cosas. ¿No tiene miedo?

—Le rompería con gusto la cabeza a esa mujer que se dio cuenta de mi anillo antes que usted —dijo la joven dama—. Créame, tengo la mano segura, y no lo digo por presumir. Hemos caído entre una partida de esos bandidos de los que nos hablaron.

—No —dijo Angelo—, hemos caído entre gentes honradas que ya no temen a los gendarmes. Lo cual es peor. Le cortarían la cabeza con un cortaplumas aunque tuvieran que pararse y volver a empezar cien veces.

Recogieron sus cosas. Angelo vigilaba las casas con el rabillo del ojo. Le había llenado de regocijo aquel vientecillo de guerra que se había levantado y que le ofrecía la posibilidad de disparar algunos tiros. «Si nuestras sospechas son ciertas, lo sabremos ahora, que estamos liando nuestros bártulos», se decía.

En efecto, se abrió una puerta y un hombre dio algunos pasos rápidos por la era. Llevaba una escopeta en la mano. Las otras puertas se habían abierto también y salían por ellas hombres y mujeres, incluso el viejo. Pero sólo había una escopeta, y antes de que el hombre pudiera echársela a la cara, Angelo le hizo frente, con sus dos pistolas en las manos y bien apuntadas. Todo el mundo quedó clavado donde estaba.

Sólo se oía el murmullo del viento.

Lo que había impresionado y atemorizado a aquellos campesinos, más que las pistolas de Angelo (aunque la joven dama también empuñaba la suya, realmente no la miraban), fue su actitud. Se daban perfecta cuenta de que, en realidad, aquel joven se sentía muy contento; no sólo no estaba a la defensiva, sino que atacaba, y con brío poco común. Tenía el sable debajo del brazo.

—Póngase detrás de mí —le dijo en voz alta a la joven dama.

Y avanzó dos pasos hacia el grupo de campesinos mientras decía:

—Al menor ademán, hágales saltar la tapa de los sesos a esos dos tíos que llevan garrotes, los de mi derecha. Me encargo de los que tengo enfrente. ¡Tú, tira la escopeta! ¡Tirad los garrotes! ¡Y retroceded hasta la pared!

Continuó su marcha hacia ellos, que recularon. Pero no se desprendían de la escopeta ni de los garrotes. De repente, la pistola de la joven dama disparó. El estruendo fue tan extraordinario, que inmediatamente cayeron al suelo escopeta y garrotes y todo el mundo se alineó contra el muro, salvo un hombre que había caído, aunque se levantó y corrió a alinearse junto a los otros. Tenía la mano derecha mordida por los perdigones, que quizá incluso le habían arrancado un dedo. Su sangre caía a chorro sobre la hierba.

—Vuelva a cargar su pistola —dijo fríamente Angelo—; los tengo a mi merced.

Y así era, en efecto, sin dirigir una mirada al hombre herido y sin decir palabra.

«Es indispensable meterles bien en la cabeza...», se decía.

—Ya está —dijo al cabo de un instante la joven dama.

—¿De quién es el caballo que rastrillaba el otro día?

—Es un mulo —dijo el hombre que había salido con la escopeta.

—Aparéjalo y sácalo —dijo Angelo—. Pauline, vigile la maniobra. En tanto no nos hayamos ido, cuando y como queremos, nadie tocará esa mano. Ese tipo sangra como un puerco. ¡Daos prisa!

El hombre volvió a toda prisa con el mulo aparejado, sobre el cual la joven dama cargó el equipaje. Angelo se sentía en la gloria. Por fin podía olvidar el cólera, en el que pensaba sin cesar y que resultaba tan misterioso. Aquellos campesinos no eran más que simples truhanes sorprendidos en una travesura. Desde luego, aún tenían deseos de hacer de las suyas. Era evidente por el disimulo de sus miradas y sus expresiones. Lo del mulo, que no se esperaban, estaba a punto de encender su coraje. Angelo apretaba la culata de sus pistolas con mucha convicción.

«Aquí tengo el remedio, y sé servirme de él», se dijo.

Les hizo un breve discurso:

—Yo no robo —dijo—. Y, sin embargo, ¿quién me lo impediría? Éramos amigos. Os he pagado la gallina, las legumbres y hasta la sal. Le di uno de mis cigarros a vuestro espía. Sois los únicos responsables de lo que acaba de ocurrir. Y si quisiera no sólo llevarme vuestro mulo sin pagarlo, sino mataros a todos, me sería fácil y estaría en mi derecho. Disponemos de cuatro tiros y, como habéis visto, la señora tiene el pulso firme. Y si queréis saber lo que os esperaría después, mirad lo que tengo debajo del brazo. Lo preciso para haceros picadillo, y al menor ademán no me privaré de ese gusto. Os doy treinta francos por el mulo; creo que es un precio razonable. Por lo demás, no estáis en situación de discutirlo. Debo agregar que soy primo del prefecto y, si no quedo contento de vosotros, os mandaré a los soldados. Por eso hacía y hago lo que me da la gana sin que me inquietéis. Voy a agregar diez francos por la escopeta, que me llevo para no correr ningún riesgo. Lo cual hace exactamente dos luises, que os tiraré en cuanto estemos en el camino. Mis pistolas alcanzan perfectamente a quince pasos. Estáis avisados.

La joven dama tomó el mulo de las bridas y la pequeña tropa inició su retirada de una manera magnífica. Nada fue dejado al azar. Angelo marchaba a reculones sin perder de vista a los campesinos, los cuales estaban muy impresionados por el discurso. Nunca les habían hablado durante tanto tiempo mirándolos a los ojos y, al fin y al cabo, con argumentos y razones sensatos. También esperaban ver los dos luises. En el fondo, estaban interesados por muchísimas cosas que no exigían ya arrojarse en los brazos de nadie sin pedir ni dar cuartel. Se preguntaban si sería fácil encontrar las piezas de oro en la hierba, donde sin duda iba a echarlas aquel hombre delgado de ojos de fuego.

Angelo tuvo, naturalmente, la precaución de arrojar las monedas bastante lejos y hacia el lado opuesto a su camino. Al mismo tiempo, hizo correr rápidamente un buen trecho a su tropa para ganar terreno.

—Avancemos por el camino —dijo—. Fíjese, pasa por el centro de la meseta. Por más que traten de esconderse, los veremos desde lejos si quieren seguirnos. Y tenemos la escopeta. Acerquémonos a Saint-Dizier, que parece una población de la que han de desconfiar porque en ella seguramente hay soldados o, por lo menos, hombres a quienes temen: notarios, alguaciles, comerciantes importantes en cuya presencia, esté usted segura, no se atreverán a asesinar. Hemos ganado, en todo caso, un mulo. Se marcha mejor cuando un animal carga con el equipaje. Si se fatiga, podrá ir sentada en las ancas.

Eran las tres de la tarde y el tiempo seguía siendo espléndido. Después de una legua hecha a paso rápido disminuyeron la velocidad. Estaban solos en la meseta.

—Tenemos aún una hora de luz y dos horas de crepúsculo. Lo suficiente para llegar sin apresurarnos a los alrededores de Saint-Dizier. Veremos qué hacemos una vez allí: si huimos o tratamos de entrar en la ciudad tomando precauciones. De todos modos, me parece que aquí el cólera no es tan fuerte.

—No sé —dijo la joven dama—, no acabo de creérmelo. La audacia de esos campesinos parece probar lo contrario.

—La felicito por lo de hace un rato. Volvió a cargar la pistola con una rapidez desconcertante.

—Lo que me proponía era precisamente desconcertar. Por eso no la volví a cargar. Sobre todo, quise hacerles creer que éramos seres maravillosos. Lo cual, a menudo, es más útil que una carga de pólvora. ¿Quién podía imaginar que mentía?

—Ni siquiera yo —dijo Angelo—. Sin embargo, y aunque no me disgusta lo que ha hecho, sería mejor que de ahora en adelante me avisara. En la guerra me gusta ser yo mismo quien trama las mentiras.

Marchaban aún demasiado deprisa para tener una conversación seguida.

Angelo se reprochó haber hablado quizá un poco secamente.

—Los nombres de pila son, en efecto, muy cómodos en caso de necesidad —dijo al cabo de un rato, pero se notaba que lo decía por decir algo.

El sol había desaparecido detrás de las montañas. Caía la tarde. A pesar de las sombras, subsistían aún algunas huellas de lo tibio, lo dorado, lo pacífico, todo lo que había hecho hermoso a aquel día. El camino se paseaba por la meseta. Grandes montañas lilas, hasta entonces ocultas por la luz, subían por todas partes. Las profundidades de los lejanos valles se llenaban de murmullos al menor movimiento del aire.

El mulo era dócil y robusto.

Desde bastante lejos vieron a un hombre que marchaba delante de ellos y al que alcanzaron poco a poco. Era un caminante bien equipado con polainas, mochila y bastón. Llevaba además un sombrero de paja muy bonito, semejante a los que usan los segadores. Al acercarse, vieron que tenía la barba gris, los ojos muy azules y un aspecto muy simpático. Debía de tener unos sesenta años, pero caminaba dando vigorosas zancadas como el judío errante en persona.

—¿Van a Saint-Dizier? —les dijo el hombre tras saludarlos—. Me permito preguntárselo porque parece que llevamos el mismo rumbo y me han contado cosas muy malas de ese lugar.

Según les explicó, aquella población de dos mil a tres mil habitantes había sido diezmada por el contagio de una manera particularmente atroz. Estaba en una hondonada muy malsana, al lado de uno de esos pequeños arroyos que se secan en verano. Como el agua potable escaseaba, Saint-Dizier ya era en tiempos normales un vertedero de basuras. Las letrinas trazaban sobre sus paredes ciertos jeroglíficos que las narices descifraban fácilmente. La gente había muerto como moscas. Al parecer, sólo quedaba una cuarta parte de la población, totalmente embrutecida; tanto, que, según le habían dado a entender, se cometían toda clase de tropelías a plena luz.

—Parece que allí se corre verdadero peligro. Me han recomendado que pase de largo. Al ver a una dama, me he permitido prevenirlos.

Se expresaba con fluidez. Por lo demás, se mantenía muy discretamente al otro lado del camino. Angelo juzgó que era un hombre valiente y lo clasificó en la categoría de los misántropos clarividentes.

—Acabamos de tener —le dijo— un anticipo de lo que puede ocurrir allí.

Y le contó la aventura del caserío.

—No me extraña —dijo el hombre—. Sin su sangre fría y las pistolas, esté seguro de que se hubieran quedado allí. Soy de su opinión en lo que respecta a lo que son capaces de hacer las gentes honradas cuando pierden el miedo a delinquir. Parece que en tiempos normales aquí son muy hospitalarios. Es muy posible. Claro que a veces me pregunto si los tiempos normales no serán estos que vivimos ahora. Conocí a un mono que se había acostumbrado a fumar en pipa. Gracias al látigo se pueden conseguir muchas cosas, incluso que las personas violentas se vuelvan inofensivas.

—Perdone la indiscreción —dijo Angelo—, pero ¿viene usted de lejos?

—No veo la indiscreción —dijo el hombre—. ¿Qué hacemos, ustedes y yo, por los caminos? No hay necesidad de preguntarlo, pues es evidente: ponemos pies en polvorosa. Y en esos casos forzosamente se viene de lejos. Hace más de dos meses que eché a andar. Vengo de Marsella.

Era toda una expedición. Había dejado la ciudad a fines de agosto, cuando con más furia la azotaba la enfermedad. Cada día morían de ochocientas a novecientas personas por encima de lo normal. Los precios se habían puesto por las nubes. Como en todas partes, los cuervos, sepultureros y hasta enfermeros habían sido reclutados en las prisiones. Se podía morir de muchas cosas, además del cólera. Se fusilaba a los saqueadores. Era muy fácil ser acusado de saqueador. Las gentes sensatas y honradas mataban cada día a siete u ocho envenenadores de fuentes. Algunas personas fueron vistas espolvoreando el umbral de sus casas y hasta los escaparates de sus tiendas con un polvo verde. Les ajustaron las cuentas en menos que canta un gallo. El número de mujeres de mala vida que vendían ostensiblemente sus encantos en el paseo Belsunce aumentaba al mismo tiempo que el número de muertes. Era tal la proliferación de mujeres de todas clases acicaladas con polvo de arroz, que, por ilógico que parezca, se diría que se había apoderado de todo el mundo un frenesí irresistible. No cuesta nada decirse: «¡Que sea lo que Dios quiera!» En fin, que las ciudades, y Marsella en particular, que no son para niños de coro, con el cólera no habían hecho sino crecer y embellecerse. Los supervivientes no sólo se entregaban con fruición a la ración de infamias y bajezas que les correspondía, sino que parecían empeñados en llevar a cabo las que no podía realizar los muertos.

Aquel hombre era clarinete solista en la Ópera marsellesa. Explicó que se había pasado dos meses muerto de miedo y castañeteando los dientes por la menor tontería. Como todo el mundo, las había pasado canutas. ¡Ahí es nada vivir en calles llenas de casas en las que se muere en todos los pisos! La gente busca hasta los agujeros de las ratas para salvarse del contagio. Uno se sorprende tratando de distender los músculos de las piernas como los de una langosta, tantas son las ansias que se tienen de saltar hacia esa

pequeña banda de cielo libre que está encima de las calles. Eso es exactamente lo que ocurre, les dijo, la gente se muere de ansiedad, se muere de ansiedad de lo que sea. Por lo demás, hacía el tiempo más bonancible, más bonanciblemente bochornoso, que quepa imaginar, el más suntuoso, el más magnífico, con paños de oro, lapislázulis y rubíes en la más pequeña onda de mar.

Evidentemente, la Ópera había cerrado sus puertas; cada cual representaba dentro de sí mismo una ópera mucho más extraña. El clarinete, después de muchos días de vagar sin rumbo fijo por aquella ciudad que parecía pudrirse, había acabado por preguntarse qué diablos hacía allí. Por último, un dolor brutal en pleno vientre, un vulgar cólico, le decidió a marcharse. Se había tirado en su cama llorando, gimiendo, gritando. También gritaban al otro lado del patio al que daba la ventana de su cuarto. Al cabo, se dio cuenta de que, de tanto gritar, ya no le dolía. Por el contrario, seguían gritando al otro lado del patio, y hasta lanzaban esa especie de llamada ronca, bastante parecida al rugido de los cachorros de león, característica de la agonía de los coléricos. Eso lo curó del todo. Se levantó en buena forma y con diez veces más fuerzas que antes. Comprendió que el cólera podía *inventarse*, que eso era lo que estaba haciendo, y que más valía que se fuera a buscar por los caminos la posibilidad de inventarse algo que diera menos miedo. Un soltero tiene infinidad de derechos. La cuestión de los certificados de buena salud no le preocupaba. En ningún momento tuvo la intención de hacer largas colas en la alcaldía con los fugitivos oficiales, muchos de los cuales morían durante la espera. Se dirigió a los barrios obreros, donde la gente moría como moscas, y por lo que, por lo tanto, pudo pasar libre como el aire.

—Quiero hacerle observar una cosa —dijo el hombre—. Me ha hablado de asesinatos hace un rato. Sólo hay asesinos en los lugares tranquilos. Donde se está más seguro de no ser asesinado es en una habitación donde acaba de cometerse un crimen. Cuanto más caliente esté la víctima, menos riesgo se corre. Hay que buscar a las víctimas para que sirvan de protección.

Dijo que luego había subido a través de los bosques de pinos por Saint-Henri-les-Aygalades sin hallar ni gendarmes ni controles. En las estrechas callejuelas, entre las casas y los jardines, tenía que pasar por encima de los muertos. Mucha gente moría también en las posadas de Septêmes. Por allí se pasaba igual que las cartas enviadas por correo: en todas las direcciones. Ninguna fiscalización. Nadie. Nada más que gentes libres. Si quiere morirse, muérase; si quiere pasar, pase. No encontró dificultades hasta Aix, donde tuvo que desviarse a la derecha por Palette en dirección a Sainte-Victoire. Pero el camino es hermoso en verano. A pie se pasa por donde se quiere. En las secas colinas los muertos no huelen mal; si huelen, huelen al tomillo o a la ajedrea en que están acostados, siempre en posturas muy nobles, por haber muerto delante de grandes paisajes. La vista de los horizontes libres, generalmente de un suave azul, concede a los músculos una fluidez que los hace desanudarse después de la muerte. Había advertido que en los pinares, donde el olor de la resina se une al sol para formar una atmósfera de horno, los cadáveres que encontró (uno de los cuales era el de un guarda forestal) tenían sobre todo el mal del siglo: cierto abandono, cierta melancólica actitud, trazas de estar hartos, una especie de rechazo de la compañía humana. Los bosques que hay más arriba de Palette, cuando uno se aproxima a los contrafuertes rocosos de Sainte-Victoire, dominan el amontonamiento de colinas y el encaballamiento de pequeñas llanuras, valles, bosquecillos, eriales y acueductos más romanos que quepa imaginar. Uno no puede menos que pensar en los gansos del Capitolio, y en los cimbros, envueltos en las brumas nórdicas como las orugas procesionarias en sus nidos de algodón. Un agonizante, sobre todo de cólera y sacudido por las descargas eléctricas del dolor, no ve ya el presente, sino el pasado y el porvenir con todo detalle, durante muchos y largos minutos. Lo que hace que en su rostro aparezca un rictus o una sonrisa, según los caracteres.

Hablaba con placer mientras marchaba. No había tenido compañía desde hacía dos meses, sólo acompañantes de circunstancias con los que era indispensable, sobre todo, no decir nunca lo que se pensaba. La muerte no es todo; acababa de darse cuenta. Sentía un gran placer al ver por fin a dos jóvenes tan bien plantados y que acababan de derrotar a un caserío. Les dijo que le hicieran callar si su charla los aburría.

Angelo le aseguró que no. «Me gusta esa manera de hablar», se decía. «Todas esas frases dicen algo. Eso es de mi país. ¡Qué importa la verdad! ¡Italia, madre de las artes, sólo te falta la libertad! Se parece a Felice Orsini, que tiene mi edad, pero lleva barba y tiene aspecto de viejo.»

—Si me excuso, es sobre todo por la señora —dijo el hombre—. A las damas les gusta que les doren la píldora. Soy un egoísta; es lo único que sé hacer bien. En realidad, tengo más miedos que males; de no ser por ello, no hablaría tanto.

—No se preocupe por mí —dijo la joven dama—. Soy todavía más egoísta que usted. Lleno volúmenes de historia de Francia con mis propias aventuras, hasta cuando duermo en un sillón. Así que ya puede imaginarse con qué gusto lo escucho.

El día había sido tan hermoso, que la noche caía con una lentitud infinita. Los reflejos de la luz bermeja, tendidos sobre las duras hierbas de la meseta, parecían levantarse con pesar y remoloneaban antes de desaparecer. Se los veía preparar con desgana el lento salto que debía conducirlos al cielo. Se estiraban hasta parecerse a esas hebras doradas que ciertas arañas sueltan al viento, y antes de desaparecer se enrollaban por última vez en las ramas desnudas de los árboles, de donde, una por una, las sombras todavía ardientes las arrancaban con precaución. El oeste suspiraba de pesar.

Aquel hombre parecía haberse habituado a correr por los caminos. Había llenado una pequeña pipa de barro y fumaba sin disminuir el ritmo de su marcha. Paseaba largas miradas sobre el paisaje y parecía capaz de utilizarlo todo en provecho propio.

Angelo le preguntó si tenía idea de la dirección que debían seguir para ir a Gap.

—Tengo algo mejor que una idea —dijo—, tengo un mapa.

Se detuvieron dos minutos para mirarlo. La luz era demasiado escasa para comprender bien el itinerario. En todo caso, había que pasar por Saint-Dizier, luego por Les Laures y por último por Savournon. Después, a juzgar por la distancia que aún quedaba por recorrer, sólo había que preguntar dónde estaba Gap.

—Por lo demás —dijo el hombre—, al llegar allí estarán en plena montaña.

Según se decía, la mosca del cólera sólo volaba hasta cierta altura. Las gentes se refugiaban más allá de esa altura cuando podían. Él también trataba de hacerlo. Pero no iba a Gap, pues había montañas más próximas. Buscaría una aldea lo más pequeña posible; si podía ser de dos o tres casas, mejor. Esperaría allí que todo acabara para volver a bajar. Podía vivir sólo de leche. Tenía algo de dinero. Era capaz de pasarse sin fumar y no creía que ello le agriara demasiado el carácter. La gente de la montaña, por lo demás, hace poco caso de los caracteres agrios; incluso los tiene por una manifestación de fortaleza de ánimo. Es preciso hacer siempre todo lo posible para no morir.

También él había tenido sus más y sus menos con los soldados.

En contadas ocasiones, sin embargo. Aunque nunca es agradable ser detenido. Le piden a uno infinidad de documentos. Al principio, uno se pregunta cómo va a salir de apuros. Nunca se tiene la documentación exigida, desde luego. Al final, con la práctica uno se escurre. Sin embargo, había estado ocho días en una cuarentena del Alto Var porque tras rodear Sainte-Victoire fue a parar a esa comarca. Tenía entendido que estaba casi desierta, y pensó que allí estaría tranquilo, pero la realidad fue completamente distinta. Cuando la gente corre peligro de morirse de repente, le entra la afición por las comarcas solitarias, y el Alto Var resultó estar muy poblado. Todo el mundo había tenido la misma idea, y la mosca había sido del mismo parecer que todo el mundo. Encontró caminos sembrados de muertos. Contó siete atravesados en la calzada en menos de una legua. Se decidió por los senderos y anduvo por colinas y campos. Se perdió. Llegó a los aledaños de una pequeña ciudad y fue aprehendido por los soldados.

Los soldados no son mejores ni peores que el resto de la gente. En el fondo, detestan la muerte. ¡Es natural! Pero llevan uniforme.

Entonces dijo algunas frases que hicieron enrojecer a Angelo. «Si no fuera un hombre de poco ánimo, por más que camine a buen paso, le diría unas cuantas cosas», se dijo. «Pero no se cree ni la mitad de las cosas que dice. En realidad, sigue muerto de miedo. Su ironía viene de eso. A pesar de su miedo, ha hecho casi cien leguas a pie, por este terreno malsano que, hasta ahora, yo he cruzado a caballo.» Olvidaba, muy generosamente, los tejados de Manosque y sus andanzas con la monja.

—Así pues, aquel hombre había sido encerrado en la cuarentena de Rians.

—¿Cuándo? —le preguntó la joven dama.

—A primeros de septiembre.

—¿Llegó a Rians por la carretera de Vauvenargues?

—Pasé por Vauvenargues, pero no por la carretera. En un lugarejo que se llama Claps, donde había tres casas y una fuente debajo de una encina, me encontré con un espectáculo muy desagradable. Había allí cuatro o cinco cadáveres, no los conté, cuyo aspecto me llenó de repugnancia. Hacía calor y debían de estar durmiendo a pierna suelta desde hacía por lo menos dos días sin preocuparse del sol ni de los zorros que se habían sentido atraídos por ellos. Allí fue donde me metí en el bosque.

—Conozco muy bien la zona de Claps —dijo ella—. Tomó usted por los bosques de la Gardiole.

—No pregunté el nombre de los bosques. Sólo quería alejarme lo más rápidamente posible. El bosque es hermoso. De pinos. Me puse a silbar una cancioncilla y me perdí entre los árboles la mar de contento. Lo esencial era tener ante los ojos algo que me hiciera olvidar lo que acababa de ver en Claps.

—¿Encontró a alguien que le dijera que pasaba cerca del castillo de La Valette?

—No encontré a nadie, que era exactamente lo que quería. Aunque vi un castillo. La casa principal estaba cerrada. Los gallos cantaban un poco más lejos junto a un edificio que parecía habitado. No me

acerqué a ver. Sólo puedo decir una cosa: no había ni un gato. Los gallos y nada más. Pero, habitualmente, cuando cantan los gallos es porque la gente está viva.

«A veces sólo hay muertos», se dijo Angelo. Pero no consiguió recordar si los gallos cantaban en aquella aldea devastada por completo donde se encontró con el cólera por primera vez.

—Salí de allí en julio —dijo la joven dama—. Yo cerré las ventanas del castillo. Una sirvienta había muerto bruscamente luego de comer melón. Ha visto usted La Valette del lado sur; al norte hay un pequeño caserío, no más importante que Claps, en el que al siguiente día murieron tres personas. Me había quedado sola. Fui a refugiarme en casa de mis tías, en Manosque, de donde venimos el señor y yo.

—Ha hecho bien marchándose de ambos lugares —dijo el hombre—. Lo mejor sería irse de todas partes. Ahí está la dificultad. Por eso recorro los caminos fumando mi pipa.

Contó algunos horrores de la cuarentena de Rians a la que el sol, que evocaba en su relato, daba un insoportable color rojizo.

—Se tiende a asociar el sol a la idea de alegría y de salud —siguió diciendo el hombre—. Cuando en la realidad lo vemos comportarse como un ácido en carnes semejantes a las nuestras, y por lo tanto sagradas, con el simple pretexto de que están muertas, de pronto nos hacemos una idea muy cabal de lo que es la muerte, una idea que resulta muy desagradable tener. Y además nos hacemos nuevas ideas sobre el sol y sobre el color dorado que comunica a todo y que tanto nos satisface. El cielo azul es decididamente hermoso. Un rostro azul causa una impresión extraña, se lo garantizo. Sin embargo, poco más o menos, es el mismo azul. En todo caso, es de lo más parecido al azul que duerme en la profundidad de los mares. En una cantera de sábulo donde me metí para refugiarme de una tormenta, encontré cadáveres secos, incorruptos, dorados de la cabeza a los pies. Era horroroso.

Había descubierto un comportamiento del egoísmo muy curioso.

—El egoísta ama a todo el mundo. Lo hace incluso con glotonería. Me ocurre a mí, lo reconozco, y creo que le ocurre a cada quisque. Ahora el egoísta va a los desiertos. Como los santos. Pero cuando uno está solo, se descubre a sí mismo. Y se vuelve goloso de sí mismo. ¿Qué ocurrirá después? De eso se derivan excesos y vilezas de las que más vale no hablar.

Caminaron un rato en silencio. Poco a poco la noche se les había echado encima, negra y casi sin estrellas. Vieron delante de ellos el revoloteo de resplandores rojos. El camino comenzó a descender. En un valle dos grandes hogueras estaban encendidas sobre una especie de alfombra verde manzana que debía de ser una pradera. Las llamas alumbraban los cercanos muros de una pequeña ciudad.

—Ahí está Saint-Dizier —dijo el hombre—. Me han dicho que allí tienen debates íntimos en los que vale más no inmiscuirse. Pero veo que eso es la consecuencia de ciertos debates más íntimos aún con la mosca.

—Conozco esas hogueras —dijo Angelo—. Si están aún en la etapa de quemar a los muertos, quiere decir que no hemos adelantado un paso desde Manosque, donde ese olor a grasa quemada hizo que le cogiera un asco a la carne asada que creo que me ha de durar toda la vida.

La joven dama se había tapado los ojos con las manos.

—Están asando cristiano podrido —dijo el hombre—. Confieso que es un espectáculo más bien regocijante cuando se sabe a qué grado de envilecimiento han llegado en esta ciudad a causa del miedo. Es de suponer que estaban particularmente dotados para eso. ¿Quién hubiera sospechado que en esta pequeña población montañesa le hacían la competencia a Sodoma y Gomorra? ¿Quién, salvo la mosca? Tengo la impresión de que ésta debe de divertirse allí con ganas. Si no se atreve usted, señora, a mirar de frente este espectáculo, creo que lo mejor sería que se sacara los ojos. Eso le evitaría la molestia de llevar las manos a la cara. Porque cuando se acabe el cólera, seguirá habiendo espejos a los que enfrentarse.

A pesar de su amor por la libertad, Angelo estaba a punto de montar en cólera. Pero también era de esos que ven corrupción por todas partes.

La joven dama dejó caer las manos. Su rostro sólo era visible cuando lo iluminaban los reflejos muy delicados y amablemente rosados, de las llamas lejanas. Al iluminarla esos resplandores, sin duda engañosos y en todo caso muy turbios, parecía desconcertada, preocupada, como sorprendida cometiendo alguna infracción.

Al aproximarse vieron en las sombras la mole de la ciudad. Era, sin duda, la cabecera de aquella comarca: tenía las murallas ventrudas de una aglomeración importante. Al ser más negra que la noche, por encima de la corona de sus tejados se distinguían dos campanarios macizos como cuernos de novillo.

De seguir el camino, tenían que atravesar la ciudad. Angelo se negó.

—No nos hemos ido de Manosque, donde ya no quemaban a los muertos, para meternos en este lugar, en el que aún se ven obligados a hacerlo.

—Para mí, que voy sin rumbo fijo y estoy prevenido, es cosa de niños —dijo el hombre—. Supongo que

me veré obligado a atravesar los huertos. Si hay que saltar vallas y cercas, a pie es fácil; pero ustedes, con su mulo, encontrarán muchos obstáculos. Pero el problema, según me han dicho, es que aquí el cólera es lo que menos cuenta. Los muertos están muertos, los queman, y en paz. La gente se ha curado de su miedo, que al parecer era cerval, al darse cuenta de que con la enfermedad se podía hacer negocio, que ofrecía la posibilidad de ganar dinero fácilmente y darse buena vida. Para todo eso hacen falta clientes; lo cual significa que cuando alguien intenta evitar la ciudad, sus habitantes se sienten como si les quitaran el pan de la boca. ¡Y bien sabe Dios lo abyectos que pueden ser en estos casos! ¿Quiere mi opinión? Hay que pasar junto a las hogueras; seguro que por ese lado no vigilan. Si están emboscados, es en la sombra. Y seguro que tienen el convencimiento de que todo el mundo se aleja instintivamente de esa cocina que, en efecto, no huele nada bien. Tapémonos las narices y pasemos por allí. Los muertos, y asados, por añadidura, no pueden hacerle mal a nadie. Mientras que los vivos están llenos de ocurrencias, y, particularmente, la de meter a hombres y mujeres en cuarentenas distintas.

Angelo se detuvo un minuto para cargar la pistola de la joven dama. Ella lo dejó hacer. Le devolvió el arma sin decir palabra. Quería ser perfecto, y era muy difícil.

El caminante parecía estar en lo cierto. Se acercaron a las hogueras, que parecían arder solas, sin encontrarse con nadie ni ver otra cosa que los prados, ahora más verdes a causa del resplandor rojo de las llamas. Hallaron un camino de tierra por el cual el mulo marchaba fácilmente mientras enderezaba las orejas hacia el humo craso que rodaba a ras de la hierba.

Aunque Angelo llevaba en la mano su sable, se sentía ridículo. «Sin embargo», se dijo, «un sable desnudo, y con el que golpearé sin vacilar, impresionará mucho más a estas gentes miserables que una pistola. Ya que apretar el gatillo es fácil, cosa que saben porque son muy capaces de realizar esa mínima hazaña que permite matar a un hombre sin tener necesidad de ser valiente. Lo cierto es que ahora tampoco yo estoy lleno de valor. Por eso me siento ridículo con este cortaplumas en la mano. Pero que llegue el peligro, entonces será un sable, y sé que con una de estas herramientas puedo meter mucho miedo.»

Distrajo así su atención del olor nauseabundo de las hogueras. Con este mismo método se libraba a menudo, sin saberlo, de náuseas mucho más corrientes.

Por fin, luego de haber errado durante un tiempo por la maraña de caminos, a veces hundidos entre los campos, que comunicaban los arrabales de la población, llegaron a un caminito duro que escalaba las cuestas arboladas que había detrás de Saint-Dizier.

Pronto entraron en un bosque de abetos bastante espaciados que ronroneaba como un gato. La luna se levantaba en un cielo nublado a medias.

—De aquí a media hora saldrá de entre las nubes —dijo el hombre— y se verá como en pleno día. Hemos pasado en buen momento por el punto más conflictivo. Confieso que su sable me reconfortó. Cuando caminábamos a la luz de las hogueras, lo miraba, y, créame, me sentía en plena representación de una ópera. A cada instante esperaba que se pusiera usted a cantar el aria, y no tuve miedo. Le aseguro que tenía plena confianza en usted y estaba convencido de que, llegado el caso, habría sabido servirse de su utensilio. Pero, en fin, el peligro ha pasado. Las situaciones peligrosas me cortan de tal modo el aliento, que, cuando las dejo atrás, debo ponerme a charlar. Respiro hondo así. Por lo demás, aquí nos separamos. No voy a Gap. Y este camino que siguen ustedes me desvía del mío.

Angelo y la joven dama se despidieron de él de un modo más bien frío. Cogió un sendero y se perdió en el interior del bosque. Parecía estar en su elemento.

—Creo que por hoy hemos caminado bastante —dijo Angelo—. Nunca la hubiera creído tan resistente. Pero no exageremos. Deberemos hacer otro tanto mañana. Esta comarca me gusta cada vez menos. Quiero salir de ella lo más rápidamente posible. Marcha usted como un soldado de infantería. Pero dentro de poco no será ya su cabeza la que gobernará, sino sus rodillas, sus tobillos, sus caderas, cosas con las que no se razona. Si abusa usted de sus fuerzas, se caerá como un saco y luego no podrá dar un paso. Y es probable que de nuevo nos veamos obligados a forzar la marcha al encontrarnos con gentes que queman a sus muertos.

Siguió hablándose en este tono, no sin cierta ternura. «Si no soy persuasivo», se decía, «se empecinará en seguir adelante, y acabaré clavado tontamente al lado de una mujer que no podrá dar un paso y a la que tendré que proteger contra viento y marea. ¡Vaya panorama!»

—Estoy cansada, en efecto —dijo ella—. Y desde que el camino sube arrastro los pies. Ha sido usted muy amable haciendo como que no lo veía, pero, dentro de cinco minutos, iba a verme obligada a decirle que no estoy del todo a la altura de las circunstancias.

—Nadie puede hacer más de lo que le permiten sus fuerzas físicas. No hay por qué avergonzarse de ello. Yo también estoy cansado.

—Nada podía decirme usted que me tranquilizara más. Sentí que me abandonaban todas mis fuerzas cuando vi a nuestro compañero meterse en aquel sendero tan alegremente como si acabara de saltar de la cama. Y ha caminado tanto como nosotros.

—No habrá ido muy lejos —dijo Angelo—. Le apuesto lo que quiera a que no ha hecho más que bajar al valle para dormir. Sé cómo se comporta esa clase de personas, sobre todo cuando se dejan barba. Es su manera de decir que no se volverán atrás ante nada. Sólo son ellos mismos cuando están solos. No ha seguido. Está buscando un rincón donde acostarse.

La luna iba desprendiéndose de las nubes aborregadas que subían del sur. Su lechosa claridad daba una vaporosa levedad a la arquitectura teatral de las hayas entre las que marchaban entonces.

Angelo y la joven dama dejaron el camino y entraron en el bosque. El suelo blando estaba cubierto de crujientes hojas. Se decidieron, en el borde del valle, por un haya grande, bajo la cual se cobijaron. A la altura de los ojos tenían un gran trozo de cielo que parecía coagulado; los bordes de las nubes brillaban como si fueran de sal; abajo, en el horizonte de montañas negras, lucían algunas estrellas, veladas y confidenciales; del valle arbolado que se ahuecaba a sus pies emergían altas ramas, heladas de luna, como de un bosque sumergido que surgiera de un lago que se hubiera secado. El aire estaba tibio y en calma. Únicamente, en el cielo, la lenta ascensión de las nubes animaba la noche y hacía abrirse y cerrarse en los bosques un abanico de sombras y luces. Angelo hizo el campamento al pie del haya, donde la hojarasca muerta era espesa y estaba tibia. Trabó el mulo, que se puso enseguida a dormir en pie y luego, al ver que iban a quedarse allí, se acostó apaciblemente sin hacerse de rogar.

—Procure dormir —dijo Angelo.

Volvió a recordarle con toda naturalidad que se quitara los calzones de cuero.

Bajo los fuegos giratorios de la luna el bosque se llenaba de sombras y de misterio y luego, entre sus ramas blancas, abría perspectivas en que los árboles, desnudos de hojas, adoptaban posturas patéticas. Por el lado de Saint-Dizier, oculta tras la montaña, el cielo se llenaba a veces de resplandores rosados.

—¿Se fijó —dijo la joven dama— en que el hombre que acaba de dejarnos no se aproximó nunca a nosotros durante la marcha que hicimos con él, sino que se mantuvo siempre al otro lado del camino?

—Me ha parecido muy natural su conducta —dijo Angelo—.

Actualmente es preferible mantenerse alejados los unos de los otros. Todo el mundo teme la muerte que puede anidar en las ropas de los caminantes con los que se encuentra. Si se hubiera mostrado demasiado familiar con nosotros, le habría hecho ciertas reflexiones en voz alta y él habría vuelto a su lugar.

—Sin embargo, hace ya seis días que usted y yo viajamos juntos —dijo la joven dama—. No he visto en ningún momento que le repugnara aproximarse a mí. Y duermo en su capa.

—Es natural. ¿Qué debo temer?

—La muerte, que puede anidar en mis faldas igual que en las ropas de cualquier caminante.

Angelo no respondió. Ella le preguntó si dormía.

—Sí —dijo él—, empezaba a adormiscarme.

—¿Así, tranquilamente, a mi lado?

—Desde luego.

—¿Sin temer la muerte que podría contagiarle igual que cualquier otra persona?

—No, no igual que cualquier otra persona. Excúseme —agregó—, acabo de contestar dormido. No es lo que quería decir. Lo que quería decir es que usted y yo somos camaradas y nada debemos temer el uno del otro, sino todo lo contrario, pues nos protegemos mutuamente. Seguimos el mismo camino. Nos esforzamos por no coger la enfermedad; pero si usted la cogiera, ¿se imagina que yo saldría de estampía?

Ella no contestó y casi enseguida dejó oír los suspiros de un sueño profundo.

La noche estaba llena de una gran paz inmóvil, salvo en el cielo, por el que las nubes se desplazaban sin ruido. Pero ese mismo movimiento potente, lento, regular, aumentaba la serenidad del silencio. Las narices del mulo hacían un ruido seco y fuerte; los musgaños, en sus carreras, estrujaban las hojas secas; de vez en cuando, alguna gruesa rama se estiraba gimiendo. Un leve rumor, semejante al que sale de los pozos profundos, ocupaba todo el espacio.

En lo hondo del valle un alucón se puso a cantar. Luego dijo una frase compuesta. No era un alucón, sino un clarinete, con el que alguien tocaba apaciblemente una música tierna y triste.

«No ha ido muy lejos», se dijo Angelo. «Ha charlado mucho con nosotros, pero no ha dicho nada de lo que quería decir realmente. Es lo que hacemos todos. Lo que deseaba de verdad era estar solo.»

Los arrullos un poco ridículos del clarinete se exaltaban en el énfasis de los ecos, del blanco decorado de los árboles, de las ceremonias apenas iniciadas que las hayas no acababan de redondear, bajo la luna, con lentos y nobles movimientos.

—Son danzas alemanas de Mozart —dijo la joven dama.

—La creía dormida.

—No dormía, sólo había cerrado los ojos para gozar de esta paz.

El día se levantó bajo un cielo sucio y sombrío.

—Debemos largarnos enseguida —dijo Angelo— y buscar un abrigo. Va a llover.

Hicieron hervir el té a toda prisa animando el fuego con las hojas muertas de las hayas, que se encendían vivamente. Comieron harina de maíz sin gran apetito.

—Tengo sed de agua fría —dijo la joven dama—. Este tiempo que amenaza lluvia me calma.

—La enfermedad tiene predilección por los organismos fatigados y que tienen frío. Es penoso caminar bajo la lluvia y vamos a pasar por alturas donde si el cielo está encapotado hará frío, sobre todo llevando las ropas mojadas. Tengo miedo de las casas, pero la lluvia quizá me asusta aún más a causa de usted. Ya lo decidiremos según cómo vayan las cosas. Pero ahora lo importante es emprender la marcha. Podemos tener la suerte de encontrar una cabaña en este camino forestal, o una gruta, lo que sería mejor. Yo también tengo mucha sed de agua fría. Sueño tanto con bebidas malsanas, que oigo correr fuentes en cuanto cierro los ojos. Pero recordemos que es preciso vivir.

Marcharon por montes boscosos bajo un cielo cada vez más encapotado, lleno de gestos amenazadores. Las tibias rachas de viento olían a agua. En el follaje repiqueteaban breves y rápidas ráfagas de lluvia, como si por allí corrieran ratas. Desde la cima de un altozano contemplaron la parte superior del gran bosque que atravesaban. Parecía estar forrado de piel de oveja. Cubría una región corcovada, de un azul sombrío, poco prometedora. Los árboles se regocijaban egoístamente con la lluvia próxima.

Esas vastas extensiones vegetales, que llevaban una vida bien organizada y perfectamente indiferente a todo lo que no fuera su interés inmediato, eran tan espantosas como el cólera.

Allí no había cuervos. Vieron un halcón, que no buscaba precisamente cadáveres.

Por fortuna, el camino estaba bien trazado. Sin ser una carretera, resultaba placentero para el mulo; y, sobre todo, era evidente que lo cuidaban. Tenía seguramente una razón de ser y debía conducir a sitios habitados, pero, en todo caso, muy alejados. Angelo y la joven dama apretaron el paso sin ver otra cosa que árboles y claros durante toda la mañana. Las nubes habían acabado resolviéndose en una fina llovizna que apenas mojaba bajo los pinos pero que lo llenaba todo con un ruido de mar dormido. Aquello resultaba tan monótono, que a Angelo le encantó empezar a oír el lejano retumbar del trueno. Prefería que la tormenta se precipitara. Por fin, al franquear el último talud de una cresta, vieron al mismo tiempo el negro trabajo del cielo y, a un cuarto de legua más o menos y delante de ellos, la mancha rojiza de un claro del bosque y la fachada de una gran casa.

La tormenta de otoño, indolente pero brutal, descargó dos o tres grandes aguaceros en los pequeños valles vecinos. Apretadas cortinas de lluvia empezaron a caer en los bosques circundantes. El ruido hizo enderezar las orejas del mulo, que avivó su marcha. La joven dama se asió a la correa del animal. Corrieron. El chaparrón los alcanzó. Pudieron, con todo, darse cuenta de que atravesaban una especie de parque antes de refugiarse debajo del tejadillo de la gran puerta de la casa.

—Séquese rápidamente los cabellos —dijo Angelo—, Que no se enfríe su cabeza. Hemos llegado a tiempo.

Después de un flojo relámpago y de un trueno cuyos ecos retumbaron por todas partes, la lluvia se precipitó con violencia. Aquella enorme casa desierta y que sólo servía de tambor a la lluvia aumentaba el sentimiento de soledad.

—Es un sitio curioso —dijo Angelo—, Han recortado los bojes y han alineado los árboles, y eso desde hace más de cien años, a juzgar por el grosor del tronco de esos arces que forman la avenida. ¿Qué hace aquí, en los bosques, este cuartel? ¿No huele a azufre?

—Sí. Pero si tenía la intención de asustarme, ha errado el golpe. No pienso en el Diablo. Recuerdo este olor a huevos podridos. Me despertó, cuando iba en mi coche, la primera vez que pasé por esta comarca. Hay por aquí, según mi marido, cuatro o cinco aldeas con fuentes sulfurosas que se aprovechan con fines medicinales. Este cuartel como dice usted, debe de ser, simplemente, una especie de balneario que abre en verano, en la época de los baños.

—Sólo he pensado vagamente en el Diablo —dijo Angelo—, y eso porque vale más pensar en él que en nada. Así pues, estamos en la buena dirección, si usted recuerda haber olido este olor cuando se dirigía a Gap.

—Si estamos cerca de una de esas aldeas, no nos quedan más de diez o doce leguas para llegar a Gap, de donde Théus dista otras tres leguas. Recuerdo, en efecto, que atravesamos bosques. Pero era de noche. Iba en coche y sin preocupaciones. No podía imaginarme que algún día pasaría por aquí a pie y trataría de

recordar el camino.

Para tranquilidad de su conciencia, Angelo llamó a la gran puerta contra la que se resguardaban. Los golpes retumbaron en corredores vacíos. La lluvia lo dominaba todo. El espesor de las nubes anticipaba el crepúsculo.

—Tenemos que entrar —dijo Angelo—, encender fuego en una chimenea y pasar la noche abrigados. Quédese aquí. Voy a dar la vuelta a la casa a lo largo de las paredes. Debe de haber alguna puerta más fácil de forzar que ésta.

Halló una, en efecto, que daba a un cuarto trastero donde desalbardaron el mulo. La caballeriza estaba detrás y se podía entrar en ella libremente. Recogiendo lo que quedaba en los comederos pudieron juntar bastante avena y heno seco para la bestia.

—Esto parece demasiado fácil para que no intentemos ir más lejos —dijo la joven dama—, ¿Qué me dice?

—A condición de tener nuestras pistolas a mano.

Angelo escuchaba con gran alegría cualquier ruido sospechoso que resonara en aquella casa desierta y exageraba lo que pudieran tener de extraño.

Tres escalones los condujeron a un corredor. Era largo y terminaba en una puerta vidriera llena de fantasmagorías. A los lados había diversas dependencias y una gran cocina semejante a una cámara de tortura con sus asadores, sus escurreplatos, sus fregaderos y su olor a grasa rancia quemada. La lluvia rezongaba en alguna parte sobre cielos abiertos y hacía retumbar cajas de escaleras.

La puerta vidriera sólo estaba cerrada con el picaporte. Detrás de ella se alargaba un vestíbulo bastante pomposo. La claridad que se filtraba por las rendijas de los postigos apenas si permitía percibir en las paredes algunos resplandores que debían proceder de los colores y los dorados de paneles historiados, sin duda, con escenas cinegéticas. Avanzando a tientas, Angelo tocó los bordes de un billar instalado en el mismo centro del vestíbulo.

—He encontrado algo muy interesante —dijo la joven dama.

—¿Qué?

—Un candelabro y velas.

Fue preciso algún tiempo para encender una cerilla. A cada chispa del encendedor el vestíbulo y sus colores se alargaban en la sombra como una flor. A la luz de las velas vieron por fin que se hallaban en una sala muy grande, decorada al gusto burgués y trivialmente dorada de arriba abajo. Varios sillones estaban alineados a lo largo de las paredes bajo pinturas que representaban Pomonas, Venus, naturalezas muertas y trofeos de caza de tamaño mucho más grande que el natural.

—De nuevo está con un candelabro en la mano —dijo Angelo—, como la primera vez que la vi, en Manosque. Pero entonces llevaba traje de noche.

—Sí, y eso que estaba sola. Me estaba arreglando. Incluso me había puesto colorete y carmín. Era una manera de infundirme valor. Pero cuando decidí abandonarlo todo para emprender esta aventura que me hizo encontrarme con usted y ha acabado trayéndome aquí, sólo me llevé mis ropas de amazona y mis pistolas. Uno acaba por saber muy bien qué debe hacer contra el cólera.

—Me impresionó esa noche.

—Porque estaba asustada. En tales ocasiones impresiono hasta a mi marido.

El vestíbulo daba a una especie de distribuidor de donde partía una escalera redonda muy majestuosa, en la que retumbaba la lluvia.

Mientras subían al piso de arriba, Angelo le recomendó prudencia.

—El cólera —dijo— es para mí una escalera por la que subo o bajo de puntillas para encontrarme delante de una puerta entornada que empujo para pasar por encima de una mujer de la que no quedan más que los cabellos o de unas ropas nada agradables de ver. Manténgase detrás de mí.

No había cadáveres. En todas las habitaciones las ropas de cama estaban cuidadosamente plegadas y alcanforadas. Los pisos estaban limpios y las sillas y los sillones enfundados. Altos espejos de marcos dorados reflejaban la lumbre de las velas y los dos inquietos rostros.

—Podremos dormir en una cama.

Al final del corredor entraron con menos precauciones en una gran habitación usada como salón, no tan recargada de dorados como el vestíbulo, pero que tenía su buena ración de estatuillas de amorcillos.

—No hay más que encender fuego en esta chimenea y quedarnos aquí.

Hallaron, incluso, una gran lámpara, con el depósito medio lleno de petróleo, y otros tres candelabros que tenían las velas nuevas.

Angelo recordó que había visto una pila de leña cerca de la cocina. Bajaron a buscarla. La pila de leña

había sido colocada de modo que ocultara una puerta, que dejaron al descubierto. Golpeada con el puño sonaba a hueco. Estaba cerrada con llave, pero mal, y, con la punta de su cuchillo, Angelo hizo recular el pestillo.

—¡Qué raro! —dijo.

Acababa de descubrir la escalera de un sótano.

—Venga.

Bajaron cinco o seis peldaños y se encontraron sobre un piso de arena blanda, bajo una bóveda de telas de araña y delante de los habituales casilleros en que se colocan las botellas; estaban vacíos. Pero en un rincón el piso parecía removido como por una asamblea de topos, y, arañando la arena, descubrieron todo un lecho de botellas llenas, cuidadosamente lacradas. Eran de vino tinto y blanco, y de un aguardiente de cerezas muy transparente y fluido. Había más de cincuenta botellas de vino.

—Quizá sea la única ocasión que tengamos de beber algo fresco y sin riesgo —dijo Angelo—. Este vino está al abrigo de las moscas desde hace cinco años, si nos fiamos de la fecha impresa en las etiquetas. ¿Y por qué no? No había cólera en esa época. ¿Qué dice usted?

—Tengo aún más sed que usted —dijo la joven señora—. Pensaba en el maíz cotidiano con terror. Mire si hay clarete.

—También hay. Pero antes de beber debemos comer. Hemos caminado todo el día con sólo un poco de té en el estómago. De todos modos, no sea ingrata con el maíz. Por lo demás, ahora voy a hacer una polenta con vino blanco. Es el mejor remedio contra la fatiga.

Había un hermoso tirabuzón en el cajón de la mesa de la cocina, y vasos en la alacena. Pero Angelo fue inflexible. Encendió fuego en la chimenea del salón, puso los vasos a hervir en una cacerola de agua y comenzó a revolver la polenta con vino blanco.

—Es usted viejísimo —dijo la joven dama—. Mucho más viejo que mi marido.

Angelo estaba seguro de hacer lo que debía. No veía qué podía reprochársele. Contestó ingenuamente.

—No sé por qué dice eso. Tengo veintiséis años.

—Él tiene sesenta y ocho —dijo la joven dama—, pero es mucho más intrépido que usted.

—Yo no arriesgaría nada si la dejara beber en ayunas —dijo Angelo—. Quien se arriesgaría sería usted. Por otra parte, a veces se deja que los demás no hagan lo que les conviene por mera irresponsabilidad.

La polenta con vino blanco, muy azucarada y líquida como una sopa, era realmente apetitosa. Y el cuerpo la agradecía mucho.

«Te crees más fuerte que cualquiera de mis viejos húsares», se decía Angelo. «Comen polenta con vino blanco cuando están realmente deslomados. Con detalles tan nimios como éste se fortalece el carácter.»

Descorchó una botella de clarete y la empujó hacia la joven dama. Él bebió uno tras de otro cuatro o cinco vasos de un vino espeso, muy fuerte y muy tinto, que se parecía al nebbia, pero tenía un gusto más delicado. Ella vació su botella con rapidez semejante. Tenían ganas de beber algo que no fuera té desde hacía tiempo.

—No es que mi marido sea un irresponsable —dijo ella.

—Por cierto, ¿dónde está? ¿Ha muerto?

—No. Si hubiera muerto, yo no estaría aquí.

—¿Dónde estaría?

—Muerta, sin duda.

—No se anda con rodeos.

—Usted no comprende nada. Lo habría cuidado y me habría matado el contagio. ¿Hay que explicárselo todo?

—No esté tan segura. He cuidado a más de veinte coléricos y he lavado a una infinidad de cadáveres. Y aún estoy vivito y coleando. Así que podría usted estar vivita y coleando, y aquí, aunque su marido hubiera muerto con todos los honores debidos a su rango.

—No me lo discuta. Estaría muerta. O, por lo menos, tendría muchas ganas de estarlo. Hablemos de otra cosa.

—¿De qué?

—No lo sé. Pero hasta ahora hemos encontrado temas de conversación sin dificultad.

—Sí. Hemos hablado de sables y de pistolas, y luego de pistolas y de sables.

—Es un tema inagotable y lleno de enseñanzas. Ciertamente, como guardaespaldas es usted de primera, lo confieso. En lo que respecta a decisión a la hora de meterme en berenjenales, no creo que haya nadie que le pase la mano por la cara.

—Es mi oficio.

—Antes de conocerlo no tenía ni idea de que hubiera hombres con ese oficio.

—No tengo por qué ser como todo el mundo.

—No lo es, esté tranquilo. He de reconocer que a veces no lo entiendo.

—No pretendo que me entiendan. Al contrario.

—¿Y eso le gusta?

—Mucho.

—¿No es usted francés?

—Soy piamontés. Ya se lo dije, y, por lo demás, se ve.

—Lo que se ve de usted puede recibir cuatro o cinco nombres, a cual más noble. ¿Es consecuencia del Piamonte o de su carácter?

—No sé a qué llama usted noble. Hago lo que más me conviene. Fui feliz en mi infancia. Quisiera continuar siéndolo.

—¿Tuvo una infancia solitaria?

—No. Mi madre sólo tiene dieciséis años más que yo. He tenido también la compañía de mi hermano de leche, Giuseppe, y de su madre, mi nodriza. Se llama Teresa. Se extrañaría mucho si supiera que revuelvo polentas para las damas.

—¿Qué cree ella que les hace usted a las damas?

—Algo grandioso; a las damas y al mundo entero.

—¿Es capaz de saber qué es eso?

—Mucho. Hace cosas grandiosas a cada instante.

—Debe de ser molesto.

—No. La casa lo exige y desde hace tiempo.

—¿Quién es usted? Me ha dicho su nombre: Angelo, y quizá su apellido...

—Mi apellido es Pardi.

—... sin que con ello sepa mucho más que antes; sólo me resultaría más fácil llamarlo para que acudiera en mi ayuda en caso de necesidad...

—Sé que se llama usted Pauline.

—Pauline de Théus desde mi matrimonio. Mi apellido de soltera era Colet. Mi padre era médico en Rians.

—No conocí a mi padre.

—Ni yo a mi madre. Murió cuando nací.

—Yo no sé si mi padre ha muerto. Nadie sabe nada de él, y a nadie le interesa saberlo. No le hemos necesitado para vivir felices.

—Háble me de su madre.

—No congeniaría con ella.

—Congeniaría con cualquier madre. La mía, al parecer, era muy linda y muy dulce, estaba muy enferma y me quería mucho. He tenido tiempo de sobra para amar a una sombra. Hacer reír a mi padre nunca me satisfizo del todo, ni siquiera en la cuna, a juzgar por los deseos que me han quedado que nada puede contentar. Mi padre era, sin embargo, un hombre que se hacía querer y que se contentó con nada, es decir, conmigo, durante toda su vida. Pero ¿se imagina usted la casa de un médico pobre en Rians? Una gran aldea blanca, entre peñascos, en una encrucijada de pequeños valles pelados, desnudos como la palma de la mano, donde corre el viento, el viento solo, continuamente. Una gran aldea azotada por el viento. Todas las esquinas están roídas como un hueso por un zorro en invierno. Una comarca mucho más salvaje que las que hemos atravesado y de la que lo más triste que conozco es el sol. Estaba la mayor parte del tiempo sola o con Anaïs, la jorobada. Una mujer de oro. Todo el mundo era de oro. Mi padre era de oro. No se me martirizó nunca, al contrario. Yo era continuamente acariciada, mimada, manoseada, raspada por manos, labios y barbas, de la misma manera que esa comarca nerviosa e inquieta lo es por el viento. Todo me inquietaba, y me encantaban mis pequeñas pantuflas de fieltro porque me permitían desplazarme sin ruido, derecha como una I, paso a paso, y aproximarme a la ventana que rezongaba, o a la puerta que gemía, y escucharlas de cerca. Trataba de estar segura, lo cual era mucho más importante que el miedo. ¿Segura de qué? Segura de todo. Cuando oí sus ahogados pasos en esa casa de Manosque donde estaba sola y en pleno cólera, cogí un candelabro y fui a ver de qué se trataba. Siempre tengo necesidad de ir a ver. No sé huir. Siempre busco refugio en lo que me amenaza. ¡Mi miedo es tan grande! La audacia es mi regazo materno natural. Creo que estoy un poco ebria...

—No se inquiete. Beba. Necesitábamos vino. Pero tome de éste, del tinto. Se parece a un vino italiano, y contiene tanino. Es lo que hace falta para resistir las marchas.

—Sabe usted demasiadas cosas.

—No sé nada. Cuando, por primera vez, tuve que mandar hombres, aunque tenía mil ventajas para ello, particularmente plumas en mi casco, oro en mis mangas y los muros del palacio Pardi sentados conmigo en el caballo, me hice esta pregunta: «¿Con qué derecho?» Tenía delante de mí a cincuenta hombres de pelo en pecho, fuertes y decididos, y a Giuseppe, mi hermano de leche, en las filas, firmes. La víspera aún nos habíamos peleado como el perro y el gato, a sablazos. Pero en eso soy el más diestro. Cuando éramos pequeños su madre quería que me tratara de señor. Cuando Teresa quiere una cosa, sobre todo si me concierne, se empeña a fondo. Giuseppe me trataba de señor en voz alta y entre dientes añadía lo que le daba la gana. Nos peleábamos, y si un tercero me tocaba se peleaba con ese tercero. Dormíamos abrazados en la misma cama. Es mi hermano. Estaba tieso como un palo sobre su caballo. Yo me decía: «Si algún día lo mandas cargar, cargará.» Le había hecho una pequeña herida en el antebrazo la víspera, y habíamos llorado juntos parte de la noche. Teníamos por lo menos para tres días antes de que volviéramos a los pescozones. Era mi ordenanza. Pasé el mando al capitán, llamé a Giuseppe y nos fuimos a dar una vuelta por el bosque.

—Nunca he creído que fuera usted oficial.

—Soy coronel, con despacho comprado y pagado.

—¿Qué está haciendo, pues, en Francia vestido de paisano?

—Me oculto, o, mejor dicho, me ocultaba. Ahora vuelvo a mi país.

—¿Ebrio de venganza?

—No tengo por qué vengarme. Estoy ebrio esta noche, como usted, pero eso es todo. Los otros son los que tienen que vengarse de mí.

—¿Seguido del fiel Giuseppe?

—Seguido del fiel Giuseppe, que también debe de andar deambulando por los caminos y los bosques luego de haberme esperado en Sainte-Colombe y de haberme mandado al diablo.

—Y de Lavinia.

—La muchacha empollada.

—¿Por qué la muchacha empollada?

—Mi madre la bautizó así. «Puede decirse que a ésa la he incubado como a una gallina», suele decir. Lavinia vino al palacio Pardi cuando era alta como tres manzanas y precisamente porque era alta como tres manzanas. Lo demás es delicado de explicar.

—Delicado ¿para quién?

—Delicado para todo el mundo.

—¿No se atreve a decirme en qué empleaba su madre a Lavinia? ¿Ni por qué la bautizó la «muchacha empollada»? ¿Ni por qué era preciso que no fuera más alta que tres manzanas?

—Es usted muy imprudente —dijo Angelo—, No me conoce. Suponga que fuera yo un bandido. Los hay en mi país que tienen buenos modales y hasta son valientes. Todos son republicanos, también. Pero inevitablemente llega un momento en que piensan en sí mismos. Entonces... ¡cuidado con la bomba! Y ocurre que he bebido y que me da usted un pretexto para montar en cólera. ¿Por qué se imagina que no me atrevería? Es una niñería... Mi madre permanecía de pie y hacía que Lavinia entrara bajo sus faldas. La muchachita debía pasar su mano bajo el corsé de mi madre y alisar su camisa. He ahí por qué era la muchacha empollada o incubada como una gallina. No era ninguna tarea terrible, y Lavinia la cumplía aún antes de irse con Giuseppe. Y en cuanto a esto, también hay mucho que decir. No se fue con Giuseppe por amor. En mi país, es cierto, las mujeres aman el amor, pero se levantarán de noche para participar alegremente en alguna acción secreta y heroica, sobre todo si es evidente que, al obrar así, no las mueve más interés que el de la aventura o el placer de rozar, de tocar a hombres sombríos que sueñan con hazañas a lo Bruto, de oírlos hablar y de servirlos. Somos de un país en el que complace ser familiar del que fusilan en la plaza pública. Nuestras ejecuciones capitales de *políticos* son espectáculos matinales muy frecuentados porque todo el mundo tiene un pedacito de su corazón comprometido en la ceremonia. Mi madre no hace nada sin poner en ello el alma. Es la Primavera. Tiene constantemente su dedo debajo de mi nariz para obligarme a levantar la cabeza y tener la vista alta.

—Tenía usted razón: no me gusta su madre.

—Porque no está aquí.

—Quizá, pero, sobre todo, porque usted está aquí.

—Hubiera sido fácil que las cosas tomaran otro sesgo si no hubiera tenido yo ese dedo debajo de la nariz. Si me hubieran consentido que mirara hacia abajo, debo reconocerlo, tenía todos los triunfos en la mano. Giuseppe me lo reprocha bastante. Pero yo no creo que las revoluciones sean asesinatos, y si lo son,

desisto de ellas. Conocen mi opinión. Por eso me sacuden de todos lados. He matado un hombre. Un espía. ¿Me equivoco si digo que un espía es un hombre como todos los demás? Las razones para hacer las cosas siguiendo el camino más fácil son siempre malas. Una de ellas es la de creer que puede haber dos pesas y dos medidas. Hubiera podido ser liquidado muy fácilmente en un rincón cualquiera. Bastaba apagar los faroles y apuñalarlo. Con sólo aflojar los cordones de la bolsa. Con dos luises hubiera podido tener a mi disposición tantos asesinos a sueldo como hombres y hasta mujeres hay en Turín. Me hubiera bastado *animar el brazo*, como dicen, y por lo demás quedarme tranquilamente en la cama y hasta dejar que se me pegaran las sábanas mientras la cosa se consumaba sin mi intervención. Es lo que llaman nadar y guardar la ropa. Pero ocurre que aún sigo siendo un poco diferente de ellos. Sólo soy buen orador cuando me hablo a mí mismo. Si deben seguirse los grandes ejemplos, si la libertad y la dicha del pueblo tienen ese precio, me despreciaría por no haber sido el primer convencido. Gracias a los asesinos a sueldo se puede matar, sin duda, pero ello no hace que uno sienta su alma más grande.

—¿Es usted, pues, uno de esos personajes de los que tanto se habla y que hacen tanto ruido escondiéndose en los bosques, del otro lado de los Alpes? Pero, ¿por qué hablar de Bruto? Todo el mundo, más o menos, ha matado a un hombre. Si la modestia es siempre encantadora, en estas cuestiones lo es más. ¿Me creerá usted si le digo que me han hecho la corte ante un cadáver comido por los cuervos y los zorros? ¿Le he dicho que mi marido tiene sesenta y ocho años? Habitualmente, eso llena de asombro. Usted ni se ha inmutado. Desde luego, porque le soy indiferente, pero...

—De ningún modo me es usted indiferente. Le estoy haciendo fuego y polenta desde hace diez días y, en lugar de ocuparme de mis asuntos, voy con usted hacia Gap...

—Donde espero encontrar a mi marido. Porque amo a mi marido. Esto tampoco parece conmoverlo mucho.

—Es perfectamente natural, puesto que se casó con él.

—A veces encuentro cierta galantería en lo que usted dice. En efecto: a pesar de su nombre y de su fortuna, no me hubiera casado con él si no lo hubiera amado. Se lo agradezco. Lo que no obsta para que él tenga casi cuarenta y cinco años más que yo. ¿Y esto tampoco lo asombra?

—No. Lo que me asombra es su manera de subrayar su edad constantemente.

—Es una de mis debilidades. ¿Amaría usted a una amazona? Acaso yo sea una, y precisamente en este caso. No es la edad de mi marido la que subrayo, sino lo hermoso que es. Casamientos como el mío son siempre sospechosos de intereses sórdidos. ¿Es realmente una debilidad desear purificarse de ellos a todo precio?

—Digamos, para tranquilizarla, que, en lo que me concierne, es, simplemente, una injuria que usted me hace. Sé lo que mis preocupaciones tienen de extravagantes y que me hacen parecer tonto. Pero no se fíe de las apariencias. Conozco muy rápidamente el valor de las gentes. No se me ocurriría nunca que usted pudiera conducirse de una manera vulgar.

—Me desconcierta usted constantemente —dijo la joven dama—. Y está muy lejos de ser desagradable. Antes de contarle algunas cosas de mí, voy a decirle algo que se me acaba de ocurrir y me parece importante, si me promete usted no contestarme.

—Prometido.

—Todo el mundo tiene esperanzas ciegas. Sea usted menos cándido. Y he aquí ahora lo que iba a contarle. A fuerza de ser una niñita solitaria en la casa de un médico pobre de Rians, llegó el día en que tuve dieciséis años. El mundo fue agrandándose sucesivamente alrededor de mí. Algunas veces iba a bailar bajo los tilos. Vi a muchachas casarse y luego las vi encintas. Los jóvenes burgueses del lugar me hacían la corte, es decir, rondaban a mi alrededor como ciruelas en agua que hierve.

»Esa comarca, como le dije, es ruda y sin primavera. Mi padre no tuvo jamás coche. No éramos tan pobres como para no poder tenerlo, pero el coche de poco le hubiera servido en los senderos de las colinas. Hacía sus visitas a caballo. Me compró una yegua para que pudiera acompañarlo. Conocí, pues, el placer de trotar y aun de galopar en la meseta. Tan vasta es, que uno puede creer fácilmente que huye y hasta que ha logrado escaparse.

»Una noche, después de una tormenta, bajando de vuelta al valle, en un recodo de un torrente cuyas aguas habían subido de repente, hallamos a un herido que se había caído del caballo. El agua lo cubría a medias. Estaba sin sentido abrazado al fango, y daba la impresión de que ni siquiera la muerte podría impedirle seguir combatiendo. Estaba herido de un pistoletazo en el pecho. Nos lo llevamos, como es natural. Me había endurecido gracias a mis terrores y más aún, desde hacía algunos años, a mis deseos. Aquel cuerpo abandonado que debía ser salvado y que por eso mismo se dejaba coger dócilmente, aquel rostro insensible que, sin embargo, no desfruncía el ceño, me conmovieron más allá de lo que jamás nada

podrá conmoverme. Ya en casa, mi padre tendió al herido sobre la mesa de nuestra cocina. Hizo hervir agua, se quitó el redingote y se arremangó. El primer movimiento de aquel hombre cuando volvió en sí fue un ademán amenazador. Pero se recuperó con una prontitud pasmosa. Comprendió en seguida para qué servía el cuchillito brillante que mi padre esgrimía en su mano y tuvo una muy hermosa sonrisa, palabras de excusa y un valiente abandono. No es mi deseo sorprenderlo ni, sobre todo, provocar su indignación al decirle que la bala, una vez extraída, resultó ser de tercerola. Y de tercerola reglamentaria de caballería, según me dijo mi padre. Las ropas de aquel hombre, aunque sucias de barro y de sangre, eran visiblemente de paño fino y estaban muy bien cortadas. Eso saltaba a la vista de campesinos como nosotros. Bajo su camisa de seda, muy limpia, llevaba una cruz blasonada atada al cuello por una cadena tan flexible, tan finamente trenzada, que, al pronto, la creí tejida con cabellos de mujer.

»Abreviando: lo instalamos en un cuarto del primer piso donde quedó enclaustrado. Sólo yo lo atendía. El herido recuperaba rápidamente la salud, tan rápidamente, que mi padre estaba asombrado. "Este hombre tiene por lo menos sesenta años", decía, "y se repone como un jovenzuelo." Recordé entonces que había visto su pecho cubierto de un vello gris, muy espeso, que había sido preciso cortar con tijera para curarlo.

»Había pasado más o menos un mes y seguía en casa a escondidas de todo el mundo. Una situación que me gustaba con locura. Durante los primeros tiempos sus ojos vivaces vigilaban a mi padre. Tenía entonces la mirada dura y casi cruel. Yo sabía que con gran imprudencia y al precio de dolorosos esfuerzos, se había levantado no obstante sus vendajes y que tenía una pistola debajo de su almohada. Pero no desconfió nunca de mí. Yo podía entrar en su cuarto a cualquier hora del día y de la noche; no se alarmaba nunca. Reconocía mis pasos, aun los más quedos, y tenía confianza en mí. Yo era dichosa gracias a una muchedumbre de detalles minúsculos de ese orden. Por fin, al cabo de dos semanas, le dijo con sencillez a mi padre que le presentaba todas sus excusas por segunda vez. "Y ésta es la buena", agregó. Tenía el don de poner mucha gracia en pocas palabras.

»Una noche yo tomaba el fresco bajo los tilos del paseo. De pronto, vi pegado al tronco de un árbol a un extraño que me miraba. Estaba visiblemente endomingado. Me apresuré a regresar. Vi que el hombre, que me había seguido, se aproximaba a la casa. Subí de dos en dos los escalones y entré en el cuarto de nuestro huésped.

»"No se inquiete", me dijo cuando le hube descrito al personaje. "Hágalo entrar y condúzcalo aquí. Es alguien a quien espero."

»En efecto, ese hombre mostró en seguida los modales de un sirviente. Ya caída la noche, se fue al lugar en que había escondido su caballo y trajo un portamantas con ropas limpias. Se fue, sin duda con órdenes. Volvió dos semanas después, ostensiblemente y con librea. Traía un hermoso caballo ensillado a la inglesa.

»Nuca se supo cómo el herido había prevenido a su servidor la primera vez. Me lo ocultó hasta a mí, y si hoy tengo algunas sospechas a ese propósito, no son sino puras y simples sospechas. Nos sorprendieron también por esa época algunos rumores que circulaban en Rians. El señor de Théus era, al parecer, amigo nuestro *desde hacía mucho tiempo* y, si nos había honrado con su visita y con su permanencia en casa, era por razones de pura amistad.

»Había, sin embargo, esa bala de tercerola reglamentaria de gendarmería de la que nadie hablaba y que yo conservaba en un saquito colgado del cuello.

»El señor de Théus pronto estuvo en condiciones de tenerse de pie y hasta de sentarse a nuestra mesa. Me trató como a una dama y del modo más exquisito. Yo estaba encantada y esperaba más. No me decepcionó.

«Solicitó mi compañía en los paseos a caballo que mi padre le había prescrito. No hicimos sino uno. Volvimos a los lugares en que nos habíamos conocido. Pero me exhortó a que nos internáramos en la espesura. Caminamos un buen cuarto de legua por un caminito de tierra.

»"No he visto estos lugares más que a la luz de un relámpago y en plena tormenta", me dijo, "pero busco una gran carrasca y creo que la tenemos delante de nosotros." La soledad de esa comarca no es nunca paradisíaca. Ese día lo era. Me hizo echar pie a tierra. Separó las matas de clemátides que ocultaban el tronco de la carrasca.

»"Venga a ver", me dijo. Me aproximé. Rodeó mi talle con su brazo. A la primera ojeada vi una tercerola junto a los harapos de un uniforme hecho trizas. Había allí un cadáver descarnado de una especie de soldado con uniforme rojo. Me mostró el cráneo del hombre: su frente estaba destrozada.

»"Eso lo hizo mi pistoletazo", dijo. "Estaba cegado por la lluvia y el relámpago cuando le apunté, y tenía ya el tiro en el pecho. ¿Deberé decirle que es un gendarme, o lo ve por sí misma?" Y agregó: "No quiero que crea usted que se me tumba fácilmente y sin riesgos." Lo dijo con una ternura que hacía que su voz resultara arrulladora.

»Cuando hallamos a aquel hombre herido en el fango del torrente no lo vinculé con un acontecimiento ocurrido una semana antes en el camino de Saint-Maximin a Aix. El señor de Théus, con toda su gracia, me invitó a hacerlo. Me habló de una diligencia de las Mensajerías que había sido asaltada en la cuesta de Pourrières y desvalijada de todo el dinero que llevaba para el Tesoro, a pesar de su escolta de gendarmes.

—Esos ataques a diligencias, y sobre todo a las que transportan el dinero del gobierno, parecen ser una industria particular de la región —dijo Angelo—. Cuando estaba yo en Aix, el año último, me acuerdo que la cosa ocurrió tres veces en el espacio de seis meses, tanto en la carretera de la que habla usted como en la que sube a los Alpes.

—¿Ha vivido en Aix, entonces?

—Dos años.

—Éramos vecinos —dijo la joven dama—. La Valette, donde viví después de mi matrimonio, y que es nuestra residencia, se halla apenas tres leguas al este, en esa parte de Sainte-Victoire que se pone rosada al atardecer. Hubiéramos podido encontrarnos. Yo iba a menudo a Aix, y a veces para hacer una vida bastante mundana.

—De la que nunca participé. Vivía más bien como un salvaje. No he frecuentado sino los maestros de esgrima ni conocido más que oficiales de la guarnición, y eso sin intimar, sólo por los asaltos. Pero hacía largos paseos a caballo en los bosques y precisamente en ese lado en que la montaña se pone rosada a la hora del crepúsculo. Acaso haya pasado por sus tierras. Pensaba en eso mismo ayer cuando habló del castillo de La Valette con nuestro clarinetista. Recuerdo haber visto, a través de los pinos, la fachada de una gran casa que me pareció tener alma.

—Si tenía alma, era la nuestra. No lo digo porque me ciegue el orgullo. Si hubiera dicho usted que era simplemente hermosa, hubiera estado menos segura. Todas las grandes casas de la campiña de Aix son bellas, pero para tener alma es necesario algo más, y creo que tenemos ese algo más. Si usted ha visto el célebre rostro de La Valette, con esa nobleza segura de sí misma que me confirmó en mis sentimientos, no ha podido usted olvidarlo jamás.

—Me pregunté, en efecto, cómo serían los seres apasionados capaces de vivir en ese lugar.

—A uno de ellos lo tiene usted a la vista. ¿Lo ha mirado bastante? ¿Dónde vivía en Aix?

—Fuera de casa. Y con eso está dicho todo. Un exiliado, un proscrito, debe habituarse a que sólo cuenta consigo mismo. Tenía a mi favor, sin embargo, el no haber huido. ¡Cuántas veces bendije la locura que me había obligado a dejar mi país! Un asesinato, hasta en legítima defensa, como era el caso, me hubiera quitado todo reposo en cualquier parte. El hombre a quien yo maté vendía a los republicanos al gobierno de Austria y sus víctimas morían en prisión. Pero la cobardía nunca tiene buenas razones. Y es precisamente porque ese hombre era innoble que yo debía evitar serlo también. Lo maté en duelo. Así él tenía también las oportunidades que brinda el azar. Se me ha reprochado el haber arriesgado mi vida. Parece que los defensores del pueblo no tienen derecho a conducirse noblemente. En fin, creo que todo el mundo está encantado; yo no tenía otra alternativa que la prisión o la huida. En la primera se muere, y generalmente de cólicos, lo que no es muy glorioso. Y huir es escurrir el bulto como las ratas. Mi actitud molestaba sobre todo a mis amigos. Me fui de casa en uniforme de gala y al paso. Subía ya la montaña, del lado de Cézana, cuando oí galopar detrás de mí. Entonces eché pie a tierra y recogí un ramillete de los narcisos que cubrían los prados. Llevaba mi casco de plumas y en mi uniforme había tanto oro sobre azul como se pudiera desear. Los carabineros me saludaron reglamentariamente. Comprendí que a mis amigos les habían fallado los cálculos. En fin, que somos un pueblo que ama los narcisos.

»Eso me permitió vivir en Aix en casa de una buena mujer que, según creo, había sido ama de llaves de un cura. Era un casa con dos puertas, y hasta con tres, si se cuenta la del jardín. Pero preferí utilizar esa ciudad de guarnición para conservar la flexibilidad de mi muñeca. Mi madre me hacía llegar dinero por Marsella de manera muy regular. Me equipé de lo necesario, tomé un maestro de esgrima y frecuenté las salas de armas.

»Supongo que ha guardado usted la bala de tercerola en su saquito de seda; no se reirá, pues, si le confieso que tengo en mi cartera un viejo sobre con restos de hierbas secas parecidas a hojas de té: es mi ramillete de narcisos de Cézana. *Me gustan*.

—¿No frecuentó, pues, la buena sociedad?

—Frecuenté una excelente sociedad, particularmente la de Alexandre Petit, llamado «le petit Alexandre». Se trata de un hombre bajito y delgado que maneja el sable como un dios. Nos hemos enseñado mutuamente muchas cosas.

—La *buena* sociedad le hubiera igualmente enseñado muchas cosas muy útiles y curiosas, particularmente en lo que se refiere al nudo gordiano que estrangula a los hombres de ideas liberales. A

menudo resulta ventajoso confiarlo a dedos frescos, que liberan de él más rápidamente que el sable. Hay mujeres muy lindas en Aix.

—He actuado en algunos asaltos en su presencia.

—Debe de haber sido su niño mimado, ¿no?

—Formaban en efecto, entre todas, un bello tapiz. Me encantan los tapices. He soñado muchas veces que era condenado a muerte por un potentado en una sala de ceremonias tapizada con cantos del Ariosto, por ejemplo. Los asesinos están detrás de la puerta y yo voy hacia ellos mirando la sonrisa de lana de Angélica o los ojos tiernos de una Bradamante en punto cruz. Pero es la condena a muerte lo que cuenta.

—Hemos bebido demasiado —dijo la joven dama—. De aquí a cinco minutos somos capaces de ponernos a hablar en verso, y de criticar a todo el mundo, lo cual, por cierto, me parecería de muy mal gusto. Deberíamos pensar en dormir, ¿no le parece?

Eligieron dos habitaciones que estaban frente por frente.

Angelo, a causa de su embriaguez, se le ocurrió hacerse la cama como en el cuartel.

Se despertó muy avanzada la noche. Llovía a cántaros. Se oía el entrechocar de vasos y el movimiento tumultuoso del bosque. El trueno retumbaba en la lejanía. Se acordó de la joven dama.

«Hemos entrado fácilmente en esta casa», se dijo; «otros pueden hacer lo mismo. No somos los únicos que andamos por los caminos, y con un tiempo como éste sería lógico que buscaran abrigo. Podrían venir a huronear aquí. Si ella viera entrar a un hombre en su cuarto, y sobre todo vestido como el clarinetista, tendría miedo.»

Deshizo su cama cuartelera, arrastró el colchón hasta el corredor, sin hacer ruido, y se instaló frente a la puerta de la joven dama. Se tumbó atravesado ante el umbral y se durmió.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

Angelo tuvo la buena idea de deshacer su cama de campaña antes de que la joven dama se despertara. Cuando ella llegó al salón donde habían pasado la velada, ya había preparado el té y una polenta, salada esta vez.

En la caballeriza el mulo estaba de buen humor. No llovía, pero el tiempo seguía amenazante y parecía decidido a obrar según su capricho. Las nubes llegaban siempre del sur y con gran prisa. Los bosques, despojados de muchas de sus hojas, estaban casi tan transparentes como en invierno. Hacía bastante frío.

—Marchémonos —dijo Angelo—, pero, antes que nada, demos por sentado que, por el momento, va usted a obedecerme. Póngase mi capa y monte en el mulo. Dentro de una hora caminará un poco, y así sucesivamente. El sudor enfriado es el cólera instantáneo. Créame. Debe cuidarse.

La joven dama parecía preocupada y como avergonzada. Sin hacer ninguna objeción se envolvió en la gran capa y montó en el mulo, cuya brida había cogido Angelo.

El camino se empinaba, a ratos de forma notoria, y desembocó finalmente en la linde de los bosques, en una vasta y sombría meseta que las nubes casi rozaban. El viento soplaba aquí a ráfagas en medio de una llovizna helada. Los retazos de bruma que la borrasca ponía en fuga en la espesura era lo único que animaba aquella vasta extensión desierta.

Angelo levantó el cuello de su chaqueta de terciopelo. La gruesa ropa lo abrigaba muy bien.

«¡Vivan Giuseppe y Lavinia», pensó. «Lo han previsto todo. Ése es el verdadero amor.»

Para un corazón que, como el suyo, idolatraba la libertad, aquellas soledades inhumanas tenían su encanto. No ignoraba, por otra parte, que aquella fina lluvia daba a sus hermosos cabellos castaños la gravedad y las ondulaciones de las hojas de acanto.

«¡Cuántos caracteres fríos estarían *satisfechos* en mi lugar», siguió diciendo para sí, «pero tengo el alma loca y nada puedo contra ello. Me hace falta el Ariosto. Allí sí que me siento a mis anchas.»

Caminaron más de tres horas antes de dar con un camino pedregoso que discurría a través de bojes, enebros y toda clase de plantas contraídas por una larga exposición al viento. El horizonte, cubierto por un cielo muy bajo, no mostraba otra cosa que el asalto continuo de las nubes. Recibieron varios chaparrones fugaces pero espesos y como incrustados de pedacitos de hielo. La joven dama había metido su cabeza bajo el grueso capuchón y se dejaba llevar dócilmente sin decir palabra.

El camino bajó a un valle, vadeó un arroyo cuyo caudal había crecido por las lluvias, rodeó una masa de peñas grises y entró bruscamente en una pequeña aldea formada por una docena de casitas grises ocultas bajo aplastantes nubes grisáceas. A pesar del olor de los hogares, de las chimeneas que humeaban apaciblemente y de las hermosas ventanas tibias, Angelo estimuló al mulo. Había allí, sin embargo, señales evidentes de buena salud.

—Hemos de afanarnos andar lo más rápidamente posible —dijo Angelo—, Demuestra ser sensata al dejarse llevar por mí. Siga así y déjeme hacer. Debemos afanarnos. En estas alturas puede haber nevadas de un momento a otro. Hay que darse prisa para atravesarlas.

El camino los llevó a lo largo de un valle que cruzaba a través de pequeños campos de patatas apenas florecidas pero muy cuidadas. Luego se internó en bosquecillos de robles bastante altos y bien desarrollados en los que el viento y los chubascos hacían mucho ruido. Poco a poco, deslizándose de un flanco al otro de la torrentera que iba ensanchándose, alcanzaron de nuevo la zona de los bojes, las espesuras salvajes y el desierto elevado, por la que corrían las polvaredas de mármol de la lluvia.

El tiempo estaba cada vez más inquietante. Las nubes se arrastraban a ras de los árboles no obstante el frío bastante vivo. El trueno dejó oír su bronca voz por la izquierda. El mulo manifestó su mal humor. La

joven dama propuso apearse.

—Quédese donde está —dijo Angelo—. Este rocín marchará, y, si hace falta, lo haré correr.

Empleó el método de los artilleros de montaña: con una grosera familiaridad, muy militar, agarró sin contemplaciones por una de las orejas al animal, que se dejó inmediatamente de tonterías.

Ligeras lloviznas y pesados chaparrones se sucedían ahora sin cesar. El cielo entero se cubría de nubes negras. Por fin, tras el estremecimiento de un relámpago y antes incluso de que retumbara el trueno, la lluvia espesa y continua se puso a caer.

Ocupado en hostigar al mulo y en correr, Angelo, que buscaba un abrigo, no importaba cuál, un gran árbol en la bruma de la intensa lluvia, se percató de que el camino subía cuando ya estaba con la lengua fuera. Pasó sin darse cuenta delante de casas en ruinas y de pronto advirtió que había dejado atrás, apenas entrevista a través de la cortina de agua, una especie de bóveda. Hizo volver grupas al animal y se metió con él bajo un arco. Debía de ser lo que quedaba de una bodega o de una granja abovedada. Fuera el diluvio ahogaba las ruinas de una vieja aldea.

A pesar de la capa, la joven dama saltó a tierra con gran soltura.

—Está mojado —dijo—, y es usted quien va a coger ese frío mortal del que me hablaba.

—Voy a hacer fuego —dijo Angelo.

Pero no había leña bajo el arco; por lo demás, la lluvia era ahora tan intensa que el agua se filtraba a través de la bóveda.

Llevaban allí cierto tiempo, muy desconcertados por la violencia de la tormenta, cuando oyeron un ruido insólito: el de la lluvia al caer sobre un gran paraguas azul.

El artilugio, asombroso por su color, no lo era menos por su tamaño, pues ocultaba de tal modo a quien lo sostenía, que parecía luchar solo contra la borrasca. Sin embargo, iba debajo un hombre gordo y jovial enfundado en un redingote que también se salía de lo corriente. Era un gordo jovial metido en una insólita levita.

—Hace más de cinco minutos que los llamo golpeando en los cristales de mi ventana —les dijo aquel hombre con una alegría evidentemente sincera—. Tienen el aire de dos gallinas que han encontrado el cuchillo que ha de degollarlas. Vengan a casa, ahí enfrente. No es el momento de hacer tonterías. Dense prisa.

A pesar de la espesa lluvia y de las nubes que corrían a ras del suelo por aquel lugar elevado, pudieron ver que la aldea estaba en ruinas. Sólo quedaban fragmentos de paredes. El hombre del redingote los hizo cruzar una especie de plaza llena de zarzas y hierbas. Manejaba su inmenso paraguas con una habilidad de marinero. Abrió la puerta de un establo, donde metieron al mulo.

—Nos ocuparemos de él después —dijo—, entren aquí.

Angelo y la joven dama quedaron muy sorprendidos al encontrarse con estanterías llenas de libros en medio de montones de cosas en el más absoluto desorden. Hacía mucho calor, y Angelo se estremeció.

—La señorita va a mirar muy atentamente este pequeño grabado que representa a Moscú —dijo el del redingote—. Cuente las cúpulas y los arcos de los puentes, que es una tarea muy instructiva, mientras el joven se queda en pelotas delante del fuego y se pone a frotarse de arriba abajo. Detesto las neumonías. Hace veinte años que me dije: «Llevar ropas de terciopelo es una idiotez, por lo menos en estos lugares.» En cuanto se moja, huele a perro, y tarda una eternidad en secarse. Frote fuerte. Déme eso.

Cogió de manos de Angelo la toalla con la que éste se secaba y se puso a friccionarlo sin contemplaciones. Era un hombre fuerte y decidido. Angelo, frotado con una energía poco común, perdió la respiración y se puso colorado de pies a cabeza en un santiamén.

—Envuélvase en esta manta y siéntese, no cerca del fuego, sino en el fuego. Quiero verlo asarse. Y beba esto, es ron, y no del que venden en la tienda. Bébaselo de un trago. Las ropas de esta dama están secas como granos de sal. Bien, señorita, ¿ha contado usted? Ahora soy todo suyo. ¿Cuántos arcos y cúpulas hay?

—Treinta y dos —dijo la joven dama.

—¡Vaya! ¡Me deja usted de piedra! —exclamó el hombre—. Es exacto. Los ha contado de veras. Treinta y dos. Lo más gracioso es que hay treinta y tres. Fíjese en esto. Cuando me aburro, lo incluyo en la lista. No se sabe exactamente si es una cúpula o un arco, si es carne o pescado. Pero hace el número treinta y tres, y, en esos momentos uno se alegra de encontrar algo nuevo.

La habitación estaba iluminada por un gran fuego que ardía en el hogar. La alta ventana que daba sobre las ruinas no dejaba entrar mucha luz; sus pequeños vidrios estaban empañados por fuera por las nubes que pasaban a ras de tierra, y por dentro por una espesa capa de polvo. Las llamas, que surgían con bastante fuerza de grandes leños, permitían ver un inaudito amontonamiento de muebles, muy lujosos pero muy mal cuidados, y todos sobrecargados de gruesos libros y de pilas de papeles sobre las cuales se mantenían en

precario equilibrio jarrones, vasijas, boles, jofainas, botellas, cacerolas, cazos, pipas de todos los tamaños y formas y hasta cajones llenos de utensilios de cocina. Estanterías cargadas de libros en filas inclinadas como trigales azotados por el viento corrían a lo largo de los muros. Las mesas, redondas, cuadradas u ovaladas, los veladores, tan cargados de libros y papeles que se desplomaban inclinando sus tableros a derecha o izquierda, las cómodas, los bufetes, los taburetes colocados al azar y entre los cuales corría una especie de sendero, dejaban, sin embargo, delante del hogar un espacio libre bastante amplio en el que había dos sillones colocados frente a frente y una mesita de centro muy elegante, fina como un niño hermoso. Sobre la mesita había una lámpara y un libro abierto. Todo, salvo esa mesita, esa lámpara, ese libro y uno de los sillones, estaba cubierto de polvo blanco. Grandes montículos de ceniza llenaban la chimenea, de modo que el fuego ardía un palmo más arriba de la cabeza de los morillos.

Allí no parecía haber ninguna cocina. Sin embargo, llenaba la habitación un exquisito olor a guisado de liebre o a estofado, en todo caso a una salsa con vino que se cocía a fuego lento.

Angelo estaba muy impresionado por ese olor. «Con esto es suficiente para que todo haya cambiado», se decía. Se daba perfecta cuenta de que con un poco de estofado en su punto se podía, en la vida real, domesticar a todos los héroes y heroínas del Ariosto. «Y», seguía diciéndose tontamente, «pasamos la mayor parte del tiempo en la vida real.» Además, se sentía humillado de estar desnudo dentro de una manta y en cuclillas cerca del fuego, y de que *eso fuera preciso si quería seguir viviendo*. Por otra parte, debía tener presente la libertad, y aquella joven dama a la que debía conducir a Gap. Habló del cólera.

—Es cómico —dijo el gordo del redingote—. Tenemos una epidemia de miedo. Actualmente, si llamo cólera a un brazalete amarillo y lo hago llevar por mil personas, las mil la diñan en quince días.

Angelo, que no se habituaba ni a la desnudez ni a la manta (no obstante que la actitud de la joven dama, que estaba en cuclillas cerca de él calentándose las manos, y la del hombre del redingote, que llenaba una pipa, fuesen de lo más indiferente), se puso a discurrir con mucha gravedad sobre el cloro y el cloruro de que las ciudades carecían. Por fin dijo claramente lo que pensaba, que era lo siguiente: «La situación en que estoy, esta manta, estos pies desnudos y a la vista, me humillan mucho. Me gustaría ponerme un traje, el que fuera.»

—Las ciudades no carecen sólo de cloruro —dijo el hombre mientras encendía su pipa—. No tienen nada; en todo caso, carecen de lo preciso para resistir a una mosca, sobre todo cuando esa mosca no existe, que es la pura verdad. Vea usted, mi joven amigo, soy ducho en la materia —agregó al tiempo que se arrellanaba en el sillón más próximo a la mesita de centro—. He ejercido la medicina durante más de cuarenta años. Sé muy bien que el cólera no es del todo un producto de la imaginación pura. Pero si se extiende tan fácilmente, si tiene, como decimos, esa «violencia epidémica», es porque con la presencia continua de la muerte exaspera en todo el mundo el famoso egoísmo congénito. Se muere, literalmente, de egoísmo. Le ruego que preste atención a lo que le digo, que es el resultado de numerosas observaciones clínicas, si extendemos este término a las calles y a los campos, y a la supuesta buena salud que corre por ellos, calles y campos que he frecuentado mucho más que los lechos: cuando se trata de peste o de cólera, los buenos no mueren. Ya sé lo que me va a decir. Me va a decir, como muchos otros, que ha visto morir a gente buena. Le contestaré: «Porque no eran del todo buenos.»

Angelo le habló del mediquillo.

—Una inmunidad relativa siempre es causa de que se tenga una excesiva seguridad en uno mismo —dijo el hombre—. Es una debilidad de la que los dioses se han aprovechado desde que el mundo es mundo, y la famosa mosca también. Amigo mío, muerte al que se crea inocente. Ése es el lenguaje de los dioses. Y es justo. Siempre hay buenas razones para creerse clarividente porque se ha logrado coger el toro por los cuernos. Eso no basta. Puede aducir el caso de un médico rural, o de mí mismo, o del *vulgum pecus*

[12] todos moriremos, por descontado.

Angelo que, en su situación, necesitaba cadáveres, le explicó cómo lo había deslumbrado el mediquillo a fuerza de generosidad y abnegación.

—Admitamos que sea cierto —dijo el hombre—; entonces se trata de que era *demasiado* bueno. En todo es necesaria la mesura. Pero déme usted simplemente a alguien *que se olvide*. Ésa es la expresión adecuada. Alguien que no piensa en sí mismo y que, en consecuencia, no busca moribundos en los montones de cadáveres por darse el placer de salvar a alguien, como acaba usted de decirme que hacía su mediquillo. Déme a alguien que se olvide de su hígado, de su bazo y de su estómago. Ése no se muere. Por lo menos, de cólera. De vejez, sin duda; pero de cólera, no.

Agregó que aquella comarca era volcánica, y por lo tanto, estaba al abrigo de miasmas deletéreos, y que

en siete u ocho leguas a la redonda (era preciso extender tanto la observación para que fuera valedera, dada la escasez de población de la zona) no había habido ni un solo caso de muerte por cólera desde el principio de la epidemia.

—Hay un sustrato de lava del que suben emanaciones sulfurosas y calientes. En fin, que aquí la vida es fácil.

Después reconoció que el cloruro del que había hablado Angelo no era una tontería y que la química podía muy bien reemplazar la filosofía y la ética en las ciudades.

Había ejercido en Lyon, en Grenoble e incluso en París. Eso era el origen de su melancolía, dijo con sus labios iluminados por la más delicada sonrisa. Melancolía, pero no misantropía, como era fácil advertir. Por lo demás, él mismo se la curaba con las cúpulas de Moscú. Era éste un método extremadamente eficaz, por tonto que pareciera, que actuaba igual que una inyección de hierro al ser asimilada por un organismo anémico. Les preguntó si tenían idea de que aquél era un descubrimiento de la más alta importancia. No había hasta entonces ningún remedio para la melancolía. La medicina estaba desarmada.

—Y, sin embargo —siguió diciendo el hombre—, aunque menos teatral, la melancolía, cuya hipocresía decuplica su ponzoña, causa más víctimas que el cólera. Dejemos de lado el hecho de que mata, lo cual es una verdad de Perogrullo, y mata en proporciones que no se conocen porque sus víctimas no muestran sus vientres verdosos por las calles y prefieren diñarla con gran decencia y modestia en rincones secretos para que luego digan, quizá con razón, que han muerto de muerte natural. Pero, además de esas conclusiones radicales, la melancolía hace de ciertas sociedades asambleas de muertos vivientes, *que por fuera parecen cementerios*, por así decirlo; quita el apetito y el gusto, provoca impotencia física y espiritual, impide ver la luz de las lámparas y hasta la del sol, y causa, por añadidura, lo que podría llamarse un *delirio de inutilidad* que concuerda perfectamente con todas las carencias que acabo de mencionar y que, si no es contagioso de modo directo en el sentido que damos inconscientemente a esa palabra, arrastra sin embargo a los melancólicos a *desmesuras de la nada* que pueden muy bien inficionar y reducir al ocio a toda una nación y, por lo tanto, hacerla perecer. Sin olvidar las grandes empresas a las que finalmente se entregan casi siempre los melancólicos de tipo sanguíneo, los cuales arrastran a poblaciones enteras a carnicerías no más agradables que las de la peste o el cólera.

Su modesto expediente de las cúpulas de Moscú no estaba mal, como podía advertir quien lo considerara con un poco de atención. Ahora estaba perfeccionándolo. ¿Sabían a qué se dedicaba mientras trataba de conseguirlo? Pues a algo muy sencillo, a leer a Victor Hugo.

Y golpeó con la palma de la mano el libro que tenía abierto a su lado, cerca de la lámpara.

Y acto seguido, con toda naturalidad, volvió la mirada hacia la ventana llena de nubes, que chorreaba agua y se estremecía bajo el vendaval, y aseguró que hacía un tiempo extraordinario.

Las botas, la camisa y el traje de Angelo estaban secos. Fue a vestirse en un rincón de sombra.

—¡Al diablo con el pudor! —le dijo el hombre—, quédese aquí, cerca del fuego. Es un hombre bien conformado, ¿qué arriesga, pues? ¿Cree que la señorita ha sido creada y echada al mundo *per studiare la matematica*? ¡Todos los jóvenes son fríos como el polo norte, Swedenborg y Cromwell! ¿Qué se ha hecho del contagioso calor de los banquetes? Sea griego, mi joven amigo. ¡Fíjese en ese rostro y esos grandes ojos! «*Es Grecia, mi madre, donde tan dulce es el cielo*.»

Angelo le hubiera contestado con aspereza, pero, para su enorme sorpresa, estaba como enajenado y no paraba de tragar una saliva abundante y salada. Sin dejar de hablar, el hombre del redingote se había acuclillado al lado de la joven dama y estaba apartando a un lado y otro las cenizas del hogar. Así dejó al descubierto una olla de hierro fundido cuya tapa levantó. Para quien se había alimentado con polenta y té durante una semana, era imposible resistir el poderoso olor a carne estofada y a salsa con vino.

—Sea usted pues, amiga mía, la hija de la casa. En ese mueble que está en el lado opuesto a aquel en que nuestro joven Eliacim

[13] se pone los pantalones, hay un mantel y servilletas limpias, platos y todo lo que hace falta. Ponga la mesa, por favor. Vamos a hacerle los honores a esta liebre, producto de mi astucia cinegética, astucia que me viene de mis antepasados. Ya que por una vez tengo huéspedes, quiero gozar de uno de esos festines de Baltasar en familia que hacen época en la vida de un hombre, y con mayor razón en la de un solterón empedernido, solitario y, confesémoslo, a las puertas de la vejez.

¡Ah! ¡Maldito sea el poderoso que se embriaga en las fiestas,
riéndose del oprimido que llora y los profetas!
¡Igual que él, Baltasar, ignorante de lo que le espera,

no ve en las paredes de la sala bulliciosa
las palabras que una mano flameante
escribe con letras de fuego entre las guirnaldas de flores!

Angelo volvió a enfundarse con placer en su chaqueta de terciopelo.

«Llevar las propias ropas», se decía, «quizá sea la quintaesencia del poder.» Pero el olor de la comida se sobreponía a todo. Ya ni siquiera se preguntaba si era prudente que la joven dama comiera en aquella casa desconocida y un plato que, evidentemente, estaba muy condimentado. Angelo era presa de una irresistible tentación. «¡Que sea lo que Dios quiera!», se dijo lleno de alegría. El poder que da llevar la propia ropa no le servía ya de gran cosa.

Se fue a ver al mulo. Lo almohazó con unos puñados de paja. Era uno de aquellos momentos en que el olor de la bosta de caballo le hacía sentirse bien. Pensaba con pena en su hermoso uniforme. Le hubiera complacido mucho poder dar órdenes.

La violencia de la tempestad, que con sus truenos despertaba innumerables ecos, lo atrajo hasta la puerta de la caballeriza. Era un diluvio como nunca había visto.

La joven dama se reunió con él allí. Estaban los dos aterrados y sombríos, y se miraban con ojos muy tristes.

—Si quiere que le sea franca —dijo ella—, preferiría la polenta que prepara usted tan bien. —Y entonces agregó—: Que prepara con tanto cariño.

—La verdad es que nos ha sacado de apuros —dijo Angelo—, pero...

—No podemos irnos —dijo ella.

—No debemos desairar a este hombre, que nos ha recibido con los brazos abiertos —dijo Angelo.

Comieron con muy buen apetito y sin hacerle ascos ni al pan, que por prudencia no habían probado desde tiempo, ni al vino, muy ordinario, que el hombre del redingote les sirvió generosamente.

Angelo observó que la joven dama comía con voracidad y de vez en cuando dejaba escapar sin poderse contener un eructito de placer. Por lo demás, mantenía los ojos cerrados.

En fin, aquella comida fue muy triste para ambos viajeros, pero no así para su huésped, que citaba a Victor Hugo a diestro y siniestro.

Por fortuna, Angelo encontró sus cigarritos perfectamente secos en su estuche.

«Tengo aún veinticinco en una caja que mis pañuelos deben de haber preservado de la lluvia», se dijo con una alegría inesperada pero muy viva. «No hay ningún placer pequeño.»

Sin embargo, ahora que había saciado su hambre hubiera preferido no haber comido. Reprochaba a la joven dama haberse abandonado a esas delicias tan cobardemente como él. Y no podía olvidar los eructitos de glotonería satisfecha que había soltado sin darse cuenta. Lo veía todo negro. Volvió a hablar de lo que lo obsesionaba.

—Este tipo es fenomenal —dijo el hombre—. Está absolutamente decidido a que todo el mundo se interese por su cólera. Puedo hablarle *ad libitum* del cólera y la peste. Pero, créame usted, vale más mirar las flores primaverales de esta encantadora personita.

—Esta personita sólo seguirá siendo encantadora en el caso de que no se muera del cólera —dijo Angelo secamente.

—Convengo, jovencito, en que tiene usted una manera particular de ver las cosas. El valor real de ésta es, sin embargo, discutible, y permita que se lo haga observar un viejo médico. La experiencia me permite afirmar que somos incapaces de discernir en el encadenamiento de los hechos aquello que producirá lo bueno o lo malo. He visto fluxiones de pecho curadas por ántrax monstruosos, canceriformes y muy repugnantes.

Señor, en todo habéis puesto un negro misterio.

»Un discernimiento perfecto, tajante, elemental y que nunca falla, siempre y cuando se aplique a los sentidos. Ahora bien, los sentidos actúan sobre lo inmediato. De ahí mi humildad. ¿De qué le serviría saber si la señorita seguirá siendo encantadora, ya que lo es? En fin, ¿qué desea usted exactamente de mí?

—Muy sencillo —dijo Angelo—. Es usted médico; debe, pues, conocer remedios. Acaso tenga algunos en ese armario. Andamos por los caminos sin más recurso que nuestra voluntad de vivir. Y temo que eso solo no baste en los tiempos que corren. Creo que los calomelanos e incluso, quizá, el elixir paregórico...

—¡Fruslerías! ¡Los calomelanos, el elixir paregórico! ¿Cuál es el...?

—Pero —dijo la joven dama— acerca de ese encadenamiento de hechos que parecía concernirme, si he comprendido bien, y del que muy agudamente señaló usted la oscuridad, yo tengo algo que decir, y es que deseo llegar a centenaria, como todo el mundo.

—¡Profundo error, profundo error! —dijo el hombre—. Pero su interrupción me ha salvado de decir dos o tres groserías que tenía en la punta de la lengua y que no son para ser proferidas aquí, jóvenes amigos míos.

Bellas frentes ingenuas que os incliináis a mi alrededor,
bocas de dientes de esmalte que siempre decís: ¿por qué?

»Pero tomémonos las cosas con calma y bebamos este ron que, se lo aseguro, vale por todos los calomelanos del mundo.

—Sí —dijo Angelo muy serio—, este aguardiente es excelente.

—Todo es excelente —dijo el hombre—. Si me tomo la molestia de hablarle del cólera, va a quedar asombrado. Ha visto cómo campaba a sus anchas por todas partes, y eso le ha hecho pensar que había bastantes cosas que ocultar, lo cual le resulta fácil, porque es joven; pero ver cómo invade un cuerpo el cólera es algo que predispone a la franqueza. Sin embargo, para tener un conocimiento, aunque sólo sea aproximado, de esas suntuosas panateneas es necesario, ante todo, familiarizarse con los paisajes en los que se desarrollan esas fiestas. El hígado, el bazo y el estómago, de los que le he hablado hace un rato, son palabras que enseguida están dichas, pero ¿qué son en realidad? ¿Qué son, sobre todo, antes de que uno esté tendido en la mesa de mármol de las autopsias? Llegados a este punto, no sirven ya para gran cosa: Son pequeños fuegos de artificio, cuentecillos, apenas útiles para influir en la opinión pública y mantener el decoro. Pero hoy día, para usted y para mí, por ejemplo, y para esa enorme multitud, fíjese bien, de hombres y mujeres vivos y que van a seguir viviendo, ¿qué es todo eso? No es mi intención soltarles un discursillo; no se trata, ni mucho menos, de anatomía. Un hígado de adulto, colocado en posición vertical y rebosante de salud en un hombre o una mujer, es un hermoso órgano. Aquí no necesitamos a Claude Bernard.

[14] Bernard nos dice que el hígado fabrica azúcar. Según él, ¿estamos más seguros en el mar si sabemos que fabrica sal? Si queremos tener una pequeña idea de la aventura humana, no necesitamos a Claude Bernard, sino a La Pérouse

[15] y a Dumont d'Urville,

[16] o, mejor aún, a los grandes descubridores visionarios, como Cristóbal Colón, Magallanes, Marco Polo. He disecado todo el hígado humano que he querido con mis bisturíes. Me he asegurado los lentes sobre las narices y he dicho: «Vamos a ver» como todo el mundo. ¿Qué he visto? Que en ocasiones estaba infartado o corrompido, congestionado u obstruido, y que a veces se adhería al diafragma. ¡Valientes enseñanzas!

Les explicó entonces su huésped a Angelo y la joven dama, que sostenía la teoría de que el hígado es semejante a un extraordinario océano, en el que la sonda no toca jamás fondo y que conduce a Malabares, a Américas, a suntuosas navegaciones por espacios que se extendían entre el azul del cielo y el azul del mar. Como era de prever, ello le había valido ser tratado de espíritu no científico, y hasta de asno, por clínicos que, como cualquier hijo de vecino, atribulan sus cóleras y sus indignaciones a su hígado sin pararse a pensar ni por un momento que si esa falta de lógica era producto del azúcar, se trataba en todo caso de un azúcar con el que serla difícil que endulzaran su café.

Claro está que, dados los caminos objetivos por los que se internaba la ciencia experimental, no le aconsejaba a nadie que hablara de monstruos, de islas de Pascua, de tormentas, de frescas brisas, de languideces, de cabañas indígenas, de buganvillas, de casias, de oro, de centellas, de gaviotas y, en una palabra, de todo lo preciso para cambiar de cielo y de sueños, a propósito del hígado. A menos que quien lo hiciera estuviera, como él, decidido a soportar los sarcasmos y a tragar quina.

—Porque, denme ustedes un hígado y un esqueleto, de hombre o de mujer, *ad libitum*. Meto lo uno dentro de lo otro y ya tenemos con qué emprender, lograr o malograr todas las vicisitudes de la vida meditativa o de la vida en sociedad. Asesino a Fualdès y a Paul-Louis Courier. Compro negros, los manumito, hago con ellos paté o los utilizo para la política partidista en las asambleas consultivas. Invento, fundo la Compañía de Jesús y la hago funcionar, amo, odio, acaricio y mato, sin hablar de la mano de mi hermana en el pantalón del zuavo que asegura la perennidad de la especie.

A continuación el hombre hizo hincapié en lo siguiente: esos ejemplos no habían sido tomados al azar. Quería decir que aquí no teníamos sólo el generador de los actos en bruto, sino el de todas las combinaciones y fiorituras: el organillo para ahogar los gritos de la víctima, la mujer adúltera llena de bosques nocturnos, de tiros de fusil y de aperturas de testamento, en fin, toda la comedia, incluso la que se representa no ya bajo todas las frentes sino bajo todos los frontones, como tenía el honor de precisar.

Sólo le quedaba enrollar al lado de eso algunos metros de tripa, sin olvidar la del intestino cular, que proporciona espacio y lirismo, colocar los riñones, un bazo, algunas vísceras adventicias, y podía meter en toda la gama de las pasiones tantos bemoles y sostenidos como necesitara ese magnífico animal de dos patas, mentiroso por excelencia. ¿Era preciso decir que no daba a la palabra mentiroso un sentido peyorativo? Sabía ser cuando era necesario tan objetivo como cualquiera.

Paréntesis. El hombre quería destacar lo bien fundamentada que estaba su manera de ver las cosas. El cólera es una enfermedad más compleja de lo que parece; no se transmite por contagio, sino por *proselitismo*. Antes de ir más lejos era necesario considerar una cosa muy importante. Supongamos que tenemos a un hombre, o una mujer, abierto de la cabeza a los pies como un buey en el mostrador sobre el cual se inclina el facultativo con todo su instrumental. Este último puede saber muy bien de qué ha muerto el hombre, o la mujer. Pero el sentido profundo del «porqué» es otro asunto. Un asunto que, para ser esclarecido, necesitaría el conocimiento de «cómo» ha vivido ese hombre, o esa mujer. Ocurre que ese hombre, o esa mujer, ha amado, odiado, y mentido y ha sido objeto del amor, el odio y las mentiras de los demás. Pero de eso no queda ninguna huella en la autopsia. Ese hombre, o esa mujer, ha amado, y yo lo ignoro. Ha odiado, sin que yo sepa a quién ni de qué manera. Ha gozado y sufrido: ¡todo es polvo! ¿Quién nos asegura que no hay ninguna relación, ni próxima ni remota, entre esta bilis verdosa que llena los intestinos y el amor? Cuando es un amor verdadero, profundo, tal como debe ser, y ha durado diez o veinte años, incluso aunque haya sido sentido por diversas personas, se lo concedo, ¿quién me garantiza que el odio y los celos no sean responsables, al menos en parte, de esas manchas purpúreas y lívidas, de esa carbonilla interna que descubro en los folículos mucosos del intestino? ¿Quién sostendrá que la centella azul del goce, llena de pavos reales salvajes, se ha abatido miles de veces sobre este organismo sin dejar huellas en él? ¿Serán acaso éstas que estoy viendo? Cerremos el paréntesis.

—No, señorita, no he hablado del corazón: es una labor femenina. Es un león que llevamos bordado en la camisa. Nada hay que se le asemeje en mis autopsias. En el lugar que usted me indica hallo una bomba aspirante y expelente que hace su trabajo, y, cuando se para, uno lo nota en seguida. Deje tranquilos a San Vicente de Paúl y compañía. Viene de otra parte. Viene del océano violeta. Emerge de las aguas profundas, reluciente de ese extraño azúcar tan caro a Claude Bernard. Es una variante de «Venus aferrada por completo a su presa». Con jugo gástrico soy capaz de fabricarle toda la clemencia, igual a la de Augusto, que quiera, y don Juan sólo me pide un segundo de distracción en mis dosis. El libre arbitrio es un manual

de química.

Esperaba ver en sus oyentes un arranque de orgullo. Pero no se producía. ¿No? ¿Seguro?

—Quiero hacerles notar —les dijo— que esa supuesta humildad que muestran ustedes es resultado, simplemente, de la pereza ocasionada por la digestión, cerca de un buen fuego, tras un opíparo almuerzo y mientras fuera hace un tiempo extraordinario, un tiempo que continúa, si no me equivoco, y que hasta encrespa y se embellece más. Y también, para qué vamos a engañarnos, por el placer evidente que experimenta todo el mundo cuando me escucha discurrir sobre este tema. Pero en su interior ustedes están absolutamente convencidos de que no tienen nada de común con esas combinaciones químicas. Acarician subrepticiamente el león bordado sobre su camisa. Debajo tienen lo más íntimo de su ser. Y lo más íntimo del propio ser, en los dos sexos, es muy sensible.

»Pues bien, no quiero que lo ignoren por más tiempo: el cólera no es una enfermedad: *es un arranque de orgullo*. Un arranque de orgullo a escala de las grandes profundidades y de las vastas extensiones de que les he hablado hace un rato; a escala de las extrañas posibilidades de esas extensiones y esos abismos. Una hipertrofia de las fiorituras, por así decirlo; un organillo a la medida de una química desmesurada; el león bordado que se apoya en lo más íntimo de sus seres y que, de repente, adquiere un cuerpo y unas proporciones antediluvianos. Todo eso termina, desde luego, en la ineluctable química. Pero ¡qué hermoso fuego de artificio!

»¿Saben cuál es el mejor atlas anatómico? Es un mapa, un mapa de la Ternura con unas Indias Orientales *de verdad*. Donde cuando es mediodía en París son las cinco de la mañana en Ceilán, mediodía en Tahiti y las seis de la tarde en Lima. Mientras que un camello agoniza entre el polvo del Karakorum, una modistilla bebe champán en el Café Inglés, una familia de cocodrilos baja por el Amazonas, una manada de elefantes atraviesa el ecuador, una vicuña cargada con borato de sosa le escupe a la cara al arriero que la conduce en un sendero de los Andes, una ballena flota entre el Cabo Norte y las Lofoten y se celebra la fiesta de la Virgen en Bolivia. El globo terráqueo gira, no se sabe por qué ni cómo, en la soledad y las tinieblas.

Nuevo paréntesis.

—Hablemos por los codos. Escudriñémoslo todo a diestra y siniestra. ¿Han examinado de cerca ese fuego de artificio llamado girándula? ¿Qué es? Es, sencillamente, cartón, pólvora, varillas de madera y alambre. Cartón que tardará veinte años, cien años, mil años en vivir su vida de cartón. ¡Triste cosa que la vida del cartón! Sea azul, amarillo, rojo, verde o gris, los colores no me molestan, los admito todos, la vida del cartón no vale un comino. Sin embargo, Champollion halló cartón en Egipto, un cartón que vivía desde hace tres mil años y que sigue viviendo en una vitrina. ¿Se imaginan los amores y las alegrías del cartón, los padecimientos y las penas del cartón? Pero enciendan la mecha del cartucho de cartón en la plaza de la aldea. ¡Qué girándula! Todo el mundo grita: «¡Ah! ¡Ah!»

»*Arranque de orgullo*. En ese momento nada cuenta ya, excepto el arranque y el orgullo. Todo estalla: familia y patria. Tristán se ha prendido fuego a sí mismo; revienta dentro de su pellejo, literalmente. Y Julieta también, y Antonio y Cleopatra, y todos los héroes y heroínas. Cada uno para sí. Te amo y me amas; es muy lindo, pero ¿quién me dará las razones para persistir en esos compromisos, en esos términos medios, y en esas *pequeñas muertes*, puesto que los abismos de mi hígado emergen las mejores razones del mundo para *ir más allá*?

»Pero dejémonos de bromas, al menos por el momento. Me han hecho el honor, creo, de preguntarme acerca del cólera. Estoy dispuesto a contestar.

»Entren ustedes, entremos, en esos cinco o seis pies cúbicos de carne que va a inficionarse de cólera, de carne presa ya de los prodromos de ese *cáncer de la razón pura*, de carne fatigada de los rodeos que le impone su materia gris y que de pronto razona con la ayuda de sus misterios y trabaja a marchas forzadas.

»¿Qué pasó al principio? Nadie puede decirlo. Sin duda, inmediatamente después, una ola solitaria, alta de quince o veinte metros y larga de setecientos mil a ochocientos mil y que corre a la velocidad de dos nudos por segundo, recorrió el océano chato como la mano. Antes y después, sobre las aguas, la primavera florecía. No había ruidos broncos ni espuma, ni rompientes ni nada desapacible, en esas vastas y profundas extensiones *que no se asombran de nada*. Era agua que se desplazaba dentro del agua y sin coincidencia para darse cuenta de ello.

»Hasta ahí todo ha comenzado pero nada ha cambiado. Adolphe Marie o François siguen como siempre al lado del incipiente colérico y, como siempre, lo aman, o lo detestan. Es cuestión de tres segundos.

Quería, dijo, hacer una descripción, por más que debería ser aproximada, pues, sintiéndolo mucho, otra cosa no podía, de la manera con que por fin la conciencia humana se sentía despojada de todas sus alegrías. Incluso su recuerdo queda borrado. Comparó esas alegrías con pájaros. Con pájaros migratorios en primer

lugar, con los que alegran las comarcas más diversas según la época y la estación, y, luego, en particular, con los famosos pavos reales salvajes. Pavos reales de vuelo majestuoso que emprenden la huida en bandadas triangulares más rápidamente que los colimbos, los chorlitos, las becadas, los patos verdes y los tordos.

El cielo está lleno, desbordantemente lleno, de todas esas aves que huyen, no hacia el horizonte, sino hacia el cenit. Tantas son las que hay en él, que lo obstruyen, sus alturas se colapsan, y sufre.

Es el momento en que el rostro del colérico refleja ese estupor que se denomina característico. Sus alegrías extenuadas están ahora aterrorizadas por algo más allá de su debilidad, por no se sabe qué, de lo que huyen hasta más allá del lejano norte, donde desaparecen. ¡Oh, Dios mío, Adolphe, Marie, François! ¿Qué tienes? Tiene que revienta, hablando cortésmente, *que revienta de orgullo*. Desde ese momento se burla de la carne y de la carne de su carne. *Se deja llevar de su idea*.

Algunas veces, sin embargo, una mano se ase todavía a un delantal, a la solapa de un traje, a un amigo, a una amiga. Pero los pájaros sedentarios, los gorriones, los abejarucos, los ruiseñores, hay que tener en cuenta a los ruiseñores, ¡cuánta gente se alegra con ellos, sobre todo en las noches primaverales!, todos los que se nutren de basura, de desechos, de gusanos y de insectos que se encuentran alrededor del lugar donde se vive habitualmente con sólo dar unos saltitos, *todos los hígados sedentarios*, escurren el bulto. Aprenden de un solo golpe a organizarse en bandadas triangulares de vuelo majestuoso. El miedo pone alas y despierta el ingenio. El día se oscurece. El estupor no basta ya; es preciso vacilar y dejarse caer donde se esté: en la mesa, en la calle, en el amor, en el odio, y ocuparse de cosas mucho más íntimas, personales y apasionantes.

El hombre consideraba que Angelo era un ejemplar casi perfecto del caballero atento y encantador.

—Ha logrado interesarme y, por qué no decirlo, seducirme, simplemente, a causa de esos problemas con sus pantalones, lo que no está al alcance de todo el mundo. En cuanto a la señorita, bueno, he estado siempre a la merced de esas caritas triangulares. Pero ¿cuál era la finalidad formal de todo esto? El pericardio lleno de un humor sanguinolento, el tejido celular cubierto de una red varicosa llena de una sangre negra licuada, el bajo vientre meteorizado, tomen nota de esta palabra, la bilis negra, el pulmón blanco, los bronquios rojizos y espumosos enseñan más que mil años de filosofía. Y ocurre que precisamente en ese estado hallaremos el interior de Adolphe, de Marie y de François vaciado de pájaros. O de usted mismo, ¿por qué no?

»Si no fuera más que eso, la verdad estaría al alcance de todos los bolsillos, a la merced de un milagro; pero no se puede encender sólo la mitad de una girándula cuando se le prende fuego a la mecha.

Tercer paréntesis.

—¿Han visto alguna erupción volcánica? Yo tampoco. Pero era fácil imaginar el momento en que, abolido el sol por las cenizas, los humos y los vapores mefíticos, una nueva luz se levanta del cráter en llamas. He aquí las primeras luces del día que poco a poco va a aclarar el otro lado de las cosas. El colérico no puede ya despegar los ojos del espectáculo. ¡Ni siquiera Jesús, María o José querrían perderse ni una migaja de él!

»Es necesario entrar en algunos detalles. ¿Tienen ustedes una noción, siquiera elemental, de la carne humana? Nada hay de asombroso en eso. La mayor parte de la gente comparte esa ignorancia. Lo cual es tanto más extraño cuanto que el hombre hace un consumo continuo de carne humana sin ni siquiera saber que lo es. ¿Quién no ha visto al mundo cambiar, ennegrecerse o florecer porque una mano no toca ya la suya o porque lo acarician unos labios? Pero todo el mundo tiene la misma ignorancia, y además de buena fe. Sin hablar de la propia carne, que quemamos a paladas a lo largo de los días por un sí o por un no.

»Es tan poca cosa, que no es nada. Le bastaba recordar el aire de despecho que tenían los dos en medio de la tormenta cuando los descubrí bajo el arco arruinado para persuadirse de que estaban listos a sacrificarse el uno por el otro. Pero veamos, eso saltaba a la vista, y no tenían por qué tomárselo a broma, sobre todo la señorita. Le dijo que confesara que tenía miedo por Angelo. No se confiesan nunca esas cosas francamente, y es lástima; pero todo es cuestión de compromisos habituales, de medias tintas, de bemoles y de sostenidos. Lo cual no quita que estuvieran, sencillamente, decididos a sacrificarse por una cierta cantidad de sales y de aguas; por todo un trabajo de fontanero, de cañerías y de cordones de timbre.

No era su intención entrar ahora en consideraciones interminables. Eso bastaba. Todo el mundo conoce la vanidad de los seres y de las cosas. La gente, sin embargo, seguía asombrándose de la indiferencia de los coléricos en pleno ataque hacia quienes los rodean y a menudo hacia la abnegación y la valentía con que los cuidan. En la mayor parte de las enfermedades el enfermo se interesa por quienes lo atienden. Se han visto pacientes que, a punto de morir, derraman lágrimas por los seres queridos o piden noticias de alguna tía. El colérico no es un paciente: *es un impaciente*. Porque acaba de comprender demasiadas cosas esenciales. Y tiene prisa por conocer más. Sólo eso le interesa. «Si ustedes tuvieran el cólera», les dijo,

«dejarían de interesarse el uno por el otro en lo más mínimo. *Habrían hallado algo mejor*.»

—Sintiéndolo mucho, es así, tal como se lo acabo de decir, no obstante las muestras evidentes del profundo apego que ustedes se tienen. Aquí es donde debe hablarse de cuidados *celosos*. El ser querido deja a quienes lo cuidan, y por una nueva pasión que saben definitiva. Por lo demás, si aún permanece en sus brazos, está agitado por temblores y espasmos y dolorido por un cuerpo a cuerpo del que ellos son excluidos.

»Ésa es la razón por la cual le dije hace un rato que su mediquillo no era totalmente bueno o que lo era demasiado. Hubiera debido agregar que, en todo caso, pecaba por falta de elegancia. No supo decidirse. Se aferraba a todo el mundo. ¿Y para qué? Para acabar siguiendo el ejemplo.

»Pero esto, como siempre, es cuestión de temperamento. Volvamos a nuestras cañerías, cordones de timbre y otras fruslerías.

»Si todo eso no significara nada, sería divertido. No habría curiosidad ni orgullo. Seríamos propiamente eternos. Pero he aquí enormes globos de fuego que desbordan pesadamente del cráter, nubes incandescentes que reemplazan el cielo. El colérico está prodigiosamente interesado. Su único objetivo desde ese momento es conocer cada vez más.

»¿Qué es lo que siente? Una tontería: tiene frío en los pies. Tiene las manos heladas. Tiene frío en lo que se llaman las extremidades. Su sangre se retira. Su sangre se precipita en los lugares donde se representa el espectáculo, del que no quiere perderse ni un segundo.

»Lo cierto es que no hay gran cosa por ver. En principio, no hay nada que hacer. Cataplasmas sobre piernas de palo las hay, como ya pueden imaginarse, en variedades infinitas. Los calomelanos son un remedio. No, no tengo. ¿Qué quiere que haga yo con él? También está el jarabe de goma aromatizada con flor de naranjo. Puede elegirse entre las sanguijuelas en el ano y la sangría; para pensar en eso no es preciso ser muy ducho. Se hacen también lavajes, con cato, ratania tratada con quinina, menta, manzanilla, tilo, melisa. En Polonia se da un grano de belladona; en Londres, dos granos de subnitrato de bismuto. Se aplican ventosas en el epigastrio y sinapismos en el abdomen. Se administra, hermosa palabra, hidroclorato de soda o acetato de plomo.

»El mejor remedio sería éste: ser preferido. Pero, ya lo ven ustedes, no se dispone de nada para ofrecer *a cambio*, es decir, para reemplazar la nueva pasión. Se busca un específico capaz de neutralizar la acción tóxica de acuerdo con la fórmula de las gentes doctas cuando lo necesario sería hacerse preferir, ofrecer más de lo que da ese arranque de orgullo: en una palabra, *ser más fuerte, más hermoso o más seductor que la muerte*.

»Iba a hacerles una confidencia; pero no, la confidencia se quedaría en eso. No diré una palabra más a ese propósito. Los ruegos, las carantoñas y toda su simpatía son inútiles. Si me conociera mejor, sabría que, cuando he decidido callarme, no cedo jamás a la tentación de hablar.

En cambio, le habían pedido una descripción del cólera. Estaba de acuerdo: la iban a tener. Pero que no se taparan los oídos, por favor. Hacía un rato aquel joven parecía dispuesto a comérselo crudo si no accedía a sus deseos. Le había refregado por las narices a la joven so pretexto de que era preciso salvarla a toda costa. ¿Por qué había de ser preciso? Era una pregunta que Angelo ni siquiera se hacía. ¿Por qué había de ser preciso que él o el resto del mundo fueran de la opinión de su joven invitado? ¿Y salvar qué? Volvió a preguntárselo.

No lo asustaban en lo más mínimo las actitudes altivas: «Siéntese y siga bebiendo su ron, es más sensato.» Era un anciano. Hacía mucho, muchísimo, que había perdido sus ardores juveniles. ¿De qué servían el sable, las pistolas, el duelo que le proponía tan amablemente y con una fogosidad tan regocijante? ¿*Acaso era él el creador del mundo*?

—Si vuelvo a hacerles confidencias, es, sencillamente, porque creo estar en compañía de personas razonables y cuya fisonomía me resulta simpática, a pesar de que están en esa edad ingrata que lleva fácilmente a las actitudes extremas. ¡Bendigan su juventud, que les permite contemplar la muerte sin desconfianza ni terror!

»El colérico ya no tiene cara: tiene una *facies*, una facies *eminentemente colérica*. El ojo, hundido en su órbita y como atrofiado, está rodeado de un círculo lívido y cubierto a medias por el párpado. Manifiesta una gran agitación del alma o bien una especie de anonadamiento. La parte de la esclerótica que se ve, está afectada de equimosis; la pupila, que se ha dilatado, ya no volverá a contraerse. Esos ojos nunca volverán a derramar lágrimas. Las cejas y los párpados están impregnados de una materia seca y grisácea. Son unos ojos que han quedado enormemente abiertos en medio de una lluvia de cenizas y que sólo pueden ser halos, gigantescas luciérnagas y relámpagos.

»Las mejillas están descarnadas, la boca entreabierta, los labios adheridos a los dientes. Los arcos

alveolares se han aproximado entre sí, y la respiración, al pasar a través de ellos, se vuelve sonora. Es un niño que parece imitar de un modo monstruoso el ruido de una olla al hervir. La lengua está engrosada y blanda, más bien rojiza, y cubierta de una sustancia amarillenta.

»El frío, que al principio se notaba en los pies, las rodillas y las manos, tiende a invadir todo el cuerpo. La nariz, los pómulos y las orejas se hielan. El aliento es frío y el pulso lento, de una debilidad extrema, y se acentúa cada vez más declive de la existencia fisiológica.

»Con todo, a pesar de su estado, el colérico responde con lucidez si le preguntan. Tiene la voz cascada, pero no divaga. Ve con claridad, *y desde ambos lados*. Si elige, es con todo conocimiento de causa.

El hombre hizo hincapié en que esto ocurría con mucha mayor rapidez de lo que se tardaba en explicarlo. Todo sucedía en un instante al tiempo que la gente gritaba, se precipitaba, estrechaba en sus brazos al deudo, al pariente o al amigo y se preguntaba: «¿Qué se puede hacer? ¡Está perdido!»

Tal como les había dicho antes, no había presenciado nunca la erupción de un volcán; sin embargo, se la imaginaba bastante bien, y debía haber en medio del espectáculo de esas convulsiones un instante extremadamente trágico y sin duda de propiedades hipnóticas: era aquel en el que el festín de fuego surgía de las entrañas de la tierra y caía rugiendo sobre la vida. A pesar de que acerca de aquella materia sólo había leído lo que dicen los clásicos, no le era difícil representarse mentalmente aquellos rugidos descomunales, aquellas brutalidades incandescentes, cenicientas, mefíticas y, probablemente, eléctricas. No sería extraño encontrarse con una sorpresa semejante, y dada una demostración tan palmaria de nuestra nulidad, era probable que toda la sal e incluso todo el azúcar del señor Claude Bernard se convirtieran en una estatua.

—Algunos de mis colegas, pues no todos están ciegos, han hablado de una «asfixia colérica». Incluso creí por un momento que serían capaces de comprender y de expresar un poco más de lo que les insufla la ciencia cuando añadieron esa frase encantadora y muy acertada: «El aire va siempre a la sangre, pero la sangre no va nunca al aire.» Después de esta, lo repito, inteligentísima observación, me hubiera gustado oírles pronunciar el nombre de Casandra; inmediatamente después, y sólo para demostrar que lo habían comprendido.

»He hablado de proselitismo; es que nadie puede resistirse a la necesidad de predecir el futuro, es decir, la verdad, la verdad que está en el huevo.

»He pensado a menudo que quizá haya un momento en que el colérico sufra, y sin duda de una manera abominable, no ya en su orgullo, como hasta ahora, que es lo que lo empuja a seguir adelante, sino en su amor, y es esto lo que podría retenerlo a nuestro lado.

»Abro un nuevo paréntesis. Lo cerraré rápidamente, no se inquieten, pero es necesario. Es de observar que el cólera, como bien saben, afecta a todo el mundo, sin distinciones, y no se anda con rodeos. Se toma de repente la decisión de coger el cólera en medio de otras decisiones mucho más meditadas y más sensatas y a las que nos llevan las costumbres de la sociedad. Y los seres que menos capaces parecen de tomarla son los primeros en hacerlo: tanto la madre de familia como la enamorada o el ama de casa, tanto el paisano como el soldado, tanto el pintor de brocha gorda como el de batallas. Ni siquiera la mediocridad impide tomarla; incluso la felicidad provoca el cólera, lo cual no tiene nada de extraño. Cerremos el paréntesis, pero guarden bien en su alma lo que contiene. En realidad, somos bastante más de lo que creemos.

»Se pretende, pues, que el colérico sufre abominablemente. Se dice que no hay nada comparable al suplicio de esos cadáveres vivientes que son conscientes de todo el horror de su situación. Esto ocurre, evidentemente, como creo que ustedes deben comprender, en un estado que carece de dimensión y de duración; precisemos ese horror: cuando están en los haces de fuego, en las olas de chispas, en los ríos de lava viscosa, en los abanicos de luz. Su cuerpo está sordo, ciego, mudo, *insensible*. Es decir, que ya no tienen ni mano, ni pie, ni boca, ni uña, ni pelo, ni pluma. Y, sin embargo, están lúcidos. Siguen oyendo, siguen viendo lo que los rodea, siguen conscientes del ruido de la calle y del de la olla que está en el fuego, del roce de la tela, de los gemidos, del color rojo de una bata, de la negrura de un bigote, del zumbido de las moscas.

»Si hay sufrimiento, es aquí donde se instala. Digo si lo hay, porque, ¿tenemos alguna prueba de este sufrimiento? ¿Los espasmos? ¿Las convulsiones? ¿Los jadeos? ¿Los gritos? ¿El rechinar de dientes? ¿Estamos seguros de conocer las verdaderas manifestaciones exteriores de la alegría?

»Pero si es posible que haya un relámpago de sufrimiento, de verdadero sufrimiento, de sufrimiento abominable, creo que está presente. Utilizo el condicional para tratar, como todo el mundo, de ser objetivo, para no cortar todos los puentes, para dejar una posibilidad. Es un momento en el que, bajo una lluvia de cenizas, el colérico se pregunta si *todo eso* vale la pena, si no sería mejor dejarse de zarandajas y seguir su vida como hasta entonces.

»El enfermo se encuentra en un estado de extrema agitación. Trata de desembarazarse de todo aquello con lo que lo cubren, se queja de un calor insoportable, tiene sed; olvidando todo pudor, salta de la cama y muestra con furia sus vergüenzas. Mientras tanto, la piel se le ha enfriado al tiempo que la invade un sudor frío que pronto se volverá viscoso y hace que al tocarlo se tenga la sensación desagradable del contacto con un animal de sangre fría.

»El pulso se debilita cada vez más, pero siempre es rápido. Las extremidades se tiñen de un color azulado. La nariz, las orejas y los dedos se vuelven cianóticos; placas de esta misma naturaleza se van extendiendo por el cuerpo.

»El adelgazamiento que habíamos advertido en la cara se hace evidente por doquier. La piel, carente de elasticidad, es pellizcada con facilidad por los dedos *y conserva la huella que se le imprime*.

»La voz se extingue. El enfermo sólo puede emitir suspiros cuando intenta hablar. El aliento tiene un olor nauseabundo que resulta imposible de describir, pero que no se olvida nunca.

»Por fin llega la calma. La muerte no está lejos.

»He visto a enfermos salir de ese coma, sentarse y, durante algunos segundos, *tratar ansiosamente de respirar* mientras se llevaban las manos a la garganta para indicarme, por medio de una pantomima tan dolorosa como expresiva, que tenía una atroz sensación de asfixia.

»Los ojos están convulsos y vueltos hacia arriba; han perdido su brillo, y la córnea se ha espesado. La boca, entreabierta, deja ver una lengua engrosada y llena de suciedad. El pecho ya no se levanta. Algunos suspiros. Todo se acabó. El enfermo sabe muy bien qué debe pensar de las muestras exteriores de respeto.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

Angelo y la joven dama pasaron la noche junto al fuego, en los sillones. A la mañana siguiente el cielo estaba claro.

—Están a diez leguas de Gap —les dijo el hombre del redingote—, y no tienen pérdida. Saliendo de aquí hallarán de siete a ocho casas que constituyen lo que la gente llama Saint-Martin-le-Jeune y, en medio de ellas, una encrucijada donde el camino que seguían ayer empalma con una carretera secundaria. No hay dificultades. Por esa carretera recorrerán cinco leguas. Es una región sana como la niña de mis ojos. Así llegarán al borde de la meseta. Desde allí descubrirán, a cien metros debajo de sus narices, la carretera de Gap. Bajen y siéntense a esperar. Hace dos días pasaba por ella la diligencia. No hay barreras, en ninguna parte. O, si tienen dinero, lléguense hasta el caserío que está entre los castaños. Hay una casa de postas.

Les rogó que aceptaran una botellita de ron y un puñado de granos de café.

Las cosas ocurrieron tal como les había dicho. Las gentes de Saint-Martin-le-Jeune se dedicaban a sus ocupaciones. Uno, sentado en el suelo, afilaba su guadaña; otro observaba el tiempo y le dijo a Angelo que había sol para tres días.

El aire estaba tibio. Era uno de esos días de otoño que parecen de primavera. La vegetación de hojas duras de la meseta, que la pasada lluvia había limpiado, brillaba como el mar. Un olor a setas extremadamente suave se desprendía del pie de los enebros y los bojes. Un viento ligero, salpicado de ráfagas frías, daba al aire un vigor y una virtud sin par. Hasta el mulo estaba contento.

La joven dama marchaba muy alegremente, y, al igual que Angelo, se extasiaba a cada instante con la pureza del cielo y la belleza de los macizos montañosos, del color de la camelia y perdidos en la bruma matinal, hacia los cuales se dirigían.

Encontraron cuervos que temían al hombre. Se cruzaron con un caminante que volvía a Saint-Martin llevando un saco de pan. Aquella soledad estaba llena de alegría.

Incluso después de varias leguas, cuando había desaparecido toda huella de vida humana y atravesaban un pequeño bosque de pinos silvestres muy achaparrados, la luz, el aire, los perfumes de la tierra, seguían llenando de alegría a los dos viajeros. Por primera vez gozaban de aquel viaje.

—Pronto llegaremos —dijo la joven dama.

—Necesitaré por lo menos dos días más —dijo Angelo— para estar al otro lado de esas montañas que tienen un color tan bonito.

—Me gustaría que se quedara un par de días en Théus. Deseo agradecerle su ayuda, y, por lo demás, no me ha visto nunca bien vestida, salvo esa noche en Manosque en que me había acicalado por razones que nada tenían que ver con usted.

—Me quedaré el tiempo necesario para comprar un caballo —dijo Angelo—; no vea en ello una falta de cortesía ni indiferencia por sus galas y su elegancia cuando quiere agasajar a alguien. Pero no me pertenezco. Es realmente preciso que combata por la causa de la libertad.

La alegría que lo invadía se comunicaba a su vieja pasión, y habló de sacrificar su vida por la dicha de la humanidad.

—Es una noble causa —dijo ella.

Angelo, a pesar de su arrebato, la miró atentamente para ver si había pronunciado esa frase con tono irónico. Pero ella estaba seria, demasiado seria, quizá.

La joven dama, le habló de su cuñada, que era, al parecer, muy excéntrica y muy buena, una anciana dama torturada, en otros tiempos por un marido encantador. El castillo de Théus, aunque campesino, tenía mucho encanto y sus rústicas terrazas dominaban el curso más tumultuoso del Durance frente a un

extravagante decorado de montañas. Encontraría caballos muy aceptables en la pequeña y próxima comarca de Remollon. Allí podría elegir el que más le conviniera.

Angelo se excusó. Sería, desde luego, el primero en solicitar la hospitalidad de la señora de Théus.

—Ése es también mi nombre —dijo ella.

—¡Ah! Muy bien, entonces solicitaría la hospitalidad de las dos señoras de Théus, y le pediría como una gracia a la más joven que se sirviera mostrarse en traje de noche y con todas sus galas.

«Será preciso», se decía, «que elija mi caballo con mucho cuidado. Acaso me vea obligado a contar con él para intervenir en algún gallardo lance en cuanto haya pasado la frontera. El caballo que necesito para eso no se elige en un periquete.»

Hicieron alto a mediodía en la soledad dorada por el sol. Prepararon té y descansaron alrededor de una hora. Estaban sentados al pie de un pino, sobre un altozano cubierto de agujas blandas y tibias, frente al milagroso paisaje de la meseta llena de una luz que las vaporosas montañas parecían contener como un licor de oro en el fondo de un bol azul. La joven dama cerró los ojos y se adormeció. Dormía, y hasta emitía algunos ruiditos un poco fuertes, aunque graciosos, cuando Angelo la despertó.

—Lo lamento —dijo él—, pero debemos llegar antes de que caiga la noche a esa famosa carretera. Iremos a la casa de postas y dormirá usted en una cama. Vamos, es el último esfuerzo.

Le propuso que volviera a montar en el mulo. Pero ella se opuso con insistencia y dio los primeros pasos todavía adormecida, pero con una sonrisa encantadora.

Poco antes de que comenzara a anochecer llegaron al borde de la meseta. Todo era como se lo había descrito el hombre del redingote. La carretera pasaba más o menos a cien metros por debajo de ellos.

—Y ahí está el bosquecillo de álamos —dijo Angelo— con la pequeña aldea. Y la casa de postas.

Pero ella lo miraba con aire estúpido. Antes de que él gritara: «¿Qué tiene usted, Pauline?», le respondió con una especie de sonrisita refleja, aun encantadora, y se tumbó, lentamente, plegando las rodillas y doblando la cabeza, con los brazos caídos.

Cuando Angelo corrió hacia ella, abrió los ojos y se esforzó manifiestamente por hablar, pero sólo pudo arrojar una pequeña bocanada de materias blancas y grumosas parecidas a pasta de arroz.

Angelo arrancó los bastos del mulo, extendió su gran capa sobre la hierba y envolvió en ella a la joven dama. Procuró hacerle beber un poco de ron. Su nuca estaba ya dura como un leño y, sin embargo, era agitada por incesantes temblores, como si alguien llamara dando grandes golpes en las profundidades de su cuerpo.

Angelo oyó esas extrañas llamadas, a las cuales todo el cuerpo de la joven dama respondía. Se sentía vacío de ideas. Tuvo únicamente conciencia de que la noche caía y de que estaba solo. Pensó luego en el mediquillo, pero como algo sin importancia. Arrastró entonces el cuerpo de la joven dama hacia el interior de los matorrales alejándolo de la carretera. Esa región, en la que el contagio no había hecho víctimas aún, sería sin duda campo abonado para toda clase de barbaridades en cuanto se propagara la noticia de la primera. Recordaba al hombre de la bolsa de pan, con el que se habían cruzado esa misma mañana por la carretera...

Le quitó las botas a la joven dama. Sus piernas estaban ya rígidas. Sus pantorrillas temblaban. Los músculos sobresalían, tensos. De la boca, todavía sucia de vómitos, salían pequeños gemidos muy agudos. Observó que los labios se arremangaban sobre los dientes y que la joven dama tenía una especie de risa cruel y hasta de animal carnicero. Las mejillas se habían hundido y palpitaban. Angelo se puso a friccionar con todas sus fuerzas los helados pies.

Recordaba a la mujer que había cuidado en Peyruis, ante la puerta de la granja donde estaba la cuarentena. Necesitó entonces la ayuda del anciano caballero para desnudarla. Era necesario desnudar a Pauline. También era necesario encender fuego y calentar gruesas piedras. No se atrevía, sin embargo, a dejar de friccionar aquellos pies que seguían pareciendo de mármol.

Por fin se dijo: «Si pienso en eso, estoy perdido. Hagamos las cosas como Dios manda.» De repente, acababa de perder las esperanzas. Se irguió y sacó de los bastos toda la ropa pesada capaz de dar un poco de calor. Encontró bastante leña menuda y hasta un tronco de pino. Encendió fuego, hizo calentar piedras y puso una especie de almohada debajo de aquella cabeza cuyo rostro no reconocía ya y cuyo peso lo asombró. Los cabellos que se deslizaron sobre sus manos estaban ásperos y como agostados por un calor de desierto.

Angelo había puesto gruesas piedras al fuego. Cuando estuvieron muy calientes, las envolvió en ropas y las colocó cerca del vientre de la joven dama. Pero los pies se le habían puesto violetas. Volvió a friccionarlos. Sentía que el frío huía de sus dedos y que subía por la pierna. Una mano de hielo asió la suya.

—Prefiero morirme —dijo Pauline.

Angelo le contestó maquinalmente. Aquella voz, aunque le resultaba extraña, lo llenó de una especie de furor tierno. Se desligó de la mano con brutalidad y arrancó los lazos que anudaban la falda a la cintura. Desnudó a la joven dama como se desuella a un conejo; así le quitó las enaguas y un pequeño pantalón lleno de puntillas. Friccionó entonces los muslos, pero al encontrarlos calientes y suaves retiró las manos como de una brasa y las volvió a las piernas, a las rodillas, sobre todo, que estaban ya invadidas por el frío y que se azulaban. Descubrió el vientre y lo observó con atención. Estaba blando y caliente, pero recorrido por estremecimientos y calambres. Lo veía habitado por formas azuladas que nadaban y se insinuaban bajo la superficie de la piel.

Los gemidos de la joven dama eran ahora bastante fuertes y coincidían con los espasmos. Era una queja continua que no manifestaba un dolor muy grande y acompañaba el trabajo profundo de una especie de estado ambiguo que aguardaba, incluso se diría que esperaba, un paroxismo en que el grito se volvía salvaje y como delirante. Esos espasmos que le sacudían todo el cuerpo se reproducían de minuto en minuto, y cada uno de sus golpes hacía estallar y distenderse el vientre y los muslos de Pauline, dejándola extenuada después de cada ataque entre los brazos de Angelo.

Seguía friccionándola sin parar. Se había quitado la chaqueta. A cada grito sentía que el frío ganaba ventaja y que subía a lo largo de la pierna. Se dedicó inmediatamente a los muslos, que se iban llenando de manchas azules. Renovó el nidito de piedras calientes alrededor del vientre.

De pronto se dio cuenta de que había anochecido y de que el mulo se había ido. «Estoy solo», se dijo. A pesar de su miedo al egoísmo, llamó. Su voz hizo un ruidito de insecto. En cierto momento oyó, allá abajo, en la carretera, el rodar de un tílburi, el trote de un caballo. Vio la linterna de alguien que seguía su camino a cien o doscientos metros más abajo del sitio en que estaba.

Angelo había friccionado con tanto vigor y durante tanto tiempo que estaba derrengado y dolorido, pero luego de haber alimentado el fuego volvió a aquellos muslos y a aquel vientre. Pauline tenía ya diarrea. Angelo la limpió cuidadosamente y colocó debajo de las nalgas de la enferma una especie de pañal que hizo con la lencería bordada que había en la maleta.

«Hay que hacerle beber ron a la fuerza», se dijo. Con la punta del dedo le limpió la boca de nuevos vómitos. Luego se esforzó y logró separarle los dientes. La boca se abrió. «El olor no es nauseabundo», se dijo, «no, esto no huele mal.» Echó el ron poco a poco. La deglución no se efectuó en seguida, pero luego el alcohol desapareció como agua en la arena.

Llevó maquinalmente el gollete a sus propios labios y bebió. Pensó, como en un relámpago, que acababa de meterlo en la boca de Pauline, pero se dijo: «Bueno, ¿y qué?»

La cianosis parecía haberse instalado en la parte superior de los muslos. Angelo le friccionó enérgicamente los pliegues de la ingle. El flujo intestinal se había detenido. La joven dama respiraba débilmente; primero jadeaba, pero luego empezó a hacer profundas inspiraciones, como tras un combate en el que se ha perdido el aliento. Su vientre se estremecía aún. Los gemidos habían cesado.

Pauline continuaba vomitando materias grumosas y blancuzcas. Angelo sintió difundirse un espantoso olor. Se preguntó de dónde vendría.

A cada instante, desde hacía horas, se planteaba la misma pregunta: «¿Qué remedios tengo? ¿Qué puedo hacer?» No tenía más que una maleta llena de lencería femenina, su capa, su sable, sus pistolas. Por un momento pensó en servirse de la pólvora. No sabía qué uso darle. Pero le parecía que había en ella una fuerza, no importaba cuál, que podía sumarse a la suya. Pensó en mezclar pólvora con aguardiente y darle de beber la mezcla a Pauline.

«No es la primera vez que cuido a un colérico», se decía, «y hubiera dado mi vida por el mediquillo. De eso no hay duda. Lo he de conseguir...»

Lo único que se le ocurría era friccionar sin tregua. Le dolían las manos. Le hizo fricciones con aguardiente. Renovaba a cada instante las piedras calientes. Arrastró con cuidado a Pauline lo más cerca posible del fuego.

La noche era extremadamente negra y silenciosa.

«No es la primera vez que lo hago», se dijo, «pero todos se me han muerto en las manos.»

La ausencia de esperanza, más que la desesperanza, y, sobre todo, la fatiga física, lo obligaban ahora cada vez más frecuentemente a mirar hacia la noche. No en busca de ayuda, sino de reposo.

Pauline parecía alejarse. No se atrevía a interrogarla. Las palabras del hombre del redingote eran muy recientes. Recordaba la lucidez con que ese hombre había hablado y temía la lucidez de esa boca que continuaba vomitando materias blancuzcas.

El vacío de la noche lo asombraba, hasta lo espantaba un poco. Se preguntaba cómo era posible que no hubiera tenido miedo hasta entonces, y sobre todo tratándose de cosas tan amenazadoras. No dejaba, sin

embargo, de activar con sus manos el calor de aquellas ingles en cuyo límite el frío y el color de mármol estaban siempre en reposo.

Al fin se le ocurrió toda una serie de pequeñas ideas muy brillantes y muy alegres, algunas de las cuales eran graciosas y hasta ridículas, y, ya sin fuerzas, dejó caer su mejilla sobre aquel vientre que ya sólo se estremecía débilmente y se durmió.

Lo despertó un dolor en los ojos, lo vio todo rojo, y los abrió. Era de día.

Ignoraba sobre qué cosa caliente y suave descansaba su cabeza. Estaba cubierto hasta el mentón con su capa. Respiró profundamente. Una mano fresca tocó su mejilla.

—Yo te tapé —dijo una voz—. Tenías frío.

Se levantó de un salto. La voz no era del todo extraña. Pauline lo miraba con ojos casi humanos.

—¡Me he dormido! —exclamó como si hablara consigo, pero lo dijo en voz alta y en tono de reproche.

—Estabas extenuado —dijo ella.

Angelo le hizo algunas preguntas bastante absurdas y tres o cuatro veces, sin ninguna necesidad, trasteó entre los bastos y la cabecera de Pauline, sin saber lo que buscaba ni lo que había que hacer. Por fin, se le ocurrió tomarle el pulso a la enferma. Las pulsaciones eran bastante firmes y se sucedían con una velocidad, en definitiva, tranquilizadora.

—Ha estado enferma —dijo con fuerza y como si le fuera necesario excusarse por algo—; lo está todavía. No se mueva. Estoy muy contento.

Vio que aún tenía el vientre y los muslos desnudos. Se puso colorado como un tomate.

—Tápese bien —dijo.

Fue en busca del portamantas y le hizo con él a la joven dama un lecho cuyo interior llenó de piedras calientes. Puso varias de éstas a los pies de la enferma y a lo largo de sus piernas hasta cerca de las rodillas. Mientras lo hacía, no tuvo más remedio que acariciar con el dorso de la mano una piel que parecía haber recuperado un poco de calor.

La mañana era tan alegre como la del día anterior.

Angelo recordó el agua de maíz que Teresa le hacía tomar cuando era pequeño y que lo curaba todo, según parece, hasta la disentería. No había vuelto a pensar en el agua de maíz desde que se había consagrado a combatir por el bien de la humanidad. Aquella mañana todo hablaba de su causa: el aire, la luz y el fuego. Recordaba aquella tisana viscosa, nada agradable, pero muy refrescante.

Inmediatamente puso agua a hervir y preparó agua de maíz poniendo los cinco sentidos.

La joven dama bebió con avidez varias veces. Hacia el mediodía era evidente que los calambres habían cesado.

—Yo estoy tan sólo terriblemente cansada —dijo ella—, pero tú...

—Me encuentro bien —dijo Angelo—, Me basta con ver ese tímido rosado que comienza a asomar en sus mejillas. En el lugar en que está, nunca podría ser síntoma de fiebre. Por lo demás, déjeme tomarle el pulso.

El pulso estaba manifiestamente más firme y más regular que dos horas antes. Toda la tarde pasó en cuidados repetidos, en ansiedades pronto disipadas. El aire era tibio, y Angelo, que no tenía sueño, recibía las imágenes del esplendor del mundo en una cabeza vacía pero que disfrutaba de la más mínima cosa con embriaguez.

Renovaba sin cesar las piedras calientes.

Al cabo, la joven dama dijo que se sentía tibia y blanda como un polluelo en su cáscara.

Cayó la noche. Angelo hizo café con el puñado de granos que les había dado el hombre del redingote.

—¿Te desinfectaste? —dijo de pronto la joven dama.

—Desde luego —dijo Angelo—, pierda cuidado.

Y bebió café y un largo trago de ron. Luego se acostó, envuelto en su chaqueta y cerca del fuego.

—Dame la mano —dijo Pauline.

Tendió su mano abierta para que Pauline metiera en ella la suya. Angelo estaba ya medio dormido. El sueño le parecía un refugio seguro y bonancible.

«Pero las piedras calientes ya no son necesarias», se dijo.

—Has desgarrado mis vestidos —le dijo Pauline a la mañana siguiente—. Has arrancado los cordones de mis enaguas, y mira lo que has hecho con este hermoso pantalón adornado con puntillas. ¿Cómo me las arreglaré para vestirme? Porque me siento bien...

—¡Ni pensarlo! —dijo Angelo—, Ahora mismo me voy al camino a aguardar el paso de alguien a quien pueda darle un encargo para el responsable de la casa de postas. Nuestro mulo se ha ido. Le exijo que se quede aquí acostada. Haré que la lleven en coche y esta noche estará en Théus.

—Estoy inquieta por ti —dijo ella—. Sin ninguna duda, he tenido el cólera. No son los cordones de mis enaguas y de mi pantalón los que me han magullado el vientre así. ¡He debido de estar muy mal! Y tú, ¿no has cometido imprudencias?

—Sí, pero en esos casos el contagio se manifiesta enseguida. Le llevo a la muerte una noche de ventaja —dijo Angelo—, y ya no me atrapará.

No llevaba más de cinco minutos de espera junto al camino cuando vio venir, del lado de Saint-Martin, una carreta de las que se usan para transportar heno. Iba vacía. Angelo se adelantó a su encuentro. La conducía un campesino, evidentemente algo tonto, y entre los adrales, en medio de horcas y de groseras telas de estopa de cáñamo, viajaba una vieja que vestía falda colorada.

Angelo les dijo, sin rodeos, que había entre los matorrales una mujer que había estado enferma y les rogaba, ahora que estaba curada, que la llevaran a la casa del encargado de postas. Por lo demás, se lo pagaría. Lo cual no causó la menor impresión ni en el hombre tonto ni en la vieja.

Detuvieron la carreta y siguieron pausadamente a Angelo hasta el lugar donde se hallaba Pauline.

—¡Pero si es la señora marquesa! —dijo la vieja.

Había sido asistenta todo un invierno en Théus. Vivía ahora con su yerno, el tonto. Dio sus órdenes arrogantemente. Por fin, hacia las tres de la tarde, Pauline, acostada en una gran cama muy blanda en casa del encargado de postas, dormía rodeada de botellas de agua caliente.

«Nadie tiene miedo aquí», se decía Angelo. Le hablaban, en efecto, con todo el respeto que pueden ganarle a uno las dos monedas de oro que había distribuido desde su llegada. Lo trataban de «marqués», y hubo que dar prolijas explicaciones para evitar ese enojoso malentendido que lo hacía ruborizarse cada vez que ocurría. No logró hacer comprender del todo su situación. Cada hora dejaba la sala que servía de taberna, subía las escaleras, entreabría la puerta de la habitación para ver si Pauline dormía e incluso le tomaba el pulso, que seguía siendo excelente. Y, ¡caramba!, allí un lecho era un lecho y, lo que es más, con una mujer joven metida en él que no parecía muy enferma. Si los enfermos tenían ese aspecto, ¿por qué hacían tantas alharacas en las tierras bajas y en la costa? Los pocos transeúntes que había allí aseguraban que no se trataba, ni mucho menos, de un caso contagioso, que aquella mujer de tan hermosos cabellos y de tan amable sonrisa para todo el mundo estaba enferma, sí, pero de un simple acceso hipocondríaco. Una marquesa, en su opinión (y la vieja de Saint-Martin había hecho todo lo imaginable para que no se olvidara que Pauline lo era), está siempre sujeta a la hipocondría. En cuanto al marqués, se decían, era un hombre joven. Le quedaba mucha vida por delante. «Al final, envejecerá tranquilamente bebiéndose su ponche, como todo el mundo, si no le ocurre ningún percance.»

—¿Me acompañarás a Théus? —preguntó la joven dama.

—Desde luego que no la dejaré un metro antes —contestó Angelo—, He alquilado, retenido, pagado y, para no disimularle nada, incluso puesto bajo la vigilancia de un muchacho de sólo quince años, pero duro de pelar, y que me responderá hasta la muerte, o mejor dicho, mientras no cierre los cordones de la bolsa, cuyo contenido ya le he dado a catar, el coche de dos plazas más agradable, más confortable y más veloz, que pude hallar aquí. Es nuestro y nos espera. La llevaré a Théus. Se apoyará en mi brazo para subir las escaleras, si las hay —agregó, feliz de ver cómo volvían los colores a aquel rostro—. Recuerde el traje de noche.

—Tuve miedo de que estuvieras comprando un caballo —dijo ella—. Te oí hablar mucho rato en la caballeriza. Reconozco muy bien el timbre de tu voz a pesar de las paredes.

Les pusieron lazos nuevos a las enaguas, a la falda, e incluso al pantalón adornado con fino encaje. Fue preciso además remendar el lino desgarrado y hasta agujereado por las uñas de Angelo, que durante el viaje, por falta de tijeras, las había llevado muy largas.

Tenía algún escrúpulo por haber hecho acostar a una colérica en un lecho de posada, y, en términos velados, se lo comunicó al encargado de postas, que tenía una cara gorda y coloradota parecida a la luna de fines de invierno.

—Por aquí vemos pasar a gentes de todas clases —le respondió plácidamente.

«En realidad», pensó Angelo, «es una colérica, pero curada.»

No podía imaginarse contagio capaz de atacar con alguna probabilidad de éxito a aquellos hombres y aquellas mujeres coloradotes y de miradas lentas que habitaban el bosque de álamos al borde del camino.

Llegaron a Théus dos días después, ya anochecido. La aldea dominaba desde muy alto el profundo valle. Estaba habitada por gentes todavía más sencillas, más plácidas y más coloradotas. El castillo dominaba la aldea. Había numerosas escaleras para pasar de terraza en terraza, todas rústicas y sin adornos, es decir, muy severas, que le gustaron mucho a Angelo. No se olvidó de sus promesas. Dio su brazo a la joven dama. El marqués no estaba allí. No tenían noticias de él.

—No creo que piense en mí —dijo la anciana señora de Théus—. Debe de estar corriendo alguna de esas aventuras heroicas que tanto le gustan Dios sabe dónde. Dicen que la vida se ha vuelto muy rara en las tierras bajas.

Angelo iba a desnudarse en la habitación muy confortable, que le había sido asignada, la cual tenía un lecho con columnas, cuando llamaron a su puerta.

Era la anciana marquesa. También rechoncha y coloradota, no obstante su edad, y parecida a las campesinas de la aldea, tenía los ojos de ese azul muy claro que generalmente denota un alma tierna, pero sin piedad superflua. Venía a informarse de si su huésped se sentía cómodo, pero se sentó cuidadosamente en un sillón.

Angelo estaba, por fin, entre paredes que se parecían a las de La Brenta. Había respirado en los corredores ese olor de las casas muy grandes y muy antiguas. Le habló largamente a la anciana marquesa, como lo hubiera hecho a su madre, y únicamente del pueblo y de la libertad.

Era más de medianoche cuando la anciana señora lo dejó deseándole buenas noches y que durmiera bien.

Un chalán de Remollon se presentó al pie de las terrazas con cuatro o cinco caballos, entre los cuales había uno muy arrogante que Angelo compró con entusiasmo.

Ese caballo le dio durante tres días una alegría sin igual. Sólo pensaba en él. Ya se veía al galope.

Pauline lució cada noche un traje diferente. Su pequeño rostro, que la enfermedad había hecho más agudo aún, estaba liso y puntiagudo como la punta de una lanza y, bajo el polvo y los afeites, ligeramente azulado.

—¿Cómo me encuentras? —dijo ella.

—Muy hermosa.

La mañana en que se marchó, Angelo le aflojó las riendas al caballo que él mismo había alimentado diariamente con avena. Podía estar orgulloso de su andadura. Veía cómo se le echaban encima al galope las montañas rosadas, tan próximas, que distinguía en sus laderas los bosquecillos de alerces y de abetos.

«Italia está detrás», se decía.

Se sentía inmensamente feliz.

Manosque, 25 de abril de 1951

This file was created
with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
25/04/2010